Ariadna Arias



NO DEJARÁS QUE LA BRUJA VIVA

matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

NO DEJARÁS QUE LA BRUJA VIVA

Ariadna Arias

matchstories

Para Adrián, por enseñarme a creer en mí.
Y para todas las chicas que, para alejarse de una realidad que duele,
sueñan despiertas y prefieren vivir en su mundo de fantasía.

«A la hechicera no dejarás que viva».

Éxodo 22:18



Capítulo 1

El Velo separa la Tierra del Infierno, y nosotras somos sus guardianas.

Repito esa frase una y otra vez mientras apoyo la cabeza en la ventanilla del taxi. Cada invierno regreso a Faddenfield para celebrar el Ritual de los cuatro elementos con mi madre y mis hermanas, y cada invierno se me hace más duro volver. Debería estar acostumbrada, debería sentirme mejor, pero estas fechas, para mí, son las peores. Al fin y al cabo, el día del Ritual es también el aniversario de la muerte de mi padre.

Esta vez no iba a venir, pero mi editora insistió.

«Me preocupas, Ember. Vuelve a casa, pasa unos meses tranquila».

Que pase unos meses tranquila... Cómo se nota que Bab no conoce a mi familia; tres hermanas, una rata y una madre histérica no es, precisamente, mi idea de tranquilidad, especialmente ahora que Morgana y Circe están en plena adolescencia. El único cuerdo de la casa es mi padrastro, y a veces hasta él tiene sus

excentricidades. Lo que no puedo negar es que en el pueblo estaré tranquila: en Faddenfield nunca pasa nada.

Por lo menos, no desde hace veintidós años.

Faddenfield es una villa costera rodeada de mar y montañas en la que siempre está lloviendo. Aquí quien no es pescador no tiene mucho futuro; los que buscan otro porvenir se mudan a la ciudad más próxima, Verdejo, como hicimos yo y Rhiannon cuando fuimos a estudiar a la universidad, y como harán Circe y Morgana cuando cumplan dieciocho.

Cuanto más tiempo paso trabajando fuera, menos me apetece regresar. Mi madre dice que pongo de excusa mi adicción al trabajo para no venir, pero eso es solo parte de la verdad. En Faddenfield todos nos conocen; es imposible ser otra persona diferente a la hija de Úrsula, la huérfana, la viuda, la última de las Wytte: esa familia de locas que habita en la casa grande de la montaña desde hace siglos. Pero fuera de este pueblo no soy solo una Wytte. Soy Ember, la fotógrafa que se fue de casa para retratar la guerra. Las únicas preguntas que tienen que ver con mi pasado suelen estar relacionadas con mi nombre: ¿de dónde viene?, ¿por qué es tan raro? No puedo decirles que mi abuela lo vio en la espuma del mar, así que siempre repito la misma respuesta: en mi familia somos así; raras.

Me froto la oreja izquierda, intentando contener el molesto pitido que no ha dejado de ir y venir desde hace tres semanas. Quizás Bab tenga razón. Quizás me venga bien descansar.

Suspiro y miro la hora: son las ocho y media de la mañana, y yo apenas he dormido en el avión.

—Gire aquí, si hace el favor. Conozco un atajo —le indico al taxista.

Él refunfuña.

—Los atajos los carga el diablo —dice.

—Y los taxímetros también.

Tras subir a trompicones por una empinada carretera hacia la cima de la montaña, el vehículo se detiene enfrente de mi casa.

—Un poco más y nos despeñamos —se queja.

—Pero al final ha salido bien, que es lo que importa —replico, guiñándole un ojo por el retrovisor.

Tan solo hace falta que ponga un pie fuera para que el gélido aire de principios de diciembre me provoque un escalofrío. Me arrebujo en la gabardina de lana y entierro la nariz en la bufanda para conservar el calor, pensando en lo a gusto que estaba hace apenas unas horas en la habitación de mi hotel. Suelo venir más tarde, en concreto el día del Ritual, que es el trece, para después irme un poco antes de Navidad. Iba a poner como excusa para no volver esta vez la baja médica, pero resulta que mi idea de trabajar a pesar de ella no caló muy bien en la redacción. Ahora me enfrento a toda una semana libre antes del dichoso día, y Bab me ha obligado a alargar aún más la baja; por lo menos hasta mediados de enero. No es que no me guste estar con mi familia, es solo que..., después de lo que pasó, necesito mantenerme ocupada. Necesito trabajar. Y, en estas fechas, necesito distraerme para no pensar que, por mucho que se esfuercen, aquí ya no encajo, y que llevo sin hacerlo desde que murió papá.

Aprovecho que el chófer está sacando mi equipaje del maletero para echarle un vistazo a mi hogar, una antigua casa de estilo victoriano de dos plantas, si no contamos el torreón circular que se eleva por encima de la estructura, otorgándole un aspecto imponente. Los muros son de cemento, recubiertos por listones horizontales de madera blanca, y está coronada por un tejado a dos aguas de losas grises que parecen las escamas de un dragón. Al

fondo, tras ella, se observa el pico de la montaña; cercano, pues la mansión se construyó en la colina más elevada del pueblo. Desde aquí las vistas son espectaculares; si miro hacia el mar puedo observar la fina capa de niebla que cubre el bosque, la zona vieja, el puerto y el castillo Magnolia, cerca de la pequeña playa que, tan lejana, apenas parece una uña de arena.

Respiro profundamente, permitiendo que el aire puro de la montaña me llene los pulmones. Para los vecinos, mi casa es solo eso, una casa. Para mi familia, es el símbolo de nuestro poder; el legado de las herederas de Ahinoam, la primera bruja que pactó con un demonio... El mismo al que, siglos después, el aquelarre de mi madre logró derrotar.

Hogar, dulce hogar.



Capítulo 2

Llamo al timbre por tercera vez, solo que ahora no lo suelto.

—¡Que ya va! —grita una voz aguda mientras hace girar la llave de la entrada.

Reprimo una sonrisa; es Morgana. Cuando abre la puerta, se queda de piedra.

—¡Ember! ¿Qué haces aq...?

—Tienes una mancha —le digo mientras deposito un dedo en el cuello de su camiseta noventera de Metallica. Aún confusa, ella mira hacia abajo y yo aprovecho para golpearle suavemente la nariz.

—¡Ay! —se queja, frotándose la zona dolorida.

—Uy —respondo yo.

—¡Siempre me haces lo mismo! —protesta ofendida.

—Y tú siempre caes, tonta.

Morgana hace un mohín, se lo piensa un poco y se lanza contra mí, abrazándome con toda la fuerza que le permiten sus pequeños brazos. Aunque ya tiene doce años, es bajita para su edad, y delgada como un junco. La envuelvo con los míos y la levanto del

suelo, dándole varias vueltas en el aire como hacía cuando era pequeña. Cuando la suelto, su rata, Mir, le asoma por el cuello de la camiseta y emite un quejido.

—¡Dijiste que llegabas el día del Ritual! —me reprocha, aunque por su tono sé que se alegra de verme.

—¡Sorpresa! —exclamo en tono teatral, pero ella se cruza de brazos—. Oh, venga, ¿en serio pensabas que iba a venir justo la noche en la que os vais?

—Igual mamá me deja quedarme y hacer el Ritual con vosotras —murmura ella, ignorando mi pregunta y mirándome con sus enormes ojos grises enmarcados por un flequillo de mechones negros y... ¿verdes?

—Todas tuvimos que esperar hasta los diecisiete —le recuerdo—. ¿Te has teñido? —pregunto mientras paso uno de mis dedos por su cabello.

Cuando mi madre se quedó embarazada de Morgana fue toda una sorpresa. No la habían buscado; mamá ya se había dado por servida: tres niñas era suficiente. Pero el destino le guardaba una hija más. Para aquel entonces, mi abuela Janaina ya estaba muy mayor y apenas podía andar, pero tras el nacimiento de Morgana insistió en hacer el ritual de siempre para buscarle el nombre ideal. No la llevamos a la playa; la humedad ya no le sentaba bien. En vez de eso, pusimos un poco de agua del mar en un tarro para que hiciera el paripé, porque nos amenazó con fugarse de casa y arrastrarse hasta la orilla si no la obedecíamos.

«La luz en la oscuridad».

Lo dijo así y ni se molestó en explicar de qué demonios hablaba. Mi abuela era muy suya, poco le importaba la opinión de los demás. Janaina Salazar no estaba para perder el tiempo. Le pusimos

Morgana en honor a mi abuela, porque significa «nacida del mar», parecido al nombre de mi abuela en tupí.

Morgana murmura un escueto «me lo teñí hace un montón» y yo aprovecho para empujarla hacia la casa y entrar con el equipaje. El calor del hogar me recibe y cierro, harta ya del frío.

—¿Quién era, monstruito? —dice una voz que procede de la escalera de madera blanca, justo enfrente del recibidor.

—Tu queridísima hermana —respondo, reprimiendo una sonrisa.

Se escucha un taconeo cuando mi hermana de diecisiete años comienza a bajar los escalones. Lo primero que veo son unas botas de pelo rosa, seguidas de unos pantalones vaqueros y un jersey color crema que identifico como mío. Después, por fin, veo la cara de Circe, que no parece estar de buen humor.

—¡Es que lo sabía! —me grita cruzando los brazos sobre el pecho —. Siempre viniendo sin avisar. Mamá te va a matar.

—Yo también me alegro de verte.

Circe es, sin duda, la que más ha salido a mamá, pero estos años el parecido se ha hecho cada vez más notable. La única diferencia es que el cabello de mi hermana es dorado como el trigo, mientras que el de mamá tiene un bonito tono cobrizo. Sus ojos azules me observan con cierto brillo desconfiado.

—¿Vas a bajar a saludarme o te vas a quedar ahí como una amargada? —le pregunto.

Suspirando, Circe baja los últimos escalones. Me doy cuenta con sorpresa de que ya es más alta que yo. En vez de abrazarme, me coge la cara con una mano, agarrándome con el dedo índice y anular para inspeccionar mi rostro.

—Estás hecha unos zorros, Em. ¿Has dormido algo? ¿Te has puesto crema solar mientras estabas fuera? A tu edad deberías empezar a cuidarte más la piel.

—¿A mi edad? —protesto ofendida—. ¡Solo te llevo siete años!

La fuerzo a darme un abrazo, que ella acepta con remilgos.

—Me vas a arrugar la ropa —protesta.

—¿La ropa? —digo mientras pellizco la tela de su jersey— ¿La ropa que has sacado de mi armario?

Circe sonríe, se separa de mí y se atusa el pelo frente al espejo del recibidor.

—Mi cumpleaños fue el mes pasado —dice por toda respuesta—. Ya que no te acordaste de llamarme, pues...

Voy a protestar, pero entonces caigo en la cuenta de que, efectivamente, su cumpleaños fue el mes pasado, el 20 de noviembre. Pestañeo. Mi primer instinto es explicarle por qué no llamé, contarle lo que vi cuando estaba haciendo ese reportaje con los chatarreros, soltar una verborrea atropellada sobre que estuve en el hospital varios días..., pero eso solo derivaría en mi madre rogándome que no vuelva a irme de casa, diciéndome que si sigo así acabaré como sus hermanas, que ella jamás soportaría perderme y que ni todas las promesas del mundo podrían evitar que me metiese en una Jaula y me dejara allí para siempre. Y, sinceramente, ¿quién podría culparla? Le prometí que tendría cuidado cuando conseguí mi primera cobertura, el año en el que dejé la carrera porque no estaba aprendiendo nada y yo quería hacer algo. Lo que fuera.

—Vale, quédatelo —suspiro resignada—. Qué bien se te da el chantaje emocional.

—¿Te ayudo con las maletas? —pregunta Morgana mientras deja a su rata sobre la cómoda del recibidor.

—No hace falta, peque. Pesan más que tú.

Agarro ambas y comienzo a subir las escaleras.

—¿Lo tenéis todo listo para el Ritual? —le pregunto a Circe mientras arrastro los bultos por los escalones.

Por mucho que me ve sufrir, no se ofrece a ayudar.

—Sí, solo falta que mamá, papá y el monstruito se vayan a los Lagos y nos dejen en paz.

—¡No es justo, yo también quiero estar! ¡Y no me llames monstruito!

Circe se ríe y le revuelve el pelo, disfrutando del sufrimiento de Morgana. Es la primera vez que mamá nos concede el honor de hacer el Ritual solas, ahora que Circe ha alcanzado lo que, para las brujas, es la mayoría de edad. A Circe no es que le haga especial ilusión, nunca le ha llamado la atención la brujería, más allá del uso estratégico que ha hecho de sus poderes a lo largo de su vida (y que mamá ha intentado corregir, ya que se supone que no debemos usar la magia en beneficio propio). De todas formas, tampoco sé qué uso podríamos darles a nuestros dones en el día a día, especialmente al mío. Después de que las puertas entre la dimensión humana y la demoníaca se cerraran, la magia quedó obsoleta, como en su día lo hicieron los teléfonos fijos. Y como ninguna de nosotras está por la labor de aprender sobre pócimas, hechizos o maleficios, y mi madre prefiere dejar todo eso atrás... Digamos, simplemente, que hemos llegado al acuerdo tácito de abandonar el arte, y que el Ritual es lo único que nos sigue uniendo a nuestro pasado mágico.

Mejor así, el precio de ser una bruja era vivir bajo la amenaza de los demonios. Cuando en unas generaciones la magia desaparezca de este mundo, estaremos mejor.

Estoy a punto de llegar a la primera planta cuando Circe me grita algo. Me doy la vuelta para escucharla mejor.

—Rhiannon está arriba —me advierte.

Levanto una ceja. Mi hermana mayor solo regresa los findes; debería estar en Verdejo con su marido.

—¿Ha discutido con Paul? —pregunto temiéndome lo peor.

—Ha discutido con Paul —confirman mis hermanas al unísono.



Capítulo 3

El segundo piso está distribuido en dos habitaciones y dos baños, uno pequeño y otro más grande con bañera. El cuarto más cercano a las escaleras es el de Morgana y Circe. El más alejado, el que da a la parte trasera de la casa, es el mío y el de Rhiannon. Compartir cuarto con mi hermana a mi edad es una de las razones por las que demoro mis visitas todo lo que puedo. Llevo años pidiéndole a mamá que pongamos una cama en el despacho de la planta baja, o que arreglemos el torreón para hacer una habitación nueva. Ella siempre insiste en que necesita el despacho para trabajar y el torreón para..., bueno, para cosas de brujas. «Además, para lo poco que vienes...».

Abro mi cuarto de la infancia y lo primero que me recibe es la oscuridad total, solo rota por la luz intermitente del televisor.

—Aquí huele a demonio —protesto tapándome la nariz.

Rhiannon se incorpora con el control remoto en una mano y un pañuelo en la otra, alzando el mando para pausar la película. Sus ojos oliva están rojos.

—¿Ember?

—Hola, Ri-Ri.

—Se suponía que venías el día del Ritual, ¡ni siquiera tengo las sábanas de tu cama puestas!

—«Hola, Ember, ¡qué ganas tenía de verte!» —replico con sarcasmo—. «¡Ven, vamos a darnos un abrazo!».

Rhiannon pone los ojos en blanco, se sorbe los mocos, enciende la lamparita de su mesilla auxiliar refunfuñando y sale de la cama para, efectivamente, darme un abrazo. Está en camisón, algo inusual en ella a estas horas; suele despertarse a las seis de la mañana y nunca deja de hacer cosas hasta las diez de la noche.

—Tengo la habitación manga por hombro —se disculpa.

Mi cama, la de la izquierda, está desnuda y cubierta por pequeñas bolitas de servilletas usadas. Más allá de eso, la habitación parece bastante limpia.

—Tendría que haberme imaginado que ibas a venir sin avisar —prosigue mientras recoge los pañuelos fosilizados y los tira en una pequeña papelera situada al lado del escritorio—. Siempre igual: ni llamas, ni avisas... Un día te va a pasar algo y seremos las últimas en enterarnos.

Trago saliva, ignorando el hecho de que mi hermana tiene muchísima más razón de la que se imagina. Aprovecho para subir las persianas y abrir la ventana que da al este. La luz se cuela en nuestra habitación, acompañada de una ráfaga de aire que me pone la piel de gallina. Mi hermana alza la mano, intentando proteger sus ojos de la claridad de la mañana.

—Luz, duele —se queja.

—Luz, buena, vitamina D —contraataco.

Nadie se ríe. Hago de tripas corazón, porque si no lleno el silencio con las quejas de Rhiannon terminaré confesando que hay una

razón por la que he venido antes de tiempo.

—Ce me ha dicho que has discutido con Paul.

—Mira que es cotilla la niña —murmura mientras vuelve a tirarse en la cama, y añade de repente—: ¿Tú crees que le agobio demasiado con lo de tener hijos?

Me doy la vuelta para que no vea mi cara de consternación.

—¿A Paul? Qué va.

Aprovecho que no insiste en que le dé una respuesta más elaborada para quitarme el jersey y las botas y tirarme en la cama.

—Oh, Dios —suspiro—. Esto es mejor que un orgasmo.

—¡Ember! —protesta Ri-Ri.

Me río por lo bajo. Es absurdamente sencillo escandalizar a mi hermana.

—Estás muy morena —dice, cambiando de tema, mientras me observa desde su cama.

—Le dijo la sartén al cazo.

La piel de Rhiannon es de un bonito color canela cálido, que combina a la perfección con sus ojos verde pardo, como los de la abuela. De ella también heredó su nariz chata, los labios en forma de corazón y la constitución gruesa. Su pelo es castaño oscuro como el mío, pero ella se hace unas mechas caramelo que le dan un toque de luz a sus rasgos marcados. A mí siempre me han dicho que me parezco mucho a papá. «Tienes la mirada determinada de tu padre», es lo que solía comentar mi abuela en cada visita. Papá tenía unos ojos negros y afilados que se te clavaban como puñales, incluso a través de las fotografías por las que yo lo conocí, porque era demasiado pequeña como para recordar su rostro.

—Mamá te va a matar cuando vuelva del trabajo —señala Rhiannon.

—Ya, es lo que me repetís todas —me quejo—. Prefiero eso al espectáculo que suele darme en el aeropuerto.

—Se preocupa por ti.

Me toco el oído izquierdo disimuladamente, ignorando el leve pitido que no ha terminado de irse.

—No, qué va —respondo—. Lo que pasa es que no confía en que no haga alguna locura.

—Después de lo que vivió de joven, no puedes reprochárselo —dice—. Ella sabe lo que es la guerra, Em. Luchó para que sus hijas no corrieran el mismo destino. Y vas tú y te metes de cabeza en la boca del lobo.

Mamá y la abuela Janaina ganaron la guerra contra los demonios, pero el precio que pagaron fue muy alto. Las tumbas del panteón familiar son testigo de ello. Nunca llegué a conocer a mis tías, ni a mi abuela Mari. Mamá se quedó huérfana y sin familia a los dieciocho años, y Janaina, la mejor amiga de la abuela Mari, la adoptó. No sé hasta qué punto fue buena idea meter en su casa a una chica joven y guapa cuando sus dos hijos —mi padre, Luiz, y mi tío Roberto— tenían tan solo unos años más. Parte de mí cree que Janaina esperaba, de hecho, que surgiera la chispa del amor.

Y vaya si surgió.

—La humanidad también tiene sus propios demonios —digo mientras cierro los ojos un momento y me pongo de lado, dándole la espalda—. Es mi manera de continuar el legado.

No sé qué me responde; apoyada sobre el oído derecho no escucho bien, no desde... En fin.

Sueño con una niña de ojos tristes que juega con una mariposa, y cuando me despierto entre gritos Rhiannon ya no está. El reloj de la mesita marca las seis de la tarde.

Me seco el sudor frío y me levanto de la cama, dispuesta a afrontar la bronca de mi madre.



Capítulo 4

—El día en el que hagas algo por esta familia será el día en el que me muera —me reprocha mamá mientras nos sentamos a la mesa.

—Déjala, mujer, es el encanto de tu hija —me defiende William.

Sonrío. A pesar de que de pequeña lo traté como si fuera mi saco de boxeo personal, mi padrastro siempre se ha puesto de mi lado. Con el tiempo, he aprendido a apreciarlo por lo que es: un buenazo. Yo nunca he sido capaz de poner la otra mejilla, pero William pondría las dos si con ello consiguiera hacer feliz a mamá.

Aún me debato entre si admirar esa cualidad suya o pensar que es tremendamente estúpida.

William no desciende de una familia de brujas. En los aquelarres los llamamos despojados: personas que no poseen el poder de la magia y que no pueden recordarla..., a no ser que una bruja los hechice, como es el caso. La tradición es muy reacia al matrimonio con despojados; de hecho, en algunas familias llegó a estar prohibido. La razón es cruel, pero calculada: las brujas que nacen de hombres así no tienen acceso a la magia elemental, la más poderosa

que existe. En su lugar, se vinculan a la magia espiritual, inestable e impredecible. Si el mestizaje continúa, el legado termina desapareciendo por completo. Mamá es hija de un despojado, y Circe y Morgana también lo son. A la tercera generación, la magia se extingue, a no ser que la sangre vuelva a mezclarse con la del hijo de una bruja. A estos los llamamos desheredados, porque los hombres solo pueden traspasar el gen, pero no manifestar el don. Un tanto despectivo, quizás.

De todas formas, es cosa del pasado.

—¿Me pasas la sal? —me pide Morgana, sacándome de mis cavilaciones.

Su rata le trepa por el cuello hasta subírsele a la cabeza, una motita de algodón gris sobre un mar de seda verde y negra.

—¡Monstruito, saca a ese bicho de la mesa! —protesta Circe, alejándose de Morgana lo máximo posible y poniendo tal cara de asco que no puedo evitar reírme.

Le paso el salero a Morgana.

—Mir no es un bicho, es un roedor —protesta sacándole la lengua a Circe y alargando la mano para recoger el salero.

—¿Qué tal en la guerra? —me pregunta William, cortando por lo sano.

La mano me tiembla un poco y derramo algo de sal encima del mantel. La limpio disimuladamente. La abuela Janaina me hubiera gritado que me la echara por detrás del hombro para no atraer a la mala suerte, pero ni ella ni su bastón de abedul están ya aquí para reprocharme las cosas.

—Muy bien —respondo—. O sea, muy bien no, pero ya me entiendes... Y yo no estoy en la guerra guerra, sino en la retaguardia. Ahí no pasa nada —carraspeo nerviosa—, bueno, no suele pasar nada.

Circe, sentada enfrente de mí, levanta una ceja y me dirige una mirada que solo puede ser de sospecha. Alarmada, me concentro para evitar que pueda utilizar sus poderes sobre mí. No sería la primera vez que terminan pillándome en una mentira por su culpa.

—Por favor —interrumpe mamá—, no hablemos de estos temas en la mesa.

William se sirve un poco más del *risotto* que ha preparado. Yo aprovecho para volver a llenarme la copa de vino.

—Úrsula, tú tienes gestas para aburrir, no entiendo por qué te escandaliza el trabajo de Ember.

—Y no me gusta hablar de ellas —responde mamá, poniéndose uno de sus rizos caoba detrás de la oreja—. Colgué la espada hace tiempo; solo pido que en la mesa no se hable de batallas, guerras, muerte o irse a fotografiar cadáveres.

—Serás bruta... —protesta Circe.

Reprimo una sonrisa y mi mirada se dirige hacia la espada plateada que cuelga sobre la chimenea del salón. Al ser una bruja espiritual, mamá peleaba con una espada maldita; un arma robada a los demonios que potenciaba las habilidades físicas y mágicas. La suya, en particular, pertenecía a uno de los más poderosos, uno de los Setenta y Dos de Bael, aunque no recuerdo el nombre. Como Circe y Morgana también son brujas espirituales, la espada la hubiera heredado la mayor y, de hecho, Circe estuvo entrenando para ello... Hasta que descubrió el maquillaje y las revistas de moda y se dio cuenta de lo poco glamuroso que es luchar. Morgana, por su parte, siempre ha preferido blandir un pincel y una paleta a cualquier otra cosa. La pintura la ayuda a despejar la mente de su don; lleva escuchando a los muertos desde que tiene cuatro años.

—Esas fotografías me ponen un plato sobre la mesa —replico—. Así que...

—¿Eso es lo que es la guerra para ti? —pregunta Rhiannon—. ¿Una forma de hacer dinero?

Me encojo de hombros.

—Una forma de hacer dinero y ayudar. No veo por qué deberían de ser excluyentes; yo no como aire.

—Ay, pero, con lo bien que se te da hacer fotos, podrías trabajar con artistas, o modelos —comenta Circe—. Y ganarías mucho más.

—Pero me aburriría increíblemente, hermanita. Nadie cambia el mundo haciendo fotos a modelos, ¿sabes? —Alzo mi copa y me la bebo de un trago—. Aunque seguro que me divertiría mucho con un par de ellos.

Circe y Morgana se tapan la boca, disimulando una carcajada, y Rhiannon y mamá me fulminan con la mirada.

—Y pensar que dejo el Ritual en vuestras manos —se lamenta mamá—. ¿Qué dices, Rhiannon? ¿Cancelo el viaje?

Mi hermana mayor se ríe y yo pongo los ojos en blanco.

—Ay, mamá, como vuelvas a amenazar con cancelar el viaje, yo misma pactaré con un demonio y le pediré que te obligue a tomarte un maldito respiro.

Mamá clava el tenedor con fuerza en el plato, sobresaltándonos a todos.

—No bromees con esas cosas, Rhiannon —la regaña, con sus ojos verde esmeralda clavándose en los de ella—. No lo hagas ni por un segundo.



Capítulo 5

La semana pasa con la tranquilidad de un arroyo, una tranquilidad que va hundiéndome con el peso de la rutina. No hacer nada nunca ha sido lo mío, así que aprovecho los momentos en los que no llueve para pasear con mis hermanas por el pueblo, saludando a antiguas amigas y conocidos, y el resto de la semana para organizar archivos en mi ordenador, evitando descargar las fotografías que aún tengo en la microSD que, milagrosamente, se salvó de todo. No puedo decir lo mismo de mi vieja cámara, que ahora descansa en paz en algún lugar de una ciudad en ruinas.

El día 13 de diciembre, marcado en el calendario de la cocina con un círculo rojo, amanece curiosamente despejado. Mamá, Rhiannon y yo nos levantamos temprano para ir al cementerio a dejar unas flores en la tumba de mi padre. Es algo simbólico, sus restos no descansan ahí. Papá dio su vida para acabar con el Rey Bael, y este se lo llevó consigo al mismísimo Infierno. No quiero ni pensar qué hicieron con su cadáver en la Ciudad Roja.

Pero eso solo lo supe cuando cumplí diecisiete. La historia que nos contó mamá cuando éramos pequeñas era un poco más... apta para niños: que Luiz Salazar había dado su vida valientemente en combate, al igual que lo hicieron en su día la abuela Mari, el tío Roberto y las tías Deirdre, Nemain y Danna.

Yo hubiera preferido que todos hubieran conservado su vida cobardemente, pero, en fin, así son las cosas.

Por la tarde, Rhiannon y yo nos escapamos un momento al bar del centro para ponernos al día. Desde que yo empecé a viajar para cubrir mis reportajes y ella se casó con Paul, no tenemos mucho tiempo para vernos. Que yo no dedique ni un segundo de mi vida a llamarla o mandar un mensaje tampoco ayuda a estar en contacto.

—No bebas tan rápido, Em, que te vas a emborrachar —me advierte mi hermana cuando apuro las últimas gotas de cerveza de la jarra.

—Es lo que pretendo.

Para mí, este es uno de los días más duros del año, pero para Rhiannon es como uno de los trámites que hace en la gestoría en la que trabaja: visita al cementerio, tomar algo con Ember, realizar el Ritual, asegurarse de que no desatemos ningún apocalipsis sobre la Tierra y a dormir. Desde que papá murió, mi hermana solo lo ha mencionado en alguna que otra ocasión. De pequeña, yo era la única que preguntaba por él, pero, cuando lo hacía, Rhiannon se echaba a llorar, o cambiaba de tema, y a mamá tampoco solía hacerle mucha gracia nombrarlo. Me pasé mi infancia preguntándome, si yo era la única que nunca llegó a conocerlo realmente, por qué también era la única que parecía echarlo de menos.

—Ya está lloviendo otra vez —se queja mi hermana.

Estamos sentadas cerca de la ventana. Al otro lado del cristal se ve la plaza del pueblo, una sencilla calle circular pavimentada en roca, en cuyo centro hay una fuente donde unos niños juegan a la comba. Al fondo se ve la iglesia, a la que los vecinos acuden todos los domingos. Las gotas de agua comienzan a empapar el pavimento, transformando la piedra gris en un charco de mar oscuro. Observo cómo los niños corren hacia la terraza, regresando con sus padres para resguardarse del aguacero. Algunas realidades son tan diferentes...

—¿Aún no has llamado a Paul? —pregunto.

Antes nunca discutían, siempre se han llevado bien. Pero desde que Ri-Ri empezó a insistir con lo de los niños, parece que las cosas han cambiado.

Rhiannon se encoge de hombros.

—No pienso llamarlo. Estoy harta de discutir sobre el mismo tema sin llegar a ningún lado.

—No sé por qué te enfadas con él. Siempre supiste que no quería hijos.

Rhiannon me fulmina con la mirada y yo me muerdo la lengua.

—Tú piensas que las cosas son simples porque cuando no te gustan te vas, pero no lo son —refunfuña.

Desvío la mirada, algo molesta. Se escucha un tintineo y la puerta del bar se abre. No puedo evitar mirar en dirección a la persona que acaba de entrar. Lo hago por instinto, automáticamente, así que cuando mi mirada se cruza con la de unos ojos verdes como los de un gato tengo que contener el sobresalto. Rhiannon se percata y mira en la misma dirección.

—Oh, el profesor —dice en un tono sugerente que no me hace ni la más mínima gracia.

Giro la cabeza para censurarla.

—No vayas por ahí —le advierto alzando el índice y poniéndoselo delante de la cara.

Rhiannon reprime una sonrisa traviesa.

—Tú y tu orgullo herido.

Suelto un bufido, pero, como siempre, tiene razón. El profesor se ha convertido en la comidilla de Faddenfield desde que se mudó aquí para cubrir una baja en el instituto. En este pueblo de doscientos habitantes cualquier nimiedad que altere un poquito la rutina es bienvenida, y esta «novedad» en concreto ha dado mucho de qué hablar. No me extraña. Es endiabladamente atractivo: alto, moreno, fuerte, con un aire intelectualoide y un estilo al vestir que encaja más en una ciudad grande que en una villa de pescadores; trajes, chalecos, camisas..., todo hecho a medida, todo milimétricamente ajustado a cada parte de su cuerpo.

A nadie le extrañó que, cuando oí hablar de él, quisiera conocerlo. En una de mis esporádicas visitas a Faddenfield nos lo encontramos en este mismo bar. Mientras mis amigas cuchicheaban sin atreverse ni a mirarlo, fui hacia él y me presenté, porque vergüenza es algo que nunca he tenido.

No recuerdo bien lo que ocurrió, tengo la noche borrosa, pero sé que, cuando tan solo me quedaban unos metros para llegar a la barra, sentí el impulso de salir corriendo; y, sin embargo, cuando él se giró y me miró, sentí el impulso de acercarme aún más. Nos quedamos en silencio un rato, observándonos, en uno de los momentos más extraños que he vivido nunca, hasta que le sonreí y le tendí la mano.

—Soy Ember, encantada —me presenté.

Y, entonces, en vez de responder como hubiera hecho cualquier ser humano —con algo de amabilidad o, quizás, con un fingido interés—, se levantó de golpe, dio un paso hacia mí, se pasó la

mano por la barba, negó con la cabeza, apretó la mandíbula y se largó sin decir nada. Me dejó ahí plantada, con la sensación de haber hecho algo mal hasta que monté en cólera y me di cuenta de que no era más que un engreído.

Mis amigas estuvieron toda la semana riéndose de mí, y por una vez mis ganas de largarme de Faddenfield no se debieron solo al aburrimiento.

—Voy a ir al baño un momento —dice Rhiannon, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos—. ¿Me pides otra?

Asiento y ella se levanta, así que yo hago lo mismo y me acerco a la barra. Por el rabillo del ojo, noto cómo el profesor se percata del movimiento y fija su mirada en mí. Suspiro. Quizás ni se acuerde. Al fin y al cabo, fue hace ya meses.

—¿Me pones dos cervezas más, Pepo? —le pido al camarero, apoyando los vasos vacíos en la superficie de metal, alejándome lo máximo que puedo del profesor.

Pepo es el dueño del bar desde hace veinte años; un hombre calvo, ancho de espaldas y que todos los años se disfraza de Papá Noel para atender las peticiones de los niños en la plaza del pueblo. Lo que más destaca en su rostro de bonachón es su bigote, canoso, pero aún con algún pelo rubicundo, que suele tener mojado porque se pasa el día echando tragos de cerveza directamente del grifo, creyendo que nadie se da cuenta.

—Dichosos los ojos, Ember —dice mientras vuelve a llenar los vasos del líquido dorado—. ¿Qué pasa? Desde que tus fotos salen en los periódicos no hay quien te vea el pelo.

Le dedico una sonrisa franca.

—Es que ahora soy demasiado guay para venir por el pueblo —respondo y, ante su cara de desconcierto, añado con sorna—: Al menos eso dice mi madre.

Pepo reprime una risotada y me tiende las cervezas. El profesor se ríe también. Yo le dirijo una mirada de incredulidad. ¿Ahora se ríe, cuando la última vez le faltaron piernas para correr?

—¿De qué te ríes? —le espeto.

Él esboza una media sonrisa y sigue bebiendo de su copa, un vaso con hielo y un líquido ámbar, mientras me mira fijamente con sus ojos felinos. Me quedo callada, esperando una respuesta que no llega.

No me lo puedo creer.

—¿No vas a decir nada? —insisto—. ¿Otra vez?

Él levanta una ceja y ladea la cabeza, como un animal evaluando a su presa, pero en el último momento algo en su gesto se suaviza.

—Esta vez es distinto —dice.

Ahora la que alza la ceja soy yo.

—¿Cómo?

—¿Qué pasa?, ¿no escuchas bien?

Me llevo la mano al oído izquierdo y una ola de calor acude a mis mejillas. Mi propia reacción me pilla por sorpresa, y mi respuesta es de todo menos contenida.

—Cuando repartieron los carnets de capullo, estabas en primera fila, ¿no?

El profesor esboza una sonrisa de lado y da un trago a su copa.

—Esa boca, Ember Wytte.

«Ember Wytte». En Faddenfield, todo el mundo nos conoce. Somos «las brujas de la colina», un apelativo que no nos hemos podido sacar de encima desde que los Magnolia llegaron al pueblo y acusaron a mis antepasadas de practicar el satanismo. A día de hoy, la mayoría de los vecinos se lo toman a broma, pero aún hay quien se santigua al pasar a nuestro lado.

—¿Cómo sabes mi apellido? —pregunto—. No recuerdo habértelo dicho.

—Oh, no me lo dijiste. Pero yo sé muchas cosas sobre ti.

—¿Ah, sí? —alzo el mentón, desafiante—. Entonces dime una.

El profesor se levanta del asiento, marcando la diferencia de estatura conmigo, y se acerca hasta que mi hombro queda a escasos centímetros de su brazo. Cruza las manos y mira, a través de la barra, al espejo oxidado tras las estanterías repletas de botellas de alcohol a medio consumir. Sigo su mirada, y el reflejo me devuelve nuestra imagen; una chica de cabello oscuro y labios gruesos, junto a un hombre alto, fornido y elegante que se sonríe a sí mismo.

Cuando habla, no se molesta en bajar la voz.

—Sé lo que eres, Ember Wytte. Y sé que, muy pronto, necesitarás mi ayuda.



Capítulo 6

Reprimo un bufido.

—¿Te suele funcionar?

—¿El qué?

—Esto de hacerte el interesante. ¿Te funciona?

El profesor ladea la cabeza.

—¿Crees que te estoy tomando el pelo? Yo no pierdo el tiempo, Ember Wytte. Todo lo que hago, lo hago por algo.

Esboza una sonrisa lobuna que logra ponerme los pelos de punta.

—Deja de llamarme por mi nombre completo.

—¿Y cómo quieres que te llame? ¿Preciosa? ¿Muñeca? No es mi estilo.

Es más de lo que puedo aguantar. Agarro las cervezas que Pepo me ha dejado en la barra, dispuesta a regresar a la mesa. Él alza una mano como si estuviera dando una lección y le molestaran los murmullos de la clase.

—Espera —me pide. No sé por qué, pero me detengo—. Hace mucho que no te veo. ¿Dónde has estado?

La pregunta me pilla por sorpresa.

—En la guerra —respondo casi de manera automática.

«¿En la guerra?». Estupenda forma de hacerme la interesante.

—Oh, ya veo. Me dijeron que eras periodista.

—Fotógrafa —corrijo.

—Hum.

Se hace el silencio. Sacudo la cabeza, algo confusa, y vuelvo a hacer el amago de irme, pero él continúa.

—¿Qué sabes de Joann Wytte?

Me detengo en seco.

—¿De Joann? —le pregunto, levantando una ceja.

Él asiente, pero no dice nada.

Joann Wytte es una de mis antepasadas, y también una de las brujas más poderosas de mi linaje después de Ahinoam. Vivió hace doscientos años en Faddenfield, y ella y sus hermanas fueron las que construyeron nuestra mansión. Precisamente por ella comenzaron los rumores de brujería, esos que se esforzaron en esparcir los Magnolia. Quizás los haya escuchado. O, quizás, como trabaja en el instituto, los directores del Magnolia le hayan estado metiendo pájaros en la cabeza; Takedo y Anabel nunca pierden la oportunidad de hablar mal de nosotras.

—Pregúntale eso a la familia para la que trabajas —contraataco—. Quizás ellos te puedan contar cómo sus antepasados la condenaron a morir ahogada en las cuevas de los acantilados.

Los Magnolia son nuestros más antiguos enemigos... y nuestros más recientes aliados. Fue la alianza con nuestro aquelarre la que consiguió, por fin, desterrar a los demonios. A pesar de ello, siguen sin fiarse de nosotras. Al fin y al cabo, son, y siempre han sido, cazadores de brujas. Está en su ADN.

—¿Y ya está? —pregunta.

Me encojo de hombros, algo molesta, porque ninguna de mis provocaciones parece afectarle.

—¿Y qué más tendría que saber?

Detecto un punto de decepción en su mirada.

—Nada. —Abre la boca, parece que va a añadir algo, pero después se muerde el labio y niega con la cabeza—. Aunque, si alguna vez quieres saber más sobre ella, he encontrado algunos libros bastante interesantes en la biblioteca privada de Anabel.

Frunzo el ceño. Se han escrito ríos de tinta y papel sobre la historia de mi familia, pero no sabía que Anabel Magnolia tuviera ejemplares sobre ello en su biblioteca.

—Si alguna vez quiero saber más de ella, le preguntaré a mi madre. —Entonces caigo en la cuenta—. ¿Anabel te ha dejado entrar en su biblioteca privada?

Él asiente. Trago saliva.

—Anabel nunca le abriría las puertas de su biblioteca privada a nadie, y mucho menos a un desconocido.

«Y menos a un despojado», pienso.

Él sonríe de manera maliciosa.

—Ah, pero yo no soy un desconocido. Soy un viejo amigo de la familia.

Trago saliva y una idea cruza fugaz por mi mente.

—Ya veo. —Quizás sí que sea cierto lo de que sabe quién soy, quizás eso era lo que intentaba decirme—. ¿Tú también estás en su club de caza? —tanteo.

Podría ser un cazador, como los Magnolia. Un miembro de la Hermandad transferido desde otro país; últimamente, Anabel ha tenido problemas reclutando pupilos. Ya pocos recuerdan la brujería y, desde que el cristianismo está en desuso, ya pocos la temen.

Él apoya la mejilla en su mano y esboza una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Sabes? Deberías pensar mejor las cosas antes de acusarme de ser un cazador de brujas.

Mi preocupación se convierte en alarma.

—¿Eres un cazador de brujas o no?

Si es un cazador y forma parte de la Hermandad de Anabel, eso explicaría su comportamiento la noche que nos conocimos. Y también el desagrado que siento cada vez que estoy a su lado. Me pongo alerta, dispuesta a atacar si es necesario.

—Cuántas preguntas, bruja —responde él mientras sonríe con malicia—. No soy un cazador.

«Bruja».

—¿Qué eres? —repito casi perdiendo la voz—. ¿Un desheredado?

Si no es un cazador ni un desheredado, sería imposible que recordara la magia, que supiera lo que soy.

—¿Acaso importa?

Hasta aquí ha llegado mi paciencia. Apretando las jarras con furia, me dirijo a mi sitio, pero antes de que pueda darme la vuelta, él me detiene agarrándome del brazo. Noto un extraño cosquilleo que casi podría ser un calambre. Me suelta con una expresión de desagrado en el rostro que me provoca unas tremendas ganas de estamparle la cerveza en esa mandíbula afilada que tiene.

—Espera —me pide—, hay algo que debo decirte.

Entrecierro los ojos. Tengo la impresión de que algo va mal, pero no sé qué es. Los pelos se me han puesto de punta y mi cabeza me está gritando que me aleje, mientras una especie de voz que me resulta más potente, más desafiante que la mía propia, me grita que me quede. Como la otra vez.

—¿Y por qué no me lo dijiste la primera vez que nos vimos?

Él esboza una sonrisa y procede a ignorar completamente mi pregunta.

—Escucha atentamente. —Se inclina hacia mí y, aunque el instinto me dice lo contrario, no retrocedo—. Cuando venga la niebla, ven a buscarme al Magnolia.

—¿Cómo?

Él sonríe y alza la mano para acariciarme la mejilla. Doy un paso hacia atrás, y él retira la mano rápidamente, como si se hubiera dado cuenta de su error. Durante unos instantes nos quedamos quietos, observándonos. En sus ojos detecto un destello de... ¿diversión?, ¿peligro?

—Tengo que irme —dice por fin, y yo aparto la vista, azorada—. No te preocupes, te prometo que terminarás entendiéndolo.

Se bebe la copa de un trago.

—Necesito saber qué eres —le pido.

No responde, se limita a agarrar su chaqueta y girarse, dándome la espalda. Estampo las jarras contra la superficie de la barra.

—¿Qué eres? —demando en un tono de voz que hace que hasta Pepo, que estaba secando vasos en la otra esquina de la barra, dé un respingo.

Él se detiene, vuelve a encararme y me dedica una mirada tan fría que, por un momento, siento como si mi aliento fuera a congelarse dentro de mi pecho. Después, se inclina hacia mí hasta que sus ojos felinos se ponen a la altura de los míos, pero esta vez no retrocedo.

—Tranquila, fierecilla —murmura entre dientes en un tono de voz grave y meloso que hace que los pelos se me pongan de punta—. No te comportes como una salvaje; todo a su tiempo. Además, estás a punto de irte, ¿no?

—¿A punto de irme? —repito, pues de repente la realidad se ha vuelto espesa y lo único que puedo escuchar son los latidos de mi

corazón retumbando dentro de mi cabeza.

El profesor sonríe y clava sus ojos verdes, que, ahora que me fijo, tienen unos bonitos destellos anaranjados, en los míos. Por primera vez, no soy capaz de sostenerle la mirada.

—Yo invito, fierecilla.

Deja un billete sobre la barra y, antes de que pueda responder, señala con la cabeza hacia la puerta. Y, entonces, para mi sorpresa, mi exnovia entra en el bar.

«Mi exnovia». Trago saliva. «No. No, no, no, no...».

—¿Quieres que la distraiga? —susurra el profesor.

Asiento desesperada y, mientras yo intento mantener la boca cerrada, él me guiña un ojo y se acerca a Priya, que aún no me ha visto porque está demasiado concentrada sacudiendo el agua de su paraguas como para darse cuenta de que alguien la mira. Observo cómo ella, tras el saludo de él, emite una pequeña exclamación de sorpresa y alegría y se lanza a su cuello.

Pestañeo extrañada. ¿Acaso son amigos?

Me giro hacia la salida opuesta, rezando para que no me vea. Llevo dos años esquivando a Priya, y me niego a que mi racha se rompa justo el día del Ritual. Algún día... Algún día hablaré con ella. Pero no hoy.

Intercepto a Rhiannon en el baño, secándose las manos con el aire caliente de la maquinita.

—Emb... —comienza, pero no la dejo hablar. Agarrándola del brazo, le hago un gesto para que se calle y la arrastro hacia la puerta lateral del bar—. ¿Qué pasa? —se queja.

—¡Shhh!

Salimos del bar a toda prisa y, de los nervios, cierro con tanta fuerza que pego un portazo. Por un instante, veo a través del cristal que he atraído la mirada de Priya. El reconocimiento se dibuja en el

rostro de mi exnovia, pero no me detengo; huyo como la alimaña cobarde que soy.

—¿Esa era Priya? —pregunta Rhiannon, corriendo detrás de mí.

—Sigue andando.

—Oh, Em, no puedes evitarla para siempre.

—Puedo, y lo haré.

—¿Has hablado con el profesor? —pregunta expectante.

Reprimo un bufido.

—¿Has hablado con Paul?

No responde, que es precisamente la reacción que yo quería.

Tomamos el camino empinado que lleva a nuestra casa, una carretera que rodea el pueblo y sube por la montaña, en silencio. Lo de Priya me ha dejado en blanco, pero tras unos minutos, cuando me relajo, empiezo a pensar en lo que me dijo el profesor. Abro la boca para contárselo a Rhiannon, pero en el último segundo la cierro. Lo último que quiero es alarmarla, que se lo diga a mamá y que cancelen el viaje de hoy. Aparto el catastrofismo con un movimiento de cabeza, lo más probable es que el profesor sea un cazador o un desheredado, y que haya intentado gastarme la peor broma del mundo.

«Cuando venga la niebla, ven a buscarme al Magnolia».

Sí, ya. Menudo pedazo de imbécil.



Capítulo 7

—El altar ya está hecho —nos recuerda mamá mientras nos despedimos frente al garaje abierto—. Tenéis todo lo que necesitáis distribuido sobre él. ¿Os habéis memorizado el hechizo? Es muy importante que digáis las palabras exactas.

—Mamá, a estas alturas podría recitar el hechizo hasta en otro idioma —la tranquiliza Rhiannon.

—Además, algún día ibas a tener que darnos el relevo, vieja —bromeo yo para aligerar la preocupación de mi madre, que me lanza una mirada ofendida y me propina un puñetazo en el hombro.

—Escuchad, cuando vencimos a los demonios... —comienza.

—¡Oh, no! —la interrumpo—. Esto otra vez no.

Mamá aprieta los puños y da una patada al suelo, lo cual resulta gracioso porque, entre lo bajita que es y su pelo, me recuerda a uno de esos pandas rojos que se han vuelto virales en internet por ser demasiado dramáticos.

—Este es el primer año que vais a hacer el Ritual solas, y el primero de Circe. Vais a escuchar la historia queráis o no.

William y yo cruzamos una mirada de desesperación. Morgana, que estaba cargando su mochila en el coche, se sube al asiento trasero sin prestarnos atención. No se ha tomado bien que mamá, definitivamente, no la haya dejado quedarse.

—Hoy hace veintidós años que vencimos a los demonios —retoma el relato, poniendo las manos sobre sus caderas—. Todo comenzó con el Pacto de Ahinoam con el Rey Bael, el Pacto Primitivo, en el que no hubo cláusulas, a excepción de una: que Ahinoam abriría las puertas del Infierno a cambio de poder, y que sus hijos varones jamás heredarían la magia. El Rey de los Demonios se aprovechó de su desconocimiento. Le dio poder, sí. Pero vino a conquistar este mundo. A convertir a los humanos en engendros o esclavos. Y Ahinoam y sus hijas pronto se dieron cuenta de su error. Circe, ¿me estás escuchando?

Circe, que lleva ya un rato mirándose las uñas, se sobresalta.

—Sí, mamá —responde con molestia.

—Esta es la historia de tus antepasadas, no me hables con ese tono —replica mi madre—. Quien no conoce la historia está condenado a repetirla.

Reprimo un bufido.

—¿No puedes resumir un poco? —protesto—. Tu marido y tu hija están esperando y tú aquí recitándonos la Biblia.

Mamá pone los ojos en blanco y alza un puño.

—Ember, a veces me dan ganas de... —alzo una ceja, y sacude la cabeza—. A ver, ¿cómo lo resumirías tú?

Carraspeo para atraer la atención sobre mí, y mis hermanas reprimen la risa.

—El hijo de Ahinoam, Salomon, se enfada por haber quedado fuera del pacto, captura un demonio y extrae de él el conocimiento necesario para descubrir cómo combatir a las brujas, es decir, las

espadas, y crea la Hermandad de Cazadores. Ahinoam se da cuenta de que la ha cagado y le declara la guerra a Bael. Dos mil años de guerras entre brujas, cazadores y demonios. Acabamos con varios Lores del Infierno. La abuela Janaina viene aquí desde Brasil, se alía con la abuela Mari, que a su vez crea una alianza con los Magnolia. Juntamos un ejército. Desafiamos a Bael. Lo debilitamos hasta el punto de que papá lo mata... Y Bael se lo lleva por delante porque, por alguna razón, un desheredado tuvo que hacer el trabajo de las brujas.

Mamá chasquea la lengua.

—Em, tu padre no tenía magia, pero como guerrero era formidable...

—Ya. Pues tan formidable no sería si el Rey de los Demonios consiguió matarlo a pesar de estar en las últimas.

Mamá se cruza de brazos y baja la mirada.

Después de un rato, dice:

—Esta es la razón por la que insisto en que entendáis todo lo que estuvo en juego. Creéis que los demonios son solo un cuento. No sabéis todo lo que tuvimos que sacrificar para vencer a Bael. Y por eso, hijas, es tan importante el Ritual.

El Ritual mantiene las dimensiones de la Tierra y el Infierno separadas. Cada año, hasta que se cumpla un cuarto de siglo, debemos llevarlo a cabo para que el Velo no se agriete. Cuando hayan pasado veinticinco años, las dimensiones quedarán oficialmente separadas; ya no necesitaremos hacer ninguna ceremonia y yo tendré una excusa para volver a casa por Navidad, y no dos semanas antes.

—Pues nada, ahora que eso está aclarado... —concluye mamá—, ¿algo más que queráis saber?

—¿Quién va a venir como testigo de la Hermandad? —pregunta Circe con voz resignada.

¡Agh!, la Hermandad. Los cazadores exigen estar presentes durante el Ritual, según ellos porque son tan guardianes del Velo como nosotras; pero personalmente creo que es porque no se fían. Estoy segura de que Anabel piensa que, si se descuida, las Wytte volverán a pactar con un demonio. Como si mi familia no hubiese aprendido la lección hace siglos.

—¡Oh, es cierto! —responde mamá, dándose una palmada en la frente—. Le he pedido a Anabel que manden a su hija, para que estéis más cómodas.

—¡Mamá! —protesta Circe con un tono de voz más agudo de lo normal.

Mamá se sobresalta.

—¿Qué?

—¡Hikari y yo no nos hablamos desde hace siglos! ¿Por qué me haces esto?

—¿Como que no habláis? Si es tu mejor amiga.

—¡Eso era antes!

—¿Antes? Pero si os pasasteis todo el verano juntas.

Circe eleva el tono de voz aún más.

—¿No pueden mandar a otro? ¿Erik, por ejemplo? ¡Llama a Anabel y dile que mande a Erik!

—Cariño, ya es un poco tarde para eso. Además, aquí no se hace solo lo que tú quieras.

—Pero... ¡mamá!

—Úrsula, tenemos que irnos —la apremia William rodeando el coche y subiéndose al asiento del conductor.

Con un suspiro de fastidio, mamá agita la mano y zanja el tema.

—He dicho que va a venir Hikari y se acabó, ¿entendido? —Circe suelta un bufido, se cruza de brazos y alza el mentón, pero no insiste—. Os llamaremos en cuanto lleguemos —prosigue mientras se sube al coche—. ¡Recordad que debéis empezar a medianoche!

—Que sí —digo yo.

—A medianoche en punto. Y debéis meditar hasta que el reloj marque la hora de las brujas.

Las doce de la noche.

—Que sí —dice Rhiannon.

—Y tened mucho cuidado, ¿vale? Sé que es un Ritual sencillo, pero si algo saliera mal...

—Nada va a salir mal, mamá. —Rhiannon parece al límite de su paciencia, y su paciencia es infinita—. Nada malo ha ocurrido desde hace veintidós años, y nada malo va a pasar.

Mamá nos sonríe mientras se pone el cinturón.

—Tienes razón, cielo. Es solo que... aún siento que fue ayer. Perdonadme si sigo siendo un poco paranoica.

—¿Un poco? —pregunto con ironía mientras alzo la ceja.

—Solo tres años más —le recuerda Rhiannon—. Dentro de tres años, el velo entre los mundos se reparará por completo y ya no tendremos que hacer el Ritual para reforzarlo; seremos libres y la magia será cosa del pasado.

Mamá suspira.

Desde que cumplimos la mayoría de edad, Rhiannon y yo hemos querido apartar a mamá de todo esto. Si para nosotras es un día malo, para ella el Ritual significa revivir la época más traumática de su vida. Es la primera vez en dos décadas que accede a tomarse un respiro. Que además haya dado el visto bueno a tomarse unas vacaciones es un milagro.

William arranca el coche.

—Úrsula, tus hijas ya son mayorcitas. Lo harán bien. Un par de abracadabras y a dormir.

Deslizo mi mirada hacia Morgana, en el asiento de atrás, que lleva todo este rato con los brazos cruzados sobre la jaula de Mir. Doy unos toquecitos en la luna del coche.

—¿Y tú no vas a decirnos adiós? —le pregunto.

Morgana se gira y nos da la espalda.

—Monstruito, di adiós —le ordena Circe con tono burlón.

—¡Que no me llames monstruito! —le grita volviéndose hacia nosotras de repente.

Pero William ya ha arrancado y, mientras salen del garaje, veo como Morgana se levanta de su asiento y mira por la ventanilla de atrás para despedirse de nosotras.

—¡Adiós! —grita—. ¡Nos vemos en una semana!

—¡Portaos bien! —repite mi madre y, por fin, los tres desaparecen tras el portón.

Circe, Rhiannon y yo suspiramos.

—Por fin solas —murmura Circe, dándose la vuelta para entrar en casa.

El cielo nublado anuncia, de nuevo, lluvia tras la pequeña tregua, así que Rhiannon y yo nos apresuramos a seguirla.

—Oye, ¿se puede saber a qué ha venido lo de Hikari? —le pregunto mientras nos deslizamos hacia el calor de la casa—. Pensaba que era tu mejor amiga.

Circe pone los ojos en blanco.

—¿Cómo quieres que te cuente las cosas que me pasan si nunca estás aquí? —replica.

Tuerzo la boca y capto una mirada de reproche de parte de Rhiannon.

—Vale, pero ahora estoy aquí. ¿Desde cuándo no hablas con ella? —insisto.

Circe suspira y se mira el esmalte de las uñas.

—Desde que me di cuenta de que la abuela Janaina tenía razón. —Entonces, alza su mirada de agua hacia mí y, por un momento, detecto cierta tristeza en sus ojos—. Las brujas y los cazadores no podemos ser amigos.



Capítulo 8

En Faddenfield siempre ha habido dos familias importantes: la nuestra y la de los Magnolia. Un linaje de brujas... y otro de cazadores. Mientras nosotras vigilamos el pueblo desde la colina, ellos lo hacen desde su castillo en los acantilados, antaño conocido como el Castillo de las Flores. Hoy es solo el Magnolia, y hace las veces de instituto, biblioteca, museo e, incluso, de atracción turística; aunque no es que vengan muchos turistas por aquí.

Decir que entre nosotros ha habido siglos de enemistad es quedarse corto. También ha habido sangre. Firmamos la paz en dos ocasiones. La primera, en la época de Joann Wytte, salió mal. La segunda... podemos decir que fue un éxito, porque gracias a ello vencimos a los demonios. Sin embargo, nunca han terminado de fiarse de nosotras. Y es mutuo.

Hace unos años, Anabel conoció a un cazador de brujas de Japón durante una de sus cacerías a una bruja corrupta especialmente poderosa... Y, cuando volvió, se lo trajo con ella. A él y a...

—¿Vamos a tardar mucho? —nos pregunta Hikari mientras se quita la chaqueta mojada por la lluvia y la deja en el perchero.

Hikari Ito, hija de Takedo e hija adoptiva de Anabel, es una chica alta de cuerpo delgado y atlético, pelo azabache y mirada tranquila. Se podría decir que la he visto crecer; Circe y ella llevan siendo amigas desde que eran unas crías. O al menos lo eran. Ahora no sé qué mosca les ha picado.

—Una hora, como máximo —responde Rhiannon mientras observa cómo la cazadora se acomoda tras el hombro su espada maldita.

Intercambio una mirada significativa con Rhiannon. Aparte de la magia, solo hay una cosa que puede herir a los demonios: las espadas malditas, armas forjadas en el propio Infierno y hechas de un metal que puede atravesar la carne de esas criaturas. Nadie sabe cómo Salomon, el hijo de Ahinoam y fundador de la Hermandad, obtuvo la primera espada maldita, la misma que se ha ido heredando entre los líderes de la Hermandad hasta llegar a Anabel y que le permitió robar más espadas para sus discípulos.

La que lleva Hikari ahora es un ejemplar bastante básico que, probablemente, perteneció a un demonio menor, un súbdito de un demonio de mayor categoría. Lo que las distingue son los ornamentos y el brillo; la de Hikari es una simple hoja de metal, sin adornos en la empuñadura, prácticamente opaca. Esas espadas son las que más abundan. Las espadas de alto rango, como la de Anabel, emiten luz y son una obra maestra de la herrería.

Mamá también luchaba con una espada maldita; las brujas espirituales comenzaron a utilizarlas cuando se dieron cuenta de que mezclar su sangre con la de despojados daba lugar a brujas menos poderosas, brujas que no podían controlar los elementos. La que tenemos en el salón es el mayor trofeo del aquelarre, pues mamá la consiguió tras vencer a uno de los demonios de alto rango dentro

del Infierno: uno de los Setenta y Dos de Bael. Si los demonios siguieran habitando este mundo, Circe y Morgana tendrían que robarles una espada con nuestra ayuda... Pero, como hace ya mucho que terminamos con los demonios que quedaron atrapados en nuestra dimensión después de que las Puertas se cerraran, la única manera de conseguir una espada maldita nueva a día de hoy es... robársela a otra bruja.

—¿Y esa espada? —pregunto mirando significativamente a Circe.

—Pues es mi espada —responde Hikari—. ¿Qué pasa?

Carraspeo de una manera un tanto dramática. Por fin, Circe se da cuenta de lo que le estoy pidiendo y asiente imperceptiblemente. Un leve mareo hace que la cabeza me pite durante un segundo, y me concentro para bloquear la magia de Circe.

—¿Es nueva? —presiona mi hermana—. ¿O heredada?

Hikari carraspea y desvía la mirada, algo azorada.

—Nueva, por supuesto.

—¿Ya has matado a tu primera corrupta? —comenta Circe con retintín—. No te creía capaz.

Hikari abre mucho los ojos y algo parecido a la furia se dibuja en su rostro, pero, antes de contestar, respira hondo y su respuesta es calmada.

—La que dejó de entrenar para pasarse el día mirándose al espejo fuiste tú, no yo.

Circe se ríe por lo bajo.

—¿Lo disfrutaste? —pregunta en tono morboso—. Lo de matarla, digo.

Hikari palidece.

—Claro que no. Pero era una bruja corrupta, y era mi deber.

Circe me sonríe, lo que indica que Hikari dice la verdad: ha matado a una corrupta, y no a una bruja blanca. Rhiannon y yo

suspiramos imperceptiblemente y la cazadora da un respingo.

—¿Estabas usando tus poderes conmigo? —le reprocha.

—Hum. ¿Cómo dices? —replica Circe desinteresada.

El rubor acude a las mejillas de Hikari, que se frota las sienes, percatándose de que, quizás, ese dolor de cabeza no era arbitrario. La magia mental deja huella.

—¡Te dije que no volvieras a hacerlo!

—También me dijiste que ibas a aprender a bloquearme, y aquí seguimos. —Circe se mira las uñas con aire distraído.

Cuando Circe utiliza su empatía, la cabeza de sus víctimas lo detecta instintivamente. Mareos, dolores de cabeza, pitidos... Suelen ser las señales. Como Circe no sabe utilizar bien sus poderes, en vez de dirigir su magia a una única persona, no puede evitar sentir las emociones de todos los que la rodean. Una buena émpata sabría concentrarse en una sola persona, pero, en fin, ninguna de nosotras podría definirse como «buena» en su campo. Rhiannon, quizás, y aun así lleva años sin utilizar la magia.

—Puede que no sepa bloquearte, pero en un duelo sin magia no me ganarías.

—Tenemos la espada de mamá en el salón —le espeta Circe—. Si quieres la descuelgo; apuesto a que sigo siendo mejor que tú.

Las chispas que saltan entre ellas parecen cobrar vida propia. Rhiannon carraspea incómoda.

—Esperad a que completemos el Ritual primero —les dice—. Después haced lo que queráis, pero fuera de casa. No quiero destrozos.

Las chicas suspiran y se cruzan de brazos, y nosotras aprovechamos para dirigirnos al torreón.

—Deberíamos repasar el protocolo —sugiere Rhiannon mientras subimos las escaleras.

Por supuesto que Rhiannon quiere repasar el protocolo; ¡Dios nos libre de olvidar las normas! Mi hermana comienza a hablar, pero apenas la escucho. Llevo años haciendo esto; lo único que quiero es acabar cuanto antes.

—Lo más importante es que el círculo no se rompa. Debemos darnos las manos en todo momento. Si nos soltamos, los demonios lo tomarán como una invitación a nuestro mundo.

Circe y yo asentimos, yo un poco más hastiada que ella.

—Hikari, mantente lejos de nosotras, no intervengas por nada del mundo.

—Bueno, por nada del mundo no —protesta ella.

Rhiannon le lanza una mirada molesta.

—No vamos a realizar ningún pacto —dice alzando una ceja.

Hikari se rasca una ceja.

—¿Ni siquiera si os prometen ser millonarias? Yo me lo pensaría.

Las tres hermanas nos quedamos calladas, tomándonos en serio lo que la cazadora acaba de decir... Hasta que nos damos cuenta de que ha intentado hacer una broma.

Reprimo una carcajada.

—¿De qué serviría el dinero si estamos muertas? —le pregunto, alzando la ceja con sarcasmo.

—Seguro que hay algo que os tienta —insiste ella en tono juguetón—. Hay deseos que vale la pena cumplir.

—¡Ah!, ¿sí? —pregunta Circe divertida—. ¿Cuál es el tuyo?

Hikari alza el mentón y Circe se cruza de brazos desafiante. Por un momento, parece que hemos viajado en el tiempo, que Hikari y Circe vuelven a ser las niñas a las que teníamos que vigilar las tardes en las que mamá y William se iban a trabajar.

—Pues mira, no me importaría pedirle a un demonio que vuelva a ponerte gafas y aparato. Sería muy muy divertido.

Circe la fulmina con la mirada.

—Vaya, qué graciosa —responde—. Pues yo les pediría que desaparecieras de la faz de la tierra, así no tendría que fingir que no te conozco de nada cuando estamos en el instituto y te comportas como una rarita.

—¿Rarita yo? Al menos no voy por ahí fingiendo ser quien no soy.

La cara de Circe se vuelve roja.

—No, claro que no, porque tu madre les pone una amonestación a todos los que osan respirar encima de ti.

Anabel es la directora del Magnolia desde que somos pequeñas. Es cierto que a veces se toma ciertas... libertades. Por ejemplo, cuando a mí me mandaban a su despacho, tendía a expulsarme unos días sin ni siquiera escuchar mi versión de los hechos; como aquella vez en la que el gimnasio se incendió y me echó la culpa a mí.

Efectivamente, la culpa era mía, pero ella no tenía pruebas.

—¡Bueno, basta ya! —interviene Rhiannon. Estamos en la base de la escalera de caracol que lleva al torreón, situada en el tercer piso —. Esta noche es importante, comportaos. Ya sois mayorcitas.

Circe y Hikari se cruzan de brazos.

—¿Tú qué pedirías, Ri-Ri? —le pregunto para suavizar el ambiente.

—¿No es obvio? Ser madre.

—Qué fácil es hacerte feliz, hija mía —replico—. ¿Y ser millonaria no?

—Bah, no sé ni para qué respondo.

—¿Y tú, Ember? —me pregunta Circe, dándole la espalda a Hikari como si no estuviera allí.

—¿Yo? —respondo mientras agarro la barandilla de madera barnizada y me columpio hacia atrás, haciéndome la interesante—.

Ay, pues no sé.

—Claro que lo sabes —interviene Rhiannon—. No te hagas la tonta.

Nuestras miradas se cruzan y ella esboza una sonrisa de comprensión. Respiro hondo y tuerzo la boca, lamentando tener que echar a perder el momento.

—Vale, sí que lo sé —admito—. Les pediría recuperar a mi padre.

Hikari chasquea la lengua.

—¿Ves? —dice—. Ese es uno de los deseos por los que valdría la pena arriesgarlo todo.

Yo suelto un resoplido y agito una mano, restándole importancia al asunto.

—No te alteres, cazadora. Ni siquiera los demonios pueden resucitar a los muertos.



Capítulo 9

En el torreón ya está todo dispuesto para el Ritual. Un pentagrama pintado con tiza decora el suelo, con una vela negra alzándose en cada uno de sus extremos. En el centro hay una mesita de madera sin patas, cubierta por una tela de terciopelo violeta, sobre la que descansan un cuenco con agua, un athame, flores secas, una rosa, incienso, sal, una campana y más cirios, esta vez de color blanco.

Mis hermanas se sientan alrededor del altar mientras Hikari se apoya en el alféizar de la ventana circular y echa un vistazo a través de ella. Como muestra de respeto, ha dejado la espada fuera, y ahora se toquetea el hombro como si le faltara algo. Yo, por mi parte, me dedico a encender las velas con la punta de mis dedos.

Cuando termino, me siento con ellas. Las tres nos cogemos de las manos y cerramos los ojos para relajarnos.

—Concedámonos un momento para meditar —dice Rhiannon como si fuera una maestra de ceremonias.

Contengo la risa. Normalmente, la ceremonia la inicia mamá y, por el tono solemne de Rhiannon, parece que le está gustando

ocupar su lugar.

—Hoy tenemos la tarea de asegurarnos de que los mundos siguen separados, de que la línea entre humanos y demonios se mantiene firme. No podemos tomárnoslo a broma —aunque tenga los ojos cerrados, sé que Rhiannon me está hablando a mí.

Aprieto su mano y respiro hondo, intentando apartar el nerviosismo y centrarme en la tarea. Vale, nada de bromas. Lo prometo. Aspiro el aroma del incienso que acabo de quemar y me concentro en calmar mi respiración. La magia flota en el ambiente mientras nos relajamos. El reloj de péndulo del salón da las doce. Debemos comenzar el Ritual.

—Podéis abrir los ojos.

Obedecemos. Rhiannon agarra el athame del altar, una pequeña daga plateada decorada con runas wiccanas. Acerca el cuchillo al pecho de Circe.

—Es mejor que te claves esta daga que entrar a este Ritual con miedo en tu corazón.

—Mis hermanas están conmigo. Mi corazón es fuerte —responde ella.

Después repite lo mismo conmigo, y yo respondo con las mismas palabras. Tras esto, agarra el incienso y lo mueve en círculos suaves, de izquierda a derecha.

—Saludamos a los elementos que conforman este mundo. En esta larga noche, en la que conmemoramos la victoria del bien sobre el mal, ¡escuchadnos!

—¡Escuchadnos! —repetimos.

—Ayudadnos a reforzar el sello que separa ambos mundos. ¡Ayudadnos!

—¡Ayudadnos!

—Elementos del aire, otorgadnos vuestra sabiduría. *Noscere*.

—*Noscere*.

Rhiannon deposita el incienso sobre el altar. El ambiente se ha cargado aún más de energía, puedo sentirla en la punta de los dedos y sobre la nuca. Rhiannon eleva el cuenco de agua sobre su cabeza.

—Elementos del agua, bendecidnos con vuestro valor. *Audere*.

—*Audere*.

Al devolverlo a su sitio, el agua empieza a burbujear. Rhiannon pasa la mano sobre las llamas de las velas.

—Elementos del fuego, permitid que nuestro deseo se vuelva tan fuerte como el vuestro. *Velle*.

—*Velle*.

La llama de las velas se eleva, volviéndose aún más brillante. Siento que algo tira de mí; cada una de nosotras se conecta más con el elemento al que pertenece. Un calor reconfortante me inunda el pecho.

—Elementos de la tierra —y, al decir esto, mi hermana toca la campana, que emite una nota aguda. Tras unos segundos, sigue sonando como si hubiera quedado suspendida en el aire—, haced que caiga el silencio. *Tacere*.

—*Tacere*.

A nuestro alrededor, todo se ha vuelto negro. Solo estamos las tres, nuestras caras iluminadas por la luz espectral de las velas. Rhiannon vuelve a darnos las manos y el círculo se cierra.

—Hoy somos tres, pero la cuarta aún es joven. Que los elementos permitan que su energía fluya hacia nosotras.

Siento la caricia de una mano fría que se une a la ceremonia.

—Debemos pronunciar el hechizo —dice Rhiannon mientras nos aprieta las manos.

Circe y yo asentimos. Respiramos tres veces, y después comenzamos a recitar al unísono:

—Aire, agua, fuego, tierra y espíritu. Elementos que conforman el mundo, reforzad el sello sagrado. Separad aquello que nunca debió estar junto. Dividid el bien del mal, mantened el equilibrio. Aire, agua, fuego, tierra y espíritu. Prestad atención a nuestro humilde llamado.

Nos agarramos aún más fuerte y esperamos unos segundos. En el centro del círculo se dibuja una fina línea compuesta por luz y oscuridad. Es una grieta, un resquebrajamiento entre las dimensiones que, de no ser por el Ritual, terminaría haciéndose más grande. Nuestro hechizo ayudará a que desaparezca, por lo menos durante un año más. «Será así hasta que pase un cuarto de siglo y el Velo se cierre por completo», es lo que pronosticó la abuela.

Tras unos momentos, la grieta se estabiliza y se vuelve un poco más pequeña. Rhiannon nos mira a Circe y a mí y asiente. Hay que repetir el salmo hasta que la fisura se cierre por completo.

—Puedo ofrecerte aquello que deseas —murmura una tétrica voz. Circe se sobresalta y la agarro más fuerte de la mano.

—Solo ignóralos —le susurro.

—Descendientes de Ahinoam, ¿acaso teméis al poder? —Esta vez ha sido una voz distinta.

Frunzo el ceño.

—Aire, ag...

—¡¡Deteneos!!

Una ráfaga de aire se eleva y me revuelve el pelo. Me estremezco, pero recupero la compostura rápidamente.

—Sigue, Rhiannon —murmuro intentando sonar tranquila.

Las voces suenan tan... claras. Nítidas. Es casi como si los demonios estuvieran aquí, entre nosotras, cuando normalmente son

solo susurros lejanos.

Pero eso no debe alterarnos.

—¡Deteneos! —vuelven a gritar las voces.

—Aire, agua, fuego, tierra y espíritu —comienza, de nuevo, Rhiannon. Esta vez su voz es más firme.

Esto es lo mismo de todos los años. No hay nada que temer.

Estoy a punto de unirme al cántico cuando, sobre el altar, distingo que las sombras que pugnan por atravesar la brecha están tomando forma. Por un momento pierdo la concentración, intrigada. La oscuridad se amontona, se convierte en una nube gris que se retuerce. Una nube que se asemeja a un rostro.

Rhiannon me aprieta la mano y me mira con reproche. Quiero obedecerla y seguir recitando, pero entonces lo veo.

—¿Quiénes sois? —pregunta el rostro de sombras.

Nos hemos olvidado del salmo. Ya nadie recita el hechizo. Circe tira de nuestras manos, alterada. Rhiannon está pálida. Yo empiezo a temblar.

—¿Qué pasa? —pregunta Circe.

—No puede ser —digo yo.

—¡Es solo un engaño! —grita Rhiannon—. ¡Seguid!

A nuestro alrededor se ha levantado un remolino de viento, y la electricidad estática me eriza el vello de la nuca. Nuestra demora está provocando que los elementos se vuelvan inestables. O cerramos la brecha ya, o las cosas se van a complicar.

Y, sin embargo, no puedo reaccionar, porque el rostro que se dibuja ante mí...

—¡Rhiannon, Ember! —chilla Circe.

—¿Rhiannon? —repite el rostro, al que parecen haberle crecido brazos y torso—. ¿Ember?

Me quedo en blanco.

Esa cara... la he visto cientos de veces.

La he visto en los álbumes de fotos de mamá.

—Aire, agua, fuego, tierra y espíritu —Rhiannon está gritando, pero yo no puedo moverme—. Elementos que conforman el mundo, reforzad el sello sagrado... ¡Ember, recita el salmo, joder!

El mundo gira a toda velocidad y yo solo puedo mirar al hombre hecho de sombras, como cuando era pequeña y giraba en el tiovivo de la feria, pero me negaba a perder de vista a mi madre.

Un destello escarlata.

Dos brasas naranjas que me observan desde lejos.

Un pozo oscuro, intenso como el azabache.

Un rayo púrpura.

Una chispa de fuego.

Una luna roja.

Las alas amarillas de una mariposa.

Lentamente, el rostro conformado por sombras se gira hacia mí. Reprimo un gemido.

Cuando me reconoce, la sombra susurra mi nombre.

«Ember, soy papá...».

No. No puede ser él.

Los demonios han debido de escucharme, han debido de oír lo que dije mientras ascendíamos al torreón.

Mi padre está muerto. Bael lo asesinó.

Su cuerpo reposa en la Ciudad Roja.

Es lo que me dijo mi madre. Es lo que me dijo mi abuela.

El desconcierto deja paso a algo más profundo. Algo que me quema por dentro, las cenizas de un sentimiento enterrado que se transforman en brasas. Esperanza.

Rhiannon chilla. Una corriente eléctrica me roza el brazo, provocándome una pequeña descarga que me arranca un alarido. El

viento es tan fuerte que tengo que entrecerrar los ojos, y las flores secas salen volando. Las voces de los demonios se vuelven más fuertes.

—Soy yo —exclama la voz de mi padre—. Estoy vivo. ¡Liberadme!

El hombre hecho de sombras tiende una mano hacia mí. Sigue hablando, pero no le escucho. Las lágrimas se agolpan en mis ojos y noto que la voz de mi hermana pequeña me llama.

Estoy a punto de levantar la mano cuando noto que algo afilado se me clava en el cuello.

—Terminad el Ritual —ordena Hikari, amenazándome con su espada maldita.

—¡No puedes entrar dentro del círculo! —le grita Rhiannon.

Pero Hikari acerca aún más su espada, y yo me tiro al suelo para alejar mi piel de la hoja, soltando la mano de mis hermanas. Hemos roto la conexión. Desde mi posición, apoyada sobre los codos, observo que mi padre —si es que realmente es él, si es que no estoy alucinando— sigue con la mano tendida hacia mí, y ahora parece más real que nunca. Dentro del torreón se ha levantado un vendaval tan fuerte que apenas se puede distinguir nada. La corriente dispara rayos en todas direcciones, las luces de las velas se han convertido en un torbellino de fuego y el agua del cuenco se ha desbordado, inundando la mesa. Las voces de los demonios ya no solo gritan, aúllan como chacales.

El Ritual está a punto de cerrarse, incompleto. Comprendo, entonces, que ya no importa lo que hagamos y, sin pensarlo, aprovecho que Hikari se agacha para protegerse de una llamarada del fuego, y no puede reaccionar, para agarrar la mano de mi padre, tirando de él hacia nuestro mundo.

Las voces de los demonios se convierten en una sola.

«El pacto ha sido realizado», sentencian.

Un escalofrío recorre mi piel, pero no tengo tiempo para arrepentirme de lo que he hecho. La fuerza del vendaval se concentra sobre nosotras, lanzándonos por el aire. Choco contra la pared y caigo bruscamente sobre el parqué de madera, al igual que lo han hecho Hikari y mis hermanas. Intento levantarme, pero mi cuerpo cede.

Me duele muchísimo la cabeza.

Busco a tientas al hombre que he salvado, tendido a mi lado. Antes de perder la conciencia, pongo mi mano sobre la suya, y me asusto al darme cuenta de que es una mano real.

«¿Qué se supone que he... hech...?»

«¿Qué... he... he...?»

Después, todo se vuelve negro.



Capítulo 10

Me despierta una luz roja que me abrasa los párpados. Me revuelvo y alzo las manos para protegerme de la luminosidad, aún desconcertada.

—Soy yo, Em —Rhiannon dirige sus manos hacia mí. Emiten un suave resplandor escarlata—. Te has golpeado la cabeza.

No hace falta que lo compruebe, noto cómo la sangre resbala por mi frente. Miro a mi alrededor alarmada.

El Ritual.

Mi padre.

Las voces.

Si se ha abierto la puerta entre los mundos, ¿por qué no hay un ejército de demonios en nuestro torreón? Circe y Hikari están inconscientes en el suelo. Mi padre, o lo que quiera que sea, está en el centro de la estancia, donde antes estaba el altar, sentado con las piernas cruzadas y observándome. Al darme cuenta, siento un mareo. Por un momento, me dejo llevar por la idea de que, quizás,

todo haya sido un mal sueño, pero el dolor de mi sien se lleva esa ilusión por delante.

He realizado un pacto infernal. He fracasado en la única tarea que se me había confiado como bruja.

—¿Qué... qué hace ahí? —le pregunto a Rhiannon. Recuerdo que me desmayé a su lado.

—He ido a por los cuarzos y he creado una Jaula. Se ha metido voluntariamente.

—¡Pero es papá!

Me levanto bruscamente y todo se vuelve blanco. Tengo que apoyarme contra la pared para no caerme.

—Quédate quieta y deja que te cure —me ordena Rhiannon alzando de nuevo las manos hacia mi herida. La dejo hacer y noto una picazón en la sien—. No sabemos si es papá. Podría ser un demonio cambiaformas, y tú, la bruja más estúpida del planeta.

Bajo la mirada, sin saber bien cómo contestar. Papá, o lo que quiera que sea, nos observa desde la Jaula.

—Me duele mucho la cabeza —me quejo.

—A mí también.

—¿Serás capaz de curar la herida?

Sus poderes merman mucho su energía, y aquí no hay ningún elemento del que extraerla.

—Es una herida superficial —responde—. Y aunque tuvieras la cabeza abierta, podría curarte. Las dimensiones han vuelto a chocar —me recuerda con la voz pausada—, ahora nuestra magia está conectada a la Fuente, y es más poderosa.

—Mierda —farfullo, sintiéndome como una imbécil que ha cometido el peor error de su vida.

Las brujas elementales, como yo y Rhiannon, extraemos nuestra magia de la naturaleza. Pero hay otra manera, una que no tiene

coste ni implica tener que gestionar el poder que extraemos de los árboles, los ríos y el viento para no marchitar todo a nuestro paso, corriendo el riesgo de quedarnos sin nada que potencie nuestra magia: canalizar nuestro poder a través de la Fuente, del Infierno.

Tentador, sí. Y sencillo, tan sencillo como respirar.

Pero toda magia tiene un precio. En este caso, el alma de la bruja. Los atajos los carga el diablo... Todas aquellas que han optado por el infinito poder del Infierno han terminado corrompiéndose. Y cuando una bruja se corrompe, su mente ya no le pertenece a ella... sino a los demonios.

Mi abuela Janaina tenía la teoría de que hay algo más tras el poder de la Fuente, que no es una energía que provenga únicamente de los demonios, porque ellos también la usan para realizar su magia. Sea lo que sea, para la abuela era un alivio que, tras cerrar las puertas, ya nadie tuviera acceso a ella. El poder de la Fuente es adictivo, y muchas brujas se perdieron en él, pensando que quizás, por una vez, no pasaría nada. Fue el caso de mi tía Deirdre, la hermana de mi madre.

Sacudo la cabeza. Ahora que las puertas entre ambas dimensiones están abiertas, la magia que Bael le concedió a Ahinoam será más fuerte en nosotras. Incluso aunque no toquemos el poder de la Fuente, empezará a crecer. Si a lo máximo que una bruja de sangre, como Rhiannon, podía aspirar con el Velo en pie era a curar heridas, ahora quizás su manipulación de la sangre vaya más allá...

Le dedico una mirada de soslayo a Rhiannon.

—¿Estás bien? —pregunto azorada. Por como tensa la mandíbula, parece a punto de reventar.

Rhiannon sigue trabajando y no me responde, lo que me preocupa aún más. Casi prefiero que me grite.

—Ya está.

Me toco la cabeza. La sangre sigue ahí, pero ya no me duele y no encuentro la herida. Despacio, Rhiannon se dirige hacia Hikari y agarra la espada que se halla tendida en el suelo, a su lado.

—¿Qué hacemos con ella? —me pregunta sin ni siquiera mirarme.

Yo sigo con la mirada fija en mi padre, si es que es él.

—Si se lo cuenta todo a Anabel, mañana amaneceremos en las cuevas. Tenemos que resolver este lío antes de que se enteren.

—¿Y cómo piensas resolverlo, Ember? Hemos hecho un pacto. Se acabó, no hay solución.

Es un detalle que utilice la primera persona del plural, en vez de la segunda del singular. Sin embargo, creo que estamos olvidando lo más importante.

Haciendo de tripas corazón, me dirijo al centro de la sala y me agacho frente a él.

—¿Eres nuestro padre? —Jamás pensé que formularía una pregunta como esta, pero aquí estamos.

Él se remueve, incómodo, intentando no activar las barreras. Rhiannon ha aprovechado el pentagrama que ya estaba dibujado en el suelo para crear una Jaula, una prisión invisible alimentada por la energía de los cuarzos. Cualquiera que esté dentro e intente salir recibe una descarga de energía muy dolorosa que, de seguir insistiendo, puede llegar a matar.

Desde el centro de la Jaula, el extraño alza la mirada hacia mí, una mirada de ojos negros y vacíos, como la boca de un pozo sin fondo, tan oscura y profunda como la noche. Por primera vez comprendo a qué se refería mi abuela. Su rostro no es muy diferente del de las fotos que pasé horas y horas mirando, intentando interiorizar los rasgos de mi padre. Ni siquiera parece haber envejecido.

—Si me preguntas si soy Luiz Salazar —responde él con cuidado —, la respuesta es sí. —Se me corta la respiración—. Ahora bien, la última vez que vi a mi hija Ember era un bebé de dos años, y solo han pasado siete años desde que me perdí en el Infierno. Así que yo te pregunto a ti: ¿eres mi hija?

Rhiannon y yo nos quedamos completamente mudas. Durante unos segundos, lo único que hacemos es mirarlo.

«Solo han pasado siete años desde que me perdí en el Infierno».

Eso no puede ser.

—¿¡Qué demonios habéis hecho!?

La voz de Hikari me sobresalta y hace que dé un brinco en el sitio. Alarmada, me giro hacia ella. Circe también ha despertado y parece seguir mareada, pero Hikari se aprieta contra la pared como un gato a punto de atacar.

—Habéis roto vuestra palabra. Devolvedme la espada. Si sois tan valientes para hacer lo que os dé la gana, enfrentaos a mí.

—Mueve un solo músculo y haré que te arrepientas —le advierto señalándola con el dedo índice.

La cazadora tiene la mirada fija en el arma que ahora sostiene Rhiannon, y temo que se lance contra ella para recuperarla.

—¿Qué has hecho, Ember? —murmura Circe, mientras se masajea la cabeza, con un lamento en la voz.

Me paso una mano por el pelo revuelto, apartando unos mechones de cabellos oscuros. ¿Qué he hecho? Eso es lo que me gustaría saber. Joder. La he cagado. He pactado con un demonio (pero ¿qué demonio? ¿Dónde está?) y le he abierto las puertas de nuestro mundo al Infierno.

Lo que necesito saber ahora es si todo ha sido en vano.

—No dejéis que Hikari se mueva —les pido a mis hermanas.

Vuelvo a dirigir la vista a mi padre y estudio sus facciones. Si es un demonio cambiaformas, el trabajo es impoluto: tiene la misma cabellera negra, larga y dividida en rastras, que enmarca una cara angulosa, comida por el hambre y con la piel oscura llena de cicatrices. Apenas ha envejecido; cuento unos cuantos mechones blancos en pelo y barba, algunas arrugas superficiales... Pero este no es un hombre de cincuenta y cinco años, la edad que tendría ahora de haber sobrevivido.

—¿Cómo podemos fiarnos de él? —le pregunto a mi hermana. Ella tenía siete años cuando murió, tiene que recordar más cosas de papá que yo. Anécdotas, historias...

—Tenemos que interrogarlo —responde—. Circe, acércate.

Rhiannon se toca la nariz, un gesto que viene a indicar que utilice sus poderes con nuestro supuesto padre.

—Ni de broma. No pienso acercarme a esa cosa.

—¡Circe!

Pero ella niega con la cabeza de manera violenta. Parece a punto de echarse a llorar, pero no del miedo, sino de la rabia.

—Ember ha hecho esto, ¡que se las arregle sola!

A pesar de toda la ira que expresan sus palabras, Circe evita mi mirada cuando se hace el silencio. Hikari le toca el hombro, pero ella la aparta con un gesto brusco y le espeta:

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿Vas a matarnos? ¿Vas a decírselo a la Hermandad? ¡Si lo haces, vendrán a por nosotras! ¡Si no morimos asesinadas por los demonios, lo harán los cazadores! —Circe respira entrecortadamente y su voz se ha convertido en un lamento. La cazadora se muerde el labio.

—Tú no eres hija mía, ¿verdad? —La voz de mi padre es firme y segura. Trago saliva y el silencio cae sobre nosotros como un jarro de agua fría.

—¿Cuál es tu nombre? —insiste, dirigiéndose a Circe—. Eres la viva imagen de Úrsula cuando era joven.

—Me llamo... —murmura Circe, pero no termina la frase—. ¿Y a ti qué te importa?

—Se llama Circe —completo yo.

Él asiente.

—Circe, sé que estás asustada. ¿Por qué no vas a tu habitación con la cazadora y me dejas hablar con mis hijas?

—La necesitamos aquí —interviene Rhiannon.

—¿Por qué? —replica él—. Pobre niña, parece aterrada.

Me fijo en «mi padre». En sus ojos, que parecen dos dardos negros, los mismos que yo he heredado. Mamá me contó que su mirada, firme y determinada, fue lo que hizo que se enamorase de él.

—Deberías estar muerto —murmuro—. Bael te asesinó.

Ahí está. La única verdad que necesito. Porque si esto es verdad, si mi padre no murió...

El rostro de mi padre se contrae de repente.

—¿Eso es lo que os dijo vuestra madre?, ¿que Bael me había matado? —pregunta con la voz alterada.

—Sí...

Observo cómo aprieta los puños y respira hondo, para después hablar con la voz pausada.

—Bael no me mató. Su espada me atravesó, es cierto, pero no fue suficiente para matarme. —Se aprieta el puente de la nariz—. Después me empujó hacia un portal que me transportó a la otra dimensión y, cuando me quise dar cuenta, ya no tenía forma de volver. Los portales se habían cerrado. Supongo que... Supongo que vuestra madre pensó que había muerto, pero siempre he albergado la esperanza de que me estuviera buscando. Cuando escuché

vuestra llamada creí que por fin habíais encontrado la manera de rescatarme... ¿Ha sido una simple casualidad?

Algo dentro de mí se rompe. Tengo que hacer un esfuerzo titánico para que mis rodillas sostengan mi peso.

—Sí —reconozco.

Él asiente.

—Entonces Úrsula me dio por perdido.

—No saques conclusiones precipitadas —murmura Rhiannon—. Mamá jamás te hubiera abandonado.

Papá se recoge la camisa harapienta que lleva y nos enseña una cicatriz que tiene en un costado y que le llega hasta el esternón.

—Esta es la herida que me infligió Bael.

Circe emite un lamento, lo que hace que dirijamos nuestra atención hacia ella.

—¿Circe? —Hikari se ha separado de la pared para acercarse a ella, preocupada—. ¡Circe!

Reúno fuerzas y corro hacia ellas a tiempo de agarrar a mi hermana y evitar que se caiga al suelo. Hikari me ayuda y las dos conseguimos que se siente. Está pálida como el papel.

—No soy capaz de controlarlo —dice.

—¿El qué? —pregunto confusa.

—Mi poder. Nunca había sentido con tanta claridad. Es demasiado.

Sus ojos están rojos y tiene un sudor perlado en la frente, como si hubiera utilizado sus poderes durante demasiado tiempo. Con el dolor de cabeza que llevo sintiendo desde que me desmayé, no me extraña no haber sentido que nos estaba sondeando sin querer.

—Te has drenado —observo—. Estás sacando la energía de ti misma, Circe. Tienes que controlarlo, o te consumirás.

El labio inferior de Circe tiembla.

—No puedo hacerlo.

—Mamá te enseñó. Tienes que concentrarte: tus poderes dependen del control que tengas sobre tu mente. Si no estás en un estado de calma, drenarán tu energía.

Circe asiente, y tras unos segundos que me parecen agónicos, su respiración entrecortada se calma.

—¿Mejor? —le pregunta Rhiannon.

—Sí.

—Ve a descansar —le ordena Rhiannon—. Nuestros poderes ahora son más fuertes, tendrás que concentrarte el doble para controlarlos. Ve a la cama y haz los ejercicios de respiración, como cuando eras pequeña.

Hikari agarra de las axilas a Circe, obligándola a levantarse y apoyando su brazo sobre sus hombros.

—¿Estás bien? —le pregunta. Cuando Circe la mira, parece calmarse un poco.

—Entonces, ¿no vas a matarnos? —responde mi hermana, y su tono parece burlón.

—Ya veré lo que hago.

Ambas se dirigen a la puerta, pero yo no puedo dejarlas ir así.

—¡Esperad! —las detengo. Hikari se gira sobre sí misma, con Circe apoyada sobre ella. Necesito saber si podemos confiar en la cazadora. Nuestro futuro está en juego—. Lo que ha ocurrido esta noche ha sido un error, lo sabes, ¿no? —Espero a ver si me contesta, pero el rostro de la cazadora permanece impertérrito—. Solo intentaba ayudar a mi padre. Tú misma dijiste que era el único deseo por el que valdría la pena hacer un pacto.

Hikari respira hondo y le tiembla el labio inferior. Esta vez me quedo callada, y mi silencio la obliga a hablar.

—Lo dije, sí. Pero era un juego, Ember. ¡Un juego! ¿Vale más la vida de tu padre que la del resto de la humanidad? ¿Te das cuenta de que nos has condenado a todos?

Intento que mi rostro no refleje lo que siento por dentro. Ahora no puedo permitir que me vea flaquear.

—Rhiannon estaba dispuesta a seguir con el Ritual —prosigue—, pero tú no. Fuiste débil. Y, ahora, ¿qué?

Circe le dirige una mirada de asombro, pero no me defiende. Rhiannon también calla y, cuando la miro, desvía la vista. El calor acude a mis mejillas, pero procuro que no se note.

—Danos un margen para arreglar esto —le pido, obviando la pregunta—. No le digas nada a tu madre hasta que lo solucionemos. —Hikari parece dudar—. Sabes lo que ocurrirá si se lo cuentas; Anabel y Takedo vendrán a por nuestras cabezas. No se pararán a negociar. Y si nos matan, no quedará nadie con el poder suficiente para detener a los demonios. ¿Has pensado en ello?

Ante la mención de los demonios, Hikari recula. Incluso yo, que he soltado el argumento, tengo que controlarme para no echarme a temblar. Demonios. Si hemos hecho un pacto, van a venir, es inevitable.

—Los cazadores no sois lo suficientemente fuertes —reitero. Mis palabras le provocan una mueca, pero no puede negar que son ciertas—. Nos necesitáis vivas.

—Os doy un día. —Cede, por fin—. Pero más nos vale tener un plan. Y pronto.

Asiento, y las dejo ir. Cuando por fin desaparecen por las escaleras entierro la cara entre mis manos y reprimo un grito de frustración.

—Recomponte, Ember —me dice mi hermana—. Ahora no me vale que te derrumbes.

Asiento y nos encaramos con mi padre.

—Tienes que demostrarnos que eres tú —le pido—. Tienes que demostrarnos que podemos fiarnos de ti.

Siempre había soñado con este momento. Jamás pensé que, si volvía a verlo, sería después de hacer un pacto con el Infierno.

—Supongo que debería empezar por el principio —dice mi padre. Al ver que no respondemos, prosigue—. Pero antes, por favor, decidme cuánto tiempo ha pasado en este mundo. ¿Qué edad tenéis?

Rhiannon respira hondo.

—Han pasado veintidós años. Yo tengo veintinueve y Ember, veinticuatro.

Él no responde. La mira en silencio, en un estado parecido al trance.

—Entonces, el tiempo en el Infierno funciona de una manera distinta —dice, y luego añade—: Me lo he perdido todo.

Me muerdo la carne interior de la boca hasta que siento la sangre. Tengo que reunir todas las fuerzas que poseo para hacerle la siguiente pregunta.

—Un humano no podría sobrevivir en el Infierno —insisto—. Mucho menos uno que mató a su Rey.

Mi padre responde casi con desesperación.

—Los demonios solo entienden una ley, Ember: la del más fuerte. Vencer a Bael me trajo... cierta consideración, cierta admiración. En vez de matarme, me juzgaron. Sopesaron varias posibilidades, entre ellas convertirme en esclavo... o en engendro. —Me estremezco al escuchar esa palabra. Los engendros son una subclase de demonios con la habilidad de transformar a sus víctimas en criaturas como ellos al morderlas—. Al final se decidieron por la primera, ya que perder la conciencia y convertirme en una criatura descerebrada era

demasiado castigo para el asesino de Bael, y la esclavitud, dijeron, algo mucho más adecuada.

—Pero ¿cómo decidieron eso? —pregunta Rhiannon—. ¿Por qué no matarte y ya está?

—Los demonios se toman muy en serio la justicia... Una justicia que no es ciega, pero que respetan. Me curaron y hubo un juicio sobre mi caso. Lord Barbas decidió que ese era el castigo justo, y la mayoría lo respaldó. Y no solo eso. Les hizo ver que yo sería la llave para regresar a la Tierra.

¿Lord Barbas? Miro de soslayo a Rhiannon.

—El demonio del Miedo —explica—. Imparte justicia en el Infierno.

Al ver que me he quedado demasiado anonadada como para responder, nuestro padre prosigue.

—Llevo siete años siendo esclavo del Infierno, sirviendo para ellos en la Ciudad Roja. Pensando todos los días en regresar con vosotras —sacude la cabeza y una lágrima rueda por su mejilla—. Y me lo he perdido todo —repite.

Trago saliva. A mi lado, Rhiannon se cruza de brazos.

—Explícanos lo de Lord Barbas —le dice—. ¿Qué es eso de la llave?

—Si yo albergaba la esperanza de que mi familia me rescatase, Lord Barbas no iba a ser menos. Quería utilizarme como señuelo, como probablemente haya hecho hoy.

—¿Probablemente? —inquiero yo.

Él se masajea las sienes.

—No consigo recordar nada con exactitud. Solo sé que me llamaron ante él, y después... nada. Me sumió en una pesadilla en la que moría, una y otra vez, a manos de Bael. Y después..., después os vi. Me imagino que el demonio con el que habéis pactado es él.

—¿Y por qué no está aquí? ¿Por qué no lo había intentado antes?

Mi padre ladea la cabeza.

—¿Dónde está Úrsula?

Rhiannon y yo nos quedamos en silencio.

—Ahí tenéis la respuesta. Ha esperado el momento perfecto para engañaros. Si Úrsula no ha estado buscándome... Ella siempre hacía lo correcto. Dudo que hubiera aceptado el trato, y nadie mejor que Lord Barbas para entender los miedos que paralizan a las personas.

—Oh, Dios... —mi voz sale agónica, casi como un lamento.

Mamá ha vivido toda su vida aterrorizada por su pasado. Y si ese demonio ha estado esperando el momento perfecto, el momento en el que la más idiota de las hermanas abriera las puertas del Infierno, es que lo tenía todo planeado.

—¿Y dónde está? —pregunto—. ¿Dónde está ese Lord Barbas?

Mi padre baja la mirada.

—No lo sé —confiesa.

El silencio cae en el torreón. Tras unos segundos en los que nadie mueve ni un solo músculo, mi padre esboza una sonrisa débil que logra deshacer un poco el nudo de mi garganta.

—¿Qué más tengo que decir para que me creáis, hijas?

—Papá... —murmuro, pero él me interrumpe.

—No ha habido ni un solo día en el que no haya tenido que luchar por sobrevivir —prosigue—. Pero sobreviví, incluso en el Infierno, porque sabía que llegaría este día.

Rhiannon y yo nos miramos. Ella traga saliva.

—Ri-Ri... —suplico, pero ella aprieta los puños y me ignora, mirándolo a él.

—Cuando era pequeña, ¿qué hacíamos todos los días a las cinco de la tarde? —le pregunta, encarándose con él.

—Entrenar. Yo luchaba con mi espada maldita, pero tú nunca fuiste capaz de desarmarme.

—¿Por qué?

—Te daba miedo utilizar tus poderes por si me hacías daño. Solo querías practicar la sanación con la abuela, pero a mí me preocupaba que no aprendieras a luchar.

—¿Qué hacíamos después?

—Merendar cereales con leche mientras veíamos la tele.

La voz de Rhiannon empieza a temblar cuando prosigue.

—¿Qué fue lo que vi la tarde en la que fuimos a la playa con mamá, después de la muerte de Roberto?

Papá carraspea. Duda antes de responder.

—Viste cómo perdía los nervios. Mi hermano había muerto y estaba inconsolable. Mi madre no quería hablar con nadie, ni siquiera conmigo. Le grité a tu madre y le dije cosas horribles. No sabes lo mucho que me arrepiento de que tuvieras que ver eso.

Un silencio incómodo se cierne sobre nosotras. Rhiannon nunca me había hablado de esto.

—Yo... no sé —murmura Rhiannon—. ¿Y si lo capturaron, como él dice, pero para sacarle información y engañarnos con ella? Los demonios cambiaformas no abundan, pero...

—Ri-Ri... —murmuro.

—¿Y si lo liberamos y nos ataca? ¿Y si nos está mintiendo?

Lentamente, me encojo de hombros.

—Ya solo hay una forma de saberlo —digo, y señalo los cuarzos.

Mi padre se levanta, con cuidado de no activar las defensas de la Jaula.

—Soy yo, niñas. Soy Luiz Salazar. Me habéis rescatado del Infierno. Soy vuestro padre, y vosotras sois mis hijas, y sé que, en el

fondo, lo sabéis. Así que dejemos el interrogatorio, ya habrá tiempo para hablar. Dejad que os dé un abrazo.

»Llevo demasiado tiempo esperándolo.

Rhiannon y yo nos miramos y ella asiente, aunque no parece muy convencida.

Con cuidado, aparto uno de los cuarzos y me acerco a él. Mi padre alza los brazos y sonríe, empujándome contra su pecho.

Espero una puñalada que no llega.

—Mi niña... —murmura, y cuando aspiro su aroma, no precisamente agradable, el corazón me da un brinco—. Rhiannon, ven aquí.

Apenas transcurren unos instantes. Los ojos de Rhiannon reflejan una mezcla de sentimientos encontrados, pero después exhala un poco de aire y se abalanza sobre nosotros.

Nos quedamos un buen rato así.

—Aún no me lo creo —murmuro—. Llevo toda la vida queriendo esto. Jamás pensé que sería posible.

—Estoy vivo, niña —murmura él contra mi pelo—. Y te prometo que todo va a estar bien.

No sé si me siento feliz o infinitamente triste, no sé si lo que estoy viviendo es real o estoy soñando. Lo único que sé es que todo el arrepentimiento que hace unos momentos sentía se ha desvanecido.

Mi padre ha estado vivo todo este tiempo. Ha sobrevivido.

Pero ha estado siete años a merced de los demonios. Siete años que para nosotras han sido más de dos décadas. Mamá y la abuela podrían haberlo evitado. Si no estaban seguras de que había muerto..., podrían haberlo buscado.

Abrazo a mi padre con más fuerza mientras un calor abrasador se abre paso en mi estómago. Recuerdo las palabras que me dijo la abuela durante una de sus lecciones: «El bien de la humanidad está

por encima de cualquier bruja o desheredado, niñas. Es el precio que pagamos por nuestro poder, pues somos lo único que se interpone entre el Infierno y la Tierra. Yo hubiera dado mi vida por la causa sin pensármelo dos veces, y por eso debemos honrar la memoria de los caídos. Su sacrificio hizo posible que ahora vivamos en paz».

No, no pienso aceptarlo. Nadie debería quedarse atrás, nadie debería sacrificarse.

Si el Infierno está a punto de caer sobre Faddenfield, que así sea.



Capítulo 11

Ayudamos a papá a bajar las escaleras.

Si para él han pasado tan solo siete años, quiere decir que ahora está a finales de la treintena, apenas una década por encima de Rhiannon. Pensar en ello me produce vértigo.

Cuando llegamos al tercer piso, papá va directo a lo que, un día, fue su habitación.

—Es mejor que te acuestes en el salón —sugiere Rhiannon.

—¿Por qué? Este es mi cuarto.

Entra sin que podamos impedirlo, y nosotras le seguimos. No tarda en percatarse de que las cosas ya no están igual. Hace tiempo que mamá pintó la habitación de amarillo, puso una cama aún más grande y quitó las fotos de la pared. Ahora, en vez de las de la boda con mi padre, están algunas que comparte con nosotras, con la abuela Janaina... y con William.

Papá roza el marco de una fotografía en la que mamá y William están abrazados frente al mar. Se la hice antes de entrar a la

carrera, antes de saber a qué quería dedicarme, pero intuyendo que tendría que ver con la cámara de la que no era capaz de separarme.

Después pasea su mirada por otra más pequeña en la que salimos todos cenando en la mesa del jardín, bajo la pérgola que solemos poner en verano. Morgana, que entonces tenía siete años, está sentada sobre mí, Rhiannon y Circe posan abrazadas y Will sale con la boca abierta mientras sostiene un tenedor lleno de comida.

Aquel fue el primer verano que pasamos juntos tras la muerte de Janaina, y también el primer verano en el que mis visitas comenzaron a volverse esporádicas. Había terminado mi primer año de carrera, totalmente decepcionada con lo poco que estaba aprendiendo. Estaba triste, furiosa y desconsolada porque la abuela había muerto, la única persona que aún echaba de menos a papá, la única que me comprendía y se reía con mis chistes malos. Así que compré un billete de avión y me fui a retratar la guerra. Todos pensaron que estaba loca, pero resultó que era exactamente lo que necesitaba. Vendí una foto. Y me fui a otro país y retraté los bombardeos..., y vendí otra foto. Para cuando terminé el segundo año de carrera, ya tenía claro que me iba a ir mejor por mi cuenta. Para disgusto de mi madre, no me matriculé en tercero.

Puede que fuera precipitado, pero no podía seguir esperando. No podía aguantar más clases sobre profundidad de campo e ISO, sobre periodismo ciudadano.

Así que me fui. Y me salió bien, porque, como dice mi madre, tengo de mi lado la suerte de los tontos y de los ignorantes.

Hasta hoy.

—¿La abuela...? —pregunta papá, acercando su mirada al cuadro.

Rhiannon niega con la cabeza.

Papá se sienta sobre la cama, justo en el borde, como si no quisiera mancharla con la suciedad de su ropa.

—Supongo que esperar que las cosas siguieran igual era pedir demasiado.

—Al principio no fue fácil —dice Rhiannon, sentándose a su lado —. Mamá lo pasó muy mal, se quedó en un estado... —traga saliva —. No reaccionaba. La abuela... Después de lo de Roberto sufrió mucho, pero cuando te fuiste envejeció de repente.

Cuando papá murió, mamá entró en una depresión que no le permitía salir de la cama. Janaina intentó encargarse de nosotras, pero no podía sola. Rhiannon, con tan solo siete años, vio como todo el peso de la familia se le venía encima, y aceptó el rol sin rechistar. A los trece empezó a trabajar en la pescadería del mercado y, cuando por fin pudo ir a la universidad y cumplir con su sueño de ser abogada, decidió dejar la carrera el primer año para estudiar un ciclo de contabilidad e irse a trabajar a la gestoría del padre de Paul, al que acababa de conocer. Todo por traer dinero a casa lo antes posible.

Para entonces mamá ya había conocido a William y Circe se había convertido en una niña regordeta de ojos azules y sonrisa fácil. El viento empezó a soplar a nuestro favor: mamá encontró un trabajo mejor que el de cajera de supermercado, William y ella se casaron y por fin pudimos enfrentarnos a las deudas acumuladas durante casi una década.

Papá coge una fotografía que hay sobre la mesilla de noche, la de la boda de mamá y William. Una pequeña Circe se agarra al vientre abultado de mamá, que estaba a punto de dar a luz a Morgana.

—¿Cómo se llama él?

—William. William Walker.

—¿La trata bien?

—Mejor que nadie.

—¿Dónde están ahora?

—Han ido con Morgana de vacaciones a los Lagos —responde Rhiannon—. Morgana es nuestra otra hermana —aclara.

—¿Han conservado la costumbre?

Por toda respuesta, alzo la ceja, sin comprender a qué se refiere.

—¿Les han puesto el apellido de vuestra madre primero?

Ah, eso.

—Sí, pero también el de él. El apellido de ambas es Wytte Walker.

Mi padre chasquea la lengua y devuelve el marco a su sitio, colocándolo con delicadeza para que se sostenga de pie.

—Vaya —dice.

Yo suspiro.

—Deberíamos llamar a mamá —propongo, intentando cambiar de tema.

Rhiannon asiente.

—Voy a intentarlo —dice mientras sale de la habitación—. Debe de estar de los nervios.

Empieza a clarear y un tímido rayo de sol asoma por la ventana. No hemos dormido en toda la noche, a no ser que quedarse inconsciente cuente como descanso.

—Debería darme una ducha —dice mi padre.

—¿En el Infierno no hay bañeras? —bromeo yo. La verdad es que el olor que desprende es... horrible.

Él me dedica una mirada divertida.

—Los esclavos no conocen esos lujos.

—Lo siento —murmuro.

—No lo sientas —replica él—. Se ha terminado.

Cuando era pequeña, solía imaginarme que papá venía a verme desde lo que él definía como el Reino de la Muerte. Nos sentábamos en un banco a hablar de lo mucho que nos habíamos echado de

menos. Yo le contaba mi vida y él me explicaba qué había en el más allá. Era bonito.

Lo que jamás se me hubiera pasado por la mente es que ese sueño se convirtiera en realidad. Observo a mi alrededor, la habitación que mi madre ha construido con William, la vida que se refleja en las fotografías de las paredes, y el pensamiento fugaz de que mi padre ya no pertenece a este lugar consigue dejarme fría.

Sacudo la cabeza. Vale, mamá ya ha pasado página, pero él puede rehacer su vida. Ha regresado. Está con nosotras. Podemos volver a ser una familia, aunque las cosas hayan cambiado.

«¿Y qué vas a hacer con los demonios?», resuena una voz en mi interior. Me muerdo el labio.

—¿Ember?

Vuelvo a enfocar la atención en mi padre.

—¿Sí?

—No le des más vueltas, hija. —Alza una mano llena de cicatrices y coloca uno de los mechones que enmarcan mi rostro detrás de mi oreja—. Mañana..., bueno, cuando nos despertemos, hablaremos mejor de lo que ha ocurrido hoy. De lo que ha ocurrido en mi ausencia. Tenemos mucho que contarnos, y mucho que planear. Los demonios no se quedarán de brazos cruzados, pero parece que, por hoy, estamos seguros.

Asiento, con un nudo formándose en mi garganta. Precisamente es eso lo que no termina de encajar: ¿por qué no nos han atacado? Lo normal hubiera sido que se manifestaran ante nosotras para formular un contrato, pero al haber sido todo tan improvisado, lo único que se ha establecido es un intercambio simple: mi padre a cambio de abrir las puertas a nuestro mundo. Tampoco creo que quisieran mucho más. Y, sin embargo, no veo ningún ejército infernal declarándonos la guerra.

Rebusco en el armario de mamá y le tiendo algunas toallas a mi padre.

—Te dejo para que descanses —me despido, cerrando la puerta con cuidado—. Ya sabes dónde está el baño —digo señalando el cuarto privado de la habitación.

Él asiente.

—Descansa, hija.

Bajo las escaleras hacia la habitación de Circe, cuya puerta está entreabierta. Me acerco para comprobar si se encuentra mejor, pero justo antes de llamar, me detengo. A través de la rendija, veo a Circe y Hikari en la misma cama. Circe duerme apoyada en el hombro de la cazadora, que la envuelve con un brazo en una postura que parece incómoda. Hikari levanta una mano y acaricia suavemente la mejilla de Circe. Pestañeo y, en un instante, soy consciente de que mi presencia aquí está de más.

Retrocedo en silencio.

* * *

—No soy capaz de llamar a mamá —dice Rhiannon.

Me froto los ojos, somnolienta, intentando procesar lo que me está diciendo mi hermana.

—¿Cómo que no?

—No. Lo he intentado con el fijo y con mi móvil. No da línea. Tampoco he podido llamar al teléfono de William, ni al de Paul. Todos están «apagados o fuera de cobertura» —dibuja unas comillas en el aire e imita la voz de la teleoperadora.

—Bueno, son las seis de la mañana... —razono—. Quizás los tengan apagados.

—No, no lo entiendes. He intentado llamar a tu móvil, y nada. Tampoco hay internet.

—Vale, espera un momento —le pido.

Subo a la habitación, donde he dejado el móvil en silencio para que no me molestara durante el Ritual. Lo desbloqueo y... nada. Ninguna llamada de Rhiannon, y el 4G parece activado, pero estoy desconectada del wifi. Cuando entro en una de mis redes sociales, esta no termina de cargar. Intento llamar a mamá, pero está «apagado o fuera de cobertura en este momento», como dice mi hermana. Con Rhiannon sucede lo mismo.

—Vale —le grito a Rhiannon mientras bajo las escaleras—. Los móviles no tienen línea. ¿Quizás es temporal? Un apagón de la compañía o algo así.

Entro en el salón. Derrotada, Rhiannon se sienta en el sofá, hundiéndose en él.

—¿De todas las compañías? —chasquea la lengua—. Demasiada casualidad. Esto es una mierda, Em.

Suspiro y me siento a su lado, guardándome el móvil en el bolsillo del vaquero.

—No te precipites. De momento, no ha pasado nada malo. ¿Y si el Velo ha resistido? Eso podría explicar por qué no han venido los demonios, o ese tal Barba.

Rhiannon me atraviesa con la mirada.

—Barbas. Y no te comportes como una ingenua, Ember. Nunca lo has hecho, no es momento de empezar ahora.

Ambas nos quedamos sumidas en un silencio incómodo.

—¿Papá se va a quedar en el cuarto de mamá?

La pregunta me pilla por sorpresa.

—Supongo que sí —respondo, encogiéndome de hombros.

Rhiannon se cruza de brazos.

—No creo que sea lo apropiado.

Frunzo el ceño.

—¿Y qué hacemos?, ¿lo mandamos a dormir al sofá?

—Claro que no, es solo que...

—¿Qué? Joder, hermanita. Entiendo que estés preocupada, pero parece que soy la única que se alegra de que papá siga vivo. —Alzo una ceja, pero ella no me responde—. ¿Te das cuenta de lo que significa todo esto? La vida nos ha dado una segunda oportunidad. Si la abuela siguiera viva, diría que es un milagro, Rhiannon. Deja de lamentarte.

Ella chasquea la lengua.

—Em, no es que no me alegre de que papá esté bien, pero tenemos que ser realistas. Sabes perfectamente a lo que nos enfrentamos ahora.

—Lo único que sé es que papá seguía vivo, y mamá y la abuela lo abandonaron a su suerte.

Mi hermana se gira hacia mí, escrutando mi rostro con la mirada. Ahora la que se cruza de brazos soy yo.

—Ellas lo dieron por muerto, Em.

—Ri-Ri, la abuela podía ver el futuro en la espuma del mar. ¿De verdad piensas que no le preguntó a su bendita Diosa de las mareas si su hijo seguía vivo?

Rhiannon se lleva las manos a las sienes y emite un leve gruñido.

—Si de verdad la abuela hizo la pregunta y el mar le dio la respuesta, tomó la mejor decisión al no hacer nada.

Por un instante, el corazón se me detiene en el pecho.

—¿Estás de broma?

Estoy intentando controlar mi tono de voz, pero noto que cada fibra de mi ser comienza a calentarse. Mi hermana suspira.

—La abuela jamás hubiera puesto la vida de una persona por encima de la del resto de la humanidad, incluso aunque esa vida fuera la de su propio hijo. Es lo correcto, y nosotras tendríamos que haber hecho lo mismo.

Las palabras de Hikari regresan a mi mente. «Tu hermana estaba dispuesta a seguir con el Ritual, pero tú no». Noto cómo un calor asfixiante crece dentro de mi barriga y se extiende por mi garganta.

—Veo que las doctrinas de sacrificio de la abuela calaron hondo en ti.

—Ember, somos brujas. La única razón por la que existimos es porque a nuestras antepasadas las engañaron con promesas de poder. Cuando Ahinoam hizo el primer pacto, nos maldijo a todas.

—No me vengas con lecciones ahora, Ri, no es lo mismo la teoría que l...

Mi hermana levanta un dedo, interrumpiéndome.

—Vengo con lecciones, «hermanita», porque parece que se te han olvidado. Puede que no lo hayamos vivido, pero Ahinoam provocó una guerra que duró dos mil años. ¡Dos mil años, Ember! Millones de brujas, desheredados y despojados perdieron la vida. ¡Y tú has cometido el mismo error que Ahinoam sin pensártelo dos veces, a pesar de conocer las consecuencias! La abuela Mari, Roberto, nuestras tías, la mayor parte de nuestro aquelarre... Todo lo que sacrificamos hace más de veinte años ya no importa; hemos regresado al punto de partida.

»¡Hemos provocado una guerra!

Quiero decir algo, pero ella no me deja. Con la voz alterada, sigue hablando.

—Puede que tus intenciones fueran buenas, pero han pavimentado el camino al Infierno... —Rhiannon se aprieta el puente de la nariz con el índice y el pulgar—. Y lo peor de todo es que ni

siquiera sabías si era papá. Podría haber sido un truco, pero tú siempre actúas sin pensar en las consecuencias.

Las últimas palabras las ha dicho con tanta decepción en su mirada que el fuego que se estaba consumiendo en mi estómago vuelve a avivarse.

—Entonces supongo que, si algún día tienes que decidir entre salvarme la vida o salvar a los despojados, me dejarás morir. A mí o a cualquiera de nosotras.

Rhiannon se muerde la lengua.

—Ember... —murmura en tono amenazador.

—No, no me vengas con sermones como hacías cuando éramos pequeñas; ahora ya somos mayorcitas. La he cagado, muy bien. Pero ya no puedo hacer nada para corregirlo. Y, ¿sabes qué? Que volvería a hacerlo.

Quizás esté siendo egoísta, pero he crecido escuchando historias de cómo mis tíos, mis abuelas y mis primas sacrificaron su vida por una causa justa. Sacrificios absurdos que no significaron nada, porque el mundo siguió girando y sus nombres se borraron como huellas en la orilla del mar. Cuando nosotras muramos, ya nadie visitará sus tumbas. Y todo, ¿para qué?

—Ember, yo...

Por un momento pienso que Rhiannon va a dar su brazo a torcer, pero parece que he olvidado que mi hermana siempre quiere tener la última palabra.

—Solo tenías dos años —dice, sacudiendo la cabeza—, no recuerdas las cosas tal y como eran.

Aprieto los puños.

—Lo que recuerdo es que me crié sin un padre. Pensaba que lo echabas de menos tanto como yo.

Rhiannon suspira.

—Claro que lo echaba de menos, pero no todo era color pastel, Em. Papá era... No era un padre especialmente cariñoso. Me obligaba a entrenar día y noche. Él y mamá se pasaban el día discutiendo.

—¿Te obligaba a entrenar en medio de una guerra? Oh, vaya, ¡qué irresponsabilidad! —Rhiannon pone los ojos en blanco—. ¿Se pasaban el día discutiendo? Vaya, ¿de qué me suena esa historia? ¿No eras tú la que se pasaba el día discutiendo con Paul?

Rhiannon me dedica una mirada dolida. Trago saliva, arrepintiéndome enseguida de lo que acabo de decir, pero me mantengo firme en mi posición. Un calor que no reconozco me llega hasta las manos y provoca que me piquen. Respiro hondo, intentando controlarme.

—Ember...

Por un momento, creo que mi hermana va a contraatacar, pero entonces su mirada se suaviza.

—Ember, lo que pasa es que tengo miedo, ¿vale? —se lleva una mano temblorosa al rostro, tapándose los ojos—. Tengo miedo —sentencia, con la voz a punto de romperse.

«Miedo». Azorada, me retiro un mechón de pelo de la frente. Tengo la piel pegajosa por el sudor.

—Perdona, he hablado sin pensar.

Rhiannon asiente y vuelve a agarrar su teléfono.

—No pasa nada.

Entre nosotras se instala, de nuevo, un silencio incómodo.

—Nada, no da señal. —Aprieta el botón de «colgar» con demasiada brusquedad, quizás queriendo pagar con él toda la furia que no se ha atrevido a descargar conmigo.

—¿Y qué hacemos? —le pregunto. El cansancio empieza a jugármela y ya no soy capaz de pensar con claridad.

—Creo que lo mejor es que coja el coche y vaya a buscar a mamá a los Lagos.

Me rasco la cabeza, pensativa, pero tampoco se me ocurre una idea mejor.

—¿Estás segura? No has dormido nada.

Rhiannon se levanta y se pasea un rato por la habitación, hasta que emite un prolongado suspiro y se dirige a la estantería que está cerca de la tele. Desde el sofá, observo cómo rebusca entre los libros.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Mover ficha —dice—. ¡Aquí están! —celebra, y agarra varios libros y cuadernos—. Ten. Son los cuadernos de la abuela, y este..., bueno, tu libro favorito.

Lo último lo dice con sarcasmo mientras me tiende un tomo viejo y manoseado, copia de un ejemplar mucho más cuidado y antiguo que mamá guarda en la caja fuerte del torreón.

—El *Ars Goetia* —digo yo poniendo cara de asco, pero aceptándolo. La de tardes que pasé leyéndolo, obligada por la abuela.

—Lo primero es encontrar al demonio con el que has pactado, y comprobar si realmente es el que dice papá. ¿Recuerdas algún detalle? ¿Su voz?, ¿su sello?

Niego con la cabeza.

—No. Lo único que sé es que sentí un gran poder, algo fuera de lo común, y luego... nada.

—¿Un gran poder, dices?

—Sí. No creo que fuera un demonio normal.

—Bueno, entonces lo único que tenemos claro... es que fue uno de los Setenta y Dos de Bael.

Abro el tomo por la mitad. El *Ars Goetia*... El grimorio de Salomon, aquel que escribió toda la información que extrajo tras capturar a un demonio para descubrir cómo matar a las brujas. En él hay información muy valiosa: categorías de espadas, categorías de demonios (bestias, engendros, demonios menores...). Pero la parte más importante es la lista de los Lores del Infierno, los Setenta y Dos de Bael, los más poderosos de entre todas las criaturas..., y entre los que figura Lord Barbas. Rhiannon se sabe el libro de memoria. Yo..., bueno, tengo alguna fotografía mental de sus páginas, pero lo mío nunca fue sentarme a estudiar.

—Entonces, ¿me estás mandando deberes?

Rhiannon asiente, ignorando mi broma.

—Lo único que podría salvarnos ahora es deshacer el pacto; eso cerraría de nuevo las puertas, pero... No podemos deshacerlo si no sabemos con quién lo hemos hecho.

Suspiro.

—No lo entiendo, Ri-Ri. ¿Por qué no han venido? ¿Por qué no han aprovechado que estábamos inconscientes para matarnos? ¿Dónde están sus ejércitos? ¿Por qué el cielo no se ha abierto y la Ciudad Roja ha caído sobre nosotras?

Ella hace un aspaviento con las manos.

—Eso es lo que me trae de cabeza —suspira, y se dirige a la salida. Yo la acompaño—. Busca información en el *Ars Goetia* y en los cuadernos de la abuela, y yo iré a buscar a mamá. No podemos quedarnos sentadas y esperar a que el Infierno se nos venga encima.

Bien, ahí está mi hermana, la que se supone que debe liderar el aquelarre.

—Venga, pues vete. Es un buen plan.

Rhiannon esboza una sonrisa cansada.

—De acuerdo.

La acompaño hasta la puerta, pero, antes de que se vaya, la agarro del brazo.

—No voy a decir que me arrepiento de lo que he hecho, porque no me arrepiento —declaro mientras la miro a los ojos—, pero soy consciente de que nos he puesto en peligro. Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadada conmigo.

—Ya lo sé —responde ella. Acto seguido, y para mi sorpresa, me da un abrazo—. Pero para algo soy la hermana mayor. Ya estoy acostumbrada a limpiar todos tus desastres.

No tengo fuerzas para hacerme la ofendida. Sonrío y entierro mi cara en su hombro, aspirando el aroma a almendras dulces de su pelo.

—Te prometo que, esta vez, seré yo la que limpie el desastre.

Rhiannon se va y yo cierro la puerta tras ella. Después, regreso al salón, dispuesta a hacer algo que llevo años sin hacer: enterrar mi nariz en los libros.



Capítulo 12

Me siento en el suelo, con la espalda reposando en el sofá, y abro los cuadernos de la abuela sobre la mesita auxiliar del salón. Se supone que las brujas deben llevar una especie de diario, o «libro de las sombras», en el que apuntar todo su conocimiento en relación con la magia, sus experiencias, su día a día... Mamá tiene los suyos, aunque nunca nos los ha enseñado. Rhiannon comenzó uno cuando era niña, pero lo abandonó cuando empezó el instituto. Yo ni siquiera me digné a probarlo. Cuando la abuela murió, nos legó los suyos, y ahí se quedaron, en la estantería, como un testigo de que, alguna vez, la magia fue importante para esta familia.

Jamás pensé que un día nos serían de utilidad.

Me muero de calor, así que me quito el jersey y los pantalones hasta quedarme en camiseta de tirantes y ropa interior. Mucho mejor.

—Veamos... —murmuro mientras ordeno la documentación.

Abro el *Ars Goetia* por la primera página, la de Lord Bael, el Señor del Inframundo y Rey de los Demonios. Bael fue el demonio con el

que pactó Ahinoam; el monarca del maldito Infierno. Una cruz junto a su nombre, dibujada probablemente por mi madre o mi abuela, indica que está muerto. De pequeña, siempre pasaba esta página sin detenerme a leerla, sabiendo que aquella criatura había sido la asesina de mi padre.

Parece que me equivocaba.

Voy pasando las páginas, fijándome en los sellos de cada uno de los Lores, en sus nombres, sus representaciones artísticas y sus características. Repaso las letras del libro con las yemas de los dedos, fijándome en cuáles de ellos tienen las cruces. Cuento diez. Eso es todo lo que logramos en dos mil años: acabar con diez de los Setenta y Dos de Bael. Ellos, sin embargo, acabaron con miles de nosotras. Por no hablar de las que murieron en la hoguera a manos de la Hermandad...

La página de Lord Barbas es una de las primeras, así que regreso a ella. Y ahí está: el Tercero de Bael, el demonio del Miedo. Su símbolo es el compás. Observo la imagen que lo representa: una criatura humanoide con cuernos, cola y alas, y con una melena plateada tan larga que parece una cortina de luz de luna. «Lord Barbas está obligado a contestar a una pregunta, la que sea, si la criatura que se encuentra con él así lo requiere. A cambio, la criatura debe responder a una pregunta de igual valor».

Sigo leyendo. No dice mucho más de lo que ya me explicó Rhiannon: «Imparte justicia en el Infierno, pues nadie crea mejores castigos que aquel que conoce los miedos de todas las criaturas. Es el comandante de los engendros, a los que él mismo creó». Por supuesto: si hay alguna representación real del miedo, esa es el engendro.

Hay muchos más demonios de los que aparecen aquí, pero todos son parte de alguno de los setenta y dos ejércitos: demonios bestia,

demonios humanoides, monstruosidades, esclavos de otras dimensiones, engendros... Cuando estoy a punto de leer el pasaje que pertenece al Último de Bael, solo por curiosidad, solo porque de repente necesito saber quién tiene el deshonor de ser el último, el cansancio me detiene.

Me froto los ojos, intentando luchar contra el sueño. Nada, ninguno de los nombres me dice nada. Dejo el libro a un lado. Quizás tenga más suerte con los cuadernos de Janaina. Son veinte diarios, catalogados por fechas, desde los años veinte hasta principios de los años 2000, cuando ocurrió la batalla final.

Abro uno de los primeros cuadernos, los que escribió cuando aún era una niña.

Cuando Ahinoam pactó con Bael, no sabía que estaba invitando a nuestro mundo al mal. Las brujas debemos terminar con aquello que comenzamos hace siglos. Nuestro deber es proteger a la humanidad de esta amenaza, incluso aunque los cazadores crean que debemos morir por el pecado que cometimos...

Si vuelvo a escuchar el nombre de Ahinoam una vez más... Ya me bastó con la lección de mi madre. Abro otro, esta vez de los años cincuenta, cuando la abuela atravesó el Atlántico y llegó a Faddenfield con sus dos hijos, abandonando el aquelarre de Brasil.

Mari me ha comunicado su intención de firmar una alianza con los Magnolia. Le he dicho que no me parece una buena idea: los cazadores y las brujas nunca estarán en paz, pues los primeros nacieron de la envidia, y la envidia es demasiado poderosa en ellos. Sin embargo, Mari cree que no tiene sentido que luchemos entre nosotros, que tenemos un enemigo común, que debemos centrar nuestros esfuerzos en él... Al principio, fui reacia a esta alianza, pero la espuma del mar me ha hablado: puede que esta decisión sea la

correcta. Se acerca el final de una batalla que ha durado milenios, lo he visto.

Y, sin embargo, mi corazón no está en paz. Temo por el destino de Mari y sus hijas.

La abuela no podía ver el futuro con claridad, pero hace años le confesó a mi madre que siempre supo que la muerte acechaba a su familia. Lo que nunca se esperó fue que solo una de ellas quedara viva. Ni siquiera sobrevivieron lo suficiente como para luchar en la última batalla. Uno de los Setenta y Dos de Bael acabó con ellas..., pero Janaina y sus dos hijos lograron salvar a mi madre. Solo a mi madre.

Agarro otro cuaderno, reprimiendo un escalofrío. Cuando lo abro, una carta se desliza de entre las páginas y cae a mis pies. «Para Úrsula», reza el sobre con letras pequeñas y desordenadas. Está abierto y parece antiguo. No puedo reprimir mi curiosidad y lo abro un poco más, pero en la carta no hay nada escrito, solo un dibujo. La vuelvo a guardar, ignorando el dolor de cabeza que me está produciendo el cansancio, y sigo leyendo.

Joann Wytte. Hoy Mari me ha hablado de ella. Si Ahinoam de Endor fue la bruja más poderosa que ha existido nunca, Joann no tenía mucho que envidiarle. Le he dicho a Mari que Joann es el ejemplo perfecto de por qué la paz entre brujas y cazadores no es posible. Iba a casarse con uno de los Magnolia y, sin embargo..., él terminó condenándola a morir ahogada en las cuevas. Mari dice que no comprende por qué. Su prometido la acusó de confabularse con los demonios, de haberse corrompido por el satanismo. Una excusa barata para justificar lo mismo de siempre: que los hombres no soportan cuando una mujer es más poderosa que ellos. Descansa en paz, Joann. Sé que tu espíritu guarda a esta familia.

Cierro el diario, reprimiendo una sonrisa. La abuela y sus observaciones.

Los Magnolia creen que puede existir una cura para los despojados que han sido mordidos por un engendro, pero me temo que el método para conseguirla no es del todo ortodoxo...

¿Una cura? No explica nada más, el resto está en blanco.

Sigo leyendo durante un rato, sin encontrar nada de provecho. Estoy despierta a duras penas y a punto de rendirme, pero una de las líneas de los cuadernos más nuevos me llama la atención.

En una ocasión, le pregunté a un demonio que me suplicaba clemencia por qué, si había vivido durante miles de años, temía morir. «Nunca es suficiente», me dijo. Ahora lo entiendo. He vivido una vida plena y, sin embargo, temo a la muerte.

¿Qué ocurrirá cuando cierre los ojos por última vez? ¿Volveré a ver a mis hijos cuando cruce hacia el Reino de la Muerte? Quiero contarles tantas cosas... Pero, sobre todo, quiero pedirles perdón. Si hubiera estado atenta, si no hubiera priorizado la lucha por encima de ellos, quizás... Quizás seguirían vivos.



Capítulo 13

—Hoy puede que haya suerte —me dice el traductor—. Hoy puede que los chatarreros encuentren algo.

Camino, cámara en mano, atenta a cualquier cosa que capte mi atención.

—¿Y qué buscan? —pregunto.

—Lo que sea. Cobre, hierro... Cualquier cosa para vender.

Este podría ser un reportaje interesante. Personas rebuscando entre los escombros que han dejado las bombas, apañándoselas para sobrevivir en un mundo que les ha fallado. Solo hay una mujer en el grupo, y su hija la acompaña.

Esa niña... A veces me recuerda a Morgana.

Me están diciendo algo, pero no los escucho. No los escucho, porque ya no puedo oír bien por el oído izquierdo.

No desde que...

No desde la mariposa.

A veces, las cosas no son lo que parecen.

Morgana me mira con sus ojos grises. «¿Qué vas a hacer cuando tampoco puedas salvarme a mí?».

Me despiertan unos suaves toques en el hombro. Me he quedado dormida mientras leía, con la cara apoyada sobre la mesa.

—¿Em? Joder, ¿no me escuchas? Llevo un rato llamándote. ¿Estás bien?

Jadeo, alejándome de la mano de mi hermana. ¿Dónde estoy?

No estoy allí. Ya no estoy allí.

Al principio me cuesta enfocar a Rhiannon.

—Yo no, yo...

—Em, estás sudando.

—Era una pesadilla —me excuso—. Perdona, no te he escuchado.

Me he quedado dormida del lado derecho, por eso no la he oído al entrar, pero ahora no es el momento de explicarle que ya no escucho bien por el oído izquierdo.

Miro el reloj que está encima del televisor: son las siete de la mañana. Apenas ha pasado una hora, es imposible que a Rhiannon le haya dado tiempo de ir y volver de los Lagos. Y está sola.

—No he podido salir del pueblo —confiesa. Parece preocupada.

Me desperezo y me levanto del sofá, convencida de que se refiere a que estaba demasiado cansada para conducir.

—¿Qué pasa? —Circe y Hikari están bajando por la escalera. Parecen recién levantadas—. Estás asustada —remata mi hermana pequeña, señalando con el dedo a Rhiannon.

Aunque una hora de sueño sea un descanso insuficiente, ante las palabras de mi hermana me despejo de inmediato.

—¿Qué te hemos dicho de utilizar tu empatía con los demás? —la regaña Rhiannon.

—No es mi culpa si no sois capaces de bloquearme. Y ahora no lo controlo del todo, ¿recuerdas?

Rhiannon respira hondo, exasperada, y se frota las sienes. Unas profundas ojeras rodean sus ojos; su abundante cabello está tan despeinado que sus rizos se disparan en todas las direcciones. Se pasea de arriba abajo, aún con las llaves del coche y de la casa en la mano.

—¿Qué ocurre? —insisto contagiada de su nerviosismo.

—No he podido salir del pueblo —repite—. Por culpa de la niebla.

—¿Niebla? ¿Qué niebla?

—Hay una niebla que lo cubre todo. La vi al salir de casa, pero pensé que se debía a la condensación de la mañana —se sienta en el sofá, dejando las llaves sobre la mesilla—. Como aquí siempre hace un tiempo asqueroso...

En eso estamos de acuerdo. Circe y Hikari se sientan también, y yo me acerco a la ventana. Todo está nublado, lo que no es extraño en Faddenfield, pero al intentar mirar más allá del mar me doy cuenta de que no veo la línea del horizonte, solo una densa niebla, como si las nubes hubieran decidido rodear la costa y reposar sobre un mar de algodón grisáceo. Una vocecita molesta comienza a susurrar en lo más profundo de mi mente, pero no consigo distinguir bien lo que dice.

—Cuando estaba llegando a la salida de la autovía, la niebla empezó a hacerse más densa. Había un atasco. Después de una hora esperando, un policía nos dijo que diéramos media vuelta porque era imposible ver nada. Dijo que se avecinaba tormenta y que el pueblo iba a ponerse en alerta amarilla. —Rhiannon agarra el mando y enciende la tele—. Pero no es solo niebla... Me bajé en el arcén e intenté concentrarme en ella; algo me decía que las cosas no cuadraban.

—¿Y bien? —la apremia Circe.

—Estaba cargada de un aura mágica.

Me fijo en la pantalla de la tele, donde solo aparece una imagen estática de puntos negros y grises. Mi hermana cambia de canal, sin obtener ningún resultado. Después sintoniza las emisoras de radio. Nada.

—Déjame a mí —le pido a mi hermana—. Igual la radio local funciona.

Ri-Ri me pasa el mando y yo comienzo a rebuscar entre los diferentes canales hasta que reconozco la sintonización de Faddenfield. Una voz robótica empieza a sonar: «Las carreteras de Faddenfield están cortadas por niebla. Eviten la carretera, alto riesgo de accidente». Trago saliva. Lo de la niebla... Demasiada casualidad.

Rhiannon se cruza de brazos.

—Niebla... No. No es una simple niebla —sentencia.

—¿Y qué crees que es? —pregunta Hikari.

Rhiannon clava sus ojos pardos en ella.

—Un campo mágico.

Se me forma un nudo en la garganta. Abro la ventana y me asomo para observar el cielo. Allá arriba también está cubierto de una espesa niebla que fácilmente podría confundirse con nubes de tormenta. Sin embargo, es como si formaran una cúpula.

—El pueblo está aislado del mundo —prosigue Rhiannon—, por eso los móviles no dan señal, las carreteras están cortadas y solo funciona la radio local.

—¿Y quién ha hecho esto? —pregunta la cazadora—. ¿El demonio?

—Puede ser, pero no tiene sentido. Los campos mágicos son una clase de brujería parecida a la de las jaulas. Antaño se utilizaban para crear un lugar en el que luchar contra los demonios sin ser

vistos por los despojados, pero nunca en semejantes magnitudes —Rhiannon habla con voz preocupada—. ¿Pero por qué iba a querer el demonio aislarse dentro de nuestro pueblo, si su objetivo es conquistar este mundo?

—No tiene sentido —admito.

—No tiene ningún sentido. Lo que sí queda claro es que el campo se ha creado a raíz del pacto, es la única explicación posible. Em, ¿has encontrado algo en los cuadernos de la abuela?

Niego con la cabeza.

—Lo único que se me ocurre... —añade, y después se frota los ojos y se hunde un poco más en el sofá—. Es que este campo de niebla no lo haya creado el demonio. Pero, entonces, ¿quién?

Parpadeo, y el eco de una voz lejana inunda mi mente. La niebla.

Alguien me habló de la niebla antes. La vocecita que pugnaba por salir se hace más clara:

«Cuando venga la niebla, ven a buscarme al Magnolia». ¡Eso es lo que dijo el profesor!

Joder. Joder, joder, joder.

Él sabía que esto iba a pasar, igual que sabía que Priya iba a entrar por la puerta. Una aciaga sospecha se cierne sobre mí.

Comienzo a andar en círculos. Tres pares de ojos abiertos como platos siguen cada uno de mis movimientos.

—¿Y ahora qué te pasa? —me pregunta Hikari.

—¿Podrías hacerme el favor de controlar tus nervios? —se queja Circe mientras se masajea las sienes—. Me estás dando dolor de cabeza.

Me subo encima del sofá, provocando que las tres se levanten con un coro de quejidos.

—¡Ember!, ¿¡qué haces!? —protesta Rhiannon.

—¡El profesor! —grito, sobresaltándolas a todas.

Las tres me miran como si me hubiera vuelto loca, y quizás sea así.

—¿Qué dices, Em? ¿De qué puñetas hablas?

—¡El tío del bar! —intento explicarle a Rhiannon, pero entonces me doy cuenta de que ella no estaba allí cuando hablamos—. Él lo sabía, joder.

—Ember, tranquilízate y habla claro.

Respiro hondo. Alzo las manos.

—Tenemos que ir a ver al profesor. El que llegó hace unos meses y da clases de historia en el Magnolia. Tiene el pelo como por encima del hombro, aunque a veces se lo recoge en un moño de estos que llevan los tíos ahora, y el muy engreído siempre lleva traje... —las tres me miran anonadadas—. Joder, nunca me dijo su nombre.

La cazadora chasquea la lengua. Aún me mira como si estuviera loca.

—¿Te refieres a Dante? —pregunta Hikari.

—¿Así se llama? —pregunto yo.

—Sí. ¿Qué pasa con él?

—Me dijo que esto iba a pasar. Me dijo que fuera a verle cuando viniera la niebla.

Se hace un silencio incómodo.

—Si no fuera porque puedo sentir que dices la verdad, te tomaría por loca —dice Circe.

—Hikari, ¿qué sabes de ese tal Dante? —la interrogo poniéndole las manos sobre los hombros. Aún no me he bajado del sofá, así que la diferencia de altura es considerable.

Ella se muerde el labio.

—Si te digo la verdad, no sé mucho. Llegó hace unos meses, como tú has dicho. Mamá se puso muy nerviosa, dijo que era un

viejo conocido. Se reunieron en su despacho, aunque a mi padre no le hizo ninguna gracia. Cuando salieron, había contratado a Dante como profesor de historia...

Tuerzo la boca.

—¿Es un cazador? —pregunto. Hikari niega con la cabeza—. ¿Un desheredado?

La cazadora se encoge de hombros.

—Eso no lo sé, pero lo dudo. Los desheredados llevan espadas, y él no tiene ninguna.

Me siento en el sofá, mirando al infinito. La sospecha comienza a hacerse cada vez más grande.

—Él sabía que esto iba a ocurrir... —repito en un susurro.

Los desheredados no tienen magia. No pueden conocer el futuro.

Mi mirada se cruza con la de Rhiannon, y parece que las dos llegamos a la misma conclusión a la vez.

—Si no es un cazador —dice— ni un desheredado, solo hay una explicación...

Respiro hondo mientras organizo las ideas de mi mente. Sí, no hay otra explicación, aunque parezca totalmente absurdo que uno de ellos haya vivido entre nosotros durante más de dos décadas.

Solo.

Paseo mi mirada por la habitación, deteniéndome en los rostros de Rhiannon, Circe y Hikari, una a una.

Después, me atrevo a retomar la conclusión que Rhiannon ha dejado a medias.

—El profesor es un demonio.



Capítulo 14

—Hemos llegado —sentencia mi hermana mayor, tirando del freno de mano con tanta fuerza que, por un instante, pienso que va a arrancarlo.

Salimos del coche. Rhiannon ha aparcado en una explanada situada sobre el muro que separa el terraplén de la playa. El Magnolia se alza imponente ante nosotras: un castillo medieval rodeado por un pequeño bosque que se extiende hacia la parte norte del pueblo. Fue fundado hace siglos por la familia Flores, antepasados de Anabel. A principios de los años treinta, los abuelos de la líder de los cazadores cedieron parte del edificio al ayuntamiento de Faddenfield porque no podían hacerse cargo del mantenimiento. Ahora hace las veces de museo, biblioteca municipal, colegio, instituto y atracción turística, aunque los Magnolia siguen sucediéndose en el cargo de directores.

Aspiro el aroma a sal mientras nos acercamos a la entrada. Unas nubes negras en el horizonte anuncian que se avecinan lluvias. Hoy es sábado, así que dentro del recinto no se ve ni un alma. Aun así,

hay un par de coches aparcados dentro del recinto, lo que explica por qué la verja está abierta en vez de cerrada, como cualquier fin de semana. No es buena señal; lo más probable es que ambos pertenezcan a Takedo y a Anabel.

Atravesamos el caminito de piedras que lleva a la puerta del castillo con el corazón en un puño. Hasta ahora hemos intentado fingir que las cosas están bien porque, de momento, no ha ocurrido nada, pero estamos dirigiéndonos a la boca del lobo. Y por voluntad propia.

Papá quería acompañarnos, pero se lo hemos impedido: él es la prueba viviente de que hemos realizado un pacto. Si lo lleváramos directo al Magnolia, donde fácilmente podríamos encontrarnos con Anabel o Takedo... En fin, sumarían la extraña niebla que envuelve Faddenfield a la resurrección de Luiz Salazar, y de resultado les daría el cumplimiento de uno de sus peores miedos.

No sé cuánto tiempo podremos engañarlos. Después de discutir en casa si era buena idea venir aquí, Hikari regresó a la suya, situada en la parte alta del pueblo, a diez minutos de la nuestra. Antes de irse me prometió que mentiría, que les diría a sus padres que todo había ido bien y que nos esperaría en el Magnolia a las diez para conducirnos hasta la oficina del profesor. Como aún era demasiado pronto, mis hermanas y yo aprovechamos para descansar un rato y ducharnos. Confiar en Hikari está siendo para mí un salto de fe, pero Circe nos ha asegurado que no nos traicionará. Al menos, no de momento.

Un camino de gravilla flanqueado por jardines nos lleva a la entrada principal, una puerta de dimensiones descomunales que da paso al vestíbulo del colegio. Pasamos frente a la estatua de Terrance Flores, fundador del castillo y antepasado de Anabel. «Sin temor», reza la insignia dorada situada en su pedestal. Ese es el

lema de los cazadores. Sin temor, a pesar de que las brujas puedan desintegrarnos con solo una mirada. Sin temor, pues por nuestras espadas malditas correrá la sangre de las pecadoras.

Bah.

—Está igual que siempre —comento, intentando aligerar el ambiente.

—El Magnolia no cambia —coincide Rhiannon con voz distraída.

Llevaba años sin pisar el castillo. Después de graduarme, no he tenido ni tiempo ni ganas de volver aquí. Las reuniones con la Hermandad, aquellas en las que ellos nos informan del estado de su cacería de corruptas y nosotras les confirmamos que no hay ninguna perturbación en el Velo, se realizan, en nuestro detrimento, en las cuevas de los acantilados. La razón, según ellos, es que sus antepasados establecieron allí protecciones religiosas que anulan todo tipo de magia.

En realidad, es una manera muy poco sutil de recordarnos lo que podrían hacer con nosotras si faltamos al acuerdo de paz. En las cuevas dejaban a las brujas que atrapaban y que eran demasiado poderosas como para morir en la hoguera. Las ataban con cadenas y esperaban a que subiera la marea. Fue así como murió nuestra antepasada, Joann. Yo no sé qué preferiría, la verdad: si ahogarme o calcinarme viva. Aunque, teniendo en cuenta mi don, supongo que no serían tan idiotas como para intentar la segunda.

De todas formas, aunque el lugar elegido no es santo de nuestra devoción, lo cierto es que es el único lugar de Faddenfield al que nunca va nadie por el peligro que entraña la subida de las mareas y, por lo tanto, el más indicado. Descubrir que cada cierto tiempo un montón de personas, entre las que se encuentra la familia más influyente del pueblo, se reúnen con las Wytte suscitaría demasiadas preguntas.

—Ahí está Kari.

La voz de Circe me saca de mis pensamientos. Levanto la vista para descubrir a la cazadora esperándonos frente al recibidor del castillo. Mi hermana corre hacia ella y, por un instante, su rostro se ilumina, pero cuando Hikari se da la vuelta y la mira, cambia de expresión y camina más despacio.

Ri-Ri y yo la seguimos de cerca.

—¿Estáis de paseo? —nos apremia Hikari—. Corred, mi madre está en su despacho y mi padre anda reunido con algunos chicos de la Hermandad; como nos pillen...

«Mierda», maldigo. No podríamos haber escogido peor momento, entonces.

La cazadora se gira y nosotras la seguimos. Clavo mi mirada en su nuca. Hikari siempre ha sido una hija ejemplar. Anabel y Takedo ejercen un control casi absoluto sobre ella; sus notas son impecables, se pasa el día entrenando y tocando el chelo, jamás ha desobedecido una orden... Excepto la de ser amiga de Circe. Para cuando sus padres quisieron darse cuenta, las dos eran como uña y carne, y como iban al mismo colegio, separarlas en los recreos resultaba demasiado difícil.

Anabel y mi madre fueron amigas una vez. Creo que, en parte, Anabel permitió a Circe y Hikari continuar con su amistad por eso.

—Ya vamos —responde Rhiannon, apurando el paso—. Algunas ya no tenemos diecisiete años —se queja.

Nos adentramos en el instituto sintiéndonos como criminales furtivos, a pesar de que estamos en nuestro derecho de ir a donde nos dé la gana. Por dentro, el castillo es aún más imponente que por fuera. El recibidor, donde los estudiantes se reúnen antes de entrar a clase, es una amplia sala coronada por una escalera doble que lleva a los pisos superiores de ambas alas: la este y la oeste. El suelo es

de granito pulido, con baldosas azules y blancas dispuestas a modo de tablero de ajedrez que brillan como un espejo. La planta del piso está dividida en tres por altas columnas de capitel corintio que se alzan hacia un techo abovedado y decorado con frescos que representan escenas de caza. Un ojo más experto que el mío podría determinar el siglo en el que se pintaron. Para mí, que dejé la asignatura de Historia del Arte a medias, bien podrían ser del Barroco o del Renacimiento.

Bajo las escaleras, a ambos lados, hay unas puertas que llevan a la parte trasera del edificio, el patio de armas y el corredor, que hacen las veces de patio de recreo. La zona del jardín y la casa de los criados, que ahora es un almacén donde se guardan los bártulos, se encuentran más allá del patio, pero están restringidos y los alumnos no pueden pasar. O, por lo menos, esas son las normas. Sin embargo, una novillera como yo sabe que más allá del jardín trasero hay un laberinto de altos y frondosos arbustos, donde cualquiera puede pasar el rato sin ser visto.

A mi izquierda se extiende un largo pasillo que lleva hacia las aulas de primaria, y hacia la derecha, las de secundaria. Las oficinas del profesorado y el personal adjunto están en la primera planta, en el ala oeste. Ahí es donde tenemos que llegar.

Subimos las escaleras de puntillas, rezando para no cruzarnos con nadie. Cuando llegamos al primer piso, mi cuerpo se relaja y pienso que hemos tenido suerte. Ahora solo queda hablar con el hombre del bar. Con el profesor.

«Con el demonio», me recuerdo a mí misma.

Giramos una esquina, topándonos de bruces con Anabel y dando un respingo.

Al principio no me percato de lo que acaba de ocurrir. Después, los pelos de la nuca se me ponen de punta.

—¿Ember? —Anabel me mira sorprendida, y después pasea sus ojos castaños por el resto del grupo—. ¿Hikari? ¿Qué hacéis aquí todas?

Esbozo una sonrisa incómoda, intentando mantener la calma y que no me tiemble el ojo. «¿No se suponía que estaba en su despacho? Estas escaleras solo llevan a las oficinas de los profesores».

—¡Anabel! —exclamo con voz quizás demasiado aguda—. ¡Qué sorpresa! ¡Cuánto tiempo! La última vez que nos vimos no...

Pierdo el hilo de mis pensamientos a mitad de frase. ¿No... qué? ¿No llevabas ese pintalabios rojo que te pones desde que tengo uso de razón? ¿No se te marcaban las arrugas del ceño que tienes permanentemente fruncido? ¿No tenías esa mirada... culpable?

—Hola, Anabel —añade Rhiannon azorada—. ¿Cómo estás?

Anabel entrecierra los ojos con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—Repito: ¿qué hacéis aquí?

Siempre me ha parecido que lo que más destaca de Anabel es la fuerza que transmite: es bajita, pero se mueve con una confianza que la hace parecer muchísimo más alta. Como siempre, lleva el pelo negro recogido en un moño apretado; un peinado formal que concuerda con su falda de tubo negro y su americana roja. En cierto modo, es atractiva, aunque ese gesto de enfado que pone siempre, ese ceño fruncido, le resta algunos puntos a su belleza.

Solo la vi sonreír una vez, cuando pasé por el parque infantil de camino a la playa en uno de mis últimos veranos en Faddenfield. Fue un año después de su matrimonio con Takedo, cuando llegaron los papeles de Japón y pudo adoptar, oficialmente, a Hikari. Jugaban en los columpios; Anabel empujándola y haciendo el tonto con ella. Me quedé clavada en el sitio, con la boca abierta, como si hubiera visto

a un pez volando por encima de las nubes; algo tan extraordinario como ver a Anabel así. Sin embargo, parecía feliz. Feliz, por una vez. Entonces me vio, y su sonrisa maternal desapareció como si alguien se la hubiera borrado de un golpe. La saludé con un gesto de cabeza, y ella miró hacia otra parte. Seguí mi camino, decidida a no hablar nunca de ello.

—¿Y bien? —reitera Anabel cuando nadie responde.

Hikari se pone roja como un atardecer en verano. Circe se cruza de brazos y alza el mentón, un gesto que siempre hace cuando mamá le echa la bronca. Por su parte, Rhiannon carraspea y se prepara para contarle la mentira que hemos practicado en casa.

—Estábamos buscand...

«Buscando el baño», es la frase que pretendía decir, la que hemos ensayado, porque no se nos ocurría algo mejor que un apretón tras un paseo demasiado lejos de casa. Sin embargo, Rhiannon es bruscamente interrumpida por una voz grave, masculina.

—Buscándome.

El profesor, el tal Dante, aparece tras Anabel, justo por el pasillo hacia el que nos estábamos dirigiendo. La cara de la líder de los cazadores pierde todo color, se queda pálida como un cirio. El profesor la rodea y le pone una mano sobre el hombro.

—¿Qué pasa, Anabel? ¿Desde cuándo unas mujeres adultas tienen que dar explicaciones sobre lo que hacen?

La cazadora abre la boca, pero ninguna palabra surge de ella. Sus ojos parecen suplicar algo, pero el profesor ladea la cabeza y la ignora, depositando su atención sobre mí.

—Me alegro de que hayas venido —dice y, por un segundo, veo en sus ojos verdes el destello de una luz naranja sobre un campo completamente negro, y por fin comprendo por qué cuando estoy a su lado siento estas ganas tan acuciantes de salir corriendo.

Sus ojos no son humanos, y el profesor ha hecho el esfuerzo consciente de demostrárnoslo. Como si no tuviera nada que ocultar, como si quisiera advertirnos de antemano.

Como si que podamos desenmascarar su tapadera fuera la última de sus preocupaciones.

Lanzo una mirada de soslayo a mis hermanas, que se han quedado tan clavadas en el sitio como yo, y después me fijo en Anabel. En su rostro incrédulo. En su boca medio abierta y su esfuerzo por ocultar su confusión.

No sé por qué no dudé antes de su inocencia, especialmente cuando él me dijo que conocía a los Magnolia desde hace tiempo, pero ahora hay dos cosas que están muy claras.

La primera es que Dante es un demonio.

La segunda es que Anabel lo sabe.



Capítulo 15

Si algo ha caracterizado a los Magnolia a través de los años es su rectitud moral. Una rectitud solo rota, en ocasiones, por sus ansias de destruir a las brujas.

Pero confabularse con demonios... No. Eso jamás. Salomon capturó a uno para torturarlo e interrogarlo en busca de información, y ese es el único trato que han tenido con ellos. Ese, y numerosos enfrentamientos que no han terminado precisamente bien para los cazadores.

Mi abuela Janaina solía decir que no sabía a quién odiaba más la Hermandad. Si a los demonios o a las brujas. Solía decantarse por la segunda opción. Y yo la apoyo, especialmente si nos basamos en los números. Demonios, han matado algunos, sí. Demonios menores, bestias y un par de Lores del Infierno. Pero brujas... Brujas han matado a miles.

Clavo mi mirada en el rostro de Anabel. Mis años como fotógrafa corresponsal me han enseñado a ser observadora, especialmente en lo que respecta a las personas. Una nunca sabe si una risa nerviosa

puede estar ocultando una buena historia, y la que Anabel podría contar hoy está escrita en sus labios apretados y su ceño fruncido. Su mirada de ojos marrones se dirige del profesor hacia nosotras, y de nosotras al profesor.

—Mi nombre es Dante —se presenta él—. Aunque supongo que eso ya lo sabíais. Es un placer conoceros... oficialmente.

Nadie responde.

—¿Vamos? —pregunta el demonio, estirando una mano hacia mí, en una invitación que aún no sé si rechazar.

Pero Anabel no va a dejarnos salir de aquí por las buenas. Cuando por fin reacciona, opta por la diplomacia.

—No sabía que conocías a las Wytte, Dante —dice esbozando una falsa sonrisa—. ¿A qué se debe esta reunión tan... variopinta? Y con mi hija, ni más ni menos.

Dante ni siquiera la mira cuando se adelanta un paso y posa su mano extendida sobre mi brazo, con sus dedos agarrando suavemente mi piel. La delicadeza del gesto no impide que me ponga rígida como un palo.

—Anabel, sabes que llevo años investigando la historia de este pueblo y de Joann Wytte. Ya iba siendo hora de que hablara con sus descendientes, ¿no crees?

La mirada de Anabel se oscurece cuando repara en el gesto de Dante. En lo que a mí respecta, el contacto me ha provocado una mezcla de nerviosismo y repulsión, como una leve descarga eléctrica que no duele, pero pica. Retiro su mano disimuladamente, arrastrándola hacia abajo con la punta de los dedos, y él es lo suficientemente inteligente como para no resistirse.

Y lo suficientemente engreído para lanzarme una divertida mirada de desafío.

—En cuanto a tu hija... —prosigue con la cabeza ladeada hacia la cazadora—. Te la puedes quedar. No entra en mis planes.

—Pensaba que tenías toda la información que necesitabas en la biblioteca. —Las palabras salen masticadas de la boca de Anabel.

—Nada como un testimonio de primera mano —intervengo yo con una fingida sonrisa, retomando la mentira—. O de tercera... generación.

—Octava —me corrige Rhiannon.

—Técnicamente —observa Dante—. Es la novena. Pero buen cálculo.

Anabel abre la boca para replicar, pero Hikari se adelanta y la agarra del brazo.

—Dejémoslos solos, mamá —le pide—. Me las he encontrado en el recibidor —añade en un susurro cuando su madre la fulmina con la mirada—. Estaban un poco perdidas, así que las he guiado hasta aquí, eso es todo.

Anabel parece reprimir un bufido, pero ya no le quedan muchas balas. Puede que en su mente se haya empezado a formar la idea de que esto es demasiado sospechoso, pero si nos acusa sin pruebas, se delatará a sí misma. Si supiera que vamos tres pasos por delante...

—Muy bien —acepta finalmente, y nos dedica una sonrisa sibilina —. Pues buena suerte. Y no os olvidéis de contarle cómo vuestra antepasada manipuló a Terrance para venderle su alma al diablo.

Pongo los ojos en blanco. Para los Magnolia, Joann es la representación en carne viva del pecado mortal y la lujuria, una bruja que sedujo a Terrance y luego lo traicionó para aliarse con el demonio.

—Cuidado, Anabel —dice el profesor—, a veces la historia no es como uno cree.

Antes de que se vayan, Circe le murmura algo a Hikari, y la cazadora niega imperceptiblemente. Anabel y ella se alejan, y el eco de sus susurros me dice que Hikari está a punto de pasar el peor interrogatorio de su vida.

Espero que se le dé tan bien mentir como discutir con Circe.

—¿Vamos? —propone Dante.

Un escalofrío me recorre la espalda. Las tres nos quedamos unos segundos paralizadas, midiendo al demonio, pero él se limita a ladear la cabeza y alzar las cejas, impaciente. Doy un paso adelante.

—Vamos —acepto. Mis hermanas caminan detrás de mí.

—¿Qué le has preguntado a Hikari? —le murmura Rhiannon a Circe.

—Que si sabe si Anabel se trae algo con el demonio.

—¿Y?

—Ha negado con la cabeza —responde Circe—. No parecía mentir.

Rhiannon suspira.

—Que Hikari no esté enterada de las cosas que ocurren en su familia no quiere decir que no ocurran—reflexiona—. Aquí se está cociendo algo, y parece que nosotras somos las últimas en enterarnos.



Capítulo 16

El despacho es de unos veinte metros cuadrados. Cuenta con una estantería repleta de libros, un escritorio, una silla de oficina y hay muchísimos diplomas en las paredes. Todo está impolutamente ordenado y huele a clavo y jazmín, en vez de a azufre y muerte, que es el olor que una se esperaría al entrar en la guarida de un demonio.

Dante se sienta en su silla, situada frente a un gran ventanal con vistas a la playa. Mientras mis hermanas escanean la habitación, tan incómodas como yo, paseo la mirada por los títulos que cuelgan de la pared. «Dante L. Khalid», leo en uno de sus diplomas. Es un apellido árabe bastante común. Significa «El inmortal». Me río ante la ironía.

—Podéis tomar asiento. —Nos invita, señalando las tres sillas dispuestas frente a su escritorio. Se da la vuelta para dirigirse a un pequeño mueble bar que no había visto hasta ahora, pues está escondido tras la mesa—. ¿Os gusta el *bourbon*? ¿O quizás sois más de vino?

—Deja la charla superficial, no hemos venido a beber —le espeta Rhiannon.

Las tres nos sentamos, yo a la derecha, Rhiannon en el centro y Circe a la izquierda. En el escritorio destaca un artículo enmarcado. Es sobre un premio concedido a Dante L. Khalid, hace tres años, a la mejor tesis doctoral, titulada *La caza de brujas en Faddenfield durante el siglo XVIII: juicio y condena de Joann Wytte*.

No es novedad que alguien escriba sobre Joann, pero no puedo evitar sentirme molesta.

—¿Tanto te interesa la historia de nuestra familia? —le pregunto señalando el recorte.

—Me interesa el conocimiento —contesta como si nada.

—Más bien parece que estés un pelín obsesionado con nosotras —comenta Circe, y tengo que esforzarme para no soltar una carcajada.

Él no parece inmutarse.

—Joann fue... una gran mujer —responde de manera escueta; cuando lo hace nuestras miradas se cruzan y, por primera vez, es él quien la baja—. Pero no estamos aquí para hablar de vuestra antepasada.

Alzo las cejas.

—Y entonces, ¿para qué estamos aquí?

—Estamos aquí para hablar del pacto de Ember, y de qué puedo hacer yo para ayudaros.

Aprieto los brazos acolchados de la silla y mis hermanas se remueven en sus asientos. Los ojos que nos mostró antes no eran solo una ilusión.

—Eres un demonio —sentencia Circe.

Dante alza una ceja.

—¿De verdad tengo que responder a esa pregunta? —dice con una tranquilidad rayana en el aburrimiento—. Llevas intentando leer mis emociones desde que entraste en la sala. Sin éxito, claro está. Ningún despojado podría bloquear a una émpata. Un desheredado, quizás, con un buen entrenamiento...

Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Ya lo sabía, pero esperaba estar equivocada. El profesor..., el demonio, se recuesta sobre su asiento y esboza una sonrisa de autosuficiencia, casi como si se estuviera divirtiendo con esto.

Aunque, teniendo en cuenta la naturaleza de esas criaturas, lo más probable es que lo esté haciendo.

—¿Por qué no regresaste a tu mundo cuando perdisteis la guerra, como todos los demás? —pregunta Rhiannon.

—¿Y por qué querrías ayudarnos? —añado yo.

Él se lleva una mano a la mejilla y se reclina en su sillón.

—Cuántas preguntas. Me temo que no tengo respuesta para todas, solo para la última. Quiero ayudaros porque me beneficia.

—¿Te beneficia? —repito extrañada—. Ningún demonio ayudaría jamás a una bruja. No está en vuestra naturaleza.

El profesor frunce el ceño y muestra una mueca de desaprobación, como si lo que acabo de decirle le ofendiera profundamente.

—Llegué a este pueblo hace seis meses. He tenido miles de oportunidades para mataros, pero no lo he hecho. ¿Por qué iba a hacerlo ahora? —Respira hondo, como si intentara calmarse—. Vuestra visión es extremadamente simplista. ¿Alguna vez os habéis parado a pensar cuáles son los motivos que nos llevan a conquistar otras dimensiones?

Ninguna contesta.

—No, claro que no. Para vosotras está claro: es porque los demonios somos la manifestación del mal, la oscuridad que apaga la luz, el filo del cuchillo sobre el inocente. —Dante suspira y me lanza una mirada de refilón—. No obstante, entiendo que no confiéis en mí; al fin y al cabo, no nos conocemos. —Al decir esto, se pasa una mano por la cabeza y se aparta varios mechones de pelo. Desvío la mirada; ligeramente turbada.

Los demonios pueden adoptar un aspecto humano bastante convincente eliminando sus alas, cuernos y cola y reduciendo su tamaño que, de media, es superior al humano. Su fachada está intrínsecamente unida a su aspecto real. «Son bellos», nos dijo la abuela durante una de sus lecciones, «al contrario de lo que podáis pensar..., los demonios son extremadamente bellos». Ahora entiendo por qué el profesor es tan endiabladamente atractivo, por qué parece que cada rasgo de su rostro está hecho por encargo. Sacudo la cabeza, avergonzada. Me fijé en él aquella noche... Qué estúpida.

Cuando vuelvo a mirarlo, reprimo un respingo. Me está observando directamente, como si supiera lo que estoy pensando. La sangre me hierve y maldigo para mis adentros cuando el calor se extiende por mis mejillas.

—Sabed esto —continúa él imperturbable—: no os ayudo por el altruismo de mi corazón, sino porque nuestros intereses están alineados. Yo busco algo desde hace mucho tiempo, y vosotras podéis ayudarme a conseguirlo. Si ambos jugamos bien nuestras cartas, ambos saldremos ganando. —Pasea su mirada por nuestros rostros, uno por uno, y levanta el dedo índice para, seguidamente, dibujar un pequeño círculo—. *Quid pro quo*.

Se hace un silencio momentáneo, solo roto por mis uñas al rascar la funda de cuero de la silla.

—Muy bien —digo finalmente—. ¿Qué es lo que quieres?

—¿No es obvio? —responde él—. Quiero que hagamos un pacto.

Rhiannon reprime un gemido.

—¡No vamos a pactar con otro demonio! —exclama alterada y casi saltando de la silla, dispuesta a largarse en este preciso momento.

Yo le pongo una mano sobre el antebrazo para que no se levante. La oferta es... tentadora.

—Tranquilízate, Ri. Aún no hemos acabado. No podemos volver con las manos vacías.

—Es verdad —concuerda Circe, imitando mi gesto—. Deja que hable.

—Pero... —Rhiannon se masajea las sienes; parece exhausta. Se muerde el labio inferior, sopesando sus alternativas—. ¿A nadie se le ha ocurrido que este puede ser el demonio con el que pactamos?

La risa de Dante es tan alta y repentina que hace que me sobresalte. Suena tan... humana. Cuando termina, pasa los dedos por la comisura de su ojo, como si retirara una lágrima.

—Rhiannon, se supone que eres la más inteligente de tus hermanas. ¿Acaso no me has visto circulando por aquí los últimos meses? Las puertas entre mundos solo se pueden abrir con un pacto interdimensional.

Rhiannon se aclara la garganta, incómoda.

—Muy bien —concede—. Tienes razón. Tú no puedes ser ese demonio, pero... ¿qué nos ofreces exactamente?

—Información —responde él, encogiéndose de hombros—. La información que necesitáis para acabar con el pacto de Ember... Y localizar al demonio que la engañó.

Las tres permanecemos calladas, y rígidas, en nuestras sillas. Dante nos interroga con la mirada.

—¿Y bien? ¿Os convence mi oferta ahora?

Aprieto la mano de Rhiannon.

—Te escucharemos —concede mi hermana—, pero eso es todo.

El demonio asiente lentamente. Después, gira la silla de cuero sobre sí misma hasta darnos su perfil y observa por la ventana, mesándose la barba con una mano grande y fuerte, de uñas perfectamente recortadas. Sus ojos vagan por el horizonte, como si a lo lejos pudiera hallar aquello que dice estar buscando.

—Al principio me preguntasteis por qué no regresé al Infierno cuando las puertas se cerraron —dice, finalmente.

Al escucharlo, me inclino en la silla, acercándome para oír mejor, para no perderme ni una de sus palabras y así poder analizarlas una a una en busca de mentiras...

—La respuesta es sencilla: no puedo. Hace más de dos mil años, fui condenado, y despojado de parte de mi poder, por un crimen que aún no había cometido... Y tuve que huir. Aquí. A la Tierra. Exiliado de mi mundo, llevo tanto tiempo escondiéndome que, a veces, creo que he olvidado quién soy de verdad; cuál es mi legado.

»Pero cometieron un error. Tendrían que haberme matado antes de darme la oportunidad de huir —dice, girando su silla ligeramente hacia nosotras, y el destello anaranjado del atardecer se refleja en sus ojos verdes, tan pálidos como los de un gato—. Quiero regresar a mi mundo, recuperar mi poder y limpiar mi nombre.

»Pero para ello necesito deshacerme de la criatura que ocupa ahora el trono de Bael.

—¿Que es...? —inquiero yo.

Dante ladea la cabeza y me dedica una sonrisa.

—El Rey de los Demonios —responde con toda naturalidad—. El mismo con el que vosotras, hermanas Wytte, habéis pactado.



Capítulo 17

Miro a mis hermanas. Ambas se han quedado mudas y observan a Dante con los ojos muy abiertos, casi tanto como los míos.

El Rey de los Demonios.

He pactado con el maldito Rey de los Demonios.

Mi padre apuntó a Lord Barbas, un demonio poderoso. Pero el Rey...

Está volviendo a repetirse. El Pacto de Ahinoam... He vuelto a comenzar el ciclo.

Y, ese Rey, ¿quién es? ¿Quién es tan poderoso como para haber ocupado el trono de Bael?

—¿Por qué nosotras? —pregunta Circe, dándole voz a la pregunta que no para de rebotar en mi mente—. Nuestras dimensiones vuelven a estar conectadas. ¿Por qué no regresas a tu mundo, reúnes a tu ejército y recuperas esa libertad de la que hablas? No creo que nos necesites.

Por un momento, los ojos de Dante parecen oscurecerse.

—¿Acaso no me has oído? No puedo regresar. Mi pueblo me considera un traidor. En el momento en el que ponga un pie en el Infierno la justicia de Lord Barbas caerá sobre mí.

Trago saliva.

—¿Qué hiciste para ganarte ese título? —pregunto.

Él chasquea la lengua.

—La pregunta no es «¿qué hiciste?», la pregunta es «¿qué haré?».

«Me condenaron por un crimen que no cometí», regresan sus palabras a mi mente.

De nuevo, el silencio inunda la sala. Un silencio cargado de expectativas. Tras unos momentos, el demonio prosigue.

—Sé que tenéis dudas, pero no puedo resolverlas todas. Os concedo tres preguntas previas al pacto, una por cada una de vosotras. Prometo decir la verdad. Después, solo seguiré ayudándoos si decidís aliaros conmigo. Pero hay unas reglas...

Alza un dedo para callarnos, adelantándose a la barahúnda de cuestiones que hemos estado a punto de lanzar sobre él. Después prosigue:

—No me preguntéis el nombre o la identidad del demonio con el que pactasteis, pues eso será asunto de nuestro propio trato. No me preguntéis qué hice o qué haré para ser considerado un traidor, ni ahora, ni nunca. Y tú, Ember. —Cuando dice mi nombre me pongo rígida—. No me preguntes por qué me fui y te dejé plantada la noche en la que me conociste. Esa historia tendrás que ganártela. —Rhiannon y Circe se inclinan sobre la silla y me lanzan una mirada inquisitiva—. ¿Estáis de acuerdo?

Cierro los ojos y me agarro más fuerte al reposabrazos de la silla, en un intento por aclararme la mente e ignorar su última condición. Nos está preguntando si podemos comenzar la negociación. Esta es

la fase anterior a un pacto, aquella en la que se elabora el contrato. Es la manera formal de aliarse con un demonio; mi pacto fue tan caótico como el Pacto Primitivo de Ahinoam.

Pero hay dos problemas.

El primero: las únicas que confraternizan con los demonios de esta manera son las brujas negras. Las brujas blancas, como nosotras, dejaron de hacerlo en cuanto Ahinoam le declaró la guerra a Bael. Negociar con un demonio es tan peligroso como jugar con fuego...

El segundo: que un demonio quiera negociar, en vez de arrancarnos la cabeza de cuajo, es un comportamiento tan antinatural como que un león decida darle una manzana a su presa. Tan antinatural, de hecho, que la única explicación posible es que esa manzana esté envenenada.

Sin embargo, ¿qué otra alternativa nos queda?

—¿Rhiannon? —pregunto. Sin mamá de por medio, ella es la líder del aquelarre, y la que debe decidir.

Pero Rhiannon sacude la cabeza y levanta las manos como si quisiera gritarle al mismísimo cielo.

—¡Esto es una majadería! —chilla.

—Es el único hilo del que podemos tirar —argumento yo—. Necesitamos saber de dónde viene la niebla. Necesitamos saber quién es el Rey de los Demonios.

Mi hermana cierra los ojos y se aprieta el puente de la nariz.

—El Rey de los Demonios... —murmura en un tono rayano en la desesperación. Sé lo que está pensando: que estamos con el agua hasta el cuello—. Negociaremos —acepta—, pero eso no nos compromete a nada.

Trago saliva y me pongo recta. Dante sonríe, agarra una pelota de goma verde que estaba posada sobre su pulcro escritorio y se

recuesta, de nuevo, sobre su silla.

—Que empiece la más pequeña —dice, señalando a Circe con la pelota—. Pensad bien vuestras cuestiones.

Tengo demasiadas preguntas. ¿Quién es? ¿Qué hace aquí? ¿Cuánto tiempo lleva en nuestro mundo? ¿Por qué sabía que todo esto iba a ocurrir? ¿Por qué siento que...?, ¿por qué siento que ya lo conozco?

—¿Quién eres? —pregunta Circe, haciendo la pregunta más obvia y, sin embargo, más importante.

El profesor gira la pelota sobre sí misma hasta que se detiene. Después, la aprieta.

—Mi verdadero nombre es Dantalion —dice abriendo la mano, permitiendo que la pelota recupere, de nuevo, su forma.

Rhiannon reprime un gemido.

—El demonio del Conocimiento —exclama.

Los pelos se me ponen de punta.

«El demonio del Conocimiento».

Mi cerebro repasa las páginas del *Ars Goetia*, intentando rascar alguna información, la que sea. Estamos ante uno de los Setenta y Dos Lores del Infierno. El último de ellos, más concretamente, tal y como me indica la fotografía mental que recupero de mi memoria: página 134, Duque Dantalion, la maldita página que decidí ignorar.

—¿Qué dice el *ArsGoetia*? —le susurro a Rhiannon.

Él deja de jugar con la pelota.

—¿No conoces mis títulos? Vaya, ¿qué clase de bruja eres?

—Una a la que estás pidiendo ayuda, traidor, así que no afiles tu lengua —contraataco.

Él se limita a sonreír de una manera pérfida, pasándose el juguete de una mano a otra.

—Fierecilla... —murmura.

Rhiannon frunce el ceño ante el apelativo.

—Rhiannon... —le recuerdo yo. Lo último que quiero es que les dé importancia a las provocaciones del demonio.

—Dantalion es un Duque del Infierno —responde ella algo hastiada—. Conoce la historia de todos los mundos, y puede saber todo lo que hay dentro de la mente de una persona con solo oír su nombre y observar su rostro. —La sonrisa del demonio se curva aún más y el corazón me da un brinco—. Posee un libro que contiene toda la sabiduría habida y por haber, toda la historia pasada y futura.

—*El Interminable* —aclara él.

Lo ojos de Rhiannon se iluminan por un momento.

—Entonces es verdad... —reflexiona, más para ella que para nosotras—. Existe un libro que contiene el destino de todos los mundos.

—Humm... —ronronea él—. Emocionante, ¿verdad?

—¿Por eso sabías lo de la niebla? —razono—. ¿Te lo dijo tu libro?

Él se incorpora sobre su asiento.

—¿Esa es tu pregunta, Ember Wytte?

El calor acude a mis mejillas.

—¡No!

—Entonces piensa un poco las cosas antes de hablar, para variar.

Aprieto los puños, conteniendo la rabia. Siento un extraño olor a quemado y me doy cuenta de que la tela de mis pantalones se está chamuscando. Separo las manos de inmediato y mi mirada se cruza con la de Rhiannon, que se ha percatado del humillo que sale de mi ropa.

—Muy bien, segunda pregunta —prosigue Rhiannon, desviando la vista—. ¿Por qué se creó un campo de niebla después del pacto?

Dantalion deja la pelota sobre la mesa con un movimiento fluido.

—Ah, sí, la pregunta del millón —dice mientras se muerde el labio.

Posa su mirada felina sobre cada una de nosotras antes de proseguir.

—La niebla es consecuencia de un hechizo, en concreto, de un amarre. Un amarre que vuestra abuela impuso para contener a los demonios en caso de que a alguna de sus nietas se le ocurriese, por así decirlo, la fabulosa idea de realizar un nuevo pacto.

La sonrisa que me dedica no es de este mundo. La boca se me seca y el calor abandona mis mejillas. ¿La abuela... no se fiaba de nosotras? ¿O acaso...?

—Normalmente, un amarre sirve para atar los poderes de una bruja —prosigue Dantalion—. Pero vuestra abuela fue creativa. Su hechizo ha amarrado al pueblo entero. El campo mágico de niebla bloqueará al demonio dentro de Faddenfield hasta que anuléis el pacto; evitará que los demonios puedan conectar con el resto del mundo hasta que la situación se resuelva. Una buena noticia, ¿no creéis?

—No lo entiendo —interviene Rhiannon—. Ellas nunca nos hablaron de un amarre...

—No, claro que no —intervengo—. Eso hubiera dado lugar a demasiadas preguntas.

—¿A qué te refieres, Em? —pregunta Circe.

—Pensadlo. ¿Qué es lo único que podría tentar a una de nosotras a aceptar un pacto que, desde que éramos pequeñas, hemos tenido claro que jamás jamás deberíamos aceptar?

—Nada —responde Circe—. No podría tentarnos nad...

Entonces se da cuenta de su equivocación porque, efectivamente, algo me ha tentado a mí.

—Vuestro padre —concluye.

—Exacto —confirmo yo—. Nuestro padre. Y si yo hubiera tenido la más leve sospecha de que seguía vivo...

Con un gesto brusco, arrastro la silla por el suelo y me levanto para caminar de un lado a otro de la habitación.

—Ya estás otra vez —se queja Rhiannon.

—Abre los ojos, Ri-Ri. La abuela impuso el amarre por algo.

—Quizás solo estaba siendo precavida.

—O quizás estaba asegurándose de que su hijo no saliera nunca del Infierno, porque «primero está el deber» —resalto mis últimas palabras imitando la voz profunda y solemne de nuestra abuela, lo que en su día me hubiera costado un par de bastonazos.

—Em...

—Por muy entretenida que sea esta charla familiar —interrumpe el demonio— no tenemos toda la eternidad. Por lo menos, vosotras no. Ember, por favor, toma asiento. Estás perdiendo el control de tus poderes.

Me miro las palmas. Pequeñas lenguas de fuego surgen de entre mis dedos. Respiro hondo, azorada, y me siento, demasiado alterada para protestar. Solo quiero que todo esto termine cuanto antes.

—¿Tu pregunta? —prosigue él.

Hay miles de cosas que necesito saber, pero solo hay una que puede ayudarnos en esta situación. A excepción, por supuesto, de la identidad del demonio.

—¿Si matamos al Rey de los Demonios podremos deshacer el pacto y eliminar la niebla?

Dante se reclina en el sillón y entrelaza las manos, pensativo.

—Matar al Rey de los Demonios no es la única alternativa —responde—. La niebla solo se levantará cuando se rompan las condiciones del pacto...; lo que quiere decir que, si devolvéis aquello

que habéis pedido, es decir, a vuestro padre, el pacto quedará deshecho, y las puertas entre los mundos se cerrarán.

—Eso no podemos hacerlo.

No. No voy a devolver a mi padre al Infierno.

Dante asiente y una sonrisa juguetona asoma a sus labios, una sonrisa que me gustaría borrar de un buen bofetón.

—Muy bien, pues si no quieres optar por el camino fácil, fierecilla, entonces la alternativa es, efectivamente, la que teníais pensada: matar al Rey de los Demonios; pues ni vosotras ni él protegisteis vuestra integridad mediante una cláusula. —La sonrisa de Dantalion se acentúa aún más—. Pero ¿cómo matarán los ratones a un gato desconocido? ¿Y cómo lo harán cuando el gato ya conoce el escondrijo por el que se mueven? Porque los pactos, brujas, funcionan en ambas direcciones, y si matarlo a él puede cerrar las puertas del Infierno...

Rhiannon traga saliva.

—Si alguna de nosotras muere —reflexiona—, se levantará la niebla.

Dantalion da dos palmadas, en un aplauso insulso.

—¡Bingo!

—Estamos acorraladas —murmura Circe—. Estamos dentro de una Jaula, y lo único que podemos hacer es esperar a que el demonio nos fulmine.

Dantalion chasquea la lengua.

—No te preocupes, niña, pues ahí es donde entro yo. —Parece triunfante, como si acabara de ganar una partida de ajedrez contra nosotras—. ¿Comprendéis ahora mi oferta? Puedo deciros, ahora mismo, quién es exactamente el Rey de los Demonios y cómo lo podéis encontrar. Puedo, incluso, ayudaros a eliminarlo. Creedme; es poderoso, pero no tanto como un día lo fue Bael.

Por su sonrisa felina asoman un par de colmillos afilados.

—¿Y a cambio? —pregunto yo, viéndolo venir.

—A cambio... —Dantalion se levanta de su asiento y se pone a mi derecha, posando una mano sobre el respaldo de mi silla. Incómoda con la diferencia de altura, me levanto también, y mis hermanas me imitan. Le sostengo la mirada al demonio, una mirada verde y relampagueante en la que puedo observar destellos de color naranja —. A cambio, fierecilla, vendrás al Infierno. Conmigo.



Capítulo 18

—No —Las palabras salen como un susurro de mi boca, pero, después, el fuego empieza a hervir en mi sangre—. ¡No! ¿Qué clase de propuesta absurda es esa?

Dantalion se ríe como si le hubiera contado el mejor chiste del mundo y se apoya en la mesa dejando parte de su cuerpo fuera, con los brazos cruzados sobre su pecho. Nosotras seguimos de pie, incrédulas.

—Esa es mi oferta. Tomadla o dejadla. Personalmente, no me importa. De una forma u otra, el destino acabará cumpliéndose. Así está escrito.

Escrito en su libro. Sacudo la cabeza.

—¿Por qué quieres que vaya contigo al Infierno?

—Vuestras preguntas se han agotado, fierecilla.

Miro a Rhiannon, esperando que al menos ella comprenda qué ocurre aquí.

—¿Tú entiendes algo?

—Dantalion conoce el futuro... —responde pensativa.

Mientras que yo he estallado, ella lleva un rato observándolo con los ojos entrecerrados, en una actitud completamente contraria a la que había mostrado hasta ahora.

Dantalion le sonríe, y después ladea la cabeza hacia mí.

—Te protegeré en el otro lado, te lo prometo. —El demonio me guiña un ojo y yo siento un escalofrío—. Además, solo será por un tiempo. Cuando consiga asentar mi poder..., buscaré la manera de devolverte a tu mundo.

—¿Su libro le cuenta absolutamente todo lo que va a ocurrir, punto por punto? —le pregunto a Rhiannon. Ella niega con la cabeza, y Dantalion pone los ojos en blanco.

—No sé mucho sobre la predestinación —concede Rhiannon—. La abuela solía decir que el futuro está enredado, y que nuestras decisiones nos acercan a uno o a otro nudo.

—Y llevarse a Ember al Infierno nos acercaría al nudo que él quiere —concluye Circe.

—Yo los llamo hilos —interviene él—. Pero sí. Aunque, dejadme puntualizar, es el hilo que todos queremos. Os lo advierto: si seguís por vuestra cuenta, sin mi ayuda, no podré protegeros. Y creedme, no querréis pagar el precio de esa decisión.

—Nos cuentas un galimatías y pretendes que confiemos en ti —le espeto.

—Si quieres, te invito a un café y nos conocemos mejor —replica, acercándose a mí de una manera que me hace querer retroceder—. No obstante, fierecilla, dadas las circunstancias, cada minuto que perdéis os pone más en peligro. El demonio tiene ventaja, hermanas Wytte. ¿No queréis cambiar las tornas?

—¡Podrías habernos advertido de esto antes! —grito—. ¡Podrías haberme advertido sobre el pacto cuando te conocí!

Una chispa surge de mi mano y se extiende hasta prender en la manga de su americana azul marino. Pego un brinco y retrocedo, pero Dante se limita a extinguirla sacudiéndosela de encima como si fuera una simple mota de polvo. Rhiannon me fulmina con la mirada; perder los estribos solo nos hará parecer débiles y perdidas ante un demonio como este.

Pero es que somos absurdamente débiles y estamos jodidamente perdidas.

—Claro, podría haberos advertido, impulsado por la bondad de mi corazón —responde el demonio. Su voz es todo un ejercicio de sarcasmo mientras se quita la chaqueta y la deja sobre la mesa, revelando su poderoso torso embutido en una camisa—. Pero es que resulta que evitar el pacto no entra en mis planes, fierecilla. Más bien al contrario. ¿O acaso accederías a venir conmigo si no estuvieras desesperada?

Desvío la mirada, molesta. El demonio del Conocimiento es un verdadero dolor de cabeza. Nos ha estado rondando durante meses, esperando el momento perfecto para tenernos arrinconadas.

Y lo peor es que su oferta es... la mejor que tenemos. ¿Y cuál es el precio? Un viaje de ida y vuelta al Infierno. Nada me garantiza que sobreviva, nada me garantiza que cumpla con su palabra de protegerme, pero nada nos garantiza tampoco que sobrevivamos hoy para ver un nuevo día.

En realidad, la ecuación es muy simple. Mi vida por la de mis hermanas. Y la de mi padre. Y la de Morgana y mamá. Por su seguridad.

El pueblo... por mí, puede arder. Pero ellos...

—Muy bien, danos un momento —le pido al demonio mientras agarro del hombro a mis hermanas y las conduzco a la esquina más

alejada de él. Ellas me siguen, aunque entre bufidos—. Vale. Es una locura, pero... Quiero hacerlo.

—¿Estás loca? —exclama Rhiannon.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Rhiannon eleva las manos al cielo.

—Ember, te está pidiendo que vayas al Infierno con él, pero no te está explicando por qué. Si algo aprendí en mi año de derecho es que nunca firmes nada sin leer antes la letra pequeña.

Tuerzo el gesto, pero ella prosigue.

—No lo entiendo. Si todo lo que nos ha dicho es cierto, si Dantalion tuvo que exiliarse por una traición que aún no ha cometido...

—Tiene que ser cierto —la interrumpo—, los demonios no pueden mentir cuando negocian un pacto.

—Entonces, ¿cuál es tu papel en todo esto, Ember? ¿Cuál es tu papel en su destino?

—¿Por qué creéis que es un traidor? —pregunta Circe, masajeándose las sienes—. Quiero decir, en el Infierno todo vale, ¿no?

Rhiannon se muerde el labio.

—Hay ciertos... pecados capitales que los demonios no pueden cometer.

—¿Como los siete pecados? —inquiere Circe.

—Sí, pero al revés. Castidad, templanza, generosidad, laboriosidad, paciencia, caridad, humildad... y el que las envuelve: el amor. El demonio que cometa cualquiera de estos pecados debe recibir un castigo acorde a su crimen.

Suspiro.

—No sirve de nada comernos la cabeza. Por mi culpa estamos aquí; lo lógico es que yo lo arregle.

—Pero Em... —comienza Rhiannon.

Circe la interrumpe.

—Quizás... quizás sea buena idea —concede, cruzándose de brazos como si quisiera abrazarse a sí misma, con sus ojos azules clavados en el suelo.

Rhiannon la mira con el ceño fruncido.

—¿Cómo puedes sugerir eso?

Reprimo un bufido.

—Porque es buena idea, Rhiannon. Deja que «enmiende mi error» —digo imitando la voz grave del demonio y dibujando unas comillas en el aire con los dedos.

—¿Pero es que no piensas en el peligro?

—Él ha dicho que la protegerá —murmura Circe—. Lo ha prometido. Quizás...

—Pero ¿cómo puedes valorar enviar a tu hermana al Infierno? —le espeta Rhiannon—. Es un demonio. Os habéis ablandado porque parece una persona. Especialmente tú, Em —dice mientras me señala con el dedo.

Alzo una ceja ante su acusación.

—¿Cómo dices?

—No te hagas la tonta. No puedes aguantarle la mirada y él... no puede despegar los ojos de ti. No me gusta cómo te mira.

—¿Y cómo me mira? —pregunto desafiante.

Circe ladea la cabeza.

—Como si no hubiera nadie más a vuestro alrededor —responde —, y como si quisiera matarte aquí mismo, pero algo se lo impidiera.

Sacudo la cabeza.

—Esta es una buena solución, Ri-Ri —insisto—. No pienso desaprovecharla.

—Y yo no pienso jugar con tu vida. Fin de la discusión.

Reprimo un bufido. Solo me queda una última baza.

—Ayer me dijiste que estarías dispuesta a sacrificar a un ser querido por el bien de la humanidad. —Jugar sucio siempre se me ha dado bien.

Los ojos de Rhiannon son una mezcla de incredulidad y orgullo herido.

—No dije eso. No dije nada.

—Sé leer entre líneas.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí.

—Pues lee esto —me espeta poniendo su rostro frente al mío—: no pienso enviarte a tu muerte, y si quieres pactar con ese embaucador vas a tener que pasar por encima de mi cadáver.

Circe y yo nos encogemos sobre nosotras mismas. Los ojos de Rhiannon reflejan una furia contenida que amenaza con estallar en una tormenta escarlata.

—Ri-Ri... —murmuro, y ella me dedica una mirada más dulce, que hace que se me forme un nudo en la garganta.

Circe resopla. Su ceño está fruncido.

—No me parece justo —replica—. Soy la última que quiere que Ember se ponga en peligro, pero, joder, ahora mismo todos lo estamos. Nosotras, la Hermandad y todo Faddenfield. Em se pasa la vida cubriendo guerras. Nunca está en casa. ¿Cuál es la diferencia? ¿Cuál es la diferencia entre el Infierno y no saber siquiera en qué país está?

Pestañeo. Joder, eso ha dolido. Trago saliva, y Circe dirige su mirada hacia mí. Cuando lo hace, resopla y se pellizca el puente de la nariz. Ha debido percibir mis sentimientos.

—Yo... lo siento, Em, no quería hacerte sentir mal.

—No uses tus poderes conmigo —le advierto.

—Me cuesta bloquearlos cuando son tan intensos —gruñe, recuperando su cara de mal humor.

Yo suspiro.

—En realidad, tienes razón —acepto consternada—. Sería como si fuera a cubrir una guerra.

Rhiannon suelta un bufido y nos pone una mano en el hombro a cada una, como hace mamá cuando quiere hablar de un tema serio.

—Mirad, nos guste o no, estamos en esto juntas. Tengamos un poco más de fe en nosotras mismas.

Niego con la cabeza. Esto no es cuestión de fe, es cuestión de que no tenemos ni idea de lo que estamos haciendo.

Rhiannon, sin embargo, insiste.

—Nos ha dicho cómo podemos arreglar todo esto. La clave es la niebla; nos ha dado ventaja. Podemos encontrar al demonio. Podemos matarlo. No necesitamos fiarnos de un maldito Duque del Infierno.

Me muerdo el labio. Aunque pactar con él nos pondría las cosas muy fáciles, soy consciente de lo ingenuas que estaríamos siendo.

—Ember, somos un aquelarre. En los aquelarres hacemos las cosas juntas —su mano aprieta más mi hombro—. Una bruja que actúa sola es una bruja muerta.

Las palabras de nuestra abuela.

—Vale —acepta, finalmente, Circe. Está cruzada de brazos y evita mi mirada a toda costa—. Vale, hagámoslo. Resolvamos este maldito problema juntas. Pero como la situación se nos vaya de las manos, os juro que pienso convertirme en vuestra peor pesadilla.

Rhiannon me mira expectante.

—Ya tomé una decisión por mi cuenta ayer —respondo encogiéndome de hombros—. Esta, os la debo.

Entonces levanto la mirada.

—Pero si las cosas empiezan a complicarse... Entonces, pactaremos con el demonio.

Rhiannon frunce el ceño. Después se muerde el labio y asiente.

—Muy bien —dice—. Llegado el caso... Volveremos a hablar con él.

* * *

—¿Y bien? —pregunta Dantalion cuando nos acercamos para anunciar el veredicto—. ¿Os habéis decidido, hermanas Wytte?

—La respuesta es no —dice Rhiannon.

El demonio chasquea la lengua.

—Qué pena —dice, encogiéndose de hombros—. Tomaremos el camino largo, pues.

Se separa de la ventana para dirigirse a la puerta y la abre. Con un gesto, nos invita a salir.

—Ocurra lo que ocurra, solo hay una manera de ganar —nos advierte—. Cualquier otro camino... conduce a la muerte.

En una muestra de elegancia, Circe le enseña el dedo de en medio.

Soy la última en marcharse, porque me he dejado la chaqueta en la silla y tengo que ir a recogerla. Mientras me deslizo hacia la salida, el demonio me detiene.

—Fierecilla... —susurra.

Me quedo quieta, pero no me atrevo a mirarle a la cara.

—¿Qué quieres?

En cuanto nos quedamos solos, percibo la misma tensión pulsante que se instala en mi pecho y mi cabeza cuando me acerco a él.

Por el rabillo del ojo, noto cómo sonríe.

—También la sientes.

Aprieto los puños.

—¿El qué?

—Esa sensación que tienes cuando estás cerca de mí... —Trago saliva y siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo—. Descuida, fierecilla. No es real.

Por fin me atrevo a mirarle, y sé que mi mirada es tan desafiante como la suya.

—Ah, ¿no?

Él se pasa la lengua por el labio inferior.

—No, es una mentira. —Alzo las cejas, confusa—. Así que no te sientas culpable; no tienes control sobre ello. —Sus ojos se pasean por mi rostro hasta detenerse en mis labios—. Y yo tampoco.

No veo a mis hermanas. Escucho cómo me llaman y me piden que me apure desde el final de las escaleras. Noto cómo la ira recorre mi cuerpo.

—¿A qué estás jugando, demonio?

Él suelta una carcajada de esas que pueden parecer honestas, pero que no son más que una burla.

—Yo no juego, fierecilla. Mis decisiones están fríamente calculadas; he tenido mucho mucho tiempo para pensar en ellas. —Dicho esto, sonríe y me empuja fuera del despacho, posando su mano en la parte baja de mi espalda. El contacto hace que un escalofrío me recorra la piel—. Piensa en mi oferta; hablo en serio cuando digo que no podré protegerte si no os aliáis conmigo.

—No necesitamos tu protección, demonio —replico.

—¿Tú y tus dos hermanas contra todo el ejército infernal? Creo que sobrestimas tus capacidades, fierecilla. Y ahora, corre. Estás a punto de enfrentarte a tu primera prueba.

Arrugo la nariz.

—¿De qué hab...?

Entonces escucho los gritos, y antes de que pueda comprender qué está pasando, estoy atravesando la puerta.

Lo último que oigo antes de precipitarme hacia las escaleras es su voz, que se enreda en mí como un espino.

—Procura no morir, Ember Wytte.



Capítulo 19

Corro como si mi sombra me persiguiera, con el corazón brincando en mi pecho como las alas de un pajarillo. La certeza de que el Infierno ha movido ficha y nos están atacando se me clava en la garganta; nos han dado un día de paz, pero ya no estamos seguras.

Los gritos de mis hermanas aumentan y, cuando me asomo por la barandilla, percibo movimiento en el rellano del vestíbulo. Dos figuras humanas... y tres sombras más. Me precipito escaleras abajo con toda la velocidad que me permiten mis piernas.

Y entonces, los veo.

Tres criaturas, que a primera vista parecen perros, rodean a mis hermanas. Dos se acercan, acechando, desde el patio de armas. El último está bloqueando la salida al jardín.

Titubeante, doy un paso hacia el último escalón, un gesto que basta para que las criaturas se giren hacia mí y gruñan, mostrando una hilera de dientes finos y largos como los de un pez abisal.

Trago saliva. Son demonios bestia, una subclase de demonio carente de raciocinio. Marchan a cuatro patas y sus cuerpos son tan

delgados que dejan a la vista sus huesos y sus músculos, envueltos en un pelaje azul intenso que brilla bajo la luz de los focos. Solo los había visto en dibujos, cuando la abuela nos impartía sus lecciones, pero jamás pensé que me enfrentaría a uno. Ahora que los tengo delante, me doy cuenta de que nunca me paré a pensar en cómo me sentiría frente a ellos, porque una pequeña parte de mí no los creía reales.

Y, sin embargo, aquí están. Los tres me observan con el hambre de un lobo a punto de devorar a una oveja y, por un segundo, me olvido de quién soy, qué hago aquí o qué hay a mi alrededor. La electricidad que recorre mi piel me pone los pelos de punta, pero un grito desvía su atención de mí hacia el patio de armas.

—¡Huyen hacia la entrada!

Dos de los demonios bestia se lanzan en esa dirección y yo aprovecho para correr hacia mis hermanas. Por el rabillo del ojo observo cómo los demonios saltan sobre un hombre que viste una bata blanca de farmacéutico y lleva una espada maldita. Su cabello corto y oscuro me dice que es Takedo, el padre de Hikari, y no está solo: Erik y Sazza, dos miembros de la Hermandad de Cazadores, de edad similar a la de Circe, están con él.

Pero no son los únicos. Justo detrás de ellos, hay otras cinco bestias. Y lo más extraño es que todas las criaturas, ahora que me fijo, llevan en alguna de sus patas una banda amarilla con una etiqueta que tiene algo escrito en ella.

Letras. Números.

No soy capaz de pensar con claridad, pero una voz en mi interior grita que aquí hay gato encerrado.

Mi mirada y la de Takedo se cruzan y en ella puedo ver su confusión, pero ahora mismo tiene otras cosas en las que pensar. Con un quiebro, se quita de encima al demonio que estaba a punto

de atacarle, esquivando con facilidad al segundo y clavando su espada en el primero. Sazza y Erik se encargan del que ha ignorado en cuanto sus patas tocan el suelo; juntos, lo atraviesan con sus aceros.

Hasta hace poco ellos tampoco tenían una espada maldita.

—Pero ¿qué...? —dice una voz a mis espaldas.

Me giro con rapidez. Anabel y Hikari están en la entrada, justo detrás de nosotras, paralizadas. El demonio que bloqueaba la puerta aúlla, quizás sintiéndose acorralado entre ellas y nosotras, y el resto de las criaturas lo imitan. Escucho el ruido de sus patas golpeando el suelo rítmicamente cuando comienzan a correr hacia nosotras. De la garganta de Circe brota un chillido de terror. El demonio de la puerta salta hacia ella con las garras por delante, y los otros lo imitan, ignorando a Rhiannon, ignorándome a mí.

Van todos a por Circe. Pierdo toda capacidad de pensar fríamente.

Sin saber cómo he llegado hasta allí, me interpongo en el recorrido de las bestias y recibo el impacto en lugar de mi hermana. La fuerza del choque me tumba contra el suelo, el golpe sordo en mi espalda me deja sin respiración, y me veo con los dientes de uno de los demonios a un palmo de mi cara. Una baba verde fluye de su boca y me salpica el rostro.

Alguien dice mi nombre, pero no sé quién es.

En mi interior, una energía ardiente emana desde mi pecho hasta mis manos. La reconozco: es la misma que ha surgido dentro de mí cada vez que mis sentimientos amenazaban con controlarme; un calor acompañado de una especie de picor en las palmas de las manos. Permito que esa energía me invada y el cosquilleo de mi piel se convierte en una explosión. De manera casi instintiva, agarro la garganta del demonio, que está intentando morderme y no deja de

clavarme sus garras en la piel del pecho, desde donde noto que algo caliente me resbala por los hombros.

—¡¡Estate quieto, joder!! —grito.

El demonio emite un alarido cuando lo toco, pero, aunque se retuerce, no lo suelto. Escucho un chisporroteo y mi nariz percibe un olor a quemado, ácido y sulfúreo. De entre mis manos surge un hilillo de humo y la carne de la criatura se llena de ampollas. No puedo respirar y siento que el pecho se me hunde.

La energía empieza a abandonarme y me doy cuenta de que la estoy extrayendo de mí misma, y no de la naturaleza, un error de principiante del que la abuela no estaría nada orgullosa.

—¡Suéltala! —grita Circe.

La criatura emite un grito de confusión y retrae sus garras de inmediato. Noto que deja de ejercer presión sobre mí. Confusa, giro la cabeza hacia a mi hermana pequeña, que tiene la palma de la mano en alto; después miro al demonio, que se ha quedado completamente paralizado y, finalmente, vuelvo a mirar a mi hermana. La mano de Circe, en la que brilla el sigilo de la obediencia, comienza a temblar. Está canalizando una orden, un tipo de encantamiento que puede obligar a una criatura a actuar en contra de su voluntad.

Nunca hasta ahora había hecho algo igual.

—¡Hikari, haz algo! —exclama Rhiannon, que se ha encargado de retener al resto de las criaturas... Aunque no alcanzo a ver cómo. Tirada en el suelo, con la bestia sobre mí, no puedo verlas.

De repente, el brillo de una hoja corta el aire y el demonio cae, aplastándome con todo su peso. Rhiannon lo aparta a empujones.

Me pongo de pie con toda la rapidez que puedo, reprimiendo un grito de dolor al notar la tirantez en mi hombro, donde comienza a extenderse un calor abrasador. Circe baja la mano y se la lleva a las

sienes, visiblemente mareada. A diferencia de las brujas elementales, las espirituales no pueden extraer magia de la naturaleza, solo de sí mismas. Esa es otra razón por la que se las considera más débiles: la energía interior es muy limitada, y sobrepasarse puede significar drenarse por completo, perder la vida.

Frente a nosotras, el resto de los cazadores luchan contra los demonios que quedan, pero esta vez no parecen tener tanta suerte. Sazza se agarra un brazo ensangrentado, y los tres reculan cada vez más hacia nosotras. Anabel corre hacia ellos, reaccionando por fin.

—¡No los matéis! —implora a sus cazadores.

—¿Qué? —murmuro.

Pero mi mente se nubla y no soy capaz de pensar en las implicaciones de lo que acaba de decir Anabel. Intento respirar y miles de cuchillas me recorren la piel. Por primera vez, soy consciente de la sangre que cae desde mis clavículas y mis hombros. El demonio me ha destrozado el abrigo y el jersey. Un calor intenso se extiende por mi cuerpo a medida que el líquido rojo me empapa.

Antes de caer, me agarro a la manga de la chaqueta de mi hermana mayor y, después, me deslizo lentamente hacia el suelo.



Capítulo 20

—¡Quitadle la chaqueta, tengo que curarla! —Rhiannon tiende unas manos temblorosas hacia mí, recorriendo mis heridas con la suave luz escarlata que surge de ellas. Alguien me quita de encima el abrigo destrozado—. ¿Te has consumido a ti misma?

Asiento. Emito un quejido y cierro los ojos. «Procura no morir, Ember Wytte». Quizás no he sido la persona más inteligente del mundo lanzándome hacia los demonios sin pensar.

—Os... os cubriremos —nos avisa Hikari mientras se dirige hacia su familia y sus hermanos. En sus ojos detecto cierta... confusión.

Escucho el chocar de espadas y dientes. La luz escarlata aumenta su viveza y un alivio instantáneo me recorre el cuerpo. La frente de Rhiannon adquiere un brillo intenso mientras trabaja en mis heridas. A través de la puerta abierta observo cómo los arbustos y la hierba van perdiendo color y marchitándose. Toda magia tiene un precio, y las brujas elementales debemos extraerlo de la naturaleza para no drenar nuestra propia energía. No es una energía infinita. Por lo menos, no como la de la Fuente.

Sin embargo, es la única alternativa con la que dieron las brujas blancas para luchar contra los demonios sin corromperse, porque la tercera opción —sacar poder de nosotras mismas— puede terminar siendo mortal.

Y eso es, precisamente, lo que he hecho yo. En medio del pánico, he extraído poder de mi interior, cometiendo el error más estúpido del mundo. El cansancio podría haberme dejado fuera de juego; o podría haberme matado, de no haberme percatado a tiempo. Porque si la energía de la Fuente es la más poderosa, aquella que vive dentro de nosotras es la más accesible, la más primaria. Como un mecanismo de defensa que puede invocarse sin pensar en ello. Y yo no he pensado en lo que estaba haciendo.

—¡Chicas!

Circe, que se ha puesto delante de nosotras para vigilar mientras Rhiannon me cura, da un paso hacia atrás. Los cazadores están perdiendo terreno frente a las criaturas. Una de ellos, Sazza, apenas puede levantar su espada y empieza a mostrar signos de agotamiento.

—Mierda —murmuro.

—He cerrado las heridas, de momento vas a tener que conformarte con ello —me informa Rhiannon mientras me obliga a levantarme. Todo me da vueltas.

—¡No rompáis la formación! —ordena Anabel.

—¡Cubridme! —grita Takedo.

Acto seguido, saca algo del bolsillo de la bata. Parece un pequeño vial, como los que se usan para analizar sangre, y contiene un extraño líquido verde. Anabel cruza una mirada de advertencia con él y nos mira de reojo. Takedo niega con la cabeza y se lleva el vial a la boca, bebiendo su contenido.

Para mi sorpresa, los demonios bestia se detienen y sueltan un quejido similar al de un perro cuando le pisas la cola.

Los cazadores se alejan de Takedo. Observo, anonadada, cómo las venas de su cuello doblan su tamaño, marcándose como si fueran culebras reptando bajo su piel, y su cuerpo se pone rígido. Al instante, sacude la cabeza, reprime un gruñido y carga contra una de las criaturas, partiéndola por la mitad con una facilidad asombrosa. Casi sin esfuerzo, danza hacia el siguiente demonio y le corta la cabeza, que vuela por los aires. Aún no he conseguido procesarlo todo cuando ya se ha llevado por delante a un tercero.

Ya solo quedan dos... y justo cuando está a punto de matarlos, haciendo gala de una velocidad sobrehumana, Takedo colapsa y cae desmayado.

—¡Papá! —grita Hikari, corriendo hacia él, pero Anabel la detiene.

Las bestias aúllan, triunfantes. Rhiannon y yo intercambiamos una mirada.

—Van a perder. Llévatelos fuera —me indica ella.

—¿Estás segura? —le pregunto, dudosa.

—Puedo hacerlo.

Asiento y voy hacia los cazadores.

—¡Ayudadme con Takedo!, ¡salid de aquí ahora mismo!

Erik asiente y se adelanta para cargar a Takedo con mi ayuda. Las heridas me siguen escociendo, pero estoy realmente mejor. Corremos hacia la salida con los demonios pisándonos los talones.

—¡Circe, usa tus poderes! —grito.

Mi hermana duda, pero entonces alza la mano.

—¡Quietos! —ordena a los demonios, dándome el segundo justo para esquivar las garras de uno de ellos—. ¡Ja! ¡Lo he hecho otra vez!

La distracción basta para que los demonios se liberen del encantamiento. Circe suelta una palabrota.

—¡Cerrad las puertas! —grito.

Salimos del edificio; Circe, la última. Rhiannon se queda dentro, atrayendo la atención de las bestias, mientras Hikari y Anabel cierran las pesadas puertas de madera.

—¿Qué narices está haciendo vuestra hermana? —la voz de Anabel es aguda como un pitido—. ¿Por qué se queda ahí?

—¡Tú solo cierra la puerta y corre! —exclamo con todas mis fuerzas.

Sigo moviéndome con Takedo a cuestas, y los cazadores, aunque al principio dudan, nos siguen en cuanto ven que Circe se separa de la puerta con la velocidad de un rayo.

—¿Qué coño pasa? —me pregunta Erik, jadeando por el esfuerzo.

No respondo, pero el estallido sordo que suena a nuestras espaldas lo hace por mí.

Por fin, se hace el silencio.

Me detengo junto a la hierba y me deshago de Takedo, con el que apenas puedo cargar. Entre jadeos y mientras intento recuperar el aire, lo observo detenidamente. En la comisura de los labios aún tiene ese líquido verdoso. Su cara ha perdido todo color y las venas se le marcan como si fueran arroyos que recubren sus sienes, su cuello y sus manos. Respira con dificultad, como si estuviera luchando por hacerlo.

Recuerdo la manera en la que se movió contra esas criaturas. Está claro que aquí ocurre algo, algo que tiene que ver con ese extraño líquido que ha ingerido.

Las puertas vuelven a abrirse, y de ellas surge Rhiannon, totalmente cubierta por un líquido esmeralda: sangre de demonio bestia. Al verla, Anabel retrocede un paso. A nuestro alrededor, la

naturaleza ha quedado totalmente seca, delimitada por un círculo cuyo centro es mi hermana; es su campo de energía, un aura que marca el límite hasta el que una bruja puede robarle el poder a la naturaleza. Cuanto más poderosa es la bruja, más amplio puede ser el campo de energía. Joann Wytte poseía uno de los más potentes, con cuarenta metros de diámetro, lo que equivaldría a medio campo de fútbol.

El de Rhiannon debe ser de unos tres metros.

—Por todos mis muertos... —suspira Sazza agarrándose el hombro herido—. ¿Eso lo has hecho tú?

Detrás de Rhiannon se aprecian dos amasijos de carne de los que ya solo se distinguen las cuatro patas... y las etiquetas amarillas que prenden de dos de ellas. El estado en el que ha quedado el recibidor es indescriptible: la sangre lo empapa todo. Rhiannon da dos pasos y cae de rodillas, sujetándose la cabeza.

—¿Estás bien? —le pregunta Circe.

—Sí —responde ella.

Rhiannon tiene un talento especial para la brujería, pero siempre la ha aterrorizado su control sobre la sangre. No puede usar sus poderes ofensivos cerca de otras personas: nunca ha logrado controlarlos del todo, y podría... bueno, hacerlas explotar. Por lo que me contó la abuela, papá intentó varias veces que se acostumbrara, pero ella prefería utilizar solo su rama curativa. La magia de sangre puede llegar a ser muy peligrosa.

Pero ahora que las puertas del Infierno están abiertas, incluso sin extraer energía de la Fuente, nuestros poderes empezarán a crecer. Quedaron mermados cuando por fin deshicimos el pacto. Con el nuevo, hemos restablecido la conexión con el Infierno. Tenía mis dudas, pero si Rhiannon ha sido capaz de hacer explotar a todos

esos demonios... Entonces lo que me dijo en el torreón es totalmente cierto.

Escucho un quejido a mi lado. Hikari se acerca a su padre, que ya se está despertando.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —pregunta la cazadora mientras extrae el vial del bolsillo en el que lo había guardado su padre. Me fijo entonces en que tiene varios en un estuche.

Nadie responde. Durante unos instantes, todos nos miramos sin saber qué decir.

Teniendo en cuenta lo que ocurrió durante el Ritual, lo más lógico sería asumir que este ataque ha sido culpa nuestra. Por lo menos, eso es lo que había pensado en un principio.

Sin embargo, está bastante claro que no lo es.



Capítulo 21

—Quiero saber ahora mismo cómo han escapado. —Anabel mira a sus discípulos uno por uno, incluso a Takedo—. ¿Quién ha sido el responsable de todo esto?

—Estábamos fuera del laboratorio cuando ocurrió. Todos —responde Erik, observándome de reojo.

—Ah, ya veo. Entonces se han escapado ellos solos. —Anabel se lleva una mano al puente de la nariz y la aprieta, visiblemente exasperada—. Y ellas tenían que estar aquí...

Esta última parte apenas logro entenderla, entre mi oído malo y lo bajito que lo ha dicho.

—Exacto, ¿qué hacían ellas aquí? —Sazza nos muestra los dientes, arrugando su nariz ganchuda y apartando de su cara un mechón de pelo corto y teñido de blanco ceniza—. Seguro que han tenido algo que ver.

—No —responde Hikari—. Ellas han venido a hablar con Dante. Venían de la primera planta, y esos demonios... venían de las

mazmorras —Hikari pone los brazos en jarra—. Venían del laboratorio. ¿Qué está pasando aquí?

¿Laboratorio? ¿Mazmorras?

Carraspeo, visiblemente exasperada. Me acerco hacia Hikari.

—Buena pregunta. —Alargo una mano y le arrebato a Hikari el vial de cristal roto, examinándolo de cerca—. Otra más: ¿qué se supone que es esta mierda y por qué le ha dado superpoderes a Takedo?

—No es asunto vuestro —declara la líder de los cazadores.

—Es un suero a base de sangre de demonio —responde Takedo.

—¡Takedo! —exclama Anabel.

—Ya es hora de que Hikari sepa la verdad, Anabel. Y las brujas no se van a conformar con un «no es asunto vuestro». —Anabel se cruza de brazos, pero le deja continuar—. No es nada de lo que tengáis que preocuparos; está en fase experimental y solo lo hemos usado para ponernos al mismo nivel que las corruptas. Nos está... facilitando las cosas.

—Y se podría llegar a usar en otros ámbitos, como la medicina —continúa Erik—. No hay nada de lo que preocuparse, colega.

—¿Colega? —repite Rhiannon con la ceja levantada.

Erik sonríe de oreja a oreja, poniendo sus manos sobre sus caderas. Me sorprende lo mucho que ha crecido. Lo conozco desde que era un renacuajo, pero ahora es tan alto que creo que ya no podré utilizar ese término para referirme a él. Su madre es la pescadera que le dio trabajo a Rhiannon. En el pasado, la familia de Erik fue una de las que estaban al servicio de los Magnolia, y la tradición ha continuado. Su padre luchó en la batalla contra Bael, y fue uno de los pocos supervivientes.

—O sea, que habéis creado un... ¿suero? —pregunta Rhiannon—. Pero ¿cómo...?

La información sigue vagando por mi mente en fotogramas. Recuerdo uno de los fragmentos del diario que leí la pasada noche:

Rosa cree que puede existir una cura para los despojados que han sido mordidos por un engendro.

—¿Es solo un suero? —pregunto dirigiéndome a Anabel—. Sé que tu madre estaba buscando una especie de cura para la corrupción de los engendros.

—Sí, pero nunca llegó a nada —responde Takedo—. Este suero es... una revolución. La sangre de demonio tiene mucho potencial. La madre de Anabel lo intuía, pero no tenía los recursos tecnológicos para desarrollar una investigación. Ahora lo hemos conseguido. Y no solo eso. El suero puede curar heridas. Enfermedades, incluso. Cuando lo terminemos, será un avance increíble para la humanidad. Anabel, muéstraselo.

—Takedo, no sé si...

—Hazlo.

Suspirando, Anabel saca un vial del estuche que guardaba Takedo y se acerca a Sazza, que sigue con el brazo herido. Se lo tiende y ella bebe.

Segundos después, Sazza reprime un grito de dolor. La carne de su herida se retuerce como si un montón de insectos intentaran salir de ella. Y entonces, para, y la herida está curada. Aunque no del todo: le ha dejado una cicatriz que tiene una pinta horrorosa.

—Joder... —murmura Hikari—. Joder, mamá. ¿Por qué lo sabe todo el mundo menos yo?

—Erik y Sazza tampoco lo sabían hasta que completaron su iniciación. Pensábamos decírtelo... pronto.

—¿Pronto? ¡Ya tengo mi espada!

—¿Y los demonios? —insisto—. ¿De dónde habéis sacado ocho demonios?

—Llevaban etiquetas numeradas, como si fueran ganado —añade Rhiannon.

Percibiendo mi desconfianza, Anabel suspira. La noto incómoda. Como si todo este interrogatorio le pareciera innecesario y no viera el momento de largarse.

—Después de que el equilibrio entre los mundos se restableciese, algunos demonios quedaron atrapados en nuestra dimensión.

—Eso ya lo sabemos.

Nosotras no nos encargamos de ellos, pero nuestra madre sí, y durante años hemos estado en contacto con aquelarres de otras regiones que han tenido que «purgar» el mundo de los demonios que no pudieron o no quisieron regresar a su dimensión cuando el Infierno se los tragó a todos. Aunque parece que se nos pasó por alto uno bastante importante: el último de Bael.

Anabel me fulmina con la mirada, pero prosigue.

—Cuando la guerra terminó... Decidí quedarme con algunos para proseguir con las investigaciones de mi madre.

—¿Es una broma? —la interrumpe Rhiannon—. Tendríais que habernos informado, esto es...

—Déjame terminar, niña —le espeta Anabel—. Tenemos derecho a guardar nuestros secretos, especialmente si no hacen daño a nadie. ¿De dónde crees que sacó mi madre la idea de la cura? Estuvo toda su vida experimentando con demonios. Yo tomé el relevo el día que tu tía la asesinó. Nunca hemos tenido ningún problema, y tampoco tenemos por qué daros explicaciones. Hace unos meses por fin conseguimos avances. Fin de la historia —dicho esto, se dirige a su marido, como si lo que acaba de decir, junto con el recordatorio de que mi tía Deirdre fue la responsable de la muerte de su madre, fuera más que suficiente—. ¿De verdad no tienes ni idea de cómo han escapado? ¿Sabes quién...?

—Esto no va a acabar así —la interrumpe Rhiannon, sin permitir que Takedo conteste—. Tener ocho demonios en las mazmorras de un castillo en el que estudian niños... Aparte del hecho de que no habéis sido transparentes. ¿Qué hay del acuerdo de paz?

Anabel la fulmina con la mirada.

—Vosotras tenéis vuestros sortilegios. Nosotros tenemos la ciencia. Sería absurdo desperdiciar la oportunidad de aprender más sobre un mundo completamente distinto al nuestro, especialmente si eso puede beneficiar a la humanidad.

Alzo una ceja.

—No es mal argumento —respondo—. Quizás lo hubiéramos entendido si nos lo hubierais explicado con tanta vehemencia... en alguna de las reuniones de las cuevas —pongo énfasis en la última frase.

Por un segundo, parece que Anabel se desinfla.

—Artículo quinto, sección primera —añade Rhiannon—. Entre cazadores y brujas debe existir total comunicación y transparencia. No solo habéis violado esa cláusula, sino que habéis puesto en peligro a todo el mundo dejando que se os escaparan. Esta es razón de más para anular el contrato y mandar la paz a freír espárragos.

—Hazlo entonces —la desafía Anabel—. Anula el contrato. Rompe la paz si te atreves.

Carraspeo. Anabel aún cree que nos necesitan, por lo menos, hasta que el Velo quede totalmente sellado, cuando se cumplan veinticinco años desde la muerte de Bael. Cosa que, por supuesto, ya no va a pasar. Y en cuanto Hikari le cuente todo hoy por la noche...

Argh.

—Cuando nuestra madre se entere de esto...

—Llámala. Llámala ahora mismo, si quieres.

Por el rabillo del ojo, observo cómo Takedo saca su teléfono móvil.

—Sigue sin haber cobertura —comenta.

La sangre se me congela en el rostro.

Anabel alza su vista hacia el cielo, hacia las nubes. Rhiannon y yo intercambiamos una mirada de alarma y mi hermana se apresura a decir algo, antes de que sigan tirando del hilo.

—Mira, Anabel, entiendo que, en una guerra contra criaturas sobrenaturales y mujeres con poderes mágicos, los cazadores siempre habéis tenido cierta desventaja... Pero ¿qué utilidad tiene ese suero ahora?

—Ya no hay ninguna guerra —añade Circe—. Y las brujas corruptas están debilitadas desde que no pueden conectarse con la Fuente, ellas no se conforman con los elementos. Podéis enfrentaros a ellas sin necesidad de... de que uno de vosotros se desmaye en plena batalla por culpa de un suero experimental.

Circe nos mira fijamente y, entonces, mi cabeza comienza a latir con violencia. Se toca la nariz. Alzo la ceja, ¿qué está...?

—No podéis reprocharnos querer tomar precauciones —Anabel, por fin, baja la mirada.

—Entonces... —insiste Circe—, ¿solo queréis el suero para eso, para cazar a las corruptas?

—¡Por supuesto!

Circe se echa para atrás.

—Anabel... ¿por qué mientes?

Anabel frunce el ceño.

—Yo no...

Pero se detiene en medio de la frase y se toca el collar que lleva atado al cuello, una cruz cristiana con el símbolo de la Hermandad tallado: dos llaves cruzadas bajo una magnolia en flor. El amuleto,

santificado, sirve como escudo contra la magia, pero solo cuando esta es débil. Unido al bloqueo mental de Anabel, amuleto y salvaguardas llevan impidiendo que Circe perciba sus sentimientos desde que desarrolló sus poderes... hasta ahora.

Una sombra de sospecha cruza el rostro de Anabel.

—¿Estás usando tus poderes contra mí, émpata? —la increpa.

—Basta de tonterías.

La voz de Takedo es firme y autoritaria. No ha apartado la vista de nosotras ni un solo momento; no desde que se guardó el móvil en la chaqueta y agarró el mango de su espada con disimulo.

—Ese suero... no solo lo estáis usando para cazar brujas —Circe está tan pálida como el papel—. Lo queréis para algo más. Puedo sentir vuestro miedo desde hace rato; miedo a que os descubran.

La mirada de Takedo se oscurece.

—¿Y cómo, exactamente, eres capaz de sentir ese miedo si nunca antes habías podido?

Rhiannon extiende una mano hacia Circe y la cubre con su cuerpo, y después hace lo mismo conmigo. Retrocedemos.

Anabel parece percatarse de lo que está ocurriendo.

—Esa niebla... —dice—. La cobertura... Hikari nos dijo que era una simple casualidad...

—No vayas por ahí —la interrumpo—. Circe siempre ha podido percibir vuestros sentimientos —miento—, solo que nunca os lo hemos dicho.

Por un segundo, Takedo y Anabel parecen dejar sus sospechas a un lado, aunque el ceño de esta última se marca aún más que antes.

—Entonces, respondedme a esto —prosigue la cazadora—. ¿Desde cuándo vuestros poderes están tan avanzados?

—Siempre han...

—Si nosotros no hemos liberado a los demonios bestia —me interrumpe— y vosotras no habéis tenido nada que ver, ¿quién ha sido?

Trago saliva.

—No habéis venido aquí a hablar con Dante de Joann, ¿me equivoco?

Perfecto. Parece que, al final, no va a hacer falta que Hikari nos cubra.

Los cazadores están a tres segundos de darse cuenta de todo.



Capítulo 22

Intento que todo lo que hemos descubierto cobre algún sentido antes de que Anabel termine de unir las piezas. Los cazadores han faltado al tratado, han ocultado a las bestias y han experimentado con sangre de demonio para hacerse más fuertes...

«También parece que han estado tratando con el último de Bael», me recuerda una vocecita en mi cabeza.

Dantalion. La maquinaria de mi cerebro por fin comienza a funcionar.

La madre de Anabel quería desarrollar una cura, pero nunca pudo hacerlo. Y ellos tampoco, hasta hace pocos meses... Casualmente, coincidiendo con la llegada de Dantalion al pueblo. Pero no solo han desarrollado una cura, también es un arma. Un arma que los ha puesto al mismo nivel que las brujas.

—¿Ember? —Circe coloca una mano sobre mí—. ¿Qué estás pensando?

Recuerdo el momento en el que Anabel advirtió a Takedo con la mirada cuando sacó el vial: no querían que los descubriéramos,

incluso con la amenaza de cinco demonios ante los que estaban en clara desventaja.

La abuela Mari creía en la paz, pero Janaina sabía que era imposible, que al final siempre terminaríamos luchando entre nosotros.

Pero aún nos necesitaban. Por lo menos, durante tres años más. Y, después...

Hemos sido unas tontas.

Todo iba a terminar igual, hiciésemos lo que hiciésemos.

—Iban a matarnos —digo mientras sacudo la cabeza.

Si no fuera porque la sangre me hierve en las venas, podría incluso reírme ante la ironía. Hemos estado tan preocupadas de respetar el tratado..., de cumplir todos sus caprichos —como reunirnos en las mismas cuevas en las que ellos nos encerraban, o aguantar las malas formas de Anabel—; tan preocupadas por respetar el acuerdo y no perturbar la paz...

Y, sin embargo, ellos...

—Cuando se cumpliese el cuarto de siglo y el Ritual ya no fuera necesario, iban a terminar con nosotras. Por eso desarrollaron el suero: es su plan para plantarnos cara, para igualar nuestro poder —entonces ladeo la cabeza y clavo mis ojos en los de Anabel—. ¿Me equivoco?

Se hace el silencio. Anabel y Takedo se miran. Ella frunce el ceño y adopta una posición de alerta. Mis hermanas desencajan la mirada, comprendiendo de repente.

Y Circe asiente, lo que confirma que he acertado.

Anabel desenvaina su espada, pero Hikari alza la suya hacia ella y la detiene.

—No —murmura—. No les harás nada.

—Hikari, aparta eso.

—Ni siquiera te has molestado en negarlo. —El rostro de Hikari es la viva imagen de la decepción.

—Te lo explicaremos todo, hija. Pero ahora no. Confía en la Hermandad.

—¿Igual que la Hermandad ha confiado en mí?

—Mírame a los ojos, Hikari, y dime una cosa. ¿Ocurrió algo ayer durante el Ritual?

Hikari no responde. Se queda clavada en el suelo.

Las máscaras han caído. Ahora solo podemos...

Escucho algo a mis espaldas.

—¡Ember, cuidado! —grita Circe, dándose la vuelta.

Esquivamos la estocada de Sazza de milagro. Circe levanta las manos y le da la orden de detenerse. Takedo también se lanza hacia nosotras, pero, de nuevo, Circe lo interrumpe. Ambos quedan inmóviles, con mi hermana entre ellos.

Me dirijo hacia Erik, que no se ha movido de su sitio y tiene la mirada perdida.

—¿Tú lo sabías? —le pregunto con la voz entrecortada. Siempre le he tenido cierto cariño. Creía que era recíproco.

—Ember, yo... —sus ojos azules se clavan en los míos—. ¿Qué habéis hecho?

—Sin nosotras, estáis perdidos. Así que piénsatelo antes de atacar, porque esto ya no es un juego.

La mano de Erik tiembla y su espada cae al suelo. Le doy la espalda y me dirijo a mi hermana pequeña.

—Circe, no permitas que se muevan.

Está aguantando a duras penas, así que la toco, proporcionándole un poco de mi energía vital a través del tacto.

—Rhiannon, Takedo tiene más viales en el bolsillo —le digo a mi hermana mientras transfiero parte de mi poder a Circe, que lo recibe

con un suspiro.

Rhiannon corre hacia donde está Takedo y le revisa los bolsillos, extrayendo los viales que le quedan. Desde su parálisis, Takedo le dedica una mirada que supura odio.

—¿Cómo vamos a llegar al coche? —pregunta Rhiannon—. En cuanto Circe detenga el embrujo...

—Déjamelo a mí —respondo.

Apenas tengo fuerzas, pero esto es una emergencia. Tengo que hacer lo que nuestra abuela nos dijo que no hiciéramos jamás. Invoco el poder del fuego utilizando el hilo invisible que me conecta con el otro mundo, con la Fuente, el mismo hilo que me prohibieron tocar.

Pero estoy drenada, y no hay otra forma, porque ahora que la verdad está ahí fuera... No habrá nada que frene a los cazadores.

Solo será una vez. Sé que es lo mismo que pensaron miles de brujas antes que yo, antes de corromperse. Antes de que abusar del regalo envenenado de Bael las despojara de toda conciencia y las convirtiera en sus esclavas, antes de transitar un camino directo hacia la locura y la oscuridad.

La fuerza me recorre como una corriente eléctrica. Por un instante, siento que, si lo deseara, podría incendiar el mundo. Ahora que no pueden moverse, envuelvo a los cazadores en dos círculos de fuego que trazo con la mano, dibujando sobre la hierba. Las llamas se elevan y crean un muro impenetrable.

—No os mováis y no os harán daño —les advierto mientras ellos me miran con un odio venenoso. Yo, por mi parte, solo puedo sorprenderme ante la facilidad con la que la magia ha venido a mí, ante la ausencia de esfuerzo—. Larguémonos.

—Hikari, ven con nosotras —le pide Circe a la cazadora.

Hikari, que aún amenaza a Anabel con el filo de su espada, niega con la cabeza.

—No puedo —se lamenta con la voz entrecortada.

—Te han mentido.

Circe intenta acercarse a ella, pero yo la agarro del brazo. Tenemos que irnos antes de que las llamas se consuman; o se acabó.

—Es mi familia —murmura Hikari—. Y vosotras también habéis hecho las cosas mal.

La espada que alza contra su madre empieza a flaquear.

—Kari, por favor...

—¡Marchaos antes de que me arrepienta de haberos ayudado! —La voz de la cazadora es una súplica y, a la vez, un lamento.

No necesito que diga nada más. Tiro de Circe y echamos a correr. Atravesamos la puerta que da a la salida y nos dirigimos hacia el coche con las fuerzas que nos quedan. Subimos al vehículo, Rhiannon arranca y encaramos la carretera. Los bordes de mi visión son negros, y algo dentro de mí grita, eufórico, porque se siente invencible.

—Pues muy bien, es oficial —dice Rhiannon, y cuando la miro me doy cuenta de que sus ojos echan chispas de color escarlata—. Ahora sí que estamos jodidas.



Capítulo 23

Dantalion

—Me preguntaba cuándo aparecerías.

Observo a través de la ventana cómo el coche de las hermanas se aleja. Aunque no he podido ver la batalla, puedo imaginarme el estado en el que se encuentran ahora las bestias, allá en el vestíbulo. Amasijos de carne desintegrados por la magia de sangre de la mayor. Una pena; tras dos décadas cautivas, perecer así.

Sonrío, porque lo que sí veo es a los cazadores dentro de esos círculos de fuego. Un fuego creado a partir de la energía del Infierno.

Bien. Así debe ocurrir.

—Veo que los rumores son ciertos —saluda la voz a mis espaldas —. El demonio del Conocimiento es un traidor que confabula con brujas.

Por fin, me digno a mirarlo. Una figura envuelta en sombras a la que apenas distingo entre tanta oscuridad. Ridículo, pretender

ocultarse cuando *conozco* el destino que le aguarda.

—En esta dimensión hay un dicho muy interesante —respondo tomando asiento y con mi voz tan tranquila como la de él—. ¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? —le dedico una sonrisa, porque sé que él esperaba una reacción muy contraria—. Es un tanto absurda esa expresión; primero fue la evolución del reptil a gallina. Ah, pero tú no estás aquí para discutir sobre las extrañas costumbres de los humanos, ¿verdad?

—No, venía a ofrecerte algo, pero quizás me plantee irme, ahora que sé que pretendes trabajar con ellas.

—Quizás demuestres, entonces, que no sabes que el demonio del Conocimiento siempre hace las cosas por una razón.

Parece recapitular. El secreto de toda negociación es tentar a tu contrincante con la intriga.

—Dime, entonces, para qué estoy aquí, tú que todo lo sabes.

Directo a mi trampa.

—¿Te has divertido?

Las sombras que danzan alrededor de su figura se detienen, como congeladas en el tiempo.

—¿Cómo dices? —replica.

Reprimo una sonrisa.

—¿Qué necesidad había de sacrificar a esas pobres bestias? —pregunto.

—¿Sacrificar? Tenía la esperanza de que se cobraran su venganza. No contaba con ese... suero.

Vaya.

—Hum. ¿De verdad creías que ibas a quitarte de encima a la Hermandad y a las brujas soltando a unos cuantos demonios? Esas criaturas no son más que perros.

—Confiaba en que la falta de práctica provocara alguna baja...

—¿Entre las brujas?

—La más pequeña, en especial.

—¿Y las otras dos?

—Son más poderosas que ella, pero...

—No contabas con que Circe supiera dar Órdenes.

Él asiente. No hace falta que añada nada más. Sabe lo del amarre, supongo que nos ha estado escuchando a través de algún portal. Desde que me despojaron de ese poder, ya no puedo percibirlos.

—Siéntate —le ofrezco, pero no se mueve ni un solo centímetro—. Oh, ¡por la Diosa! No hace falta que lo hagas todo tan misterioso y dramático. Sé *qué* eres.

—Entonces debes de saber que estoy valorando si matarte aquí mismo por tu falta de respeto.

—¿Matarme? —pregunto con una fingida preocupación tiñendo mi voz—. ¿Matarme, cuando está claro que estás aquí porque me necesitas? —Expulso aire por la nariz en un gesto sarcástico—. Amigo mío...

El «amigo» en cuestión desdobla sus falsas alas en un esfuerzo por hacerse más grande.

—¿Amigo? ¿Así es como osas hablarle a tu Rey?

«Rey», dice. «Mi Rey».

Nunca. Ese trono me pertenece *a mí.*

—El rey ante el que yo respondía murió hace más de dos décadas. Tú solo eres una sombra de lo que él fue.

Percibo un brillo dorado cerca de su cintura, pero no reacciono. Podría seguir provocándolo, pero me detengo. Sé cómo acabará esta improvisada reunión, y me beneficia. Y también sé lo que pasará si me dejo llevar por mis sentimientos, por mis ganas de retorcerle el

pescuezo y hacerle pagar; nos alejaremos del hilo del destino que pretendo seguir. Ya me dejé llevar por mis sentimientos una vez.

Acabó muy mal.

El Rey de los Demonios prosigue:

—Tu Rey te condenó y tú huiste como una rata; y aquí sigues, Lord Dantalion, dos mil años después, en busca de respuestas que no puedes obtener... No sin tu preciado libro.

Tenso la espalda. Ahora es cuando necesito jugar bien mis cartas.

—Veo que te gusta ir al grano —respondo, y mi voz es la viva imagen del desinterés—. Dime, ¿dónde está *El Interminable*? ¿Habéis cuidado bien de él en el Infierno?

El Rey de los Demonios emite un sonido gutural que bien podría ser una carcajada.

—El demonio del Conocimiento no conoce el paradero de su libro. —No es una pregunta, es una afirmación—. Debí imaginarlo. Si no, hubieras intentado matarme en cuanto puse un pie en la Tierra, ¿verdad?

Aprieto los puños.

Necesito *El Interminable*. Sin él, no puedo leer los rostros de la gente, no puedo saber su historia, y no puedo conocer el final de esta. Bael me despojó de la única manera de limpiar mi nombre, de comprender por qué ella...

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunto.

El Rey de los Demonios da un paso hacia el escritorio y acaricia el respaldo de la silla que queda a su derecha... La misma silla que la bruja ocupó hace tan solo un rato. Algo dentro de mí se remueve y tengo que reprimirme para no gritarle que aparte las manos de ahí.

—Conocimiento —responde, por fin, la criatura—, ¿qué si no?

Chasqueo la lengua y entrecruzo las manos. Si es lo único que quiere, debe de estar realmente desesperado. O eso, o confía

demasiado en que podrá matarme después.

—Vaya, vaya. ¿Y qué clase de conocimiento quieres obtener? Déjame adivinar... Sin mí, sin la capacidad de leer las páginas de *El Interminable*, los demonios habéis caminado a ciegas durante milenios. La muerte del Rey Bael debió de provocar una crisis sin precedentes en la Ciudad Roja. —No puedo evitar sonreír al pensar en ello—. Una muerte sin herederos, una muerte que dejó absurdamente vacío un trono permanentemente ocupado. ¿El nuevo Rey de los Demonios teme no ser el legítimo Señor del Infierno? ¿O quizás... quiere que le lea la historia que nunca terminé de contar? Tras conocer la primera derrota en... millones de años, ¿cómo seguir conquistando otros mundos si ya no podéis saber su destino, si aquel que lo leía huyó precisamente hacia la única dimensión que nadie pudo reclamar? ¿Es eso lo que deseas, oh, Excelencia? ¿Que te diga cómo termina tu historia?

—Te aconsejo que dejes tus burlas para una criatura que tenga más paciencia. Empiezo a cansarme de tus provocaciones.

Ladeo la cabeza, fingiendo inocencia.

—Lo siento, Su Alteza. Es solo que me sorprende tu llegada, ¿sabes? Tienes por delante infinitas dimensiones que conquistar y, sin embargo, regresas a esta. ¿Quieres que te dé un consejo? Este es gratis: te pueden los sentimentalismos, Rey de los Demonios. La decisión inteligente hubiera sido no seguir los pasos de Bael.

Golpea la mesa con uno de sus puños.

—Yo venceré donde él fracasó.

Hum.

—Y así probarás tu valía como Rey, ¿verdad? Pero... ¿Qué harás con las brujas? ¿Las matarás a todas?

El silencio es la única respuesta. Una pena. Me muero de ganas por saber cómo acaba esa historia, la única que no conozco del

todo. A excepción de... ella.

—Comencemos con la negociación, pues. Pero te lo advierto: el precio será alto. Tú me necesitas más de lo que yo a ti.

Un gruñido, y por fin el Rey de los Demonios ocupa un asiento; el del medio. Bien.

—Dime si conquistaré la Tierra, y exactamente cómo. Y dime... Dime si el trono será mío para siempre.

—Demasiada información.

—Entonces, dime todo lo que te he pedido y dime si lo conservaré, al menos, tanto tiempo como Bael.

—Demasiada. Información.

—Cuéntame la historia de cómo conquisto la Tierra, entonces.

—¿Completa? No.

Estoy agotando su paciencia. No me importa. Pide demasiado.

—Muy bien. ¿Qué es lo que quieres, además de tu libro? Puedo otorgarte el perdón, aquí y ahora. Puedo ofrecerte regresar al Infierno despojado de tu condena, y hacer efectiva mi orden para que Lord Barbas no pueda juzgarte. Serás libre, nadie amenazará tu existencia...

—Te voy a interrumpir aquí. —Me levanto de mi asiento, acercándome al ventanal. Los cazadores ya no se ven por ninguna parte, aunque dudo que hayan ido detrás de ellas. En la mansión no podrán herirlas... y alguien va a tener que limpiar el estropicio del recibidor—. No quiero tu perdón. No necesito regresar al Infierno *ahora*. Llevo dos mil años esperando este momento, y pienso conseguir lo que me pertenece. —Clavo mi mirada en la suya, unos ojos profundos como la noche—. ¿Entiendes lo que eso significa?

El Rey de los Demonios estalla en una sonora carcajada.

—Estoy esperándolo, Lord Dantalion. Estoy esperando que vengas a por mí. ¿Te interesaría, quizás, que me encargue de corromper a la

bruja?

Tenso la espalda.

—No dudo de que eso entra en tus planes —replico—, pero el destino de la bruja me pertenece.

Ante mis palabras, sus dedos largos, terminados en garras, se crispan.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que pretendes corromperlas? No era muy difícil adivinarlo, pero gracias por la confirmación.

Otro gruñido, esta vez como el de un lobo a punto de saltar sobre su presa.

—Muy bien, di tú el precio.

Sonrío para mis adentros.

—Te diré lo siguiente, y nada más. Te diré exactamente qué tienes que hacer, y el momento exacto en el que debes hacerlo, para asegurarte la victoria. A cambio, tú me dirás dónde está *El Interminable*... Y prometerás no intentar matarme hasta que la niebla se disipe.

—Solo si prometes que no trabajarás con las brujas.

—Mi pacto con ellas es cosa mía.

—Pretendes revelarles cómo encontrarme. También es cosa mía.

—Me lo han negado una vez. Volverán a negarse otra antes de realizar el pacto. Eso te da cierto..., ¿cómo es la expresión? Ah, sí: cierto margen de maniobra.

Otra expresión curiosa de los humanos.

—Muy bien —acepta él con impaciencia—. No intentaré matarte... hasta el momento en el que estés a punto de realizar tu pacto con ellas. Y tú tampoco intentarás matarme a mí. Haremos una tregua.

—Ni tú intentarás matarme —puntualizo—, ni intentará matarme ninguno de tus demonios.

El Rey de los Demonios suelta un bufido.

—Ni yo, ni ninguno de mis súbditos —acepta.

Asiento lentamente.

—Acepto el trato.

—Acepto el trato —responde él.

En un pacto no está permitido mentir. Ahora debo medir mis palabras.

—Siempre debe comenzar aquel que estaba interesado primero —le recuerdo.

Él tamborilea con sus dedos sobre la madera barnizada del escritorio.

—Tu libro, demonio del Conocimiento, se encuentra a buen recaudo... En lo más profundo de la Fortaleza Infinita.

Trago saliva. No puede ser.

—¿En el Núcleo? —pregunto, intentado que mi voz suene calmada —. ¿Bael se atrevió a bajar a lo más profundo y dejarlo allí?

—El Núcleo de la Fuente no obedece a las leyes de los demonios. ¿Qué mejor lugar donde esconder todo el conocimiento al que ninguno de sus súbditos podía acceder? ¿Qué mejor lugar donde resguardar al libro de su dueño en caso de que él se librara de sus cadenas, o regresara del otro mundo, y decidiera invocarlo? No podrás llamarlo a tu mano cuando regreses. Tendrás que bajar a por él.

Me froto la barba, rugosa bajo mis dedos. Es un inconveniente, pero..., aun así, finjo estar más preocupado de lo que verdaderamente estoy.

—Muy bien. Has cumplido con tu palabra. Ahora te diré lo que necesitas saber, *majestad*.

Él se inclina hacia mí, ávido de mis palabras. Mi Diosa, sé que no debería decirle esto, pero realmente necesita saberlo, perdóname.

—Si quieres vencer, tendrás que matar a la hermana más pequeña.

—Eso es lo que... —comienza él.

—Pero no hoy —prosigo, evitando que me interrumpa—. Ni hoy ni mañana... Será en cuatro días; exactamente por la mañana, en cuanto el sol alcance su punto más alto. Tendrás que hacerlo entonces. Si no logras atravesar aquello que la protege, volverás derecho al Infierno.

—¿A qué juegas, desgraciado? ¿En cuatro días? Esa bruja dejará de respirar hoy.

—Ahora no puedo mentir, ¿recuerdas? No te estoy mintiendo. Lo vi, en el libro, antes de que me apartaran de él. No fue una lectura clara, ya debes de saberlo. Pero así es como debes actuar.

—El Infierno ha esperado siete años para abrir de nuevo las puertas. Hacernos esperar ahora...

—El Infierno —repito— no me escuchó la última vez. ¿Y cómo terminó aquello? ¿Cómo terminó para su Rey?

Elevo las cejas para enmarcar mi argumento. Por una vez, él no dice nada.

—Además... Si quieres poner de tu lado a las brujas, lo ideal es que utilices estos días para hacerlo.

—No veo por qué no podría hacer lo contrario.

—Si precipitas los acontecimientos, no recorrerán el camino necesario para corromperse. Y te diré algo más, Rey de los Demonios. Solo porque hoy me siento generoso.

Inspiro lentamente. Otro de los secretos de una buena negociación es ofrecer un regalo inservible para ti, pero valioso para la otra parte.

—La mayor... ella es incorruptible. Déjala de lado, por ese camino no llegarás a ningún lugar. Pero Ember... —Me detengo al decir su

nombre, que se me atraviesa en la garganta como una espina—. Ella... Ella es... diferente. Las brasas de la ira arden en su interior. Si eres paciente, ella sola irá derechita al Infierno.

—Entonces... —interviene el Rey de los Demonios—. Entonces es ella.

Alzo una ceja.

—¿A qué te refieres? —No me gusta la sonrisa que se ha dibujado entre las sombras de su rostro.

—La razón por la que te condenaron.

Apoyado contra la ventana, me cruzo lentamente de brazos. Él prosigue.

—Dime, ¿qué sentiste al verla?

Absolutamente todo lo que no debía. Me despego de la pared.

—El pacto ha sido realizado —zanjo—. No tenemos nada más que hablar.

Señalo la puerta, aunque dudo que el Rey de los Demonios vaya a utilizarla.

—Cuatro días es demasiado tiempo —dice—. Me lo pensaré esta noche, pero... Es absurdo esperar.

Le he dicho cómo debe actuar y, aun así, se niega a obedecer. Qué poca paciencia. Bael tenía muchos defectos, pero valoraba mi consejo y mi poder, a pesar de que prefirió alejarme de sus huestes por la amenaza que yo representaba.

—Muy bien, Excelencia —digo—. Actúa, entonces, por tu cuenta. No lloraré tu derrota. Pero, cuando las cosas salgan mal..., ven a buscarme. Te enseñaré algo que podría hacerte cambiar de opinión.

Espero una respuesta que no llega. El Rey se levanta y detrás de él se dibuja una ondulación en el aire, un portal de fondo amarillo. Sin nada más que decir, la figura desaparece dentro de él.

Y por fin me quedo solo.

Me separo de la ventana, colocándome cerca de la silla que acaba de ser desocupada. Deslizo el índice sobre el respaldo de piel sintética. El destino... es caprichoso. Si deseas que se cumpla de una manera determinada, tienes que medir todos tus pasos. Es lo que llevo haciendo desde hace más de dos mil años, esperando el momento perfecto para regresar del exilio, recuperar mi libro y reclamar lo que es mío.

Pero, para conseguirlo, primero tendré que trabajar con las brujas... Y enfrentarme a aquella que llevo la mitad de mi existencia temiendo y, a la vez, ansiando. Porque por su culpa me condenaron por traidor.

Ember.

No caeré. Será ella la que se doblegue ante mí.

Y, cuando hayamos vencido al Rey de los Demonios, me la llevaré conmigo al Infierno.



Capítulo 24

Cuando Joann y sus hermanas construyeron la mansión Wyatt, labraron en la piedra numerosos símbolos wiccanos. Estos sigilos las protegían, impedían que cualquiera que quisiese hacerles daño atravesara las entradas de la casa, como puertas o ventanas. Pero llevan años desactivados, pues ya no eran necesarios. Cuando regresamos a casa, recitamos los hechizos de protección que los activan. Quizás tendríamos que haberlo hecho antes, pero... supongo que no éramos conscientes del peligro. No hasta ahora.

—¿Estáis listas? —pregunta Rhiannon—. El hechizo es sencillo: «Sigilos, proteged esta casa». Basta con decirlo una vez, pero hay que concentrarse.

Apenas tardamos unos segundos y, cuando terminamos, siento que, por fin, puedo respirar tranquila. Aunque a Anabel se le haya ocurrido seguirnos, no podrá entrar. No si nosotras no desactivamos los sigilos antes.

—Voy a ducharme —dice Rhiannon mientras se quita la chaqueta —. Tengo sangre de demonio por todas partes.

Circe la repasa con la mirada; en su cara hay una mueca de claro disgusto.

—Hazlo ya —le pide—. Verte me está dando náuseas.

—Voy a usar la bañera de mamá... ¿Dónde está papá?

Circe levanta un papel que reposa sobre el candelabro viejo de la mesa del recibidor.

—Parece que se ha ido a dar un paseo por el bosque —dice tras leerlo.

Le pido que me enseñe la nota. «Necesito estirar las piernas y poner mis pensamientos en orden. No os preocupéis, no me alejaré de la casa ni dejaré que nadie me vea. Nos vemos a la hora de la cena. Tenemos mucho de lo que hablar, pero no podéis pretender encerrar a un Salazar entre cuatro paredes». La última frase la ha acompañado con un dibujo de un monigote entre enfadado y contento.

—Igualito que la abuela —protesta Rhiannon, leyendo por encima de mi hombro—. Siempre haciendo lo que les da la gana.

Rhiannon y yo subimos a ducharnos mientras Circe hace la cena. Cuando termino mi baño, Circe corre a tomar el relevo y me pide que vigile la pasta. No sé cómo se las ha arreglado, pero ha quemado las puntas de los espaguetis, que ahora flotan, negras, entre el agua hirviendo. Retiro la salsa de bote que mi hermana estaba calentando en la sartén con el fuego al máximo. Como me temía, el fondo se ha quedado todo pegado.

—¿A qué demonios huele? —pregunta Rhiannon mientras entra en la cocina, ya con el pijama puesto.

—A pasta con tropezones de quemado —respondo mientras vierto la salsa en un cuenco. Al menos algunas partes están salvables—. ¿Circe sigue tardando dos horas cada vez que se baña?

—No creo que hoy esté por la labor de hacerse una rutina de belleza, pero yo no la esperaría para cenar.

De repente, se escucha un ruido sordo. Rhiannon y yo nos miramos durante un instante y salimos disparadas hacia la fuente del sonido: el recibidor.

El viento me acaricia el rostro y enfría mi pelo mojado. La puerta principal está abierta. Me asomo, esperando encontrarme a Anabel, a Takedo o al Rey de los Demonios, que por fin viene a matarnos.

Lo que veo es mucho menos amenazador, pero igualmente impactante. Papá está en el suelo, y los sigilos de la puerta brillan con una luz dorada.

Las protecciones lo han expulsado de la casa.

Salgo para ayudar a papá a ponerse en pie, seguida de cerca por Rhiannon

—Siempre me dio la impresión de que no le caía muy bien a esta casa —murmura él, frotándose la espalda para aliviar el dolor.

—Es imposible —dice Rhiannon—. Los sigilos solo expulsan a aquellos que tienen intención de hacernos daño.

—Ahí creo que te equivocas, hija. Los sigilos expulsan a demonios y cazadores, no distinguen la intención de nadie, solo su sangre.

Parpadeo y me rasco la cabeza. Es cierto, ¿cómo hemos podido olvidarnos de eso? Supongo que es otra prueba de que estamos muy poco preparadas.

Rhiannon parece tan confusa como yo.

—Tienes razón —coincide—. Me he confundido. Pero... Tú no eres un demonio, ni un cazador.

Papá carraspea.

—No, y sin embargo... —coloca una de sus rastras detrás de su oreja, posando sus ojos negros en Rhiannon y después en mí—. Quería contaros esto en la cena, pero supongo que este es tan buen

momento como después. Para sobrevivir en el Infierno, tuve que consumir sangre de demonio. Por eso la casa me ha rechazado.

—¿Cómo? —pregunto alterada.

Rhiannon lo suelta como si su piel ardiera.

Papá nos dedica una sonrisa franca.

—Puede que no os haya contado la historia del todo bien, pero no quería asustaros.

Alzo una ceja.

—Pues más te vale hacerlo, y rápido.

—El día que desaparecí tras el portal del Infierno..., morí en el otro lado. —sigue posando sus ojos en los míos, como si quisiera asegurarse de que comprendo toda la información—. La sangre de un demonio me trajo de vuelta.

La mano me tiembla.

—¿Cómo? —repito perpleja.

Rhiannon, por su parte, se cruza de brazos.

—Explícate —le pide—. Desde el principio.

Mi padre suspira.

—La sangre de un demonio poderoso puede revivir a una criatura que ha muerto hace poco. No es algo que se suela hacer en el Infierno, porque eso provoca que parte de sus poderes se transfieran al que la ha consumido. Fue así como conseguí curarme..., si *curarme* es la palabra correcta...

Su vista se alza al cielo. Hace poco que ha anochecido, pero, por culpa de la niebla, ni las estrellas ni la luna son visibles. Sin embargo, una luz azulada se cuela entre la espesura, iluminando parcialmente el bosque.

—No, supongo que la palabra correcta es *resucitar*.

Consumir sangre de demonio... para resucitar. El recuerdo del brazo de Sazza retorciéndose en un amasijo de sangre y carne

regresa a mi mente. Puede que los cazadores se hayan quedado en la superficie de su investigación.

—¿Un demonio te revivió? —pregunto—. ¿Con su sangre? ¿Voluntariamente? ¿A pesar de que eso significaba donarte parte de su poder?

—Sí —responde él.

—¿Y qué demonio sería tan estúpido como para compartir parte de su poder? —reitero yo.

Los ojos de mi padre se clavan en los míos.

—Uno que supo aprovechar su oportunidad —responde—. Estaba desesperado y moribundo, pero, como os dije, haber matado a Bael me había granjeado cierta... admiración. Así que un demonio me ofreció un pacto en el que, creedme, yo salía perdiendo. Me revivió, sí. Y conseguí parte de sus poderes. Pero le juré obediencia eterna y le prometí mi alma al morir. Fue así como me convertí en esclavo...; en su esclavo. ¿Vamos dentro? Empieza a hacer frío.

Asiento y me froto la cabeza, que vuelve a dolerme otra vez. Estoy cansada hasta la extenuación y solo quiero dormir, no discutir por tonterías. Rhiannon aplica un hechizo a papá que contrarresta los sigilos y entramos en casa, esta vez sin percances.

—¿Y bien? —pregunta mi padre mientras nos dirigimos a la cocina —. ¿Cómo ha ido la visita? El profesor ese... ¿Es un demonio?

Iluminado por las luces cálidas de la casa, me doy cuenta de que el rostro de mi padre parece cansado; unas profundas líneas dibujan surcos bajo sus ojos. Cuando nos fuimos, acababa de despertarse, y dijo que aprovecharía para descansar un rato más cuando nos negamos a que nos acompañase. El paseo que acaba de dar... ha sido su primer momento a solas, libre, bajo la noche de su propio mundo. Sigue siendo demasiado extraño.

Suspiro antes de contestar.

—Sí, es un demonio —confirmo—. Pero no cualquier demonio. Y ha ocurrido algo más. Anabel y la Hermandad...

Mientras los tres cenamos, pongo a papá al día. A mitad de mi relato, Circe se une, arrastrando una silla desde la mesa del comedor hasta la de la cocina que, al ser mucho más pequeña, nadie suele usar. El rostro de mi padre no refleja ninguna emoción mientras le cuento la negociación con Dantalion y la traición de los cazadores.

—Entonces..., habéis pactado con el Rey de los Demonios —dice mi padre—. ¿Pero no sabéis quién es?

Niego con la cabeza.

—Supongo que es uno de los Setenta y Dos de Bael, que ha ascendido —reflexiona Rhiannon—. Pero que era uno de ellos ya lo suponíamos. Podría ser Lord Barbas, como tú sugeriste, o cualquier otro. ¿Por qué no nos dijiste que había un nuevo Rey de los Demonios?

Mi padre tuerce la boca.

—Lo siento. Ayer no fue, precisamente, un día sencillo. Además, Lord Barbas me parecía una apuesta más probable.

—¿Por qué?

—El Infierno y sus súbditos aún no confían en el Rey de los Demonios. Llenar el vacío de poder que dejó Bael no es tarea sencilla. Después de su muerte, la reina consorte ascendió. Pero la asesinaron en un golpe de Estado, y fue este nuevo Rey el que subió al poder. El Infierno se ha convertido en un lugar inestable. Y, sin *El Interminable*, nadie puede determinar quién debe convertirse en el nuevo monarca. Cualquiera que consiga sentarse en ese trono tiene que enfrentarse a la incertidumbre de no saber si su mandato es legítimo; si el destino está de su parte. ¿Dijiste que ese profesor se refirió a sí mismo como el demonio del Conocimiento? —pregunta.

Un escalofrío recorre mi espalda mientras asiento. Aún no comprendo su comportamiento conmigo ni por qué no aprovechó para matarnos mientras estuvo en el pueblo, o por qué ha decidido trabajar con Anabel en ese suero...

—¿Tienes algún tipo de información sobre él? —inquiero.

Ha llegado el momento de hablar de lo que mi padre pasó en el Infierno, aunque intuyo que la historia es demasiado larga para contarla en una sola noche. Papá se levanta y aprovecha que todos hemos terminado la cena para pedirnos que lo sigamos hasta el salón.

—Sentaos —nos pide.

Las tres nos hundimos en el sofá de tres plazas, dejando el sillón en el que se suele sentar William para él. Papá se dirige a la estantería y agarra el *Ars Goetia* que volví a guardar ahí ayer.

Lo abre por el final.

—Duque Dantalion, el Último de Bael —dice mientras hojea las páginas—. Se cuentan muchas cosas sobre él en el Infierno. Que fue condenado por uno de los peores crímenes que puede cometer un demonio. Que lo separaron de su libro como castigo. Mientras esperaba su condena, huyó hacia otra dimensión. Después de unos siglos, lo encontraron en la Tierra, pero siempre ha conseguido escaparse de todo aquel que lo perseguía. Lord Barbas... lleva milenios buscándolo. Está obsesionado con llevarlo ante la justicia.

Me tiende el libro por una de las últimas páginas. Respiro profundamente. Todas las entradas del *Ars Goetia* tienen una estructura similar: un dibujo del demonio al que nombran y de su sello en la página izquierda, y un texto que habla de ellos en la derecha. Primero observo la representación de Dantalion: una figura de un hombre con cuernos de carnero, cola de diablo y alas de

plumas negras. Sobre su mano extendida flota un libro abierto por la mitad. Su sello es el propio libro.

—«Dantalion enseña todas las artes y las ciencias» —leo en voz alta—. «Además, declara los secretos de cualquiera, ya que conoce los pensamientos de todos los hombres y mujeres, los cuales puede manipular a su placer». Eso ya lo sabíamos.

—Vuelve a leer la última línea.

«Manipular a su placer».

Trago saliva.

—Él dijo que lo expulsaron del Infierno por algo que va a hacer —prosigo—. Me imagino que ese «algo» figuraba en *El Interminable*.

Mi padre asiente.

—Dantalion leía el destino del mundo al que los demonios iban a conquistar antes de cruzar las puertas. Leyó su propia traición en sus páginas, tal era el poder de *El Interminable*.

Condenado por algo que no había hecho, pero que estaba destinado a hacer. Es absurdo.

—Quiere pactar con nosotras —digo—, pero también se trae algo con la Hermandad.

—Es probable que los haya ayudado a culminar la investigación de ese suero —aclara Rhiannon—. El suero con el que iban a matarnos. No sé a qué juega, pero no podemos fiarnos de él.

Mi padre ocupa el sillón de William con un suspiro, dejándose caer con un sonoro golpe.

—No, no podemos. Si Bael condenó a Dantalion y después él huyó, si es verdad que lleva aquí exiliado desde que los demonios llegaron a este mundo..., eso son más de dos mil años de destierro, niñas. Dos mil años esperando el momento de regresar, ansiando recuperar su libro...

Entonces, eso es lo que desea. Recuperar *El Interminable*. Pero no puede ser solo eso. Tiene que haber algo más.

Mi padre sigue hablando.

—Si él conoce el futuro, Ember, quiere decir que sois peones de un plan que lleva labrando mucho tiempo. Y no creo que su ambición se restrinja a recuperar su libro. —Exacto. Parece que hemos llegado a la misma conclusión—. Puede que ansíe el trono; puede que, si lo ayudamos, terminemos coronando a un rey peor que Bael, peor que el que se sienta ahora mismo en el trono del Infierno.

—¿Y qué hacemos? No tenemos ningún otro hilo del que tirar.

Mi padre acaricia los brazos del sillón.

—Mi consejo, hija, es que te alejes de él. Por cómo lo has descrito..., parece tener un interés sospechoso en ti.

Me muerdo el labio. La parte en la que Dantalion me dijo que había algo entre nosotros que ni él ni yo podíamos evitar...; esa parte la he obviado.

—Hemos decidido dejarlo como última opción. Si no encontramos al Rey de los Demonios..., acudiremos a Dantalion.

—Bueno —interviene Circe—. Y ahora que ya conoces las novedades y hemos dejado claro que Dantalion no es de fiar... —ladea la cabeza hacia mi padre—, ¿por qué no nos cuentas tu historia? Esta vez, sin omitir detalles.

Le hemos contado lo de la sangre de demonio durante la cena. La mirada de mi padre se cruza con la de ella y él parpadea. Es apenas un segundo. Después, esboza una sonrisa.

—Es increíble lo mucho que te pareces a Úrsula —dice con suavidad, repitiendo las palabras de ayer en el torreón.

Mi hermana se sonroja ligeramente.

—Eso dicen todos —responde haciendo un aspaviento con la mano, como si quisiera quitarle importancia al asunto—. Debe de estar muy preocupada...

Deslizo mi mirada hacia el suelo y un nudo se me forma en la garganta. Sí. Debe de estar histérica. A estas alturas, ya habrán intentado regresar a Faddenfield... Y todo para descubrir que su peor pesadilla se ha hecho realidad y que sus hijas han quedado atrapadas en ella.

—Solucionaremos esto —la anima mi padre—. Pronto podrás volver a verla... A verlos.

Ambos cruzan una sonrisa, aunque ninguno de los dos parece convencido.

—¿Qué sabéis de la noche en la que maté a Bael? —comienza mi padre.

—Solo lo esencial —responde Rhiannon—. Mamá nos ha contado diferentes detalles a lo largo de nuestra vida. Cuando éramos pequeñas, eran detalles muy edulcorados.

—Te pintaba como un héroe —aclaro yo. Papá me dedica una sonrisa tímida.

—Después, a medida que fuimos creciendo, la abuela y ella fueron desvelándonos las partes más escabrosas. Pero a ninguna le gustaba hablar del tema. Y todo lo que recordaba yo era que esa noche me enviasteis a Verdejo con Ember y que mamá volvió dos días después y me dijo que te habías ido al cielo.

—Bueno, no exactamente —comenta mi padre con sorna—. Lo siento mucho, hija.

Rhiannon sacude la cabeza.

—En general, sabemos que el aquelarre de la abuela Mari llamó la atención de los demonios después de que intentaran derrotar a una diablesa muy poderosa. Bael llevaba tiempo buscando a las

herederas legítimas de Ahinoam porque, desde la diáspora de Endor (cuando las hijas de Ahinoam huyeron de la ciudad después de que Bael la derrotara), nuestra sangre se había disgregado. Bael descubrió que en Faddenfield se encontraban las últimas herederas de Ahinoam.

»Mari y Janaina reunieron uno de los aquelarres más numerosos que se habían visto hasta la fecha. No solo eso, sino que Mari había logrado, por fin, firmar la paz con la Hermandad. Por primera vez en la historia, brujas y cazadores trabajaban juntos. Hubo muchas batallas... Nuestras tías murieron. La abuela Mari murió. También tu hermano...

Mi padre desvía la vista hacia el techo y la luz de la lámpara se refleja sobre sus ojos acuosos. Rhiannon continúa.

—Pero vencimos en algunas batallas y, al final... Bael retó a nuestra madre y a la abuela a luchar por última vez. El Infierno cayó sobre Faddenfield. Los vecinos... ya no recuerdan nada, pero muchos lo vieron. Y aunque se refugiaron en sus casas, hubo muertes.

—Aquella noche, la muerte paseaba por el pueblo como una vieja amiga.

—Sí... —coincide Rhiannon—. Pero acorralasteis a Bael. Entre mamá y la abuela, lo debilitaron. Y aquí viene la parte que siempre me ha costado escuchar: Bael se repuso, de alguna manera, y cuando estaba a punto de matar a mamá, apareciste por su espalda y...

—... Y le clavé mi espada justo en el corazón.

Inspiro una gran bocanada de aire antes de intervenir, sintiendo que el nudo de mi garganta se hace cada vez más grande.

—Pero antes de morir, él te devolvió el favor.

Mi padre asiente, evitando mi mirada.

—Había un portal abierto, justo detrás de nosotros. Nos empujó hacia él. Mi espada clavada en su espalda, y su espada clavada en mi torso. Perdí la conciencia durante unos segundos. Para cuando quise regresar, las puertas del Infierno ya se habían sellado.

—Y ese demonio que te dio su sangre —inquiere Circe—. ¿Cómo fue eso? ¿Era Lord Barbas?

Mi padre niega con la cabeza.

—No, no era Lord Barbas. Era un demonio a sus órdenes, pero un demonio menor. Me ofreció la resurrección y parte de su poder a cambio de mi servidumbre eterna, y de mi alma. Ese demonio vio potencial en mí. Había matado a su rey, al fin y al cabo.

»Y aquí es donde viene la parte escabrosa. He sido un esclavo en el Infierno durante lo que, para mí, fueron siete años. Pero no me dediqué a servir como un mayordomo. Me convertí en el perro de ese demonio y, por ende, de Lord Barbas. Luché a su lado. Los ayudé a conquistar otras dimensiones. Sus poderes y mi manejo de la espada resultaron ser letales. Así que, para sobrevivir, tuve que... tuve que ayudar a los demonios en varias de sus conquistas. —Sus ojos negros se clavan en el suelo—. Disculpad que no os lo haya dicho antes. Es la parte de la que menos orgulloso me siento.

Entonces, alza la mirada para observarnos a Rhiannon y a mí.

—Pero no me arrepiento, porque sabía que, tarde o temprano, volvería a veros. Y aferrarme a eso fue lo que me mantuvo con vida.

Rhiannon me rodea con los brazos y me aprieta contra ella. Comprendo sus motivos. Comprendo por qué lo hizo.

—Yo hubiera hecho lo mismo —murmuro—. Si ese fuera el precio de la supervivencia, hubiera hecho lo mismo.

El brazo de Rhiannon afloja su presión. Cuando afronto su mirada, encuentro preocupación en ella. Sin embargo, mi hermana mayor no dice nada.

El silencio cae sobre nosotros como una piedra. Proceso la historia de mi padre lo mejor que puedo, acallando el fuego que arde en mi interior. Siete años, solo.

Tendríamos que haberlo rescatado antes. Tendríamos que haberlo buscado. Si mamá lo describía como a un héroe, ¿por qué se rindió tan fácilmente?

Parte de mí siempre se ha sentido humillada por el hecho de no tener un cuerpo al que llorarle, por poseer simplemente un féretro vacío. Si la persona a la que amo pereciera en otra dimensión..., yo iría a buscarla, lo arriesgaría todo, incluso por un cadáver, incluso por sus cenizas.

Pero mamá estaba asustada. Tan asustada que nos robó la oportunidad de ser una familia.

—Dantalion no mentía sobre el amarre —dice por fin Rhiannon, rompiendo el silencio—. Si queremos que todo vuelva a la normalidad, necesitamos encontrar al nuevo Rey de los Demonios y acabar con su existencia antes de que él acabe con la nuestra. ¿Alguna idea?

Papá tuerce la boca.

—No se puede invocar a un demonio cuyo nombre se desconoce —reflexiona, con su mano acariciando su barba negra y canosa—. Sin embargo, no creo que tarde en aparecer. Lo mejor es esperar a que él venga a vosotras... y estar preparados para cuando lo haga.

Suspiro. No es el plan con el que me siento más cómoda, pero tampoco se me ocurre nada mejor.

—Si lo matamos... —cavilo fijando mi vista en el *Ars Goetia* que papá ha dejado extendido en la mesa de centro de cristal. Solo usar el verbo *matar* hace que se me revuelvan las tripas—. Si lo matamos, ¿crees que de verdad podrás quedarte aquí? Aunque no

hayamos fijado una cláusula que impida la agresión, hay ciertas consecuencias cuando se quebranta un pacto.

En el caso del Pacto de Ahinoam, la consecuencia fue perder la conexión con la Fuente y, por ende, parte de nuestros poderes. Es decir, perder parte del regalo de Bael. Claro que, para entonces, ya nadie lo sentía como un castigo. Excepto, claro, las corruptas.

Pero esta vez el «regalo» ha sido mi padre. Si cerramos las puertas del Infierno, pero nos lo quedamos... ¿Qué podría suceder?

Los ojos negros de mi padre se clavan en los míos.

—Ya te lo dije, habrá consecuencias —responde con cuidado, como si no quisiera asustarme—. Las cosas siempre tienen un precio, niña. No puedes conseguirlo todo sin estar dispuesta a sacrificar algo a cambio.

—Eso suena fatal —dice Circe enrollando uno de sus mechones rubios en su dedo índice, como hacía cuando era pequeña y se ponía nerviosa.

—Bienvenida al mundo real —responde mi padre, con sus dedos tamborileando sobre el reposabrazos del sillón—. Habrá consecuencias, aunque aún no podemos determinar cuáles serán. Dime, Ember, ¿estás dispuesta a pagar el sacrificio por recuperar a tu familia?

Circe le dedica una mirada de reproche. Yo carraspeo. La familia que teníamos ya no se puede recuperar; ahora están William, Morgana, y Circe.

Aun así, no me atrevo a decírselo a mi padre en voz alta.

—Mientras mis hermanas estén a salvo —respondo, lanzándoles una mirada de reojo— estoy dispuesta a sacrificar lo que sea.



Capítulo 25

Después del día de hoy, lo único que quiero es dormir, pero mi hermana mayor tiene otros planes. Cuando regreso del baño, dispuesta a meterme en la cama, la encuentro sentada en su escritorio, el mismo en el que se pasaba las tardes durante nuestros años de instituto.

—He estado pensando en qué podemos hacer —dice Rhiannon señalando un mapa de Faddenfield que tiene extendido sobre su escritorio, alumbrado por un foco de luz halógeno cuyo brillo hace que me duelan los ojos.

—Eficiente hasta en el apocalipsis —comento admirada.

Ella me mira con una ceja levantada.

—«Graciosa» hasta en el apocalipsis —enfatiza la palabra *graciosa* dibujando unas comillas con los dedos—. Céntrate. Mira, he marcado los límites de la niebla en la montaña y el mar, basándome en lo que vi cuando intenté salir del pueblo.

Rhiannon ha dibujado con un rotulador rojo una línea que rodea Faddenfield. La línea enmarca la montaña situada al lado de nuestra

casa, corta la carretera que lleva a la autopista, a Verdejo y a los campos que delimitan Faddenfield, y se va alargando hasta rodear también el castillo, cortando también la carretera que se dirige a los acantilados. Después se interna en el mar, rodea la playa y regresa por el puerto, al este.

Me inclino sobre el mapa, agarrando el rotulador.

—Te has dejado un tramo —observo, marcándolo con la tinta. Rhiannon siempre ha sido la más inteligente, pero yo tengo memoria fotográfica y buena orientación.

—Bien, pues esa es nuestra posición —asiente ella.

Parte de Faddenfield ha quedado fuera: las casas dispersas situadas cerca de los campos del extrarradio, al norte; la zona más lejana de los acantilados, al oeste, y la fábrica abandonada de conservas, al este. Dentro han quedado nuestra casa, por muy poco, la parte alta de la ciudad, el castillo y, por supuesto, el núcleo central: las casas de pescadores de Orillamar, la Plaza Vieja (donde están la iglesia y el bar de Pepo) y los edificios bajos del pie de la montaña.

—El Rey de los Demonios no tiene mucho sitio donde esconderse —comenta Rhiannon mientras se termina la manzanilla que se ha hecho—. No puede ser difícil encontrarlo.

—¿Y qué hacemos? ¿Nos ponemos en plan patrulla y peinamos Faddenfield gritando «¡demoniooo, demoniooo!»?

—Sé que estás de broma, pero, sinceramente, no se me ocurre nada mejor. Si supiéramos su nombre, podríamos invocarlo, pero así...

—Papá dice que esperemos, que vendrá a por nosotras.

—La abuela solía decir que esperar a tu enemigo es darle la ventaja de la sorpresa. Creo que deberíamos salir y buscarlo.

—¿Y qué pasa con la Hermandad? Si Anabel y Takedo planeaban matarnos antes, ahora que saben que lo de la niebla y la cobertura es culpa nuestra querrán quemarnos en cuanto nos vean. No contamos con libertad de movimiento.

Rhiannon tira el rotulador sobre el mapa, dejando un par de puntos rojos marcados justo encima de la rosa de los vientos.

—Nos están cazando por ambos lados —concluye.

—Quizás nosotras deberíamos hacer lo mismo, solo que empezando por lo conocido: la Hermandad.

—¿Qué sugieres?

—Ahora conocemos el arma secreta de los cazadores: el suero. Vayamos a esas mazmorras ocultas y destruyámoslo.

Rhiannon suelta un suspiro de alivio.

—Por un momento creí que estabas planeando matarlos.

—Eso solo es el plan B.

Mi hermana me dedica una mirada asustada.

—Em...

—La abuela también solía decir que una bruja que duda es una bruja muerta. Iban a matarnos, Ri. A sangre fría. Estamos en guerra.

Rhiannon suelta un bufido de frustración.

—Ojalá mamá estuviera aquí —dice.

Dudo un momento antes de responder.

—Ojalá —coincido.

Mamá nos debe muchas explicaciones, pero mentiría si dijera que no la necesito. No importa lo mayores que seamos; con mamá nos sentiríamos más seguras. Solo doy las gracias porque Morgana también se haya quedado fuera. No soportaría poner su vida en peligro.

—Por lo menos tenemos a papá —digo, intentando animarla—. Él era de los mejores espadachines del aquelarre. Mató a Bael.

Rhiannon recoge el rotulador que ha dejado tirado, se lo lleva a los labios y lo muerde.

—Mató a Bael por la espalda —me recuerda—. Pero supongo que tienes razón.

* * *

Tardo más de lo que pensaba en dormirme y, cuando lo hago, me despierta el retumbar de una explosión. Me tapo la boca con las manos para no gritar; el sudor frío rueda por mi frente y cae goteando sobre mi cuerpo. El pitido de mi oído izquierdo se hace tan intenso que emito un gemido de dolor. Al otro lado de la habitación, Rhiannon respira tranquilamente.

Solo era un sueño.

Miro el reloj: son las dos de la mañana. Me levanto de la cama sin hacer ruido.

Creo que necesito un trago.

Arrastro una botella de vino blanco que he rescatado de la nevera y uno de los cuadernos de mi abuela hacia el porche, donde me siento en el banco de detrás de la barandilla de rejas de madera blanca. Así como me he guardado para mí la información sobre lo último que me dijo Dantalion, tampoco he querido explicar de dónde saqué la energía que me faltaba para dibujar los círculos de fuego alrededor de los cazadores.

Las posibles consecuencias de lo que hice no me han dejado dormir.

Hojeo las páginas de los cuadernos hasta encontrar aquellas que hablan sobre la corrupción. Después de un buen rato encuentro un cuaderno de principios de los años dos mil en el que la abuela parece reflexionar sobre ello. Tan solo la primera frase logra en mí

un efecto calmante que hace que la pelota de mi garganta disminuya su tamaño. Doy un buen trago a la botella y comienzo a leer.

Toda bruja ha probado el poder de la Fuente, por lo menos una vez en su vida. La fuerza de voluntad flaquea cuando la vida está en juego. Yo también lo hice, en mi juventud, justo cuando acababa de tener a Roberto... Tenía tanto miedo de dejarlo solo...

Y entonces entendí por qué había brujas que terminaban sirviendo al Infierno.

Es sencillo, fácil, tentador..., y adictivo. Un poder sin coste. Un poder que multiplica el alcance de tu propia magia. Aquella primera y única vez creé un océano de furia que se tragó a mis enemigos. Me convertí en la Diosa de las Mareas... Y cuando la sensación desapareció, me dejó con ganas de más. ¿Cómo podría continuar dependiendo únicamente de mi control sobre el agua, cuando acababa de aprender que podía invocar a la mismísima tormenta?

Pero he aquí lo que ocurre cuando una bruja abusa de la magia de la Fuente: su alma empieza a corromperse. Su conciencia empieza a apagarse. La oscuridad abraza su corazón. Y cuando ya es demasiado tarde todo estertor de su humanidad se extingue para dejar paso a la obediencia. La bruja, despojada de su libre albedrío, se convierte en esclava de los demonios. Obedece las órdenes silenciosas del Infierno. Se une a ellos, no por voluntad propia, sino porque ese es el precio a pagar por el poder ilimitado.

Curiosamente, la bruja pasa a comportarse exactamente igual que un demonio. Muchas veces, ni siquiera necesitan unirse a sus huestes. Saben cómo deben actuar sin que nadie se lo diga.

Lo cual quiere decir que algo las compele a hacerlo.

Los demonios conquistan otros mundos. Y las corruptas terminan apoyándolos en ello. Pero ¿por qué? ¿Cuál es el objetivo último de

los demonios? ¿Qué es lo que buscan en otras dimensiones? ¿Arrasarlas? Esa es una respuesta demasiado simple.

No soy la única que alguna vez lo ha pensado. A lo largo de la historia, han sido varias las brujas que se lo han preguntado a un demonio. ¿Por qué? ¿Qué es lo que queréis, exactamente? ¿A qué se debe toda esta destrucción?

La respuesta es siempre la misma: «No lo recordamos».

¿Podría deducirse, quizás, que si las brujas pueden corromperse, olvidarse de sí mismas y convertirse en criaturas que solo buscan la destrucción..., lo mismo pudo ocurrir, hace eones, con los demonios?

Cierro el cuaderno. «Muy bien, Ember», pienso, «nada de extraer la energía de la Fuente a partir de ahora». La lectura ha sido... inquietante. La pregunta que nos hizo el demonio del Conocimiento esta mañana resuena en mi mente: «¿Alguna vez os habéis parado a pensar cuáles son los motivos que nos llevan a conquistar otras dimensiones?». Parece ser que sí. Y la teoría de la abuela me resulta... interesante. Interesante e irrelevante. Al fin y al cabo, la cuestión no es por qué lo hacen, sino cómo detenerlos.

—¿Sabes que esos cuadernos fueron lo único que tu abuela empaquetó cuando nos fuimos de la villa?

Pego un respingo y mi reacción provoca que mi padre suelte una carcajada. Estaba tan centrada en leer el pasaje que no le he escuchado salir de casa. Agarra la botella de vino que he dejado reposando en el suelo.

—¿Puedo? —me pregunta, y yo asiento y señalo la mecedora en la que solía sentarse la abuela—. Vaya, no me había fijado en que esto seguía aquí. Tiene más años que tú.

Esbozo una pequeña sonrisa mientras él toma un trago.

—¿No podías dormir? —me pregunta.

—No.

—Yo tampoco.

—Cuéntame la historia de los cuadernos —le pido mientras los apilo a mi lado, sobre el banco.

—No tiene mucha más chicha; solo se llevó sus cuadernos, la ropa que llevaba puesta y a nosotros. Era lo único que tenía.

—¿Sabes? Siempre me he preguntado por qué emigrasteis a Faddenfield.

Papá se ríe.

—¿La abuela no te lo contó?

—Sí, pero... nunca lo entendí. Cruzarse medio mundo en busca de un aquelarre ajeno, con sus dos hijos y dejando a su familia atrás...

—Así era mi madre. —Papá acaricia la madera desgastada del reposabrazos en el que Janaina pasó tantas tardes sentada—. Ella sabía que las herederas de Ahinoam eran las únicas que podían plantarles cara a los demonios y, cuando dedujo su paradero, cruzó el océano para buscarlas. A mi hermano y a mí no nos hizo gracia seguirla, pero cuando algo se le metía entre ceja y ceja... —Asiento mientras doy pequeños sorbos de mi copa de vino—. Ella siempre quiso tener niñas, ¿sabes? Creo que no poder darle una al aquelarre de Yemayá fue uno de los motivos por los que se fue. Quiso demostrar su valía de otra manera, ya que le había fallado a la Diosa de las Mareas.

Frunzo el ceño.

—La abuela nunca dijo nada de eso. —Hablo por la abuela, y no por el resto de su aquelarre. Sé que hay muchísimas brujas que opinan que tener un hijo en vez de una hija es... una desgracia.

—A veces no hacen falta las palabras —insiste él, pasándome la botella para que me la termine—. Roberto y yo no éramos brujas. Como espadachines éramos buenos; los mejores, diría yo, pero nunca fue suficiente.

Me atraganto con el vino. Él prosigue.

—¿Nunca has pensado en lo injusto que es que los hombres no podamos heredar la magia? Desheredados. Así nos llaman.

Suspiro. Nadie sabe a ciencia cierta por qué Ahinoam puso como cláusula que fueran sus hijas, y nunca sus hijos, las que manifestasen el don. Rhiannon tiene la teoría de que, en un mundo en el que las mujeres valían menos que el ganado, fue su manera de equilibrar la balanza. Yo tengo otra muy distinta. Creo que Ahinoam no quería equilibrar la balanza, sino destruirla. Creo que buscaba venganza.

Por lo menos, eso es lo que buscaría yo.

—¿No dices nada, hija? —me pregunta mi padre.

Tuerzo la boca. Sé que este tema es un tanto... delicado. Sé lo que es ser una mujer en un mundo de hombres; puedo empatizar con lo que es ser un desheredado en un mundo de brujas. Decido salirme por la tangente.

—La abuela solía decir que la magia no tiene cabida en este mundo, y que solo nos ha traído problemas.

Papá se ríe de una manera que me hace sentir un tanto estúpida.

—Y, sin embargo, se sentía tremendamente orgullosa de ser una bruja.

—Se sentía orgullosa de la magia antigua.

Los hechizos menores, la manifestación, los sigilos, las pociones y la adivinación pertenecen a este mundo. La manipulación del fuego, la sangre y la voluntad no.

—Era la mejor bruja del agua de su aquelarre. No se llega a ese punto practicando solo la magia antigua.

Desvío la vista, azorada. Mi padre prosigue.

—El poder es el poder, hija —suspira—. Muy pocos renunciarían a aquello que los diferencia y los hace especiales. ¿Y por qué

deberían?

Tardo unos segundos en contestar.

—Porque es injusto —respondo, casi de manera automática.

Mi padre se ríe.

—¿De verdad piensas eso, o solo estás repitiendo lo que te enseñaron como si fueras un loro? —chasquea la lengua y yo aprieto la mandíbula—. Puede que la magia solo os haya traído problemas, como decía la abuela, pero las brujas podrían haberla utilizado para hacer algo bueno. —Agarro la botella de vino con fuerza y doy un sorbo—. Sin embargo, han pasado dos milenios desde el Pacto de Ahinoam, y solo habéis logrado desperdiciar la magia en la lucha contra los demonios. Se os concedió el medio de cambiar el rumbo de la historia y, en vez de sacarle partido, os arrepentisteis y decidisteis luchar contra ello, ¿no es un tanto cobarde?

Me siento extraña, como si me estuviera llevando una reprimenda.

—¿Y qué propones?

—Conseguir la victoria sin renunciar a la magia, sin sacrificar parte de ella. Esa debería ser la meta del aquelarre: vencer a los demonios sin renunciar a lo que se os ha dado. Usar la magia para hacer que las cosas sean mejores. Y, ¿quién sabe? Quizás podríais hacer verdadera justicia y compartir ese poder con los desheredados.

Me muerdo el labio indecisa. Él prosigue.

—Mientras hablábamos en el salón he recordado una cosa sobre *El Interminable*. Pero no es algo agradable y no sabía si debía mencionarlo. ¿Quieres oírlo?

—Quizás sería mejor esperar a mis hermanas.

—No creo que tus hermanas sean capaces de gestionar lo que te voy a decir y, de todas maneras, no es relevante para nuestra

misión.

A mis mejillas acude un poco de calor. Asiento y lo miro fijamente, aunque él tiene la vista puesta en el horizonte.

—*El Interminable* escribe la historia de todos los mundos, de principio a fin. Ya os he contado que durante la lectura de Dantalion, la que hizo cuando los demonios llegaron a la Tierra, leyó sobre un crimen que cometería... En ese momento, los demonios lo apresaron. No le dejaron terminar su lectura. Sin embargo, él ya había avanzado lo suficiente como para anunciar una profecía que...

Ladeo la cabeza.

—¿Qué?

Mi padre suspira.

—El libro determinó que los propios humanos desencadenarían la extinción de su mundo si los demonios no lo hacían primero. La fecha marcada era algún punto durante los dos primeros siglos del segundo milenio.

Trago saliva.

—Las profecías no siempre son fiables. La abuela leía el futuro en el agua del mar y muchas veces se equivocaba.

—La abuela no era uno de los demonios más poderosos del Infierno.

—Ya, pero...

Mi padre me interrumpe.

—¿Acaso no ves las noticias, hija? Me dijiste que eras corresponsal.

—Si te refieres a la polución y todo eso...

—Cuando era un niño algunas personas hablaban de que había que cuidar el planeta —me interrumpe de nuevo—. He estado ojeando los periódicos mientras estabais fuera. Es increíble cómo ha empeorado todo... Calculo que dentro de otros treinta años

empezará a ser insostenible. Quizás tú y yo ya no lo vivamos, pero tus hijos...

—Nada de hijos.

Él alza una ceja.

—Eso dices ahora.

—¿Escuchaste alguna otra profecía? —pregunto, intentando cambiar de tema. Mi padre se equivoca. No puedo gestionar toda esta información. Tampoco puedo gestionar una charla sobre hijos. Antes de contestar, papá hace una pequeña pausa y aprovecha para quitarme la botella, a pesar de que apenas quedan ya unas gotas.

—No, no escuché ninguna otra profecía. Desde que Dantalion se exilió, nadie ha podido leer *El Interminable*. Sus páginas permanecen en blanco, la pluma ya no escribe.

—¿Y dónde está el libro ahora?

Podría ser una información interesante si nos planteamos negociar con él, en un futuro. Mi padre carraspea.

—No lo sé, hija. Pero lo que quiero decirte, Ember, es que el mundo se terminará en uno o dos siglos, ¿comprendes?

Suspiro. Sí. Comprendo. Y no me sorprende. No creo que le sorprendiese a ningún ser humano que alguien le contara algo así.

—¿Se puede hacer algo?

—*El Interminable*... es bastante contundente. No suele equivocarse. Pero sabes lo que decía la abuela, ¿no?

Sí, esta mañana ya hemos hablado de ello.

—Que el destino es un amasijo de posibilidades y son nuestras decisiones las que nos acercan a una o a otra.

—*El Interminable* filtra esas posibilidades, las reduce. Pero creo, hija, que la teoría de la abuela tiene mucho sentido, y creo que si movemos los hilos con la suficiente fuerza podríamos cambiar el destino de la historia. Si utilizamos la magia sabiamente, podríamos

evitar que lo que dictaminó de *El Interminable* se cumpla. Podríamos cambiar el destino de nuestro mundo.

No puedo evitar soltar un bufido.

—¿Y si dejamos el heroísmo para más adelante? —le pido—. De momento, centrémonos en salvar nuestro mundo de su inminente destrucción, ahora. De aquí a doscientos años estaré paseando mi esquelético culo por el Reino de la Muerte.

Mi padre se ríe.

—¿Sabes? Tienes un sentido del humor un tanto particular. Me recuerdas a tu abuela.

Dicho esto, se levanta, me pasa la botella vacía y me desea buenas noches; y yo me quedo sentada en el porche con las piernas cruzadas y la cabeza dándome vueltas. Un rato después, cuando el frío empieza a penetrar en mis huesos, me levanto y me dirijo a mi habitación; un poco grogui pero también un poco anestesiada ante las pesadillas que sé que tendré.

Comienzan con una mariposa, y terminan con un pitido y una explosión.



Capítulo 26

Hay un jarrón de cerámica en el centro de la mesa y él lo llena de flores.

—Son para ti —dice. Sus ojos son naranjas. Los míos no son negros. Esta no soy yo, aunque alguna vez lo fui—. ¿Estás aquí? —me pregunta.

Las flores gotean agua. Las paredes gotean agua. El agua me llena los pulmones. Me han condenado a morir.

—Ember, aún no es el momento de pensar en estas cosas.

Morgana me tiende uno de sus dibujos. Es Faddenfield, rodeado por una densa niebla.

—Qué bonito —digo.

—¿Te puedo confesar algo?

—Claro.

—Tengo miedo.

—¿Por qué?

Morgana me mira asustada. Sus ojos eran verdes, pero ahora han recuperado su color original, ese gris profundo como un océano.

—Aquí hay un sueño que no me gusta.

—¿A qué te refieres?

Pero ella sigue pintando. La niebla que antes era blanca se vuelve negra. Unos ojos naranjas se ciernen sobre Faddenfield.

«Procura no morir, Ember Wytte».

Intento despertarme, pero mi cuerpo no reacciona. Una mariposa se posa en mi nariz, hay una explosión, un pitido en mi oído izquierdo. Todo termina en una luna roja.

Siento el roce de sus dedos sobre mi piel. Me recorre un escalofrío.

—Ódiame —susurra—. Al menos eso significa que estás viva.

Cuando por fin consigo abrir los ojos estoy llorando.

—Morgana, he tenido un sueño muy raro —murmuro, pero, cuando me doy la vuelta hacia el lugar donde creo que está mi hermana, no la veo por ninguna parte.

—¿Ember? —la voz de Rhiannon suena somnolienta.

Tardo unos segundos en ubicarme.

—Perdona —me disculpo, volviendo a girarme para mirarla desde mi cama. Está amaneciendo y unos tímidos rayos de sol se cuelan por la ventana—. Estaba soñando con Morgana.

Rhiannon sonríe y abraza su almohada.

—Yo también —murmura—. Era un sueño tan bonito...

—Ayer me desperté y estuve hablando con papá.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que... —carraspeo.

«¿Debería contarles la historia del fin del mundo? No creo que sea lo mejor ahora».

—Me contó algunas cosas sobre la abuela, nada importante.

Rhiannon se despereza.

—Venga, vamos a desayunar. Me estoy muriendo de hambre.

* * *

Circe nos saluda con un gesto de cabeza desde la mesa de la cocina, señalando dos tazas humeantes que están sobre el mármol de la encimera: un café con leche y un americano.

Después se levanta, pasando a nuestro lado.

—¿A dónde vas? —le pregunto, agarrando mi taza de café negro.

—A hacer algo que debería haber hecho ayer —responde. Mi hermana y yo la seguimos.

Cuando la alcanzamos, Circe está frente a la chimenea. Frente a la espada maldita de Andromalius.

—La empatía apenas me suponía esfuerzo, el verdadero reto era bloquearla —nos explica—. He estado reflexionando. Ahora puedo dar Órdenes, y eso agota mi energía mental.

Sacar la energía del interior tiene diferencias dependiendo de si eres una bruja elemental o una bruja mental. A ellas las agota menos. Aun así, las agota. Y drenarse puede terminar muy muy mal.

—Quizás pueda dar un par de Órdenes en batalla, pero no puedo depender de ellas. Necesito una espada —anuncia—. Y en Faddenfield no hay otra más poderosa que esta.

Dicho esto, la alcanza y la blande ante nosotras. La espada emite un suave brillo azulado.

—Espero que a mamá no le importe... —murmura.

Voy a responderle que no, pero un ruido sordo, como el de un cañonazo, me interrumpe. La taza de café que sostengo cae al suelo.

Las tres intercambiamos una mirada de alarma y corremos hacia la ventana del salón.

Veo destellos en la plaza.

—¿Qué ocurre? —pregunta Circe.

—No lo sé, pero suena como...

—¿Cómo?

—... como disparos.

—Tenemos que vestirnos —dice Rhiannon—. Tenemos que bajar.

Subimos las escaleras corriendo, cruzándonos con papá en el camino, ya preparado.

—Os espero en el coche, y no pongáis esa cara. Esta vez no pienso quedarme aquí. ¡Apuraos!

Cinco minutos después estamos todas en el vehículo de Rhiannon. Papá arranca.

—¿Aún recuerdas cómo conducir? —le pregunta Rhiannon.

—Pues claro que sí —responde mi padre mientras toma la curva que lleva a la carretera.

Mi cerebro va a mil por hora.

—Está atacando el pueblo —pienso en voz alta.

—Sí —confirma Rhiannon, aunque no hacía falta.

—En vez de atacarnos a nosotras —prosigo.

—Está intentando que nos alejemos de casa —explica papá—. Quiere que nos quedemos sin protección.

Trago saliva.

—Muy bien —gruño entre dientes, sintiendo la adrenalina inundar todos mis poros. Al final, papá tenía razón—. Pues vamos a cazar a ese maldito demonio.



Capítulo 27

Las nubes de ayer han cumplido su promesa; llueve como suele llover en Faddenfield, con esa insistencia que empapa hasta los huesos. Las calles están en penumbra, los escasos rayos de sol de la mañana apenas atraviesan la cúpula de niebla. Papá derrapa en un charco y deja el coche mal aparcado cerca de la curva que conecta el pueblo con nuestra casa. A partir de aquí empieza la zona vieja y todos los caminos que llevan a la plaza son estrechos y peatonales. Tenemos que bajar.

—Busquemos al demonio y acabemos con esto de una vez —digo mientras llevo la mano a la puerta.

—No, Ember —interviene Rhiannon con un deje de exasperación tiñendo su voz—. No estamos solas. Nuestra prioridad es proteger a los despojados.

Mi padre asiente, y yo emito un suspiro de resignación. Vale, ni siquiera se me había ocurrido pensar en eso.

—¿Qué pasa si nos ven utilizar nuestros poderes? —pregunta Circe. Pero antes de que podamos responderle que se les olvidará al

día siguiente, se autocorrige, como si se hubiera dado cuenta ella sola—. ¿Qué pasa si un despojado muere?

Nos quedamos en silencio. Se escucha un disparo.

Salimos dando un portazo y echamos a correr. En cuestión de segundos mi padre y Circe se ponen a la cabeza, dejándonos a mí y a Rhiannon en tercera y última posición, respectivamente. La última vez que hice una carrera así fue durante el curso para corresponsales de guerra de las Fuerzas Armadas. Eso fue hace un año. Quizás debería volver al gimnasio.

Pierdo a mi padre y a Circe de vista, pero pronto los localizo escondidos detrás de una esquina de la calle de los cesteros, una amalgama de callejones serpenteantes cubiertos por una galería de columnas en la que los artesanos colocan sus piezas de mimbre. Resoplando e intentando hacer el mínimo ruido posible, me coloco junto a ellos. Rhiannon se ha quedado tan atrás que ni la veo.

—Hay algo ahí —susurra mi padre—. Cuidado.

Se escuchan gritos y me asomo por detrás del muro. Veo dos figuras; la de una mujer mayor y la de un chico joven. Reprimo un gemido cuando los reconozco: son Erik, el cazador, y su madre. A tan solo unos metros de ellos hay un cuerpo tendido en la acera... y algo se inclina sobre él; una criatura que parece humana pero que tiene las extremidades demasiado largas y delgadas para serlo, curvadas de una forma que recuerda las patas de una araña.

Reprimo un grito. Es un engendro. A pesar de que nos está dando la espalda, lo reconozco por los dibujos que nos mostró la abuela cuando nos habló de ellos. Muerde el cuello de su víctima, y se está alimentando de ella. De su sangre.

Así es como convierten a otras criaturas en engendros.

Erik esgrime su espada y se lanza hacia él. El demonio recula, chillando como protesta.

—¡Papá! —grita Erik, arrodillándose junto a la víctima.

¿Cómo se le ocurre bajar la guardia de esa manera?

—Siempre he odiado a estas criaturas, son la clase más baja de demonios —comenta mi padre con la voz pausada mientras sale de su escondite.

Hago de tripas corazón y salgo con él.

La criatura retrocede y nos mira, y por un instante el corazón se me detiene dentro del pecho. Creía que los demonios bestia eran lo más monstruoso que había visto nunca, pero me equivocaba; esto es peor, quizás porque, de alguna manera, se asemeja a un humano. Un fino pelo ralo le cuelga de la calva, sus ojos son amarillos y tiene las pupilas finas como las de un reptil. De sus dientes ennegrecidos resbalan girones de carne y sangre y, cuando se da cuenta de la amenaza, chasquea su larga cola, terminada en una punta y del mismo color que su carne azulada. No tiene alas ni cuernos. Es... monstruoso.

Quiero gritar.

—Apartaos del engendro. —Mi padre da un paso hacia delante y le indica a Erik y a su madre que se hagan a un lado.

—¡Oh, Dios! —exclama la voz de Rhiannon a mis espaldas.

Circe y yo retrocedemos hacia ella, y Rhiannon nos agarra de los brazos y se pone delante de nosotras, como hizo cuando nos enfrentábamos a los cazadores.

—No dejéis que os muerda —les grita a Erik y a su madre.

«Rosa cree que puede existir una cura para los despojados que han sido mordidos».

El suero. Si Rosa quería desarrollarlo como cura para la enfermedad de los engendros, quizás ahora también cumpla ese propósito. Rhiannon aún lleva los tres viales que le robamos a Takedo en la chaqueta.

—¿No vas a venir, criatura? —Mi padre sigue avanzando hacia el engendro. Erik aún agarra a su padre, y su madre está agazapada contra la pared de una casa.

El monstruo bufa como un felino y se acerca hacia nosotros. Mi padre extiende la mano y una espada se materializa en ella. Doy un respingo.

Sé que nos dijo que había consumido sangre de demonio y que ahora poseía ciertos poderes, pero... Materializar una espada es una habilidad que solo conocen los demonios.

Me fijo mejor en ella. No la reconozco, no se parece a las espadas malditas, que suelen estar hechas de un metal plateado. Esta es dorada y emite un brillo rojizo. Trago saliva. Lo más probable es que el demonio al que sirvió le hiciera luchar con ella.

«Las cosas siempre tienen un precio».

Mi padre alza su arma y se acerca a la criatura en un suspiro, tal y como lo hizo Takedo hace unos días. Lo atraviesa sin esfuerzo, como si no fuera más que un inconveniente que se ha cruzado en su camino. La criatura cae al suelo, muerta. La madre de Erik emite un alarido cuando la cabeza rueda hacia sus pies. Erik se gira hacia ella alarmado.

—No hagas ruido, hay más —le advierte con un fino hilo de voz.

—¿Qué está pasando? —solloza ella—. ¿Qué locura es esta, hijo?

—Tenemos que llevaros a la iglesia —le dice papá a Erik mientras limpia el filo de su espada con la gabardina de William que le hemos prestado. Su voz es tranquila, como si todo esto fuera lo más normal del mundo—. Es terreno consagrado.

—No sin mi padre.

Aunque Erik le aprieta la herida del cuello con la mano, al ritmo que está sangrando morirá en unos segundos.

—Rhiannon, ¿puedes curarlo? —pregunta Circe.

—La herida sí, pero la... infección, si se puede llamar así, no. Va a transformarse.

—Dale el suero —le recuerdo—. Lo tienes aquí, ¿no?

Rhiannon, pálida, me mira.

—¡Pues claro! —exclama, y después se palpa los bolsillos con urgencia—¿Dón...? ¡Aquí!

Con un gesto brusco, extrae los viales de su bolsillo derecho. Se los enseña al cazador, que muestra una expresión confusa.

—Es el suero de Takedo —explica mi hermana mayor—. Dáselo a tu padre.

—¿Funcionará? —pregunta Erik desesperado—. Nunca hemos podido probarlo de esta manera. Solo con heridas y...

—Anabel dijo que lo haría, ¿no? —lo interrumpo—. Esa iba a ser su función principal.

Erik asiente y toma el vial de la mano de Rhiannon. Se lo da a su padre, que ya apenas tiene color.

La reacción no se hace esperar. Con un grito, el padre de Erik se retuerce. La carne de su cuello bulle como si estuviera hirviendo, se remueve como una criatura agonizando y vuelve a unirse, cerrando la herida en forma de dentadura. Los alaridos son tan agudos que tengo que taparme los oídos. Erik sujeta a su padre, intentando contener sus convulsiones, y cuando por fin se detiene lo tiende sobre el suelo.

—Por favor, por favor, por favor, cúrate... —musita.

El hombre abre los ojos de repente y se agarra el cuello. Emite unas palabras ininteligibles. Después se separa de Erik con brusquedad y gatea, respirando con dificultad. Tose sangre. Llora.

—¡A... ayuda...! —suplica.

Rhiannon se agacha junto a él para curar la herida, que aún no se ha cerrado del todo. Ahora comprendo por qué también puede curar

heridas: de nada serviría frenar la transformación si después la víctima muere desangrada. Y a juzgar por el efecto... Van a tener que seguir trabajando en él.

—Ya está —murmura—. Ya no va a doler.

—¿Rhiannon? ¿Qué estás...?

Aunque confuso, el padre de Erik se deja hacer, conoce bien a Rhiannon, confía en ella, y sus años como cazador de brujas nos evitan tener que dar más explicaciones. La magia hace efecto y la herida cura.

—¿Qué...? ¿Qué está haciendo? —le pregunta la madre de Erik a su marido—. ¿Qué es ese brillo?

—No te preocupes, Buika. Es solo algo que me va a curar.

—¿Qué era ese monstruo?

Rhiannon suspira y ayuda al padre de Erik a levantarse.

—No sé cómo explicártelo, Buika, pero lo importante ahora es que hagáis lo que os decimos. Tenemos que ir a la iglesia; ahí estaréis a salvo.

—¿De dónde has sacado esa espada, hijo? —sigue insistiendo ella.

Erik tiene los ojos acuosos. Se sorbe los mocos y sonríe con dificultad, envainando la espada en la funda que lleva colgada a la espalda.

—¿Sabes cuando papá y yo te decimos que todas las tardes voy a entrenar al club de esgrima?

La madre de Erik asiente y su padre mira hacia otro lado. Los cazadores no pueden hechizar a los despojados para que recuerden la magia.

—Puede que haya alterado un poco la verdad.

—Tenemos que irnos —insiste mi padre—. Ya.

Erik nos mira dubitativo.

—Me habéis ayudado —musita—. Pero esto es culpa vuestra. Hikari nos lo ha explicado todo: habéis vuelto a hacer un pacto.

Yo suspiro.

—Vosotros pensabais matarnos, nosotras hemos pactado con el Infierno a cambio de la vida de mi padre. Todos hemos cometido errores.

Erik niega con la cabeza.

—No lo entendéis —dice—. Anabel no quería mataros, pero tenía que hacerlo... Porque sabía que esto terminaría ocurriendo —entonces señala a mi padre—. ¿Es él? ¿La persona por la que habéis puesto en peligro a todo el pueblo?

—Erik... —murmura Rhiannon con una súplica. Mi padre, por su parte, ignora al cazador.

—No hace falta que confíes en nosotras —corto yo—. Pero ahora mismo lo que importa es llevar a tu familia a la iglesia; solo nos quedan dos viales. ¿Dónde está la Hermandad?

—No lo sé —Erik se pasa una mano por la frente—. Los móviles no funcionan, así que no lo sé. Si ellos estuvieran aquí... —Se detiene a mitad de la frase y sacude la cabeza, comprendiendo, quizás, que no, no están aquí y somos su única alternativa—. Está bien —suspira—. Vayamos a la iglesia.

Todos asentimos y echamos a andar.

—¿No tendrás ningún otro vial por ahí guardado? —le pregunto a mi hermana mientras apuro el paso—. ¿Solo te quedan dos?

—Sí, dos.

Dos. Solo dos oportunidades más de salvar a alguien... o a nosotras mismas. Las brujas también pueden infectarse; la magia de Rhiannon no podría ayudarnos en caso de que nos muerdan.

Escuchamos un disparo antes de girar la calle que da a la plaza. Ralentizamos el paso y mi padre se asoma por la esquina.

—Mierda —musita.

El brillo de su espada escarlata se refleja en la mitad de su rostro.

—¿Qué pasa?

—La plaza está rodeada de demonios y hay varios despojados atrapados dentro del bar —su mirada se posa en Rhiannon, en Circe y, por último, en mí—. Espero que estéis preparadas para lo que está a punto de ocurrir, niñas.

—¿A qué... a qué te refieres? —pregunta Circe.

—¿No es obvio? Vais a tener que luchar.



Capítulo 28

Hubo un tiempo, cuando era muy niña, en el que hubiera deseado vivir las mismas aventuras que vivió mi madre de joven. Supongo que porque, a veces, cuando nos contaba lo que vivió junto a sus hermanas, edulcoraba un poco las cosas. Ellas eran las heroínas, los demonios eran el enemigo y siempre salían victoriosas. Creo que por eso me hice fotógrafa de guerra.

Bendita sea mi estupidez.

Varios vecinos se han parapetado tras una barricada de mesas en la terraza del bar, y el corazón se me encoge cuando reconozco a Pepo, el dueño del bar, entre dos de esos hombres. Lleva una escopeta que no sé de dónde ha sacado, y los otros dos unos palos de billar que usan contra los engendros cada vez que estos se acercan demasiado. No sé cuánto tiempo llevan así, pero tras ellos, dentro del bar, distingo por las ventanas los rostros de personas agazapadas, la mayoría ancianos que seguramente iban al mercado del puerto, como todas las mañanas a primera hora.

Y después están los engendros. Son tres, y ya se han cobrado a su primera víctima. Una mujer mayor yace cerca de la fuente situada en la parte central de la plaza, la misma en la que hace solo unos días vi a unos niños jugar. Los tímidos rayos de sol que despuntan entre los nubarrones cargados de lluvia logran iluminan el líquido escarlata que cubre la piel de la anciana. Distingo varios mordiscos. La mujer está sufriendo espasmos; está mutando, algo que suele ocurrir apenas diez minutos después de la transmisión.

Eso es todo lo que alcanzo a ver antes de que las criaturas avancen hacia la barricada. Pepo apunta con su arma y dispara. El ruido sobresalta a mis hermanas, pero para mí es el mismo petardazo sordo que llevo escuchando desde la madrugada, embotado por mi oído malo. Por eso sigo atenta cuando la bala atraviesa la pata del demonio y este retrocede, seguido por sus iguales. ¿Cuánto tiempo llevan aguantando así? ¿Cuántas balas le quedan a Pepo?

Joder.

Lo único que quiero es encontrar al demonio con el que pacté y terminar con todo esto.

Papá se adelanta a nosotros.

—Llevadlos a todos a la iglesia —dice dirigiéndose a mí. Al pronunciar estas palabras, los engendros, que nos daban la espalda, se percatan de nuestra presencia y se giran hacia nosotros entre gruñidos—. Si los vecinos no reaccionan, que Circe les dé una Orden; no perdáis el tiempo dando explicaciones, estas criaturas son impredecibles. Rhiannon, quédate aquí y, cuando termine con estos tres, dale el vial a la mujer y cúrala.

Asiento algo aliviada porque, por fin, alguien me dice lo que tengo que hacer. Mi padre sabe luchar, no es su primera vez. No hay nada que temer; solo tenemos que llegar a la iglesia, ¿no? Solo eso.

Mientras papá corre hacia los engendros, Circe y yo salimos de nuestro escondite y Erik se lleva a sus padres hacia el templo. Hemos entrado en la plaza desde el lado este. La iglesia, una sencilla estructura hecha de piedra y tan antigua como el pueblo, está a unos cuantos pasos, a mano derecha, y el bar está en la otra esquina de la plaza, en dirección hacia la playa.

Circe y yo pasamos por detrás de papá con cuidado. Los engendros no son rivales para él; ya se ha deshecho de uno y esquiva los ataques de los otros dos con la agilidad de un gato. Si ayer no nos hubiera explicado que tuvo que consumir sangre de demonio, pensaría que se ha tomado uno de los viales de la Hermandad; su forma de moverse no es humana.

—¿Ember? —pregunta Pepo cuando me asomo por detrás de las sillas y las mesas dispuestas a modo de barricada.

—Tenemos que ir a la iglesia —susurro—. Allí las criaturas no podrán entrar.

—¿Cómo lo sabes? —Tiene los ojos desencajados por el miedo y un sudor perlado corona su cabeza calva.

—Id a la iglesia ya, no perdáis el tiempo —le apremio—. Las explicaciones, luego.

Entramos en el bar y, uno a uno, les pedimos a los vecinos que se muevan. Papá ya ha despejado la plaza, así que obedecen. Dirigimos a la marabunta por los escasos metros que hay que recorrer hacia el templo, en el que Erik ya nos espera con la puerta abierta. Sus padres hacen señales para que nos apuremos.

Me acerco a Rhiannon, que ha terminado de darle el vial a la mujer. Me doy cuenta de que es la antigua bedela del Magnolia, la misma que trabajaba allí cuando yo era pequeña y que hace unos años se retiró.

—¿Cómo está? —pregunto.

—Si consigo curarla sin desmayarme antes, estará bien.

Miro a mi alrededor. Ya ha amanecido del todo, pero el cielo está encapotado. La lluvia lo empapa todo y hace que la sangre de la plaza se escurra por las baldosas de piedra blanca que ya nunca volverán a tener ese color inmaculado. Aquí, la única vegetación es la de los cuatro árboles plantados en la plaza, pero la magia de Rhiannon está conectada también con el agua y puede sacarla del ambiente. Aun así, poso mi mano sobre las suyas.

—Coge un poco de mi energía —le ofrezco.

Rhiannon asiente y noto como reclama una parte de mi vitalidad. Poco a poco, la herida de la bedela se cierra, pero ella sigue inconsciente. Me levanto para pedir ayuda a mi padre...

Y entonces los veo.

Desde la parte norte de la plaza, llega una horda de engendros corriendo por el suelo y por las paredes de las casas, atropellándose entre ellos en una estampida de garras y dientes.

—¡Corred! —grito mientras me agacho para ayudar a Rhiannon a cargar con la mujer.

Estalla el caos. Los vecinos gritan y corren hacia la iglesia, pero la mayoría son ancianos, demasiado lentos. Los engendros se abalanzan sobre nosotros. Rhiannon y yo apenas logramos avanzar con la bedela a cuestas. Escucho algo a mi izquierda, y de repente veo un reflejo dorado. Un engendro cae al suelo, y tras él se revela mi padre.

—¡Dámela! —grita, alzando los brazos hacia la mujer herida.

Nos apartamos como podemos y papá se carga a la mujer a la espalda como si fuera un saco.

—¡Moveos! —ordena.

Corremos hacia la iglesia, que ahora mismo me parece tan lejana como un espejismo. No tengo tiempo a recorrer la mitad del camino

cuando, por el rabillo del ojo, veo cómo un engendro se tira a por Pepo. Invoco al fuego, que con la lluvia apenas responde, y como una idiota que no sabe pensar me abalanzo sobre el engendro, agarrándolo por el pescuezo desde detrás. Nos revolcamos sobre un charco escarlata mientras mis manos chamuscan su piel. Aunque está boca abajo, una de sus garras consigue arañarme la cara, en las mejillas y en el tabique nasal. El dolor es sordo, aguantable, pero la herida debe de ser más que un simple rasguño, porque noto como un líquido caliente y espeso me empapa el rostro. Se escucha un disparo y la criatura deja de retorcerse.

—Vamos, niña. —Cuando alzo la vista del cadáver atravesado por la bala, me sorprende encontrarme con los ojos azules de Pepo. Su escopeta aún echa humo. Me tiende la mano para que me ponga de pie.

Apenas nos quedan unos metros para llegar a la iglesia. Una pila de cadáveres de engendros riega el camino por el que ha pasado mi padre, que está dejando a la herida con Erik. Ya solo quedamos en la plaza mi familia, Erik, Pepo y yo.

Pepo me empuja por la espalda para que corra delante de él y Rhiannon me tiende la mano para que la agarre y me meta en la Iglesia.

A mis espaldas, escucho un grito de dolor.

«¡No!».

Cuando me giro hacia Pepo lo único que veo es una torre de engendros que trepan por sus brazos y sus piernas.

—¡Atrás!

La orden de Circe funciona como un muro invisible; los engendros lo sueltan y reculan, siseando. Pepo cae al suelo, con todo lo largo y grande que es, con un golpe sordo. Meto la mano en la chaqueta de Rhiannon y saco el último vial.

El último vial.

—Lo necesitáis —la voz de mi padre es fría, impávida, pero lo suficientemente firme para hacerme dudar.

Siento como si una garra invisible me apretase el corazón. Mis sentidos se embotan y todo se oscurece. ¿Y si muerden a Circe o a Rhiannon? ¿Y si me muerden a mí?

Pepo levanta la vista y tiende su mano en mi dirección, y ese gesto es suficiente para sacarme de mi parálisis.

«¿Qué estoy haciendo?».

«¡No puedo dejarle morir!».

Doy un paso hacia él, pero en ese momento Circe emite un alarido y deshace la orden. Los engendros, liberados, saltan hacia Pepo, se tiran sobre él como alimañas, rompen la carne con uñas y dientes.

—¡¡¡No!!! —exclamo, pero ya es demasiado tarde. Noto como algo tira de mí, pero me resisto—. ¡Suéltame, tengo que salvarlo!

—Olvídate de él, está muerto —responde mi padre.

De un empujón, me obliga a entrar en la iglesia, y hace lo mismo con mis hermanas.

—Quedaos con los despojados; hoy habéis demostrado que estáis demasiado verdes como para enfrentaros a los engendros —dice.

Y, con esas palabras, cierra las puertas de un empujón.



Capítulo 29

Me abalanzo sobre el pomo, pero varios vecinos se interponen.

—¡Ni se te ocurra! —me advierten.

—¡Pepo y mi padre están ahí fuera!

—Pepo está muerto —gruñe Circe—. Y tu padre sabe apañárselas solo.

La miro, pero ella me devuelve una mirada vacía. Me ha visto dudar. Sabe que Pepo ha muerto por mi culpa. Aprieto el vial contra mi pecho y me lo guardo en el bolsillo, temblando.

—¿Cómo está la señora? —pregunta Rhiannon. Después, se sienta al lado de la mujer a la que hemos salvado. Papá la ha tumbado sobre uno de los bancos de madera barnizada.

—Respira —responde el padre de Erik, que la está sujetando del brazo para medirle el pulso.

—Os hemos visto —dice uno de los vecinos, separándose de la mujer herida y señalándome con el dedo—. Hemos visto a tu hermana haciéndole algo a Magda, y ahora ya no está herida, y he visto como derretías la piel de ese bicho con las manos, y he visto a

la niña hacer que parasen con un grito. —Alza su palo de billar, del que no se ha separado en ningún momento—. ¿Qué coño pasa aquí?

—Selmo, deja a la niña respirar —se queja el padre de Erik que, por supuesto, se lo está tomando con naturalidad por ser un cazador retirado—. ¿No ves que está pálida como un cirio?

—¡Pues como todos los demás! —exclama el vecino, zarandeando su arma de un lado a otro—. Mi madre solía decir que en la colina vivían las brujas. Lo hacía para asustarme cuando era pequeño. ¿Acaso es cierto? ¡Porque, en este momento, no se me ocurre otra explicación!

Tanto él como el resto de los vecinos parecen al borde de un ataque de nervios, pero ahora mismo no puedo pensar. Me masajeo las sienes, intentando borrar la imagen de Pepo de mi mente.

—No hay otra respuesta —insiste Selmo, y me señala con el palo de billar—. Son hechiceras. Brujas.

—Sí —corroboro, dejando caer mis brazos a ambos lados de mi cuerpo y dando un paso hacia él. Selmo retrocede—. Eso es lo que somos: brujas. Así que ten cuidado con ese palo, porque no te servirá de nada si decido hacerte arder.

Su única respuesta es un rostro perplejo. Perplejo... y asustado.

Aprovecho el silencio para pasar a su lado, golpeándolo con el hombro intencionadamente. Cuando se queja, le lanzo una mirada de advertencia, y él se pone rojo y maldice por lo bajo, pero me deja ir.

—¡Ember! —protesta Rhiannon.

Ignorándola, recorro el pasillo de piedra que conduce hacia el altar, una mesa simple cubierta por una tela blanca tras la que se sitúa una pared coronada por una cristalera estrecha. Justo debajo hay una cruz de madera. Yo no creo en Dios, pero la fe es poderosa,

y me alegro de que las supersticiones ajenas nos hayan dado cobijo. Quién iba a decir que la religión podía resultar útil.

—Sé que todo esto es horrible, y difícil de comprender —Rhiannon toma la palabra, asumiendo el control de la situación—, pero estamos aquí para ayudaros. No somos simplemente brujas. Somos brujas blancas.

Escucho su contestación como si proviniera de otro plano. Subo por los escalones del altar y me dirijo hacia la puerta de madera que conduce a la sacristía. Intento abrirla, pero está demasiado dura.

—¿A dónde vas, Ember? —me pregunta Circe, que me ha estado siguiendo.

—Necesito pensar —respondo con un gruñido. Forcejeo con la puerta, pero nada.

—¿Y tiene que ser ahora? Tenemos que explicarle a los despojados qué está pasando.

—¿Para qué, si mañana no se acordarán? —Joder con la puerta. Ejerzo el doble de fuerza, y la cerradura cede un poco. Con un chasquido, consigo que, por fin, se abra—. El cura vive fuera del pueblo, no creo que le importe si le robamos un poco de vino.

—¿Estás de broma?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Circe reprime un bufido y me atraviesa con la mirada.

—Eres idiota —me dice.

Yo le dedico una sonrisa y ella regresa con Rhiannon. Por fin, consigo abrir la puerta del todo y entro en la sacristía, en la que hay un par de túnicas colgadas, una estantería con biblias y un escritorio.

Después, cierro la puerta, apoyo la espalda contra la madera fría y me echo a llorar.



Capítulo 30

Después de un rato, cuando mis hermanas han aclarado la situación lo mejor que han podido y lo único que se escucha es el silencio, me deslizo hacia el suelo, aún con la espalda apoyada en la puerta, y espero.

Pasan las horas. Como no tengo nada mejor que hacer, decido navegar por la galería de fotos de mi ahora inútil teléfono móvil. Voy para atrás, y para atrás, y para atrás...

Hasta que encuentro la primera foto que me saqué con Priya.

Somos ella y yo, el día de la graduación del instituto. Priya había llegado a mitad de año con sus padres. Al principio, vivían en Verdejo, pero después se mudaron a Faddenfield porque los alquileres eran más baratos y ellos se estaban gastando todos sus ahorros en subsistir. Una chica nueva, recién llegada de la India, llamó la atención de todo el Magnolia. Pero Priya era una chica responsable, centrada en sus estudios y con unas firmes creencias religiosas que a todo el mundo le parecían de otra época, y mis amigas y yo decidimos ignorarla, porque eso no era «guay».

Claro que a mí me habían llamado la atención su piel morena y sus ojos azules como un glaciar, así que la agregué a mis redes sociales. Poco a poco, nos fuimos haciendo amigas. Por mensajes, flirteaba abiertamente con ella..., y ella siempre me ignoraba, pensando que estaba de broma, pidiéndome que parase porque la ponía incómoda. Eso era, precisamente, lo que me animaba a hacerlo más. Era como un juego; parte de mí sabía que con la chica nueva no tenía posibilidades, que su falta de interés dejaba claro que nunca me vería como algo más que una amiga. Di por hecho que no era como yo, que sus gustos involucraban solo a los hombres. Tampoco era el fin del mundo, había otras personas que me llamaban la atención: chicos y chicas... Nunca he tenido una preferencia especial, más allá de aquello que me hacen sentir.

Así que ese verano empecé a salir con otro chico de clase y dejé de mandarle mensajes a Priya, pensando que ya nos veríamos cuando empezáramos la universidad, pues ambas habíamos decidido ir a la de Verdejo. Los celos son un gran motor de cambio. Cuando Priya se dio cuenta de lo que ocurría, fue ella la que vino a buscarme a mí. Nuestras conversaciones tomaron un derrotero muy diferente a nuestra antigua fachada de amistad. Y comprendí que todo lo que Priya me había mostrado era tan solo eso, una fachada.

Por desgracia, aquella fachada iba a seguir intacta por mucho mucho tiempo.

Cuando por fin me vence el aburrimiento, salgo de la sacristía. Papá no ha regresado, y si seguimos así tendremos que pasar la noche aquí. Mientras paseo mi mirada por la iglesia, observando los rostros compungidos de los vecinos —algunos sentados en los bancos, otros apoyados contra los muros y muchos hablando en susurros—, se escuchan unos golpes en la puerta.

Todo el mundo se levanta y se queda en absoluto silencio. Erik, que está montando guardia junto a sus padres, se acerca a la salida.

—¿Quién es? —susurra.

—¿Erik? —dice una voz, aunque desde esta distancia apenas la escucho—. Soy yo, soy Hikari.

Circe, que está tumbada en uno de los bancos de las filas delanteras, reprime un suspiro de sorpresa y corre hacia la puerta.

—¡Déjala entrar! —exclama, aunque no hace falta; Erik ya está abriendo la puerta.

Por un segundo, temo ver aparecer por el umbral a toda la Hermandad y maldigo no haberlos detenido antes, pero solo es Hikari.

Circe la envuelve en un abrazo.

—Oh, Dios, estás bien —celebra—. ¡Estás bien! —La suelta un poco y la mira —. ¿Qué haces aquí?

Hikari carraspea azorada.

—He venido a... a ver si todo el mundo estaba bien.

—¿Dónde están los demás? —pregunta Erik.

«Eso quiero saber yo».

—Mamá se ha llevado a los de la parte alta a la capilla del Magnolia, pero no ha sido fácil. Había muchos... —Hikari se zafa de Circe y cierra la puerta—... muchos... ¿Cómo es la palabra? Engendros, ¿verdad? Hemos perdido a Nolon. —La última parte apenas es un susurro dirigido a Erik y a su padre, pero yo ya estoy lo suficientemente cerca como para escucharla—. He visto a Pepo ahí fuera... —trago saliva—. Ya no quedaba nada de él. También a un montón de engendros muertos. ¿Cómo os habéis librado de tantos? Nosotros apenas hemos salido vivos.

—Ha sido mi padre —aclaro yo.

Hikari alza una ceja.

—¿Por qué has venido sola? —reitero, retomando la pregunta de Erik.

—El resto estaban exhaustos. Mamá quería que descansásemos y nos quedásemos vigilando a los despojados hasta recuperar fuerzas y poder venir aquí, pero yo no podía estar quieta. Me he escapado.

Circe reprime un gemido.

—¿Estás loca? ¡Podrías haber muerto!

—Sé moverme sin hacer ruido —protesta ella—. Apenas me he topado con un par de engendros, y no se han percatado. Cuando venía hacia aquí, me pareció verlos concentrados en el puerto.

«¿En el puerto?». Trago saliva. Ahí es donde vive Priya.

Me muerdo el labio inferior y camino hacia el altar.

—Seguro que está bien —Rhiannon apoya su mano sobre mi hombro para que me detenga.

—¿Cómo dices?

—Priya. Yo también he pensado en ella. Pero seguro que está bien. Papá está ahí fuera, deshaciéndose de los engendros.

—Papá no puede con todo un ejército —respondo yo molesta.

«No deberíamos estar aquí perdiendo el tiempo. Deberíamos salir y luchar junto a papá, por muy *débiles* que seamos. Joder, tendríamos que estar buscando al maldito demonio, en vez de entretenernos con sus esclavos. Tengo que ir a por Priya, no puedo dejarla ahí sola. No puedo fallarle a otra persona más». Cierro los ojos y recuerdo la sensación oscura que me recorrió en cuanto dudé si darle el vial a Pepo. Una sensación muy parecida a cuando extraje poder de la Fuente.

—Ember, si estás pensando en lo que creo que estás pensando... —me advierte Rhiannon.

Suelto un bufido.

—La Hermandad vendrá aquí en cuanto se repongan —interviene Hikari—. Lo mejor que podemos hacer ahora es esperar.

—La Hermandad intentará matarnos en cuanto nos vea.

Hikari alza el mentón.

—No. Le he explicado a mi madre lo de vuestro padre, le he pedido que sea comprensiva.

—¿Comprensiva? Hikari, tu madre planeaba asesinarnos.

—Para prevenir lo que habéis hecho. —Algo en el tono de Hikari me dice que se está conteniendo para sonar razonable, pero que en el fondo preferiría darme una bofetada—. Como dijiste, os necesitamos si queremos salir de esta, por mucho que nos pese.

Suspiro. Dudo mucho que Anabel quiera volver a aliarse con nosotras, pero allá Hikari y su inocencia.

—Esperemos —decide Circe.

Genial.

—Circe, no sé qué es peor, si la Hermandad o los engendros.

—Tengamos fe —la apoya Rhiannon.

Genial, simplemente genial.

—Además, no podemos salir ahí fuera sin un plan.

No he tocado el vino de la sacristía, solo era un farol para que Circe me dejara en paz, pero empiezo a arrepentirme.

—Haced lo que queráis —ladro, y me dirijo a las escaleras del altar ante la atónita mirada del resto de los vecinos.

—¿Qué carajos es esa Hermandad? —escucho preguntar a una anciana.

—Y yo qué sé —responde un hombre—. Yo solo quiero que esto se acabe.

Pongo los ojos en blanco. Mientras estén bajo amenaza, los despojados no podrán olvidar la magia. Para eso se necesita poner un poco de distancia, de manera que el cerebro se sienta seguro y

vaya rellenando los huecos a los que no encuentra explicación: «¿Por qué nos escondimos todos en la iglesia? Porque había un huracán. ¿Cómo murió Pepo? Salió volando». Su mente fabricará alguna respuesta así, como si se estuvieran lavando el cerebro a sí mismos. Eso fue lo que ocurrió el día que el aquelarre de Mari venció a los demonios: murieron decenas de personas y el periódico dijo que fue porque se les cayó un árbol encima. A todos. Los vecinos lo aceptaron sin rechistar.

Me río por lo bajo, ganándome una mirada de desaprobación de todo el mundo.

Nadie va a hacer absolutamente nada. Mientras se sientan seguros, se quedarán aquí, a la espera de un salvador. Bien, si mis hermanas quieren esperar, que esperen. Saldré a buscar a Priya y al maldito demonio en cuanto todos se duerman. Al fin y al cabo, es mi responsabilidad. Yo misma he provocado todo esto.

Y yo misma pienso acabarlo.



Capítulo 31

La vibración de mi móvil me despierta a las tres de la mañana. Me muevo lentamente, esperando no despertar a nadie, pero unos susurros me alertan de que no todo el mundo está dormido. A escasos centímetros de mí escucho las voces de Circe y Hikari.

—... cuando tu madre te dice «te vas a caer», y tú te caes y te dice «¿ves?». Me siento igual. Se ha pasado la vida advirtiéndome sobre vosotras, y yo diciéndole que estaba loca. No voy a poder llevarle la contraria nunca más.

—Eh, a mí no me mires, que no he hecho nada malo. Además, estoy intentando ayudar, cuando debería haberme quedado en casa tranquilita.

—Es tu deber ayudar, eres una bruja.

—A la mierda el deber, yo solo quiero que esto acabe de una vez. Aunque si acaba, no sé qué vamos a hacer con el padre de Ember.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, no parece muy contento con la idea de que el mundo haya seguido girando sin él, ¿sabes?

—¿Has usado tus poderes con Luiz?

—No, solo al principio, pero su guardia mental está siempre activa... Antes no me lo explicaba, pero mis hermanas me han contado que es porque Luiz consumió sangre de demonio.

—¿Sangre de demonio?

—Sí..., para resucitar. Al parecer, la sangre de un demonio poderoso puede hacer eso.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—Hay algo en él que no me gusta.

—Ya, pero vete a decírselo a Ember... Es imposible hacerla entrar en razón cuando se pone cabezota, especialmente si sabe que la ha cagado.

—¿Estás enfadada con ella?

—No lo sé. Supongo. Joder, es como si no fuésemos suficiente para ella... ¿No le bastaba con la familia que tiene?, ¿conmigo, con Morgana...?

Se me forma un nudo en la garganta mientras ambas se quedan en silencio.

—Me alegra mucho que estés aquí —dice Circe, finalmente.

—Vaya, y solo ha hecho falta un apocalipsis.

Se escucha un ruido sordo, como el de un golpe.

—Cállate, idiota. Te dije que podíamos seguir siendo amigas. Lo único que no quería era que nos vieran en el instituto.

—Qué divertido, vernos a escondidas.

—¿Qué más da? Lo importante es que estemos juntas.

—Ya no somos unas niñas, Circe...

—Kari...

—Y que esté aquí contigo no significa que te haya perdonado.

—¿Y por qué deberías perdonarme? Yo no he hecho nada malo.

—¿Estás de broma? ¿Ya no te acuerdas de lo que me dijiste?

—Ay, Hikari, no es culpa mía si confundes las cosas.

Una de las dos hace un movimiento brusco y yo cierro los ojos.

—¿Dónde vas? —pregunta Circe.

—Y a ti qué coño te importa —responde la cazadora.

No puedo verla, pero me imagino perfectamente el gesto de mi hermana pequeña: mentón alzado, ojos en blanco y cara de haber mordido un limón. Algo se mueve detrás de mí y al segundo siento que Circe se acuesta a mi lado. Suspiro y abro los ojos, encontrándome con sus iris azules. Al darse cuenta de que estoy despierta, Circe se sonroja. Después, me dedica una mirada desafiante, se da la vuelta y se tapa con su chaqueta.

Ahora es cuando debería darle una lección de hermana mayor, preguntarle si quiere hablar de lo que ha ocurrido. Sin embargo, me quedo en silencio, porque eso no entra en mis planes, y espero a que mi hermana se duerma, a que la cazadora se duerma.

Una hora después, me deslizo de puntillas hacia la sacristía, sin que Rhiannon, que está vigilando, se dé cuenta, y utilizo la ventana trasera en la que me fijé antes para salir a la calle que queda detrás de la plaza. Sigue lloviendo y las calles apenas están iluminadas por las farolas, pero no me importa.

Lo único que tengo que hacer es bajar la cuesta hasta la playa, recorrer el paseo hasta el puerto y subir a la casa de Priya. Cuando la traiga a la iglesia, podré ocuparme del demonio. Si nada me detiene, no debería tardar más de veinte minutos.

Empiezo a correr, poniendo especial cuidado en no resbalar. En la iglesia no había nada para comer, a excepción de unas obleas, pero no ha sido suficiente para saciar el hambre de nadie. Menos mal que el cura guardaba varias botellas de agua bendita, o también estaría sedienta.

El paseo marítimo, por llamarlo así, es una senda de cemento mal hecha que rodea la pequeña playa del pueblo, a la que se puede bajar por unas escaleras labradas en la misma piedra. El puerto, también por llamarlo así, es un pequeño espigón en el que los pescadores anclan sus barcas. Más allá empiezan los acantilados y el bosque. La casa de Priya se encuentra cerca del puerto, atravesando el paseo. No debería llevarme más de diez minutos llegar ahí.

Procuro no hacer ruido a cada zancada, pero las calles están desiertas y mis pasos resuenan en la soledad de la noche. A medio camino percibo un movimiento sospechoso y me detengo. Aquí no hay ningún lugar donde esconderse; a mi derecha está la playa y a mi izquierda, un parking vacío. Detrás está el ayuntamiento. Me arriesgo a seguir corriendo, ignorando mi instinto, pero un ruido brusco me alerta y, cuando dirijo mis ojos hacia él, veo a una criatura corriendo por la playa en dirección a mí. Aprieto el puño, que se ilumina como una mecha, y esa luz basta para alumbrar el paseo varios metros a lo largo. Al final del haz de luz, dos pares de ojos amarillos me observan con furia.

Me doy la vuelta en dirección a la plaza, maldiciendo mi estampa, pero entonces me detengo. Esas criaturas mataron a Pepo, delante de mí. Sin que yo hiciera absolutamente nada para impedirlo.

No, no estoy aquí para huir.

Si la abuela o mamá hubieran seguido entrenándonos, dos engendros no significarían nada para mí. Podría desintegrarlos con una simple bola de fuego. Sin embargo, mis escasas habilidades mágicas se limitan a chamuscar la piel a mis enemigos, lo cual me expone a un peligro mortal. Es lo único que puedo hacer: tocarlos, arriesgando el pellejo, y concentrar toda mi energía en que se conviertan en amasijos de carne chamuscada.

Así que eso hago; me mantengo firme, espero a que vengan y lucho.

Los engendros, por supuesto, no colaboran.

Intento agarrar al primero, que es un poco más pequeño que su compañero, pero me esquiva sin problemas, lanzando dentelladas al aire junto al otro, como perros rabiosos. Doy un paso en falso y me tropiezo, a punto de caerme al suelo. Retrocedo un poco, poniendo distancia, concentrándome en el conjuro y sintiéndome una kamikaze.

Si muero aquí, será ridículo.

Debería poder hacerlo, debería poder invocar una lluvia de fuego, o un rayo abrasador. Me palpitan las sienes y apenas puedo respirar, pero lo intento. Lo intento con todas mis fuerzas: las palmas de mis manos se calientan, empiezan a picarme, se iluminan como si fueran dos faros en medio de la oscuridad. Esta vez no cometo el error de extraer la energía de mí misma, sino de aquello que me rodea; la tierra, el mar, los árboles..., el mar otra vez. Sería más sencillo si fuera de día, la luz del sol es el elemento con el que más sinergia tengo.

«Puedo hacerlo».

Uno de los engendros se lanza hacia mí y una bola de fuego lo envía varios metros hacia atrás. Una falsa sensación de triunfo me envuelve, pero no tengo nada que celebrar. El conjuro no ha surgido de mis manos.

—¿De paseo, fierecilla?

La voz de Dantalion me hace mirar hacia la izquierda, hacia la sombra de la que surge con una pausada calma. El otro engendro emite un rugido y, con un aspaviento de su mano, el demonio le envía otra bola de fuego, desintegrándolo.

Mientras el cuerpo del demonio se consume, la luz de las llamas nos ilumina a ambos. Dantalion eleva una de las comisuras de sus labios.

—¿No tienes nada que decir? —pregunta, ladeando la cabeza—. Qué impropio de ti.

Abro la boca, pero después la cierro.

Lo que acaba de ocurrir es imposible.

Los demonios no pueden manipular los elementos.



Capítulo 32

—¿Cómo has...? ¿Cómo?

Dantalion se ajusta el cuello de la camisa por encima del chaleco gris oscuro y se recoge una manga de la americana hasta dejar descubierto el antebrazo.

—Soy el demonio del Conocimiento —responde, remangando también la otra —. Si eso te aclara algo...

Tuerzo la boca. No, no me aclara nada.

—¿Quieres decir que *conoces* todo tipo de magia? Eso te haría más poderoso que Bael.

Dantalion suelta una sonora carcajada, como si lo que acabo de decir fuera lo más gracioso del mundo. Es la primera vez que le veo reír de esa manera y me pilla desprevenida. No sé si se ríe de manera genuina o es solo una actuación. Cuando por fin termina, se pasa una mano por el pelo, que lleva recogido en un moño suelto, y me mira aún con la sonrisa pintada en la cara.

—Qué graciosa eres, fierecilla —dice.

—Estoy hablando en serio. —Me cruzo de brazos indignada. Ha utilizado *mi* poder y lo ha usado de una forma que *yo* aún no logro dominar—. ¿No me lo vas a explicar?

Él se rasca la barba, que se ha debido de recortar porque ahora solo es una sombra en su rostro.

—Ya tuviste tus tres preguntas —responde.

Será...

—Bueno, pues muchas gracias —gruño—, yo ya me iba.

—¿A dónde?

—A hacer unos recados —contesto exasperada—. ¿A ti qué te importa?

—Bueno, teniendo en cuenta que mi mayor activo se está dirigiendo a la boca del lobo, me importa mucho.

Me detengo en seco.

—¿Tu «mayor activo»? —mascullo lentamente. Dantalion asiente —. ¿Es así como piensas convencerme para que acepte tu pacto? ¿Tratándome como si fuera una inversión?

Por un momento creo ver en su mirada cierto punto de irritación.

—Hum... —murmura—. Bueno, te necesito viva para formalizar el pacto, ¿sabes? Pero parece que tus instintos de supervivencia brillan por su ausencia. ¿No te explicó tu madre que las brujas que luchan solas mueren solas?

Suelto aire por la nariz.

—Si de verdad me quieres viva, entonces dime cómo arreglo todo esto.

—No hasta que aceptes el pacto.

—«No hasta que aceptes el pacto» —me burlo imitando su voz—. Pues ya puedes esperar sentado.

—Da media vuelta, fierecilla. —Dantalion se interpone en mi dirección, taponándome el camino hacia la casa de Priya—. No me

hagas obligarte.

¿Obligarme? Me planto como un árbol en el suelo.

—No pienso volver —le advierto—. Quita de en medio.

—Ir sola es un plan estúpido.

—Estoy buscando a Priya —aclaro exasperada—. Os vi saludaros en el bar. Sabes que estuvimos juntas; la conoces, ¿no?

Él asiente.

—Los engendros están ahí —señalo al espigón del puerto, aún lejano—. No puedo dejarla sola. Cuando la lleve a la iglesia ya veré qué hago —concluyo, y de repente siento un leve dolor de cabeza que me deja mareada.

—Me parece que tus intenciones van mucho más allá —chista él, negando lentamente con la cabeza—. Es una decisión estúpida, Ember. No tienes ni idea de lo que hay ahí fuera.

Me llevo una mano a la sien.

—Sí que tengo idea —replico—. Por eso tengo que ir.

No puedo dejar que muera nadie más.

—Si es Priya lo que te preocupa —dice Dantalion—, estaba yendo a buscarla. Vuelve a la iglesia.

Tardo un rato en procesar sus palabras. Cuando lo hago, mi gesto se tuerce como el de una marioneta a la que se le ha desencajado la mandíbula.

—¿Buscabas a Priya?

El demonio asiente.

—¿Por qué?

No entiendo nada.

—Para salvarla.

—¿Por qué?

—Porque no solo la conozco; es mi amiga.

Alzo una ceja.

—¿Amiga? Los demonios no tenéis amigos.

Dantalion pone los ojos en blanco.

—Hasta los demonios necesitamos a alguien con quien charlar de vez en cuando...

—¿¡Y tenía que ser mi exnovia!? —exclamo.

Dantalion adopta la misma postura que utilizaban mis profesores cuando tenían que explicarme la lección por tercera vez: brazos cruzados y sien apoyada sobre los tres dedos de la mano derecha.

—Cuando la conocí no sabía que habíais estado juntas, si es lo que te preocupa. —Nuestros ojos se cruzan y bajo la mirada.

«Dios, tengo que aprender a soportarle la mirada».

—No puedes culparme de que me caiga bien; es la única persona en este pueblo cuya conversación va más allá del clima y los deportes.

Resoplo y miro en otra dirección.

—Vale, muy bien, ¿y a dónde pensabas llevarla? —pregunto.

—A mi casa.

¿¡A su casa!? Siento una punzada de algo que no logro reconocer y lo fulmino con la mirada, a lo que él responde, resoplando:

—Por la Diosa, Ember, deja de cuestionarte todo lo que hago. Estoy de tu parte.

Me paso la lengua por la encía y la chasqueo. Vale. Vale.

—Vale —acepto a regañadientes—. Entonces vamos a por ella.

—Ya te dije que no hace falta. Iré yo, tú regresa. Los engendros son especialmente poderosos de noche.

Ni de broma.

—No. No pienso dejarte a solas con ella.

—Tranquila, fierecilla. No es mi tipo. Ni yo el suyo.

Resoplo.

—No me refería a eso.

Dantalion suspira.

—No vas a dar tu brazo a torcer, ¿no?

Yo niego lentamente con la cabeza.

—Está bien —suspira de nuevo—. Puedes venir.

Echo a andar, pasando por su lado y dándole un empujón con el hombro.

—No, eres tú el que puedes venir —replico.

Dantalion no se mueve, y me parece que el empujón que le he dado me ha dolido más a mí que a él.

—¿Ahora no vienes? —Mi voz empieza a sonar desesperada.

—Andando tardaremos demasiado.

Me doy la vuelta para que pueda observar la cara que acabo de poner.

—¿Qué pasa? ¿Tienes una moto metida dentro de ese traje apretado?

Dantalion reprime una sonrisa y se pasa una mano por la zona del pecho. Involuntariamente, dirijo mi mirada hacia ahí, hacia el punto en el que termina la camisa y se revela un trozo de piel bronceada. Me cruzo de brazos y reprimo un escalofrío.

—Bruja, qué poco te han enseñado —murmura—. Andando tardaremos diez minutos, pero volando solo uno. ¿Te parece bien?

Pestañeo.

—¿Cómo? —respondo.

Algo dentro de mi cerebro se remueve, un pedazo de información que es tan obvia que no sé cómo no he caído antes.

Volando. Porque los demonios vuelan.

Él me dedica una sonrisa amplia, enseñando todos los dientes, y sus ojos amarillentos reflejan un brillo anaranjado. La bombilla se me enciende y la conexión neuronal empieza a funcionar mientras observo cómo el blanco de sus ojos se vuelve negro, el verde de sus

iris se convierte en un naranja brillante y su estatura comienza a aumentar.

«Dantalion no es humano. Esta no es su forma real». Me aferro a ese pensamiento para no echar a correr mientras de su cabello oscuro surgen dos cuernos en espiral, como los de un carnero, que terminan en una punta afilada cerca de sus pómulos. Sus músculos se vuelven más grandes y el traje cede, rompiéndose por las costuras. Dos alas de plumas negras surgen tras él, extendiéndose en toda su gloria desde su espalda hasta el suelo.

Doy un paso hacia atrás, pero lo cierto es que no puedo dejar de mirarlo. Cuando algo ondea cerca de sus piernas y veo una cola de color negro que termina en una punta de flecha, me tropiezo y me tambaleo hasta encontrar de nuevo mi equilibrio.

—¿Estás bien? —pregunta él con una voz algo más gutural, algo más profunda.

Ahora, para poder mirarlo a la cara, tengo que echar la cabeza hacia atrás. Los ojos le brillan como dos ascuas; naranja sobre negro.

Este. Este es el verdadero demonio del Conocimiento, el mismo que aparece en el dibujo que vi en el grimorio del *Ars Goetia*. Trago saliva. Mi primer instinto es huir.

El segundo es acercarme más.

No muevo ni un solo músculo cuando él camina hacia mí con la mano extendida. No digo nada cuando la deposita detrás de mi espalda, interrogándome con la mirada.

—¿Y bien, fierecilla? —pregunta.

«Por Priya. Haces esto por Priya».

Asiento, al fin. Cuando me alza, agarrándome de la parte trasera de los muslos para cargarme, como si yo no pesara nada, pego un respingo y llevo las manos hacia su cuello, rodeándolo. Entonces me

acuerdo de respirar, o mi cuerpo se acuerda, y percibo su aroma a jazmín, canela y clavo mezclado con algo más, algo que no sé identificar pero que hace que los pelos se me pongan de punta a pesar del calor que emana su piel.

—No tengas miedo.

Ojalá lo tuviera. Lo agarro un poco más fuerte, en anticipación a lo que va a ocurrir.

—Si me agarras así, vas a ahogarme —murmura él, como si eso fuera posible. Ahora mismo su cuello es tan grueso como el tronco de un árbol—. No voy a soltarte.

Desobedeciendo a mi instinto, respiro hondo y aflojo la presión.

—Vale —acepto, y mi mirada repasa las alas extendidas del demonio—. Vaya.

—¿Qué pasa? —pregunta él.

Nuestras miradas se cruzan, pero esta vez no la desvío. La mantengo firme donde tiene que estar... Y el calor acude a mis mejillas en una ola tan furiosa que me deja temblando.

—Oh, fierecilla, céntrate en lo que vamos a hacer, no en mí.

Si hay algo que odio es sentirme humillada. De la rabia, o de la vergüenza, deshago el agarre de su cuello para cruzarme de brazos, pero todo está descoordinado. Mis dedos se deslizan por su cuello hasta apoyarse en la parte alta de su pecho y sus pupilas se dilatan, borrando parte de la luz naranja de sus iris. Noto como sus manos se crispan sobre mi cintura y mis rodillas. Enseña los dientes, como un perro a punto de marcar.

—No te hagas ideas equivocadas —articulo, por fin.

—Y tú no vuelvas a tocarme así —replica él en un tono de voz amenazador.

Alzo una ceja.

—¿Qué pasa, demonio? —replico—. ¿Te pongo nervioso?

Él respira hondo, sus manos me agarran con firmeza.

—Tanto como yo a ti.

Sin darme tiempo a contestar, se agacha un poco, y al segundo siento que el mundo da una voltereta y mi cabeza se hunde en el hueco entre su cuello y su hombro. Una corriente de aire gélido me revuelve el pelo —que debería haberme recogido—, enviándolo en todas las direcciones, y la lluvia me golpea la cara. A pesar de todo, no tengo frío; el calor que emana de Dantalion es asfixiante.

Cierro los ojos con fuerza mientras mi estómago se acostumbra al vértigo. Las alturas no son una de mis fobias, pero que lo único que me sostenga sean los brazos de un demonio no me hace sentir, precisamente, segura. Sigo con la cara enterrada en su clavícula, sin atreverme a sacarla de ahí.

—Solo serán unos segundos —susurra el demonio—, aprovecha y mira.

Abro los ojos lentamente, aunque no por obedecerlo, sino porque quiero estar atenta a lo que hace. Lo primero que veo es la niebla, que nos envuelve como una capa blanquecina, y arriba, mucho más arriba, la cúpula de nubes sobre nuestras cabezas, ahora mucho más clara. Después bajo la vista, y Faddenfield aparece bajo mis pies. Estamos sobrevolando el paseo, tan altos como un edificio de tres plantas. Reprimo una exclamación y me aferro, de nuevo, a su cuello, provocando que Dantalion emita un quejido.

—Dios mío —exclamo—. Dios mío, estamos altísimos.

—No estamos tan altos. La niebla apenas me deja subir.

—¿Puedes inclinarte un poco menos?

—Afloja, fierecilla. Estos juegos los prefiero en un lugar más cómodo, y no en medio del aire.

Lo fulmino con la mirada, pero él tiene la vista fija en el horizonte.

—Imbécil —le insulto.

Suelto la presión y respiro hondo.

—Disfrútalo —repite—. Por lo que sé de los humanos, cualquiera daría su brazo derecho por poder volar de esta forma.

Carraspeo, intentado deshacer el nudo de mi estómago. Ese argumento no se lo puedo refutar. De nuevo, inhalo lentamente, esta vez disfrutando de la fresca brisa, de la lluvia, de la sensación de estar flotando por encima de todo, lejos de los engendros, de los demonios, de todos los errores que he cometido. Es... increíble. Nunca me había sentido tan libre.

Antes de que pueda darme cuenta, estamos descendiendo, y algo dentro de mí quiere gritarle a Dantalion que regrese, que me deje suspendida en el aire, que no me baje más. Sin embargo, no digo nada.

—¿En qué piensas? —me pregunta Dantalion—. No sé si te prefiero cuando hablas por los codos o cuando te quedas así de callada.

Suelto aire por la nariz.

—Pienso que Faddenfield parece tranquilo, a pesar de todo lo que está pasando.

Dantalion inclina su cabeza hacia mí.

—Es la calma antes de la tempestad.

Trago saliva.

—Gracias... por pedirme que mirase —susurro.

Dantalion no responde, y una parte de mí lo agradece. La hilera de casas donde vive Priya se hace más clara a medida que aterrizamos. Dante cambia su posición, pasando de una caída suave en picado a una vertical. Extiende las alas como si fueran las velas de un barco —el corazón se me para por un momento— y pierde velocidad hasta que flotamos hacia el suelo.

Apenas ha pasado un minuto, pero ha sido alucinante.

—¿Sabes? El primer humano que intentó volar fue un erudito andalusí del siglo IX. Construyó un artefacto volador compuesto de madera y seda con plumas, y realizó su primer intento lanzándose desde una torre en Córdoba. Logró mantenerse en el aire unos segundos. Luego se lesionó.

»Ahora tú eres la segunda humana que ha podido volar... sin ayuda de la ciencia.

—Gracias por la clase de historia, profesor —comento de forma sarcástica mientras él me suelta, aunque no del todo. Sus manos quedan suspendidas en mi cintura, y yo finjo que no me doy cuenta —. Y por el viaje. Ha estado bien.

—Podemos repetirlo cuando quieras —responde, alzando y bajando las cejas.

—Cuidado, demonio. Si sigues hablándome así voy a empezar a pensar que tu interés en mí no es simplemente económico...

Hablando, y tratándome así. Si seducirme es algún tipo de estrategia para hacerme caer en sus garras, ya puede esperar sentado. No soy tan estúpida como para seguirle el rollo.

—Hum.

—¿Hum? ¿No te defiend...?

Pero la frase se queda colgando de mi boca.

He localizado la puerta de la casa de Priya, y está abierta de par en par. No, no está abierta..., está rota, colgando sobre la bisagra inferior como si fuera de cartón.

El instante que tardo en reaccionar, Dantalion lo aprovecha para saltar hacia la casa y entrar con la fuerza de un tornado, traspasando a duras penas el marco de la puerta con sus alas.

Lo sigo acongojada, temiéndome lo peor.



Capítulo 33

Hasta que todo esto empezó, pensaba que mi última cobertura periodística era lo peor que me podía pasar. Estaba muy equivocada.

No puedo describir lo que se siente durante esos segundos desde que sospechas que alguien que te importa podría estar muerto hasta que descubres si realmente lo está. Imágenes de una mariposa y un cielo en llamas desfilan por mi mente, pero las aparto. No puedo permitir que eso vuelva a repetirse.

Necesito centrarme. Necesito ser valiente, todo lo valiente que no fui cuando...

Atravieso la puerta, intentando ver algo en medio de esta oscuridad. Unas ascuas aún arden dentro de la chimenea de ladrillo, alumbrando vagamente el amplio salón. Identifico el sofá de cuero rojo de Priya, el televisor antiguo y la alfombra de vaca que le regalé por nuestro primer aniversario; un día antes de que la dejara porque había dejado de sentir lo que se supone que debía sentir y me estaba asustando. No le gustó la alfombra; no era de su estilo. Me preguntó que cómo podía ser que llevásemos un año juntas y yo

aún no supiera qué regalarle. Ahora, Dante está encima de ella, medio agachado, escaneando la habitación en busca de Priya, o de un engendro..., o de un cadáver.

Cuando doy un paso más, Dante alza la mano, pidiéndome que me detenga. Señala, sin mirar, al fondo del salón, al techo.

Sigo esa dirección con los ojos, lentamente.

El engendro está agazapado en el hueco entre el salón y la cocina americana, suspendido sobre la barra que separa ambas estancias, como un insecto. Tiene un cuchillo de mango negro clavado en el ojo. Chorrea sangre y está olisqueando el ambiente, buscando a su presa a pesar de que no puede ver bien.

Y entonces la cabeza de Priya asoma tras la barra; nos ve, reprime un grito y vuelve a agacharse. El engendro chilla.

Le pido a las ascuas de la chimenea que intercambien su posición con la del engendro, traspasando su escasa lumbre hacia su cuerpo. Es un hechizo de transmutación sencillo; cuando el fuego ya existe, no tengo que crearlo, solo manipularlo. El engendro, que estaba a punto de saltar hacia Priya, prende en llamas. Ni siquiera tiene tiempo de reaccionar. Se consume en el aire como si estuviera hecho de papel, y sus cenizas caen en cascada sobre la alfombra. Tiemblo, ligeramente mareada, pero estoy bien. No me he drenado. Por una vez, he hecho las cosas como tengo que hacerlas.

Priya se levanta de un salto, sacudiéndose restos de ceniza y carne chamuscada del pelo y del cuerpo.

—¿Hay más? —le pregunta Dantalion, y su voz parece una caricia.

—¡Atrás! —grita ella, alzando otro cuchillo de cocina, esta vez un poco más pequeño, hacia él.

—Priya, somos nosotros —digo yo, alzando la mano e invocando parte de las brasas que quedan sobre el cuerpo del demonio para crear una pequeña llama que ilumine la estancia.

Sus ojos se abren como si fueran dos ventanas y su mirada salta de mí a Dantalion, y de Dantalion a mí.

—¿Ember? —murmura, y cuando su mirada vuelve a pasar al demonio se echa hacia atrás. El muy imbécil no ha recuperado su forma humana—. ¿Dan... Dante?

Suspiro.

—¿Puedes volver a ponerte tu disfraz de humano? La estás asustando.

Dantalion ladea la cabeza.

—Pero si así estoy mucho más atractivo.

Reprimo un bufido, y algo en nuestras palabras hace que Priya baje el cuchillo y su expresión se suavice.

—¿Te han mordido? —pregunto preocupada. Aún tengo el vial en el bolsillo, y esta vez no tengo la intención de dudar.

—No... —contesta ella—. Lo ha intentado, pero me he defendido —señala hacia el cuchillo enterrado en la pila de cenizas, pelos y extremidades.

—Esa es mi chica —dice Dantalion, y la familiaridad de sus palabras consigue sacarme de mis casilla. ¿Su chica?

Priya da un paso hacia nosotros.

—¿Qué está pasando? —pregunta... No, demanda. Por su tono de voz, no está dispuesta a aceptar más rodeos.

No sé ni por dónde empezar.

—No tenemos mucho tiempo, tenemos que llevarte a la iglesia con los demás vecinos, allí estarás segura —le digo—. Pero, a grandes rasgos... ¿Sabes esos rumores que circulan por el pueblo sobre que mis antepasadas practicaban la brujería?

Ella me dedica una mirada que no logro descifrar.

—Bueno —prosigo con urgencia—. Pues son verdad. Somos brujas. Y esto de aquí es un engendro, y tu amigo Dante es un

demonio, y tenemos que irnos antes de que vengan más.

—¿Un demonio? —Priya murmura algo en hindi—. ¡Alejaos de mí, los dos!

Muy bien, está aterrorizada.

—Priya, hemos venido a salvarte. —La voz de Dante recupera ese tono acaramelado de antes, como si hablase con un animal asustado —. Nos conoces. Sabes quiénes somos. Ahora sabes un poco más de nosotros, pero eso no quiere decir que seamos personas distintas.

—Tú no eres una persona —dice ella señalando sus cuernos—. *Shaitaan.*

Dante suspira y dice algo en... ¿en hindi? Y Priya da un respingo y responde en el mismo idioma. Solo me falta que se pongan a hablar en una lengua que no conozco.

—Eh, que yo también est...

En ese momento se escucha un ruido fuera de la casa, y es todo lo que necesito para perder los nervios.

—Dante, agárrala y llévatela a la iglesia. Ya habrá tiempo de explicaciones luego.

Dante asiente, coincidiendo conmigo por una vez, y, cuando da un paso hacia ella, el aire a su alrededor se ondula, se abre hasta adoptar su tamaño y se lo traga, haciéndolo desaparecer.

¿Pero qué coj...?

—¿A dónde ha ido? —grita Priya alterada—. ¿A dónde coño ha ido?

Doy un paso y agito los brazos en el aire, pero ahí ya no hay nada. Se ha desvanecido. El ruido de fuera se intensifica, y del susto pierdo la concentración y mi llama se apaga.

—¿Qué coño está pasando, Ember? —chilla ella presa del pánico.

Y no es para menos.

—Priya, tenemos que salir de aquí ya.

Rodeo la barra de la cocina y la agarro de la mano, obligándola a mirarme a los ojos. Me observa con una mezcla de temor y alivio, como si estuviera decidiendo si puede confiar en mí o no. Pero, cuando por fin me enfoca, algo la hace inclinarse por la primera opción. Asiente y echamos a andar. Salimos de su casa con cuidado, mirando en todas las direcciones, pero en un principio no veo nada. Por un momento me invade el alivio y me pregunto si, tras llevarla a la iglesia, debería quedarme ahí con ella y abandonar mi otra misión. Si no fuera por Dantalion, los engendros del paseo marítimo me habrían destrozado.

Quizás mi padre tenga razón, estamos demasiado verdes.

—Vamos —susurro, y ella me aprieta la mano.

—Vamos —acepta.

Sin embargo, antes de que podamos dar un solo paso, escucho un repiqueteo, el sonido de alguien corriendo, y ambas nos pegamos a la pared, como si las sombras pudieran camuflarnos.

—¡Ember! —La voz de Rhiannon apenas es un murmullo, pero suena lo suficientemente fuerte como para que me lleve la mano al corazón y suspire aliviada.

—¡Aquí! —respondo en el mismo tono.

Creo que nunca me había alegrado tanto de ver a mis hermanas cuando aparecen corriendo desde el paseo de la playa.

—¡Lo sabía! —me reprocha Circe, con un dedo alzado hacia mí—. ¡Te dijimos que esperases!

Me cruzo de brazos, soltando la mano de Priya, que se aprieta contra mí.

—Y si os hubiera hecho caso, ahora mismo Priya estaría muerta —indico, señalando hacia la puerta rota y abierta. Rhiannon y Circe van a replicar, pero al verla se quedan sin palabras.

—¿La han mordido? —pregunta Rhiannon acercándose a nosotras.

Priya nos mira a las tres como si estuviéramos locas.

—No... no me han hecho nada —murmura.

—Odio que siempre que haces algo mal te salga bien —comenta Circe, aunque con cierto alivio.

—Repítemelo cuando estemos lejos de aq...

Algo tira de mí. Una energía magnética que jamás había sentido recorre todo mi cuerpo y los pelos de mi nuca se encrespan. Miro a mis hermanas, cuya carne también se ha puesto de gallina. Agarro otra vez la mano de Priya y todas nos alejamos, lentamente, de la dirección de la que proviene la fuerza.

Pero da igual. La energía se acerca, mucho más rápida que nosotras. Una ondulación en el aire, como la que se tragó a Dantalion, aparece ante mí, y tras ella distingo la imagen de una ciudad... con una luna roja. El corazón se me detiene cuando comprendo lo que ocurre.

No es una simple ondulación; es un portal.

Intentamos correr, pero cuando nos damos la vuelta nos damos de bruces con otro portal del que surgen tres engendros que rugen y nos impiden seguir avanzando. Priya grita, y Circe me agarra de la mano que tengo libre. Mi espalda choca con la de Rhiannon, que busca nuestro agarre, y las cuatro quedamos así, en un círculo de espaldas contra espaldas, mientras observamos cómo a nuestro alrededor todo se llena de portales, de engendros que nos rodean.

Se acercan despacio, olisqueando el aire, con la paciencia que otorga saber que tienes a tu presa justo donde querías. Aprieto la mano de Circe, y la de Priya. Sin embargo, en vez de atacarnos, se detienen, y sus gruñidos quedan silenciados, suspendidos en el aire.

Del portal que tengo justo enfrente surge algo completamente distinto a un engendro. Algo que, en un principio, podría parecer un hombre si no fuera por sus cuernos, su cola y sus alas de color negro. Un demonio de pelo largo y plateado.

Antes de que pueda comprender lo que ocurre, la criatura nos dedica una sonrisa, ladea la cabeza y alza una mano. Noto como si miles de finísimos hilos se enredasen en mi cintura y mis muñecas, pero cuando bajo la mirada no logro ver nada.

Después, las cuatro salimos despedidas, cada una en una dirección.



Capítulo 34

—Vaya, así que vosotras sois las herederas de Ahinoam.

Lo conozco. Sé quién es. Lo sé, porque el sello de su túnica, un compás, ya lo he visto antes: en el *Ars Goetia*.

Lord Barbas, el demonio del que nos habló mi padre. El Tercero de Bael.

Mi cerebro escanea las páginas del *Ars Goetia* en busca de las fotografías mentales que tomé la noche después del Ritual, cuando Rhiannon me dejó leyendo. Lord Barbas, senescal del Infierno, también conocido como el demonio del Miedo.

El. Demonio. Del. Miedo.

No sé qué hacer. No tengo un plan, y debería haberlo pensado antes, cuando me creí lo suficientemente inteligente como para acabar con todo esto yo sola.

Me levanto con las rodillas temblando e ignorando el dolor de mis manos, codos y costado, sobre los que he caído, rasguñándome la piel. Mis hermanas han caído a unos metros de mí, a mi derecha y a

mi izquierda. Priya ha caído justo detrás, frente a uno de los portales abiertos.

Justo frente a las fauces de los engendros.

Y el demonio... Levanto la mirada, atreviéndome a dirigirme hacia él y, cuando nuestras miradas se cruzan, Barbas sonríe, casi como si adivinase cada uno de mis pensamientos. Parece un hombre. Es, como Dantalion, inquietantemente bello. Una melena plateada le cae sobre los hombros como una cascada, viste una túnica roja y sus alas son cuatro poderosas extremidades de plumas marrones y negras. Sus cuernos son rectos —no como los de Dantalion, que parecen los de un carnero— y tienen las puntas rojizas, del mismo color que sus iris brillantes sobre fondo negro.

Lord Barbas camina hacia mí y yo doy un paso hacia atrás. Mi instinto me grita, me implora, que huya.

Pero estamos rodeadas.

—Brujas —Nos saluda con una inclinación de cabeza. Después repara en Priya—. Y una despojada. Hacía tiempo que no veía una. Dime, ¿deseas la vida eterna? Mis engendros te la pueden ofrecer... A cambio de tu sangre.

Un escalofrío me recorre la espalda. Nadie sabe exactamente cómo funciona el proceso de transformación: si es un virus, una bacteria o simple magia. Acabar entre las fauces de uno de estos demonios solo puede terminar de dos formas: morir siendo devorado, como le ocurrió, por mi culpa, a Pepo... O, peor, adquirir la inmortalidad a cambio de la conciencia. Eso es lo que ocurre cuando un engendro bebe de la sangre de una criatura, esta se convierte en otro esclavo más, un siervo de Lord Barbas. La transformación es paulatina; con el paso de los años, las criaturas que han sido mordidas se van convirtiendo en monstruos como ellos, aunque al principio todos conservan su aspecto original. La cola y las

extremidades deformes y alargadas son producto de siglos de mutaciones, de caminar a cuatro patas, de dejar atrás toda memoria de una vida anterior para abrazar la monstruosidad.

—No te acerques a ella —le advierto, pero mi voz suena tan débil, tan poca cosa, que la amenaza se queda en nada.

El demonio pasea su mirada por Rhiannon, Circe, y después la clava en mí. Levanta una mano con el índice y el corazón extendidos y las señala a ellas.

—Decidme, ¿quién de vosotras tres es Circe?

Parpadeo confusa. Circe da un paso hacia atrás, delatándose a sí misma. Maldigo por lo bajo.

—Ya veo —dice el demonio, alzando una mano.

Ni siquiera me da tiempo a reaccionar. Mi hermana pequeña sale de nuevo volando por los aires, empujada por una fuerza que antes me pareció invisible, pero que ahora puedo entrever: son unos hilos plateados que el demonio maneja con sus dedos, como un titiritero, y que se enredan en nosotras como telas de araña. Con horror, veo cómo Circe cae a los pies del demonio, que utiliza el mismo gesto que hizo mi padre para invocar a su espada. El brillo plateado de su filo, ardiente como una llama, me detiene el corazón. Rhiannon y yo cruzamos una mirada de espanto.

—¡Espera! —le grito al demonio.

Él se ríe con un sonido gutural que me pone los pelos de punta.

—¿A qué? —responde divertido.

Mi hermana pequeña se remueve a sus pies, intentando ponerse de pie, pero él levanta su pierna y la golpea en la zona lumbar, derribándola y pisándola como si fuera un insecto. Tardo unos segundos en reconocer como mío el llanto que surge de mi garganta.

El demonio alza la espada.

—¡Tengo derecho a una pregunta! —grito con todas mis fuerzas.

Página seis del *Ars Goetia*, en el párrafo cinco; mi memoria revela el fragmento como el clic que produce el objetivo de una cámara al tomar una fotografía: «Lord Barbas está obligado a contestar a una pregunta, la que sea, si la criatura que se encuentra con él así lo requiere».

El Tercero de Bael se detiene. Baja el arma y asiente sin mostrar ni fastidio, ni ira, ni impaciencia; aún pisando a mi hermana, aún reteniéndola con su bota. Las lágrimas se agolpan en mis ojos sin que yo pueda controlarlas.

—Solo una pregunta —recita—. Piénsala bien.

Pero no puedo pensarla bien, porque solo puedo fijarme en Circe, que me mira con los ojos también anegados de lágrimas, que tiende su mano hacia nosotras esperando a que la ayudemos, que no puede creer que su corta vida vaya a acabar tan rápido. Así que hago la única pregunta que retumba en mi mente desde hace días, la misma que me ha traído hasta aquí y ha arrastrado a mis hermanas y a Priya conmigo; y la hago esperando un milagro, porque sé perfectamente que ninguna de nosotras tiene el poder para luchar contra un senescal del maldito Infierno.

—¿Quién es el Rey de los Demonios?

Lord Barbas ladea la cabeza, como un búho.

—¿Esa es tu pregunta? —Su lengua asoma entre sus dientes y se relame—. Los humanos sois tan ciegos... Solo veis lo que queréis ver. Pero, por desgracia, tu pregunta está mal formulada. ¿Quién es? Te lo diré: es el demonio del Olvido. Pero no me has preguntado su nombre... Así que no tengo por qué revelártelo.

Trago saliva, pero mi corazón late demasiado fuerte, cada latido retumbando en mi cabeza con la fuerza de una tormenta. El demonio del Olvido. El demonio del Olvido.

¿Quién narices es el demonio del Olvido?

—¡Ember! —me giro hacia la voz de Priya, casi por instinto. Los engendros la están rodeando. Observo, con horror, cómo se abalanzan sobre ella.

Circe grita.

Rhiannon corre hacia el demonio, con un resplandor rojizo brillando en sus ojos. Barbas traza una suave curva con la mano, como una ola, y mi hermana queda congelada en el sitio. Sus ojos se vuelven blancos.

Circe grita.

No sé qué hacer.

—A cambio de mi respuesta te hago una pregunta —Lord Barbas ignora el caos a su alrededor y clava su mirada rojiza en la mía, y solo entonces me doy cuenta de que estoy temblando—. ¿Cuál es tu mayor miedo?

Algo en sus ojos brilla. Un destello amarillo.

El mundo se vuelve del revés. Cuando intento dar un paso más, caigo al vacío.



Capítulo 35

«¿Cuál es tu mayor miedo?».

Estoy en medio de una ciudad en ruinas. El polvo se me mete en los ojos, en la nariz y dentro de la piel. No hace frío, pero yo tengo frío, ¿y cómo no tenerlo cuando todo a mi alrededor ha quedado congelado en el tiempo?

Llevo mi cámara al cuello y la uso para retratar a unos niños que juegan entre los escombros. Ayer cayó una bomba y después llovió, así que el agujero que dejó la detonación se ha convertido en un charco improvisado del que sacar algo de agua para beber. A mi derecha se extiende un campo vacío. Voy con un grupo de chatarreros que buscan cualquier tipo de metal que puedan aprovechar para vender. Hay una niña con ellos. Tiene el pelo oscuro y los ojos grises, y me recuerda a Morgana.

La niña se ha encariñado conmigo porque le he regalado un cuaderno y un bolígrafo. Cada vez que encuentra algo lo alza,

orgullosa, y me pide que le haga una fotografía. Estoy gastando el carrete en fotos que no usaré, pero ella parece feliz.

«Voy a encontrar algo muy bonito para ti», me dice a través del intérprete que viene conmigo. Se aleja, a pesar de las advertencias de su madre, que le grita algo que no logro comprender. Que no se vaya sola, supongo.

Sigo trabajando, le pregunto a un chatarrero cuánto dinero piensa que harán tras vender el metal.

«No lo suficiente», responde.

La niña exclama algo en mi dirección. «Dice que ha encontrado una mariposa», traduce el intérprete.

A lo lejos, la veo jugar con un pequeño trozo de plástico verde. Finge que vuela como si fuera un avión. A mi alrededor, los adultos gritan. Su madre se lleva las manos a la cabeza, emite un alarido que se me quedará clavado para siempre en el lugar más oscuro de mi alma y corre hacia ella.

Y, entonces, reconozco el objeto.

No es una mariposa; es una mina.

«¡Suéltala!», grito, alzando una mano, pero no me atrevo a moverme.

Y, de todas formas, ya es demasiado tarde.

La niña es Morgana. Me mira con sus ojos inocentes y sonríe, ajena al peligro. Alza la mariposa.

La mina explota. Caigo hacia atrás, impulsada por la onda de choque, y el oído izquierdo me pita de una manera que me resulta dolorosa. Cuando abro los ojos no puedo escuchar nada, pero sí veo a una madre que ya no lo es llorar desesperada mientras el fuego se alza desde la tierra hasta el cielo.

Estoy hablando por teléfono con mi editora.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Que no volveré a escuchar del todo bien por ese oído.

Ella suspira.

—Necesito que te cojas la baja.

—Y yo necesito trabajar.

—Me dijeron que ayer fuiste a la redacción borracha.

—Me pasé un poco, no volverá a ocurrir.

—Me preocupas, Ember. Vuelve a casa, pasa unos meses tranquila.

Una mariposa revolotea cerca de mí. Un destello de color. Unas alas negras. Me atrevo a decir aquello que nunca he dicho en voz alta.

—No quiero volver a casa, ya no pertenezco a aquello. Nunca lo hice.

—Tienes que regresar.

—¡Mis hermanas morirán por mi culpa!

Del teléfono surge un cuervo, y el cuervo me observa con sus infinitos ojos negros.

—Podrías haberlo evitado, al igual que pudiste evitar que la mina explotara en la mano de aquella niña.

El cuervo ladea la cabeza y grazna, y yo lo miro como si fuera un viejo amigo.

—¿Crees que mamá podrá perdonarme? ¿Que Morgana podrá tener una vida tranquila?

—Morgana tiene un destino que cumplir.

Algo dentro de mí se rompe. Tiro el teléfono al suelo, me zafo de los picotazos del cuervo y corro en medio de la oscuridad. Me alejo de la mariposa que flota perdida en el aire. Me alejo de todo. Si sigo corriendo, quizás pueda huir lo suficientemente lejos. De todo. De mí. De esta furia que siento a todas horas, del miedo que me atenaza.

Pero unos ojos negros me vigilan.

Y entonces, cuando estoy a punto de caer al vacío, la veo.

—Es un sueño, Ember.

Mi hermana pequeña me mira con sus ojos color gris.

—Morgana, ¿qué haces aquí?

—Tienes que despertar y salvarlas.

—No sé cómo hacerlo.

—Dame la mano.

Morgana extiende sus dedos y yo se los aprieto.

La oscuridad se vuelve luz.

Cuando vuelvo a enfocar la vista me doy cuenta de que sigo en pie, congelada en una posición rígida, con una mano alzada hacia el demonio, hacia Circe. Rhiannon está igual que yo, solo que ella no se ha liberado.

Para mí ha pasado una eternidad. No sé cuánto tiempo ha transcurrido en el mundo real.

Lo primero en lo que me fijo es en que el demonio del Miedo está arrodillado, y junto a él está... Otro demonio.

Me da la espalda. Sus alas son deformes; un intrincado mecanismo de hierro las sostiene. El mecanismo son dos alas, dos alas de bronce. No tiene cola.

—Invoca a las huestes. Este asunto ha durado demasiado —dice, y agarra el pomo de la espada clavada a sus pies, la espada de Lord Barbas.

Circe emite un lamento cuando el filo se separa de su cuerpo y un chorro de sangre brota de su abdomen. La mirada se me nubla mientras el demonio devuelve el arma a Lord Barbas, que al tomarla se incorpora.

Doy un paso hacia delante, como un autómata. El demonio que me daba la espalda gira la cabeza y me dedica una mirada que no sé

interpretar. Me detengo, sacudida por una ola que hace que me postre de rodillas y me sujete la cabeza entre las manos. El interior del cráneo me arde, los sesos se me hacen papilla.

Entre el dolor, apenas puedo escuchar nada, pero me concentro para distinguir las voces.

—Dijiste que no despertaría de la pesadilla hasta que diéramos la orden.

—Se ha liberado sola.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—Retírate. Yo me encargo de esto.

Entre lágrimas, observo cómo Lord Barbas asiente y se da la vuelta, dirigiéndose hacia uno de los portales. Alza la mano y chasquea los dedos. Sus criaturas emiten un alarido y lo siguen, desapareciendo por el resto de los portales. Distingo el cuerpo de Priya tirado sobre un charco de sangre.

Gateo. El mundo está extrañamente silencioso mientras me aproximo a mi hermana pequeña, a la niña que aún no ha tenido la oportunidad de vivir. Cuando me agacho ante Circe, sus iris azules me devuelven una mirada perdida, débil, que se está quedando sin luz.

—Lo siento —dice el demonio que aún se alza a su lado—. Ya es tarde.

«Has pactado con el demonio del Olvido». Las palabras de Lord Barbas se me clavan como puñales.

Meto una mano temblorosa dentro de mi chaqueta y saco el vial, ajena a todo, ajena a la realidad, como si aún estuviera soñando. El demonio del Olvido me agarra de la muñeca, deteniéndome antes de que pueda abrirlo.

—Despídete de ella y déjala ir en paz.

¿Por qué no me mata? ¿Por qué Rhiannon y yo seguimos vivas?

No. No pienso dejar que termine así.

Tiemblo, pero ya no es de desesperación, sino de ira. Dejo que el Infierno me trague, que se canalice a través de mí.

Cuando miro al demonio, su piel arde. Arde como un muñeco hecho de paja.

El demonio grita, me suelta, se sacude.

—¡Basta! —me ordena—. ¿Crees que puedes vencerme con un truco barato?

Aún de rodillas, encuentro los ojos de Circe y me concentro en enviarle mis sentimientos, en intentar que descubra lo que quiero decirle a raíz de mi determinación. Percibo un atisbo de comprensión en su mirada y aprieto su mano. Un ramalazo de energía se desprende del centro de mi pecho y me recorre el brazo hasta conectar con mi hermana. Abro aún más las puertas de mi poder a la Fuente, al Infierno, y permito que la corriente de magia pura nos recorra.

Temblando, Circe alza la mano y da la orden.

—Vete de aquí.

Su voz es apenas perceptible, pero el demonio la escucha porque, mientras consigue apagar los últimos trazos de fuego —sus ropas han sufrido daños, pero su piel está intacta—, algo en él cambia y desaparece tras un portal.

No pierdo el tiempo. Abro el vial y lo vierto sobre la boca de mi hermana, que ya está preparada para recibirlo.

Circe grita de dolor. Colocándola entre mis piernas, la rodeo con mis brazos y hago presión sobre su herida, que se remueve con ese siseo que provoca el suero cuando hace efecto. La posición es incómoda y me duelen los abdominales y los hombros mientras

intento sostener el peso de ambas, pero aguanto, porque necesito que mi hermana me sienta, que sepa que estoy aquí, con ella.

Se retuerce. Yo no consigo sentir nada más allá de una gélida mano que me aprieta el corazón. Los segundos se convierten en minutos mientras espero.

Y espero.

Sobre mí, Circe empieza a respirar con un poco más de fuerza.

—Despierta a Rhiannon, pídele que me cure.

Me lo dice sacando aún la energía de mi interior, solo que esta vez rompo la conexión con la Fuente cuando noto que los bordes de mi visión empiezan a ennegrecerse, que incluso mis entrañas ya apenas sienten el frío que las congela y empiezan a quedar yermas.

Yerma, así me siento, cuando el poder del Infierno me abandona.

A duras penas consigo levantarme. Mi hermana mayor sigue en la misma posición congelada, sus pupilas completamente blancas, sus ojos totalmente abiertos, mirando sin mirar. La agarro de los hombros, sacudiendo con fuerza. Pero no es hasta que grito su nombre que logra reaccionar.

Rhiannon sacude la cabeza, su gesto se tuerce en una mueca de terror y su labio inferior comienza a temblar.

—Tienes que ayudarnos —le pido antes de que empiece a llorar.

—¿Qué es lo que...?

Pero no hace falta que le explique nada. Rhiannon corre hacia Circe, se arrodilla a su lado. No respiro hasta que compruebo que su magia consigue cerrar el resto de la herida que el suero no había podido curar.

Entonces, solo entonces, me atrevo a mirar a Priya. Aún respira. Aún es ella.

A juzgar por los mordiscos que presenta su piel, no por mucho tiempo.

—Ember... —El susurro de Circe me pilla desprevenida. Ella y Rhiannon se han levantado, se han puesto a mi lado y yo no me he dado cuenta, porque lo único que puedo hacer es observar, horrorizada, a Priya—. Ember, ¿recuerdas su rostro? ¿Recuerdas el rostro del demonio al que ordené huir? ¿O su sello?

Me giro hacia mi hermana lentamente. La cabeza me retumba como un tambor, como si un martillo golpeara las paredes de mi cráneo.

—No —respondo—. No, ya no lo recuerdo.



Capítulo 36

Dantalion

—Te dije que no funcionaría, pero no quisiste esperar. Has estado a punto de tirar todos tus planes por la borda.
El Rey de los Demonios se gira hacia mí, y después da una vuelta sobre sí mismo, observando todo a su alrededor, demasiado sorprendido para contestar. Es curioso que haya elegido este lugar, mi casa, para huir después de su derrota. Pero así funciona el destino, es caprichoso.

De todas maneras, está claro que sabía dónde vivía. El portal que me tragó me trajo hasta aquí. Hasta aquí, donde me esperaba el mismo grupo de demonios que se ha encargado de que no pueda regresar volando hacia el puerto, de que no pueda salvar a una de las pocas personas que me han hecho sentir vivo desde hace doscientos años. Mi única amiga desde que...

Intenté evitar su destino. Lo intenté de verdad. Por primera vez en mucho tiempo, me he atrevido a desafiar una de las profecías de

El Interminable.

Ya debería haber aprendido la lección. Nunca sale bien. Y, ahora, Priya tendrá que morir o enfrentar un destino que quizás considere infinitamente peor.

—¿Majestad? —dice uno de los demonios que aún me vigila—. ¿Qué hacemos con él?

Mi conexión con la Fuente se está restableciendo poco a poco. Podría desembarazarme de estos cinco demonios sin problema, incluso sin mi espada maldita. Pero ¿para qué? Ya no llegaré a tiempo. No, debo ser paciente. Pronto pagarán muy caro lo que le han hecho a Priya.

El Rey de los Demonios alza una mano para abrir un portal.

—No te aconsejo regresar con ellas —le advierto—. Si lo haces, te matarán.

Un gruñido de frustración surge de su garganta.

—¿Por qué? ¿Por qué ha salido mal? ¿Por qué la mediana despertó de su pesadilla?

Me cruzo de brazos. Los cinco demonios menores aún me observan con desconfianza. Están deseando llevarme derecho al Infierno, acabar con mi vida como, probablemente, les ordenó Bael tras mi huida.

Pero los pactos no se pueden quebrantar, y mucho menos el de un Rey.

—No sé por qué Ember despertó —respondo.

Y es cierto. Hay ciertas partes de esta historia que no logro discernir, incluso aunque pude leer este hilo. Son partes que me ciegan, como una luz brillante, y no me dejan ver.

—Lo que sí sé es que morir hoy no era el destino de la pequeña. La magia de las hermanas está creciendo, y Ember se vuelve

particularmente peligrosa cuando se enfada, por si no te has dado cuenta. No deberías subestimarlas. Hoy no será el día de tu victoria.

El Rey de los Demonios parece dudar, así que continúo.

—Te dije que, cuando las cosas salieran mal, vinieras a buscarme. Que te enseñaría algo que te haría cambiar de opinión. Deja, pues, que te lo enseñe.

—Dejadlo —ordena el Rey de los Demonios—. Dejadlo en paz. Por ahora. Idos.

Chasquea los dedos y una ondulación en el aire aparece en el medio de mi salón, encima de la alfombra persa. Evito mirarla; no quiero ver la ciudad que hay detrás de ella. Mi hogar, el lugar al que llevo tanto tiempo intentando regresar. Una ciudad, iluminada por una luna sangrienta, con edificios de picos tan altos que arañan un cielo fragmentado en ocho, como un espejo roto. Cada uno de esos fragmentos es de un color diferente... y cada uno es un portal a un anillo del Infierno. Desde aquí no se aprecia, pero sé que el contorno de esos otros lugares puede apreciarse en el firmamento, como las auroras boreales. Obedientes, los demonios desaparecen tras ella.

Crear portales. Cómo echo de menos esa habilidad, qué conveniente era...

—¿Y bien?

—¿Has reparado...? —comienzo, mientras la curva de mis labios va elevándose sin que yo pueda evitarlo—. ¿Has reparado, acaso, en que Circe no es *exactamente* la hermana más pequeña?

El demonio del Olvido retrocede un paso. Sus alas deformes se van poniendo rígidas tras él. Una pluma gris se desprende de ellas y cae sobre la madera del suelo.

Repulsivo. Él no merecía esas alas... Y parece que el Infierno lo sabía.

—¿Qué estás...?

—Hay una hermana más. Son cuatro. ¿No te habías dado cuenta?

En menos de un segundo, lo tengo sobre mí, con su espada acariciando la piel de mi cuello. No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—No puedes matarme —le recuerdo—, si rompes el pacto morirás.

—¡Me engañaste! —grita.

—No, te dije exactamente lo que debías hacer. No es mi culpa si no te diste cuenta de que no me refería a Circe.

—¡Pero tú no me sacaste de mi error!

Me encojo de hombros y deslizo el índice por la punta de la espada, alejándola suavemente de mi preciado cuello.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

No. No entra dentro de mis planes verlo triunfar. Y si existe la más mínima posibilidad de que lo haga..., la destrozaré. Aunque, de momento, tenga que colaborar con él.

—La más pequeña... —reflexiona él—. La más pequeña ni siquiera está aquí. Si lo que dices es cierto, entonces debo matar a una de las hermanas y eliminar la niebla, o no podré acceder a ella.

—No. No sucede así.

Su dedo ganchudo me señala.

—No volveré a confiar en tu lengua pérfida, Dantalion. Seguiré con mi plan original. La bruja de la empatía morirá hoy, la niebla se levantará, mataré a la niña y el Infierno caerá sobre Faddenfield...

—¿Qué crees que está haciendo la madre de las niñas en este momento?

El demonio del Olvido baja el dedo.

—Por la Diosa. Crees que está esperando sentada, ¿verdad? La bruja que pudo vencer a Bael, sentada, esperando, como un gatito.

Chasqueo la lengua. Tch, tch.

—Ha reunido ya un ejército, *Majestad*. Brujas de todo el mundo rodean en este momento Faddenfield. Ya ganaron una vez, con un rey más fuerte, mucho más experimentado. Y, si la más pequeña vive, y una de sus hermanas muere... Tú fracasas. Es así.

El Rey de los Demonios abre la boca, pero no le permito interrumpirme.

—La más pequeña, amigo... Esa niña es algo que ni tú ni yo comprendemos. Cuando llegué a este pueblo, creí que solo me encontraría con tres hermanas. Tres. ¿Sabes lo que significa eso?

»*El Interminable* no la vio.

El demonio del Conocimiento ladea la cabeza. Sabe tan bien como yo que eso es imposible.

—Lo último que vi antes de que me impidieran seguir leyendo fue el final de esta historia. Y la tuya estaba unida a algo que no podía ver. Tiene que ser ella, no hay otra. De alguna manera, la niña cruzará hacia Faddenfield incluso a través de la niebla.

—¿Que cruzará...? ¡Ni siquiera yo puedo atravesar esta cúpula en la que nos han encerrado! Una niña no pod...

—Pero podrá. Podrá, si tienes paciencia. Sabes que no mentí, amigo. Te dije el momento, el día. La manera. Pero no solo no fuiste lo suficientemente inteligente para ver más allá de tus narices, sino que decidiste ignorar mi profecía. Y, ahora, mírate. ¿Cuánto poder has gastado en ellas ya?

La espada desaparece. El temple del Rey de los Demonios también.

—Espero con ansia, Dantalion, el día en el que las hermanas accedan a negociar de nuevo contigo. Haré que tu muerte sea lenta.

—No lo dudo —respondo con sorna—. Pero, de momento, ¿qué tal si te enseño... un fragmento de tu futuro?

Su Excelencia parece actuar bajo los designios de su naturaleza ambiciosa. La paciencia no es una de sus virtudes. Pero paciencia, a mí, es algo que me sobra. Quizás no para aquello que me resulta poco interesante, pero sí para todo lo que tengo planeado...

Le tiendo las manos. Preferiría no tocar a esta vil criatura, pero no me queda más remedio. Necesito que me crea. Necesito que decida esperar. Y, ante mi oferta, no podrá resistirse.

El Rey de los Demonios agarra mis manos con un gesto brusco. Y yo empiezo a recordar...

A recordar aquello que leí, hace más de dos mil años.

Unas cuevas. Tres hermanas que sueñan, que confían. Un pasaje entre vigilia y realidad. La luz en la oscuridad. Un salto en el tiempo, hacia el último día.

Una explosión.

Una esfera dorada. Dentro, una luz cegadora que no puedo ver. Antes no lo entendía.

Tiene que ser la niña.

Una espada que atraviesa la esfera, los ojos sin iris del Rey de los Demonios, aquel que le robó el Dominio a la Primera de Bael.

Un último empujón.

Un grito que parte el cielo.

Una niebla que se disipa.

La victoria del Rey de los Demonios... Y mi caída. Me acerco a ella, a la bruja que llora, la sujeto, le acaricio el pelo. «No tenía que acabar así», le digo. Ahora me odiará para siempre.

¿Por qué me importa? ¿Por qué sigue importándome? Es culpa de este Vínculo, este capricho del destino. No es real. No me obligarán a sentir aquello que no deseo.

Y, sin embargo, la Diosa la hizo para mí, y cuando la tengo cerca...

Ember...

Sal de aquí. Deja de mirarnos. ¡Aléjate de ella! ¡Aléjate...!

—¡Aléjate de Ember!

—¡Suéltame!

Abro los ojos, volviendo a la realidad. Lo tengo agarrado por el cuello, sobre el suelo, y se supone que no debo hacerle daño.

Me alejo de él, trastabillando. ¿Cómo ha...? Me ha robado el control de la visión, mirando más allá de lo que tenía permitido.

—Debe de ser trágico —dice él, ajustándose el cuello de la capa —. Debe de ser trágico saber que no podrás evitarla.

—Eso era solo un hilo alternativo —le recuerdo—. Y tu única oportunidad de vencer.

Pero el Rey de los Demonios esboza una sonrisa que no me gusta nada.

—Gracias por mostrarme el camino —dice, clavando sus ojos sin iris en los míos—. Ahora sé qué debo hacer. Esperaré, pues, a la llegada de la niña. Pero, antes de que se me olvide... Lord Barbas detectó tu presencia en el cielo. Cargabas con la bruja. Intentabas ayudarla, ganarte su confianza, supongo. No olvides que tengo ojos en todas partes, Lord Dantalion.

—Qué macabro —digo, fingiendo sentirme ofendido—. Espiarnos así, durante un momento tan bonito.

—Aléjate de las brujas, demonio del Conocimiento —prosigue él —. Aléjate de la mediana, o puede que le revele tu pequeño secreto al aquelarre.

»Puede que le diga a Ember por qué ese Vínculo que hay entre vosotros te repugna y, a la vez, es la única brizna de esperanza a la que te has aferrado durante todos estos siglos.



Capítulo 37

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Advierto la llegada de mi padre por el rabillo del ojo, pero no puedo apartar mi mirada de Priya. Hace un segundo ha empezado a convulsionar. Sus ojos ya no son de color azul, sino rojos como la sangre y, cuando nos mira, hay rabia en ellos. Rabia, y hambre.

Papá llega justo a tiempo para agarrarla por el cuello, alejando sus dientes de él. Yo desvío la mirada.

—¿Qué ha pasado? —repite—. ¿Qué hacéis aquí? ¡Os dije que esperaseis en la iglesia!

—Tenía que salvarla... —murmuro—. Y he fallado.

La he dejado sola porque solo podía pensar en mi hermana. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza darle el vial a Priya. El vial que podría haberle dado a Pepo, y que hubiera condenado a Circe.

—Dejad de mirarla como pasmarotes —ordena mi padre—. Ya no hay nada que hacer.

—¡No! —exclamo, forzando a mi padre a detener el filo de su espada, ya próximo al cuello de Priya—. Espera. Aún... aún podemos

salvarla.

Mi padre y mis hermanas dirigen su mirada hacia mí. Me froto las sienes intentando pensar, a pesar del masivo dolor de cabeza que amenaza con tumbarme.

Aún puedo salvarla. Solo tenemos que conseguir otro vial.

—Ember... —comienza mi padre, con sus ojos clavados en el vial que hemos dejado vacío en el suelo, junto a la mancha de la sangre de Circe—. Ember, ya no os quedan viales. Si ha ocurrido lo que creo que ha ocurrido —repasa la camiseta ensangrentada de Circe—. Entonces ya está. Este es el peso de tomar una decisión en un momento decisivo; siempre hay un precio que pagar.

Sacudo la cabeza.

—Los Magnolia tienen más suero —respondo, y después aclaro—: en su laboratorio. Iré a por uno.

Papá tuerce la boca.

—Es demasiado arriesgado.

—Lo sé —respondo—. Pero rescatarte del Infierno también lo fue.

Algo cambia en la oscura mirada de mi padre, que asiente lentamente.

—Muy bien, hija —dice—. Está claro que sales a tu abuela. ¿Qué propones?

Priya gruñe, removiéndose entre los poderosos brazos de mi padre. Dos afilados colmillos asoman por debajo de su labio superior.

Circe y Rhiannon dan un paso hacia nosotros. Ambas están tan pálidas y ojerosas... Un reflejo de mi propio estado, supongo. Mi corazón sigue latiendo, alocado, dentro de mi pecho, y un sudor frío me recorre la espalda, una espalda agarrotada que me duele como si llevara toda la noche durmiendo en una posición incómoda. Mi cuello cruje cada vez que lo muevo. El cuerpo empieza a pesarme y

lo único que deseo es tumbarme en el suelo, acurrucarme sobre mí misma y dejar el tiempo pasar... pero no puedo parar ahora.

El alba comienza a despuntar entre los blancos nubarrones, iluminando con una luz mortecina los edificios grises del puerto, reflejándose sobre la superficie turbada del mar como el brillo plateado de las escamas de un pez. La llovizna de antes ha dejado paso a un viento húmedo que me remueve el cabello mojado.

Frío. Hace tanto frío.

—Llevad a Priya a casa —propongo—. Cread una Jaula en el salón y encerradla allí; llevarla a la del torreón será demasiado complicado. —Y más con Priya removiéndose como un animal salvaje—. Yo me encargaré del res...

—¿Tú sola? —interrumpe Rhiannon—. ¿Piensas ir tú sola? Ni habl...

Pero el sonido de unos pasos a la carrera la detienen, y los ojos de mi hermana se dirigen a un punto alejado, detrás de mí. Me giro, siguiendo su dirección, y respiro aliviada al comprobar que tan solo son Hikari y Erik, que vienen corriendo desde el paseo marítimo. Me cruzo de brazos, en un intento de darme calor mientras esperamos su llegada.

—¿Cómo se os ocurre salir de la iglesia solas? —nos reprocha Hikari, y entonces se acerca lo suficiente para poder ver, para verlo todo: el charco de sangre, la camiseta destrozada de Circe, la palidez de nuestros rostros... Y al engendro que antes era una mujer —. Oh, Dios, ¡Circe!

Mi hermana pequeña se separa de Rhiannon para ir a su encuentro. Ya se sostiene de pie sola, pero ni siquiera soy capaz de mirarla sin tener que reprimir las náuseas o las ganas de gritar de frustración. Ha estado a punto de morir y ni siquiera somos capaces de recordar al demonio que ha causado todo esto.

«Has pactado con el demonio del Olvido».

¿Cómo vamos a matarlo si ni siquiera podemos recordar su rostro?

—Hikari —digo, interrumpiendo el escaneo al que está sometiendo a mi hermana—. Necesitamos un vial para ella —Señalo a Priya—. El último ha sido para Circe.

Gasto tan solo unas frases para poner a todo el mundo al día.

—Tenemos que consultar el *Ars Goetia* —concluye Rhiannon—. Así sabremos quién es el demonio del Olvido.

—Id a casa —dice Hikari—. Yo y Erik iremos a buscar el vial.

—No —respondo yo—. Mi familia volverá a casa. Yo iré con vosotros.

De nuevo la mirada de reproche de Rhiannon; pero antes de que mi hermana pueda decir nada, la cazadora toma una bocanada de aire y después exclama las palabras que llevo ya un rato esperando:

—¿¡Que irás con nosotros!? —sacude la cabeza—. No pienso enseñarte dónde guardamos la única arma que puede ayudarnos en esta batalla. ¿Te das cuenta, Ember, de que esto lo has provocado tú?

Le dedico una mirada carente de toda emoción.

—Sí —respondo—. Me doy cuenta.

Hikari pestañea perpleja.

—Vaya. ¿En serio?

—Sí.

—¿Asumes tu responsabilidad? ¿Ahora la asumes?

A pesar de todo, aún encuentro las fuerzas para estallar.

—Sí, Hikari, asumo mi puñetera responsabilidad. Acepté abrir las puertas del Infierno a cambio de la vida de mi padre, y eso casi le cuesta la vida a Circe y a Priya. Y Pepo... —niego con la cabeza, apartando de mi mente el recuerdo del cadáver de Pepo, y el de las

palabras de mi padre cuando me hizo dudar—. Pero eso pasó hace dos días, y ya no hay marcha atrás. No me arrepiento. No me arrepiento de haber tomado una decisión que salvó una vida, pero asumo mi responsabilidad. —Entonces los miro a todos, uno a uno.

»Ya ha muerto una persona. No dejaré que muera nadie más. Y me aseguraré personalmente de ello, Hikari. No te ofendas, pero no pienso dejar el destino de mi exnovia en manos de dos adolescentes.

Durante un segundo, nadie dice nada. Aprovecho para repasar las heridas de Circe, comprobar que han sanado. La horrible cicatriz que le dejó el efecto del suero ha desaparecido gracias a los poderes de Rhiannon.

—Muy bien —dice por fin Hikari. Algo en su mirada ha cambiado, como si mi discurso le hubiera dado el respaldo que necesitaba para volver a confiar en mí—. ¿Estáis todas de acuerdo, entonces?

Erik carraspea, cambiando el peso de su pierna derecha a su pierna izquierda, visiblemente incómodo con la decisión, pero sin atreverse a decir nada. Rhiannon suspira y mira al cielo, como si en la cúpula de niebla pudiera encontrar alguna respuesta.

—Si vamos todas, nos arriesgamos a que nos vean —insisto—. Cuantos menos, mejor.

Finalmente, Rhiannon deja escapar un suspiro.

—Muy bien, ve con ellos, entonces —acepta—. Pero si tardas demasiado, pienso ir a buscarte.

Sacudo la cabeza.

—No, Ri, necesito que confíes en mí. Lo haré sola esta vez. Ocúpate de Priya. Buscad información sobre el demonio del Olvido. Y trazad un plan.

»¿No os parece extraño que no haya vuelto? Nos tenía en la palma de su mano, y no ha regresado a terminar su trabajo. La

orden de Circe no ha debido de durar más de unos segundos y, sin embargo, nos ha dejado solas.

Mi padre asiente lentamente.

—Algo está ocurriendo —concuerda—. Si el Infierno no está atacando, es por algo.

Circe alza una ceja.

—Tú eres el experto —dice—. ¿Alguna idea de qué está ocurriendo?

—Solo se me ocurren dos opciones —responde él, lidiando con el forcejeo de Priya—. La primera: algo ha fallado en su plan de hoy, algo que les ha hecho tener que pivotar. La segunda... es que alguien les ha advertido de que esta no es la manera de hacer las cosas. Alguien que conoce los hilos del destino, y cómo manipularlos a su antojo.

Me muerdo el carrillo recordando cómo Dantalion desapareció tras el portal como por arte de magia.

—El demonio del Conocimiento está colaborando con su Rey —concluyo.

Puede que Dantalion no juegue... Pero se está convirtiendo en una pieza demasiado compleja en este rompecabezas.

Una pieza cuya función de veras necesito encajar en su sitio, aunque sea a golpes.

* * *

Evitamos el camino principal y recorremos el bosque cuesta arriba, hasta llegar a la parte trasera del castillo, rodeada por una verja por la que solía escaparme cuando iba al instituto. Por un momento deseo con todas mis fuerzas volver a esa época, aquella en la que

mi única preocupación era que mi madre me pillara fumando con mis amigas, haciendo pellas o saltándome las clases de natación.

—Lo que has hecho por esa chica... —dice Hikari mientras camina a mi lado espada en mano, a pesar de que ya no hay signos de engendros por ningún lado—. Es decir, lo de irte a buscarla sola, y lo que estás haciendo ahora...

Hikari me mira, pero no parece que las palabras acudan a su boca.

—¿Qué? —le pregunto, alzando una ceja—. Habla, mujer.

Ella carraspea, incómoda.

—No lo sé —continúa—. Es muy valiente por tu parte. Y estúpido. Pero parece que ese es tu rollo: ser valiente y estúpida.

Inspiro profundamente, intentando contener una carcajada sarcástica.

—La valentía conlleva parte de estupidez —respondo—. Pero todos nos volvemos algo estúpidos cuando se trata de salvar a la gente que queremos.

—No sé —replica ella—. Yo nunca he tomado ninguna decisión sin pensármelo antes diez veces.

Disimulo una sonrisa.

—Tú siempre haces lo correcto —le digo—. Pero a veces confundimos hacer lo correcto con hacer lo que se espera de nosotros, con el deber. No te dejes llevar por lo que se espera de ti, Hikari, o nunca descubrirás qué es lo que tú quieres.

Ya hemos llegado a la verja. Observo el jardín trasero del Magnolia, compuesto por un árbol, un crucero de piedra y un pequeño parking en el que tienen aparcada una carretilla llena de pinocha. Todo está empapado y huele a musgo y campos de trigo, el aroma característico de Faddenfield. Doy las gracias por mis botas y

mi chaqueta de cuero, pero, aun así, estoy a un paso de pillar el peor resfriado del mundo.

—Quizás ella debería esperar aquí —sugiere Erik, dirigiendo sus palabras deliberadamente a Hikari.

Hikari se muerde el labio, así que no la dejo hablar.

—No. Iré con vosotros.

—No te vamos a llevar directa hacia el suero —protesta Erik—. Es un suicidio por nuestra parte. Si Anabel se entera...

Hikari carraspea.

—Tiene razón. Además, no sabemos dónde está mi madre, podría regresar en cualquier momento.

—Dijiste que irían a la iglesia a primera hora.

—Sí, pero puede que...

—¿Alguno de vosotros sabe dónde se encuentran los viales? —les pregunto con un deje de exasperación en mi voz.

Erik y Hikari se miran perplejos. Ninguno responde.

—Exacto. Hasta ahora, Hikari, ni siquiera sabías lo del suero. Y Erik, teniendo en cuenta tu rango, no creo que te hayan indicado dónde están... ¿Qué tenéis pensado hacer?

—Buscar en el laboratorio —responde Erik con el mentón alzado —. Deben de estar por ahí.

—No será suficiente —razono—. Podríais tardar demasiado, y os arriesgaríais a que os pillaran. Pero con un hechizo localizador...

Alzo una ceja. La magia antigua, aquella que las brujas usábamos antes de Bael, es muy limitada. Sin embargo, permite ciertos hechizos, como las runas de protección, que son útiles para el día a día. Uno de ellos es el hechizo localizador.

—Si seguimos la estela del hechizo —insisto—, no tardaremos más de cinco minutos. Será entrar y salir. ¿O queréis arriesgaros a que Anabel os pille rebuscando en el laboratorio?

La garganta de Erik se contrae. No es una idea que le fascine, por lo visto. En cuanto a Hikari...

—Prométenos que no harás nada —me pide—. Promételo sobre la vida de tus hermanas.

Respiro hondo. Mentiría si no dijera que el plan de destruir los viales lleva rondando mi mente desde que pusimos un pie en el camino, pero...

—Lo prometo —digo—. Sobre la vida de mis hermanas. Y de Priya.

Hikari clava sus ojos rasgados en mí.

—Muy bien —acepta.

Erik suelta un bufido, y va a protestar, pero la cazadora lo interrumpe.

—Puede que Ember no sea de fiar en todo lo demás —le dice—. Pero en lo que compete a sus hermanas... En eso, puedes poner la mano en el fuego por ella.

Erik me lanza una mirada de soslayo.

—¿Acaso no ayudé a tu madre y a tu padre ayer? —le recuerdo—. Me lo debes.

Él chasquea la lengua.

—Lo sé, Em —responde el chico, y su mirada azul se suaviza de repente—. Lo que me preocupa no es que seas buena persona, o si nos mientes —continúa, bajando un poco la cabeza—. Lo que me preocupa es, precisamente, lo que eres capaz de hacer por proteger a tus hermanas.

* * *

Hikari y Erik me guían a través de unas escaleras situadas en la planta principal que van a dar a un sótano, en el que, después de

activar algunos mecanismos, encontramos una puerta para bajar a lo que, creo, antaño eran las mazmorras. Esto es un laberinto y, si ya me temía que los Magnolia nos han estado ocultando cosas, ahora me doy cuenta de que llevo todos estos años sin tener ni idea de lo que se estaba cociendo a mi alrededor. O, más bien, bajo mis pies.

Las mazmorras son una caverna oscura, sucia y fría, con paredes repletas de musgo y humedades, pero eso solo es en la parte de las celdas, una parte que, a juzgar por los arañazos en las paredes, era el hogar de los demonios bestia con los que estaban experimentando. El resto de la estructura ha sido modificada para convertirse en un laboratorio que ocupa toda la planta baja.

—Vale —susurra Hikari cuando llegamos a una encrucijada de pasillos que lleva a distintas puertas—. Aquí está el laboratorio principal, el suero debería andar cerca. Es hora de usar tu magia.

Aprieto la mandíbula. Nunca he sido demasiado buena con los hechizos porque aprender a utilizarlos suponía... hacer como Rhiannon y estudiar. Como con las runas, este encantamiento se activa con palabras. Unas palabras exactas que llevo intentando recordar desde que entramos en el castillo y, aunque recuerdo a mi abuela obligándome a apuntarlas en mis cuadernos, aunque recuerdo la caligrafía infantil..., no recuerdo nada más.

—¿Algún problema? —me pregunta Erik, que no ha dejado de sudar desde que entramos aquí.

Finjo una sonrisa.

—No, pero necesito concentrarme. —Una mentira a medias.

«Vamos, Ember. No caigas en la trampa de tu propia soberbia».

Los hechizos siempre deben ser claros, no dar lugar a dudas. Busco las palabras en mi mente.

—Guíame al suero de los cazadores —murmuro, con la respiración agitada.

No ocurre nada, y no me atrevo a abrir los ojos por miedo a ver la mirada de decepción de Erik y Hikari, pero poco después una suave brisa acaricia mi nuca, removiendo mi cabello ya seco, y una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Ahí está —anuncio.

La materialización de un viento dorado, cálido como un atardecer en verano, sopla desde nuestras espaldas hacia el pasillo de la derecha, guiándonos.

—Colega... —murmura Erik.

Siguiendo la estela, entramos en una zona bien iluminada, limpia, de baldosas blancas y grises, sin ningún adorno —si no contamos la estantería de probetas, destiladores y aparatos científicos que no sé identificar ni nombrar—. Hasta ahora hemos tenido suerte, pero prefiero no seguir tentándola.

—Agarramos el suero y a correr —propongo.

La brisa dorada se detiene justo delante de una estantería llena de probetas... todas ellas vacías. Después, sigue su curso hasta atravesar la pared.

—Debe de haber algún botón por aquí... —murmura Hikari.

—¿Alguna idea de dónde? —pregunto yo.

—Ni idea —responde Erik—. Este es el laboratorio del señor Ito, aquí nunca entra nadie. Será mejor que nos pongamos a buscar.

—¿Hace cuánto que sabes lo de suero? —le pregunto mientras rebuscamos cerca de la estantería.

Debería estar nerviosa, pero en lo único en lo que pienso es en darle el maldito suero a Priya, ducharme, tumbarme en la cama y tener tiempo para pensar en nuestro siguiente paso.

Erik suspira.

—Hace un mes, justo después de conseguir mi espada, tras la ceremonia de iniciación —responde—. El señor Ito nos dijo que

habían avanzado mucho en una investigación, y me hizo probarla.

—Entonces... —prosigo, aunque esta vez algo dubitativa—. ¿Has ingerido el suero?

Erik se muerde el labio.

—Sí —responde—. Pero sigue en fase experimental. El efecto dura poco y te provoca un bajón de adrenalina, por eso es mejor ser efectivo cuando lo usas.

—¿Por qué no le dijiste nada a Hikari? —insisto. Sé que es meter el dedo en la llaga, pero... Me beneficia crear dudas entre ellos.

—Porque hasta hace dos días no tenía mi espada —responde ella a la defensiva—. Y mi rito de iniciación iba a ser tras la noche del Ritual.

Chasqueo la lengua. Parece que su madre y ella han tenido una buena charla.

—Me pregunto cómo fue la charla después de que nos largásemos, cuando se destapó el pastel. ¿No dudasteis de vuestra lealtad a la Hermandad cuando supisteis que planeaban matar a vuestras vecinas?

Ya he inspeccionado toda la estantería y no veo ningún botón o nada que se le parezca. Hikari suelta aire por la nariz.

—No pienso responder a esa pregunta, Ember. Mi lealtad sigue estando con la Hermandad, porque precisamente era esto lo que mi madre pretendía frenar: un nuevo pacto.

Pongo los ojos en blanco.

—Vaya, y yo que creía que empezábamos a llevarnos bien.

—Nos llevamos bien, estúpida —Hikari cierra suavemente un cajón y suelta una maldición entre dientes; ella tampoco ha encontrado nada—. Es la única razón por la que sigues viva. Los métodos de mi madre son cuestionables, pero... Tenía sus razones, ¿no?

Finjo que me clavo un puñal en el pecho.

—Auch —replico.

Por mucho que rebuscamos, no conseguimos encontrar nada. No me sorprende; dudo que Anabel deje la seguridad a la ligera. Pasados cinco minutos, empiezo a desesperarme. Erik y Hikari se están poniendo cada vez más nerviosos, lo que no contribuye a mejorar la situación.

—¿Quieres dejar de suspirar, *colega*? —exploto cuando Erik resopla por vigésima vez.

El pobre está empapado en sudor.

—No pensé que fuéramos a tardar tanto —farfulla, con la voz temblorosa—. La confianza que me tiene Anabel ya pende de un hilo porque no hice nada el otro día. Como nos pille aquí contigo... ¿Dónde narices est...?

Erik deja la frase a medio terminar, porque de repente escuchamos un taconeo que se acerca por el pasillo. Un taconeo que reconocería en cualquier lugar: los zapatos de punta cuadrada de Anabel, aunque acompañados de otros pasos que no sé a quién pertenecen.

—¡Escóndete!

Hikari me agarra del brazo y me empuja hacia una taquilla de la que cuelgan unas batas blancas. El espacio es estrecho y me atasco cuando intento meterme dentro.

—¡Empuja más fuerte! —exclama Erik en un susurro—. Tía, tienes que comer menos.

—¡Imbécil! —protesto, intentando ignorar el dolor que me está produciendo el frío metal rascando la piel blanda de las caderas. Menos mal que llevo puestos unos buenos vaqueros, aunque no creo que sobrevivan a esto.

De alguna manera, conseguimos encajarme en la taquilla.

—Ni respires —me ordena Hikari mientras cierra la puerta, dejándome envuelta en una oscuridad solo rota por tres haces de luz que se cuelan por las rendijas, a través de las que veo parte del cuerpo de Hikari.

Sigo su consejo lo mejor que puedo, pero un pánico general se extiende desde mi estómago hasta mi garganta.

Como Anabel me encuentre aquí, estoy perdida.



Capítulo 38

El taconeo deja paso a unas voces que se acercan cada vez más a la puerta.

—... Sabía que no podíamos confiar en ellas, pero esto... ¿Hikari? ¿Erik? —La voz de Anabel suena comprensiblemente sorprendida.

Contengo el aliento. Por favor, que no me pillen aquí. Solo pido eso.

—¿Qué hacéis aquí? —insiste—. ¡Llevamos horas buscándoos! ¡Hikari, cómo se te ocurre...!

Su voz suena contenida, como si estuviera reprimiendo una reacción mucho más violenta.

—Los teléfonos no funcionan —prosigue—. ¿Sabes lo preocupada que me tenías? Cuando nos despertamos, no estabas, ¡y solo habías dejado una nota! ¡Y en la plaza, los vecinos nos han dicho que os habíais ido! ¿Por qué habéis venido aquí, si se puede saber? ¿Qué narices pretendíais?

El tono de Anabel se ha ido elevando hasta recordarme una etapa de mi adolescencia en la que me dediqué a darle a mi madre

disgusto tras disgusto.

—Estábamos... —murmura Hikari—. Estábamos... Buscando...

Erik carraspea.

—Estábamos buscando el suero —la voz de Erik es firme, y yo contengo la respiración—. Ayer mordieron a mi padre, y una de las brujas usó el suero que robaron para curarlo; y funcionó. Hemos pensado que podríamos recoger los frascos que nos sobran y llevarlos a la plaza, ya sabéis..., por si acaso...

Me permito soltar un poco del aire que había acumulado. Bien, Erik. Bien. Eres un genio.

Anabel suspira.

—Erik... —comienza con un deje de frustración en su voz—. Ahora mismo no podemos permitirnos perder más suero. Tenemos unidades limitadas y, sin las bestias, no podemos fabricar más. Además, si viste a las brujas, tu prioridad tendría que haber sido matarlas. Creía que había sido clara con mis órdenes.

Mi garganta se cierra de tal manera que tengo que respirar a pequeños intervalos, como si bebiera a sorbos, para no ahogarme.

—Qué dramática, Anabel —dice una voz masculina. Una voz grave, tan suave como el terciopelo, pero tan afilada como un cuchillo—. Matarlas era un acto de carácter preventivo. Ahora las necesitas vivas si pretendes salvar a tu familia... y a este mundo.

Dantalion. Maldito demonio. ¿Qué hace aquí? ¿Por eso se fue cuando estábamos en la casa de Priya? ¿Para volver con Anabel?

Aprieto los puños. Su presencia aquí es la prueba definitiva de que tiene algo que ver con el suero.

—Han violado el tratado de paz —protesta ella entre dientes—. Las reglas eran claras: deben morir.

Erik carraspea.

—No podía matarlas, maestra. Salvaron a mi padre. Pusieron a salvo a mi madre, y a todos los vecinos. Sin ellas, muchos habrían muerto.

Se hace el silencio.

—Si creéis que voy a ser más blanda con vosotros porque sois iniciados...

La voz de Hikari la interrumpe. Por entre las rejas de la taquilla observo cómo da un paso adelante.

—La misión de la Hermandad es proteger a los despojados, no solo eliminar a las brujas.

Se escucha un suspiro. Supongo que es de Anabel. Mi corazón late tan fuerte que temo que los martillazos retumben en este ataúd de metal y me delaten.

—Necesito que tengáis las cosas claras, o no podré seguir confiando en vosotros —prosigue Anabel—. Las hermanas Wytte deben morir no porque yo así lo quiera, sino porque es la única forma de proteger a los despojados.

—Son personas —responde Erik, con una voz más temblorosa y dubitativa de lo que a mí me gustaría—. Las Wytte son personas. Buenas personas. Una cosa es cazar brujas negras, brujas corruptas, y otra, matar brujas blancas. No puedo hacerlo, Anabel, no puedo asesinar...

—Erik —le interrumpe Anabel—, la cuestión no es si son buenas personas o no. Esa no es la guerra que estamos librando. Por supuesto que son buenas personas; nunca han hecho daño a nadie, y sin ellas no hubiéramos podido sellar las puertas hacia el Otro Mundo. Diablos, hasta hubo un tiempo en el que Úrsula y yo fuimos amigas. —Aprieto los puños. Empieza a faltarme el aire—. No estamos en su contra porque sean brujas corruptas, como la que tuviste que matar para ganar esa espada que llevas al cinto.

Estamos en su contra porque somos lo único que se interpone entre ellas y la destrucción de la humanidad. Mira lo que ha ocurrido hoy, ¿quién es la culpable de ello? Mientras exista la posibilidad de pactar con el infierno, las brujas no serán de fiar. Necesito que dejéis de pensar como niños. Necesito que mis guerreros sean fuertes y tengan la mente clara: lo que nos obliga a eliminarlas no es una cuestión de moral, sino de sentido común. Su supervivencia es nuestra ruina.

—Pero, mam... —Anabel no deja que Hikari prosiga.

—Mientras sigan viviendo, la paz de este mundo peligra. Si no hubiéramos tenido que esperar veinticinco años para eliminarlas, Ember no hubiera vuelto a pactar con los demonios. Pero lo hizo; tú misma me contaste que la tentaron con la vida de su padre, y Ember cayó. Esta dimensión no está hecha para la magia. ¿Creéis que a mí me hace gracia saber que tendré que derramar su sangre? ¡Por Dios, las he visto crecer! ¡Mi hija ha tenido la grandísima idea de enamorarse de una de ellas! —Por las rendijas de la taquilla observo cómo Hikari da un paso en falso y se golpea con la estantería que tiene detrás, haciendo tintinear las probetas almacenadas—. ¿Qué otra alternativa nos queda? Mientras una sola bruja viva, nunca ganaremos la batalla contra los demonios. Volverán a pactar con ellos. Una y otra vez. ¿Lo entendéis? Necesito que lo entendáis, o terminaremos muertos; nosotros, vosotros y el resto de la humanidad. Os unisteis a la Hermandad por una razón: proteger este mundo. No dejéis que el corazón os nuble el juicio.

Trago saliva y, por un instante, no sé qué pensar. ¿Que Anabel tiene razón? ¿Que, si nos hubieran matado, esto nunca hubiera sucedido?

Después, para mi desgracia, escucho la voz de Erik, y lo que dice me deja jodidamente fría.

—Puede que... puede que tengas razón.

—Erik... —balbucea Hikari.

—Por supuesto que tengo razón.

—Anabel, yo... —balbucea Erik.

—Salid de aquí —interviene el demonio.

Erik balbucea algo, pero Dantalion lo interrumpe de nuevo.

—Tengo que hablar con Anabel, y me estáis haciendo perder el tiempo. Salid de aquí —En el laboratorio no se escucha ni un murmullo—. ¡Ya!

Se escuchan unos pasos y el sonido de la puerta al abrirse y cerrarse. Anabel toma la posición en la que estaba antes Hikari y ordena algunas probetas que se han descolocado. Contengo la respiración.

Los segundos se me hacen eternos. Observo cómo Anabel se muerde el labio y frunce el ceño. Sus manos tiemblan ligeramente mientras recoloca la estantería.

—Me dijiste que tendrías lo que te pedí esta mañana —dice él, y un escalofrío recorre mi espalda al escucharlo. Su voz ha pasado a ser tan fría como una esquirla de hielo—. Sigo esperando. ¿Dónde está?

Anabel carraspea.

—Lo siento, querido. Con todo lo que ha ocurrido... hemos dejado la investigación un poco de lado.

—Mientes, Anabel. Ya tienes la cura, al demonio del Conocimiento no se le puede mentir. ¿Tengo que recordarte que fue lo único que te pedí? Cumple tu parte del trato.

¿La cura?

Por la ranura de la taquilla, veo cómo Anabel pestañea, se recompone y se acerca a él de una manera que no me gusta nada.

Le deposita una mano en el pecho. Dante se echa ligeramente hacia atrás, pero no se aleja.

—Voy a ser sincera contigo, aunque tú no lo hayas sido conmigo. No sé si puedo confiar en ti. No desde que te vi reuniéndote con ellas. Necesito que me demuestres tu lealtad, querido.

No veo el rostro de Dante, pero puedo imaginar que, ahora mismo, no es muy amigable. Sus siguientes palabras son tan precisas y afiladas como dardos.

—Anabel, te recomiendo que reconsideres lo que estás haciendo. Estás tratando con un demonio. No tengo que demostrarte nada, hiciste un pacto conmigo, y no cumplirlo tendrá consecuencias.

Por un momento, la que se aleja es Anabel. Dante la sigue, entrando en mi campo de visión. Sonríe de una forma tan fría que no lo reconozco, y la agarra de la barbilla. Aprieto los puños.

—Tienes que confiar en mí, Anabel. Necesito la cura, necesito...

Dantalion gira la cabeza en mi dirección y, de repente, se pone rígido. Me ha mirado directamente a los ojos.

Mierda.

—¿Qué pasa? —le pregunta Anabel.

«Por favor, por favor, por favor», rezo. Veo cómo el demonio tensa la mandíbula.

—Nada —responde él, aunque la furia contenida de su rostro me revuelve el estómago—. Quizás deberías ir a comprobar cómo está tu hija y seguir con la charla disciplinaria. En mi mundo, desobedecer una orden es motivo de castigo severo.

Anabel asiente compungida y en su rostro noto cierta sumisión. Jamás la había visto comportarse así.

—Tendrás la cura en breve —dice, y le da unos toquecitos en el pecho—. Solo deja que me encargue de ella prim...

La interrumpe el ruido de la dichosa puerta, la cual empieza a convertirse en mi mayor pesadilla, y la voz que acompaña al maldito chirrido hace que esté a punto de pegar un brinco.

—Maestra, te hemos mentido —dice Erik, consiguiendo que el corazón se me detenga.

—Erik, por favor. —Es la voz de Hikari.

—No hemos venido solos. Hemos venido con Ember Wytte, y la escondimos ahí. —Me tapo la boca con la mano para reprimir el gemido que amenaza con salir de mi garganta—. La he llevado directa hacia el suero, he sido un imbécil. Tenías razón en todo. Perdóname.

Cierro los ojos. Se acabó; estoy muerta. Quizás, con suerte, podría plantarle cara a Anabel y a Erik, pero con el demonio aquí, y tras una noche sin dormir apenas ...

—Abre la taquilla —responde secamente Anabel.

Lo siguiente que escucho es el ruido de mi puerta al abrirse. Contengo la respiración cuando los rostros de Anabel, Hikari y Erik aparecen en mi campo de visión.

Definitivamente, estoy muerta.



Capítulo 39

—Pero ¿¡qué!? —exclama Erik.

—¿Es alguna clase de broma? —pregunta la líder de la Hermandad.

—No, yo...

—¿Hikari? —insiste Anabel, pero su hija no responde.

—Debe de haberse marchado —sugiere Dante.

—Imposible, he estado todo el rato aquí —responde indignada Anabel. Frunce el ceño. Estoy delante de sus narices. ¿A qué juegan?

—Quizás se haya escapado —sugiere Dante—. Deberíais ir a buscarla. Si ahora sabe dónde está el suero...

—¡Joder! —maldice Anabel.

Han abierto mi taquilla, están mirándome a mí... bueno, a través de mí. Interrogo a Dantalion con la mirada, y él sonríe imperceptiblemente mientras se ajusta los puños de su camisa blanca. Anabel se dirige hacia la salida, seguida por el resto, con la fuerza de un vendaval.

—Anabel, lo siento, yo...

—Ya hablaremos de esto, Erik —interrumpe la líder de los cazadores—. De momento, llama al resto, que vuelvan aquí cuanto antes. Quiero a todo el mundo buscando a la maldita bruja. —Las últimas palabras se pierden en la lejanía mientras los cazadores se alejan a la carrera.

Contengo la respiración, aún incrédula. Dantalion da dos pasos hacia mí y se apoya en el marco de la taquilla abierta.

—Así que... husmeando, fierecilla.

Intento salir, pero estoy atascada. Dantalion emite una suave carcajada que provoca que todos mis sentidos se crispen, y después me agarra de la cintura, tirando de mí.

—Con cuidado —me quejo.

—Siempre con cuidado —responde él, y con un último tirón consigue sacarme del dichoso armario.

Por un instante, nos quedamos frente a frente, y soy demasiado consciente de que tengo las manos sobre su pecho y de su tacto sobre la tela de mi jersey. Lo aparto de un empujón.

—¿Cómo lo has hecho?

Dante se cruza de brazos y me atraviesa con la mirada.

—Un «gracias» no estaría de más.

No me amilano.

—Responde, demonio. Me tenían justo delante, ¿por qué no han reparado en mí?

Él pone los ojos en blanco.

—¿Acaso crees que no puedo llevar a cabo un simple truco de invisibilidad? Hasta los demonios recién nacidos pueden hacerlo.

Tuerzo la boca y me cruzo de brazos.

—Se suponía que ibas a ayudarme con Priya, y desapareciste.

Él se apoya contra la taquilla abierta.

—No, fierecilla. No desaparecí por voluntad propia. Me sacaron de en medio —responde, analizándome como si mi repentino ataque de rabia le pareciera de lo más interesante.

—¿Cómo sé que dices la verdad?

Él pone, de nuevo, los ojos en blanco.

—No tengo la capacidad para crear portales, bruja. Si la tuviera, todo eso de «expulsarme del Infierno» carecería de sentido; podría regresar a mi antojo.

Chasqueo la lengua.

—¿Y quién te «sacó de en medio»? ¿El Rey de los Demonios?

Dante asiente, y de nuevo la furia que se estaba calmando se apodera de mí.

—¿Y qué es eso de la cura? —insisto—. ¿Has pactado con Anabel, y también pretendes colaborar con nosotras? ¿Te traes también algún tipo de chanchullo con el Rey de los Demonios?

Dante se encoge de hombros.

—No me vengas con reproches, bruja, ni con preguntas que no pienso responder. Ya te dije que tenía un plan... Y si decides pactar conmigo, te lo contaré. Pero solo entonces, ni un minuto antes.

Trago saliva ante sus palabras.

—Sabía que te traías algo con Anabel, pero... —recuerdo la manera en la que la tocó, y el disgusto me invade—. ¿Estás con ella?

Dante arruga la nariz.

—¿Por quién me tomas? Tengo estándares, bruja.

—Puede, pero no escrúpulos. Parece que todo vale con tal de cumplir con tu «plan».

La mirada que Dantalion me dedica podría helar la sangre. Por un segundo, me siento imbécil, ¿a qué viene este numerito? Pero, entonces, lo comprendo: la forma de actuar que tiene con ella es la

misma que tiene conmigo; la que tuvo en el puerto cuando empezó a flirtear de aquella manera.

A las dos nos está tratando como marionetas.

Algo en mi mirada hace que dé un paso hacia mí y alargue la mano, pero yo me echo para atrás y él la retira lentamente.

—Anabel no es mi tipo, fierecilla. Me gustán más... Hum. Morenas. Con los ojos grandes y los labios carnosos. —Al decir esto, dirige la mirada hacia mi boca, provocando que me recorra un escalofrío. Ahí está, su estúpido juego—. ¿Estás celosa?

Alzo el mentón como lo haría Circe.

—¿Celosa por ti, demonio? Puede que Anabel solo vea tu fachada, pero yo sé lo que eres: una maldita abominación que intenta utilizarme. Descuida, tus trucos no funcionarán conmigo. No estoy tan desesperada.

La mirada de Dantalion se ensombrece y, por un momento, parece unos centímetros más alto. Se acerca hacia mí y alza la mano, que posa detrás de mi nuca, pillándome desprevenida.

—¿Eso piensas de mí? —gruñe, acercando su cara a la mía, clavando sus dedos sobre mi cuello y depositando su pulgar en la comisura de mis labios—. ¿Que soy una abominación? ¿Que todo esto es un truco?

Reprimo un gemido, pero no lo suficientemente bien. Dantalion clava un poco las uñas en mi nuca y observo cómo sus pupilas se dilatan, ennegreciendo el campo verde de sus iris.

—Claro que es un truco —siseo—. Por eso me dijiste lo del Vínculo; pretendes jugar con mi cabeza... Pero no funcionará, demonio. Me repugnas.

En cuanto las palabras salen de mi boca él me tapa los labios con el pulgar y siento una descarga eléctrica que me atraviesa el cerebro.

La media sonrisa que se dibuja en sus labios es tan fría que parece aprendida en un manual.

—Estás mintiendo —murmura—. Mírate.

Deja resbalar su dedo por mi labio inferior, me suelta y me da la espalda. Me llevo las manos al cuello, jadeando. Allí donde me ha tocado, tengo la piel ardiendo, y donde no lo ha hecho, los pelos se me han puesto de punta. Crispo los puños.

—No miento. Si es verdad que hay alguna especie de Vínculo que nos une, pienso volarlo a pedazos, ¿me oyes?

—¿Ves? Eso sí es verdad.

Sacudo la cabeza.

—¿Cómo lo...?

—Es mutuo, fierecilla —interrumpe él.

—¿A qué te refieres?

—A tu desagrado por el Vínculo, por la atracción que sientes por mí.

Sacudo la cabeza.

—Yo no me siento atraída por ti.

De nuevo, el dolor de cabeza.

—Por la Diosa, claro que sí. Pero no es tu culpa, ya te lo dije. No es real. Es producto de la magia, y cuanto más lo rechaces, más tirará de ti... Así funciona el destino, y por eso te repugna. A ti, y a mí, porque no es así como funciona...

Dantalion emite un pequeño gruñido antes de terminar la frase. Después, prosigue:

—No me mientas, fierecilla. En esto no. De todas maneras, es inútil.

Pestañeo, y entonces recuerdo lo que le dijo a Anabel: «Al demonio del Conocimiento no se le puede mentir»

—¿Estás usando tus poderes conmigo? —La pregunta suena mucho más ofendida de lo que yo pretendía.

Él ladea cabeza, cruzando los brazos.

—Ya deberías saberlo. La magia mental deja huella.

La magia de Circe funciona así. Levanto mis protecciones, aunque no sé si servirá de algo frente al poder de un Lord del Infierno.

—Eres un ser despreciable —ladro.

Dantalion se encoge de hombros.

—Piensa lo que te convenga, fierecilla. La moral no es una de mis cualidades. Y ahora, dime, ¿qué has venido a hacer aquí?

—A Priya la han mordido —respondo, desviando la vista—. Si de verdad querías salvarla antes, necesito...

—Necesitas el suero, ya veo —me interrumpe. Después, pasa una mano por su pelo—. Tendría que haber estado ahí —se lamenta y, por un instante, nuestras miradas se cruzan y el que la retira, esta vez, es él—. Al Rey de los Demonios no le ha gustado que me entrometa, ¿sabes?

—¿Por qué no te ha matado, entonces? —pregunto, y mi voz es mucho más suave de lo que pretendía.

Él alza de nuevo la mano hacia mí y, aunque esta vez no me muevo, la retira antes de tocarme.

—¿Lo ves? —murmura con aspereza—. Ni siquiera quería hacer eso, y a la vez no lo puedo evitar. Date la vuelta, fierecilla.

Obedezco, todos los poros de mi piel demasiado conscientes de su proximidad. Aprovecho para concentrarme en la sensación que tengo cuando estoy con él, aquello que tira de mí hacia su presencia. Hasta ahora, había decidido creer que no era real, pero... Ahí está, no puedo negarlo. Es inmaterial, y a la vez tan claro como un hechizo, o una maldición: hay algo que nos une. Algo...

antinatural, y en este momento me fuerza a querer acercarme, acercarme, acercarme... Como una polilla a la llama de una vela.

¿Por qué me advirtió sobre él? ¿No le conviene... tenerme en sus zarpas? Algo me dice que, si me dejara llevar por esta sensación, podría llegar a quemarme.

Pero no funciona así. Es, como Dantalion explicó, una mentira.

Y, sin embargo, negar su existencia me deja extrañamente vacía, y una parte de mí me grita que debería recordar...

Noto los pasos del demonio a mis espaldas. Suspiro y abro los ojos, intentando mirar de reojo, pero Dantalion emite un gruñido de advertencia y me resigno a clavar la vista en un punto lejano del laboratorio. Escucho un clic y una bocanada de aire me acaricia la espalda. Un minuto después, Dantalion vuelve a tocar algo, el aire desaparece y se acerca hacia mí.

—Ya está —me informa.

Suspiro aliviada y me acerco para coger el frasco que me tiende. Fijo la vista en el lugar que se encuentra detrás de él; la brisa venía de ahí. Dantalion ha tenido que tocar un botón, una palanca o algo... Sea lo que sea, está en esta sala. Quizás podría encontrar ese mecanismo. Activarlo y revelar los viales, destrozarlos y olvidarme de los cazadores para siempre, como planeamos Rhiannon y yo. Erik ha roto su palabra, ahora la promesa que le hice a Hikari no vale nada, y si no fuera por el demonio, estaría muerta. Debería...

—Ember —me advierte el demonio, agarrándome de la barbilla para que fije mi mirada solo en él—. Si destruyes esos viales, te mataré.

Por un momento se me para el corazón. Me muerdo el labio inferior y aprieto el suero contra mi pecho.

—No serías capaz —le digo—. Me necesitas, ¿no?

Él no responde. Me guardo el vial en el bolsillo de la chaqueta.

—Anabel no me dará la cura si al suero le ocurre algo.

—¿Qué es la cura?

—Una promesa.

Dantalion acerca su rostro al mío.

—¿Qué haces?

—Estoy intentando comprobar algo —responde él, y después dirige su mirada a mis labios.

—¿El qué?

—Necesito saber dónde está mi límite.

Doy un paso hacia atrás.

—No —murmuro, pero él se acerca todavía más. Choco contra la pared, quedando atrapada entre su cuerpo y el muro.

—Ya te lo dije. Eso que sientes es por culpa del Vínculo. ¿No crees que deberíamos intentar normalizar la situación? ¿Aburrirnos el uno del otro?

El corazón me da un brinco en el pecho.

—A no ser que quieras explicarme qué carajo es ese Vínculo —respondo—, te sugiero que te apartes de mí.

Él sonríe de manera maliciosa.

—Si quieres que pare, vas a tener que sonar más convincente.

Me recorre un escalofrío.

—Si esto es irreal —murmuro— no hace falta comprobar nada. Solo contrólate.

Él niega con la cabeza y su rostro se acerca más al mío.

—Creo que no lo comprendes. Mira.

Quiero rebatirle, pero entonces un *flash* de luz me deja ciega unos segundos, y después una pesadez se me instala en la mente; todo se vuelve espeso. Conectar dos pensamientos se convierte en tarea imposible.

—¿Lo entiendes ahora?

Todo se tambalea a mi alrededor. «Cumple tu destino», susurra una voz en mi cabeza. Por un momento, me inunda la impaciencia y la certeza de que, haga lo que haga, no podré resistirme a él. Quizás debería acabar con ello. Sucumbir... a esta oscuridad.

Dantalion alza la mano y la deposita en mi mejilla, guiándola hacia arriba para que lo mire a los ojos.

—¿No quieres saber hasta qué punto podemos llegar? La mejor manera de evitarlo es comprobar dónde están los límites.

Retiro su mano de mi rostro y, por un momento, nuestros dedos se entrelazan. Él intenta retenerlos, pero yo los aparto.

—Aléjate de mí —le pido... No, le ruego—. Aléjate ahora mismo.

Algo está mal. Muy mal.

Dantalion tuerce el gesto.

—Bien, si es lo que deseas... —dice mientras se retira.

Por un instante, me arrepiento, pero entonces la cordura regresa y me doy cuenta de dónde estoy, de por qué he venido.

Suelto un prolongado suspiro y él se ríe.

—¿Te has divertido? —le espeto, llevándome una mano al pecho, como si así pudiera detener los martillazos que me atraviesan.

—Por supuesto —responde él cruzando los brazos—. No hay nada más placentero que dominar a un animal salvaje.

Una explosión de calor hace que mi piel se prenda, y unas llamas surgen de mis manos, Maldiciendo, intento apagarlas, acompañada por una burlona carcajada del demonio.

—Te crees muy inteligente, demonio del Conocimiento —contraataco cuando consigo controlar el fuego delator—. Pero ¿sabes qué? Gracias por el experimento. Ahora sé que tengo más poder sobre ti del que te gustaría aceptar.

El rostro de Dantalion se vuelve frío como una piedra. Tuerce el gesto, pone cara de incredulidad. Durante unos instantes, nos

miramos en silencio, y yo aprovecho para sacármelo de encima y dirigirme hacia la salida.

—¿A dónde vas? ¿Acaso no quieres saber qué le ocurrirá a Priya? —Ante sus palabras, me detengo, con mis pies clavados en el suelo como si fueran estacas—. Cuando despierte, tendrá preguntas. Es mejor que vayas preparada; no será sencillo. Aunque, antes de hablar de ello, hay un dilema al que debes enfrentarte.

Nuestras miradas se cruzan.

—¿Un dilema?

Dantalion se cruza de brazos.

—El suero solo funciona cuando se administra antes de la transformación. Pero Priya ya se ha transformado.

La sangre se congela en mi rostro.

—Tranquila, hay esperanza. El suero funcionará, pero...

—¿Pero?

Dantalion se muerde el labio.

—Ella no volverá a ser humana. Tampoco engendro —se apresura a decir ante mi gesto perplejo—. Será algo más. Otra cosa. Una criatura a medio camino entre la humanidad y el Infierno que, como los engendros, tendrá que alimentarse de sangre.

El corazón se me detiene en el pecho.

—Priya va a transformarse en una criatura inmortal, fierecilla. La pregunta es... ¿quieres condenarla a ello? Se ha pasado la mayor parte de su vida odiando lo que es. Ahora, se convertirá en algo que nunca pidió ser. Puede que no te lo perdone. Puede que, cuando haya pasado el tiempo suficiente para reflexionar, se dé cuenta de que estaría mejor muerta.

Apenas logro respirar. Ya la forcé a ser algo que no quería ser cuando empezamos a salir, y estuve a punto de perderla. Aunque, al

final, fue ella la que me perdió a mí. Nunca he llevado bien ocultarme.

—Ella es tu amiga —respondo. No puedo negarlo, el demonio quiso salvarla, y ahora ha arriesgado la localización del suero para curarla—. ¿Tú qué harías?

—Yo le daría el suero —responde sin un ápice de dudas.

—¿Aun sabiendo que te odiaría después?

El demonio sacude la cabeza.

—Con tal de que viva... —Sus ojos verde amarillento, humanos, se clavan en mí, y cuando lo hacen no puedo evitar contener la respiración—. Con tal de que viva, aceptaría una vida sin ella.

La forma en la que pronuncia la última palabra hace que me plantee si seguimos hablando de Priya.

—De veras te importa —sentencio.

Él ladea la cabeza.

—¿Qué harás, entonces? —me pregunta—. ¿Qué decisión tomarás?

Aprieto el vial que aún se encuentra en mi bolsillo.

—Puede que tú y yo no seamos tan diferentes, demonio —murmuro—. Ya provoqué su odio una vez. ¿Qué importa tentar a la suerte ahora? Si Priya puede vivir, incluso aunque eso la cambie, incluso aunque me odie... Prefiero que me odie a llevar sobre mi conciencia el peso de su muerte.

—¿Aún la quieres? —me pregunta, con su mirada clavada en la mía.

—Siempre la querré —respondo con un hilo de voz. Y, después, aunque no sé por qué, añado—: Aunque no como ella quiere.

Algo en mi respuesta hace que el rostro del demonio se suavice.

—Deberías irte —masculla.

Asiento, dirigiendo mi mirada hacia la puerta.

—¿No podrías... llevarme tú? —sugiero.

—Creo que ya he jugado demasiado con la paciencia de nuestro enemigo —responde—. Si intervengo de nuevo, temo que el próximo portal que abra nos lleve derechos al Infierno.

Me muerdo el labio inferior. ¿De qué habrán hablado cuando se lo llevó?

—A estas alturas, los cazadores tendrán el Magnolia rodeado —reflexiono—. No creo que pueda irme sin que me descubran.

Dantalion se mesa la barba, y su mano grande y fuerte se detiene sobre su barbilla, en un gesto pensativo.

—Diosa, cuántos problemas me traes... Toma. —Rebusca algo en los bolsillos de su pantalón negro y me lo tiende con un repiqueteo; son unas llaves—. Escóndete en mi oficina hasta que se calmen las aguas. Tengo algo de comida y agua en el cajón de mi escritorio, debes de estar muerta de hambre y sed...

Ante el recordatorio, mi estómago ruge de hambre. Él prosigue:

—Mi despacho es el último lugar en el que se les ocurriría mirar, pero no salgas hasta que se haga de noche, las sombras te ayudarán a ocultarte.

—¿No será peor para Priya si dejo pasar más tiempo? —le pregunto con un hilo de voz.

Dante se encoge de hombros.

—Lo peor sería que no le dieras el suero nunca. Mañana, si te parece bien, iré a vuestra casa a llevarle algo de comida... y responder mejor a sus preguntas —dicho esto, hace el amago de ponerme la mano en la cintura, pero se detiene en el último momento y se dirige a la puerta—. Ve por ahí. —Me acerco a él mientras la abre. Dantalion señala hacia un pasillo cuyo final no distingo, pues está envuelto en penumbras.

Asiento.

—Gracias —le digo, y entonces carraspeo—. Hay algo que no dejo de pensar... ¿Por qué te hiciste profesor del Magnolia? ¿Era una tapadera? Hubiera bastado con pasar desapercibido... ¿no?

Él se ríe, pero al darse cuenta de que hablo en serio el gesto queda congelado en sus labios. Abre la boca, a punto de decir algo, y después frunce el ceño y cierra los ojos.

Después emite una leve carcajada.

—Algo tenía que hacer mientras esperaba, ¿no? —responde, dirigiendo de nuevo su mirada hacia mí. Azorada, me pongo un mechón oscuro detrás de la oreja, y él observa el gesto con un parpadeo.

—¿Pero por qué profesor? Podrías haber escogido algo menos... social.

Él tuerce el gesto.

—Me gusta enseñar —murmura.

Tengo que tomarme un momento para encajar sus palabras, y él aprovecha para hacerme una seña, una invitación a seguir mi camino. Doy un paso, pero él me detiene agarrándome del brazo y poniéndome contra el quicio de la puerta.

Por un momento, me olvido de respirar.

—Una cosa más, fierecilla —dice, acercando su boca a ese mismo lugar, mi oído bueno. No me alejo, no sé por qué. Con él nunca sé por qué. Sus próximas palabras son un susurro que hace que me estremezca de arriba a abajo—. Se os está agotando el tiempo. Mañana podría ser el día de vuestra muerte... Convence a tus hermanas para hacer el pacto. No me hago responsable de lo que pueda ocurrir mientras no estés bajo mi protección.



Capítulo 40

Siempre he odiado no hacer nada.

Encerrada en el despacho del demonio, lo único que puedo hacer es enfrentarme a mis pensamientos. Y esperar... A pesar de que le prometí a Rhiannon que volvería lo más rápido posible con el suero. A pesar de que, cuando lo hice, sabía que las cosas podían salir mal, que tendrían que aguantar la incertidumbre hasta mi regreso.

Observo mi teléfono móvil, al que apenas le queda una raya de batería, aunque da igual. No puedo llamarlas ni advertirles de que, por el momento, estoy a salvo. Gracias a Dantalion, nada menos. Suspirando, vuelvo a guardarlo en el bolsillo de la chaqueta. En el otro aún tengo el vial, pequeño, firme, la última esperanza de Priya.

Tendrá que consumir sangre, como los engendros. Será inmortal.

¿En qué la convierte eso? El término más indicado que se me ocurre es *vampiro*, como en las películas. Espero que el demonio cumpla su promesa y venga a verla. No sé hasta qué punto podré aclarar las dudas de Priya.

Odio no poder hacer nada por ella ahora. Como un animal enjaulado, me dedico a dar vueltas por la habitación y espiar por la ventana los movimientos de los cazadores. Hikari, Takedo, Sazza y Erik son los únicos miembros que sabemos que están en Faddenfield, pero la Hermandad tiene cincuenta discípulos a su disposición, la mayoría residiendo en Verdejo. No distingo los rostros desde aquí, pero veo, por lo menos, diez figuras que se mueven por los alrededores del castillo.

No hay mucho más que pueda hacer, así que me siento en la silla de escritorio del demonio, que huele igual que él, y además de abrir el agua, las chocolatinas y la fruta que guarda en uno de los cajones, destapo la botella de *bourbon* que nos ofreció el día de la negociación, porque no quiero pensar en nada.

Las horas pasan despacio y, al tercer vaso, consigo dormirme.

Sueño con la explosión, pero, esta vez, la niña es Morgana. Una, y otra, y otra vez.

«¿Dónde estáis?», me pregunta. «¿Qué ha ocurrido?».

Pero cuando intento responder, miles de mariposas alzan el vuelo, y sus alas carmesí brillan tan fuerte como la luna sangrienta de una ciudad maldita.



Capítulo 41

Cuando despierto, son las diez de la noche, y las voces de los cazadores ya no se escuchan. Envuelta en sombras, me asomo por la puerta, silenciosa, escudriñando la oscuridad. Han pasado muchas horas, dudo que sigan buscándome o, por lo menos, esa es mi esperanza.

Sea como sea, no puedo quedarme aquí para siempre.

Bajo las escaleras con el corazón en un puño, ignorando el dolor punzante de mi cabeza, fruto de la resaca, y giro en el rellano de la primera planta. Deshago el camino que hice con Erik y Hikari para regresar al patio trasero.

Afortunadamente, aquí no hay nadie.

Trepar por la valla yo sola se convierte en una tarea aún más complicada que encontrar el dichoso vial. Al final lo consigo y caigo, sin gracia y de boca, hacia el otro lado, pero gracias a Dios el impacto lo recibe mi hombro, y al rodar sobre mí misma me toco, desesperada, el bolsillo, comprobando si el vial sigue ahí y si está

intacto. Suspiro, aliviada, cuando descubro que sí. Ahora solo me queda una última carrera hasta llegar a casa.

Lo he conseguido. Puedo salvar a Priya.

Bendigo a Hikari, a Dantalion y a mi suerte. Bendigo hasta al maldito charco sobre el que he caído y que me ha llenado de barro, pero ha amortiguado el impacto. Cuando me levanto, solo me falta dar un saltito de emoción.

—Ember... —murmura una voz a mis espaldas—. Lo siento.

Algo en mi cabeza me susurra que me quede clavada en el sitio y no haga ningún movimiento, que así quizás nadie me verá, todo habrá sido un sueño y podré volver a casa sin problemas, pero me fuerzo a dar la vuelta despacio.

Rhiannon tiene la hoja de una espada pegada a su cuello, una espada que Erik sujeta con mano trémula. A su lado se encuentra Anabel.

Noto la boca seca y una palpitación en las sienes.

—No podía seguir esperando —la voz de Rhiannon tiembla—, me estaba volviendo loca, lo siento.

Me muerdo la lengua. Estaba tan cerca... Le dije que confiara en mí, que se quedara en casa.

—Erik, suéltala.

Pero él agarra el pomo de su espada con fuerza y aprieta la mandíbula, como si intentara aparentar una confianza que no tiene.

—Lo siento, Ember. Anabel tiene razón. No es nada personal.

Su mirada refleja cierto remordimiento, pero no me cabe duda de que las palabras de Anabel le han calado hondo. Cuando sus músculos se tensan, percibo un tono verdoso intenso en las venas de su brazo, extrañamente marcadas, como las de Takedo cuando tomó el suero.

Joder, estaba tan cerca.

—El resto están de camino —dice Anabel—. No lo hagas más complicado de lo que ya es, Ember.

Mi hermana me dedica una mirada de terror. En un rato tendremos a toda la Hermandad encima.

—Déjanos ir. Solo queremos salvar a Priya.

—Lo sé, querida. Ese es el problema; las brujas siempre queréis algo. Y si sois capaces de cogerlo... ¿por qué no lo ibais a hacer?

—Suelta a mi hermana. La que se ha colado en tu castillo soy yo. Cógeme a mí.

Anabel levanta una mano.

—No hay nada que negociar. Si me escuchaste allí abajo, entonces ya lo sabes. Como dice Erik, no es algo personal; es nuestro deber.

—Lo que escuché fue un despropósito, Anabel. Intentas justificar el asesinato de seres humanos. De buenas personas —al decir esto, dirijo mi mirada hacia Erik, que traga saliva.

Anabel suspira.

—Me aseguraré de que el nombre de tu familia no quede manchado —dice—. Me aseguraré de que tengáis una muerte digna, indolora y rápida.

Algo dentro de mí se enciende. No. No pienso permitir que les toque un pelo a mis hermanas. Ni a mi madre.

—Si nos matas, a Rhiannon o a cualquiera de nosotras, la niebla desaparecerá —le confieso para ganar tiemo—. Es un campo mágico, un amarre de nuestra abuela que impide que nadie entre o salga. Solo se irá si el demonio con el que pactamos muere... O lo hacemos nosotras. —Anabel traga saliva y una sombra de duda se dibuja en su rostro. Gracias a Dios—. ¿Lo entiendes? Mátanos, y los demonios tendrán acceso total a nuestra dimensión y ya nada frenará la invasión. Sé que he hecho las cosas mal, pero deja que las

enmiende, Anabel. Si queremos sobrevivir, no podemos enfrentarnos entre nosotros, como en el pasado.

Anabel parece pensárselo durante unos segundos.

—No —sentencia—. Tenemos el suero, ya no os necesitamos. —Al decir esto, empieza a avanzar hacia mí arrastrando la punta de su espada por el suelo—. Lo de la niebla me parecía raro, pero si lo que dices es cierto, entonces es una ventaja; podemos cazar a los demonios en nuestro propio territorio.

—No si nos matas antes.

—Os llevaremos a las cuevas, y ahí esperaréis vuestro destino. Si de verdad el demonio os busca, irá a por vosotras, pero no podrá entrar; y nosotros estaremos esperándolo.

Mierda.

—Reconócelo, Ember: convertiros en cebo es un plan mucho más sólido que lo que quiera que sea que estéis haciendo.

Las cuevas. Si nos encierran ahí, nuestros poderes quedarán anulados. El Rey de los Demonios tampoco podrá entrar, como no podría hacerlo en la iglesia, pero dudo que el encuentro con la Hermandad acabe bien, incluso teniendo el suero. Y si nos quedamos ahí encerradas, sin nadie que nos rescate... Sacudo la cabeza, tendría que haber destruido el suero cuando tuve la oportunidad. No queda tiempo; tenemos que reaccionar. Somos más poderosas que ellos, lo único que nos frena es el temor a hacerles daño.

—Rhiannon... —murmuro, clavando mis pupilas en las suyas y alzando las cejas. Es hora de que use sus poderes.

Al principio, mi hermana no me entiende, pero entonces palidece y niega con la cabeza, lentamente. Sofoco un grito de impotencia. Si no reacciona ya, en un rato estaremos a merced de la Hermandad,

de su suero y de sus espadas. Nos encerrarán. Circe y mi padre se quedarán solos, y los atraparán tarde o temprano.

Clavo mis ojos con más fuerza en los de Rhiannon. «Hazlo», quiero gritarle. Circe nos necesita. Mi padre nos necesita. Priya nos necesita.

Mamá y Morgana nos necesitan.

Pero ella traga saliva y mira hacia el suelo.

Maldigo en silencio y hago de tripas corazón. No puedo esperar a que Rhiannon resuelva su dilema moral.

Huyendo de Anabel, me acerco a Erik con la mano en alto, emitiendo un suave brillo anaranjado. Él retrocede con Rhiannon a rastras y Anabel se detiene por un momento.

—Bruja, ten cuidado con lo que haces —me advierte—. La vida de tu hermana está en juego.

—Da un paso más y tu hermana muere —me advierte Erik. Le tiembla la voz, pero agarra a Rhiannon con fuerza.

No le hago caso y sigo avanzando. El chico no reacciona.

—¡Mata a la bruja! —le ordena Anabel mientras se lanza hacia mí.

—¡Ember! —grita mi hermana.

La he puesto frente a una situación imposible; pero sé cuál será su decisión. Lo que ocurre a continuación sucede tan rápido y, a la vez, tan despacio, que el único hilo que me conecta con la realidad es el fuego que late en mi interior.

De los ojos de Rhiannon surgen chispas color escarlata. Anabel, quizás recordando los amasijos de carne de sus experimentos en el recibidor del Magnolia, se tira al suelo. Yo me mantengo firme, rezando para que no me explote la cabeza, confiando en los poderes de mi hermana, en su control.

No despego la vista de Rhiannon y Erik cuando escucho el crujir de unos huesos al romperse y la mano del cazador, aquella que

sostiene la espada, se quiebra como si fuera un trozo de papel arrugado, con sus dedos doblándose en todas las direcciones posibles.

La suave brisa nocturna, fría y húmeda, se cuela por cada recoveco de mi cuerpo mientras el lamento de Erik se alza hacia el cielo encapotado, clavándose en mis tímpanos con la precisión de una flecha. El sonido es tan primitivo, tan antinatural, que consigue despertarme de mi trance, accionando de nuevo las manecillas del reloj e impidiéndome hacer lo que mi estómago me está pidiendo ahora mismo: vomitar.

—¡Erik! —grita Anabel desde el lugar en el que ha caído.

La espada está en el suelo. Erik está en el suelo. Rhiannon está pálida, detenida en el tiempo, inmóvil como una estatua de mármol, sus ojos extintos como dos luceros que no brillan más. De una zancada, me acerco y tiro de ella, forzándola a correr hacia el bosque...

Justo a tiempo para ver cómo el resto de la Hermandad, los mismos cazadores que llevan todo el día buscándome, emergen tras la valla.

—¡Corre! —le ordeno.

Pero tirar de ella es como intentar mover un peso muerto. Apenas conseguimos dar tres pasos cuando, por el rabillo del ojo, veo cómo Erik y Anabel se levantan. Aprieto más fuerte la mano de mi hermana, enviando una corriente de fuego ardiente hacia ella que le arranca un grito de dolor, haciéndola reaccionar.

—¡Corre, joder!

Esta vez obedece. Cada paso que damos se convierte en el eco de los latidos de mi corazón, y apenas logro respirar mientras sorteamos los finos árboles del bosque. Hacia arriba, siempre hacia arriba, en una suave cuesta que se hace cada vez más empinada. Ni

siquiera noto el cansancio, ni el peso de mi cuerpo a cada zancada. Mi respiración entrecortada se materializa en el denso vaho que se eleva hacia el cielo en remolinos blancos, como el humo de una hoguera. Las hojas caducas y secas de los árboles crujen bajo mis pies, que se hunden en el blando suelo invernal.

—¡He aparcado la moto en la linde! —escucho decir a Rhiannon, que corre a escasos centímetros de mí. Su mano está fría, mojada, aunque no sé si del sudor o de la humedad de la noche.

El rayo de esperanza que me proporciona saber que tenemos una meta se desintegra cuando algo cae sobre mí y rodamos por el suelo, obligándome a soltar la mano de mi hermana. Gateo, a tientas, intentando ponerme de pie, ignorando los pinchazos de mi pecho. A tan solo un par de metros, Erik, que ha interceptado nuestra carrera, hace lo mismo.

A pesar del destrozo de su mano, sigue en pie, impulsado, quizás, por la adrenalina y el suero. Lleva su espada en la izquierda y su rostro se contrae en una mueca casi animal.

—¡Voy a mataros! —exclama, y la forma en la que lo dice hace que la sangre se me hiele.

Como impulsado por un resorte, el cazador se abalanza sobre Rhiannon, aún de rodillas, y la tira al suelo de nuevo. Un resplandor blanco me atraviesa la mente y el corazón se me detiene. El cazador alza su arma, que empuña sin gracia con la mano sana, como si fuera un picahielos. Me tiro encima de él, agarrándolo del brazo con ambas manos, impidiendo que su espada caiga sobre mi hermana, y mientras forcejeo con él Rhiannon se arrastra boca arriba sobre el barro, alejándose de Erik. Dos segundos después, la fuerza inhumana del cazador me lanza volando por los aires.

Caigo sobre mi espalda con un golpe sordo que me deja sin respiración. Boqueando, intento darme la vuelta, ignorando el dolor

y la falta de aire.

Temblando, consigo ponerme de rodillas justo a tiempo para ver la escena que se desarrolla ante mí; Rhiannon, sentada sobre el barro, y Erik levantando la espada sobre su cabeza.

Rhiannon se cubre con los brazos y las chispas emergen de sus ojos.

El pensamiento fugaz de la niña y su mariposa me quiebra, y el bosque se doblega ante mi llamada. Concentro un orbe de energía en mi mano derecha, absorbiendo la magia de la naturaleza, pero una voz dentro de mí me implora que coja el atajo, que haga caer el Infierno sobre Faddenfield, porque no seré lo suficientemente fuerte, porque no estoy preparada.

Y yo, sumisa, obedezco.

Invoco el poder de la Fuente, y la Fuente responde, tirando de mí; su poder infinito recorre mis venas. El brillo anaranjado de mi mano se vuelve tan intenso que ilumina el bosque como un sol en miniatura. Lanzo, entonces, una bola de fuego que impacta en la cabeza de Erik. Al mismo tiempo, Rhiannon utiliza la magia de sangre para empujar al chico lejos de sí. Nuestros poderes combinados golpean su cuerpo con la fuerza de una onda de choque, y la espalda de Erik se curva hacia atrás y hacia delante en una posición imposible antes de salir despedido y prenderse en llamas.

Con un sonido sordo, cae, inerte, al suelo.

Por un momento, su cuerpo sin vida, quebrado como un cascarón vacío, es lo único que puedo ver, pero entonces las voces de los cazadores me llegan desde lejos, y el grito de Anabel me hace volver a la realidad.

Está muerto.

Erik está muerto.

Las rodillas me tiemblan, y estoy a punto de caer al suelo, pero antes de que la debilidad se apodere de todos mis sentidos, algo tira de mí y me dejo llevar.

Cuando vuelvo a la realidad estoy corriendo por el bosque agarrada de la mano de Rhiannon. Me grita que vaya más rápido, pero no la escucho bien. Es como si estuviera dentro de una pecera y un cristal nos separase. Aun así, mi instinto de supervivencia responde por mí: corremos como animales que saben que están a punto de ser devorados. Escucho el latir de mi corazón en mi cabeza, que retumba a cada zancada.

Hemos matado a Erik. Pero eso era lo que teníamos que hacer. Era lo que... Era él o nosotras. Él o nosotras. Él o nosotras.

Él o...

Creía que...

Cerca de un árbol veo una moto aparcada; la moto de William.

—Sube —me ordena Rhiannon, aunque apenas la entiendo.

Obedezco sin rechistar, como un autómata que solo sabe cumplir instrucciones. Mi hermana agarra el manillar, gira la llave que dejó puesta y arranca, y yo me agarro a ella con tanta fuerza que los dedos se me quedan rígidos y el antebrazo me empieza a doler. Lanzo una mirada atrás y lo último que veo antes de alejarnos es a Anabel corriendo detrás de nosotras, con la cara desencajada y llena de lágrimas. Nos grita, pero no alcanzo a comprender sus palabras, lo único que sé es que no puedo dejar de mirarla mientras nos alejamos.

Es demasiado tarde para todo.

El sudor empapa mi frente, pero no me atrevo a secarlo. Rhiannon conduce con toda la rapidez que le permiten los árboles, hasta que llegamos a la carretera y acelera. La zona de la nuca, de las cervicales, me duele tanto que es como si ardiera y, por un

momento, me permito mover los hombros arriba y abajo, intentando apartar el dolor. Parpadeo, pues de repente todo se ha vuelto borroso, y aprieto el vial de mi bolsillo con la mano derecha.

—¿En qué cojones estaba pensando? —oigo decir a mi hermana y, a pesar de la proximidad, su voz suena lejana, ajena.

Me doy cuenta, entonces, de que no es que haya estado escuchando como dentro de una pecera; es que no oigo nada por el oído malo. Chasqueo los dedos cerca de mi oreja izquierda.

Nada.

Me tapo la oreja derecha.

No escucho nada.

Las palabras de mi abuela resuenan en mi mente: «Jamás extraigáis magia de la Fuente; primero consumirá vuestro cuerpo y, después, vuestra alma».

Cierro los ojos. Bien, supongo que es lo justo.

Supongo que es el precio a pagar por arrebatarle la vida a un niño.



Capítulo 42

El amanecer despunta mientras Rhiannon conduce la moto a través de las calles desiertas. A pesar de la velocidad, el silencio es ensordecedor, roto solo por el rugido del motor. Aún puedo sentir la mirada de Anabel desde la distancia, clavada en mi nuca, ardiendo como una saeta de fuego.

Aún puedo ver a Erik, flotando en el tiempo, su espalda rota en pedazos.

Sacudo la cabeza y me repito por septuagésima vez que era él o nosotras, y esta vez consigo creérmelo, aunque solo sea un poco. Les hemos quitado a uno de los suyos. Seguro que la promesa de Anabel de una muerte rápida e indolora ya no está sobre la mesa.

Rhiannon aparca en el bosque de la montaña, a pocos metros de casa. Baja de la moto casi de un brinco, dejándola tirada en medio de la carretera. Se lleva las manos a la cabeza y empieza a caminar hacia el terraplén desde el que se puede ver todo el pueblo. El latido de mi corazón es tan fuerte que apenas puedo escuchar mi voz cuando voy corriendo detrás de ella.

—Rhiannon... —murmuro, tocándole el hombro para que me mire.

—Tenemos que darle el suero a Priya —dice, aunque no la escucho del todo.

Me acerco y pongo el oído bueno.

—¿Qué?

—¡Que tenemos que darle el puto suero a Priya!

Doy un respingo.

—Lo sé —respondo—. Lo tengo.

Rhiannon se tapa la cara con las manos y murmura algo. No me hacen falta los poderes empáticos de Circe para saber cómo se siente.

—Siento lo que ha pasado, Ri. Era la única manera. No pensé que... —me quedo callada. ¿No pensé qué? ¿Que tendríamos que matarlo?

Sí lo hice. Estaba dispuesta, porque era necesario. Y ahora es demasiado tarde, y no hay marcha atrás y...

—¿Por qué viniste a buscarme? —intento que mi tono de voz suene calmado, aunque una tormenta empieza a formarse dentro de mi pecho—. ¿Por qué no confiaste en mí?

Rhiannon desvía la mirada.

—Será mejor que entremos ya.

No soporto que me haga esto.

—Deja de ignorarme, joder —suelto. Mi voz está cargada de reproche.

—No te estoy ignorando, estoy hablando contigo, ¿no me ves?

—Sé que tienes algo que decirme. Pues dímelo, joder. ¡Hablemos de lo que acaba de ocurrir!

—¿Lo que acaba de ocurrir? —el rostro de Rhiannon es una máscara insondable—. Ember, acabamos de matar a un niño. Ahora

mismo, lo último que quiero es hablar de mis sentimientos.

El nudo que se forma en mi garganta apenas me permite respirar.

—¿Te das cuenta de que todo hubiera salido bien si no hubieras venido a buscarme? —estallo—. ¡Tendrías que haber confiado en mí, joder! ¡Lo había conseguido! —Rhiannon me dedica una mirada dolida y se da la vuelta, en dirección a la moto—. ¡Rhiannon!

Ignorando mis gritos, mi hermana recupera el vehículo del suelo y echa a andar en dirección a la casa. La imagen de Erik partiéndose en dos no abandona mi mente, así que la empujo hacia abajo, bien abajo, junto con todo lo demás. Cuando llegamos a la altura de la mansión, Rhiannon aparca la moto en el jardín. Después, se dirige a las escaleras sin dignarse ni a mirarme.

Maldigo para mis adentros.

—No eres la única que se siente como una mierda, ¿sabes?

No me responde. Reprimo las ganas de llorar y la sigo, sintiendo que entre nosotras se ha instalado un vacío que crece cada vez más.

—Están en el salón —me informa Rhiannon mientras atravesamos la puerta. Después, deja las llaves sobre la cómoda y sigue andando sin ni siquiera dignarse a esperar.

Cuando me miro al espejo del recibidor apenas me reconozco. Tengo el pelo embarrado y desaliñado, la ropa mugrienta y la cara chupada y surcada por arañazos que, si mal no recuerdo, me infligieron los engendros, y que me han dejado una profunda marca en el puente de la nariz y en parte de la mejilla que dejará cicatriz. Estoy llena de magulladuras: en el codo, en los brazos, en las palmas de las manos y en los hombros; ahí donde el demonio bestia me rajó la piel... «Aun así, sigo siendo yo, ¿verdad?». Incluso después de lo que he hecho, sigo siendo yo.

Aunque no sé por cuánto tiempo más, pues he extraído energía de la Fuente... por tercera vez. ¿Cuánto tiempo me queda hasta

perder la cordura? Ya he perdido el oído. No puedo seguir haciendo esto.

Inhalo una buena bocanada de aire para armarme de coraje antes de girar hacia la izquierda y entrar en el salón.

Y ahí está, la imagen dantesca que llevo un día intentando evitar. Priya, cuyos ojos se han vuelto completamente rojos y parece haber perdido todo control de sí misma, se revuelve dentro de la Jaula. Cada vez que intenta salir, una descarga eléctrica la empuja hacia atrás, pero no parece que eso la amilane, pues sigue insistiendo. Mi padre está sentado en el sofá, con los codos apoyados sobre sus piernas y la barbilla sobre sus palmas entrelazadas, como una estatua pensativa, observando el infinito. Circe está a su lado, espada en mano, preparada para lo que sea.

—¿Se puede saber por qué habéis tardado tanto? —saluda Circe, pero cuando ve nuestros rostros, el suyo se desencaja—. Dios mío, ¿qué ha ocurrido?

La forma en la que blande la espada contrasta con la chica asustada de esta mañana. Aunque parece que «esta mañana» fue hace casi un siglo.

—Será mejor dejar las explicaciones para luego —murmuro.

Extraigo el vial de mi bolsillo, lo abro y me acerco a la Jaula.

—Ordénale que se esté quieta —le pido a Circe—. Papá, si ves que se intenta escapar...

—No te preocupes —responde él, aún clavado en su asiento, observando un punto fijo en la pantalla negra del televisor—. Un engendro no es problema para mí.

Circe da la orden. Es suficiente para permitirme apartar un cuarzo, acercarme a Priya y obligarla a beberse el líquido verdoso. Lanzo un suspiro mientras su cuerpo se relaja y cae sobre mí. La llevo hacia el suelo suavemente. Entonces recuerdo las palabras de

Dante, las que me advirtieron de que no volverá a ser humana, y de que la carga que le acabo de imponer no debería ser, quizás, decisión mía. Y descubro que él tenía razón, que me da igual, que prefiero que me odie a que muera, porque ni siquiera me lo he pensado al darle el vial.

Aprieto la mandíbula mientras espero a que el suero haga efecto. ¿Y ahora qué? Cuando Priya abre los ojos, después de los espasmos, estos no recuperan su antiguo color azul pálido; siguen siendo rojos. Me muerdo el labio inferior, nerviosa.

¿Y si todo esto ha sido por nada?

Ella alza la cabeza hacia mí.

—¿Ember? —murmura.

Yo asiento, aliviada, pero no relajo la postura. Y hago bien.

Priya se abalanza sobre mi cuello e intenta morderlo como si fuera un animal salvaje. Mis hermanas y mi padre hacen el amago de intervenir, pero les pido que se detengan. Priya gruñe y patalea, pero la alejo de mí agarrándola por las muñecas, y clavo mis ojos negros en los suyos... rojos.

—¡Basta! —le ordeno—. ¡Vuelve en ti!

No sé si es mi tono de voz o mi bendita suerte, pero Priya deja de forcejear y de intentar arrancarme la piel del cuello. Después, comienza a sollozar, enterrando la cabeza entre sus manos, de rodillas. Me toco la piel de la garganta, pero está intacta.

—Tengo... tengo mucha sed... —murmura Priya con la voz ronca.

Algo cambia dentro de ella, porque su piel color café pierde todo brillo y toma un matiz azulado como una noche de invierno, y sus ojos se aclaran hasta tomar el color rosado de un atardecer.

—¿Te encuentras bien? —pregunto con el corazón en un puño—. ¿Entiendes lo que digo?

Priya asiente con lentitud. Mis hermanas aún están en guardia y les pido que se acerquen.

—Tengo mucha sed, Em —repite con la voz entrecortada. En sus ojos puedo ver un atisbo de amenaza, como si sopesara si esta vez, en vez de controlarse, debería terminar el trabajo.

—Si quieres volver a tu vida normal, tendrás que aprender a controlarte.

Doy las gracias al cielo por las palabras de Dante; si no me hubiera avisado, no sé cómo habría reaccionado a todo esto. Priya vuelve a mirarme.

—Lo recuerdo todo, Em —murmura.

—¿Lo recuerdas? —pregunto con delicadeza.

—Recuerdo... el momento en el que me mordieron. Recuerdo perder la conciencia. Recuerdo despertar... Tenía tanta rabia... Quería mataros, y cuando me encerraron aquí, quería matar aún más. ¿A dónde se ha ido toda esa rabia?

—Puede que siga dentro de ti, pero esto te ha curado. —Le enseño el vial vacío, con los restos de líquido verde aún resbalando por las paredes del vidrio—. Es una medicina.

Priya parpadea confusa y mira a su alrededor: la alfombra recogida y la mesa apartada para dejar sitio al pentagrama del suelo, los cuarzos desperdigados, mis hermanas y mi padre.

—¿Qué me ha ocurrido? —pregunta al fin.

Como una niña que ve el mundo por primera vez, ahora contempla sus manos, el extraño color que han adquirido. No sé si tengo la respuesta a esa pregunta.

—Te mordieron —le digo con suavidad—. Pero te hemos curado, ¿vale? Solo que hemos tardado demasiado tiempo, y puede que algunas cosas de tu transformación no se puedan revertir.

Priya me observa con horror y dice unas palabras en hindi, su idioma materno. Siempre ha tenido esa manía; cuando se enfadaba, me insultaba en su idioma, porque, aunque hablaba el nuestro, no lo hacía con fluidez. Antes me sacaba de quicio, pero que ahora las recite significa que está viva, que sigue siendo ella, a pesar de todo. Y eso es lo único que importa.

—Cuando fui a buscar el suero, me encontré con Dante —le explico. Su ceja se eleva al escuchar el nombre del demonio, de su amigo—. Él tiene... ciertos conocimientos sobre el futuro. Me dijo que te convertirías en una criatura que va más allá de lo humano.

Un gesto brusco en su rostro me dice que se está poniendo cada vez más nerviosa. Alzo las manos, enseñándole las palmas.

—¿Sabes lo que es un vampiro? —le pregunto. Por supuesto que lo sabe, pero necesito que vayamos poco a poco para que no se vuelva loca de repente.

—¿A qué viene esa pregunta ahora?

—Solo... —le pido—, solo sígueme el rollo, ¿vale?

—¡Claro que sé lo que es un vampiro, pero no existen, Em!

—No, no existen. O no existían, hasta ahora. Porque por lo que me ha descrito Dante... no se me ocurre un nombre mejor para describir en lo que te has convertido.

Mi padre, mis hermanas y Priya dirigen su mirada hacia mí y yo me muerdo el labio, suspirando, y procedo a contarles todo lo que ocurrió en el laboratorio. Cuando termino, Priya está temblando.

—Entonces soy... un monstruo —concluye, y sus palabras se clavan dentro de mí como un dardo envenenado. Es lo último que quería escuchar de ella.

Mis hermanas se acercan cautelosamente, aún inseguras de cómo reaccionar. Circe, con un suspiro, se une a mí en un esfuerzo por brindarle apoyo.

—No eres un monstruo, Priya. Sigues siendo tú. Ember te ha salvado.

Priya niega con la cabeza, su mirada perdida en el vacío, como una muñeca rota. No sé qué hacer y mi desesperación debe de ser palpable, porque cuando Circe se da cuenta dice:

—¿Por qué no me das la mano? —Después, extiende sus largos dedos hacia ella—. Puedo hacer que te sientas mejor.

Parpadeo.

—¿Estás segura? —le pregunto a Circe. Sé lo que le está proponiendo, y lo que podría significar para ella.

Circe asiente.

—Por una vez, déjame utilizar mi empatía para algo bueno.

—¿Qué pasa? —pregunta Priya.

—Puedo absorber un poco de tu dolor —responde mi hermana—. Confía en mí.

Priya le tiende la mano y Circe se la aprieta. No parece ocurrir nada, pero cuando ambas vuelven a abrir los ojos, Circe tiembla y el gesto de Priya está un poco menos vacío.

—¿Estás bien? —le pregunta Rhiannon, acercándose a Circe para sostenerla.

—Sí... —murmura Circe.

Priya mira a su alrededor, pasa uno de sus dedos por el pentagrama dibujado por mis hermanas.

—No sé lo que has hecho —le dice a Circe—, pero muchas gracias.

Nos levantamos lentamente, los cinco envueltos en un incómodo silencio. Priya sigue inquieta, aunque parece pensar con mayor claridad.

—Entonces... —recapitula—. Dante es un demonio, vosotras sois brujas, vuestro padre sigue vivo y yo soy algo similar a un vampiro

—menea la cabeza—. Vais a tener que darme un par de explicaciones más.

Yo asiento. No son las únicas explicaciones que debemos dar. Aún no les hemos contado el asunto de Erik.

—Queda mucho que decir —coincido—. Pero, antes, necesito ducharme, beber agua y comer algo.

Si es que consigo no vomitarlo antes.

—Yo también voy a ducharme —añade Rhiannon sin dirigirme la mirada. Lleva ignorándome desde que entramos en la casa, y yo también he hecho un excelente trabajo esquivándola.

—Idos, pues —dice mi padre—. Quizás luego podáis explicarnos a qué viene la sangre en la ropa de Rhiannon y la culpa de vuestros rostros.

Trago saliva cuando los ojos azules de Circe y los ahora rosados de Priya se clavan en nosotras, dominando las lágrimas que me arden en los ojos, y asiento.

—Sí —acepto—. Eso también.



Capítulo 43

Una hora después, volvemos a estar reunidos en el salón.

—No sé ni por dónde empezar —confieso mientras Priya camina de un lado a otro impaciente. En la entrada, el reloj de cuco da las doce de la noche—. ¿Quizás por el Pacto de Ahinoam?

La pregunta va dirigida a Rhiannon, pero esta ni me mira. Se ha sentado cerca de la ventana con una taza de té entre las manos, y ahora se dedica a otear el horizonte, como si allí pudiera encontrar la expiación a sus pecados.

—Será lo mejor —coincide mi padre, levantándose para rebuscar en la estantería los cuadernos de mi abuela—. Hemos perdido un tiempo precioso intentando rescatar a tu amiga —prosigue, y ante mi mirada perpleja suspira—. No digo que hayas hecho mal; es más, estoy orgulloso de ti. Pero... —saca también el *Ars Goetia* de la estantería—. Deberíamos buscar al demonio del Olvido.

Circe levanta la mano.

—Lo haré yo mientras Ember le explica todo a Priya —se ofrece—. Ahora mismo me vendría bien una distracción.

Circe ha estado ausente durante la cena, y no es para menos. Lo que ha tenido que vivir en las últimas veinticuatro horas va más allá de lo que una chica de diecisiete años debería soportar.

—¿Estás bien? —le pregunto, intentando apartar los recuerdos de su cuerpo tendido en el suelo, sangrando, intentando respirar.

Circe se encoge de hombros.

—Todo lo bien que puede estar una bruja que se ha enfrentado a la muerte. —Rhiannon da un respingo desde su asiento en la ventana, y yo tuerzo el gesto—. Mira, ese demonio estaba buscándome a mí. A mí, personalmente, porque preguntó quién era yo. Y los demonios bestia del otro día... Me atacaron, en jauría, a mí. Esto ya es personal.

Parpadeo. Con todo el asunto de Priya, no me había parado a reflexionar sobre eso, pero Circe tiene razón. Por algún motivo, los demonios van a por ella.

—Si pactamos con Dantalion —reflexiono— vamos a tener que hacerle muchas preguntas.

—Tranquila, estoy haciendo una lista en el móvil.

—¿Qué es un demonio bestia? —interviene Priya.

Niego con la cabeza mientras recojo el cuaderno de la abuela que mi padre me tiende. Está abierto en una página que conozco muy bien.

—Vayamos poco a poco —sugiero, pasándole la libreta a Priya—. Lee en voz alta. Si tienes preguntas, házmelas.

—¿Qué es?

—Nuestra historia, Priya. La historia de mi familia. La historia del origen de las brujas.

Me miro las uñas, que he tenido que frotar varias veces para que perdieran toda la suciedad. Y la sangre. Priya tarda un rato en responder.

—¿Sabes? Cuando salíamos juntas, siempre sentí que había una parte de ti que me ocultabas. —Priya habla con cierto resquemor—. ¿Por qué nunca me dijiste que eras una bruja?

—No podía decírtelo. Los despojados... —Cuando Priya me interroga con la mirada, recuerdo que no sabe a qué me refiero—. Así llamamos a las personas que no descienden de un linaje de brujas.

—Caray, qué despectivo.

Tuerzo la boca.

—¿Puedes dejar de interrumpir? —Priya me dedica una mirada ofendida, y yo me muerdo el labio inferior. Su rostro no refleja ningún tipo de cansancio, y sus heridas han cicatrizado a una velocidad asombrosa. Tenerla tan cerca después de todos estos años resulta... extrañamente natural, como si el tiempo no hubiera pasado—. Disculpa, estoy un tanto cansada. Los despojados no pueden recordar la magia. Para que lo hagan hay que hechizarlos, y el hechizo es permanente.

Priya se ríe de manera sarcástica.

—Vale, ahora lo entiendo. Demasiado compromiso.

Me estrujo los dedos. Ese ha sido siempre el problema entre nosotras: yo nunca he querido atarme y ella tardó demasiado en aceptarse a sí misma. Para cuando estuvo lista, yo ya había pasado página.

—La historia que estás a punto de leer es la lección más importante de toda bruja —explico—. La primera que aprendemos cuando empezamos a estudiar el arte.

Priya pasea su mano por la página amarillenta, algo ajada por el uso, y comienza a leer.

Las brujas siempre hemos sabido de dónde venimos. Cada aquelarre conoce su pasado, porque es la única manera de no repetirlo. El legado de vuestra familia comienza con Ahinoam, la reina de las lejanas tierras de Endor que vivió hace más de dos mil años. Aunque la Magia Antigua siempre ha existido y la brujería ya se practicaba mucho tiempo antes, a ella se la considera la primera bruja real, aquella que realizó el Pacto Primitivo con el Rey Bael y desbloqueó la magia de este mundo.

Sin embargo, su historia no debe ser repetida.

Ahinoam estaba casada con el Rey Saúl, con el que tuvo cuatro hijos: un niño y tres niñas. Desde pequeña, ella siempre había sido ambiciosa, pero su condición de mujer la había relegado a un segundo plano. Ahinoam tenía que soportar a un marido violento que no sabía gobernar. Bajo el reinado del Rey Saúl, Endor había caído en decadencia. Ella sabía que tenía la sabiduría y el liderazgo necesarios para llevar a su nación al esplendor de antaño, pero su marido jamás dejaría que lo aconsejara o le dijera qué hacer. Para él, ella no era más que una posesión, un medio para llegar a un fin: propagar su linaje.

Pero Ahinoam era mucho mucho más que eso.

Ahinoam y sus hermanas eran brujas. Por aquel entonces, la brujería no tenía nada que ver con la magia, era algo mucho más ancestral. Las mujeres se conectaban a la esencia de la naturaleza, realizaban rituales de poder, sanaban enfermedades con hierbas y realizaban hechizos y sortilegios que las ayudaban a ellas y a su comunidad. Eso es, en esencia, lo que significa ser bruja.

Ahinoam, sin embargo, ansiaba algo más, pero sabía que el poder de la tierra y de la humanidad era limitado y que, por mucho conocimiento que se acumulara, nunca lograría su propósito con él.

Durante los rituales con sus hermanas, Ahinoam pedía a algo, a lo que fuera, que le diera la oportunidad de demostrar su valía. Haber nacido mujer era para ella una bendición y una carga; ansiaba ser tan poderosa como los hombres que la subyugaban para poder, así, subyugarlos a ellos.

Una voluntad férrea puede traspasar barreras. La voluntad de Ahinoam traspasó mundos.

Durante uno de los rituales, las peticiones de Ahinoam fueron escuchadas. Alguien acudió a su llamada. Alguien que poco tenía que ver con los elementos que velan por la naturaleza.

Un ser al que su aquelarre comenzó a referirse como «el Diablo».

El Diablo prometió a Ahinoam y sus hermanas que les concedería el poder que ellas siempre habían ansiado, que desbloquearía aquello que les impedía alcanzar su potencial. A cambio, solo requería una cosa: que ellas le abrieran las puertas de su mundo y le permitieran conquistar la tierra. Las brujas serían sus aliadas, y podrían gobernar sobre Endor. La única cláusula que impuso Ahinoam fue que sus hijas heredarían ese poder, pero nunca un varón, pues era la única forma de equilibrar la balanza.

Las hermanas de Ahinoam, horrorizadas ante la propuesta del Diablo, se negaron. Pero la ambición de Ahinoam no conocía límites, y nada pudo frenarla. Aceptó el trato, aunque sola, y así se creó el Pacto Primitivo.

Ahinoam se convirtió en la bruja más poderosa que jamás se haya visto. Podía invocar tres de los cuatro elementos: tierra, agua y fuego. Podía hechizar a los hombres solo con sus palabras y podía curar cualquier herida.

Ahinoam dominó al ejército del reino y destronó a Saúl. Ella y sus hijas reinaron sobre Endor, que prosperó hasta convertirse en el mayor reino del territorio.

Pero había alguien que no estaba contento con lo que había ocurrido y temía, a la par que admiraba, el oscuro corazón de las brujas. Salomon, el primogénito varón de Ahinoam.

Gracias a la cláusula de Ahinoam, los hombres estaban excluidos de la magia. Sin embargo, debido al poder de la sangre que unía a Salomon con su madre, él sí podía sentirla y recordarla. Sus hermanas, de manera despectiva, comenzaron a llamarlo «desheredado».

Huelga decir que eso, a Salomon, no le gustó.

Mientras el pueblo de Endor se maravillaba ante las lluvias que habían traído los cielos, las hortalizas y los cereales que germinaban como hongos y la milagrosa curación de los enfermos, Salomon sabía que todo aquello era producto de la hechicería.

Salomon, al principio, intentó colaborar con su madre. Le pidió que le enseñara todo lo que sabía sobre brujería, que lo incluyera en su ejército y que lo convirtiera en su protector, pero ella no accedió. Lo amaba, sí, pero lo conocía tan bien como la palma de su mano, y sabía que su ambición era tan grande como la de ella.

Salomon se vio a sí mismo relegado a un segundo plano... Tomando, de repente, el papel de sus hermanas. Ahinoam se había convertido en reina, y pensaba coronar a lamayor de sus hijas, en vez de a él. Era, definitivamente, un desheredado.

Nada parecía amenazar el poder de las brujas y, para aquel entonces, mujeres de todo el mundo habían realizadopactos con demonios menores a cambio de poder, siguiendo el ejemplo de Ahinoam. El precio, esta vez, ya no era abrir las puertas del Infierno. El precio fueron sus almas, y un poder menor, lo que convertía a las hijas de Ahinoam en las brujas más poderosas.

Pero todo pacto tiene su contraparte, y Bael, el Diablo, quiso reclamar la suya. Ahinoam, cumpliendo con su palabra, dejó que los

demonios entraran en nuestro mundo.Desde el este y el oeste llegaban historias de ciudades arrasadas por criaturas que parecían humanas, pero que poseían un poder descomunal y una sed de sangre inagotable. Siguiendo los rumores, Salomon se aventuró fuera de Endor y se encontróen medio de una batalla entre humanos y demonios. Nadie sabe cómo, pero en esa batalla Salomon capturó a uno de los demonios y lo encerró en sus aposentos. Durante cuarenta días y cuarenta noches, lo estuvo interrogando. ¿Quién gobernaba el Infierno? ¿De dónde provenían los demonios? ¿Cómo podía un despojado matar a un demonio... o a una bruja?

«Sin magia, la única manera de matar a cualquiera de los dos es blandiendo una espada maldita», respondió el demonio. «A cambio de mi libertad, yo te daré la mía».

Y así fue, Salomon se hizo con la espada del demonio y recogió sus enseñanzas en un grimorio que, más tarde, sería conocido como el Ars Goetia*. Convirtió a sus hijos en sus propios soldados, pues en Endor no quedaba hombre que no fuera fiel a Ahinoam, excepto ellos, que veían las proezas de sus tías y de su abuela, y también las desgracias que habían provocado. Así nació la Hermandad de Cazadores.*

Salomon lideró una rebelión contra su madre, acusándola de hechicera, de retozar con el diablo, pero nadie le creyó.

No hasta que el Rey Bael llegó a las puertas de Endor y desafió a su reina.

Fue entonces cuando Ahinoam se dio cuenta de su error, pero ya era demasiado tarde. Bael podía matarla, pues en el Pacto no habían negociado la protección de su vida, y Ahinoam descubrió que, intentando librarse de su amo, había caído en las garras de otro.

Perseguida por la Hermandad y hostigada por el ejército de Bael, Ahinoam declaró la guerra a ambas partes.

Endor fue destruido, y el destino de Ahinoam, de sus hijas y de Salomon se perdió en la historia. Lo único que sabemos es que el legado sobrevivió, que se esparció por todo el mundo. Que tanto brujas como cazadores prosperaron, cada uno por su lado, y que la guerra continuó.

Durante siglos, no se supo nada de las descendientes directas de Ahinoam, pues la historia borró sus huellas. Bael cazaba a cualquier bruja que tuviera el mínimo lazo de sangre con su antigua aliada, en un intento por eliminar de la faz de la tierra a las únicas herederas de la magia que contaban con el poder suficiente para acabar con él.

Los siglos pasaron, y volvemos a encontrar trazos de vuestra historia familiar en Faddenfield. Nadie sabía, por aquel entonces, que las Wytte eran las últimas herederas de Ahinoam. Solo ellas, pero guardaban el secreto con celo. Anteriormente, nuestro pueblo era, como sigue siendo, una pequeña villa de pescadores que pasaba desapercibida en los mapas, pero, durante un invierno particularmente frío, sufrió una oleada de inmigraciónde los campesinos que huyeron de los campos. Joann estableció en Faddenfield su hogar junto a sus hermanas en busca de un futuro más próspero, pues sus padres eran pescadores. La barca de su padre siempre estaba llena de peces, sus redes parecían hechas de un hilo que los atraía, y por el pueblo comenzaron a circular rumores de que la familia no era trigo limpio, que algo debían hacer para que todo les fuera tan bien en comparación con el resto. En efecto, las hermanas habían encantado el equipo de pescador de su padre para que le fuera mejor, pero nunca se imaginaron que las habladurías atraerían al pueblo a sus más antiguos enemigos.

La familiaFlores, descendiente directa de Salomon, llegó a Faddenfield siguiendo el hilo de los rumores y comenzó su particular caza de brujas. Se podría decir que nadaban en la abundanciay,

mientras la familia Wytte construía en la montaña su hogar, ellos fundaron su castillo en la playa.

Sin embargo, algo estaba a punto de suceder. Un día, mientras buscaba hierbas cerca del lago detrás de la montaña, Joann se encontró con unos ojos que la observaban.

Y así fue como conoció a Terrance Flores, y dicen que fue amor a primera vista.

Pero esa historia terminó muy mal.

—Puedes parar de leer, si quieres —interrumpe mi padre—. No creo que te interesen los detalles de nuestra historia con los Magnolia.

—Joann es la bruja que condenaron a las cuevas, ¿no? —pregunta Priya—. Al menos esa parte la conocemos todos. Nunca imaginé que...

—¿Que era una bruja de verdad?

Priya se encoge de hombros.

—Siempre pensé que la Iglesia quemaba a cualquier mujer que mostrase un mínimo de inteligencia.

—Y así era —interviene Rhiannon desde la ventana—. No solo las brujas han sufrido durante estos siglos. Ha habido cazadores de brujas que no eran más que fanáticos religiosos que ni siquiera descendían de Salomon. En cuanto a lo de Joann... la Hermandad no distingue entre brujas blancas y brujas negras, las quema a todas. Eso solo cambió hace solo unas décadas, cuando firmamos el acuerdo de paz y empezamos a trabajar juntos contra nuestro enemigo común. Pero, desde que Ember volvió a pactar con el Infierno, eso se ha ido a la mierda...

Rhiannon procede a contar el resto de la historia; la última batalla contra Bael, la supuesta muerte de mi padre y el Ritual de los cuatro

elementos, aquel en el que decidí que la historia de Ahinoam no era moraleja suficiente para disuadirme de hacer lo correcto. Solo que Rhiannon lo cuenta como si yo hubiera vuelto a condenar a la humanidad y todo hubiera sido un grandísimo error.

Cuando termina, deposita la taza de té en el suelo, ya vacía.

—Gracias —dice Priya, cerrando el cuaderno y apretándolo contra su pecho—. Gracias por compartir esto conmigo. Y gracias por salvarme la vida, Em —añade mirándome a mí—. Si los Magnolia siguen siendo vuestros enemigos..., entonces has arriesgado el cuello por ese tubito.

—¿No me odias? —pregunto, tanteando el terreno.

Ella ladea la cabeza.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

Carraspeo. Quizás no ahora, quizás no cuando aún no ha comprendido el peso de su transformación. Pero cuando pueda reflexionar sobre ello... Una criatura entre la humanidad y el Infierno. ¿Qué será de Priya?

—Circe —dice mi padre, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos—, ¿has encontrado algo?

Mi hermana pequeña está sentada detrás de nosotros, en la enorme mesa del comedor. Me giro desde el sofá para mirarla.

—Sí —responde, aunque apenas la escucho, lo cual es una prueba más de que, definitivamente, me he quedado medio sorda, porque tampoco está tan lejos—. ¿Queréis sentaros conmigo?

Trago saliva.

—No me gusta la cara que estás poniendo —murmuro mientras me levanto para dirigirme hacia ella—. ¿Qué pasa?

Circe se echa hacia atrás en la silla y se pasa las manos por el pelo.

—¿Qué va a pasar? Pues que, como siempre, las cosas no pueden ser sencillas —entonces nos mira, con sus ojos azules atravesándonos a cada uno de nosotros—. El demonio del Olvido es una diablesa; Lady Seerie. Y no solo era la Primera de Bael; también era su consorte. Pero no es la primera vez que oímos hablar de ella, ¿verdad?

Reprimo un bufido de exasperación. No, no es la primera vez que oímos hablar de ella.

—¿Qué pasa? —pregunta Priya, buscando mis ojos con sus iris rosados.

—Pues que no puede ser —respondo—. No puede ser porque, según mi padre, Lady Seerie está muerta.



Capítulo 44

—Esto lo complica todo.

Mi padre ocupa la cabecera de la mesa, una robusta tabla de madera sin barnizar sobre la que se extiende un sencillo mantel de tela de cuadros blancos y amarillos. Will la hizo para mi madre cuando las niñas crecieron y nos dimos cuenta de que éramos demasiados para seguir comiendo en la cocina. Sobre nosotros, una lámpara de luz cálida ilumina la estancia. Sus focos cuelgan desnudos, sin pantalla, proyectando sombras suaves en las paredes blancas. Me siento de espaldas a una pequeña ventana que enmarca las vistas sencillas del jardín trasero y la cima de la montaña, con Priya a mi derecha y mis hermanas enfrente.

—Dijiste que un demonio había ocupado el trono tras matar a Lady Seerie —dice Rhiannon—. ¿Es posible que se haya hecho con el dominio del Olvido?

Cada Lord tiene potestad sobre un dominio distinto. Lord Barbas, el del miedo. Dantalion, el del conocimiento. Sus poderes emanan de

ese dominio. Pero, que yo sepa, cuando uno muere el puesto no se hereda.

—Es posible —acepta mi padre—. Pero no estoy seguro de cómo se hace eso. Cuando vuestra madre asesinó a Andromalius, no se hizo con el dominio del hurto y, que yo sepa, nadie en el Infierno lo ha tomado. Puede que haya alguna especie de ceremonia o ritual, o puede que tenga que ver con el hecho de que un demonio asesine a otro. Quizás pueda, de alguna forma, robarle el dominio así.

—Pero entonces —razona Circe— lo normal sería que siempre hubiera una guerra civil en el Infierno. Todos querrían hacerse con un dominio.

—Matar a un Lord no es sencillo, niña —responde mi padre—. La mayor parte de los demonios menores ni siquiera pueden controlar la magia. Un simple pensamiento de uno de sus Señores, y estarían muertos.

—Entonces, ¿quién era el demonio que consiguió matar a Lady Seerie y robarle su poder? —pregunto—. Porque si no era un Lord, entonces era un demonio menor.

Toda nuestra atención se dirige a mi padre, que juega con una de sus rastras entre sus dedos de piel oscura, cubiertos de cicatrices.

—No lo sé —concluye—. No lo sé. He estado intentando recordar desde que llegué, pero cada vez que pienso en ello, siento que mi cabeza está a punto de estallar y, entonces, el único pensamiento que se revela entre todo el ruido es que Lord Barbas fue el que inició todo esto.

Pestañeo.

—Espera —lo interrumpo—, ¿cuando piensas en ello te duele la cabeza?

Mi padre asiente.

La magia mental deja huella.

—Entonces el Rey de los Demonios también ha alterado tus recuerdos —cavilo—. Como hizo con los nuestros cuando huyó por el portal.

Mis hermanas contienen un suspiro.

—Dijiste que no recordabas lo que ocurrió antes del Ritual —prosigo.

Mi padre asiente lentamente, pensativo.

—Estaba con Lord Barbas, y después... os vi a vosotras. Todo lo demás está oscuro... —Se lleva una mano a la sien—. Acabo de sentir otro pinchazo.

—Te ha hecho olvidar —sentencio, y la frase cae sobre nosotros como un cubo de agua helada.

—Seguimos sin tener un nombre —murmura Circe—. Seguimos estando a merced de lo que el demonio decida.

Tamborileo con los dedos sobre el mantel de la mesa, pensando bien en lo que estoy a punto de decir. No podemos seguir dando vueltas en círculos, no podemos seguir dejando que el Rey de los Demonios nos cace como si él fuera un gato y nosotros, sus ratones.

—Yo estaría en las cuevas... —comienzo, hablándole al aire. Las miradas de mis hermanas se dirigen hacia mí—. Estaría en las cuevas si Dante no me hubiera ayudado hoy.

Rhiannon se levanta de la silla de golpe.

—Ni se te ocurra empezar otra vez —me advierte.

—Rhiannon, nos estamos quedando sin alternativas. Más vale demonio conocido que demonio por conocer, ¿no?

—Se dice: «Más vale diablo conocido que ángel por conocer» —me corrige ella, poniendo los ojos en blanco—. Así que, como ves, no aplica.

—Dante no es... —comienza Priya, y cuando mi hermana la fulmina con la mirada, traga saliva—. Lo conozco, es mi amigo. Él

siempre me ha tratado bien, y vino a rescatarme con Ember. Aún no termino de entender eso de que sea un demonio, pero... —Sus ojos se clavan en los míos, y cuando lo hacen, me recorre un escalofrío —. Pero pondría la mano en el fuego por él.

—¿De qué conoces a Dantalion? —pregunto.

—¿Dantalion? —responde ella, dedicándome una mirada confusa con sus enormes ojos.

Carraspeo.

—Dante. Dantalion es su verdadero nombre.

—Ah... —farfulla ella—. Vaya. —Tras unos segundos, coge aire para hablar—. Lo conocí en el bar, una noche en la que estaba de visita para ver a mis padres. Nos hicimos amigos enseguida. Congeniamos muy bien, ¿sabes? Es de esas personas con las que puedes ser tú misma. Jamás se me hubiera ocurrido...

—¿Que era un demonio?

Priya niega con la cabeza.

—Que me estaba ocultando parte de él —responde—. Yo no le he ocultado ninguna parte de mí.

Chasqueo la lengua. No parece que estemos hablando del mismo demonio.

—Puede que haya sido una actuación... —murmuro, pero mis palabras provocan que Priya se ponga rígida.

—¿Y por qué iba a serlo? —replica.

No sé cómo decirle que tiene un interés extraño en mí, y que me parece sospechoso que se haya hecho amigo, justamente, de ella; así que, me salgo por la tangente.

—O puede que lo que nos acabas de decir sea la prueba de que, si en el Infierno lo consideran un traidor, es por algo.

Rhiannon suelta un bufido.

—Ember, está colaborando con los cazadores...

—Está creando una cura con los cazadores —la corrijo—. ¿Para qué? No lo sé. Pero puede que ellos sean tan solo unos peones en su plan...

—Y nosotras también —me interrumpe Circe.

—No si somos más inteligentes que él —añado yo—. Si él está jugando a su juego, hagamos nosotras lo mismo...

—O podemos encerrarlo en una Jaula y torturarlo hasta que empiece a hablar —propone Circe, provocando que Priya se eche para atrás en su asiento.

—No bromees con esas cosas —responde Rhiannon.

—No bromeo. ¿Qué tenemos que perder? Al fin y al cabo, es un demonio.

Alzo las cejas, admirada, pero Rhiannon la fulmina con los ojos.

—Circe —le advierte—, la tortura no es nuestra forma de actuar. Y, aunque sea un demonio, su aspecto es humano. ¿Serías capaz de, no sé, romperle los dedos?

Circe se levanta de un salto y alza el mentón.

—Pues claro que sí, Rhiannon. Hoy he estado a punto de morir, créeme cuando te digo que no pienso repetir la experiencia —entonces señala a papá—. Vuestro padre nos dijo que no estábamos listas para luchar, y tenía razón. Si no estamos dispuestas a ensuciarnos las manos, ¿cómo ganaremos esta guerra?

—¡Deja de hablar como una corrupta, Circe! —Mi hermana mayor da un golpe en la mesa, y todas, excepto mi padre, nos sobresaltamos—. ¡No tienes ni idea de lo que es ensuciarse las manos! ¡Cuando lo haces, es imposible volver atrás!

Rhiannon ha elevado el tono hasta un punto al que solo la he visto llegar en un par de ocasiones, y la última vez fue hace años, cuando le exigió a mamá que despertase de una vez.

Circe pestañea y sacude la cabeza. El reflejo acuoso de unas lágrimas asoma detrás de sus pupilas.

—Pues, entonces, dímelo, porque sé que está pasando algo raro por cómo os esforzáis en bloquearme. —Circe se cruza de brazos y yo me estremezco. Tener a una émpata en casa es una experiencia que no recomiendo a nadie—. Quizás sea el momento de que nos habléis de la sangre y de la culpa —concluye, citando las palabras de mi padre.

—Te hemos dicho mil veces que no leas nuestros sentimientos. —Ni siquiera es un reproche; Rhiannon lo dice con una voz tan cansada que se me forma un nudo en la garganta.

—Contadme lo que ha pasado —insiste mi hermana—. Dejad de tratarme como a una niña. Hoy he estado a punto de morir, creo que me lo merezco.

Rhiannon palidece y yo frunzo los labios. Maldita chantajista. Pero tiene razón; no podemos llevarla en volandas como si fuera una princesa. Ya no. Esto es la guerra.

—Hemos matado a Erik —confieso.

Circe da un paso hacia atrás. Priya palidece. Rhiannon entierra la cara en sus manos y solloza.

—Hemos matado a Erik —repite.

Por fin, tras todo este tiempo aguantando, se echa a llorar. Sus gemidos reflejan tanto dolor que el corazón se me parte, y tengo que controlarme para contener las lágrimas y no derrumbarme yo también.

—Erik... —murmura Circe.

—¿Habéis matado...? —La pregunta de Priya queda suspendida en el aire.

—No tuvimos más remedio —digo mientras me acerco a Rhiannon, intentando sonar convincente—. Habían atrapado a

Rhiannon, y para huir tuvimos que hacerle daño a Erik. Echamos a correr, pero él nos persiguió. Teníamos a la Hermandad pisándonos los talones y Erik se abalanzó sobre ella... Ambas supimos lo que teníamos que hacer. Era él o nosotras, Rhiannon. —Pero ella no parece escucharme, sigue llorando desconsoladamente—. Erik y Anabel la encontraron en el bosque —explico, dirigiéndome a Circe y a Priya, que nos observan con el rostro desencajado—. Supongo que escucharon la moto cuando se acercó al Magnolia. Si hubierais esperado un poco más...

—¡No me vengas con esas! —Rhiannon da dos pasos hacia mí y pone su cara a escasos centímetros de la mía—. ¡Habían pasado horas, Ember! ¡Horas! ¡Un día entero! Estábamos de los nervios, y no teníamos manera de comunicarnos contigo. Hice lo que tenía que hacer como tu hermana mayor, como la líder del aquelarre. —Respira entrecortadamente y, durante un segundo, temo que pierda el control—. Fui porque era lo que tenía que hacer, y de eso no me arrepiento, pero ¿sabes qué es lo peor?

Chispas escarlatas danzan en sus ojos pardos. Niego con la cabeza, esperando su reacción. Tiene razón, y ahora lo veo; yo también me hubiera desesperado, también hubiera corrido a buscarla. Pues bien, si quiere pegarme, que lo haga. Pondré la otra mejilla si eso es lo que necesita, asumiré las culpas si eso logra calmar su conciencia.

Rhiannon inspira hondo antes de proseguir.

—Lo peor es saber que, si hubiera reaccionado como la líder que se supone que tengo que ser, no nos habría puesto en peligro.

Pestañeo confusa.

—¿Cómo? —alcanzo a preguntar.

Rhiannon se aleja, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—No supe actuar —reflexiona cuando se separa de mí. Tiene la mirada perdida—. Tendría que haber noqueado a Erik en cuanto me encontraron en el bosque. Tendría que haber usado mis poderes contra ellos, pero me daba miedo hacerles daño. Dejé que me atraparan y dejé que la situación se me fuera de las manos.

—Rhiannon... —murmura Circe, pero ella alza una mano para que la deje continuar.

—Se supone que soy la mayor. Se supone que debo protegeros. Si hubiera reaccionado antes, Erik no estaría muerto. Si Ember no me hubiera forzado a utilizar mis poderes... ahora mismo estaríamos en las cuevas, y Circe sería la siguiente. —Cuando dice esto se le quiebra la voz, pero se aguanta las lágrimas y me mira fijamente—. Yo no supe reaccionar, pero tú sí. A veces pienso que eres tú la que debería liderar el aquelarre.

Me cruzo de brazos.

—No digas tonterías, si yo tuviera que tomar las decisiones importantes terminaríamos muertas —lo digo en tono de broma, como hago siempre que intento enmascarar aquello que pienso de verdad.

—Y, sin embargo, estamos vivas gracias a ti. —Nos quedamos en silencio unos instantes, ella con la mirada perdida, yo con la vista baja. Casi me sobresalto cuando vuelve a hablar—. Estoy harta de vivir asustada. Quiero ser la hermana mayor que os merecéis.

Rhiannon se acerca a mí. Me apoya la mano sobre la mejilla y yo esbozo una sonrisa triste.

—Debería curarte ese arañazo —dice, pasando su dedo por el puente de mi nariz, que aún escuece un poco—. Te va a quedar cicatriz.

—No lo hagas; es una herida de guerra.

Ella asiente. Yo no digo nada, solo hundo mi cabeza en su hombro y aspiro el aroma a almendras dulces de su pelo rizado.

—Ya eres la hermana mayor que necesitamos —susurro.

—Gracias —responde ella.

Tras unos segundos, nos separamos.

—¿Y bien? —mi pregunta va dirigida a Circe, Priya y papá—. Tenéis permiso para salir corriendo si es lo que estáis pensando.

Mi padre es el primero en hablar.

—Quitar una vida siempre tiene un coste —dice—. Pero hicisteis lo que debíais.

Circe no dice nada. Solo se levanta y nos abraza, una por una, y el alivio que siento hace que el peso sobre mis hombros se rebaje un poquito.

Mis ojos se encuentran con los de Priya.

—Es culpa mía —musita—. Fuiste al Magnolia por mí. Es culpa mía.

—No digas tonterías, Priya —la interrumpo—. Tú no me pediste que...

Pero Priya se levanta de la mesa con un gesto brusco.

—Está bien, Em —me dice, mirándome con los ojos acuosos—. Hoy habéis arriesgado mucho por mí. Necesito... Necesito descansar un rato.

—Puedes dormir en la cama de Morgana —propone Circe—. No creo que sea buena idea que te vayas sola ahora que...

Priya sacude la cabeza.

—¿Ahora que me alimento de sangre? —responde con una media sonrisa. La broma resulta tan vacía que nadie se ríe—. Gracias por la oferta, iré arriba a cambiarme. Nos vemos mañana.

—Yo también me voy —añade mi padre—. Llevo un día entero sin dormir.

Mis hermanas y yo asentimos, y le dedico una última mirada a Priya mientras desaparece por la puerta del salón.

—¿Creéis que volverá a ser la misma? —le pregunto a mis hermanas.

—No —responde Circe—. Había demasiado miedo en ella, Em. Pero también había valor. Sea como sea, es un camino que debe navegar sola; nosotras solo podemos guiarla, responder a sus preguntas...

—Le ha costado tanto encontrarse a sí misma —murmuro—. Y, ahora...

Rhiannon suelta un poco de aire por la nariz.

—Ember, tenéis veinticuatro años. Créeme cuando te digo que Priya aún tiene mucho tiempo para seguir encontrándose a sí misma.



Capítulo 45

Nos separamos de la mesa del comedor. Rhiannon regresa a su posición en el ventanal. Circe y yo nos sentamos en el sofá y ella reposa su cabeza en mi hombro.

Rhiannon suspira.

—¿Puedo confesaros una cosa?

Nosotras asentimos.

—No volví a casa porque estuviera enfadada con Paul. Vine a casa porque estamos pensando en divorciarnos.

Circe y yo la miramos incrédulas.

—¿Hablas en serio? —pregunta Circe.

—No sé de qué os sorprendéis. —Con el índice, dibuja una gota de agua sobre el cristal empañado—. Sé que todos veíais a la legua lo que yo me he esforzado en no ver. Me aferro a él como un clavo ardiendo, y él tampoco me quiere dejar ir, pero... Antes de la noche del Ritual, estaba dispuesta a llamarlo y decirle que no me importa que no seamos padres. Tengo tanto miedo a perderlo que estaba dispuesta a renunciar a lo que más quiero en la vida.

Rhiannon borra el dibujo con la palma de la mano y se encara con nosotras.

—Desde que las puertas entre los mundos se abrieron y comenzó esta locura, me he dado cuenta de que soy una cobarde. Llevo años alargando una relación que no funciona. Llevo años trabajando en un sitio que detesto. —Aprieta los labios hasta que se convierten en una fina línea en su cara. Antes de decir la siguiente frase, respira hondo—. Y lo peor de todo, llevo años evitando hablar sobre papá porque pensaba que era la mejor manera de olvidarlo y, al final, lo único que he conseguido es provocar en ti, Ember, la sensación de que estabas sola, de que eras la única que lo echaba de menos.

Tardo un rato en comprender lo que acaba de decir, pero, cuando lo hago, el corazón me da un vuelco.

—Yo... Gracias, Ri.

Salvo la distancia que hay entre nosotras y la agarro de la mano. Ella me la aprieta con cariño.

—A pesar de que estos días han sido los más horribles de mi vida, si no hubieras realizado ese pacto, Ember... Quizás me hubiera pasado mis últimos años de vida, antes de que la Hermandad nos matase, sin tomar las decisiones correctas, dejándome llevar por la corriente.

—Ri-Ri..., no seas tan dura contigo. Has sacrificado mucho por esta familia. Te debemos todo lo que somos.

Circe se levanta del sofá y se acerca a nosotras.

—Ember tiene razón. Tú eres nuestra líder. Eres la persona a la que todas acudimos cuando no está mamá —dice—. O incluso cuando está. A veces no es fácil tomar una decisión que te da miedo; especialmente si sabes que pondrá toda tu vida patas arriba. Créeme, yo... —Circe se detiene, como si intentara buscar las palabras adecuadas para no cagarla.

Rhiannon esboza una débil sonrisa.

—¿Lo dices por Hikari? —le pregunta suavemente.

Circe se pone un poco roja, baja la vista y asiente. Yo apoyo una mano en su hombro y lo aprieto.

—Cariño, no engañáis a nadie —la pincho—. Lo vuestro está más claro que un día de sol en verano.

Ella alza su mirada de ojos azules y pone los ojos en blanco, pero no puede evitar sonreír.

—Ya que estamos con las confesiones... —digo—, yo también volví a casa por motivos... distintos a los que os dije. Pasó algo en mi última cobertura.

No sin dificultad, les relato lo que ocurrió con la niña y la mariposa. Les confieso que Bab me obligó a pillarme la baja laboral. Y les confieso también que he estado extrayendo energía de la Fuente porque, a diferencia de Rhiannon, mi entrenamiento no fue tan exigente y aún no sé dominar mis poderes como debería.

—Ya no escucho nada por el oído izquierdo —murmuro, encogiéndome de hombros.

—Ember —responde Rhiannon—. ¿Cómo se te ocurre guardarte todo esto para ti?

—No quería preocuparos. —Tuerzo la boca, y ellas me miran, efectivamente, con preocupación.

—Una bruja que actúa sola es una bruja que muere sola —me recuerda Rhiannon, citando las palabras de la abuela—. No vuelvas a utilizar la energía de la Fuente, así estemos a punto de morir todas. ¿Entendido? Juntas somos más fuertes, Em. No te alejes de esa manera, prométemelo.

Asiento, suspirando. Sé que tienen razón, sé que, si sigo por este camino, no habrá marcha atrás: tarde o temprano, la corrupción se volverá irreversible. Sin embargo, si algo le ocurriera a alguna de

ellas... Si algo le ocurriera a alguien a quien quiero, haría lo que fuera por evitarlo. Sería capaz de volverme loca, de repetir...

De repetir lo de Erik.

—Prométemelo, Em —insiste mi hermana, cortando el hilo de mis pensamientos—. Prométeme que no volverás a actuar por tu cuenta.

—Te lo prometo —le digo. Después, descruzo los dedos.

—¿Qué vamos a hacer con Dantalion, entonces? —pregunta Circe —. ¿Sigues pensando que es buena idea confiar en él?

Me muerdo el labio, evitando la mirada de Rhiannon.

—Me dijo que vendría mañana para traerle a Priya la «comida» —respondo, dibujando unas comillas en el aire cuando pronuncio la última palabra—. Quizás sea buena idea dejarlo hablar. Quizás podríamos sacarle un poco más de información.

Mi mirada y la de Circe se dirigen a Rhiannon, que alza las manos al cielo y reprime un quejido.

—Muy bien —acepta, por fin—. Muy bien, escuchemos al demonio de los pectorales —reprimo una carcajada ante sus palabras—. Pero, os lo advierto: como empiece a hablar en acertijos le reventaré esa cabeza tan bonita que tiene.

—Descuida —prometo yo—. Llegado el caso, me encargaré personalmente de convertirlo en una preciosa bola de fuego.



Capítulo 46

El nuevo día amanece soleado, como si quisiera regalarnos un poco de paz en medio de todo este infierno. Un rayo de luz me acaricia el rostro y despierto con el nombre de Morgana en la boca, de nuevo. Temblando, de nuevo. He soñado con Erik. Supongo que ahora debo añadirlo a la lista de mis pesadillas, y supongo que esto es solo el inicio de las innumerables noches sin dormir tranquila que me esperan.

Pero si es el precio por seguir viva, por que mi hermana siga viva, que así sea.

Salgo de la cama, maldiciendo el frío de diciembre. Rhiannon no está en la suya y, aunque no es extraño que se despierte antes que yo, algo me dice que tampoco ha pasado una buena noche. Rebusco en el armario un conjunto de pantalón vaquero ajustado en la cintura y suelto en las piernas, que combino con una sencilla camiseta de manga larga negra con escote de pico, unas botas y mi indestructible chaqueta de cuero, que me cargo en el hombro mientras me dirijo al lavabo. Aún no he terminado de peinarme

cuando llaman a la puerta. Dejo el peine encima del lavabo. De todas formas, no hay mucho que pueda hacer con mis ondas esta mañana, y lo último que me apetece es enchufar la plancha como en un día normal.

Ya nada es normal.

—¿Es él? —me pregunta Priya, saliendo aún en pijama de la habitación con Circe detrás.

—Ni idea —respondo—. Comprobémoslo.

De camino, pasamos por la habitación de mi padre, pero está vacía, y la única señal de él es una nota, como la del primer día, en la que nos avisa de que se ha ido a dar un paseo para meditar nuestro siguiente paso. La dejo donde la he encontrado, sobre la cama perfectamente hecha.

Rhiannon ya está en la puerta cuando bajamos, y no se entretiene en remilgos cuando comprueba quién hay detrás del vidrio y la abre sin dilación.

El último de Bael, vestido con su conjunto de chaleco y traje y el pelo suelto por encima del hombro, inclina la cabeza y nos muestra dos bolsas de supermercado que cuelgan de su mano derecha.

—Buenos días —saluda, y acto seguido saca de la bolsa dos paquetes transparentes repletos de un líquido rojo—. El mejor plasma de todo Faddenfield —anuncia, tirando la bolsa al aire y recogiéndola sin esfuerzo, como si fuera una pelota de fútbol.

Reprimo una arcada por deferencia a Priya y termino de bajar los últimos escalones.

—Vaya, has cumplido con tu palabra —observo.

Dantalion chasquea la lengua. Tch, tch, tch.

—En el Infierno, las promesas tienen valor, fierecilla.

Me ahorro una respuesta mordaz.

—¿Fierecilla? —Priya sale de detrás de mí y se acerca a él, aunque algo dubitativa.

—¿No te parece una fierecilla, siempre quejándose y revolviéndose como un animal salvaje?

Ambos me miran, y un brillo de comprensión aparece en los ojos de Priya.

—Tienes razón —dice, para mi disgusto—. ¿Y tú? *Shaitaan*, me parece que tienes muchas cosas que explicar. Las Wytte no se fían de ti.

Dante ladea la cabeza.

—Eso es porque tienen prejuicios, ¿sabes? —le responde mirándola de una forma que, juraría, podría parecer tierna—. Aunque razones no les faltan. Mi raza no destaca por ser, precisamente, bondadosa.

—¿Y tú por qué lo has sido conmigo?

Dantalion sonríe, enseñándole los dientes, entre los que destacan dos afilados caninos.

—Porque hiciste que me sintiera un poco menos solo. Y porque no todo es blanco o negro, ¿verdad?

Priya pestañea y asiente.

—Verdad.

Dantalion sigue tras la puerta, sin atreverse a pasar.

—Siento lo que te ha ocurrido, pequeña. Debería haberlo evitado.

Priya toma una profunda bocanada de aire y, entonces, fija su mirada en las bolsas de plasma.

—Entonces, ¿eso es para mí?

—Sí.

—¿Por qué no me contaste lo que eras? —le espeta de repente.

—¿Acaso me hubieras creído? Además, lo habrías olvidado, pequeña. Pero ahora que te has transformado y la sangre de los

demonios y los engendros fluye en ti... Bueno, se podría decir que has pasado a formar, en cierto modo, parte de mi mundo. Ya no eres una despojada.

Priya clava su vista en el suelo.

—No —murmura—. Ember dice que ahora soy un vampiro.

Dantalion deja escapar el aire por la nariz, en una carcajada muda. Lo interrogo con la mirada.

—¿Eso es lo mejor que se te ha ocurrido? —me pregunta—. ¿Bautizarla como una criatura inventada por los humanos?

—Bueno, ¿y qué querías? Beber sangre es lo que hacen los vampiros..

—Pero Priya puede ver la luz del día y no va a transformarse en murciélago... —Dantalion corta la frase a la mitad cuando se da cuenta de la cara que está poniendo Priya, como si le estuviésemos dando un diagnóstico fatal—. Lo siento, pequeña. Será mejor que nos sentemos para hablar.

Clavo mi mirada en el rostro de Dantalion. La Hermandad, el Rey de los Demonios, la niebla, el pacto, incluso Priya... Todas las respuestas las tiene él, todos los caminos llevan a él. Todos. Es como si fuera inevitable.

—Muy bien —acepto—. Pasa, entonces. Hablemos.

Como esperaba, Dantalion se queda plantado en la puerta. Cuando nuestras miradas se cruzan, le dedico una inocente sonrisa.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Tienes miedo de hacerte daño, demonio?

Sabe tan bien como yo que los sigilos trazados en el marco no le dejarán pasar.

Él, como siempre, ignora mi provocación. Alza una mano hacia la puerta, y yo doy un paso atrás, seguida de Priya, Circe y Rhiannon.

Dantalion retrae los dedos, se lo piensa, pero entonces se lanza a por la puerta... y su mano atraviesa el umbral.

—No puede ser —susurra Rhiannon.

Dantalion cierra los ojos y emite un suspiro que más bien parece un lamento. Me doy cuenta de que llevo un rato conteniendo la respiración.

—Qué patético —murmura, y cuando vuelve a abrir los ojos su mirada verde me atraviesa, provocando que los pelos se me pongan de punta.

—No puede ser —repito, retomando las palabras de mi hermana —. Los sigilos no dejan entrar a los demonios, no...

—¿Quién os ha dicho eso? —me corta él—. Los sigilos os protegen contra aquellos que quieren haceros daño, independientemente de lo que sean.

Pestañeo, azorada. No... Eso era lo que pensábamos antes, pero estábamos equivocadas, ¿no? Y, sin embargo, algo dentro de mí me dice que el demonio está diciendo la verdad, y cuando intento descubrir por qué, por qué pensábamos algo tan equivocado, todo empieza a darme vueltas.

Para cuando quiero darme cuenta, Dantalion está enfrente de mí, tan cerca que tengo que elevar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Bueno, fierecilla, creo que lo que acaba de ocurrir demuestra que *realmente* quiero ayudaros. —Dirijo mi mirada a los sigilos de la puerta, que no han ni parpadeado ante su presencia—. ¿Queréis pactar ya, o esperamos a que ocurra una desgracia?



Capítulo 47

Dantalion no solo le ha traído el «desayuno» a Priya, sino a todas nosotras. Mientras el resto se sienta en la mesa del comedor, aún desordenada por la actividad de la noche, reparte varios bollos, cruasanes, fruta, paquetes de mermelada, queso, leche y, joder... café caliente en un termo.

—Empiezas a gustarme —comenta Rhiannon mientras muerde el pico de un cruasán—. ¿Esto está recién horneado? ¿La panadería sigue abierta después de todo lo que ha pasado?

—No —responde él—. Los he hecho yo.

Nadie comenta nada al respecto, pero yo no puedo evitar observar, aún de pie y desde lejos de la mesa, cada uno de sus movimientos con los ojos como platos.

—¿Dónde está vuestro padre? —pregunta él, mirando a su alrededor—. Tengo ganas de conocer al hombre por el que habéis arriesgado vuestro pellejo.

—Se ha ido a dar una vuelta —responde Circe mientras muerde un bollo—. Dios, no me había dado cuenta de lo mucho que

necesitaba algo dulce.

Dantalion muerde una manzana y sonríe.

—¿Te gusta? —le pregunta.

Ella se encoge de hombros.

—No está mal. Lo último que me imaginaba es que a un demonio fuera a gustarle la repostería.

—Dos mil años de aburrimiento terminan llevándote a desarrollar ciertos *hobbies*, ¿sabes? Las cosas por aquí no se pusieron interesantes hasta que Gutenberg inventó la imprenta. —Entonces, se da la vuelta para clavar sus ojos en los míos—. Fierecilla, ¿te vas a sentar?

De repente, todas las miradas se dirigen hacia mí, y yo tardo unos segundos en reaccionar. Me he quedado plantada cerca del sofá mientras todos se sentaban. Aún sigo procesando que Dantalion haya podido atravesar la entrada, pero que haya horneado cruasanes caseros se lleva la palma. Haciendo de tripas corazón, cojo aire y me dirijo al único asiento que ha quedado libre, justo a su izquierda. Aún dudando, me sirvo uno de los dichosos cruasanes y pruebo un bocado.

Vale, esto está realmente bueno.

—¿Y bien? —me pregunta él.

Trago con dificultad. La respuesta que quiero darle es «está muy bueno, gracias», pero las palabras que salen de mi boca son muy distintas.

—¿Quién querría cocinar pudiendo utilizar la magia, o pedir a domicilio y hechizar al repartidor? —le espeto—. Menuda pérdida de tiempo.

Dantalion se rasca el cuello y mira hacia un punto de mi cara situado cerca de la boca. Se inclina un poco.

—Hay cosas que es mejor hacer con las manos —responde mientras me quita unas migas de la comisura de los labios—. Especialmente cuando se trata de algo que disfrutas.

Carraspeo, no porque el gesto me haya resultado incómodo, sino porque todo el mundo nos está mirando. Sin poder evitarlo, el calor acude a mis mejillas. Priya aprieta los labios y desvía la vista, incómoda. Mis hermanas se han quedado con el cruasán congelado a medio camino entre el plato y sus bocas. Dante, por su parte, no parece darse cuenta de nada o, si lo hace, le da absolutamente igual. Quiero gritarle que deje de ponernos en ridículo, que controle su extraña obsesión por tocarme cada vez que le da la gana, pero no pienso darle la satisfacción de sacarme de mis casillas.

El momento pasa fugaz, y nadie hace ningún comentario. Comemos en silencio, sin pausa. Me tengo que obligar a devorar todo lo que pueda a pesar del vacío inmenso de mi estómago, y Rhiannon parece hacer lo mismo. No puede ser que haga tan solo unas horas haya ocurrido lo de Erik y ahora estemos todos aquí, desayunando como si nada la comida que nos ha traído uno de los Setenta y Dos de Bael.

—¿No comes, Priya? —La voz de Dantalion me sobresalta.

Priya está mirando con asco la bolsa de plasma. Torciendo la boca, introduce una pajita que Dante le ha dado dentro de ella, como si se tratase de un brik de zumo. La examina con el ceño fruncido.

—Pruébalo, te gustará —la anima él.

—No sé si...

—Si no te alimentas, podrías perder el control y atacar a otras personas.

Priya abre los ojos, con un tinte de alarma pintado en ellos.

—Todo irá bien mientras te alimentes —le asegura él—. Además, ya no creo que la comida normal te resulte apetitosa...

Priya desliza su mirada por la mesa.

—El olor de los bollos me está dando náuseas —confiesa— y la sangre... huele bien, pero...

Circe le pone una mano en el hombro.

—Imagina que es gazpacho —la anima, provocando la risa nerviosa de Rhiannon y, para mi alivio, de Priya.

—No me puedo creer que esta sea mi realidad ahora —murmura Priya, y después se acerca la pajita a los labios y sorbe con delicadeza.

Un minuto después, se ha acabado toda la bolsa.

—Vale, creo que ha llegado el momento de las aclaraciones —dice tras unos segundos de silencio en los que todos hemos dejado de comer para mirarla—. Empezando por ti —señala a Dante con la pajita—. ¿Qué se supone que soy ahora?

Dante apoya un codo sobre la mesa y se rasca la barba, ahora un poco más recortada que la última vez que lo vi. La sombra que dibuja en su rostro hace que sus pómulos se marquen y que su mentón parezca aún más afilado. Aparto la vista de él, algo turbada, cuando la misma sensación que me invade siempre que estamos demasiado cerca empieza a tirar de mí como una carga magnética.

Dios, es como si él fuera un precipicio y yo, la loca dispuesta a asomarse a su borde, a pesar del peligro.

—¿Qué se supone que eres ahora? —repite él—. Supongo que el término más conciso sería *híbrido*, una mezcla entre humano y demonio. Si te hubieras transformado en engendro, serías un demonio. Uno que se encuentra entre las jerarquías más bajas, pero un demonio. Sin embargo, has conservado tu humanidad, tu conciencia, junto con algunos cambios: tus heridas ya están curadas,

lo que quiere decir que tienes el factor regenerativo de los engendros. Puede que también hayas heredado algún poder más..., del suero, de los engendros, no lo sé. Tendrás que descubrirlo por ti misma. Y, si quieres, darle un nombre. Supongo que *vampiro* es tan bueno como cualquier otro.

Al terminar, le dedica una sonrisa amistosa que hace que algo desconocido se remueva en mi estómago. Priya, por su parte, no añade nada más.

—Hemos estado sopesando la posibilidad de pactar contigo —dice, finalmente, Rhiannon—. Pero ahora las cosas han cambiado. Tenemos más información. Sabemos que el demonio con el que pactó Ember es el Rey de los Demonios, y que ahora ostenta el dominio del Olvido.

Antes de proseguir, Rhiannon nos mira, una a una, y Circe y yo asentimos.

—Los sigilos no te han expulsado, y eso hace que, de alguna manera, podamos fiarnos un poco más de ti, pero no te lo vamos a poner tan fácil. Así que te proponemos, Dantalion, lo siguiente: cuéntanos la historia de cómo este demonio llegó a ocupar el trono del Infierno, y aceptaremos pactar contigo.

El demonio se separa de la mesa, poniéndose firme, y me dedica una mirada de soslayo. Después, lentamente, pone su brazo sobre el respaldo de mi silla, y la repentina proximidad hace que mi cuerpo se tense como la cuerda de un arco.

—¿Dejaréis que me la lleve al Infierno? —pregunta. Y su voz es un ronroneo grave.

—Sí —respondo yo. Rhiannon y yo estuvimos hablando de ello antes de acostarnos, y ambas estamos de acuerdo—. Solo si prometes que harás lo que sea para traerme de vuelta, incluso morir en el intento, y que me protegerás con tu vida.

Él gira su rostro hacia mí, hasta que su mentón está casi encima de mi hombro derecho. A través de la mesa, Priya parpadea.

—Te traeré de vuelta, fierecilla —susurra él, con su aliento acariciando mi oreja. Una de sus manos, la que tiene libre, se desliza cerca de la mía, situada encima de mi rodilla, y se posa sobre la punta de mi dedo meñique—. Te protegeré con mi vida... —Sus dedos siguen subiendo, acariciando mi piel, hasta que logran colarse por debajo de mi palma. Dantalion agarra mi mano y la alza a la altura de nuestros rostros, sacudiéndola como en un trato de negocios—... O moriré en el intento.

Me aclaro la garganta, asintiendo suavemente.

—Bien —digo con voz rasposa. Él aún no me ha soltado la mano, y cuando creo que va a hacerlo, su pulgar me acaricia el dorso con suavidad.

—Bien —repite.

Por fin me atrevo a enfrentarme a su mirada. Sus ojos humanos han desaparecido, en su lugar se encuentran dos iris naranjas y brillantes sobre un fondo negro. Un eclipse de sol en el que, por un instante, me veo reflejada.

Dantalion me suelta la mano y se echa hacia atrás en su asiento, y yo tomo conciencia del mundo mientras empieza a hablar, con su brazo aún posado en el respaldo de la silla; tan cerca de mí que, si quisiera, podría rozar su piel con mi nuca.

—Os contaré la historia, pero, como comprenderéis, tendré que omitir la identidad de nuestro protagonista. Una vez que hayamos formalizado el pacto, uniré los puntos por vosotras, ¿de acuerdo, brujas?

Mis hermanas asienten, yo también.

—Os aconsejo que no le deis muchas vueltas a lo que os voy a contar, especialmente si no queréis que os explote la cabeza.

Tuerzo la boca.

—¿Por qué lo dices?

Él esboza una media sonrisa.

—Solo déjame terminar, Ember. —Después, se aclara la garganta y comienza a hablar—. Imaginad, por un segundo, que habéis nacido en un mundo en el que el poder absoluto, la magia, pertenece a unos pocos. Imaginad que, como demonios menores, vuestro único destino es luchar en una guerra infinita, sabiendo que jamás alcanzaréis la gloria, sabiendo que vuestra única función es apoyar a otros para cumplir su cometido...

Dantalion se detiene unos instantes, quizás para que todas podamos absorber el significado de sus palabras. Noto un movimiento detrás de mí, y entonces su mano de posa justo encima de mi nuca y uno de sus dedos acaricia mi pelo.

—Ahora imaginad que existe una forma de haceros con ese poder que se os ha negado desde vuestro nacimiento, y que tanto deseáis —prosigue como si nada.

»¿Qué haríais con tal de conseguir ese poder? ¿Cuál es el precio que estaríais dispuestas a pagar?



Capítulo 48

Lady Seerie siempre fue diferente al resto de los demonios. No le interesaba conquistar otros mundos, sino gobernar el Infierno. El Rey Bael confiaba en ella como monarca. Le había transferido parte de su poder ejecutivo para que actuara en su nombre, como su reina, cuando él no estaba.

Y todo funcionaba a la perfección. Bael y Seerie no se amaban, claro. En el Infierno no existe el amor. Pero sí la pertenencia, la posesión. La alianza. Eso era lo que unía a Bael y Seerie.

Pero cuando ella tuvo a su primer hijo..., algo cambió.

Los niños son escasos en el Infierno. La inmortalidad tiene su precio: los demonios no podemos reproducirnos en exceso, para evitar la sobrepoblación. Sin embargo, cuando nace un niño..., es muy peligroso. Porque resulta que no amara un niño... es muy difícil.

Así que, con el tiempo, nos hemos vuelto más permisivos al respecto. Mientras el niño crece, pertenece a sus padres, y se permiten ciertas... libertades relacionadas con la crianza. Pero, después, el niño pasa a formar parte de la comunidad, y debe

alejarse de ellos para cortar cualquier lazo de afecto. Siempre se sabe a quién pertenece un niño, el niño lo sabe también... Pero la familia debe romperse.

No obstante, Lady Seerie era la reina del Infierno... Así que se permitió a sí misma ser la excepción. Se permitió quedarse con el niño más tiempo de lo habitual...

Y lo amó.

Como diablesa del Olvido, cada vez que alguien se daba cuenta... lehacía olvidarlo, para protegerse a sí mismay al niño, que también la amaba.

Pero el amor es una enfermedad. Y cuando se siente una vez, te invade, como un virus...

Milenios después, Lady Seerie conoció a un demonio menor.

Llamémoslo... el Usurpador.

El Usurpador ansiaba el poder. No le bastaba con el poco que tenía; quería más.

Y, para aquel entonces, Lady Seerie había aprendido a odiar a Bael, pues este no trataba a su hijo como ella, y lo miraba con recelo, temeroso de que, algún día, le quitara todo aquello que le pertenecía.

Lady Seerie podía hacer poderoso al Usurpador, y este lo sabía. Así que le propuso un pacto.

La condición de Lady Seerie fue clara: la cabeza de Bael a cambio del poder que el Usurpador ansiaba. Y resultó que sus objetivos estaban alineados, pues el Usurpador necesitaba también acabar con la vida de Bael.

¿Os preguntáis cómo pudo el Usurpador robarle el dominio del Olvido a Lady Seerie? La respuesta la tenéis delante de vuestras narices, pero estáis demasiado ciegas, brujas, demasiado ciegas para encontrarla. Pero os daré la respuesta, si tanto la queréis: fue a

través de la sangre. El demonio que ofrece su sangre a otra criatura le ofrece también la mitad de su poder.

Es un acto de amor, y está prohibido.

Lady Seerie confiaba en que el Usurpador cumpliría con su parte del pacto y no la traicionaría cuando eso ocurriera.

Pero el Usurpador la traicionó, delatándola ante aquel que imparte justicia en el Infierno, y a ella la condenaron a morir... Y cuando uno de los de Bael muere tras haber regalado su sangre a otra criatura, esa criatura puede reclamar todo el poder para sí. Alzarse como el nuevo dueño de su dominio. Así fue como el Usurpador se hizo con el Olvido, se hizo con el trono... Y, si no hacéis algo, brujas, muy pronto se hará también con la Tierra. No lo subestiméis, pues él no desea derrotaros, sino utilizaros. Convertiros en sus marionetas para lograr, así, todo lo que siempre quiso. Las palabras, brujas, se las lleva el viento... Recordadlo cuando venga a por vosotras.

—¿Qué era Lady Seerie para ti? —pregunta Priya cuando Dante termina su relato. No parece haberse dado cuenta de que Circe, Rhiannon y yo estamos temblando, y nuestra mirada, perdida en el infinito. Pensando, intentando... ¿Qué es...?

¿Qué...?

Hay algo que se me escapa, pero...

Dantalion levanta una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Dices que ella hacía olvidar a todo aquel que conocía su secreto, pero tú lo recuerdas.

—Conozco los secretos de todas las criaturas con solo saber su nombre y ver su rostro... No se me puede hacer olvidar algo así.

—¿Por qué no la delataste, entonces?

Dantalion se encoge de hombros.

—Digamos que nunca he tenido demasiado respeto por las normas... Ni por Bael.

Priya se muerde el labio.

—Pero tú también puedes amar —le espeta—. ¿Qué es la amistad, sino un tipo de amor? ¿O acaso nuestra amistad era mentira?

Dante carraspea.

—No. No es eso... Estar en la Tierra, desconectado de la Fuente, de alguna forma me ha cambiado... Pero cuando regrese al Infierno y la conexión se reestablezca, volveré...

—¿Volverás a ser una criatura sin conciencia que no puede amar?

—Yo no...

—¿Por qué querrías eso?

Mis hermanas y yo miramos a Priya y a Dantalion como si esto fuera un partido de tenis.

—Es mi mundo, Priya. Mi destino. No pertenezco a esta dimensión, y mi dominio lleva demasiado tiempo desocupado. Tú no lo entiendes; aquí todos mueren. Vuestras vidas duran un suspiro. Estaba *solo*... Allí tengo un deber, un...

—¡Un cuerno! Un lugar en el que está prohibido amar suena peor que una cárcel. ¿Acaso no has sido libre aquí?

—He sido débil, Priya —contesta él—. Aquí he sido débil. No seguiré escondiéndome como una alimaña. Pienso vengarme de todos los que me obligaron a huir a este mundo, a esperar una eternidad el momento perfecto para contraatacar, para volver a ser aceptado entre los míos. Pienso vengarme de...

—¿Esa es tu excusa? ¿La venganza?

—¡No es solo la venganza! Sin mí, ella...

Su mano me agarra de la muñeca, tirando de mí hacia él, y cuando se da cuenta de lo que ha hecho, me suelta como si el

contacto quemara.

—Sin ti, yo ¿qué? —le espeto—. Empiezo a hartarme de tus maquinaciones.

Dantalion se levanta de su silla para empezar a dar vueltas por el salón. El resto lo imitamos. Intercepto la estela de sus pasos y, cuando consigo que se detenga, la manera en la que responde me provoca un escalofrío.

—Tu destino es el Infierno, y yo soy tu única oportunidad, Ember Wytte. —Siento un ligero mareo, el mismo que he ido notando mientras el demonio contaba su historia, mientras una voz, dentro de mi cabeza, me gritaba que estuviera atenta, atenta, atenta...—. Basta de preguntas, brujas. Basta de reproches, Priya. Os he contado la historia de Lady Seerie y el Usurpador. Es el momento de aceptar vuestro destino y firmar el pacto.

La respiración de Dantalion suena entrecortada. La mía también, mezclándose con los tambores de guerra que retumban dentro de mi pecho.

Me adelanto un paso y, cuando él retrocede, camino otro más. ¿Por qué, cuando yo huyo, él me persigue? ¿Por qué, cuando dejo de huir, me tiene miedo? Porque es miedo lo que se refleja en sus ojos que, a pesar de su color y de su brillo, le hacen parecer casi humano. Apoyo una mano en su pecho y, ante el contacto, él da un respingo, pero no se aparta de mí.

—No soy capaz de llegar a la conclusión a la que sé que debería llegar —le digo apenas con un hilo de voz—. Cuando estoy a punto de conectar los puntos, me estalla la cabeza.

—No serás capaz —responde él—. Ninguna lo seréis hasta que os proteja de él, de su magia del olvido.

—¿Puedes hacerlo?

—Mis poderes se están restableciendo —dice, posando su mano sobre la mía—. Puedo hacerlo —su otra mano me acaricia la mejilla, borrando la lágrima que rueda por ella—. No llores, Ember. Hiciste lo que debías.

—No lo entiendo —sollozo—. ¿Por qué estoy llorando?

—Solo acepta el pacto, fierecilla. —Sus ojos brillantes parecen rogarme que le haga caso—. No atacaré la Tierra. Cuando recupere el trono, te devolveré a tu mundo. Te protegeré dentro del Infierno... Sé que soy el último ser en el que confiarías, sé que las brujas blancas no pactan con demonios, pero, por favor... déjame protegerte.

Se escucha el ruido de la puerta al abrirse, y un escalofrío recorre todos los poros de mi cuerpo.

—Hazlo, Ember —dice la voz de Rhiannon a mi espalda. Si ella está tan convencida como yo, es que ha intuido lo mismo. La misma conclusión a la que ninguna puede llegar.

Y estoy a punto de decir las palabras que debería haber pronunciado el día que fuimos a su despacho, cuando la entrada de mi padre en el salón me interrumpe.

—Así que habéis empezado sin mí —saluda, haciendo girar las llaves de la casa sobre el índice con un tintineo que me saca de mi trance—. Espero no haber interrumpido nada importante.



Capítulo 49

Es como si el tiempo se detuviera.

Como si todo empezara a encajar.

«Siempre me dio la impresión de que no le caía muy bien a esta casa».

Dantalion recoge la mano que tenía sobre su pecho, llevándola hacia abajo, girándose para encarar a mi padre. Aún con mi mano en la suya, se pone justo delante de mí. Escucho cómo las costuras de su camisa ceden, cómo unas alas desgarran la tela y empiezan a surgir de sus omóplatos, volviéndose cada vez más grandes, cómo la punta de unos cuernos asoma a cada lado de su cabeza.

—Solo estábamos hablando, Salazar. ¿Te apetece un bollo? Los he hecho yo mismo.

«La sangre de un demonio me trajo de vuelta».

La tranquilidad con la que actúa no tiene nada que ver con la forma en la que se interpone entre nosotras y mi padre.

—Te dije que no volvieras a entrometerte. —La voz de mi padre es tan fría que los pelos se me ponen de punta. A mi izquierda, Priya

ha adquirido una posición medio agachada, con las manos en alto, como si estuviera a punto de saltar. Y a mi espalda, mis hermanas se han puesto tan tensas como yo—. ¿Ya te ha hablado de vuestro Vínculo, Ember? ¿Ya te ha explicado lo que es?

Dantalion retrocede un paso, forzándonos a retroceder con él. Me asomo un poco, intentando ver por detrás de sus alas de plumas negras.

—No te atrevas... —comienza, pero mi padre prosigue.

—Hay ciertas cosas que ni siquiera *El Interminable* puede predecir —le interrumpe—. Por ejemplo, no puede hacerlo sobre algo tan poderoso como el amor, o incluso algo tan simple como la atracción. No, el amor entre las criaturas, la elección sobre a quién quieren o dejan de querer, solo les pertenece a ellas. Y, sin embargo, *El Interminable* predijo la unión entre el Último de Bael... y una de las últimas herederas de Ahinoam.

Retrocedo un paso, soltando la mano del demonio. Él no se gira, pero aprieta los puños. Choco con los cuerpos de mis hermanas, que me agarran de brazos y hombros y se ponen justo a mi lado. Mi padre no deja de hablar, no deja de hacerlo incluso cuando sus ojos comienzan a volverse completamente negros; un mar de petróleo sin pupila, sin brillo. Dos piedras de obsidiana pura que rezuman oscuridad.

—Una profecía así está maldita en sí misma, pues forzar el amor contamina al amor, lo convierte en... una mentira, una aberración. Una obligación en vez de una elección. Así que imagina el rostro del demonio del Conocimiento cuando leyó entre las páginas de su libro que terminaría enamorándose de una bruja, y no por elección propia, sino porque ese era su destino. Imagínate... la repugnancia. El horror. El peor pecado, escrito en tinta imborrable por la pluma del destino.

—No... —murmuro con un hilo de voz. Dantalion inclina su cabeza hacia mí. Su transformación está acabada; su cola asoma por los pantalones desgarrados, sus cuernos de carnero enmarcan sus pómulos afilados, y en sus ojos de eclipse ya solo hay... ira.

«¿Por qué no nos dijiste que había un nuevo Rey de los Demonios?».

Y mientras unas alas deformes surgen tras la espalda de mi padre, este no deja de hablar.

—Puede que te sientas inclinada a confiar en él. Puede que te sientas inclinada, porque una atracción tan fuerte es como un hechizo, una maldición. Pero así no funciona el amor, hija. El amor no puede predestinarse. Y mientras tú has estado devanándote los sesos, preguntándote por qué te sientes así cuando estás con él, Dantalion ha tenido antes tiempo, mucho tiempo, para pensar en qué haría en el momento en el que te conociera. Lo condenaron por ti. Huyó del Infierno por ti. Y ha estado todos estos siglos planeando cómo deshacer ese Vínculo que le une a ti.

»¿Cómo vas a pactar con él, si te ha estado ocultando la verdad todo este tiempo?

—Tú... —logro decir a través de las lágrimas y del nudo en la garganta—. Tú también nos has estado ocultando la verdad todo este tiempo.

El Usurpador.

No un demonio menor. No. Un desheredado.

Nacido en un mundo en el que él no tenía poder, pero las mujeres sí.

«¿Nunca has pensado en lo injusto que es que los hombres no podamos heredar la magia?».

Dentro de mi cráneo, mis sesos bullen y tengo que luchar contra mi instinto para no caer de rodillas y gritar. Las lágrimas que

asomaban a las cuencas de mis ojos ruedan ahora, libres, por mis mejillas, tan calientes como un hierro al rojo vivo, marcando surcos ardientes sobre mi piel.

¿Qué he hecho? ¿Qué narices he hecho?

«La respuesta la tenéis delante de vuestras narices, pero estáis demasiado ciegas, brujas, demasiado ciegas para encontrarla».

—Tú bebiste la sangre de Lady Seerie —cavila Rhiannon.

—Ella me resucitó —confirma él—. En un acto de amor. Y la mitad de su poder recayó en mí.

—¡Y después la traicionaste! —exclama Dantalion, con sus alas crispadas, extendidas en toda su longitud.

—Tuve que hacerlo. El amor está prohibido en el Infierno.

«El Usurpador no era capaz de amar».

—Tendríamos que haberlo sabido cuando los sigilos te expulsaron de casa, pero alteraste nuestros recuerdos.

Ahora lo entiendo. Ahora entiendo por qué le creímos cuando nos dijo que expulsaban a cazadores y demonios, independientemente de sus intenciones.

No era así.

¿Que un demonio menor lo resucitó? Y un cuerno. Ellos apenas tienen poder.

Apenas puedo ver nada a través de las lágrimas que me emborronan la vista y que arden con tanta furia como el fuego de mi interior.

Rhiannon tenía razón. Hikari tenía razón. Anabel tenía razón.

Nunca tendría que haber rescatado a mi padre del Infierno.

Algo en mi rostro debe de haber reflejado lo que estoy pensando porque, al mismo tiempo que termina su transformación —unas alas deformes, sujetas con engranajes de cobre, y unos cuernos

pequeños y afilados como única prueba de lo que es: un demonio—, mi padre me dice:

—No te preocupes, Ember, pronto dejarás de sentirte así. Cuando acabe con él, ninguna recordará nada de esto.



Capítulo 50

Antes de que podamos reaccionar, una ondulación se abre sobre Dantalion, tragándoselo como la madrugada en la que fuimos a por Priya y, cuando me quiero dar cuenta, mi padre, si es que debo seguir llamándolo así, desaparece también.

Una mano fría me aprieta el corazón mientras me abalanzo hacia el recibidor y abro la puerta de la casa, seguida de mis hermanas.

El sol que me despertó por la mañana ha desaparecido. Un viento helado se levanta desde el suelo, formando remolinos con las hojas secas del jardín, y se eleva hacia un cielo morado en el que un vórtice de nubes negras y grises amenaza con tormenta. Y justo allí, en el centro del vórtice, como si fueran el origen de la inclemencia del tiempo, dos figuras aladas se rondan la una a la otra, sobrevolando nuestra casa como buitres famélicos.

—¿Esos son...? —pregunta Priya.

—Dantalion... y el Rey de los Demonios —respondo yo, y decirlo en voz alta es como liberar un torrente de recuerdos. Recuerdos de hace tan solo cuatro días, cuando cometí el mayor error de mi vida.

Las voces de los demonios se convierten en una sola.

«El pacto ha sido realizado», sentencian. Un escalofrío recorre mi piel, pero no tengo tiempo para arrepentirme de lo que he hecho. La fuerza del vendaval se concentra sobre nosotras, lanzándonos por el aire. Choco contra la pared y caigo bruscamente sobre el parqué de madera, al igual que lo han hecho Hikari y mis hermanas.

¿Qué he hecho?

¿Qué he...?

Me levanto a duras penas. En el centro de la estancia, se encuentra mi padre. Tras él hay una especie de ondulación en el aire, que a veces muestra la pared del fondo, y a veces un destello rojizo y una ciudad oscura, iluminada comosangre roja. Me toco la cabeza, estoy sangrando.

—Gracias por traerme de vuelta —mi padre se acerca a mí y deposita su mano sobre mi mejilla. Está fría. Me fijo en sus ojos, dos pozos negros que no parecen humanos, obsidianas talladas a mano que desprenden una energía violácea—. Estás... tan mayor. Para mí solo han pasado siete años. Creía que el tiempo fluía de la misma manera entre dimensiones.

Retrocedo un paso.

—¿Qué has hecho, bruja? —sisea Hikari.

—¿Papá? —Rhiannon crispa las manos y una luz rojiza se concentra en sus palmas. Yo me alejo aún más de él, porque no me gusta la manera en la que sonríe cuando escucha esas palabras.

—Mi pequeña Rhiannon... —dice—. Supongo que será más difícil, si ya no sois unas niñas.

—Está repleto de odio —murmura Circe— y de ansia de poder.

Mi padre se gira hacia ella.

—¿Quién eres tú?

Circe se aprieta contra la pared y Hikari la cubre con la espada.

Me interpongo entre ellos, y al alzar la mano para invocar el poder del fuego mi padre me la agarra y lo extingue como si nada.

—¿Qué es lo que quieres? —replico—. ¿Qué es lo que te ha pasado?

Él esboza una sonrisa melancólica, pero no me mira, solo mira a Circe.

—Es igual que Úrsula.

Me recorre un escalofrío.

Mi padre me suelta. Nos da la espalda y alza los brazos.

—Venid a mí, ejército del Olvido. Arrasad la Tierra bajo vuestro yugo.

Nos ponemos en tensión. Comprendo, entonces, que algo muy malo está ocurriendo, que no debería haberlo salvado.

Que este ya no es mi padre.

Del portal surge un demonio con la melena plateada y una túnica rojiza con el dibujo de un compás.

—No podemos abrir portales más allá de este territorio. Alguien ha impuesto un amarre, aislando el pueblo del resto del mundo.

—¿Quién?

—No lo sabemos. Tampoco sabemos cómo arreglarlo. Mátalas, después pensaremos en ello.

—No.

—Mátalas, Salazar, no cometas el mismo error que Bael.

—Mis hijas terminarán uniéndose a mí, como lo hicisteis vosotros en su día. Dadme tiempo para descubrir qué ocurre y trazar un plan. Retírate.

La vista se me nubla.

Salazar nos hace olvidar.

Caigo al suelo de rodillas, al mismo tiempo que mis hermanas. Priya se inclina sobre nosotras preocupada.

—¿Qué os pasa?

—Acabamos de recordar —le explica Rhiannon, agarrándose la cabeza con ambas manos.

La sangre me martillea dentro del cráneo, pero me obligo a alzar la vista, a observar la pelea desde el suelo, demasiado lejana para poder alcanzarlos, para poder hacer algo por él.

—Hemos actuado como idiotas —está diciendo mi hermana mayor —. Nos ha engañado.

—Si Dante muere... —murmuro—. Si Dante muere, se acabó.

Nos hará olvidar, de nuevo. Y Circe estará a su merced, porque iba a por ella, y solo a por ella, porque no es suya. ¿Por qué no la ha matado antes? ¿Quizás Dantalion tenga algo que ver?

Se escucha un trueno, y todo se ilumina de un color púrpura que convierte el cielo en un anochecer eterno. Del vórtice de la tormenta surge un brillo espectral, un brillo que se convierte en un rayo de energía. Varias columnas luminosas perforan las nubes y atraviesan el aire, cayendo sobre una de las figuras, aquella que posee las alas más grandes.

Reprimo un gemido mientras Dantalion se precipita hacia el suelo y se estrella en la hierba blanda de nuestro jardín, creando algo parecido a un cráter lunar, convirtiendo la tierra húmeda en un barrizal de arcilla. Corremos hacia él.

—¿Estás bien? —exclamo.

—Sí... —gruñe—. Solo un poco oxidado. ¿Qué pasa, fierecilla? ¿Te preocupas por mí? Ahora es cuando la cosa se pone interesante.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero él agita sus alas y despega con la velocidad de un cohete, creando una corriente de aire tan potente que consigue desestabilizarnos. Él y el Rey de los

Demonios se encuentran a medio camino, lo suficientemente cerca de nosotras como para que podamos escuchar.

—Así que ese es tu poder —está diciendo Dante—. Debes de sentirte tan... orgulloso. Por fin has conseguido lo que siempre has querido.

—Eso, y mucho más.

—Es una pena que tu magia vaya a ser usada contra ti.

El Rey de los Demonios ladea la cabeza.

—¿Cómo dic...?

Antes de que termine su frase, un pilar de energía púrpura, idéntico al que cayó sobre Dante, lo fulmina, estrellándolo contra la tierra.

Recuerdo el momento en el que una bola de fuego ajena me salvó de las garras de los engendros cuando fui a rescatar a Priya.

—¿Cómo lo ha...? —pregunta Circe.

—Ese es su poder —intervengo yo, comprendiendo de repente—. Puede robar la magia de otras criaturas.

Los Lores del Infierno poseen el poder de sus dominios, un poder pasivo que les permite manipular el conocimiento, los recuerdos... Por eso Dantalion puede conocer la historia de los mundos, de todas las personas. Ese es un don inherente a él, del que no puede desprenderse. Por eso también mi padre... el Rey de los Demonios, puede manipular los recuerdos. Pero el poder de la Fuente también les concede una magia activa. Ahora comprendo por qué Dantalion pudo usar mi magia elemental; me la robó. Y a juzgar por lo que está sucediendo ahora, parece que el demonio del Conocimiento tenía razón al afirmar que sus poderes se están restableciendo.

—Circe... —farfulla Rhiannon entre dientes, y no hace falta que diga nada más.

—¡No te muevas! —ordena mi hermana pequeña, con una mano en alto y el sigilo de la Obediencia brillando en su palma.

El Rey de los Demonios, que ha caído en la carretera, se retuerce, pero, aunque lucha, no es capaz de moverse. Por el rabillo del ojo observo a Circe, a la que se le escapan unos gemidos de sufrimiento. No quiero imaginar la cantidad de energía que debe suponer doblegar la voluntad de alguien tan poderoso.

Porque eso es en lo que se ha convertido Salazar ahora. En el demonio más poderoso del Infierno.

Rhiannon y yo nos damos las manos, compartiendo entre nosotras nuestra energía, conectándonos con los elementos. Mi bola de fuego brilla con una tonalidad escarlata, iluminando la casa y el bosque a nuestro alrededor en rojo sangre. Cuando impacta contra el Rey de los Demonios, el golpe lo lanza por el aire, haciéndolo caer unos metros más atrás. Circe corta la conexión, pero antes de que él pueda moverse, otro pilar de energía lo golpea.

—¡Basta! —grita—. ¡Ya me estoy cansando de todo esto!

Se escucha un estruendo, y el suelo tiembla tanto que hasta eleva la grava y las hojas secas unos milímetros. Intento encontrar mi centro para no caer, pero tropiezo justo a tiempo para esquivar una columna de energía púrpura que cae detrás de mí. Y después otra, y otra.

Mis hermanas, Priya y yo apenas tenemos tiempo de esquivarlas. El Rey de los Demonios vuelve a alzar el vuelo, estrellándose contra Dantalion, y un brillo escarlata aparece en su mano. Su espada maldita, la espada dorada del Rey de los Demonios, la misma que debí identificar cuando la invocó en la plaza.

Pero él ya estaba jugando con nuestros recuerdos en ese momento.

—¿¡Por qué Dantalion no invoca su espada!? —exclama Circe, arrodillada unos metros lejos de mí entre los cráteres que han dejado los pilares de plasma.

No lo sé. Ahora, el Rey de los Demonios crea tres columnas que caen sobre Dante, arrancándole un grito, y yo me llevo las manos a la boca para tapar mi propio alarido. Vuelven a estar demasiado lejos como para que podamos hacer nada.

Dantalion se aleja de él, volando en una serie de maniobras imposibles que pretenden esquivar los pilares que caen desde el cielo. Ambos se persiguen el uno al otro, como dos pájaros carroñeros bailando en una danza mortal. El batir de alas de Dantalion se vuelve cada vez más lento... pero las columnas también disminuyen en número e intensidad.

—Dante está intentando agotarlo —observa Rhiannon.

—Los dos están intentando lo mismo —añado yo.

—Y nosotras solo podemos esperar.

No consigo despegar los ojos de cada uno de los movimientos de Dante. Me dijo una verdad a medias. Me dijo que había un Vínculo entre nosotros. ¿Por qué me ocultó que el origen era su libro? Nuestro destino, escrito en *El Interminable*. Entonces, si esto no es natural, si es una aberración, ¿por qué me preocupo por él? ¿Es el libro, obligándome a hacerlo?

Sabía que había algo oscuro que tiraba de mí, que me nublaba la mente, el juicio... Apenas sé nada de él, es imposible sentir... tanta familiaridad, como si nos conociéramos de antes, en tan solo cuatro días. Y a él parece disgustarle tanto o más que a mí. Y, sin embargo..., no puede resistirse a ello.

No. Eso tiene que acabar.

En el cielo, Dante esquiva otro pilar de energía y, esta vez, se detiene a apenas unos metros de nuestras cabezas. El demonio del

Conocimiento alza la mano, y una esfera anaranjada aparece en ella, una esfera que se vuelve escarlata. Fuego y sangre.

—¡Detente! —exclama, con el sigilo de la Obediencia brillando en su palma.

El Rey de los Demonios, que cargaba contra él espada en mano, se paraliza en el aire, deja de aletear, y Dantalion envía la esfera de fuego escarlata hacia él, lanzándolo derecho contra la tierra. La fuerza de la gravedad y de la magia precipitan aún más su caída. El golpe me pone los pelos de punta.

Esta vez, el Usurpador no se levanta.

Dantalion aterriza a nuestro lado, justo cuando unas tímidas gotas de lluvia caen del cielo, impactando en mis manos y rostro como besos helados.

—Te dije cómo debías actuar, pero te creíste más listo que yo, de nuevo —ronronea Dantalion, acercándose al lugar en el que ha caído el Rey de los Demonios—. Y, ahora, has sido derrotado. Dime, oh, Excelencia... ¿Cómo deseas morir?

—Imbécil —farfulla él, sujetando con su mano extendida la herida sangrante que Dante le ha abierto en el pecho y que apenas le permite hablar—. Yo... tengo... un... ejército.

Trago saliva ante su amenaza, pero Dante no parece inmutarse.

—¿Vas a invocar a tu ejército? —Es su pregunta cargada de sarcasmo—. ¿De verdad vas a permitir que vean cómo te he derrotado? Tu legitimidad en el trono está en juego, ¿verdad? ¿Quieres que se tambalee aún más cuando descubran quién ha estado a punto de matarte?

Mis hermanas y yo nos ponemos en tensión. Si invoca ahora al Infierno, estamos perdidas. Somos tres brujas novatas. Y Dantalion, aunque ha ganado, es solo uno.

Sin embargo, la forma en la que el Rey de los Demonios abre los ojos, como si de repente entendiera el peso de lo que acaba de ocurrir, me dice que ese no será el curso de los acontecimientos.

Me adelanto un paso, apartando a Dantalion de mi camino.

Aún tengo una deuda que saldar con la criatura que se retuerce en el suelo.

—¿¡Cómo has podido!? —le grito—. ¿Cómo has podido jugar con nosotras así? ¡He puesto a todos en peligro por tu culpa! ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué has regresado, si ya poseías el Infierno?

El Rey de los demonios clava sus pupilas en mí, y la determinación de su mirada consigue ponerme los pelos de punta.

—Ya te lo dije, Ember. —Su respiración entrecortada dibuja nubes de vapor irregular que salen de su boca. La sangre de su herida se vierte sobre la tierra como un río de lava—. Este mundo está muriendo, y yo pretendo utilizar mi poder para salvarlo. Y quiero que lo hagamos... juntos. Como una familia.

—¿¡Como una familia!? —mi voz se eleva por encima de las copas de los árboles y la furia que arde en mi interior alimenta cada una de mis palabras—. ¡Has intentado matar a mi hermana! ¡Nos has ocultado la verdad desde el principio! ¡Tú no eres mi familia!

—Era necesario... si quería... eliminar la niebla. —Salazar aprieta aún más la mano contra su pecho, reflejando el dolor en la manera en la que aprieta los dientes y gime—. Nunca pensé que todo estaría tan cambiado cuando regresara, pero aún no es tarde, Ember.

»Soy el demonio del Olvido. Puedo borrar todos los recuerdos de vuestras hermanas y de su padre. Puedo crear recuerdos nuevos para vosotras, recuerdos de una infancia feliz, en familia. Es lo que siempre quisiste, ¿verdad, hija? Crecer en una familia unida, con tu madre, con tu padre... Puedo hacer precisamente eso y, cuando termine, no recordaréis nada de ellos. Volveremos a estar juntos,

vosotras, vuestra madre y yo, y el mundo estará a salvo de su autodestrucción. Todo gracias a mí. ¿Acaso no lo ves? Todo lo que he hecho, lo he hecho por vosotras, por amor hacia vosotras.

A mi espalda, Circe y Rhiannon ahogan una exclamación.

—Hijo de puta —farfulla mi hermana mayor.

Yo aprieto los puños. Las palabras... Las palabras se las lleva el viento.

—¡Hipócrita! —le espeto—. Si eso fuera verdad, si tus actos estuvieran ligados al amor, nunca te hubieras convertido en el Rey de los Demonios.

—Ember...

—¡Silencio! —grito. Mentira. Mentira. Mentira—. ¡El amor es un pecado en el Infierno! —La bilis se me atraviesa en la garganta; pero me aguanto las ganas de...—. Puede que pienses que eres el héroe de tu propia historia, pero tú no estás haciendo esto por nosotras. —Alzo la mano, señalándolo con el índice. Todo me da vueltas—. ¡Lo estás haciendo por ti!

La batalla contra Bael, su alianza con Lady Seerie, el trono del Infierno... Incluso antes de saber lo que decía *El Interminable* sobre nuestro mundo, se alió con ella. No quería el poder para salvar el mundo...; lo quería para sí, porque se lo habían negado. Porque era un desheredado.

Me lo dijo desde el primer día, cuando me hizo sentir como una niña durante nuestra conversación en el porche. Y yo no quise escuchar la voz que me decía que algo iba mal, escuchar mi instinto, porque eso hubiera significado que había cometido un error, que nunca debí confiar en él como una ciega.

—¿Siempre pretendiste convertirte en el Rey de los Demonios? —le pregunto. Necesito respuestas; necesito una confirmación—. ¿Era esa tu intención?

Luiz niega con la cabeza, lentamente.

—No. Yo solo quería equilibrar la balanza. Quería que los desheredados tuvieran acceso a la magia, porque eso era lo justo.

—Pero Bael te mató, y caíste en el Infierno —interviene Rhiannon.

El Usurpador esboza una sonrisa.

—Puede que esa parte de la historia no sucediera como vosotras pensáis... —Pestañeo. ¿Qué está queriendo decir?—. En cuanto a lo que ocurrió tras mi llegada al Infierno... Siempre se me ha dado bien adaptarme a las circunstancias, y cuando Lady Seerie me resucitó...

Dantalion emite un gruñido y crispa los puños, una reacción que me pilla por sorpresa.

—Ella era lo único bueno que había en el Infierno —dice entre dientes—. Tú no la merecías...

—Eres un monstruo... —farfullo.

Mis palabras parecen hacer efecto. Por primera vez, el rostro de Salazar se desencaja y el martilleo de mi cabeza regresa con la misma intensidad de antes.

No. No puedo dejar que vuelva a manipularnos.

—¿Un monstruo? No tienes ni idea de lo que he hecho por vos...

—Si de verdad quieres que nos unamos a ti —le interrumpo con el odio rezumando en cada uno de mis gestos, en cada palabra—, si de verdad piensas que tu causa es tan justa, entonces deja que decidamos si eres el villano o el héroe de tu historia, *padre*.

—Necesito tiempo para haceros comprender...

—Lo que necesitas es quitarte la careta. No importa las veces que nos borres la memoria; nuestra voluntad es más fuerte, mucho más fuerte que cualquier engaño.

»¿O acaso nos borraste la memoria porque temes que veamos el monstruo que eres en realidad?

Mis palabras son recibidas con silencio, un silencio de apenas unos segundos que mi padre se sacude de encima como si fuera un mísero insecto mientras se levanta de nuevo. Inclina la cabeza hacia un lado, y luego hacia el otro, como si quisiera estirar el cuello. Su mirada se clava en cada uno de nosotros.

—Ya veo... —dice, y cada palabra es tan afilada como el filo de un cuchillo—. Soy un monstruo. Muy bien. Pero no penséis ni por un segundo que él es mucho mejor que yo —dice, señalando a Dantalion.

Entonces, esboza una sonrisa cargada de veneno.

—Habéis ganado esta batalla —dice con una calma que helaría hasta el corazón más valiente—. No voy a llamar a mi ejército, no lo necesito. Él me dijo cómo podía ganar esta guerra.

Pestañeo incrédula. Dirijo mi mirada hacia Dantalion, pero su rostro está tan inmutable como una piedra.

—Y estoy harto de esperar —continúa—. Es hora de mover los hilos del destino. Mi oferta sigue en pie, hijas. Cuando volvamos a vernos y todo haya terminado, espero de verdad que os unáis a mí. Podéis elegirlo voluntariamente... O puedo obligaros a ello.

Con un chasquido seco de sus dedos, como el golpeteo de un rayo en la lejanía, dos portales se abren a su lado, deslizándose en el tejido de la realidad. Contengo el aliento cuando varias figuras familiares emergen de ellos.

Anabel, Takedo, Sazza, Hikari... y ocho miembros más de la Hermandad, todos mirándonos con la misma perplejidad que nosotros a ellos.

—La decisión es tuya, demonio del Conocimiento —añade con una sonrisa tan afilada que podría cortar el viento—: salva a mis hijas... o cumple con los designios de *El Interminable*, con tu plan infalible, y demuéstrales quién eres en realidad.



Capítulo 51

—¿Qué significa esto? —Anabel ya tiene su espada en la mano, en posición defensiva: hoja en alto y piernas flexionadas clavadas en el suelo. Cuando sus ojos se posan en mí, su rostro se vuelve lívido—. ¡Vosotras!

—Mamá... —farfulla Hikari, su espada también fuera de la vaina —. Mamá, ese es...

La atención de la cazadora se desvía hacia Salazar, y sus ojos repasan las alas deformes, los cuernos de carnero lechal, los ojos de pupila de obsidiana..., y comprende.

—Luiz... —farfulla Anabel.

—No —murmura Hikari, con un deje de comprensión y miedo en su voz—. Es el Rey de los Demonios.

Anabel dirige su espada hacia él.

—Tú...

El Rey de los Demonios inclina la cabeza.

—Hola de nuevo, querida.

—Siempre supe que no eras trigo limpio —replica la líder de la Hermandad—. Tendría que haberlo sospechado desde el momento en el que Hikari me dijo que habías regresado de entre los muertos.

Salazar ladea la cabeza.

—Anabel, tan violenta como siempre —observa—, pero te aconsejo dejar nuestro enfrentamiento para el futuro. —Entonces, nos señala a nosotras—. Mis hijas han matado a tu discípulo, al igual que su tía mató a tu madre. Quieres venganza, ¿verdad? Te la ofrezco en bandeja de plata.

Anabel parece dudar por un momento, lo que hace que las brasas de la ira que ardían en mi pecho se incendien de nuevo.

—Sé que Dantalion ha hecho algún tipo de trato contigo... Y ahora quiere hacerlo con ellas. —Dantalion, que se ha puesto delante de nosotras de nuevo, como si con su cuerpo pudiera protegernos de todo esto, emite un gruñido sordo—. Ofrécele aquello que le prometiste. Te dará a las brujas en bandeja de plata.

Anabel da un paso hacia él, espada en alto, pero mi padre, el Rey del maldito Infierno, chasquea de nuevo los dedos y desaparece por un portal.

—¡Mierda! —exclama la cazadora.

—¿A dónde ha ido? —pregunta Takedo.

Ninguno de los cazadores se ha relajado. Ni nosotras; todos estamos en guardia, incluso Priya, con Dantalion como única barrera de contención entre nosotros.

El demonio del Conocimiento responde a la pregunta de Takedo.

—A lamerse las heridas... —dice, pero su voz es tan suave que parece un murmullo lejano—, y a esperar la llegada de la hermana pequeña.

Me giro tan rápido hacia él que el cuello me da un latigazo.

—¿¡Cómo dices!?

Pero Dantalion no me mira a mí.

Mira a Anabel.

—Entonces, ¿tienes la cura?

—Dante, ¿qué estás haciendo? —farfulla Priya.

Mis hermanas y yo intercambiamos unas miradas de preocupación.

No será capaz... Me he tomado en serio las palabras de mi padre, pero es demasiado absurdo como para que sea verdad.

Anabel saca un tubo de su chaqueta.

—Dánoslas, y te entregaré la cura.

—El pacto consistía en que yo os daría los conocimientos necesarios para desarrollar el suero y vosotros me daríais la cura.

—El pacto decía que nos darías los conocimientos necesarios para desarrollar el suero, con el fin último de matar a las brujas. Pero las cosas se han complicado, y el pacto también. Danos a las brujas, o destruiré la cura.

Pestañeo. Hace apenas unos minutos estaba desesperado por pactar con nosotras.

—¿Estás de broma? —le ladro—. ¡Podrías matarla ahora mismo!

Dantalion suspira.

—Sí, pero no es así como ocurre —murmura.

«Déjame protegerte».

Los ojos de eclipse de Dantalion se encuentran con los míos. Esboza una leve sonrisa.

—Cuando salgáis de las cuevas, di mi nombre. Acudiré a tu llamada.

—¿Qué?

—Recuerda tus sueños, fierecilla... —contesta—. Y ódiame, si eso te hace sentir mejor.

Invoco una bola de fuego.

Todo ocurre muy rápido.

Anabel dice:

—Es un pacto, Dantalion. Ayúdanos, y no te interpongas.

Y el demonio responde:

—No me interpondré, podrás llevarlas hasta las cuevas.

—Y no las ayudarás a salir.

—No las ayudaré... a salir.

A mi izquierda, Circe alza la mano y...

Dantalion se gira completamente. Distingo el sigilo de la obediencia dibujándose en su palma... el mismo sigilo que Circe invoca para dar una orden.

Tardo un segundo en comprender que mis hermanas se han quedado completamente paralizadas.

—¡No! —exclamo—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Dante! —grita Priya.

Como en un *swing* de golf, lanzo mi esfera ardiente hacia la cara de Dantalion... y él la extingue al agarrarla, con un gesto calculado, como si estuviera recogiendo una inocente y blanda pelota.

—Créeme —me dice entre los jirones de humo que ha levantado la extinción de mi fuego—, es por un bien mayor.

Lo siguiente que sé es que me ha hecho darme la vuelta y estoy apretada contra su pecho, dándole la espalda, con su brazo sobre mí.

Contengo la respiración. El movimiento ha sido tan rápido... Sé que los demonios tienen una velocidad y fuerza superiores a las humanas, y aun así...

No consigo reaccionar, pero cuando sus labios se acercan a mi oído me incendio como una pila de periódicos viejos.

—Recuerda tus sueños —repite en un susurro que logra ponerme los pelos de punta.

—¡Suéltame, hijo de puta! —grito mientras pataleo.

—Dante, suéltala. —Las palabras de Priya, más que una orden, son un ruego—. Suéltala.

—No puedo.

En un visto y no visto, Priya salta... Salta sobre nosotros como si fuera una pantera, en una trayectoria que desafía a las leyes de la gravedad. Dante se limita a dar un paso hacia atrás, llevándome con él. Cuando Priya aterriza, tropieza y rueda por el suelo.

—Vas a tener que practicar —comenta él con un deje de decepción en su voz—. No te muevas —le ordena.

Aprovecho que tiene que alzar la mano para liberarme un poco y para darle un codazo en las costillas con todas mis fuerzas. Él reprime un gemido y me aprieta más fuerte.

—No lo hagas más complicado —me pide.

Y, entonces, me hace girar sobre nuestros talones hasta que ambos quedamos frente a frente con Anabel.

—Por fin haces lo correcto —dice ella.

Pataleo aún más fuerte, pero el demonio pone su otro brazo sobre mí para que no me mueva, en lo que casi parecería un abrazo si no fuera porque me está entregando en bandeja de plata a la mujer que quiere matarme.

—Ten.

Anabel rebusca en sus bolsillos y extrae un vial de color violeta. Se adelanta un poco, dando un paso, y se lo coloca a Dante en el bolsillo de la chaqueta.

—Aquí tienes tu cura. Pero no esperes que vuelva a confiar en ti.

—No te preocupes, Anabel —responde él con una voz fría como el hielo, tan gutural que parece más la de una bestia que la de un hombre—. La Hermandad ha cumplido su función, nuestros tratos se han terminado.

Ella echa un poco de aire por la nariz y, entonces, clava su mirada en mí. Una línea plateada aparece en sus ojos mientras mastica cada palabra que va saliendo de su boca.

—Los padres de Erik aún no saben que su hijo ha sido asesinado —dice—. Ni siquiera sé cómo explicárselo. Antes de mataros, Ember Wytte, me aseguraré de que tú y tu hermana mayor veáis cómo muere cada una de las mujeres de vuestra familia. —Alza su brazo armado y el filo de su espada juguetea cerca de mi rostro—. Aunque antes de tirarte en las cuevas, puede que te deje un par de marcas permanentes para que recordéis lo que habéis hecho mientras esperáis a la muerte.

Dantalion se tensa detrás de mí y me acerca a él tan fuerte que noto cada músculo de su cuerpo.

—Tócalas, Anabel, y estás muerta.

Pestañeo. Anabel abre los ojos como platos y después lo mira perpleja.

—¿Cómo dices?

—Podéis llevaros a las Wytte —responde Dantalion lentamente—, pero si alguien se atreve a hacerles daño, morirá. ¿Está claro? Su destino es mío. Mío y de nadie más.

—Cómo osas...

—Cazadora, no es solo una amenaza.

Anabel traga saliva y, por un momento, el miedo, el pánico, se refleja en sus ojos de tierra.

—¿A qué estás jugando? —Quiero que mi voz sea firme, pero sale como un sollozo.

Él aprieta su boca contra mi oído.

—¡Yo... no... juego! —Su susurro es casi un rugido—. ¿Por qué no lo entiendes?

Sazza y Hikari aparecen en mi campo de visión.

—Erik siempre os defendió —murmura Sazza, con su pelo corto y teñido de gris ondeando en la fría brisa de la mañana—. No me importa si tengo que pasar por encima del cadáver de un demonio; vuestra muerte será lenta.

—Cuidado con esa lengua, cazadora —le advierte él—. Podrías quedarte sin ella.

Trago saliva y mi mirada busca desesperadamente la de Hikari, pero ella la desvía y se dirige al lugar en el que Circe sigue paralizada. Me remuevo con todas mis fuerzas para que Dante me deje ver qué ocurre, y él parece decidir darme ese capricho.

—Tus hermanas son unas asesinas —le grita a Circe en un tono que revela que está conteniéndose para no llorar—. Pero lo peor es que estoy segura de que tú hubieras hecho lo mismo si hubieras estado allí.

Circe no habla, porque no puede. Sin embargo, las lágrimas comienzan a brotar de sus ojos.

—Nunca te ha importado nadie más que tú —prosigue Hikari, poniendo un dedo enfrente de ella—. Tú, y lo que piensen de ti. Me dejaste sola y te dio igual, me hiciste creer que estaba loca, y yo he sido una imbécil por pensar que terminarías volviendo, que en el fondo tenías buen corazón. —Acerca su cara a la de ella, hasta que quedan a escasos centímetros—. Pero no lo harás, porque te avergüenzas de mí. Y ahora es demasiado tarde.

Las lágrimas que ruedan por el rostro de Circe caen como estrellas fugaces en una noche de verano. Hikari le agarra la barbilla y se inclina hacia ella, depositando un beso en sus labios que apenas dura unos segundos. Cuando se separa de ella, el rostro de Hikari está vacío, como una máscara.

—Hikari, por favor —sollozo yo—. Ella te quiere. Nos lo ha dicho hoy. Hikari, mírame.

Pero no me mira. Cuando Takedo se acerca hacia mí portando unas cadenas que, si bien son finas, parecen firmes, me aprieto contra Dante.

—Por favor... —susurro—. Por favor, no los dejes.

—Acepta el pacto —me susurra al oído—. Acepta el pacto ahora. Confía en mí.

La última brizna de confianza que tenía en él se desvanece como la bruma de la mañana.

Hijo de puta. Nos ha cambiado por un maldito tubito de cristal y aún pretende que entremos en su juego.

—Púdrete en el Infierno, demonio —respondo furiosa.

Siento cómo suspira detrás de mí.

—Ojalá pudieras comprenderlo.

Con un gesto brusco, me da la vuelta y, antes de que yo pueda hacer nada, me ordena que me quede quieta. Mi cuerpo obedece y, de repente, me encuentro en una cárcel dentro de mí misma, sin poder moverme, sin poder resistirme a lo que sea que quieran hacer conmigo. Reprimo el llanto desesperado que surge de mi garganta mientras Takedo me lleva las manos a la espalda y empieza a atármelas. Por el rabillo del ojo veo que están haciendo lo mismo con mis hermanas, solo que a Rhiannon le han puesto una venda en los ojos y a Circe, una mordaza.

No puedo hacer nada. No puedo moverme. No puedo hacer nada.

Se acabó. Nos llevarán a las cuevas. Nos dejarán ahí hasta que... Hasta que maten a mi padre... o hasta que él los mate a ellos. Y después los demonios no podrán entrar en los acantilados y moriremos encadenadas ahí dentro.

Morir ahogada o morir de hambre. Y todo por culpa de un demonio al que, se supone, estoy vinculada.

Dante me obliga a mirarle depositando una de sus manos entre mi nuca y mi rostro.

—Recuerda lo que te he dicho, Ember —murmura. Después, repasa mi labio inferior con su pulgar, y un escalofrío me recorre a pesar de que ni siquiera me puedo mover—. No me mires así, fierecilla. Esto tenía que ocurrir, de una forma u otra.

Sus palabras se me clavan como puñales. ¿Por qué pensé que podíamos confiar en él? Recuerdo las palabras de mi padre, cuando me dijo que si pactábamos con Dantalion podríamos estar coronando a algo peor. Y ahora lo tengo claro: ambos son nuestros enemigos. Todo lo que ha hecho por nosotras ha sido un teatro para manipularnos, para convencernos de que sería seguro llevarme con él al Infierno.

Así que, a pesar de la ira, a pesar del miedo, me prometo a mí misma que, algún día, seré la responsable de la muerte del Último de Bael.

—Llevadlas a los acantilados —ordena Takedo.

Sus palabras podrían ser, perfectamente, una sentencia de muerte.

Abandono toda esperanza.



Capítulo 52

Dantalion

Era siempre una ceremonia. Antes de marchar hacia un nuevo mundo, el Infierno se reunía. Venían a escuchar la historia de *El Interminable*. La historia de cómo el Infierno vencería otra vez; un destino que ya esperaban. Venían todos. Todos y cada uno de ellos.

Venían a escucharme a mí.

Y durante horas, yo leía. Mientras la pluma invisible de *El Interminable* escribía ríos de tinta, mis ojos la seguían a la zaga, relatando el principio y el fin de los tiempos de otros mundos que a mí me parecían tan irrelevantes como las estrellas.

Aquella lectura tampoco prometía ser especial.

Bael acababa de abrir las puertas hacia un nuevo mundo engañando, como siempre, a una de sus criaturas con promesas de poder.

Así que el Infierno se reunió.

Y yo leí.

—La bruja, pues así se llamará, se dará cuenta del engaño y se rebelará contra aquel que creyó aliado en vez de amo; aquel al que rogó poder para cortar sus propias ataduras, y aquel en el que confió tan ciegamente.

Vítores. Aclamaciones. Porque las criaturas, si no se alían, se rebelan, y si se rebelan, se destruyen. Siempre. En un ciclo interminable, en un sueño del que no se puede salir, del que nadie recuerda cómo salir.

Y tras ese mundo, otro más. Y otro.

Pero esta vez no, porque la pluma seguía escribiendo.

La pluma. Seguía. Escribiendo.

—Hay más —dije, y todos callaron.

—¿Qué más se debe contar? —protestó Bael—. Tras la rebelión, muerte. —Su voz hubiera hecho temblar hasta al más oscuro de los demonios.

Pero no a mí. Nunca a mí. Ya no.

—Hay más —insistí, pues era inútil negar el destino—. La guerra durará más de dos mil años.

Ni una sola alma se atrevió a hablar. Ni siquiera el Rey.

Dos mil años. Un suspiro. Un suspiro demasiado largo para nosotros.

—La humanidad seguirá desarrollándose hasta lograr el poder de destruirse a sí misma. A sí misma, sin ayuda de nadie más.

La pluma seguía escribiendo. Y yo no comprendía. No comprendía dónde estaba yo. Por qué las imágenes que ahora impregnaban mi mente, las que absorbía de la pluma hasta lo más profundo de mi ser, de mi conocimiento, no eran de gloria, sino de soledad.

—Las descendientes de la primera bruja...

Me detuve entonces. Detuve mi lectura por primera vez en toda mi existencia, delante de todo y de todos, porque empezaba a ver.

—Continúa —me ordenó. Y ante su orden ya no pude dejar de leer, pues tal era el poder de Bael; la servidumbre, la dominación. El Dominio.

Así que continué, pero una voz en mi cabeza me decía que me guardara parte de la información para mí, y esa voz parecía aún más poderosa y antigua que la de él.

—El arma de un... humano...

Empezaba a ver. A ver el origen de la espada, el origen mismo de la idea de portar una espada maldita, algo que nunca...

—No podemos conquistar este mundo —sentencié—. Ordena que cierren las puertas.

El Rey de los Demonios desenvainó su espada.

—Continúa.

Así que continué.

—Morirás.

—No. Continúa.

—Fracasaremos.

—No. Continúa.

—Un humano te dará muerte.

—¡Locura! ¡Sedición! ¡Continúa!

Jamás el Rey había perdido los estribos de aquella manera. No frente a sus súbditos. No lo necesitaba. Pero yo ya apenas leía, pues solo podía ver. Y me vi a mí, únicamente a mí y a ninguno más, esperando. Esperando. Esperando desde hacía milenios. Planeando cada paso, cada mínimo paso, encerrado en la cárcel del destino; toda decisión ya tomada por él.

Y esperaba a una bruja, sabiendo de ella.

Y amaba a una bruja, tras haberlo hecho antes.

Y vencía al Rey de los Demonios...

Y después no me dejaron ver nada, porque el demonio del Conocimiento, por orden de su rey, narraba aquello que veía, y se había traicionado a sí mismo, y había traicionado al Infierno.

Mientras me arrastraban lejos de mi libro, aquel que me pertenecía por derecho, les rogué que parasen, que me dejasen terminar. Porque todo comenzaba exactamente así, y si me condenaban, se condenarían a sí mismos.

Conseguí sacudirme a varios de encima justo en el momento en el que la pluma dejaba de escribir.

Era la última frase de mi historia, y en ella se alzaba una reina. Se alzaba sobre los cadáveres de muchos otros. Sola, poderosa. Más poderosa que cualquier demonio, y estaba a mi lado.

La última Reina del Infierno, aquella que lo salvaría de sí mismo.

Y aunque no supe por qué, ni cómo ni cuándo, porque me apartaron del libro, sí supe que ella era la culpable de mi destino.

Y también mi única redención.



Capítulo 53

Forcejeo una vez más con las cadenas, solo para tener la conciencia tranquila cuando vuelvan a por nosotras y nos lleven a los niveles inferiores de las cuevas, aquellos en los que la marea termina inundándolo todo. Al menos, mientras me ahogo junto a mis hermanas, podré decirme a mí misma que hice todo lo que pude.

Solo que no es verdad.

No. No hice todo lo que pude.

Tendría que haber incendiado el laboratorio de la Hermandad cuando tuve ocasión, y hacerlo con Dantalion dentro. Tendría que haberme dado cuenta antes de que mi padre nos estaba engañando.

Joder. Tendría que haberle hecho caso a Rhiannon y Circe cuando hicimos el Ritual y me rogaron que continuase, que terminara lo que habíamos empezado. Pero siempre tengo que actuar como me da la gana, sin importar a quién me lleve por delante.

Y aquí estamos, encadenadas, a merced de nuestro destino, y todo por mi...

—Te vas a desollar la piel de las muñecas como sigas así —me advierte Rhiannon desde la esquina en la que han atado sus cadenas a un gancho en la pared.

Hace ya un rato que se ha quitado la venda, al igual que Circe la mordaza. Apenas puedo verlas, pero las cuevas están levemente iluminadas por un sistema de tubos fluorescentes anclados a la roca, como gusanos brillantes y alargados. Nuestras reuniones con la Hermandad solían darse en niveles menos profundos de las cavernas, pero veo que los cazadores se han esmerado en hacer de este un lugar *acogedor*, si es que esa es la palabra.

—Además —dice Circe—, aunque consiguiera soltarse no tendría a dónde ir.

Mi hermana tiene razón: la Hermandad ha sellado la salida. No solo eso, sino que, aquí dentro, nuestra magia está anulada, como en la iglesia. Resoplando, me siento como puedo, con las manos atadas a la espalda, apoyándome contra la pared de roca. A nuestro alrededor, las paredes de granito están repletas de símbolos cristianos cincelados en la piedra: una cruz, un pez, un cáliz... y el símbolo de los Magnolia, que corona todo ello. Supongo que Dios ya no está de nuestro lado.

—Qué poético —farfullo, dejando de forcejear con las cadenas—. Morir aquí, como Joann.

—Calla, Ember. Intento pensar —me reprocha Rhiannon.

—¿Qué es lo que hay que pensar? —ladro—. De aquí no vamos a salir. No hasta que la Hermandad acabe con... él. O hasta que él acabe con la Hermandad.

Las tres nos quedamos en silencio.

—Todo esto es culpa mía —digo, por fin.

Por fin, porque por primera vez el peso de mis decisiones cae sobre mí, y resulta que ya no tengo las fuerzas suficientes como

para sostenerlo.

—No es c... —comienza Rhiannon.

—Cállate —la corto—. Cállate, Rhiannon. No quiero escuchar que no es culpa mía. No quiero escuchar nada. Nuestro padre es el Rey del maldito Infierno. Y yo nos he condenado a todas.

El silencio, pesado, cae sobre mí como una losa. Una losa que deberé cargar hasta el final de mis días.

—¿Cómo es posible? —inquiere Circe después de un rato—. ¿Cómo es posible que un simple humano consiga hacerse con el trono del Infierno?

—Está claro que hay cosas que aún no sabemos —responde Rhiannon—. Pero creo que podemos hacernos una idea. De alguna manera, papá mató a Bael y Bael mató a papá. Y de alguna manera también, terminaron en el Infierno, y allí Lady Seerie le dio su sangre a papá, otorgándole la mitad de su poder.

—Convirtiéndolo en un híbrido —prosigo yo—. Y después él la traicionó ante la Justicia.

—Y, cuando ella murió, ¿él se hizo con el trono del Infierno? —pregunta Circe.

—Supongo —retoma el hilo Rhiannon—. Dijo que se había pasado los últimos años ayudando a Lord Barbas a conquistar otras dimensiones... Algo me dice que nos dijo la verdad, pero que no fue como esclavo.

—No —prosigue Circe—. Fue como Rey. O como aspirante a Rey.

—Quizás por eso ha tardado tanto en regresar. Estaba ocupado siendo un genocida.

Mis hermanas me miran, de repente, y Rhiannon abre la boca, pero entonces la cierra.

—Es un genocida —repito yo—. No me miréis así; es lo que es.

»Y ha regresado a la Tierra para retomar la tarea que Bael dejó a medias.

De nuevo, el único sonido que se escucha es el de las olas que baten en las rocas del exterior.

Respiro hondo. Ha llegado el momento de hacer la pregunta que llevo evitando desde que todo esto empezó.

—Ri-Ri... —digo—. Tú no confiabas en nuestro padre. Desde el principio, no confiabas en él. ¿Por qué?

Rhiannon se toma unos segundos para contestar.

—Porque yo sí recuerdo lo malo —dice, finalmente—. Te dejamos creer que papá era un héroe, Ember. Pero... yo recuerdo los gritos, todos los días, en casa. Recuerdo las horas que me obligaba a entrenar y a las que yo quería resistirme, pero no podía porque él me daba miedo.

Un nudo se forma en mi garganta. Rhiannon suspira y mira hacia el cielo.

—Recuerdo una tarde en la que fuimos a la playa, papá, mamá y yo. Tú te quedaste con la abuela. Estaba haciendo castillos y, de repente, escuché un ruido, como un golpe, y cuando me giré... —Rhiannon me mira y, después, desvía los ojos, como si no pudiera sostenerme la mirada—. Cuando me giré, mamá tenía la mano sobre la mejilla y los ojos llenos de lágrimas.

Aprieto los puños. Fuerte. Hasta que las uñas se me clavan en las palmas de las manos.

—Ella siempre me ha dicho que no fue nada, pero yo ya tenía seis años, Em, no era un bebé. Al día siguiente todo parecía igual, solo que él había llenado la casa de flores. Se pasó los meses siguientes dejándole cartas sobre la mesa del recibidor antes de irse a trabajar. Y como mamá parecía tranquila, seguimos adelante, y llegamos a olvidarlo, todos.

»Después llegó el día en el que nos llevaron, a ti y a mí, fuera de Faddenfield, y al día siguiente él ya no estaba. Y lloré, porque lo quería, porque era mi padre, pero con los años... con los años una parte de mí se dio cuenta de que sin él estábamos mejor.

Mi voz es apenas un hilo cuando consigo hablar, y las palabras se me atragantan como si fueran piedras.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No estaba segura de lo que vi. Y cuando él le restó importancia al preguntarle en el torreón, quise creérmelo. Al fin y al cabo, ya no somos unas niñas, y mamá no está con él. ¿Qué iba a ganar intentando convencerte de que una vez, hace mucho tiempo, me di la vuelta y mamá tenía una mano sobre la mejilla? ¿Qué iba a ganar haciéndote sentir mal por la decisión que habías tomado?

Sacudo la cabeza y, aunque parte de mí odia que mi hermana se haya guardado ese secreto, otra parte, la más egoísta, me dice que prefería no saberlo.

Rhiannon, la eterna protectora. Cuánto sacrificio ha hecho por nosotras. Cuánto peso se ha cargado a sus espaldas.

Todo para que yo...

—Imaginemos por un momento que podemos salir de aquí. —Necesito ser práctica. Necesito pensar en otra cosa—. ¿Qué podríamos hacer?

—Supongo que decir «Renuncio a mi padre, podéis quedároslo en el Infierno» ya no sirve de nada —responde Circe con fingido sarcasmo.

Casi hasta consigue hacerme reír.

Rhiannon responde:

—No, para ello tendríamos que devolverlo, literalmente, al Infierno... Por un portal. Y cerrar todos los portales a la vez para que la ruptura del pacto quedara sellada.

—Lo cual nos deja en la vía original —concluyo yo—. Matarlo.

Matar a nuestro padre. Sí. Supongo que eso es lo que debemos hacer. Cruzo las piernas, acercándomelas al pecho y me apoyo sobre las rodillas.

—La última vez —dice Rhiannon—, tardamos más de dos mil años en matar al Rey de los Demonios.

—La última vez el Rey de los Demonios no era un híbrido —responde Circe—. O como queráis llamarlo. Un demonio... de sangre, quizás. Hoy hemos estado a punto de vencerle.

Me muerdo el labio.

—Gracias a Dantalion —digo—. Pero ya no podemos seguir confiando en él.

No después de cómo nos la ha jugado.

—¿Y eso en qué punto nos deja? —La voz de Circe es agónica—. Tres brujas contra todo el poder del Infierno. No. ¿Qué fue lo que te dijo el demonio al oído?

Sacudo la cabeza.

—Que cuando saliésemos de las cuevas lo llamase, lo cual es...

—Absurdo.

—Y que recordase mis sueños. —Me encojo de hombros—. Galimatías y acertijos, como siempre. Lo único que queda claro es que no nos ayudará a salir de aquí. Se lo prometió a Anabel.

—Pero quizás quiera ayudarnos después —insiste Circe.

—Me da igual lo que quiera hacer después —ladro yo—. Quisimos confiar en él y mira dónde nos ha llevado.

Circe pone los ojos en blanco.

—Ya lo sé —dice—. Pero no estáis siendo racionales. Pensad con la cabeza: necesitamos su ayuda. Si él nos está manipulando... seamos más inteligentes. Manipulémoslo nosotras a él.

—¿Cómo?

Circe esboza una sonrisa autosuficiente.

—A través del chantaje, por supuesto. Dantalion parece muy interesado en la cura que le dio Anabel, ¿no? Bien. Pues ese es su punto débil. Utilicémoslo a nuestro favor.

Alzo las cejas admirada.

—Joder —murmullo—, a veces me da miedo lo bien que se te dan estas cosas.

—Es un buen plan, ¿no creéis?

Reprimo un bufido.

—Puede ser —acepto—. Ya veremos lo que hacemos. De momento, concentrémonos en intentar salir de aquí.

El goteo del techo es el único sonido que recibo como respuesta. Plic, plic, plic. Sería relajante si no fuera porque vamos a morir.

—Siento lo de Hikari... —dice, entonces, Rhiannon.

Circe suspira.

—¿Quieres hablar de ello? O sea, ¿desde cuándo...? —pregunta, pero deja la cuestión en el aire.

—Desde siempre —responde Circe—. Pero yo no lo sabía, no hasta que crecimos... Y no es esa la imagen que quiero dar, ¿sabes? Kari es... Todo el mundo sabe lo que es, por lo menos desde el año pasado. La gente empezó a hablar de que era raro que pasásemos tanto tiempo juntas... y no quería que se pensaran que... Las cosas cambian cuando creces, ¿no? Yo tengo una reputación que mantener... Yo...

Reprimo la sensación de calor que me sube por el esófago y dejo que mi silencio sea mi única respuesta. Nadie dice nada. Circe prosigue.

—Yo le decía que era un juego, cuando nos besábamos. Luego le dije que ya éramos mayores, que los juegos se habían acabado. Pero

la echaba de menos, y le pedía que viniera a casa después del colegio. No tardó mucho en hartarse de esconderse por mí.

—No lo entiendo, Ce —interviene Rhiannon—. ¿Desde cuándo te importa lo que piensen los demás?

Ella se encoge de hombros.

—Es que siempre me he imaginado con una casa grande, y una familia, y no sé cómo encaja todo lo que me está pasando con lo que yo quería que pasase.

Circe me lanza una mirada de auxilio.

—¿Tú me entiendes?

Carraspeo. Yo ya he pasado por esto, y no terminó bien.

—A la que entiendo es a Hikari —respondo cortante.

Circe hace un movimiento brusco que provoca que las cadenas tintineen.

—Ya sé lo que estás pensando —farfulla—. Pero no todas somos tan valientes como tú.

—Voy a decirte una cosa, Ce —escojo las siguientes palabras con mucha cautela—: si mañana morimos, ¿podrías irte en paz sabiendo que perdiste a quien quieres solo por miedo a ser tú misma?

—¡Ember! —exclama Rhiannon.

Pero yo sigo con la mirada fija en mi hermana.

—No —responde ella, con una fina línea plateada brillando en sus ojos acuosos—. No. No podría soportarlo.

—Entonces espabila —le digo, y después le guiño un ojo.

Circe esboza una sonrisa triste. Rhiannon se cruza de brazos y respira hondo.

Esta vez, nadie vuelve a hablar.

* * *

—Echo de menos a Morgana —dice Circe después de un rato. No sé cuánto rato, pero el suficiente para que me haya amodorrado a pesar del frío y la humedad de las cuevas.

En estos cuatro días, ninguna de nosotras ha nombrado más de lo necesario a mamá, William o Morgana. Supongo que ha sido un acuerdo tácito, una manera de evitar hacernos daño las unas a las otras invocando a las tres únicas personas que nos gustaría ver ahora mismo.

—Y yo —coincide Rhiannon—. Pero me alegro de que no esté aquí.

El recuerdo de una luz abrasadora aparece ante mí como una fotografía recién revelada. La imagen de la niña, la mariposa, y los ojos grises de mi hermana, enmarcados por sus mechones verdes.

Sonrío. Se me había olvidado.

—Morgana estaba conmigo —murmuro.

—¿Qué? —pregunta Rhiannon.

—Morgana estaba ahí. Creo que no os lo he contado, pero fue así cómo conseguí liberarme de la Pesadilla de Barbas. Pensando en ella.

—Ah, ¿sí? —inquiere Circe.

—Sí —prosigo—. Apareció de la nada, me tendió su mano... Y volví en mí.

Rhiannon frunce el ceño.

—¿Es una broma?

Me incorporo un poco para estirar los músculos agarrotados.

—Sí, Ri-Ri, es una broma —respondo con sarcasmo—. No sabes las ganas que tengo de bromear estando aquí metida.

Rhiannon me lanza una mirada de reproche.

—Te lo digo, Ember —me espeta—, porque Morgana también estaba en mi Pesadilla.

Por un segundo, mi corazón da un brinco.

—¿Cómo dices?

Rhiannon se recuesta contra la pared de piedra y se aclara la garganta.

—Estaba sola otra vez —comienza—. Como cuando papá... como cuando pensamos que papá había muerto. —Su mirada parda se cruza con la mía, y yo la desvío, avergonzada—. Tenía que cuidar de todas otra vez, tenía que trabajar para todas otra vez..., solo que ahora no erais tú, mamá y la abuela. Eran Circe y Morgana. —Por un momento, le tiembla la voz—. Mamá y tú estabais muertas. Y entonces, la Morgana de mis sueños me miró, y sus ojos eran negros, y me dijo: tienes que despertar, Circe va a morir. Pero estaba tan asustada que no me atreví a coger su mano.

—Yo también he estado soñando con ella —interviene Circe—. Estamos en un campo, y ella me está haciendo un retrato, y cuando me lo enseña veo una mujer encerrada en una esfera.

—Para el carro —reflexiono—, ¿todas hemos estado soñando con ella? ¿Y a Rhiannon también intentó ayudarla durante la Pesadilla?

Un silencio expectante se instala entre las tres.

—Podría ser casualidad —dice Circe.

—No —niega Rhiannon—, a estas alturas, ya deberíamos saber que nada es casualidad.

—«Recuerda tus sueños» —murmuro—. Es lo que me dijo el demonio: «Recuerda tus sueños». —Trago saliva y el corazón empieza a martillearme dentro del pecho—. ¿Y si se refería a esto, Rhiannon?

Puedo ver los engranajes empezando a funcionar en la mente de mi hermana mayor.

—¿Qué piensas? —insisto.

Ella acerca las rodillas al pecho y cierra los ojos.

—Cuando hicimos el Ritual, no solo utilizamos nuestra energía; también la de Morgana, aunque no estuviera ahí —su voz es casi un susurro.

—¿Puedes hablar más alto? Te recuerdo que estoy medio sorda.

Ella pone los ojos en blanco, pero eleva la voz.

—Que también usamos la energía de Morgana durante el Ritual —dice en voz más alta—. ¿Y si estamos conectadas de alguna manera? ¿Y si los poderes de Morgana le permiten interactuar con nosotras?

—Pero ella es médium —respondo—. Puede hablar con los muertos, no con los vivos. Quiero decir: sí puede hablar con los vivos, pero no a través de los sueños.

Circe ladea la cabeza.

—Puede ser que haya manifestado un segundo poder, como hice yo.

Rhiannon frunce la boca.

—Las mujeres que nacen de una bruja y un despojado suelen manifestar poderes imprevisibles —razona—, poderes que nada tienen que ver con los cuatro elementos...

—... sino con la mente, el cuerpo y el espíritu —completa Circe—. Ya lo sabemos.

—Pero ninguna bruja ha manifestado poderes que tengan que ver con el sueño —aclaro yo—, ese es un dominio que queda fuera de cualquier comprensión mortal. Ni siquiera está en posesión de los demonios; no existe un dominio del Sueño. —Me muerdo el labio—. Eso lo sé hasta yo.

—¿Y cómo explicas que las tres soñemos con ella? —pregunta Rhiannon—. ¿O que te haya salvado mientras Barbas te inducía en una Pesadilla que, al fin y al cabo, es un tipo de sueño? Y que Dantalion te dijera eso... Demasiadas casualidades, hermanita.

Respiro hondo, y el aire salado del mar me llena los pulmones. Después, me tumbo de costado y cierro los ojos.

—¿Qué haces, Ember? —me pregunta Rhiannon fastidiada.

—Pues lo único que podemos hacer para demostrar tu teoría —respondo igualmente fastidiada—: dormir.



Capítulo 54

Desde que fui testigo de la explosión, no soy capaz de conciliar el sueño. La mariposa siempre aparece, dispuesta a atormentarme, dispuesta a hacerme revivir la angustia, los gritos de terror, el pitido ensordecedor... y la última mirada inocente de una niña. Dormir se ha convertido en una tortura para mí, y trabajar era la única manera en la que podía mantener los pensamientos y el insomnio a raya. A veces, me quedaba inconsciente en mi cuarto oscuro, con la cara pegada a un trozo de carrete sin revelar. Más de una vez arruiné una foto, hasta que Bab me llamó por teléfono y me obligó a hacer caso a los médicos y cogerme una baja. Ahora, a mis pesadillas se han sumado Pepo, los engendros, Priya, Circe en un charco de sangre... y Erik.

Erik.

No puedo quitarme de la cabeza la forma en la que rompimos su cuerpo, la manera en la que me miró Anabel. He intentado evadirme de todo; de las consecuencias de mis actos, del engaño de mi padre... No sé hasta cuándo podré huir hacia delante y, sin

embargo, no puedo permitirme mirar atrás. La vida de mis hermanas depende de ello.

Suspirando, acepto lo innegable: que no puedo quedarme dormida a mi antojo. Me incorporo, quedándome sentada de lado.

—No soy capaz de d...

Rhiannon y Circe han desaparecido. Una lengua de agua me acaricia el pie.

Me revuelvo, intentando soltar las cadenas que aprisionan mis manos y me atan a la pared. La marea está subiendo. Pienso en Dantalion, en la promesa que me hizo, y lo llamo.

Espero un tiempo, pero él no viene. Lo llamo de nuevo. Grito su nombre. Cuando bajo la vista, observo mi reflejo en el agua, que me dedica una sonrisa triste. Es extraño, porque yo estoy llorando.

—Deja que sea yo —susurra la Ember atrapada bajo la espuma del mar.

Entonces, unas manos surgen del agua y me hunden en ella, y el miedo, la ira y la frustración desaparecen. Me envuelve un mar de calma.

—Ember.

La voz de Morgana me guía en medio de la oscuridad. Buceo hacia ella, abro la puerta hacia una habitación en blanco. Caigo sobre un colchón, ya seca.

—Aún es demasiado temprano para eso. —Está pintando sobre un lienzo en el suelo, y me da la espalda. Cuando me asomo a mirar, veo en el óleo una ciudad iluminada por una luna roja, con una gran fortaleza al fondo, cuyos altos picos rozan un cielo en el que se reflejan otros lugares, otras esferas del Infierno—. ¿Vienen las demás?

Me arrodillo a su lado y asiento. Morgana suspira y cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, son grises de nuevo.

—¿Ember? —susurra.

Ladeo la cabeza. ¿Qué he venido a hacer aquí? Ya no lo recuerdo.

—Morgana, ¿dónde estamos? —le pregunto.

Ella no parece comprender qué le estoy diciendo.

—Estamos... aquí —responde de manera vaga.

—¡Morgana!

La voz de mis hermanas nos llega desde lejos.

—¡Aquí! —responde ella, levantándose de golpe.

Alarmada, me levanto también. De repente, la lucidez me golpea: Morgana, las cuevas... Rhiannon y Circe entran en la habitación cuando estoy a punto de agarrar a Morgana del brazo para que me mire.

—Morgana —la llamo—. ¿Morgana, eres tú?

Ella levanta una ceja.

—¿Quién iba a ser si no?

—Se refiere a si eres tú de verdad, monstruito —se burla Circe, aunque su expresión está demasiado tensa como para estar bromeando.

—¿Y quién voy a ser si no? —responde Morgana con fastidio—. ¡Y deja de llamarme monstruito! Se lo voy a decir a mamá.

Me rasco la cabeza. Aquí todo es... lechoso, denso como la miel. Y, sin embargo, lúcido. Lúcido, a pesar de que me he rascado la cabeza y no me ha provocado ningún tipo de sensación.

—¿Sabes dónde está mamá? —Rhiannon se arrodilla frente a Morgana, intentando igualar su metro y medio—. ¿Le has hablado de tus sueños?

Morgana le acaricia el pelo, enredando uno de sus dedos en los mechones de Rhiannon.

—Claro, me dijo que creara esta habitación y os esperase aquí.

Al decir esto, abre mucho los ojos.

—¡Me dijo que crease esta habitación y esperase aquí! —repite—. ¡Rápido, dadme la mano!

Obedecemos, porque la urgencia de su voz es apremiante. El blanco del cuarto de Morgana se vuelve cegador; tanto que tengo que cerrar los ojos.

—¡No soltéis la mano de vuestra hermana! —grita una voz.

Todo gira, gira y brilla, como si estuviéramos dentro de un tiovivo. Soy consciente de la fría piedra sobre la que estoy tendida y, a la vez, estoy muy muy lejos. Entre el remolino de imágenes distingo una sombra que nos observa desde la oscuridad.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Morgana y mi madre están justo enfrente de mí y de mis hermanas...

En las cuevas, con nosotras.



Capítulo 55

—Tenemos que hablar —saluda mamá.

Las tres nos levantamos y corremos hacia ellas, pero las cadenas tiran de nosotras y nos detienen. Caigo de rodillas al suelo y, aunque todo mi cuerpo protesta con el impacto, con la punzada aguda de después, el retumbar de mi cabeza es mucho mayor. Escucho unos pasitos y los pequeños brazos de Morgana me rodean.

—¡Tendríais que haber dejado que me quedara con vosotras! —protesta.

La vista se me vuelve borrosa y las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas como gotas de lluvia que no puedo contener.

—¡Mamá! —la primera en derrumbarse es Circe, a la que creo que mamá está abrazando. No puedo ver nada tras esta cortina de agua.

—Mi niña... —murmura mamá.

—Lo siento —apoyo mi cabeza en la de Morgana, intentando reprimir el estúpido llanto—. Es culpa mía. Es culpa mía, el pacto lo hice yo. Quería recuperar a papá, pero papá es el Rey de los Demonios y todo esto es culpa mía. He sido una imbécil. Lo siento.

—Toma —me dice Morgana, tendiéndome un pañuelo de papel arrugado que saca de su bolsillo—. Suénate la nariz.

—La culpa no es tuya, cariño —responde mamá—. Es mía. Pero primero, lo primero. Pensemos en cómo sacaros esas cadenas y salir de aquí.

—Anabel nos ha encerrado —comienza Rhiannon—. No estáis a salvo. Papá quiere matar a Circe; nos dijo que nos obligará a olvidarlo todo si no...

Mamá alza una mano, interrumpiéndola.

—Lo sé, cariño. He estado viendo a través de vuestros ojos.

La sangre acude a mis mejillas.

—¿Todo el tiempo? —pregunto mientras intento reprimir el hipo que me está provocando la llorera. Morgana me apoya el pañuelo en la nariz y yo hago fuerza. Los mocos desbordan el papel—. Ay, perdón.

—Todo el tiempo que me permitía mi salud física —me mira de reojo—. Ember, con respecto a tu demonio...

—No —la interrumpo—. No vengas a darme la charla. Creo que ya he aprendido la lección.

El silencio se apodera de la cueva mientras una mano helada me aprieta el corazón.

No. No necesito que mi madre me diga que he bajado la guardia ante el enemigo; ya soy mayorcita.

—¿Y qué es esto que tienes aquí? —me pregunta Morgana, apoyando su pequeño dedo índice en mi esternón.

Extrañada, salgo de mi abstracción y miro hacia abajo.

—¿El q...?

Morgana me golpea suavemente la nariz.

—¡Ja! Caíste.

—¡Idiota! —protesto.

Después, dejo de reprimir las lágrimas y, por primera vez en mi vida, lloro delante de mi familia.

—Venga, tonta, que ya está —Morgana me da unos golpecitos en la cabeza. No puedo creer que esté pasando esto.

—Será mejor que os saquemos de aquí —interviene mamá—. ¿Y mi espada? —le pregunta a Circe.

—La tiene la Hermandad.

—Cómo no —dice mamá entre dientes—. Dadme un segundo.

Mamá desaparece por una gruta. Morgana aprovecha para contarnos que quería traerse a Mir pero mamá no la ha dejado, y yo la escucho sin verla, sin poder creerme que esto esté sucediendo. ¿Cómo es posible? ¿Cómo han llegado hasta aquí?

Mamá regresa con una pesada piedra en la mano. Se arrodilla frente a Circe.

—Cariño, no te muevas.

Sin más miramientos, golpea sus cadenas. El restallido metálico suena como el martillo de un herrero, y el eco transporta el ruido hacia el fondo de las cuevas, rebotando por las grutas hasta que se convierte en un rumor lejano. Las cadenas son delgadas, pero, aun así, a mamá le lleva un buen rato conseguir romperlas. Al terminar, ambas se funden en un abrazo. Después mamá rompe las de Rhiannon, y Morgana y Circe, las mías. Cuando por fin terminan, nos quedamos, por un momento, mirándonos en silencio.

—¿Cómo habéis cruzado? —pregunta Rhiannon—. La niebla es impenetrable, no...

Mamá se cruza de brazos.

—La explicación más directa es que hemos pasado... a través de los sueños. Sé que no tiene ningún sentido, pero desde que todo esto empezó, los poderes de vuestra hermana... se han desatado. Y se activan cuando duerme.

—¿De qué poderes estamos hablando? —pregunto yo.

—Puedo crear portales —responde Morgana, sin poder contener la emoción en su voz—. Portales entre sueños. Hace tres días le dije a mamá que no paraba de soñar con vosotras.

—Los sueños que me contaba Morgana eran exactamente lo mismo que yo veía cuando miraba a través de vuestros ojos. Empezamos a trabajar en intentar hablar con vosotras, o avisaros... Pero, cuando Morgana dormía, se le olvidaba todo.

—Bueno, hasta hoy —protesta ella—. Lo he hecho bien, ¿no?

Mamá asiente y le acaricia el pelo.

—Entonces, un día, estábamos durmiendo en el hotel que alquilamos a las afueras del pueblo... con Will y con el resto de las brujas a las que hemos convocado.

—¿Habéis convocado a otras brujas?

Mi madre asiente.

—Todas aquellas que estaban disponibles han venido. El aquelarre de Brasil está en camino también.

—¿Cómo está papá? —la voz de Circe suena forzada.

Mamá esboza una sonrisa triste.

—Papá está... Él está bien, Ce. Lo importante ahora sois vosotras.

Circe asiente, y mamá continúa.

—Mientras dormíamos en el hotel, juntas, Morgana y yo aparecimos en la habitación de una de nuestras aliadas. Así descubrimos lo que Morgana podía hacer. Hemos estado practicando desde entonces, intentando... intentando hacer lo que hemos conseguido hoy. Queríamos traer a más brujas, pero no ha funcionado. Solo hemos podido cruzar las dos. Un puente... entre dos mundos.

Rhiannon se rasca la barbilla.

—Jamás he escuchado algo así. ¿Una bruja onírica? No se sabe mucho del mundo de los sueños, pero no está conectado con el Infierno. No está conectado con nada: ni con los elementos, ni con la mente...

Mamá suspira.

—No tengo la explicación, cariño. Si alguien puede encontrarla, esa es Morgana.

Ella asiente.

Y yo, que por fin tengo todas las explicaciones, estallo.

—¿Por qué no nos dijiste la verdad? —pregunto—. ¿Por qué no nos dijiste que papá era...? —Ni siquiera encuentro las palabras.

—¡Ember! —protesta Circe—. Ahora no es el momento de...

Rhiannon se cruza de brazos y niega con la cabeza.

—No, Ce, Ember tiene derecho a preguntar.

Mamá suspira.

—Hay algo que debéis tener claro: yo no sabía que él seguía vivo. ¿Creéis que os habría dejado hacer el Ritual solas si hubiera sido consciente del peligro que entrañaba?

—¿La abuela no lo vio? ¿No se lo preguntó a las mareas o a lo que fuera? ¿A su bendita Diosa del agua?

Mamá se muerde el labio inferior.

—Si lo hizo, nunca me lo dijo. Está claro que algo sabía, si impuso un amarre, pero no me contó nada. Le he estado dando vueltas, cariño, y la única respuesta que se me ocurre es que no quiso impedir que todo esto ocurriera. Si Janaina me lo hubiera contado, yo os hubiera prohibido participar en el Ritual.

—Aun así, no nos dijiste la verdad. No nos contaste qué había pasado con papá —contraataco—. No nos contaste que...

«Que papá conspiró contra el aquelarre, que se alió con Seerie, que nos traicionó a todas».

Circe y Rhiannon se revuelven en su sitio y Morgana se muerde las uñas.

Mamá suspira de nuevo.

—¿Te hubiera gustado crecer sabiendo que vuestro padre era un...?

Entonces se detiene.

—Aún hay muchas cosas que no sabéis... —murmura.

—Pues adelante —digo, y después me siento en el suelo, con la espalda contra la pared, y me cruzo de brazos—. Estamos aquí atrapadas, nos sobra el tiempo.

Mamá suspira y se sienta a mi lado. Mis hermanas hacen lo mismo.

—Bael no fue el que mató a vuestro padre —dice tras una exhalación.

Trago saliva para despejar el nudo de mi garganta intuyendo, sabiendo, lo que viene después. Porque, si yo hubiera estado ahí... Si yo hubiera sufrido una traición así...

—¿Y entonces quién fue? —pregunta Rhiannon.

Mamá la mira con sus ojos verdes como esmeraldas, con un brillo melancólico emanando de ellos.

—Yo, cariño —responde.

»La persona que mató a vuestro padre fui yo.



Capítulo 56

Úrsula

Nunca volví a ser la misma.

No desde la muerte de mi madre y mis hermanas. Supongo que porque, en el fondo, sabía que no había sido un accidente.

No.

Aquello fue un ataque planeado.

Llevábamos tiempo siguiéndole la pista a una diablesa que nunca había aparecido antes y cuyo nombre solo conocíamos gracias al *Ars Goetia*: Lady Seerie, la Primera de Bael. Nuestro aquelarre creía que su aparición era un recurso desesperado del Rey de los Demonios para agilizar una guerra que se había alargado demasiado; para vencer de una vez por todas. Lady Seerie era un as en la manga, y nosotras, las únicas brujas lo suficientemente poderosas como para frenarla antes de que Bael la utilizara.

Estábamos tan cerca del final... Tan cerca...

Las tropas de Bael estaban perdiendo la fe en su propio Rey. Algunos de sus señores de la guerra no habían vuelto a aparecer en nuestro mundo, habían perdido el interés. Y cada día que pasaba, la ira de Bael crecía, cada vez más.

Pronto cometería un error. Pronto.

La Hermandad se unió a mi aquelarre en nuestra caza. La paz entre nosotros era frágil; Deirdre había matado a la madre de Anabel, se había corrompido. Ahora formaba parte de las huestes de uno de los Lores del Infierno. Para mi aquelarre, Deirdre ya estaba muerta, pero parte de mí albergaba una chispa de esperanza; la de volver a verla, la de que regresase a nosotras. Nemain y Danna, mis hermanas mayores, sabían que ya la habíamos perdido, que no había marcha atrás. Una vez que una bruja se corrompe, su alma se pierde. Así ha sido siempre, y así siempre será.

Quizás por eso, cuando recibí su carta, fui tan inocente como para creer que había una salvación.

Acudí sola a su llamada. O al menos eso creía. Cuando llegué al bosque, detrás de la montaña, mi madre y mis hermanas me esperaban allí.

—¿Qué crees que estás haciendo, jovencita? —me preguntó mamá.

Siempre que se enfadaba usaba un tono grave, de perro que gruñe, como si quisiera aparentar ferocidad. Funcionaba especialmente conmigo, la más joven, la más miedosa, la más débil.

—Yo... Yo solo...

Mi hermana Danna arrojó una nota arrugada a mis pies. La carta de Deirdre.

—¿Cuántas veces tenemos que decírtelo? Deirdre eligió su propio camino.

Discutimos durante un rato, hasta que mamá puso punto final a todo y me obligó a irme con ellas.

Pero el ruido de una rama al partirse hizo que nos sobresaltáramos. No estábamos solas. De entre unos arbustos, surgió una figura, y alguien tiró algo a mis pies, algo grande y pesado que, cuando cayó al suelo, hizo un ruido sordo.

Reconocí los rizos dorados, la mano blanca y suave, llena de pecas. Las uñas, rotas. los ojos blancos, inexpresivos. Un cuerpo sin vida.

El cuerpo de Deirdre.

Habíamos estado cazando a Lady Seerie... Y ella nos había estado cazando a nosotras.

Solo recuerdo los gritos.

Después, el sonido del agua, los filos de dos espadas entrechocando. Tres. Hasta que ella huyó, pues ya tenía lo que quería. El mensaje estaba claro: no vengáis a por mí.

Y, total, ya solo quedaba una, y era la menos relevante.

Temblando, sudorosa y llena de sangre. Así me encontraron Janaina y sus hijos. Los cuerpos de mis hermanas y mi madre yacían a mi alrededor. Roberto y Luiz me miraban, preocupados, y ella me tendió la mano. Y juntas lloramos por la muerte de mi madre, de su mejor amiga, y de mis hermanas.

Lady Seerie seguía viva. Y yo me había quedado sola en el mundo.

* * *

Janaina me recibió en su familia como a una más. Siempre me había tratado como a una sobrina. A partir de entonces, empezó a tratarme como a una hija. Yo aún tenía diecisiete años, así que me

adoptó. Ella, sus dos hijos y yo nos quedamos en la casa de la colina, en la mansión de las Wytte. Mi hogar, tan lleno de recuerdos, ahora manchados por el duelo.

Siempre había sido una chica callada, tímida. Después de lo que sucedió, me encerré aún más en mí misma. Saber que Bael me estaba buscando y que, gracias a Lady Seerie, pronto me encontraría, no mejoró la situación. Era la última. La última heredera de Ahinoam. Y mi misión era continuar el legado. Pero yo era tan joven...

Janaina fue un pilar fundamental. Sin ella, me hubiera hundido.

Y cuando empecé a ver un atisbo de luz...

Luiz y Roberto tenían unos pocos años más que yo. No tardé en fijarme en uno de ellos. Creo que Janaina albergaba la esperanza de que mi corazón se inclinara por el hermano mayor, el dulce y responsable, el obediente Roberto. Creo que, en parte, yo también lo hubiera querido. Todo habría sido... fácil.

Pero mi corazón tenía otros planes.

Luiz era... magnético. Incluso de jóvenes, siempre tuvo claro quién era, quién quería ser. Podía pasarme horas escuchándolo hablar ensimismada, sin decir tan siquiera una palabra, y no aburrirme en absoluto. Él me enseñó a salir, poco a poco, de mi cascarón y, como una crisálida que se resiste a abandonar su capullo para ser mariposa, terminé cediendo, inspirada por sus ganas de vivir, por su ambición. La forma en la que me miraba, la manera en la que me trataba..., no como a una niña necesitada de protección, sino como a una mujer que estaba aprendiendo a abrir sus alas, fue lo que me enamoró. Porque él veía en mí algo que yo no lograba ver... O, al menos, eso creía.

Me enseñaba música, películas, libros. Me llevaba, por la noche, a los lugares a los que se suponía que no debíamos ir. Al principio,

como amigos.

Y, después...

Con veintidós años recibí la mejor noticia de mi vida: estaba embarazada. Fue una sorpresa; una buena sorpresa. Luiz y yo nos casamos poco después. Y el día de mi boda hubiera podido jurar que, después de haber bajado al infierno, había ascendido hasta tocar el cielo.

Pero mientras mi vida avanzaba, la guerra también lo hacía.

Desde la muerte de mi madre, Janaina se había convertido en la líder de nuestro aquelarre. Bajo su mando, hicimos muchos progresos. Incluso los cazadores la respetaban, a falta de una maestra más madura. Anabel, por aquel entonces, estaba demasiado enfadada, demasiado triste para liderar. Quizás por eso la paz no se vio entorpecida por lo que había hecho Deirdre.

Siempre hubo una parte de Luiz que nunca llegué a conocer. Yo lo sabía, aunque no le decía nada. Lo sabía y lo amaba a pesar de ello, o quizás precisamente por ello. Aunque no sé si la palabra *amor* es la adecuada. Con los años, he aprendido que lo que sentía por él era demasiado intenso, demasiado dependiente... Demasiado obsesivo.

Aceptar lo que estoy a punto de decir es doloroso, pero hace tiempo que me enfrenté a esta verdad y la asumí como mía, sin miedo, porque me enseñó una lección muy importante: que hay maneras de querer que no son las correctas. Que amar por encima de uno mismo es peligroso.

Mi mayor miedo era que Luiz me abandonara. Esa era mi realidad: si Luiz hubiera querido, habría podido dejarme en la carretera, como a un perro herido, y yo habría seguido su rastro de vuelta a casa, y habría actuado como si nada con tal de volver con él.

Me aferraba a mi marido como a un clavo ardiendo, en vez de hacerlo a mí misma. En vez de aferrarme a mi niña, y a la que estaba por venir.

Porque era joven, era inocente y estaba sola.

Así que, cuando empezaron los gritos, no me fui.

Cuando empezaron las noches en vela preguntándome dónde estaría, por qué aún no había vuelto a casa, no me fui.

Y cuando recibí el primer golpe...

Yo no me fui.

No me fui.

Y creo que nunca me habría atrevido a hacerlo si no hubiera sido por mis hijas.

* * *

Cuando Roberto me dijo que sospechaba que algo estaba ocurriendo con su hermano, y que lo sospechaba desde la noche en la que murió mi familia, no le creí.

—Úrsula —me dijo—, ¿no crees que es extraño que Lady Seerie supiera cómo atraerte al bosque? ¿Cómo atraer a tu familia? ¿Y que después se fuera cuando llegamos nosotros?, ¿cuando perfectamente podría haber acabado con nuestra vida allí mismo?

—¿Y qué tiene que ver eso con mi marido? —le pregunté. Para entonces, Rhiannon era una niña de seis años y Ember, la pequeña, tenía uno.

—Todo, Úrsula. —Sus ojos eran para mí como dos noches eternas que intentaban extinguir mi luz—. Lo tiene que ver todo.

No quería escucharle, pero él me rogó que lo hiciera y, con lágrimas en los ojos y una incredulidad rayana en la violencia, terminé atendiendo a su relato.

Me contó cómo una noche, hacía años, antes de emigrar a Faddenfield, su hermano le preguntó por qué estaba conforme con ser un desheredado, con recibir un trato peor que el de las mujeres de su familia. «La magia debería ser de todos, ¿no crees?», le había dicho. Pero Roberto no pensaba así, y no le dejó continuar. «No sigas por ahí», le advirtió, «no recorras el mismo camino que Salomon». Pues no han sido pocos los desheredados que, despechados, se han vuelto contra su propia familia. Contra su propio aquelarre.

Nunca volvieron a hablar del tema, pero Roberto no lo olvidó, y siempre estuvo alerta. Estaba convencido de que Luiz había contactado con un demonio tras su llegada a Faddenfield. Creía que ese demonio lo había convencido para hacer algún tipo de pacto; favores a cambio del poder que tanto ansiaba, y que no podía conseguir... Por lo menos, no hasta que muriese Bael y la cláusula de los desheredados quedase anulada.

Pero desde el asesinato de mi familia, Roberto había empezado a sospechar que esos tratos no solo eran reales, sino que iban mucho mucho más allá. La trampa que nos habían tendido había sido demasiado personal, dijo. Le pedí pruebas, pero no pudo darme ninguna.

—Úrsula, sabes que ha cambiado, sabes que cada vez se hunde en un lugar más oscuro... Y te está arrastrando con él. ¡Despierta!, ¿es que no lo ves?

—¿Qué es lo que hay que ver?

—Las noches enteras desaparecido..., ¿dónde crees que las pasa? ¿Con quién?

Desde ese momento, no quise escuchar una palabra más. Lo eché de mi casa, pues hacía tiempo que Roberto y Janaina se habían mudado a un apartamento en Verdejo.

Aquella noche, Luiz regresó tarde y, cuando se acostó a mi lado, le conté lo que había sucedido. En parte, quería reprocharle su comportamiento, hacerle ver que hasta su hermano lo encontraba fuera de lugar.

Lo único que conseguí fue enfurecerlo.

Tres días después, Roberto murió en un accidente de coche.

Tras una semana de luto, decidimos ir a la playa. Todos necesitábamos aire fresco. Janaina se negó a venir; desde la muerte de su hijo, se negaba incluso a hablar, a comer, a existir. La mujer ruda, fuerte y maternal que conocía se había convertido en una cáscara vacía, y yo empezaba a sospechar que su aflicción no era solo por Roberto.

Desde el accidente, Luiz no había dado muestra alguna de dolor.

Aun así, yo no había dicho nada. No había dicho nada porque tenía miedo; miedo de respirar demasiado fuerte, de hablar demasiado alto..., miedo de *ser*. De ser yo. Tenía miedo de ser yo junto a él o sin él.

Aquella tarde decidí que era hora de atreverme.

Volví a sacar el tema. Le dije que, si le estaba ocurriendo algo, podía hablarlo conmigo, que no me mintiera más.

Hasta ese momento, Luiz nunca me había pegado fuerte. Pero ese día, el golpe sonó como el estruendo de un relámpago, y el dolor fue caliente y directo como un latigazo.

Luiz tampoco me había pegado nunca delante de las niñas.

Cuando Rhiannon se giró, alarmada por el ruido, me vi a mí misma reflejada en sus ojos de bosque profundo. Me vi con la mano en la mejilla, aguantándome las lágrimas, fingiendo que no pasaba nada.

Luiz me pidió tantas veces perdón que perdí la cuenta. Me llenó la casa de flores.

A los pocos días, conduje hacia el apartamento de Janaina y, aprovechando una reunión con la Hermandad, me colé en la habitación de Roberto.

No sé lo que estaba buscando. Pistas, respuestas. Lo que fuera.

Entre las fotografías familiares encontré un papel que asomaba tras un marco y lo cogí. Era una carta, y estaba dirigida a mí.

«Para Úrsula».

Escribo esto con la esperanza de que nunca lo leas, Úrsula, porque eso significaríaque no pude decírtelo en persona.

Querías pruebas, y las he encontrado.

Mi hermano halló la manera de invocar a la Primera de Bael, y ha forjado con ella una alianza desde entonces. Una alianza, Úrsula, que va más allá del simple interés.

Ella lo ama.

Y si algo sé, Úrsula, es que mi hermano utiliza el amor de las mujeres a su favor.

Lo seguí, esta vez hasta el final. Esta vezno tuvo tanto cuidado como otras, y los vi. Se reúnen cada noche, hablan en el bosque a través de un portal que ella siempre tiene abierto, pequeño e indetectable, escondido en el hueco de un árbol. Ese día hablaron sobre su futuro y su pasado.

Y cuando terminaron de hablar, Luiz respiró hondo y dijo: «Y bien, hermano, ¿estás tranquilo por fin?».

Salí de entre los arbustos y Luiz me lo contó todo; me contó por qué nos había traicionado, excusándose conque lo hacía por un bien mayor.

La vida de Bael a cambio de un nuevo pacto, uno en el que nadie, hombre o mujer, quede excluido;eso es lo que han pactado. Nunca pensé que la ambición de mi hermano lo llevara a cometer

semejante atrocidad, y odié ver que mis sospechas quedabanconfirmadas. Pero más odié el momento en el que él me pidió que me uniera a su causa.

«Somos marionetas en manos de las brujas, ¿es que no lo ves?».

Le prometí que me lo pensaría, que le daría una respuesta hoy. No os he contado nada, porque sé que no me creeréis. Porque sé que soy el único que puede acabar con Luiz.

Todo está conectado, Úrsula.

Fue él quien le dijo a Seerie cómo deshacerse de las brujas que la perseguían. Fue él quien le informó de que Deirdre formaba parte yade una de las huestes de sus súbditos. Así se ganó su confianza.

Vendió a nuestro aquelarre por poder, por una alianza con ella, y desde entonces se han confabulado contra nosotrosy contra el Infierno.

El idealismo de mi hermano lo ha llevado a pensar que puede construir un mundo mejor, pero lo conozco. El poder es para él como una llama que lo atrae con la fuerza de un imán. Y lo consumirá, como la Fuente corrompe a las brujas.

Nos hemos citado en el bosque detrás de vuestra montaña. Me dirijo allí, y creo saber el destino que me espera. Siempre ha sido mejor que yo con la espada.

Sé que no me creerás si te lo digo, Úrsula. Sé que mi madre tampoco lo hará. Debo enfrentarme a mi destino, solo, y luchar por que hoy el bien venza sobre el mal.

Si eso ocurre, sé que ambas me odiaréis. Y si Luiz gana, sé que me odiaréis igual. No es agradable cuando alguien te fuerza a arrancarte la venda de los ojos.

Pero no me importa. He de aceptar mi destino.

Si estás leyendo esto, Úrsula, te lo ruego: recuerda quién eres. Recuerda que eres una bruja, y una de las más poderosas y fuertes

que jamás he conocido.

Él no tiene poder sobre ti.

Roberto ni siquiera había llegado a la cita. Luiz no dejó nada al azar; falseó el accidente. No sé cómo, pero lo hizo. Su hermano había metido las narices donde no le llamaban, y yo había sido tan estúpida como para ponerlo sobre aviso. Luiz le había dado la oportunidad de unirse a él... Pero ambos sabían cuál sería la respuesta de Roberto.

Sé que Luiz lo quería. Sé que por eso lo dejó vivir tres días más.

Pero también sé que, al final, tomó la decisión que lo acercaba a su destino, porque, en el fondo, Luiz no podía amar.

Simplemente, no era capaz.

Cuando Janaina regresó de la reunión y me encontró en la cocina, con la carta en la mano, parte de ella entendió lo que ocurría sin necesidad de leerla.

Y, cuando la leyó, no perdió el tiempo llorando. Me miró con la seriedad de sus ojos negros y me dijo lo que había venido a decir.

—Bael te ha encontrado, hija mía. Si todo esto es cierto, entonces está claro que Luiz se encuentra detrás de ello. Quizás quiera forzar el final, quizás sabía que tarde o temprano terminaríamos descubriendo la verdad. Sea como sea, Bael se aproxima.

»Hemos convocado al resto de los aquelarres, y la Hermandad ya está reuniendo fuerzas. Coge tu espada; aparta tus penas.

»Marchamos a la batalla y, si en el camino nos encontramos a mi hijo, hoy tendremos que acabar con nuestro enemigo dos veces.

* * *

La batalla entre nuestra dimensión y el Infierno se libró en Faddenfield, a miles de kilómetros de la ciudad de Endor donde Ahinoam había realizado el Pacto Primitivo. Bael esperaba pillarnos desprevenidas, pero fuimos más rápidas. El mundo había avanzado. Quizás él no se diera cuenta de que, ahora, contábamos con métodos más rápidos de comunicación. Cuando llegó, aquelarres de todo el mundo se habían unido para proteger nuestro pueblo.

No puedo explicar el miedo, la masacre. La confusión de los despojados cuando las huestes de Bael cayeron sobre ellos y cientos de mujeres intentaron socorrerlos.

No sé por cuántas horas luché, cuántas veces levanté la espada para hundirla en la carne de un demonio o de un engendro. Pero, finalmente, Bael se presentó ante Janaina y ante mí. Luiz y Lady Seerie no se habían dejado ver. Eso me confirmó que Seerie no estaba colaborando con Bael, que actuaba por su cuenta, y por eso él no me había encontrado hasta ese momento.

—Esto termina, aquí y ahora. —Fueron las primeras palabras que me dijo cuando me reconoció, y fue como si el tiempo se detuviera, como si la Tierra dejara de girar.

Se enfrentó a Janaina y a mí, solo, y en sus ojos pude ver la determinación de aquel que se había creído invencible y había fracasado, y que ahora buscaba la redención.

Aquel era el error que habíamos estado esperando, el que podía darnos la oportunidad de vencerle. Dos brujas contra un demonio pueden parecer en desventaja. Pero Janaina y yo no éramos solo dos brujas: ella era Janaina, del clan Yemayá, la bruja de las mareas que veía el futuro en las aguas y comandaba las olas, y yo era Úrsula Wytte, la última heredera de Ahinoam, la última del aquelarre de Mari.

Y me había hartado de vivir huyendo.

Cuando quise darme cuenta, un gran número de demonios nos habían rodeado, pero ninguno osaba acercarse. Solo querían mirar, expectantes, como su Rey por fin vencía. Querían comprobar con sus propios ojos que, tras dos mil años de guerra, él seguía siendo digno.

Podía ver la desesperación en los ojos de Bael. Podía ver también a través de sus ojos, y adelantarme a cada uno de sus movimientos, pues la ira lo hacía errático, distraído.

No sé cuánto tiempo duró la batalla, pero Janaina y yo conseguimos ponerlo de rodillas. Alcé mi espada, dispuesta a dar el último golpe, y cuando miré a mi alrededor, comprobé que ninguno de sus esbirros iba a ayudarlo. Que los había decepcionado.

Su Rey, arrodillado y casi derrotado, frente a la heredera de Ahinoam.

La mirada de Bael se cruzó con la mía, dos luceros en una noche eterna, y al leer mi rostro, al leer mi... pena...

Bael enloqueció.

Se arrojó sobre nosotras, y el poder que emanaba podría habernos matado en ese momento, en ese mismo instante...

Si no fuera porque, de una ondulación en el aire, surgió la hoja plateada de una espada, y esa hoja se clavó en el corazón del Rey de los Demonios, por la espalda, acabando por fin con su vida.

Cuando la criatura cayó a nuestros pies y alcé la mirada, Luiz se alzaba triunfante ante nosotras.

A su lado se encontraba la asesina de mi familia.

* * *

El silencio cayó sobre Faddenfield, concentrándose en la colina en la que habíamos luchado, la misma en la que ahora se encuentra la

urbanización de la parte alta del pueblo.

Se suponía que, tras la muerte de Bael, algo tenía que ocurrir. No sabía exactamente qué, pero esperaba que los portales se tragasen a los demonios sin dejar ninguno atrás, pues el Velo debía quedar restablecido y ellos ya no tenían permiso para entrar en nuestro mundo.

En realidad, eso era precisamente lo que tendría que haber sucedido.

Pero el portal por el que se habían colado mi marido y Lady Seerie seguía allí, mostrando reflejos intermitentes de una ciudad con altos picos negros y un cielo carmesí.

Porque si bien el Pacto de Ahinoam había quedado rescindido..., ahora era el Pacto de Salazar el que mantenía el Velo entre los dos mundos abierto.

—Lo siento, querida. —Sus ojos negros estaban clavados en mí, y hubiera jurado que había cierta pena en ellos—. Lo siento de verdad.

Ni siquiera esperó mi respuesta, ni se dirigió a su madre, arrodillada a mi lado, totalmente vacía. Ladeó la cabeza, mirando a Lady Seerie. A su amante.

—No siento la magia —le dijo.

—Aún no puedo dártela —respondió ella.

—He matado a Bael —rugió él—. Su cabeza, a cambio de la magia. Eso fue lo que me prometiste.

—Las herederas de Ahinoam deben morir —susurró Lady Seerie, y su voz era apenas un murmullo—. Ninguna puede quedar viva.

—Eso no era parte del pacto.

—Lo es ahora.

—Si no cumples tu palabra, la corrupción acabará contigo.

—No me importa.

—¿Por qué?

—Porque si la heredera de Ahinoam vive... —Entonces sacudió la cabeza—. Tengo que protegerlo, Luiz. Si de verdad quieres la magia, entonces mátala. A ella y a las niñas que te esperan en otro lugar. Demuestra ante todos nosotros que nunca podrás cometer el pecado del amor... Y te prometo, desheredado, que te ayudaré para siempre. En todo lo que tú desees.

»Permite que vivan... y aceptaré mi destino. Moriré aquí mismo. Tú no obtendrás poder, y el pacto quedará revocado.

En ese momento, no comprendí la decisión de Lady Seerie. Proteger, ¿a quién? ¿Por qué se arriesgaba a romper su promesa cuando eso la habría matado?

Pero una cosa estaba clara: Lady Seerie nos quería muertas. Quizás deseaba que Luiz fuera solo suyo. O quizás tenía una razón de peso, desconocida para todos, incluso para Luiz, para actuar así.

Sea como fuere, la mención de mis hijas hizo que un fuego desconocido ardiera en mi interior.

Y cuando él me miró y descubrí en aquellos pozos negros que estaba dispuesto a hacer lo que Lady Seerie le pedía, me volví loca.

Completamente loca.

Él no tiene poder sobre ti.

A mi lado, Janaina lloraba, pero cuando Luiz se agachó para recoger la espada de Bael, se puso en guardia.

Sin embargo, esta batalla iba a ser mía.

Cargué contra Luiz con tanta fuerza, con tanta rabia, que ni siquiera él lo vio venir.

Porque el muy bastardo no se esperaba que yo pudiera enfrentarme a él, o que me quedase alguna fuerza después de la batalla. Pero por mis hijas... Por mis hijas podría haberme enfrentado a un ejército.

Y ya no era solo eso. Luiz me había mirado como si realmente creyera que podía vencerme.

A mí. A una bruja.

El muy desgraciado no solo me había anulado, se creía muy por encima de mí, hasta el punto de robarme la muerte de Bael.

El duelo apenas duró cinco minutos. Cinco, porque, indudablemente, yo era mejor, y él no tenía poder sobre mí. Solo el que yo le había dado. ¿Y por qué? ¿Por qué había tenido tanto miedo, si ahora él se arrastraba por el barro?

Cuando la espada dorada de Bael cayó al suelo con un tintineo, clavé la mía en el costado de Luiz, y no me detuve ahí. Mirándolo a los ojos, hice fuerza para que la hoja siguiera cortando hasta llegar al esternón.

—Permití que me convirtieras en tu sombra —murmuré en su oído, agachada sobre él mientras le clavaba la espada en lo más profundo—. Tendría que haberme dado cuenta de que envidiabas mi luz.

Con su última respiración, el aire comenzó a soplar de forma violenta, y en el cielo se creó un vórtice de nubes negras. Lady Seerie se arrojó contra mí, intentando quizás terminar el trabajo que Luiz había empezado, pero era demasiado tarde.

Los portales se tragaron gran parte de las huestes de Bael, y los demonios que se quedaron huyeron despavoridos. No durarían demasiado; en pocos años, los habríamos cazado a todos.

La guerra había terminado.

* * *

Todo había acabado y sin embargo yo...

Tenía casi veintinueve años y nunca me había atrevido a vivir. Por lo menos, no por mí misma. Porque primero viví a través de mi madre, y después de mis hermanas. Viví intensamente a través de Luiz, perdiéndome antes incluso de encontrarme. Y cuando Luiz ya no estuvo, intenté vivir a través de mis hijas...

Y resultó que ya no tenía fuerzas.

A mi edad... aún no sabía quién era.

Los años pasaron como un sueño, uno detrás de otro. Me miraba al espejo y no me reconocía; ¿a dónde se había ido mi juventud?

Me pasaba las horas durmiendo, encerrada en mi habitación, y hubiera jurado que no había pasado tanto tiempo...

Hasta que Rhiannon me despertó con un grito.

—No puedo seguir haciéndome cargo de todo —me dijo una tarde en la que yo había vuelto a levantarme a la hora de comer porque no había podido dormirme hasta la mañana—. No puedo ser la madre de Ember. ¡Yo también quiero vivir!

La niña que me gritaba ya no era una niña, estaba entrando en la adolescencia. ¿Cuándo se había hecho tan mayor? Las palabras de mi hija fueron como una bofetada.

—Tienes razón, cariño —respondí—. Tienes razón.

Al día siguiente, empecé a buscar trabajo. Días después, me contrataron de cajera en una tienda de comestibles de Verdejo.

Poco a poco fui descubriéndome. Trabajar en el supermercado me aportaba cierto tipo de felicidad contenida, ese tipo de felicidad que una rutina puede darte. Estar ocupada era para mí como un bálsamo.

Mis hijas se pasaban la tarde haciendo actividades extraescolares y recibiendo lecciones de Janaina, así que yo decidí buscarme un *hobby*. Empecé a ir a clases de aeróbic e hice un grupo de amigas.

Me encargué, por fin, de Janaina, como años atrás ella se había encargado de mí. Incluso empecé a colaborar con el entrenamiento de las niñas, aunque yo solo quería dejar atrás la brujería.

Por fin supe quién era y descubrí que todos mis errores me habían llevado, al final, por el camino correcto, a pesar de los años perdidos.

Logré no volver a pensar en Luiz.

Poco después, William aparición en mi vida, y esta vez me aseguré de aprender a querer de la manera correcta. Y William, bendito sea, tuvo una paciencia infinita. Circe no tardó en venir, y después mi pequeña Morgana.

Todo parecía perfecto.

Por fin podía vivir en paz.

Y entonces nos fuimos a los Lagos y Morgana despertó de madrugada y gritó a pleno pulmón que había una sombra negra sobre Faddenfield y que su hermana iba a morir.



Capítulo 57

—Em, ¿a dónde vas?

—Necesito un momento.

—Pero, cariño...

Voy a responder, pero el nudo de mi garganta aprieta tanto que descubro que no podré hacerlo sin que sepan que voy a llorar. Así que hago un gesto con la mano para que no me sigan, y gracias a Dios ellas no lo hacen, y corro y me derrumbo unos metros después, tras atravesar un pasillo, en la siguiente cueva.

Lloro en silencio y golpeo con furia las paredes macizas. Cuando consigo calmarme, comienzo a fantasear con la manera en la que lograré matar a mi padre.

No regreso hasta que imagino al menos cinco formas de reducir su cuerpo a cenizas.

* * *

—Tenemos que hablar de lo que has estado haciendo —me dice mamá cuando regreso—. Nunca debiste sacar energía de la Fuente.

—No tenía... —comienzo yo.

—¿No tenías otra alternativa? Sé que vuestros poderes no son lo que pudieron haber sido, pero, Ember, ¿te das cuenta del camino que estás recorriendo? Puede que tus hermanas no lo vean, pero yo sí. Lo he visto antes. Lo he visto en mi hermana... y lo he visto en tu padre.

Trago saliva. No tengo nada que decir; sé que tiene razón. Ya llevo un tiempo sospechando que esta oscuridad que me aprieta el corazón se está cobrando factura. He ignorado las consecuencias de mis actos durante tanto tiempo que he silenciado a mi conciencia. Pero lo necesitaba. Lo necesitaba para sobrevivir. ¿Qué podía hacer si no?

—No puedo permitirme ser débil o no podré seguir adelante —confieso.

Mamá me dedica una mirada de preocupación.

—Entonces aprende a confiar en tus hermanas —responde ella mientras las cinco nos sentamos con las piernas cruzadas, en círculo, tal y como se hacía antaño, en los aquelarres—. Te aíslas, Ember. Desde pequeña. Sé que es culpa mía, porque no estuve ahí cuando me necesitaste; así que aprendiste que no necesitabas a nadie, al igual que Rhiannon aprendió la lección contraria: que todos la necesitaban. Rhiannon se olvida de sí misma, pero tú, cariño, te olvidas de los demás. Tenéis que encontrar el equilibrio. Ambas.

Rhiannon traga saliva.

—Si estamos vivas es gracias a Ember, yo he dudado...

Entonces mamá dirige su mirada hacia ella.

—Dudaste porque es natural no querer apagar una vida. Pero cuando se hizo necesario, ambas actuasteis. Aprender las unas de

las otras es la única manera de haceros más fuertes; si hay una lección que no debéis olvidar, es esa. —Mamá inspira profundamente. Después suelta la verdad que yo nunca me he atrevido a decir en voz alta—. Ember se está corrompiendo.

Mis hermanas dan un respingo.

—Quizás sea demasiado tarde... —comienzo.

—No. No es tarde. No si seguimos juntas. No mientras yo viva, ¿de acuerdo?

Me rindo ante sus palabras y asiento. Juntas somos más fuertes. Son las palabras de la abuela, las palabras de todas las brujas. Quizás, ahora que no estamos solo las tres, pueda empezar a creérmelas.

Mamá me agarra de la mano y su tacto caliente logra calmarme un poco. Sí. Quizás no sea demasiado tarde. Quizás aún pueda salvar mi alma.

—En cuanto al demonio que os ha metido aquí dentro —comienza mamá—, ¿qué tenéis pensado hacer con él?

Rhiannon se cruza de brazos.

—Si consiguiéramos salir de aquí... lo necesitaríamos como aliado.

Pongo los ojos en blanco.

—En su despacho te oponías rotundamente y, ahora que nos ha encerrado aquí, ¿te planteas su oferta?

—Las cosas han cambiado —dice ella—. Antes no teníamos información suficiente como para tomar una buena decisión.

Conozco esa mirada.

—Vale. Escupe lo que estás pensando.

Rhiannon se levanta y comienza a caminar en círculos.

—¿Y si encontramos la manera de modificar el pacto? —dice—. ¿Y si le chantajeamos... con aquello que más desea para que renuncie a

la única parte del pacto que no nos conviene? ¿Y si somos más listas que el demonio más listo de todos?

Me rasco la cabeza.

—Vale —acepta Circe—. ¿Y cómo vamos a ser más listas?

—La cura —dice Rhiannon—. Anabel amenazó con romperla, y la forma en la que él reaccionó, como si prefiriera que le echasen ácido por encima... ¿No os dais cuenta? En realidad, estamos aquí por la cura, no porque él realmente quisiera. Dantalion le dijo a Ember cómo contactar con vosotras —señala a mamá y a Morgana—. Debe de saber, entonces, que podemos hacerlo, que podemos salir de aquí; aunque no pueda ayudarnos porque así se lo ha prometido a Anabel. Bien, pues si estaba dispuesto a perder nuestra confianza y la oportunidad de pactar con nosotras por esa cura... Entonces ahí tenemos nuestra arma secreta, nuestro comodín para negociar un pacto más beneficioso.

Descruzo las piernas y me incorporo pensativa. Rhiannon tiene razón. Cuando Anabel estuvo a punto de tirar el frasquito él se volvió contra nosotras.

¿Qué diablos será esa dichosa cura?

—¿Qué propones, entonces? —pregunta mi madre—. ¿Robársela?

Rhiannon asiente y yo reprimo una carcajada.

—¿Ese es tu plan? —respondo—. ¿Y cómo vamos a robarle la cura a un demonio que sabe en todo momento lo que va a ocurrir?

Cuando alzo la mirada, no me gusta lo que veo en los ojos de mi hermana.

—Ahí, querida mía, es donde entras tú.

Diez minutos después, tengo la cara demasiado roja como para reírme del plan de Rhiannon. Todas a mi alrededor están tan convencidas que no tengo nada más que añadir.

—Estáis locas —farfullo.

No me responde nadie.

—Y bien, mamá —dice Circe después de unos instantes de silencio—, ¿sabes cómo salir de aquí?

Ella niega lentamente con la cabeza y enrosca uno de sus rizos cobrizos en el dedo índice.

—He estado aquí antes, sé llegar hasta la entrada... pero no sé cómo abrir la puerta.

—¿No podríamos abrir un portal entre sueños? —pregunta Rhiannon—. Como antes.

Mamá se muerde el labio.

—Estuvimos practicando en el hotel junto con el aquelarre, y descubrimos que Morgana solo puede conectarse a criaturas que tienen magia y que están dormidas. Las únicas criaturas con magia que hay ahí afuera son demonios... Y ellos no duermen, entran en un trance sin sueños.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta Morgana mientras se coloca el flequillo verde—. ¿Esperamos un milagro?

Mamá niega con la cabeza y se pone de lado para levantarse.

—De eso nada —dice—. Vamos a dirigirnos a la salida... y después, ya se verá.

Mis hermanas y yo nos levantamos también.

—O sea —añade Circe con sarcasmo mientras echamos a andar —, que sí que vamos a esperar un milagro.



Capítulo 58

La salida de las cuevas está cerrada a cal y canto por una grandísima puerta de hierro que la atraviesa de arriba abajo y cuya única conexión con el exterior es una rejilla en la parte de arriba que deja pasar la luz. La rejilla está formada por un entramado de barras trenzadas de acero inoxidable, y solo un lagarto podría colarse por ahí. Ni siquiera hay pomo o candado.

—¿Podemos volver ya? —pregunta Circe, tiritando. La marea ha subido y estamos cubiertas de agua hasta el pecho—. Si el agua sigue entrando vamos a terminar muertas, y esa puerta no se ha movido ni un centímetro.

Me acerco a la puerta y poso la mano en la superficie de hierro fría y resbaladiza. Llevamos ya varios minutos intentando abrirla, pero no cede. Y Circe tiene razón; quedarse aquí es peligroso. Si no fuera por la puerta de hierro, las olas ya nos hubieran estampado contra las rocas.

—Sí —digo, secundando la moción—. Nada de milagros aquí.

—Esperad un momento —nos pide mi madre—. Janaina siempre creía que las cosas pasaban por algo. Si Morgana y yo estamos aquí, no es para quedarnos encerradas.

Tuerzo la boca y me cruzo de brazos para conservar el calor.

—Janaina podría haber roto esa puerta con la fuerza del agua —me quejo.

No es verdad. Aquí, seguimos sin poder usar nuestros poderes, pero necesito desahogarme de alguna manera.

Rhiannon alza una ceja.

—Esperad —dice.

—¿Qué? —pregunta Circe con voz molesta.

—¿No oís eso? Es como...

Como un chapoteo.

—¿Hola? —exclamo—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—¿Ember? —Al otro lado de la puerta, se escucha la voz de Priya.

—¿Priya?

Corriendo, vuelvo a acercarme a la puerta y me pongo de puntillas, apoyándome por completo en el frío hierro, intentando ver algo por la rejilla superior. Hay unas tablas de madera... No, ¡un bote! Un bote que se mueve al ritmo de la marea.

—¿Priya? —repito perpleja—. Pero ¿cómo?

—Oh, Dios, menos mal —responde ella—. Llevo horas dando vueltas por aquí para ver si os encontraba... No sabía qué hacer.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunta Rhiannon, acercándose a la puerta también.

—Cuando los cazadores os llevaron, Dantalion se quedó conmigo y me llevó hasta un bote —responde ella con la voz temblorosa—. No me dijo nada, solo me puso encima de él y arrancó la cuerda que lo anclaba al muelle.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo? —pregunto.

—Fue muy raro. Le grité que si quería que fuéramos a las cuevas y él solo me dio la espalda y alzó el vuelo otra vez. Supuse que sí, que era lo que quería, pero...

—No podía ayudarnos a salir de aquí —interviene Rhiannon—. Llevarte al bote era lo máximo que podía hacer.

—¿Y para qué meteros aquí si quería que viniera a por vosotras? —pregunta Priya.

Reprimo un gruñido.

—Por la dichosa cura —respondo, y entonces me doy cuenta de que el agua me llega hasta debajo del pecho. Tenemos que ponernos en marcha—. Priya, ¿ves alguna forma de abrir la puerta? ¿Un pomo, una cerradura?

—Veo un candado, pero... está reforzado con varias cadenas. Son bastante gruesas... ¿No podéis usar vuestra magia?

—Aquí no —responde mi madre—. Y tampoco nos serviría de mucho.

Al otro lado de la puerta se hace el silencio.

—¿Úrsula? —grita, de repente, Priya.

—Hola, cielo —responde mamá—. ¡Cuánto tiempo!

—¿Cómo... có...?

—Las preguntas para luego —la corta Circe—. ¿No hay nada por ahí con lo que puedas golpear la cadena? Una piedra o algo...

—Te digo que son cinco —responde Priya—, cinco cadenas, y son muy grandes. Además, parecen firmes... —Se escucha un ruido, como un tintineo—. Son de hierro macizo y están muy apretadas... —De nuevo, un tintineo, y después, un crujido—. No puede ser.

Estoy temblando de frío, y el resto está igual que yo.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Priya.

Pero ella no responde.

—¿Los demonios tienen superfuerza? —pregunta, de repente.

—Sí —respondo de forma automática—. O sea, no la llaman *superfuerza*, pero tienen una fuerza inhumana, ¿por qu...?

Un sonido metálico me interrumpe, seguido del del agua al desplazarse, como en un remolino, y la gran puerta de hierro se abre lentamente.

Al otro lado, aparece la mano de Priya, que la empuja sin ninguna dificultad. Cuando abre la puerta del todo y uno de los últimos rayos de sol del día la iluminan, veo que en la mano lleva un manojo de cadenas enredadas... y rotas; rotas como si fueran los hilos finos de un ovillo de lana.

—Hola —saluda Priya sentada en la barca. Su cara es la viva imagen de la confusión—. Creo que he roto las cadenas.

Abro la boca y después la cierro. No tengo palabras para lo que acaba de ocurrir.

—Un milagro —murmura mi madre incrédula.

—Un milagro no —dice Rhiannon—. Una vampira.

Priya sacude la cabeza.

—Aún no sé si me siento cómoda con ese término —se queja y, al ver que todas la miramos con la boca abierta de par en par, suelta las cadenas, que caen en el agua con un breve chapoteo, y agarra los remos para acercarse un poco más—. Bueno, ¿a qué esperáis? Subid a la barca antes de que nos lleve la marea. Hoy el mar está tranquilo, pero no quiero tentar a la suerte.

Asiento y nos ponemos en marcha. La primera en subir al pequeño bote es Morgana y, cuando Priya la ve, empieza a hacernos varias preguntas que le respondemos lo mejor que sabemos. Después suben Circe y mi madre, y por último Rhiannon. Ya no queda mucho más hueco en la barca cuando me acerco nadando y agarro el borde. Se me escapa una risilla.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Priya desde arriba tendiéndome la mano, con sus ojos rosados mirándome con cierto punto divertido y sus cortos mechones de pelo negro ceniza cayendo a ambos lados de su cabeza.

—Es que pensé que esto iba a ser más difícil, ¿sabes? —respondo —. Menuda cara va a poner Anabel cuando...

No la veo llegar. Una enorme ola impacta contra mí y me arrastra con ella, haciéndome rodar sobre mí misma hasta el punto en el que no sé dónde es abajo y dónde es arriba. El agua tira de mí hacia el fondo, y pataleo para evitarlo.

Seré gafe.

Miro hacia arriba. Está anocheciendo, pero aún distingo la silueta de la barca, varios metros por encima de mí. La fuerza del agua me empuja contra las rocas y me golpeo con una de ellas. Cada vez que intento subir, una nueva ola me empuja hacia abajo.

Cuando salgas de las cuevas, llámame.

Si no salgo pronto a la superficie...

Pero no soy capaz.

Grito su nombre, debajo del agua, pero lo único que sale de mi boca son las últimas burbujas de oxígeno.

Antes de cerrar los ojos, una enorme silueta tapa los últimos rayos de sol y yo maldigo mi mala suerte.



Capítulo 59

Una mano me agarra de la camiseta por la parte del pecho y tira de mí hacia arriba. Cuando emerjo, el bote está tan lejos que apenas puedo distinguir los rostros de mi familia o el de Priya. Boqueo, buscando desesperadamente aire.

—¿Estás bien?

Dantalion, en el agua conmigo, inclina la cabeza hacia mí, hasta que la base de sus cuernos me roza la frente. Sus ojos naranjas escanean los míos, pone una mano en mi nuca y me acerca hacia él. Su respiración está más agitada que la mía, lo cual es sorprendente teniendo en cuenta que mis pulmones han estado a punto de explotar.

—Te juro que te voy a matar por todo esto —le grito en el momento en que el aire regresa a mis pulmones.

Su boca se cierra con un chasquido.

—Os di los medios para salir. Habéis tardado varias horas, pero aquí estás, ¿no? —Le golpeo en el pecho y él me agarra de la mano.

Ambos pataleamos para mantenernos a flote—. Oh, vamos, lo tenía todo bajo control. ¿Vas a enfadarte conmigo?

—Nos has vendido por un frasquito —ladro—. No pienso volver a confiar en ti.

Él se encoge de hombros.

—No necesito que confíes en mí —dice—. Solo necesito que sigas viva, y que me ayudes a ganar.

Dantalion aterriza sobre una piedra cercana a la gruta.

—Gracias por la ayuda —me quejo cuando mis botas tocan la superficie sólida. El aire frío hace que el aliento se me congele dentro del pecho.

—Vimos la silueta del demonio caer desde los cielos —dice mi madre—. Iba directa hacia ti.

—De nada —responde el demonio en cuestión mientras me agarra de la cintura para que no me caiga.

Le doy un manotazo, apartando sus manos de mí. Por el rabillo del ojo, le veo poner los ojos en blanco.

—Igual tendría que haberte dejado dar un par de volteretas acuáticas más.

Esquiva mi patada antes de que llegue.

—Dejad de hacer el imbécil —sugiere Priya mientras se acomoda entre los remos—. Sube a Ember aquí.

Echo una ojeada a la barca de pescador que han robado. Es sencilla, de madera pintada de blanco con una franja azul y roja remarcando los bordes. Solo tiene tres bancos y ya está hasta los topes: cinco personas exceden bastante su capacidad.

—Me parece que no queda espacio —observo, abrazándome a mí misma para intentar conservar algo de calor. La barca está tan hundida que apenas unos centímetros impiden que el agua se cuele dentro de ella.

—Podemos hacer dos viajes —sugiere Priya, que apenas puede sujetar los remos encajada entre mi madre y Rhiannon.

—No hace falta. Remad hacia la playa —dice Dante—. Yo me llevo a Ember.

—¡Ni de broma! —protesto tiritando.

—Tú y yo vamos a tener unas palabras, demonio. —Desde la barca, mamá lo señala con un dedo acusador.

Él le dedica una sonrisa.

—Bienvenidas a Faddenfield, por cierto —saluda—. Pero dejemos los saludos para luego.

Lo miro de arriba a abajo. Está tan empapado como yo, pero...

—¿De qué se supone que vas vestido?

Ha cambiado el traje por una túnica azul marino de cuero con aberturas estratégicas para las alas y la cola. Debajo lleva un chaleco hecho de cintas que le cruzan pecho y espalda y que deja ver trozos de piel, y las mismas cintas se enredan por sus brazos, abrazando las mangas de la túnica, hasta terminar en unos guantes sin dedos. La túnica tapa sus piernas, pero veo unos pantalones negros que desaparecen en unas botas altas hechas de metal gris, con rodilleras de metal y terminadas en una punta de plata. El conjunto lo remata un cinturón confeccionado con diferentes retales de cuero, con una hebilla cuadrada que amarra todo en su sitio. De su cuello pende una cadena a la que está atado un recipiente violeta que reconozco como el vial que le dio Anabel... a cambio de nosotras.

—¿No te gusta? —pregunta al darse cuenta de que lo estoy repasando con la mirada—. Una armadura ligera fabricada en el Valle Esmeralda. Aunque supongo que ya está algo pasada de moda. Pero, en fin, mejor esto que reventar otro traje.

—Ember, ¿te irás con él? —pregunta Priya, que incluso seca está temblando de frío.

—Remad hacia la playa —respondo yo resignada.

La barca comienza a alejarse. Dantalion alarga los brazos para recogerme.

—Puedo sola —le advierto, caminando hacia él a duras penas sobre la roca resbaladiza.

—Claro que sí —responde—. Como cuando te estabas hundiendo en el fondo del mar.

Tuerzo la boca.

—Púdrete.

—Venga —insiste él—. Vamos a volar. La última vez no estuvo mal, ¿no?

—¡La última vez no me habían encerrado en una cueva por tu culpa!

Él suspira.

—¿No vas a dejarlo pasar?

—Nunca. Pero ¿sabes qué? Me alegra que mi padre te obligara a mostrar tu verdadera cara. Por un momento, había olvidado que tú también eres el enemigo.

Rodeo su cuello con los brazos. Como respuesta, él me agarra de la cintura.

—¿Te he dicho ya que me encanta cuando te pones así? Eres como un gatito enjaulado que enseña las uñas, pero nunca muerde.

—¡Serás imb...! —replico, pero él despega y la impresión se lleva por delante toda mi consternación.

El aire del anochecer, frío y húmedo, me golpea la cara. Dantalion recoloca su agarre para sujetarme por la parte anterior de los muslos con su antebrazo derecho, y me rodea la cintura con el izquierdo. El roce de sus manos por mi cuerpo me produce un

escalofrío que prefiero ignorar. Esta vez no cierro los ojos y los mantengo abiertos mientras el suelo se aleja y nos acercamos a la cúpula nublada teñida de naranja y violeta. Si no fuera por la niebla, hoy sería uno de esos días despejados que dibujan hermosas puestas de sol en el horizonte. Y aunque puedo ver una uña de luz hundiéndose más allá del mar, está demasiado velada como para apreciarla. Ni siquiera brillan las estrellas.

—J-joder, q-qué f-frío —tartamudeo. Aquí arriba el viento es gélido e implacable.

—Oh, cierto —dice él—. Tranquila, podemos arreglarlo.

Una sensación cálida me invade y escucho un chisporroteo. A nuestro alrededor se levanta una nube de vapor.

—¿Qué estás...? —pregunto.

—Utilizo tus poderes para secarnos. Es un buen truco, deberías aprender a hacerlo.

Le golpeó en el pecho, aunque la sensación de calidez es reconfortante.

—¡Deja de usar poderes ajenos!

—¿Por qué? Yo compartiría todo lo que tengo contigo, fierecilla. Qué egoísta eres.

Reprimo un bufido.

—Imbécil.

Dantalion se inclina un poco hacia la derecha, en dirección a la bahía blanca que distingo entre la niebla. Me fijo en que, para hacerlo, gira también su cola, pero en la dirección contraria, como si de un timón se tratase. Una pluma negra se desprende de sus alas. Adelanto la mano y la agarro en el aire.

—No te sueltes —se queja él, y entonces repara en mi gesto—. ¿Vas a hacerme vudú con ella? ¿O pretendes hechizarme?

—Cállate.

No me hace falta mirarlo para saber que está esbozando una sonrisa. Giro la base de la pluma entre mis dedos. Es tan grande como la de un pavo real, firme y flexible.

—Primero ayudas a la Hermandad a encerrarme, y luego me salvas —digo con la voz calmada—. ¿Sabías que terminaríamos saliendo de las cuevas?

Dantalion dirige su brillante mirada hacia mí.

—Estaba seguro de que saldríais... —dice, y yo trago saliva—. Por lo menos, sabía que las probabilidades eran altas.

—¿Te lo has jugado todo por probabilidades? —ladro—. ¿Sabes que han sido las peores horas de mi vida? —le espeto.

Noto como su nuez de Adán sube y baja.

—Lo sé, fierecilla. Pero ¿qué esperabas? Soy un frío y calculador demonio.

Lo miro a él, en vez de al paisaje que se hace cada vez más claro a nuestros pies. Me muerdo el labio, y sus ojos se clavan en ese mismo lugar.

—Hay ciertas partes del futuro que se me escapan, ¿sabes? No tengo la clarividencia absoluta porque no pude terminar de leer mi libro... Solo tuve tiempo de atisbar un destello de la parte final de esta historia. —Pestañea e inclina su cabeza hacia mí—. No creas que lo he pasado bien, fierecilla; las horas se me estaban haciendo eternas. Hoy he recordado lo que era la incertidumbre.

Una mano gélida me aprieta el pecho a pesar de que Dantalion sigue produciendo calor. Desvío la mirada.

—Y si sabes cuál es el final... ¿por qué no me dices cuál es mi destino, como hiciste con... con él?

Con Salazar.

Pero él sacude la cabeza.

—Salazar creyó que conocer el destino le ayudaría a ganar... Pero para aquellos que no conocen sus entresijos, solo es una manera de enredarse en sí mismos. Ahora él cree que tiene la llave del Reino... Y no sabrá ver otra posibilidad. Y, aunque puede que eso le haga ganar... Créeme cuando te digo, fierecilla, que conocer su destino jugará en su contra.

»Los mortales no estáis preparados para conocer vuestro final. Saberlo os volvería locos.

Nuestro final. Acerco su pluma a mi pecho, donde el corazón empieza a latir cada vez más rápido.

—Por lo que dijo mi padre, mi destino está unido al tuyo.

—Sí.

—Es por eso por lo que te expulsaron del Infierno, ¿verdad? Por la posibilidad de que tú...

«De que amaras a una bruja».

Dantalion adivina lo que quiero decir, y asiente.

—Fuiste mi condena. Ahora que sabes qué significa el Vínculo, ¿qué sientes?

—Que es antinatural.

—En eso estamos de acuerdo —suspira él.

Me aprieto contra Dantalion sintiendo la cadena que pende de su cuello. «Aquello que más desea». Como respuesta él inclina un poco la cabeza y su mandíbula roza mi frente. Podría alargar la mano y quitarle el frasco, tirarlo al vacío, solo por venganza.

—Sin embargo... —prosigo—, cuando estoy contigo...

Bajo las palmas de mis manos, el cuello de Dantalion se tensa. Tras el olor a salitre que nos envuelve a los dos, adivino las notas cítricas y amaderadas de su perfume. Cuando le miro a los ojos se me nubla la vista y destellos dorados enmarcan el borde de mi visión. Tan solo distingo dos finos círculos anaranjados en sus ojos,

el resto es un pozo negro de pupilas dilatadas que me devuelven una extraña imagen de mí misma.

—¿Cuando estás conmigo...? —su pregunta es suave, con un subtono de algo similar a la duda o a la vergüenza.

—No sé dónde empieza la verdad y dónde termina la mentira —concluyo.

Mis palabras activan algo dentro de él.

—No juegues conmigo —me ruega—. No sabes lo difícil que me resulta resistirme a ti.

El latido que retumba dentro de mi pecho explota de tal manera que me hace pensar que el corazón se me ha desprendido de él. Aprieto mi nariz contra su mejilla y él inclina el rostro hasta que nuestras bocas están apenas a unos milímetros.

Podría rendirme aquí mismo, pero solo estaría haciendo el ridículo.

—¿Dantalion? —murmuro junto a su boca.

—¿Hum? —ronronea él.

—Vuelve a traicionarme y yo misma acabaré con tu vida.

Dantalion se detiene en el aire y su rostro se aleja de mí. Su alas baten con fuerza para sostenernos inmóviles.

—¿Qué?

Mis labios se curvan en una sonrisa maliciosa.

—¿Así que te resulta difícil resistirte a mí? —digo con voz triunfal —. Para ser un Duque del Infierno, eres demasiado blando. Un par de palabras y ya te estás derritiendo.

Estamos sobre de la playa, a la altura de un tercer piso. Dantalion gruñe. Sus iris vuelven a engrosarse.

Bien. Necesitaba una pequeña venganza. Especialmente si, a pesar de todo, vamos a trabajar con él.

—Y para ser más o menos lista, estás provocándome demasiado.

—¿Más o menos lista?

Él esboza una sonrisa cruel.

—Estamos en el aire, tu vida está literalmente en mis manos, ¿y tú me provocas de esta manera? ¿Acaso quieres que te deje caer?

Suelto la pluma, que vuela libre, y le sostengo la mirada.

—Oh —digo, fingiendo preocupación—, ¿el demonio se siente rechazado? ¿He herido los sentimientos del demonio? —Abre la boca para decir algo, pero ninguna palabra sale de ella. Sus ojos echan chispas. Y me alegro, porque es lo que se merece—. Reconócelo, demonio; eres débil... por mí. Y ahora que he confirmado mis sospechas, puede que me aproveche de ello.

Sus manos se crispan sobre mí, donde me tiene agarrada.

—Si sigues con esa actitud, te juro, fierecilla, que voy a empezar a jugar de verdad y, créeme, no te va a gustar.

—Ah, ¿no?

Con un brazo, me acerca hacia él hasta que nuestros rostros están a tan solo unos centímetros. Sus ojos... sus ojos ya no son naranjas. Se han vuelto rojos.

Los pelos se me ponen de punta.

—¿Quieres que sea por las malas? Puedo hacerlo también por las malas.

—¿Qué... qué te ocurre?

Este no es él.

—Dioses, bruja, mira lo que has conseguido. —Sus ojos son dos esferas incandescentes.

Dantalion me agarra de la barbilla e inclina su rostro hacia el mío. Su lengua repasa mi labio inferior hasta llegar al superior y una corriente de electricidad me recorre el cuerpo, dejándome completamente paralizada, y todas las barreras que había alzado se derrumban como si fueran de papel.

Alzo el mentón para besarlo y, entonces..., él se echa hacia atrás, rechazándome.

Una ola de calor nace de mi estómago y se expande hasta mis mejillas. El demonio sonríe, triunfante.

—Ah —murmura—. ¿Eso es todo lo que necesito para quitarte la careta?

Me revuelvo entre sus brazos, dispuesta a caer al vacío si con eso consigo librarme de este bochorno, pero él me sostiene firme. Tan firme que no hay parte de mi cuerpo que no toque el suyo. Acerca su boca a mi oído.

—Tendría que haberte matado cuando te vi por primera vez —susurra—. Eres la mujer más impertinente y engreída que he conocido jamás. —Al decir esto, empuja mis caderas contra las suyas y reprimo un gemido—. Y, ahora, pórtate bien y deja de provocarme o convertiré toda tu ropa en cenizas y te tomaré aquí mismo. Estás robándome lo último que me queda de cordura.

Obedezco, intentando controlar mis emociones para no ser yo la que convierta mi ropa en cenizas. Cuando vuelve a mirarme, sus ojos son, de nuevo, naranjas.

—Llevaba siglos sin perder el control —murmura.

Lentamente, aterrizamos en la playa. Cuando mis pies tocan el suelo y Dantalion me suelta tengo que apoyarme en él para no caerme. Todo me da vueltas, como si siguiera flotando.

—Vuelve a hacer algo así —le advierto— y te juro que...

—¿Qué? —me interrumpe él—. ¿Me matarás? No necesito oírlo de nuevo. Te recuerdo que conozco tu destino.

Alzo la mano, intentando darle un bofetón, pero él me agarra de las muñecas.

—Deja de comportarte como una salvaje, aún puedo cumplir mi amenaza.

Abro la boca, pero no consigo articular palabra. Dantalion me suelta y me da la espalda, caminando dos pasos hacia el mar, provocando que el frío regrese con más fuerza que nunca. Sus alas están rígidas, elevadas, como si quisieran echar a volar.

Ahora no puede marcharse, o habrá ganado.

—Te odio. —Quiero hacerle daño. Todo el daño del mundo. Quiero tener la última palabra.

Se gira bruscamente. Su rostro se ha torcido y, por algún motivo, sé que mis palabras le han golpeado, como no creía que pudieran hacerlo. Con un rugido, Dantalion se abalanza sobre mí, agarrándome de la cintura y tirando de mí hacia él.

—Yo también te odio. Tendría que haberte matado en cuanto te vi —repite, con un veneno ácido tiñendo cada una de sus palabras mientras sus labios buscan los míos.

Reprimo un gemido y cierro los ojos, rindiéndome a lo inevitable y odiándome a mí misma por ello. Pero, de pronto, una luz cegadora parte la oscuridad de la noche. El ruido del motor de un coche. Dantalion me cubre con sus enormes brazos y bate las alas, en una maniobra de vuelo rápida que me deja boca arriba a ras del suelo. Cuando vuelvo a estar en vertical, me doy cuenta de que nos hemos alejado del muro del paseo y estamos casi en la orilla.

Sigo sin percibir la realidad, solo sé que todo me da vueltas, que me molesta que nos hayan interrumpido, y que, a la vez, doy las gracias por ello.

* * *

—¡Prometiste que no las ayudarías! —Anabel sale de su Alfa Romeo seguida de Takedo, Hikari y Sazza. Da un portazo y nos fulmina con

la mirada—. Sabía que no podíamos confiar en ti; te has encaprichado con ella.

Me doy cuenta entonces de que estamos tan pegados el uno al otro que sería imposible pensar que aquí no pasa nada. Me separo de Dantalion bruscamente y él se pone delante de mí, cubriéndome con su cuerpo y parte de su ala, agitado la cola como un gato molesto, lo que dibuja algunas líneas en la fina arena. Ya es noche cerrada. Me doy la vuelta, intentando otear en el horizonte la barca de Priya, pero no distingo nada en medio de la oscuridad.

—Oh, Anabel —contesta Dantalion con voz teatral y falsamente ofendida—, ¿hubieras preferido que me encaprichara contigo?

El rojo acude al rostro de la líder de los cazadores y yo no puedo evitar que los pelos se me pongan de punta. Takedo la fulmina con la mirada, pero ni él ni Hikari dicen nada.

Anabel desenvaina su espada.

—Los humanos sois tan manipulables —ronronea él—. Te prometí que no las ayudaría a salir de las cuevas... No dije nada de qué podría hacer después si salían por sus propios medios. Aunque supongo que ni siquiera valoraste esa opción. Tch, Tch. —El demonio chasquea la lengua—. Un consejo, maestra. Cuando negocies con un demonio, ten siempre en cuenta todas las variables. Tenemos por costumbre no hacer ningún pacto que no nos beneficie.

Parpadeo.

—Muy bien, ya me he hartado de oírte hablar —dice Takedo—. Nunca me diste buena espina, pero te necesitábamos para el suero. Nos has dado el arma para acabar contigo, profesor, resolvamos esto de una vez.

—¿Cuatro contra dos? —observa el demonio—. Oh, vamos, me lo ponéis demasiado fácil. Especialmente cuando uno de vosotros está desarmado.

—¿De qué hablas? —sisea Sazza.

Anabel y Takedo saltan desde el muro a la arena y se acercan hacia nosotros. Yo me aparto de Dantalion y concentro la energía en mí, aunque los únicos elementos que responden son el agua, el viento y la tierra, y a mí no me sirven de mucho. Si al menos fuera de día, podría contar con el calor del sol. También está el hecho de que me muero de hambre y cansancio, lo que no ayuda.

—Vas a pagar por lo de Erik —me dice Sazza.

Reprimo el estremecimiento.

—Lo que pasó con Erik fue una mierda —acepto— pero no teníamos opción. No nos dejasteis otra opción.

Maté a Erik. Y no lo hice por accidente, era perfectamente consciente de lo que hacía. Y me duele. Me dolerá para siempre.

Pero volvería a hacerlo, una y otra vez, con tal de proteger a mis hermanas.

—¡Cómo te atreves! —grita Anabel—. ¡Era solo un niño!

—¡Un niño enloquecido por vuestro maldito suero! —chillo.

—¡Tú y tu hermana lo partisteis en dos!

La imagen pasa fugaz por mi mente y siento la bilis en la garganta. Sin embargo, me mantengo impasible. O, por lo menos, lo finjo muy bien.

Las siguientes palabras que salen de mi boca me rompen por dentro, pero aun así encuentro la fuerza para pronunciarlas.

—Pues si has visto de lo que soy capaz, Anabel, te aconsejo que no sigas interponiéndote en mi camino.

El rostro de la cazadora se desencaja. Dantalion emite un silbido de admiración.

—¿Ahora entiendes mi capricho? —le pregunta a Anabel.

Takedo es el primero en atacar, pero Dantalion se limita a esquivar su espada y golpearlo en el pecho, en una maniobra que

lanza al cazador en dirección al muro, estrellándolo con un sonoro golpe. Todos se detienen, Hikari y Sazza también, a punto de saltar del muro. Anabel, furiosa, ataca a Dantalion de una manera que, aún sin saber nada sobre espadas, me parece estúpida y desesperada. La trayectoria de su arma va directa hacia la garganta del demonio, pero entonces él hace el mismo gesto que mi padre realizó al invocar su espada, un pequeño espasmo con la mano, y Anabel se queda sosteniendo la nada...

Porque ahora la espada la empuña el demonio.

—Pero ¿qué...? —preguntamos, ella y yo, a coro.

Dantalion blande la espada maldita y la agita en el aire. El arma brilla con un destello azulado que parece reflejar el brillo de la luna. La observa con devoción, casi con cierta nostalgia, como quien acaba de reencontrarse con un viejo amigo.

—Hacía mucho tiempo, pequeña... —le susurra—, pero te prometí que regresaría.

—¿Cómo has...? —jadea Anabel—. ¡Esa espada me pertenece! ¡Pertenece a mi familia!

—Te equivocas. Esta espada siempre me ha pertenecido a mí — ante la revelación, retrocedo un paso.

Anabel se ha quedado plantada en medio de la playa. Y yo también.

—Tú eres... tú eres el demonio que él atrapó para escribir la *Llave Menor*.

—No. Él no me atrapó. Hicimos un pacto.

—No. Salomon era un... Él era...

—Un peón que no hubiera llegado a ninguna parte sin mi ayuda.

Salomon. El *Ars Goetia*. Dantalion lleva tiempo planeando todo esto.

No. Tiempo no.

Miles de años.

—¿Tú... le diste tu espada... a Salomon? —jadeo.

Dantalion emite una suave carcajada.

—Se la presté. Le dije que, algún día, uno de sus descendientes me la devolvería —Dantalion agita la mano y la espada desaparece. Y él se encara con la cazadora—. Piénsalo así, Anabel: sin la primera espada, la Hermandad jamás hubiera prosperado, pero ¿cómo ibais a conseguirla sin la ayuda de un demonio? Los desheredados son simples humanos. Débiles. Carentes de poder. ¿Cómo robó Salomon la primera espada maldita? ¿Cómo pudo matar al siguiente demonio para robar las demás? Los humanos nunca os hacéis las preguntas correctas.

Anabel parece a punto de desmayarse.

—Te dije que no te fiaras de él... —farfulla Takedo, que se ha levantado y a duras penas se tiene en pie.

—Tú creaste la Hermandad —intervengo—. Por tu culpa, miles de brujas ardieron en la hoguera...

—El mal menor —me interrumpe él—. Los Magnolia estaban destinados a crear la cura, pero no lo hubieran conseguido sin ese primer empujón.

Tengo que controlarme para que no me tiemblen las manos.

—Tú... —murmuro.

—Tú hubieras hecho lo mismo en mi lugar —me corta de nuevo.

—¡No! —protesto, pero entonces un pitido me atraviesa la cabeza.

—No mientas, fierecilla. No a mí.

Al demonio del Conocimiento no se le puede mentir.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunta Anabel lívida—. ¿Vas a matarnos?

Dantalion se cruza de brazos.

—No. No es mi estilo, y os necesitaremos en la batalla contra Salazar. Abandonad vuestras pretensiones y uníos a nosotros. Las Wytte están bajo mi protección ahora.

—Esto no va a quedar así —protesta Sazza.

—Quedará así porque, niña, tenéis suerte de que matar no me provoque placer alguno. Si no, los cuatro habríais muerto antes de salir de ese vehículo. Y ahora, regresad al coche y atended a vuestro maestro mientras esperamos al resto. Tenemos mucho de qué hablar.

Tras estas palabras, se gira hacia el mar y pasa a mi lado sin mirarme. Por un momento, me parece que se ha vuelto aún más grande, que sus alas son más poderosas; sus cuernos, más afilados, y su cola, un gancho que podría clavarse en la piel. Ahí está. Ese es el verdadero Dantalion. El verdadero Duque del Infierno, en toda su gloria. El fundador de la Hermandad de Cazadores, la sociedad que ha provocado la muerte de miles de brujas. La misma que estuvo a punto de acabar con la vida de Ahinoam y que terminó con la de Joan.

Por primera vez, soy realmente consciente de a quién he tenido a mi lado todo este tiempo. La traición de esta mañana me parece ahora una minucia, un simple ardid absurdo dentro de un enorme mapa de estrategias finamente hiladas.

Y, aunque ahora mismo lo tema, aunque ahora mismo comprenda realmente hasta qué punto lo ha tenido todo planeado, no puedo evitar admirarlo.

Lo he subestimado. Peor, he estado a punto de... Sacudo la cabeza.

Anabel y el resto se dirigen hacia Takedo y le ofrecen uno de los viales para que se reponga. A lo lejos, escucho el chapoteo de la barca y las voces de mis hermanas. Me acerco a la orilla y me sitúo

a la izquierda del demonio. Cuando Dantalion se gira hacia mí, no sé qué ve en mi rostro, porque retrocede.

—Hum, ¿enfadada?

No respondo.

—Ya te lo dije; soy un demonio. No fue algo personal...

—No, claro que no —murmuro—. Solo somos piezas en tu tablero de ajedrez, y ya no quedan más peones en pie.

Dantalion suspira.

—Hace unos segundos has estado a punto de...

—Cállate —interrumpo—. Cállate.

—¿Nunca vamos a poder ser amigos? —pregunta alzando una mano hacia mí, como si quisiera apartarme uno de los mechones de pelo que siempre tengo delante de los ojos. La esquivo como un gato arisco.

—Vuelve a tocarme, demonio, y te arrancaré los ojos.

Contra todo pronóstico, Dantalion no se ríe. No hace un gesto sarcástico ni intenta provocarme. Simplemente suspira, cruza las manos sobre su pecho y asiente.

—Muy bien —acepta en un tono de voz inusualmente grave—. No volveré a tocarte. No hasta que me lo supliques.



Capítulo 60

Priya y mi familia no tardan en aparecer, dibujándose su sombra tras las rocas de los acantilados. Noto la mirada de los cazadores clavada en mi nuca mientras Dantalion se acerca a ellas volando y arrastra la barca a la orilla, que se hubiera estrellado por culpa de las olas si no fuera por la fuerza del demonio. Quizás darle la espalda a la Hermandad no es lo más inteligente, pero no puedo enfrentarme a sus rostros; son un recuerdo constante de lo que ocurrió con Erik.

Cuando mi madre y Morgana se bajan, se escucha, de nuevo, el sonido de las puertas del coche al abrirse y cerrarse de un portazo.

—¿¡Cómo habéis...!? —exclama Anabel con una mezcla de confusión e ira—. ¿Qué se supone...?

Mi madre alza una mano.

—No te atrevas a venir pidiendo explicaciones como si te debiéramos algo, Anabel. No después de todo lo que has hecho con mis hijas.

La última en salir de la barca es Priya, y mientras Dantalion y yo la ayudamos a bajar, mi madre y la maestra de los cazadores se

enzarzan en una discusión que entremezcla reproches y algunas explicaciones de cómo mamá y Morgana han cruzado la niebla.

—Somos brujas, Anabel, ¿qué esperabas? —le espeta mi madre a la cazadora cuando esta intenta indagar más sobre los extraños poderes de mi hermana pequeña.

—Gracias por venir a buscarnos —le susurro a Priya, ignorando la discusión.

Ella me dedica una mirada risueña.

—Te lo debía —responde, y después alza el índice y se lo clava a Dantalion en el pecho—. Y tú... eres un ruin y un interesado.

—Lo tenía todo bajo control —protesta él. Pero ella le clava aún más el dedo, provocando un «auch» por parte del demonio.

—Tus hijas han matado a mi discípulo —está chillando Anabel—. Han pactado con su propio padre...

—¿Acaso tú no hubieras hecho lo mismo si te hubieran dado la oportunidad de recuperar a tu madre?

La respuesta de mamá crea un vacío que Anabel solo llena acercando su mano a la empuñadura de su espada... una espada que ya no está ahí. Cuando se da cuenta, su puño se crispa. Dantalion lanza un gruñido de advertencia.

—¿Qué te dije de intentar hacerle daño a las Wytte? —le recuerda.

Me acerco a Rhiannon y Circe para secarlas con el mismo truco que me enseñó Dantalion y, mientras mi magia fluye, mi madre se adelanta dos pasos, acercándose a la Hermandad. Empiezo con Circe, que tiene la vista clavada en Hikari y está siguiendo cada uno de sus movimientos; algo que la cazadora parece no saber o prefiere ignorar.

—Basta de peleas —dice mi madre—. Si seguimos discutiendo entre nosotros terminaremos destruyéndonos antes de que Luiz

ataque.

—¿Por qué nunca me dijiste que tu marido os había...? —Anabel deja la pregunta en el aire.

—¿Que nos había traicionado? ¿De qué hubiera servido? Creía que estaba muerto. Y tú y yo habíamos dejado de ser amigas hacía mucho tiempo.

—Era información relevante para la Hermandad.

—Era mi secreto, y mi tortura. Si te lo hubiera dicho, hubieras aprovechado para minar mi autoridad y mi juicio por no haberme percatado antes de lo que estaba ocurriendo.

—No había que ser muy inteligente para darse cuenta de que ese desgraciado te había convertido en una sombra de lo que eras.

Anabel y mi madre se miran durante unos instantes en completo silencio, hasta que la primera alza el mentón y desvía la vista. Mi madre se aclara la garganta.

—Nos guste o no, si no nos unimos, caeremos todos.

Takedo se cruza de brazos, pero Anabel parece pensárselo durante un segundo.

—No os queda otro remedio —interviene Dantalion—. Si queréis enfrentaros a las brujas, tendréis que hacerlo cuando hayamos eliminado a la verdadera amenaza.

Takedo inspira hondo. Sazza se adelanta, mirando alternativamente a sus maestros.

—¿Os lo estáis pensando? ¿Estáis de broma? —entonces nos señala a mis hermanas, ya secas, y a mí—. ¡Son unas asesinas!

—Podemos ajustar cuentas después —farfulla Anabel—. Quizás hemos dejado que la furia nos ciegue...

Sazza emite un gruñido.

—No pienso, ni por un segundo, aliarme con ellas.

—No es tu decisión —la corta Takedo, y entonces da dos pasos hacia mi madre y le tiende la mano en señal de acuerdo—. Firmaremos una tregua, por ahora.

Mi madre asiente y estrecha su mano.

—Muy bien —acepta—. Vayamos a mi casa, entonces. No se puede firmar un nuevo acuerdo de paz con el estómago vacío.

* * *

Si hace un mes me hubiesen dicho que mi madre, mis hermanas, la Hermandad, mi exnovia y uno de los Setenta y Dos de Bael iban a estar reunidos en el salón de mi casa, no lo hubiera creído. Por supuesto, hace un mes estaba en un hospital extranjero intentando descubrir si mi sordera parcial iba a ser o no temporal, y asimilando el incidente.

Pero aquí estamos, intentando llegar a otro acuerdo de paz, hablando de estrategias de guerra, planeando cómo derrotar a mi padre, al que yo misma rescaté del Infierno.

Parece que mi vida ha ido cuesta abajo desde entonces. Siempre he considerado que la culpa es un sentimiento inútil y el autocastigo, una pérdida tiempo. Lo hecho, hecho está, pero, Dios, ¿es esto lo que me merezco? ¿Planear una batalla interdimensional cuando hace una semana lo único que quería era descansar y no pensar en nada? ¿Arrastrar a mis seres queridos conmigo por una decisión mal tomada? Si nos he condenado a todos, prefiero hundirme sola. Y, sin embargo, parece que todas estas personas están dispuestas a hundirse conmigo.

—¿Abro unas patatas? —pregunta Rhiannon mientras repasa con la mano sus rizos color caramelo aún húmedos por la ducha.

Anabel, que no se ha dignado a sentarse siquiera, arruga el rostro y la línea de su entrecejo se hace más visible que nunca.

—No, gracias —responde con voz sibilina.

Mamá le lanza una mirada de advertencia mientras Anabel acaricia el pomo de su nueva espada, que sacó del maletero cuando nos dirigíamos hacia aquí, ellos en su coche y nosotras a pie junto a Dantalion. Es un arma tosca, como la de Hikari, una espada que debería estar en manos de sus discípulos y no de la maestra. Una pequeña parte de mí no puede evitar jactarse, y si no fuera por la gravedad de la situación ya le habría lanzado alguna pulla a Anabel.

—¿Es segura la casa? —pregunta Anabel.

—No hasta que os vayáis —respondo.

Para que los cazadores pudieran entrar en casa hemos tenido que desactivar los sigilos. Nadie se ha parado a intentar probar si expulsarían a la Hermandad o no; es obvio que lo hubieran hecho.

—Antes de empezar —comienza mamá—, necesito estar segura de que no cambiaréis de opinión durante la batalla. Lo más importante es vencer a los demonios y restaurar el equilibrio del Velo. ¿Está claro?

Anabel se cruza de brazos y piernas y se recuesta en el sillón orejero del que se ha apoderado como si la casa fuese suya. Hikari y Sazza están sentadas en los reposabrazos, mientras que Takedo nos vigila desde detrás del sillón. Mis hermanas y yo ocupamos el sofá grande, y mamá se ha sentado en una silla que hemos traído del comedor. Hemos mandado a Morgana a la cama, aunque Dios sabe que debe de estar poniendo la oreja en alguna parte. En las escaleras, probablemente.

—Transparente —farfulla Anabel—. Pero no puedo prometer nada más allá.

—O sea que, cuando termine la batalla, y en el improbable caso de que ganemos, tendremos que mataros —remata Circe—. Qué reconfortante.

Sazza suelta un bufido y Hikari le lanza una mirada de desdén.

—Podríamos alargar la tregua unos días si nos explicáis cómo habéis entrado en las cuevas desde el exterior —responde Takedo.

Mamá suelta un bufido.

—Siempre os ha podido la curiosidad científica.

—No hables como si nos conocieras, Úrsula —interviene Anabel.

—A ti quizás no, pero aún recuerdo a la Anabel compasiva que fuiste algún día. ¿Recuerdas? Esa a la que podía llamar amiga y que no planeaba mi asesinato y el de toda mi familia.

—Esa Anabel murió cuando Deirdre mató a mi madre.

—Deirdre actuó por su cuenta...

—¡Y, aun así, no nos la entregasteis!

Mamá se inclina hacia ella para fulminarla con la mirada.

—¿Y qué importa ahora? —estalla—. ¡Está muerta! ¡Al igual que el resto de mi familia!

—¡Basta! —interviene Priya con una voz tan autoritaria que hasta yo doy un respingo—. Parecéis niños pequeños. ¡Faddenfield está en peligro! Varios vecinos han muerto. Yo casi...

Entonces se detiene y su rostro, ahora de un color oscuro pero azulado, se pone lívido.

—¿El suero que robasteis era para ella? —pregunta entonces Anabel—. ¿Qué te ha ocurrido, niña? Tus ojos...

—Cuando pude darle el suero, la transformación ya estaba demasiado avanzada —explico, con un deje de rencor en mi voz—. Ahora Priya...

Pero no termino mi explicación, y Takedo se pellizca el labio.

—Interesante... —farfulla.

—Sea lo que sea lo que estás pensando, Takedo —interviene Dantalion, que lleva ya un rato examinando los libros de la estantería y sujeta en la mano un ejemplar de *El mercader de Venecia*—, olvídate de ello. Mi amiga no es un experimento.

Priya le lanza una mirada de agradecimiento.

Mi madre toma la palabra:

—Estaría bien que nos sugirieras un plan, demonio del Conocimiento, en vez de quedarte ahí parado asaltando mi estantería. ¿Acaso no conoces el futuro?

Dantalion le dedica una media sonrisa.

—Ya no —responde.

Su revelación hace que todos demos un pequeño salto en nuestros sitios.

—¿Cómo que no? —le grita Rhiannon—. Es lo único que has hecho hasta ahora: seguir el guion de tu maldito libro. ¿Y ahora que te unes a nosotras ya no sabes qué va a ocurrir?

—Desde la llegada de la niña y su madre, no —el demonio se encoge de hombros—. Hay ciertas partes que se me escapan. Antes de finalizar mi lectura, cuando Bael supo lo del... —entonces desvía su mirada hacia mí y su voz se vuelve rasposa—. Lo del Vínculo con una bruja..., ordenó que me apresaran. Pude desembarazarme de ellos durante el tiempo suficiente como para ver algunos fragmentos del final...

—¿Por eso quieres llevarte a mi hija al Infierno? —pregunta mi madre.

Él se limita a encogerse de hombros.

—Si queréis más detalles sobre eso, vais a tener que pactar conmigo.

Mis hermanas me dedican una mirada de reojo.

—Ember hablará contigo después —le dice mi madre—. Ella será nuestra portavoz.

Dantalion eleva una ceja, pero no opone resistencia. Colocando el libro en su sitio, nos da la espalda para coger otro. El *Ars Goetia*. Mientras lo hojea, una sonrisa imperceptible se dibuja en sus labios.

Supongo que a mí también me haría gracia tener en mis manos un libro que se escribió gracias a mis manipulaciones.

—Muy bien —dice Anabel—. Tampoco hay que darle muchas vueltas. El plan es sencillo: matar a Luiz. Teniendo a uno de los Setenta y Dos de Bael a nuestro lado, no puede ser complicado.

—¿Ese era tu plan? —se burla Dantalion—. Me parece que no estás teniendo en cuenta que Salazar no estará solo. Puede que sea más poderoso que cualquiera de vosotros, incluso que el mismísimo Rey del Infierno, pero, seamos sinceros, no puedo plantar cara a todo un ejército yo solo. No. Vuestra mejor baza es deshacer el pacto y cerrar las puertas entre ambas dimensiones, pero no necesariamente matando a Salazar.

Por primera vez desde que comenzó esta peculiar reunión me atrevo a decir algo:

—¿Por qué no?

Dante deja el libro en la estantería.

—Es demasiado difícil. Mirad a vuestro alrededor: somos lo único que se interpone entre la Tierra y el Infierno, y no somos muchos. No contamos con la fuerza ni con los números. —Sus palabras caen como un balde de agua fría sobre el resto. Priya se encoge sobre sí misma y Sazza gruñe algo por lo bajo. Dantalion sigue rebuscando entre los libros y hablando como si estuviera reflexionando en voz alta—. Lo que sí tenemos es una ventaja: el origen del pacto. —De pronto, saca otro libro y se encara conmigo—. Fierecilla..., ¿puedes

contarles a todos qué fue lo que pediste durante el Ritual, exactamente?

Le dedico una mirada de desaprobación. No me gusta que me llame así, y mucho menos delante de todos. Él ni siquiera se inmuta, así que cierro los ojos, intentando recordar.

—No fue un pacto escrito o hablado, sino intencional, como el Pacto Primitivo, y nunca nos sentamos a establecer las cláusulas, como sí hicieron Bael y Ahinoam.

Dantalion se cruza de brazos y, por un momento, siento que yo soy la alumna y él el profesor.

—De acuerdo, pero ¿cuál fue la intención?

—Recuperar a mi padre. Sacarlo del Infierno.

—Bien. Pues si conseguimos que tu padre regrese al Infierno y tú renuncias al pacto y a tener a tu padre aquí contigo, entonces el contrato, aunque sea intencional, quedará deshecho, ¿no te parece?

Rhiannon se lleva las manos a la cabeza.

—¿¡Así de simple!? —exclama—. Pensábamos que no era posible, que no bastaba con renunciar a él...

—No basta con renunciar a él —responde Dantalion con su voz calmada mientras devuelve otro libro a la estantería—. Por mucho que Ember renuncie, ningún portal mágico se lo va a tragar. Tenemos que conseguir que cruce al otro lado, en ese momento podremos renunciar. Eso significa que podemos limitar todos nuestros esfuerzos a enviarlo de vuelta hacia alguno de los portales que Salazar tendrá que abrir para dejar pasar a sus ejércitos.

—¿Te refieres a los engendros? —Priya traga saliva.

Dantalion tuerce la boca.

—Los engendros pertenecen solo a las huestes de Lord Barbas —explica—. Salazar creía que bastaría con ellos para ganar porque tenía la ventaja de la sorpresa. Sin embargo, os subestimó. No

consiguió matar a Circe, que era su objetivo, y cuando vino a por mí le hice comprender que tendría que seguir el camino que yo le había indicado para vencer. Ese camino comienza mañana al alba. Esta vez, dudo que traiga solo a las huestes de Barbas. Pondrá toda la carne en el asador.

La atmósfera del salón se hace tan pesada que apenas puedo respirar.

—¿¡Y por qué no nos habías dicho antes que Salazar atacará mañana!? —protesto.

Él se encoge de hombros.

—¿Veis ahora por qué deberíais haber pactado conmigo desde el principio? Todo hubiera resultado tan sencillo...

—Muy bien —interviene Priya escondiendo las manos en las axilas para disimular el temblor repentino que le ha provocado la mención de los engendros—. Si los engendros fueron solo el calentamiento y causaron tantos destrozos, ¿qué pasará cuando Salazar nos traiga un ejército entero? ¿Cómo lo empujaremos hacia un portal si no tenemos la fuerza suficiente como para hacerlo?

Mamá y Rhiannon intercambian una mirada. Rhiannon asiente imperceptiblemente.

—Hay una manera —dice mamá—. No estoy del todo segura, pero creo que podremos manipular los portales infernales.

Trago saliva mientras todo el mundo, incluido Dantalion, dirige la mirada hacia mi madre.

—¿Guarda algún tipo de relación con tu teletransportación y la de la niña dentro de las cuevas? —pregunta Anabel, inspeccionándola con la mirada.

Mamá carraspea, insegura de cómo seguir. Si en algo nos hemos puesto de acuerdo mientras veníamos hacia aquí, es en que es

mejor que nadie sepa nada sobre los nuevos poderes de Morgana. Por lo menos, no hasta que los comprendamos.

—Puede ser —responde—. Sin embargo, no podemos estar seguras de que funcione. Es un salto de fe, pero es todo lo que tenemos.

Mamá se levanta del sofá y toma el centro de la sala. Cojo aire, expectante.

—Anabel, ¿qué ha pasado con los vecinos desde lo que ocurrió con los engendros?

Anabel suspira.

—A la mañana siguiente bajamos a socorrerlos y los convencimos de regresar a sus casas, pero estaban histéricos y algunos fueron corriendo a por su coche e intentaron huir del pueblo. Cuando se dieron cuenta de que no podían, casi se vuelven locos. Varios de mis cazadores han llevado a los más ancianos a la capilla de la Iglesia, hemos montado ahí una especie de campamento. Con el resto de los vecinos no sé qué hacer, si la guerra comienza mañana, en sus casas no estarán seguros...

Mi madre asiente.

—Priya —dice, dirigiéndose a ella—. Esta guerra no es tuya, pero he de pedirte un gran favor. Quiero que te enfoques en poner a todo el mundo a salvo. Puede que la tarea te lleve toda la noche, pero...

—Dime lo que tengo que hacer —se presta ella.

—Ve de puerta en puerta. A los vecinos que tengan una barca, convéncelos para que se refugien en las cuevas y lleven allí a la mayor cantidad de gente posible. Algunos se negarán, la marea está picada y de noche es peligroso llegar hasta allí. Los que así lo prefieran, deben refugiarse en la iglesia, ¿entendido? Ve con ellos, pasa la noche en su compañía...

—Priya no podrá entrar en la iglesia —interviene Dantalion—. Ya no.

Priya parpadea, pero no dice nada.

—Entonces pasaré la noche cerca de ellos —propone—. Me aseguraré de que estén a salvo.

Mi madre asiente.

—En cuanto al resto, lucharemos en dos enclaves estratégicos. Nosotras, desde la casa junto al demonio. La Hermandad, desde el Magnolia. Y, en cuanto al pacto de Ember...

Mamá hace una pausa y nos repasa a todos con la mirada.

—... Yo misma me encargaré de enviar a mi exmarido de vuelta al Infierno.



Capítulo 61

Poco a poco, todos se retiran hasta que solo quedamos Priya, Dantalion y yo. Aprovechando que los acompaño a la puerta, activo de nuevo los sigilos.

—Tenemos que hablar —le digo a Dantalion—. Sobre el pacto.

Él asiente.

—¿Vas a pasar la noche en tu casa? —prosigo.

—Si es lo que deseas, me iré. Pero dado que yo no duermo y no tengo el poder de crear portales, lo inteligente sería que me quedara; Luiz no esperará a que venga a recogeros.

Asiento. Mis hermanas y yo hemos llegado a la misma conclusión. De hecho, nos hemos puesto de acuerdo en que es lo mejor... para nuestro plan.

—Puedes dorm... o sea, pasar tu trance en el sofá. Se puede convertir en cama.

Dantalion se ríe suavemente.

—Me basta con poder sentarme, no necesito una cama —responde—. Pero está bien. —Entonces desliza su mirada entre Priya

y yo, se acerca hasta ella y se inclina para darle un beso en la frente que ella recibe con una media sonrisa, mientras yo miro hacia otro lado, algo tensa—. Os dejaré a solas —dice, y se aleja a paso lento hacia el terraplén de detrás de la carretera.

Priya y yo nos quedamos solas, ella sorbiendo otro paquete de plasma que Dantalion había guardado en nuestra nevera y sobre el que ella se ha lanzado como un animal hambriento. Supongo que sus remilgos de la mañana no le han durado mucho.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

Priya me observa con sus ojos, antes azul pálido, que ahora son de un rojo desvaído, casi rosado.

—En mañana —responde—. En que me alegro de que mis padres estén en Verdejo y no tenga que preocuparme por ellos. En que aún no he tenido tiempo de procesar todo lo que está pasando.

—Siento no haberte dicho que era una bruja —murmuro.

Priya se encoge de hombros.

—¿De verdad lo sientes? Estuvimos un año y medio juntas. Pensaba que lo sabía todo de ti. —Entonces suspira—. Ahora me pregunto si fue real.

—Priya... —consigo hacer que me mire, aunque lo hace con reticencia—. Que no te dijera que era una bruja no significa que no fuera real. Sabes que lo fue.

Ella se encoge de hombros de nuevo. Esta discusión ya la hemos tenido antes, cuando yo me fui porque ya no veía un futuro juntas, cuando decidí ponerme a mí por delante y darle más importancia a mi carrera. Así que me preparo mentalmente para encajar su siguiente golpe.

—La forma en la que me dejaste también me hizo cuestionarme si lo fue, pero, en fin, de eso ya hace mucho tiempo.

Tuerzo el gesto, algo molesta.

—Sé que te hice sufrir, pero tú tampoco me lo pusiste fácil. ¿Sabes cómo me sentaba que te negaras a contarle lo nuestro a tus padres? —Ahí está, lo que llevo tiempo queriendo decir en voz alta —. Me apuesto lo que sea a que siguen sin saber que te gustan las mujeres.

Priya frunce el ceño y la boca, pero no dice nada.

Punto para mí.

—Perdona... —suspiro—. Perdona, eso es cosa tuya.

—¿Qué pasa entre Dante y tú? —suelta de repente.

La pregunta me pilla desprevenida, aunque no me sorprende. A través de los árboles que rodean la casa, oteo las luces cercanas de Faddenfield.

—No sé a qué te refieres —respondo.

Ella se cruza de brazos y me lanza una mirada de desaprobación.

—Oh, vamos, Em, no seas así. Conozco esa mirada; es la misma que tenías cuando conseguiste tu primer trabajo de corresponsal.

—Ah, ¿sí? —respondo divertida—. ¿Qué mirada?

Priya tuerce la boca, pensativa.

—Mmmm... —reflexiona mientras enrolla la bolsa, ya terminada—. Como si supieras que estás a punto de meterte en un lío muy gordo, pero te murieras de ganas de hacerlo igualmente. La recuerdo porque supe que lo nuestro había terminado la primera vez que la vi.

Suspiro lentamente y me acerco más a ella, hasta que nuestros hombros se tocan. Quiero apoyar la cabeza en el suyo, como hacía años atrás, pero sé que no debo hacerlo. Es extraño. Llevo tanto tiempo evitándola que pensaba que a su lado todo sería incómodo, como lo es con los desconocidos. Pero la confianza que tenía con ella sigue ahí, y solo ahora me doy cuenta de cuánto la he echado de menos. Cuando la dejé, Rhiannon me aconsejó que no perdiera el

contacto con ella, que no hiciera como siempre y quemase todos los puentes porque, al fin y al cabo, antes de ser mi novia fue mi amiga.

Pero yo no podía hacer eso, porque Priya siempre ha sido una tentación demasiado grande, y no me hubiera podido quedar en «amigas». Tenía que cortar por lo sano para que no nos hiciéramos daño.

Y ahora, ¿qué? Siempre he pensado que Priya no se conoce del todo a sí misma. Convertirse en una suerte de engendro, en una vampira, como hemos decidido llamarla, enturbiará su mente todavía más. Pero, joder, la echaba de menos, aunque solo sea como amiga.

—Vale, ¿quieres que sea sincera? —respondo, al fin—. Lo cierto es que no tengo ni idea de qué ocurre entre nosotros, Priya. Ya escuchaste a mi padre cuando se quitó la careta: está escrito en *El Interminable* y eso es... antinatural. Y, a la vez, ninguno de nosotros es capaz de escapar de ello, como si fuera un hechizo. Él me avisó desde el principio, dijo que era mentira, y creo que lo hizo para que me alejara de él. Lo único que tengo claro, Priya, es que ninguno de los dos quiere esto.

»Yo no quiero esto.

—Bueno —responde ella—, yo tampoco quería ser quien soy porque en mi cultura eso es antinatural. Y cuando por fin logré aceptarlo ni siquiera lo hice del todo... —Me mira de reojo, como pidiéndome una disculpa silenciosa.

Echo un poco de aire por la nariz.

—No seas tonta —respondo—, sabes que no es lo mismo. Estamos hablando de un demonio. Ellos no pueden amar.

Priya suspira.

—Entonces, ¿el cariño que siento hacia él también es antinatural? ¿Nuestra amistad ha sido una mentira?

Escojo mis siguientes palabras con cuidado.

—Los demonios no pueden sentir... cariño. La abuela siempre lo decía.

—No sé cómo serán el resto de los demonios —responde Priya—, pero él no es así.

Me muerdo el labio; no se me ocurre nada que decir. Al fin y al cabo, ella lo conoce más que yo.

—Dile al demonio una palabra de lo que acabamos de hablar y te chamusco el pelo —le advierto.

Priya sonríe, enseñando los dientes.

—Cuidado, Em, que ahora tengo colmillos...

Por primera vez en mucho tiempo, ambas compartimos una sonora carcajada. Sin embargo, cuando termina, ella recupera su aire pensativo.

—¿Crees que todo saldrá bien mañana?

—Escucha, Priya, si no quieres luchar...

—No creo que nadie quiera —me interrumpe—, pero es lo que hay que hacer, ¿no? Si no somos nosotros, nadie lo hará.

Reprimo el brillo del orgullo que sé que se está reflejando en mis ojos.

—Es cierto, pero tampoco te ha dado tiempo a descubrir de qué eres capaz. Vale, has roto unas cadenas como si fueran hilos de seda, pero el salto de ayer fue...

—¿Patético?

—Hum... Sí.

—Dante me ha aconsejado que aproveche las horas que quedan para practicar un poco. Que vaya de casa en casa corriendo para ver hasta qué punto ha mejorado mi resistencia o mi velocidad.

Me muerdo el labio y me giro hacia ella, hasta que estamos frente a frente.

—Ten mucho cuidado, ¿vale? —le pido, y me inclino un poco para abrazarla.

Cuando deshacemos el abrazo nos quedamos unos segundos mirándonos, hasta que se escuchan unos pasos.

—Bueno, ahora es mi turno de dejaros a solas —se despide Priya mientras me suelta, y yo esbozo una sonrisa algo turbada.

—Buena suerte —le digo.

—¿Interrumpo algo? —saluda el demonio, pero Priya le da un abrazo, niega con la cabeza y... echa a correr carretera abajo a tanta velocidad que, en un parpadeo, ya la he perdido de vista.

—Hum... —murmura el demonio—. ¿Recordando viejos sentimientos?

Me muerdo el labio inferior.

—¿Te molestaría si te digo que sí? —lo reto, con el sarcasmo tiñendo mi voz.

Dantalion se encoge de hombros.

—No eres mía, Ember. ¿Acaso debería molestarme? ¿Deseas que me ponga celoso? ¿O temes herir mis sentimientos?

—Yo no... —comienzo, pero no prosigo la frase. No sé por qué, pero siento un pequeño punto de culpabilidad que no debería estar ahí. Dantalion tiene razón. No soy suya, ni de nadie.

—Fierecilla, los celos no son propios de mi carácter —prosigue él, y por un momento su mano se acerca a la mía, casi sin querer, hasta que se da cuenta de lo que está haciendo y la retira con disimulo—. Además, no necesito ver el futuro para saber que a quien miras con anhelo es a mí.

Una ola de calor se extiende por mis mejillas hasta llegar a la nuca y, por un momento, me olvido de respirar. Siempre consigue dejarme fuera de juego con sus palabras, sacarme de mis casillas,

nublar mi juicio hasta que todas mis ganas de reírme de él, de reducirlo a cenizas, desaparecen y dan lugar a... ¿A qué?

—¿Con anhelo? —consigo vocalizar—. ¿Y cómo sabes que no es ese Vínculo que nos une?

Dantalion entra en casa, y mientras se aleja hacia el salón, dice:

—Puede que ahora sea el Vínculo, pero te aseguro, fierecilla, que si no existiera seguirías sin poder resistirte a mí.

Voy a protestar, a insultarlo por egocéntrico, pero sus alas ya están desapareciendo tras la puerta.

—Descansa, Ember Wytte. Te estaré esperando... Cuando decidas buscarme.



Capítulo 62

—A ver —dice mamá—, venid aquí.

Nos tumbamos en su cama, tamaño dos por dos, entrelazando las manos unas con otras. Tanta intimidad suele ponerme incómoda, pero hago de tripas corazón. Necesitaba esto. Necesitaba a mamá, a Morgana y a todas nosotras juntas. Ya ni siquiera recuerdo la última vez que estuvimos así. Juraría que nunca. Morgana, que por supuesto no estaba dormida, se abraza a Rhiannon y se aplasta contra su pecho.

—Siempre he encontrado la noche antes de la batalla como un momento que queda suspendido en el tiempo —dice mamá—. Mis madres tenían un ritual —cuando dice «mis madres», se refiere a Mari y a Janaina, la biológica y la adoptiva—, mamá hacía tila y Janaina repasaba estrategias de combate. Era la mezcla perfecta entre calma y tempestad.

—Echo de menos a papá —dice Circe.

—William nos está esperando. Mañana volveremos a verlo, solo tenemos que seguir el plan.

Durante unos segundos, ninguna habla, hasta que mamá decide romper la comodidad de nuestro silencio.

—Estoy orgullosa de vosotras —comienza—. Nunca os preparé para algo como esto. Janaina me advirtió de que no dejásemos de lado vuestra formación, pero yo no quise escucharla: quería que tuvierais una infancia; a diferencia de mí, a diferencia de mis hermanas. Pero habéis utilizado lo poco que os enseñamos como verdaderas brujas. —Al decir esto, se toma unos instantes para proseguir, porque la voz se le ha vuelto ronca. Entierro mi cara en la almohada, intentando yo también reprimir las lágrimas—. Las abuelas también estarían orgullosas de vosotras —concluye.

Miro hacia la pared amarilla, evitando los ojos de las demás.

—Todo va a salir bien —susurra Rhiannon, aunque su voz se rompe al final de la frase.

—Vaya, en el fondo lo crees —advierte Circe.

—¡Que no uses tus poderes con nosotras!

—¿Aún no habéis aprendido a bloquearla? —interviene mamá.

—No —responde Circe, y noto su mirada clavada en mi nuca—. Por eso supe que algo andaba mal cuando ocurrió lo de Erik.

Me seco una lágrima disimuladamente.

—Lo siento —respondo—. Intenté bloquearlo lo mejor que pude, no quería que tú cargaras con el peso de lo que estaba sintiendo.

—Sobre eso... —dice mi madre, cuidándose de no hablar más de la cuenta por Morgana—. No teníais alternativa. Lo sabéis, ¿verdad?

No respondo. No es solo Erik. También es Pepo, al que no salvé porque dejé que mi padre se metiera en mi cabeza, porque decidí que mi vida era más importante. Es el hecho de que, a veces, me olvido de tener remordimientos por todo lo que ha ocurrido. Es también la débil voz de mi cabeza que me dice que siga por este camino de oscuridad. Y, sobre todo, es lo segura que estoy de que

mataría a todo lo que se interpusiera en mi camino con tal de sobrevivir, porque, si ya lo he hecho, ¿qué me impide hacerlo otra vez?

Pero ya está decidido: seguiré adelante, y solo miraré atrás cuando todo esto haya acabado. Sé que solo así podré sostener el peso. Y cuando todo termine, no volveré a aislarme. Me quedaré con mi familia. Haré caso a Bab cuando me pida que me tome unas vacaciones. Y todo esto será cosa del pasado.

—¿Estás lista para enfrentarte a Dantalion? —me pregunta Rhiannon.

Me tomo unos segundos para organizar mis ideas, ya va siendo hora de aceptar la verdad.

—Tenías razón, Ri-Ri —comienzo—. Dantalion tiene una debilidad, pero no es solo la cura. También soy yo.

—¿Entonces, vas a hacer lo que te dijimos? —pregunta Circe.

Me muerdo la parte interior de la mejilla.

—¿Y si no funciona? —pregunto.

—Siempre podemos... —comienza mamá.

—No —la interrumpo—. No me refiero a eso. Me refiero a... —Dios, tengo que aceptar la verdad—. ¿Y si él también es mi debilidad? —digo con un hilo de voz—. Quiero decir, el Vínculo... Es demasiado fuerte.

Los ojos esmeralda de mi madre se clavan en los míos.

—Ten más confianza en ti misma, hija. Si ese demonio se ha convertido en tu debilidad, entonces recuerda cuál es tu mayor fortaleza.

Ladeo la cabeza, confusa.

—¿Mi mayor fortaleza? —pregunto.

Circe suelta una carcajada y me golpea en el hombro.

—¿Aún no sabes cuál es, tonta? —dice, con una luz expectante brillando en sus iris azules—. Somos nosotras.

* * *

Miro el reloj del móvil; son casi las 3.33 de la mañana, la hora del diablo. Bajo las escaleras con cuidado, intentando no matarme en medio de esta oscuridad, porque entre lo poco que he dormido y que no veo tres en un burro, lo que me falta sería lesionarme tropezando en un escalón.

A pesar de la poca luz, distingo la silueta de Dantalion sentado sobre el sillón de cuero, libro en mano. Ni siquiera levanta su mirada cuando entro al salón. Sus iris naranjas brillan como dos puestas de sol, emitiendo un suave resplandor que ilumina parte de su rostro y del libro.

—¿No enciendes la luz? —sugiero torpemente a modo de saludo sin poder ocultar el nerviosismo de mi voz.

—¿Para qué? Puedo ver en la oscuridad.

Cierra el libro con una sola mano y lo apoya en la mesita auxiliar. Después, se apoltrona en el sofá cuan largo y ancho es y me repasa con la mirada. Me cruzo de brazos, abrazándome a mí misma, pues algo en la manera en la que me observa hace que me sienta desnuda a pesar de la camiseta y el pantalón de pijama.

—Entonces —dice, como quien comenta que está lloviendo—, ¿actuarás de portavoz de tu familia?

—Sí —respondo con un nudo formándose en mi garganta cuando doy un paso hacia él—. Empecemos.

Pero el demonio alza una mano.

—Hay algo que llevo tiempo queriendo contarte —dice—, pero no sabía cómo hacerlo. Creo que ha llegado el momento.

Aprieto la mandíbula y doy otro paso hacia él, hasta que me sitúo justo enfrente del sillón. Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad y ahora puedo verlo mejor gracias a la suave luz de la luna que se filtra por la ventana.

— Ah, ¿sí? —respondo intrigada—. ¿Y por qué ahora?

—Mañana podría ser demasiado tarde.

El demonio se reclina hacia mí y alza una mano, observándome desde una posición más baja que la mía. Las dos estrellas que son sus ojos parecen suplicarme que, por una vez, le deje hacer. Sus dedos largos no llegan a rozarme, sino que quedan suspendidos en una invitación.

—Pensaba que no ibas a volver a tocarme —le espeto.

—Esto no es precisamente a lo que me refería.

—¿Qué es lo que pretendes?

—¿Podrías confiar en mí, solo una vez?

Con un suspiro de fastidio, entrelazo mi mano con la suya y él tira de mí hasta que quedo arrodillada entre sus piernas. Reprimo una exclamación. Ahora es él el que se alza sobre mí y me observa desde arriba. Su mano se cierra sobre la mía y su pulgar me acaricia el dorso con un movimiento circular. Todas las fibras de mi ser protestan cuando les recuerdo que debemos estar alerta, que no podemos bajar la guardia.

—¿Cómodo? —le pregunto.

—Mucho... —ronronea.

La sangre me arde dentro de la piel.

—¿Hay niños entre los vuestros? —digo, de repente.

—¿Cómo? —inquiere extrañado.

Me muerdo el labio inferior.

—Solo responde.

Dantalion ladea la cabeza, pero asiente sin dejar de acariciarme el dorso de la mano, y cada vez que noto su tacto sobre mí tengo que reprimir un temblor y las ganas de echar a correr...

Si lejos de él o hacia él, eso ya no lo sé.

—Sí, pero pocos —responde, al fin—. La inmortalidad tiene su precio; si nos reprodujéramos en exceso... bueno, te lo puedes imaginar: seríamos demasiados. No habría recursos para todos.

—¿Y los padres... quieren a sus hijos? ¿O los matan por ello?

—Con los padres somos un poco más permisivos... El instinto de protección es algo demasiado primitivo y no se puede eliminar. Pero cuando los niños crecen y tienen edad de entrenar pasan a ser criados por la comunidad... Y los padres deben desentenderse de ellos. Siempre hay una cierta relación, algo así como una jerarquía o un lazo entre padres e hijos, pero el amor, después de siglos, después de que el instinto de protección desaparezca... deja de existir. O, por lo menos, es lo que se espera.

—¿Cómo es ser un niño en el Infierno? ¿Aún viven tus padres?

Dantalion deja de acariciar mi mano.

—Es... es cruel, fierecilla. Y no, no están vivos. Los asesinaron.

Pestañeo.

—Lo siento —digo, y entre la penumbra distingo una sonrisa triste —. En serio.

—No hay amor en el Infierno.

—¿No hay amor, o no existe?

Dantalion sacude la cabeza.

—Si existe, se elimina.

—¿Por eso quisieron eliminarte a ti? ¿Por la remota posibilidad de que te enamorases de...?

De mí. Dios, decirlo en voz alta resultaría demasiado absurdo.

Él asiente.

—Deberías odiarme... —farfullo.

—Oh, créeme, durante mucho tiempo lo hice.

—Lady Seerie se enamoró de mi padre. ¿Por qué no la mataron a ella?

—El amor no se huele ni se ve, fierecilla. Lo ocultó lo mejor que pudo, igual que ocultó que amaba a su hijo, y hasta que Salazar la traicionó nadie pudo imaginarse... —Su mano se aprieta sobre la mía —. Lady Seerie era la diablesa más poderosa del Infierno, después de Bael. Cuando tienes el poder, nadie te presta tanta atención, y si bien ella era diferente... También podía ser infinitamente cruel. Mucho más que el propio Rey de los Demonios. ¿A qué vienen tantas preguntas, fierecilla?

—Necesito comprender, demonio.

—Muy bien —acepta—. Te haré una pregunta: ¿por qué no se permite el amor en el Infierno?

Sacudo la cabeza.

—No lo sé.

—Es normal; nosotros tampoco lo sabemos. Pero a mí me gusta saber, así que siempre me he hecho esa pregunta. ¿Por qué? ¿Por qué el amor es un pecado? Tengo muchas teorías. La principal es que es un mecanismo de defensa: resucitar a alguien es un acto de amor, pero también una cesión de la mitad de nuestro poder. Si nos enamorásemos de una criatura mortal, podríamos sentirnos tentados a darle la vida eterna... Y eso nos volvería débiles, y ya no seríamos la raza más poderosa.

Apoyo la barbilla en su muslo, pensativa.

—Mi otra teoría no la desarrollé hasta que vine a este mundo — Dantalion suspira y su mirada se dirige a un punto muy lejano de la habitación—. La inmortalidad es un don, pero también una carga. Vosotros, los humanos, tenéis vidas que apenas duran un suspiro y,

sin embargo, realmente *vivís*. Yo había *existido* en el Infierno, pero aquí comprendí lo que era experimentar la vida, que el tiempo se detuviera e importara de verdad; no por mí, no porque yo hiciera nada para lograrlo, sino porque conocí a personas que dieron sentido a mi existencia. Dicen que el hombre es la medida de todas las cosas, que aquello que no se ve no existe. Y uno no puede existir en soledad. El amor, fierecilla, es lo que nos hace sentir vivos. Y creo, aunque no estoy muy seguro, que el amor que descubrí en tu mundo me cambió de alguna manera. Por eso cultivo amistades como la de Priya.

Por un segundo, la envidia clava su aguijón en mí y me sorprendo a mí misma indignada; indignada porque un demonio haya llegado a una conclusión tan humana y que, sin embargo, a mí nunca se me haya pasado por la cabeza. Pestañeo, conteniendo una chispa de ternura que prefiero no avivar. Él continúa.

—No sé hasta qué punto eso me vuelve débil... A ojos de otros demonios, debo de ser una aberración. Y quizás, cuando regrese al Infierno, tenga que dejar todo eso de lado. Pero es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer para reclamar el trono y recuperar *El Interminable*.

—¿Por qué?

—Porque es mi deber —responde secamente.

—¿Para qué necesitas esa... cura? —prosigo.

Él respira hondo.

—Eso es parte de la explicación que te quiero dar. ¿Me escucharás ahora?

«Recuerda para qué estás aquí», me digo. No es para escuchar sus historias, es para negociar un pacto que nos beneficie a nosotras.

Y, para eso, necesito...

—¿Es eso lo que quieres hacer? —pregunto, poniendo mis manos sobre sus muslos y haciendo fuerza para acercarme un poco más a su rostro—. ¿Hablar?

Él esboza una sonrisa torcida que ya empiezo a identificar como suya.

—Tenerte arrodillada ante mí es tentador, fierecilla, pero no soy un animal salvaje, puedo controlarme. —Se ríe por lo bajo. Sus palabras me incendian y retrocedo, pero él no me deja: se adelanta hacia mí, hasta que nuestros rostros quedan a escasos centímetros —. Si quieres, después del pacto podemos jugar, pero primero debo contarte qué sucedió hace doscientos años.

La mención de esa cifra me pone alerta. Doscientos años...

—¿Estás hablando de Joann?

Dantalion asiente y mi corazón deja de latir por un segundo.

—Cuando nos vimos en el bar me preguntaste sobre ella... — Recuerdo entonces el artículo sobre su tesis que decoraba su mesa de oficina y una sombra de sospecha se cierne sobre mí y me hace alejarme un poco de él—. ¿Qué se supone que...?

—Hace doscientos años, conocí a Joann...

Intento levantarme, pero él aprieta las piernas y me agarra de las muñecas para detenerme, y quedo atrapada en un enredo de brazos y piernas. Ahora comprendo por qué insistió en ponerme así.

—Hace doscientos años, conocí a Joann —prosigue, con su cara a escasos centímetros de la mía. Intento revolverme, pero es imposible—. Tu antepasada tenía el poder de conocer sus vidas pasadas... y sus vidas futuras. Ella me invocó, porque quería protegerte. Intenté matarla, pero consiguió hacerse oír: me dijo que conocía mi plan, mis intenciones, y que sabía el nombre de la bruja a la que estaba destinado. Me dio donde más dolía, pues llevaba miles de años ansiando conocer tu nombre, fierecilla. Así que

hicimos un pacto y me habló de ti, Ember Wytte. Me dijo que tu camino podría torcerse hacia la oscuridad, y me hizo jurar que te protegería de la corrupción. Y yo accedí.

—¿La mataste? Tenías la oportunidad perfecta de eliminarme antes de conocerme siquiera.

—No la maté, Ember. ¿No lo entiendes? Joann eras tú, en otra vida. Y aunque el Vínculo no funcionaba con ella, porque no eras exactamente tú... Yo..., yo...

De mi garganta surge un sonido gutural parecido a un rugido.

—¿Tú qué? —grito—. ¿Tú qué? ¡Llevas años manipulándolo todo! ¡No puedo creer que también lo hicieras con mi antepasada!

El demonio suelta una carcajada y los pelos se me ponen de punta.

—¿Que yo la manipulé? ¡Ella me manipuló a mí!

—¿Haciéndote prometer que me protegerías?

—¡Haciendo que me enamorase de...!

Me detengo.

—¿Te enamoraste de ella?

Él aprieta la mandíbula y su nuez de Adán sube y baja. Siento punzadas de dolor en el pecho. ¿Por qué?

—Algo así —acepta.

El aire abandona mis pulmones.

—¿Qué quieres decir con «algo así»? —siseo.

Dantalion sacude la cabeza... y procede a ignorar mi pregunta.

—Y por eso necesito la cura... —prosigue, como si hablara para sí mismo. Sus manos siguen apretándome las muñecas a pesar de que me he detenido—. Es mi forma de cumplir la promesa que le hice... La promesa que... —De nuevo, se queda sin palabras—. La cura puede salvarte de la corrupción, si así lo decides.

Me tiemblan las manos. No consigo pensar con claridad.

—Si te enamoraste de ella, ¿por qué la dejaste morir en las cuevas?

Dantalion cierra los ojos.

—Eso ocurrió cuando yo estaba lejos, luchando contra Lord Barbas... Pasé dos mil años escondido, pero de vez en cuando un demonio encontraba una pista de mí, la seguía... Y esa vez fue especialmente virulenta. Estuve a punto de morir. Cuando pude escaparme, acudí a la llamada de Joann lo más rápido que pude, pero ella ya había muerto. Yo la había puesto sobre aviso, pues había leído su futuro, y se suponía que iba a huir de Faddenfield, pero mientras escapaba con su familia algo ocurrió... Algo que hizo que cambiara de opinión, que volviera atrás. Supongo que Terrance Flores la capturó en ese momento. Llevo siglos buscando la razón de la muerte de Joan... Nunca he conseguido encontrarla.

Sus ojos están clavados en los míos y abre la boca como si quisiera añadir algo más, pero luego sacude la cabeza y desvía la mirada.

—Esa es mi verdad, fierecilla. Deseaba decírtela... Por si mañana todo sale mal. Merecías saberla. Y yo merecía dejar de ser el único que la sabe.

—¿Por qué siento que aún me estás ocultando algo?

—Si te suelto ahora —pregunta él—, ¿huirás de mí?

Trago saliva. Sí. No. No lo sé.

—¿Aún la amas?

Me muerdo el labio insegura. Dantalion piensa unos segundos antes de contestar. Un rayo de luna se cuela por la ventana que está a espaldas del sillón, iluminando parcialmente la estancia y permitiéndome observar mejor su rostro. Su mirada no ha dejado de atravesarme, a pesar de que a mí me resulta casi doloroso

sostenérsela; y no sé si es porque es la mirada de aquello que me han enseñado a temer o porque me parece absurdamente bella.

—Has venido a negociar el pacto, ¿verdad? Negociemos, pues.

El nudo que tenía en la garganta se hace tan grande que me cuesta tragar y el corazón se me ralentiza.

—Muy bien... —susurro—. Hay una cláusula que queremos repasar...

Pero no continúo hablando porque, lentamente, él me suelta las muñecas, y cuando bajo las manos, Dantalion desliza los dedos sobre mi brazo y los posa sobre mi cintura. Los bordes de mi visión se vuelven borrosos y una niebla más espesa que la del amarre se instala en mi cerebro. Le acaricio la mejilla, sintiendo el tacto de su barba de varios días, áspera. Él apoya su cara aún más contra mi mano y sus dientes juguetean con la piel entre mi índice y mi pulgar. Reprimo otro escalofrío.

—Fierecilla, yo... sé que has venido a provocarme —murmura, y a mí se me para el corazón—. Hay ciertos fragmentos del futuro que se me escapan, especialmente ahora que nos acercamos al desenlace. Sé qué cláusula quieres negociar, y no es posible. Has de venir conmigo al Infierno.

Hago fuerza para tragar el nudo de mi garganta. Muy bien, si no es por las buenas...

—Dijiste que no me tocarías hasta que te lo suplicase, ¿a qué te referías, entonces?

Él alza una ceja.

—¿A qué crees que me refería?

Asiento. Muy bien.

—Tócame —le pido—, ya.

Sus manos recorren mi espalda hasta posarse en mi cintura. Casi sin esfuerzo, me sube encima de él, con ambas piernas rodeando

sus caderas. Deposito una mano en su pecho, justo en el lugar donde las cintas que lo envuelven dejan entrever sus clavículas y parte de la piel, y este sube, firme, como si quisiera encontrarse con el tacto de mis dedos. Cuando vuelve a bajar me doy cuenta de que su corazón está latiendo casi con tanta rapidez como el mío.

Durante un instante, el cuerpo de Dantalion se pone rígido. Después, sus manos se colocan en mi cintura de nuevo, posando sus dedos justo debajo del lugar donde empiezan mis pechos. Todo pensamiento se desvanece en el aire.

—Tiemblas. ¿Es de miedo?

—No.

—¿De placer?

—No...

Una chispa de electricidad me recorre la mente, de sien a sien.

—Creía que ya habías descubierto que a mí no se me puede mentir.

Creo que voy a morir.

—Sí —admito.

Un gemido se escapa de entre sus labios.

—Muy bien, fierecilla —gruñe—, ¿hay alguna otra cosa que quieras negociar?

—¿Nos ayudarás a vencer a mi padre y dejarás la Tierra tranquila si consigues tu trono?

—Si me ayudas a conseguir mi trono.

—¿Cómo...?

Su rostro se hunde en mi pelo y ahogo una exclamación cuando sus dientes muerden mi cuello. Primero despacio; después clavándose en mí como si quisiera devorarme. Dantalion me tiene agarrada de la nuca y la cadera, tirando de mí hacia él. Por un instante, cierro los ojos, rindiéndome a los estallidos de calor y

chispas que provocan sus labios sobre mi piel. Poco a poco, su lengua recorre mi clavícula hasta acercarse peligrosamente a mi boca. Antes de que me bese, inclino la cabeza hacia abajo, evitando sus labios, a pesar de que resistirme se convierte en una tarea casi dolorosa.

—Deja que te bese —me pide entre jadeos que ya no sé si son suyos o míos—. No sabes cuánto tiempo llevo esperando esto.

Todo arde. Deslizo mis labios cerca de los suyos mientras busco, a tientas, con la mano que había dejado sobre su pecho, hasta que encuentro lo que estaba buscando. Mi cuerpo protesta como si fuera una maquinaria demasiado tozuda para arrancar.

Pero tengo que hacerlo. Por mi familia. Por mí misma.

—¿Dante?

Él emite un suave gruñido, su respiración me acaricia las mejillas.

—¿Sí, fierecilla?

—Lo siento —con un movimiento brusco, me aparto de él, temblando, y el frío que me envuelve me hace soltar un gemido.

—¿Por qué? —me pregunta, aún inmóvil en el sillón.

Retrocedo hasta el punto central del salón.

—¿Por qué lo sientes, Ember? —insiste ante mi falta de respuesta. Y entonces, se toca el cuello, buscando la cadena a tientas, y lo comprende.

Le muestro el pequeño tubo, que ahora cuelga de la palma de mi mano por la fina cadena de plata rota.

—No te muevas, o lo reviento contra el suelo —le advierto—. Tú y yo vamos a revisar la cláusula del Infierno.

Dantalion se pasa una mano por la cara, frotándose la barba. Sus ojos son dos brasas incandescentes que me observan desde el sillón.

—Estás cometiendo un error, bruja —me advierte en un tono amenazador.

—No —niego yo—. El error lo has cometido tú al bajar la guardia.

—Ese vial... —dice con la respiración entrecortada—. Es para ti. Te lo he dicho, es tu salvación.

—Aún no me he corrompido —contesto—. Y no es mi plan seguir usando la energía de la Fuente. No lo necesito, demonio, pero si tanto lo quieres, entonces revisemos los términos del pacto.

El demonio da un paso hacia mí y, como respuesta, prendo una bola de fuego sobre la mano que tengo libre, acercándola a la cura que, al parecer, tanto le obsesionaba, y que resulta que era para mí.

—Muy bien... —gruñe él. A sus espaldas, su cola se menea de un lado a otro, dando latigazos sobre el suelo—. Muy bien, pero aparta esa llama.

Extingo la luz de mi palma y me guardo el vial en el bolsillo trasero del pantalón.

—Pactaremos contigo... —comienzo—, pero no aceptaré ir al Infierno.

—Hum... —murmura él.

Ni siquiera me da tiempo a pestañear. Cuando me doy cuenta, estoy con la espalda contra la estantería, con sus dedos apretando la piel de mi cuello y los libros cayendo hacia el suelo en cascada. El demonio tantea mi espalda con la mano que le queda libre, pero yo me aprieto contra la estantería todo lo que puedo, evitando que llegue hasta el vial.

—Siempre tan salvaje —gruñe, buscando mis ojos, pero yo desvío la mirada—. Ahora no me rehúyas. ¡Mírame!

Distingo, por el tono de la voz y por cómo alza la mano que antes buscaba el vial, que está intentando darme una orden. Sin embargo, no funciona. Circe está con mi madre y mis hermanas esperando en el bosque, lejos del área energética de Dantalion.

—Lo teníais planeado —comprende el demonio entonces.

Suelto una fría carcajada.

—Pica, ¿verdad? Confiar en alguien y que luego te traicione.

El rostro de Dantalion se pone lívido.

—¿Por qué no confías en mí, bruja? ¿Acaso no he sido sincero contigo? ¿Aún sigues sin fiarte de mí?

Asiento, a pesar de que su mano aprieta cada vez más mi cuello. Dantalion chasquea la lengua.

—Dioses, bruja. ¿Es lo que deseas? ¿Ser mi enemiga, cuando hace un segundo estabas jadeando encima de mí?

Me remuevo ante sus palabras, intentando arañarlo en un remolino de uñas y dientes, pero es inútil.

—¿Quieres jugar, Ember? Muy bien. Pero que no se diga que no lo intenté por las buenas.

Y, con esas palabras, el demonio del Conocimiento levanta un remolino de fuego que nos envuelve a los dos.



Capítulo 63

Al principio todo arde. Después recuerdo que el fuego es mi elemento, y abro los ojos. Sin necesidad de extraer la energía de lo que me rodea, de mí misma o de la Fuente, arrebato al demonio su dominio sobre el fuego, y lo lanzo contra él.

El torrente ígneo se lo lleva por delante, alejándolo de mí y estampándolo contra la mesa del comedor.

Rhiannon tenía razón. Recuerdo sus palabras, las mismas que dijo en las cuevas, cuando planeamos todo esto.

«Mi teoría es que Dantalion solo puede utilizar los poderes de aquellos que tiene cerca. La única que puede enfrentarse a él eres tú: ya hemos visto lo que puede hacer con los poderes de Circe, y no quiero imaginar qué podría hacer con los míos. El fuego no podrá dañarte, y cuando él lo cree, podrás manipularlo sin gastar energía».

Me toco el bolsillo trasero, asegurándome de que el vial sigue ahí, intacto. Está claro que Dantalion no aceptará mis condiciones por las buenas.

Así que será por las malas.

El salón se ilumina de rojo y amarillo. Esquivo una bola de fuego agachándome, y esta se estrella contra la estantería. Las llamas se extinguen enseguida, probablemente gracias a los sigilos. Dantalion se levanta al otro lado del salón con sus alas extendidas como dos velas de barco, sus ojos ardiendo como dos brasas que aún no se han extinguido y, cuando me lanza la segunda bola de fuego, yo ruedo por el suelo hasta topar con lo que busco: la alfombra. La aparto con un gesto brusco.

—*¡Daemonium eice de domo mea!* —recito.

Cuando Dantalion se abalanza sobre mí, los sigilos atienden al salmo y lo expulsan con un sonoro chasquido, enviándolo hacia la ventana de mi izquierda. Trozos de cristales vuelan en todas las direcciones. Me levanto con toda la rapidez que me permiten mis piernas, rebuscando en los cajones del mueble del salón.

—¿Qué es lo que pretendes, Ember? —grita Dantalion desde fuera.

Dispongo todo tal y como hemos planeado. Con el corazón en un puño, recito de nuevo el hechizo, solo que esta vez es el que desactiva las protecciones.

Ni siquiera hace falta que advierta al demonio de que ya puede pasar. Como una flecha, se abalanza sobre mí desde la ventana. Caemos al suelo, rodamos, y él termina encima, con ambas piernas aprisionando mis caderas.

—¿Qué pretendías? —pregunta, con sus ojos ahora escarlata buscándome con desesperación.

—Ser más lista que tú —respondo con una sonrisa.

Alza la mano y en ella aparece la empuñadura de su espada, la misma que los Magnolia han portado durante generaciones.

Mierda.

—Espera —le pido, cubriéndome con los brazos—. Espera, por favor.

Los ojos de Dantalion brillan como dos ascuas, iluminando de escarlata la habitación en penumbra.

—En realidad —responde—, llevo esperando demasiado tiempo.

Dantalion alza la hoja. Mis ojos se clavan en los suyos, por un momento con una súplica, y después con un desafío. Que lo haga. Que me mate. Juro que mi espíritu lo perseguirá hasta el fin de los tiempos; juro que terminaré vengándome.

El arma se cierne sobre mí, directa a mi corazón. Cierro los ojos.

No puede acabar así. No cuando aún sigo furiosa; no cuando he vivido toda mi vida furiosa.

Escucho el filo de la espada cortar el aire. Después, no ocurre nada.

Dantalion cae y siento sus manos golpear el suelo a ambos lados de mi cara.

—No puedo —exclama, y cuando abro los ojos puedo ver la desesperación pintada en su rostro.

Mi corazón vuelve a latir. Jadeo, pero no puedo moverme con él encima de mí.

—¿No puedes? —Me río, no sé por qué.

Dantalion clava su mirada en la mía, y en sus pupilas dilatadas, enmarcadas por un iris que de nuevo es naranja, percibo miedo.

Miedo.

—No, bruja, no puedo. Y lo sabes —su voz suena furiosa y avergonzada, como la de un perro arrepentido.

Me apoyo sobre los codos para levantarme ligeramente, pero él no se aparta. Nuestros rostros quedan uno frente al otro, apenas a unos centímetros.

Será imbécil.

—No me extraña que en el Infierno te consideren traidor —digo, y cada una de mis palabras es pura ponzoña—. ¿De verdad no puedes matarme? Eres una vergüenza para tu raza.

Él aprieta la mandíbula, pero no se separa de mí.

Acerco mi boca a la suya.

—¿Qué te pasa, demonio? —mis labios rozan los suyos cuando digo la última palabra—. ¿Es el Vínculo, o es que sientes algo por mí?

Él cierra los ojos y gime, y ese gemido me atraviesa como una descarga eléctrica.

—Deja que te bese —dice.

El aire abandona mis pulmones.

—¿Por qué? —Es lo único que se me ocurre decir, y sale como un titubeo.

—Para demostrarme a mí mismo que no eres para tanto.

La ira me inunda con la fuerza de un torrente. ¿Que no soy para tanto? Recorro los escasos milímetros que nos separan y lo beso, porque yo sí estoy convencida de que él no es para tanto.

Tardo aproximadamente un segundo en darme cuenta de que he cometido el mayor error de mi vida.

Me separo de él con brusquedad, como si sus labios quemasen. Nos miramos, y su rostro refleja la misma perplejidad que el mío. Después, Dante se inclina con desesperación y me devuelve el beso, y todo se va a la mierda.

—Hum —gruñe, y yo abro los labios y acepto mi destino.

Me agarra de la cintura, tirando de mí hasta que me quedo sentada, y luego, casi sin esfuerzo, me alza y me pone de rodillas. Sus labios recorren los míos con una fuerza que me abrasa las entrañas, casi como si estuviera bebiendo de mí. Gimo, y él responde mordiéndome el labio inferior. Enredo mis dedos entre las

ondas de su pelo hasta llegar al lugar en el que nacen sus cuernos. El tacto es suave, y duro. Él emite un sonido gutural y me aprieta la cintura con ambas manos. Me acerca hacia él hasta que no existe un centímetro de su cuerpo que no roce el mío. Noto su piel a través de la tela de mi camiseta, justo en el pecho.

—Por la Diosa... —murmura él entre dientes—. ¿Qué estamos hac...?

Me invade un calor que amenaza con derretirme mientras me cuelgo de sus cuernos y le obligo a hundir su boca dentro de la mía.

—Cállate —le suplico.

Su lengua empieza a jugar entre mis labios, y el suspiro que me provoca es casi un lamento.

Tendría que haberme matado en cuanto me vio.

Separo un poco mis labios de los suyos.

—Esto no es amor —jadeo—. No te confundas.

—Lo sé. Cállate. —Trago saliva—. Más —exige, inclinándose hacia mí.

El peso de sus palabras hace que me tambalee. Titubeo, intentando aferrarme a algo que me ayude, que me haga salir de aquí, pero no lo encuentro.

—Tendrías que haberme matado —murmuro entre besos—. Si sabías que yo era tu traición, tendrías que haberme eliminado la noche que me conociste.

—Ember... —susurra mi nombre con tanto cuidado que se me para el corazón. Sus manos se deslizan por mi cintura—. Yo ya estaba perdido antes de conocerte siquiera.

—Dijiste que era una mentira...

Mis palabras hacen que el demonio se detenga, y durante un segundo me arrepiento de haberlas dicho. Su rostro parece haberse

paralizado en una mueca de tristeza, pero, después, por un momento, veo un brillo de esperanza en sus ojos.

—¿Acaso esto no te parece real? —susurra.

Inclino la cabeza y la hundo en su pecho. Él no se mueve, pero sus alas me cubren como un manto, volviéndolo todo negro. Lo rodeo con mis brazos y cierro los ojos.

Durante unos instantes, solo escucho el latido de nuestros corazones. Sus brazos siguen tendidos a ambos lados de su cuerpo, inmóviles. Sus plumas me acarician el cuello.

—Sí eres para tanto —murmura, su aliento acariciándome la oreja.

A pesar de la oscuridad en la que me ha envuelto, consigo ubicar sus ojos por su brillo anaranjado. Cometo el mismo error por tercera vez, y aunque al principio se resiste, termina cediendo. Me besa, y cuando me pego a él y aprieto mi estómago contra su bajo vientre, encuentro justo lo que estoy buscando, la prueba de que, efectivamente, sí soy para tanto. Deslizo mi mano hacia allí y él emite un suave gruñido cerca de mi oreja que hace que se me pongan los pelos de punta.

—¿Estás segura? —gruñe.

—Sí.

La descarga eléctrica que siento siempre que le miento no llega, lo cual quiere decir que sí, que estoy segura, que quiero que me arranque la ropa y me tome aquí mismo. Y Dantalion lo comprende, y es lo único que necesita para agarrarme de la cintura, tumbarme en el suelo y tenderse sobre mí. El peso de su cuerpo sobre el mío, la visión de su pecho fuerte, sus enormes brazos apretándome, sus alas extendidas a ambos lados...

Dios, es demasiado. Y cuando me besa...

—Hum —murmura mientras enreda su lengua con la mía.

La mente se me nubla y de nuevo el calor abrasador se extiende desde mi barriga hasta mi pecho. Los sentidos se me embotan; la realidad se funde y se vuelve lechosa y tan espesa como la miel. Sin poder evitarlo, se me escapa un suspiro. Dante me agarra otra vez de la cintura, me aprieta, gruñe y me arranca la camiseta con tanta fuerza que la parte en dos y, como respuesta, le desabrocho las correas del pecho, una por una, hasta que su torso duro y marcado se revela ante mí. Lo empujo suavemente y, aunque protesta, accede a hacerse a un lado y tumbarse conmigo encima.

Tengo que recordarme a mí misma que debo respirar. Debajo de mí yace la criatura más hermosa que he visto jamás, y cuando nuestras miradas se cruzan, dudo de todo lo que soy, comprendiendo por primera vez que estoy recorriendo un camino que juré no pisar.

Y, a pesar de que quiero quedarme aquí, aunque solo sea unos segundos más, ruedo por el suelo, agarro uno de los cuarzos y lo coloco, con un sonoro golpe, en una de las cinco puntas de estrella que mis hermanas dibujaron para crear la Jaula de Priya.

El pentagrama, en cuyo centro se hallaba Dantalion sin saberlo, se activa con una luz dorada, iluminando nuestros rostros.

El de él, descompuesto en una mueca de incredulidad.

El mío, una perfecta máscara de hielo.



Capítulo 64

Apoyo mis manos sobre el suelo, agacho la cabeza y jadeo.

Cuando reúno las fuerzas suficientes para mirarlo a la cara, ya no veo a Dante. En su lugar está Dantalion, el demonio del Conocimiento, y su mirada escarlata me atraviesa hasta dejarme fría.

—Eres la digna hija de tu padre —dice, y después me agarra de los hombros, estirando el plasma de la Jaula, y tira de mí hacia él.

La Jaula se activa, enviando cinco rayos de energía hacia su cuerpo, que lo atraviesan de parte a parte. Sin embargo, Dantalion no me suelta. A través del velo de la Jaula me envuelve con sus brazos, y por un momento maldigo haber bajado la guardia, haberme quedado demasiado cerca.

Contra todo pronóstico, Dantalion me besa.

Nuestros labios no llegan a juntarse, una fina película transparente nos separa, como si nos estuviésemos besando a través de un cristal, y lo mismo ocurre en los lugares por los que me tiene agarrada. Las lágrimas ruedan por mis mejillas mientras me

dejo hacer, deseando que este momento no termine nunca y, a la vez, que pase, que me deje, que me haga daño o me odie o me grite, porque entonces, por lo menos, tendré algo a lo que aferrarme para alejar este vacío que se ha instalado en mi pecho.

Dantalion me suelta con la misma brusquedad con la que me ha agarrado. Caigo sobre mis codos, boca arriba, mientras él sigue de rodillas, observándome. La Jaula regresa a su tamaño natural y los rayos de energía cesan. Hilos de sangre brotan de su nariz, orejas y ojos, cayendo por su pecho desnudo hasta el suelo como brazos de lava ardiente. Tiembla, pero no sé si es de dolor, de ira, de impotencia o una mezcla de los tres.

—¿Estás loco? —le grito—. ¡La Jaula podría haberte matado!

Y, por lo que puedo ver, ha estado a punto de hacerlo. Dante no responde, solo emite un leve quejido y se apoya en el suelo, con sus manos cerrándose en puños y su pecho bajando y subiendo como si le costara respirar.

—No puedo arriesgar la vida de mi familia —intento explicarle. Mi voz suena demasiado agarrotada y me doy cuenta de que yo también estoy temblando—. Modifica esa cláusula del pacto, y cuando todo esto haya acabado te devolveré la cura, o me la quedaré y la tomaré si es necesario. Podrás regresar al Infierno y hacer lo que querías, pero sin mí.

—No.

—Modifica la cláusula, o romperé el vial aquí mismo.

El silencio que se instala entre nosotros es tan frío que tengo que abrazarme a mí misma para dejar de temblar.

—Es para ti. —Su tono de voz denota que se está conteniendo—. Ese vial es para ti. Debería dejar que lo aplastases contra el suelo y que te pudrieras en el Infierno, bruja. No sé por qué me esfuerzo por hacer cosas por alguien que ni siquiera las valora.

—Hiciste un pacto con Joann, demonio, no te hagas la víctima.

Dantalion se limpia la sangre de la nariz con el dorso de la mano y me atraviesa con la mirada. Una mirada cargada de furia.

—¿Qué es lo que quieres modificar? —concede, por fin, él.

Trago saliva.

—Nos ayudarás a vencer a mi padre. Nos mantendrás con vida. Pero renunciarás a tu otro plan. No me llevarás al Infierno. Cuando lo venzamos, te devolveré la cura, o me la quedaré, o lo que tu prefieras. Si te niegas, simplemente la romperé. Después volverás al Infierno y recuperarás tu libro y tu trono. Solo.

—Siempre he sabido de lo que eras capaz. —Su voz es gutural, fría... salvaje—. Dos veces me has engañado, ¿te sientes orgullosa?

—Dantalion, por favor...

—No. No pronuncies mi nombre. Los nombres tienen peso en mi mundo, y tú no comprendes el valor de la palabra. ¿Es que en tu familia no entendéis el valor sagrado de un pacto?

—¡Modifícalo! —le ordeno.

Dantalion se mira las manos, teñidas de rojo. Farfulla algo que no logro entender, no sé si por mi media sordera o porque lo ha dicho demasiado bajo.

Entonces me mira.

—Muy bien, bruja, si eso es lo que deseas... Entonces tomaremos tu camino. Renuncio a llevarte al Infierno, pero si la cura sufre algún daño, nuestro pacto volverá a sus antiguas condiciones: tendrás que venir conmigo. Y te prometo, bruja, que no será un viaje agradable.

—Entonces —digo—, acepto el pacto.

—Yo también —gruñe él.

Exhalo todo el aire que había retenido en mis pulmones. Alzo mi cabeza y lo miro a los ojos escarlatas. Doy un respingo. Toda su humanidad parece haber desaparecido, como ayer en la playa, y sé

que, de nuevo, soy la culpable. ¿Qué le ocurre cuando sus ojos se vuelven rojos? ¿Es este el destino que le espera? Recuerdo las palabras que le dijo Priya esta mañana, algo sobre convertirse en un ser sin conciencia, incapaz de sentir amor.

Amor.

Lo que me ha confesado sobre Joann me provoca una mezcla de sentimientos que no conozco ni quiero analizar, especialmente porque intuyo en ellos un aguijón demasiado amargo.

—La última página de *El Interminable* está a punto de cumplirse —murmura Dantalion—. ¿Quieres saber lo que vi? —Ni siquiera me da tiempo a contestar—. A ti, Ember. A ti, alzándote en las sombras, con una corona de sangre. Y yo estaré a tus pies, y tu padre estará a tus pies, así como Joann, y el Infierno renacerá ante tu crueldad, Ember Wytte. Ese es el camino que elegirás si continúas así, si pones en peligro la cura.

Retrocedo ante sus palabras mientras me cuelgo el vial del cuello.

—¿Ha sido todo una mentira? —pregunta.

Me levanto. Tengo que llamar a mamá, decirle que lo he conseguido, que he modificado la cláusula, que he modificado el pacto y he capturado al demonio. Que lo he hecho por ellas.

A pesar de todo.

—Mañana, antes de que mi padre ataque, te sacaré de ahí.

—¡Responde, maldita seas! —insiste Dantalion desde su Jaula.

Mi mirada se clava en la suya.

—Eres el fundador de la Hermandad de Cazadores —escupo cada palabra como un dardo envenenado—. Por tu culpa, murieron miles de brujas. Mis antepasadas. Incluso Joann. Has estado jugando con los hilos del destino, manipulándolos para cumplir con tu objetivo, para tener el control sobre mí.

Apenas puedo respirar, y me doy cuenta de que el ritmo al que sube y baja su pecho tampoco es normal, pero no puedo parar ahora, porque tengo que convencerlo a él tan bien como a mí misma. Sus ojos se pasean por mi torso y yo me lo abrazo para taparme mejor.

—Eres despreciable. Un monstruo. Si no es una mentira, al menos será el final.

—Realmente te disgusto —no es una pregunta, es una afirmación.

Doy un paso atrás y aprieto la mandíbula, obligándome a no contestar, a ignorar la expresión de culpa que atraviesa su rostro. Él no me pide una respuesta.

Y es mejor así, porque al demonio del Conocimiento no se le puede mentir.



Capítulo 65

Estoy tumbada sobre mi cama, ya vestida, con una camiseta de manga larga de licra, pantalones vaqueros ajustados y unas botas de cuero negro con suela gruesa. Apenas he podido descansar; saber que él está un piso por debajo de mí, enjaulado y furioso, me ha atormentado mucho más de lo que me gustaría admitir. A mi lado, mi hermana termina de ajustarse el cuello del jersey. Morgana, Circe y mamá han dormido juntas arriba. Rhiannon y yo hemos preferido pasar la última noche, antes del fin del mundo, como cuando éramos pequeñas, charlando hasta que el sueño nos ha vencido.

Aún no hay luz. Creo que, al menos, he dormido unas pocas horas. Dantalion nos dijo que Luiz atacaría al alba, pero hemos decidido que era mejor no esperar para prepararnos. Enciendo la lámpara de la mesilla de noche y agarro el móvil, que rompe la penumbra con un haz de luz blanca. Son las siete y veinte de la mañana, en una hora amanecerá.

—¿Estás bien? —me pregunta Rhiannon.

Sacudo la cabeza. Mi primer instinto es mentir, pero después recuerdo la promesa que le hice a mi madre.

—No.

—Hiciste lo que tenías que hacer.

—Lo sé.

Todavía siento sus manos en mi cuerpo, su barba rascando mis labios, sus dientes marcando mi piel. Respiro hondo. Nunca había perdido el control así... con nadie. Y la forma en la que me miró cuando comprendió lo que le había hecho...

No. No puedo pensar en esto ahora.

Y, sin embargo, no he dejado de darle vueltas a lo que me contó sobre Joann, sobre la promesa que le hizo y sobre la cura, pero una voz en mi cabeza me pide..., no, me ruega, que no haga caso. Que no escuche. Que aún no es el momento de saber.

He atrapado al demonio, he sido más lista que él. No se puede cambiar el pasado. Lo único que importa ahora es que mi familia sobreviva. El corazón se me encoge y reprimo las ganas de gritar. ¿Y si les ocurre algo? No puedo ser tan ingenua como para pensar que todo irá bien; las guerras no son así.

¿Y los demás?

Priya, Hikari, este maldito pueblo...

Incluso Dantalion.

Dije que no me importaban, que los vería arder si con eso recuperaba a mi padre. Ahora lo único que deseo es verlo arder a él. Acabar con todo esto. Poder dormir en paz, y que vengan las pesadillas, pero que vengan cuando estemos a salvo. ¿Cuál es el precio que tengo que pagar para que ellos sobrevivan?

Mi móvil, que había dejado sobre mi regazo, empieza a vibrar. Distraída, miro la pantalla.

«Bab Editora».

¿Bab? ¿Llamándome desde el exterior?

Imposible.

Rhiannon se inclina sobre su cama para ver mejor al notar mi sorpresa. Ambas intercambiamos una mirada de incredulidad.

—No existen las casualidades —dice ella.

Pulso el botón verde.

—¿Bab? —Quizás siga soñando. Quizás este sea uno de los sueños de Morgana en los que todo parece demasiado real.

—No, Ember, soy papá.

Me levanto en un suspiro, con el corazón en un puño y agarrando el teléfono con tanta fuerza que podría estrujarlo y convertirlo en un trozo de metal inservible. Rhiannon da un respingo y me interroga con la mirada.

—Luiz... —susurro, y es suficiente para que mi hermana se levante y se siente en mi cama—. ¿Cómo has...?

—Soy tu padre, Ember, no me llames por mi nombre.

Rhiannon, pálida, me hace una seña, y yo pongo el teléfono en altavoz para que escuchemos las dos. Inclina la cabeza hacia mí y uno de sus rizos color caramelo me acaricia el puente de la nariz.

—¿Mi padre? ¿Te refieres al que asesinó a su propio hermano? —contraataco, ganando tiempo hasta que Rhiannon se acomoda junto a mí—. ¿O el que se ha convertido en el Rey del maldito Infierno?

—Basta, hija. Lo único que quiero es hablar. Rhiannon está contigo, ¿verdad?

Rhiannon asiente y forma una palabra con la boca: *sí*.

—Sí —repito.

—Bien. Quiero que lo escuche. Tú y yo no somos tan distintos, Ember —comienza. Aprieto el puño, dispuesta a interrumpirlo, pero Rhiannon me pone una mano sobre el hombro y niega con la cabeza —. Si estuvieras en mi lugar, hubieras hecho lo mismo.

¿Cómo se atreve? Estoy harta de que asuma que soy capaz de cometer sus mismas atrocidades. ¿Acaso eso es lo que doy a entender? ¿Que no tengo corazón?

Sí. Quizás sea eso.

—Cállate —le espeto—. Mamá nos ha contado lo que ocurrió. Pactaste con Lady Seerie... Y estabas dispuesto a matarnos para conseguir tu objetivo.

Al otro lado de la línea, todo queda en silencio.

—¿Úrsula está aquí? —pregunta con asombro.

—No cambies de tema.

—Entonces, la más pequeña también ha cruzado... —farfulla, y yo me muerdo la lengua.

—¿Algo más que añadir? —digo.

Su voz vuelve a sonar por el auricular.

—Úrsula y mi madre se habrían vuelto contra mí, como hizo Roberto... —Su tono suena menos seguro, más avergonzado—. Pero vosotras erais unas niñas. No os habría matado, Ember. Os habría protegido de ella, y cuando Seerie me hubiera concedido el poder, la habría eliminado por vosotras.

—¿Ese era tu plan? ¿Matar a toda nuestra familia y ocultárnoslo?

—¿Acaso vuestra madre no os ocultó la verdad? ¿Ya os ha dicho que fue ella quien terminó con mi vida?

Por un segundo, me planteo estrellar el teléfono en la pared, pero él prosigue.

—Todo lo que he hecho, lo he hecho por una causa superior a mí.

»Cuando desperté tras la batalla contra Bael y Lady Seerie me contó lo que había ocurrido, que ella me había dado su sangre para resucitarme y que el Velo entre los mundos había sido restablecido, sentí que mi vida había acabado. Que todo lo que había hecho había sido para nada. Y me dolió, porque entonces la muerte de Roberto,

la muerte de la familia de Úrsula... habían sido en vano. No soy un monstruo, hijas, sé que todo eso estuvo mal. Pero tenía un fin. Mi causa era mayor que yo mismo y que todos nosotros. Si todo había salido mal... Yo ya no merecía vivir, no tenía perdón.

»Y entonces Seerie me confesó que ahora la mitad de su poder era mío, que había matado a todos los demonios que habían presenciado mi muerte y que debíamos ocultar lo que ella había hecho o la juzgarían por ello. Cuando llegamos a la Fortaleza y ella anunció que Bael había fracasado, que había estado a punto de morir a manos de una bruja pero que yo lo había matado antes, los Lores me miraron... con cierta admiración. Nombraron a Seerie reina, y ella terminó tomándome como su consorte. Durante mis primeros años en la Ciudad Roja, me convertí en uno de los soldados de la Reina y luché en las huestes de Lord Barbas en varias incursiones a otros mundos. Me gané la confianza de aquel que imparte justicia en el Infierno y de muchos de sus súbditos. Y, mientras tanto... ella, sentada en su trono, apenas aprovechaba su poder. Los demonios murmuraban que no era digna de gobernar, por muy poderosa que fuera; no le interesaba conquistar otros mundos, y algunas de sus políticas se consideraron demasiado... justas. Así que supe lo que tenía que hacer: reclamar el poder... para mí.

Por un momento, el otro lado de la línea queda en silencio.

—Al principio creí que el Infierno era un castigo por todo lo que había hecho, pero después descubrí que, en realidad, el destino me había conducido hasta allí por algo, que mi muerte y mi resurrección tenían un propósito. Mi antiguo objetivo se había quedado muy corto: lograr la igualdad ante las brujas y utilizar la magia para hacer un mundo mejor no era suficiente. Pues en el Infierno descubrí la historia de *El Interminable*, aquella que habla sobre todos los mundos; su pasado, su presente, su futuro... Y su final.

Recuerdo la conversación que tuvimos aquel día en el porche, pero no digo nada. ¿Cómo pude ser tan imbécil? ¿Cómo no vi las intenciones ocultas detrás de todo aquel discurso de igualdad?

Mientras tanto, él sigue hablando:

—Encontré *El Interminable* en lo más profundo de la Fortaleza de Bael, el lugar que llaman el Núcleo. Ese libro me susurraba algo, una y otra vez, con voz de mujer, y me había atraído hacia él. Sin embargo, no podía leerlo; sus páginas estaban en blanco para mí. Le pregunté a Lord Barbas sobre las profecías de *El Interminable*... Y hubo una que me llamó la atención, la misma que te conté aquella noche, Ember: que nuestro mundo, de no ser conquistado por los demonios, estaba destinado a perecer... en manos del propio ser humano. Del progreso.

Rhiannon se muerde el labio y me mira preocupada.

—Me di cuenta entonces de que si quería salvar a la Tierra no podía quedarme de brazos cruzados. El tiempo había pasado y yo me había ganado la confianza ciega de Lord Barbas. Muchos de los Lores me conocían como el Asesino de Bael, el título honorífico que me habían dado. Y, sin embargo, nadie sabía que dentro de mí latía parte del poder de la Reina, que yo era incluso más poderoso de lo que todos pensaban. No había llegado tan lejos para conseguir un poder que no podía utilizar. Era el momento de jugar mis cartas.

Reprimo un gruñido.

—Le contaste lo de tu resurrección.

—No solo eso —confiesa él—. Cuando le dije la verdad a Lord Barbas y él vio que el amor de Seerie no era correspondido, y que ella aun así lo aceptaba, su admiración por mí creció. Había logrado engañar a una diablesa para que me regalase la mitad de su poder... La había dejado en una posición vulnerable. Si ella moría, yo podría reclamar su poder, su dominio, y tomar el lugar de la Primera de

Bael. Lord Barbas me explicó el proceso: si aceptaba el poder y mi transformación funcionaba, me convertiría en el demonio más fuerte del Infierno, justo lo que la Ciudad Roja necesitaba. ¿Y qué mejor candidato que aquel que había asesinado a su Rey?

La imagen fugaz de sus alas deformes y sus cuernos demasiado pequeños pasa por mi mente. ¿Eso fue lo que le ocurrió? ¿Así se transformó en demonio?

—Lady Seerie fue apresada y ejecutada en ese mismo instante; su crimen era irrefutable. Acepté su dominio y pasé por mi transformación... de manera exitosa. Cuando comprobamos cuál era el alcance de mi poder, Lord Barbas apoyó mi reclamación del trono. Tuvimos que enfrentarnos a ciertas facciones disidentes, pero nuestra victoria fue abrumadora. Me alcé con el trono del Infierno, y bajo mi mando la Ciudad Roja y los nueve anillos han prosperado, pero mi objetivo no es quedarme allí. Oh, no. Los demonios no me despiertan simpatía ninguna, solo son peones en mi tablero de ajedrez.

»Lo que pretendo, hijas, es tomar el control de la Tierra para cambiar su destino. El Infierno es el centro del Universo, la dimensión más longeva que ha existido nunca. ¿Por qué creéis que es eso? ¿Por qué los demonios conquistan otras dimensiones? ¿Os lo habéis preguntado alguna vez?

Trago saliva. Ya he escuchado esta pregunta antes; en boca de Dantalion.

—Ellos ya no lo recuerdan —prosigue Salazar—. No saben de dónde proviene el poder de la Fuente, solo saben que al conquistar otros mundos están comprando más tiempo para sobrevivir, pues la energía de las dimensiones que extinguen es el combustible del Infierno; aquello que alimenta a la Fuente de su poder. Creo que puedo recrear eso mismo en la Tierra: crear otra Fuente inagotable

de energía que la salve de sí misma, que contrarreste el mal que la humanidad ya no puede revertir. Es la solución perfecta, ¿lo comprendéis ahora?

»Yo solo pretendo salvar a la humanidad.

No.

—No puedes crear un Infierno en la Tierra. No puedes usar la energía corrupta de la Fuente para...

Él me interrumpe.

—Hace siete años no podía imaginar que me convertiría en el Rey de los Demonios —replica—. No hay límites para lo que yo puedo hacer.

Rhiannon y yo nos levantamos de la cama. Dejo que el móvil resbale por mi oreja hacia el suelo. Sin embargo, la voz de mi padre sigue sonando con una claridad meridiana.

—Lo único que necesito para evitar el destino de nuestro mundo es atravesar la niebla. Tomar la Tierra; cambiarla por el Infierno. Y lo que os pido a cambio es una vida, solo una vida para salvar millones.

—La vida de nuestra hermana —escupo.

—La olvidaréis —su voz es una súplica.

—¿Por qué nos cuentas todo esto? —exclama Rhiannon—. ¿Qué es lo que pretendes?

—Quiero que estéis conmigo, Rhiannon. Quiero recuperar a mis hijas.

—Si ese es tu motivo, Lord Barbas ya debería haberte matado. No intentes comprarnos con amor barato.

Por un segundo, no responde.

—El amor no es lo que une a una familia —dice, al fin—. Yo os traje al mundo. Me pertenecéis, Ember. Mi madre, Roberto, Úrsula... Ellos se rebelaron contra mí. ¡Pero no mis hijas! ¡Nunca mis hijas!

Hijo. De. Puta.

—¡No somos tu posesión! —grita Rhiannon.

—Os estoy ofreciendo una salvación, ¿no lo veis? Está a punto de amanecer y el ataque es inminente. Si no os unís a mí, moriréis. Puedo haceros olvidar a vuestras hermanas, a vuestra madre, vuestro pasado. Puedo alterar vuestra historia, hacer que seáis felices a mi lado. ¿No es lo que siempre has querido, Ember? ¿Que regresara de entre los muertos? ¿Que volviéramos a ser una familia? Puedo darte exactamente eso. Llenaré el vacío que dejé con recuerdos bonitos, para las dos. Estaremos juntos, vosotras y yo, y esta vez con todo el poder del Infierno de nuestro lado. Decid que sí ahora mismo, y lo haré todo rápido y fácil.

»Negaos y... no tendré más remedio que acabar con vuestras vidas. Y, creedme, es lo último que deseo.

Realmente cree que no tenemos alternativa. Que si nos enfrentamos a él, moriremos. La abuela solía decir que el peor error que puede cometer un general es subestimar a su enemigo.

Y mi padre no solo nos ha subestimado... Cree conocernos, cuando, en realidad, no ha estado prestando atención.

Suelto aire por la nariz, emitiendo una risa débil que, poco a poco, se convierte en una carcajada. Rhiannon se seca las lágrimas y me observa, pero sus ojos muestran la misma determinación que los míos. Ya me conoce lo suficiente como para saber que no he enloquecido.

Solo me he hartado.

Alzo la mano y le acaricio la mejilla, y ella me sonríe y me la agarra, apretándola con fuerza.

—Hazlo, Ember —me dice.

Cuando hablo, mi voz suena yerma, carente de emoción, como un campo baldío.

—No has estado atento, ¿verdad? —digo, y él intenta interrumpirme, pero yo no le dejo. Estoy harta de su condescendencia—. En el fondo, todos tienen razón cuando dicen que me parezco a ti, quizás mucho más de lo que desearía. ¿Acaso no me escuchaste decir que jamás pondría al mundo por delante de aquellos que quiero? Por mí, la humanidad puede irse al Infierno... con tal de que mis hermanas sobrevivan.

—Ember... —comienza él.

No. No quiero escuchar ni una sola palabra más.

—Y, sobre tu segunda oferta, «papá»... —Lágrimas cálidas y saladas ruedan por mis mejillas, alimentadas por una ira que arde en lo más profundo de mis entrañas—. Yo ya tengo una familia. Y tú hace tiempo que dejaste de formar parte de ella.

Aprieto el botón rojo y tiro el móvil contra la pared, estrellándolo, tal y como llevo deseando hacer desde hace un buen rato. Rhiannon me quita un mechón de pelo de delante de la cara.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? —me dice.

Sonrío, y es una sonrisa triste, pero también sincera.

—Por supuesto que me quieres, soy genial.

Rhiannon pone los ojos en blanco.

—No te mataría decir «te quiero» por una vez.

Después sigue hablando. «Tenemos que ir a buscarlas», la oigo decir, pero un intenso ruido me impide escucharla. Una especie de zumbido, como el vuelo de un mosquito, que culmina en un gran estruendo, una explosión que me entumece los sentidos y que parece el crujir de una montaña al partirse.

Por un momento creo que es mi sordera, que ha empeorado, pero entonces todo se ilumina de violeta.

La ventana de nuestro cuarto se rompe en mil pedazos, los vidrios se esparcen como esquirlas de hielo.

—¿Rhiannon? —la llamo, pero mi voz queda ahogada por un retumbar que lo inunda todo.

Lo siguiente que sé es que nuestra habitación tiembla y el techo se parte en dos.

Rhiannon me agarra de la mano y me empuja hacia la salida antes de que un bloque de piedra me aplaste. Las explosiones no cesan. Veo a mis hermanas pequeñas y a mi madre bajando por las escaleras hacia nuestra planta al mismo tiempo que nosotras nos dirigimos al primer escalón. Intentamos llegar hasta ellas, pero los temblores hacen que caminar sea imposible. Caigo de bruces y al respirar inhalo una nube de polvo que me provoca un ataque de tos. Aún luchando por una bocanada de aire, abro los ojos a tiempo de esquivar el canto de un cuadro que cae sobre mí, y gateo hacia las escaleras, ignorando los cortes que me estoy haciendo en las manos y rodillas con los cristales que han quedado desperdigados por el pasillo.

—¡No os paréis! —grita mi madre.

Pero no consigo llegar al primer escalón. Antes de hacerlo, el suelo se hunde bajo mis pies. Mi familia cae conmigo.



Capítulo 66

—Tendrías que haber confiado en mí.

Lucho por una bocanada de aire mientras la nube de polvo y escombros amenaza con tapar el hueco de mi garganta. Un ala de plumas oscuras oculta mi visión y, cuando me giro hacia mi izquierda, sus ojos de ámbar me devuelven una mirada fría. A su lado, protegida por su otra ala, está Rhiannon, cubierta de gris. Alzo una mano temblorosa por la que resbalan finos arroyos de sangre y le acaricio la mejilla, dejando un rastro escarlata sobre su marcado pómulo. Él la retira despacio.

—Ha empezado —dice—. Procura no morir, Ember Wytte.

Después, Dantalion se incorpora y alza el vuelo hacia unas nubes cargadas de tormenta.

Me levanto a duras penas, con el corazón en un puño, y cuando observo lo que hay a mi alrededor un bloque de hielo se instala en mi pecho. La casa está destrozada. Apenas queda una pared en pie: Rhiannon y yo yacemos sobre un lecho de ruinas. Como si se burlara de mí, uno de los cuarzos de la Jaula de Dantalion rueda por el suelo

hasta topar con mi pie. Me imagino que, con el temblor, los cuarzos se han movido... Y, en vez de escapar y dejarnos a nuestra suerte como castigo por lo que hice, Dantalion nos ha salvado.

¿Por qué?

—¿Dónde están? —grita Rhiannon, a medio camino entre la conciencia y la inconsciencia—. ¿Dónde están?

La ayudo a levantarse, y cuando consigue ponerse en pie emite un alarido de dolor y se lleva la mano al costado, donde tiene clavada una astilla del tamaño de un lápiz. Se la arranca, reprimiendo un alarido, y de su piel surge disparado un chorro de sangre que provoca que la bilis se me suba a la garganta. Intento ayudarla, pero la visión se me nubla al ver el líquido correr por su piel. Con una mano temblorosa, utiliza sus poderes para cerrar la herida. Permito que el viento frío del amanecer me acaricie la cara para despejarme un poco.

Reprimiendo el vómito, busco a las demás.

—¡Circe! —grito, llamándolas—. ¡Morgana!

—¡Aquí! —responde la voz de mi madre.

Rhiannon y yo corremos hacia el lugar de donde procede la voz, unos metros más adelante, bajo los escombros. De rodillas, apartamos tejas grisáceas, maderas astilladas, trozos de muebles, de pared... Las lágrimas que ruedan por mis mejillas limpian el polvo de mi visión. Después de lo que siento como los segundos más angustiosos de mi vida, los ojos de Morgana aparecen tras una tabla de madera, dos esferas de color verde que brillan en medio de la oscuridad.

—¿Morgana?

—¡Sacadnos de aquí! —grita Circe.

Escarbamos entre las ruinas hasta que nos sangran las uñas. Mamá, Circe y Morgana están ahí, de pie, perfectamente intactas...

rodeadas por lo que solo puedo definir como una esfera de color dorado que las ha aislado del derrumbe. Los ojos de Morgana se apagan, recuperando su color grisáceo, y se tambalea hasta que mamá la agarra para que no se caiga. Las ayudamos a salir del hueco que se ha formado a su alrededor.

—¿También puedes crear barreras de energía? —pregunta Rhiannon—. ¿Qué se supone que está pasando contigo?

Morgana se muerde el labio.

—Creo que no lo he hecho yo... —murmura, pero cuando observa el estado en el que ha quedado todo, se lleva ambas manos a la boca.

—¡Nuestra casa...! —exclama.

—Lo importante es que estamos bien —intento calmarla, pero sé perfectamente que esto es demasiado para una niña—. ¿A qué te referí...?

—¿Alguna está herida? —me interrumpe Rhiannon, repasando el rostro de Morgana de arriba abajo.

Las tres niegan con la cabeza, aún perplejas, aún sin poder creer lo que acaba de ocurrir.

Lo cierto es que están intactas, al contrario que Rhiannon y yo, que estamos cubiertas de polvo y sangre. Me examino, pero afortunadamente solo tengo rasguños en manos, rodillas y brazos. Nada que no pueda solucionar mi hermana cuando las cosas se calmen. «Dantalion os ha salvado», resuena una voz en mi mente. Entonces me palpo el pecho, alarmada, y me doy cuenta de que el vial ha desaparecido.

«Mierda».

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta mamá—. ¿Ha sido Luiz?

—Sí —responde Rhiannon. No sé cómo es capaz de mantener la cabeza fría en medio de todo esto, yo siento que estoy a punto de

desmayarme—, ha llamado a Ember para saber si aceptaba su oferta. Cuando le ha dicho que no... —Hace un aspaviento, señalando todo lo que nos rodea—. ¿Qué se supone que era eso? ¿El poder de Salazar?

Yo asiento lentamente.

—Los pilares de energía que utilizó contra Dantalion ayer...

De repente, el cielo se ilumina de púrpura otra vez, como si fuera un espectáculo de fuegos artificiales, y de varios lugares situados en el firmamento surgen flechas de energía que se precipitan hacia la tierra como pilares sobrenaturales.

—¡Dios mío! —exclama Circe.

El zumbido que las acompaña es idéntico al que escuchamos antes. Nos tapamos los oídos mientras todo tiembla y, cuando los pilares caen sobre el pueblo, las explosiones, aunque lejanas, retumban como truenos en la tormenta. Horrorizada, me fuerzo a mirar, a descubrir dónde han impactado, y corro hacia el terraplén acompañada de las demás.

—No puede ser —la voz de mi madre me llega desde lejos, como si estuviera embotada.

La iglesia y el Magnolia. Los dos puntos desprenden humo y fuego.

—¡Dios mío! —chilla mi madre.

Los vecinos que no pudieron ir a las cuevas... Priya... La Hermandad... Nuestros gritos se confunden con un alboroto que comienza a despertar en Faddenfield justo cuando el primer rayo de sol despunta en el horizonte, iluminando un pueblo que acaba de convertirse en un verdadero infierno.

Un infierno provocado por mí. ¿Qué nos ha hecho pensar que estábamos preparadas, que podríamos con todo esto? ¿Cómo vamos a sobrevivir?

—¿Úrsula? —dice una voz a nuestras espaldas, una voz que hace que cada poro de mi piel se ponga en alerta.

No quiero girarme. No quiero enfrentarme a él, y sin embargo lo hago porque, aunque quiera huir, no tengo a dónde; porque, aunque quiera salvarme, no puedo dejar atrás a mi familia. Y ellas lucharán. Al contrario de lo que me pide mi instinto ahora, ellas lucharán, porque es lo correcto, porque salvar a los despojados es su obligación.

Así que me enfrento a él, al padre que debía protegernos, pero nos ha traicionado. Y cuando lo hago, me digo a mí misma que ya no debo llamarlo padre; prometí que reduciría su cuerpo a cenizas, y no pienso dejar que nada me distraiga de mi juramento.

Ha llegado la hora de corregir mi error. Mandaré a Luiz Salazar de vuelta al Infierno... O moriré en el intento.



Capítulo 67

La primera vez no tuve tiempo de fijarme en los detalles. Esta vez me permito tomar una verdadera fotografía mental para comprender que el hombre al que salvé no era, en realidad, un hombre.

Sus ojos, los mismos ojos negros que he heredado y que un día estuvieron llenos de determinación, rezuman una fría calma, la misma que precede a la tempestad. Como la otra vez, ya no tienen pupilas, son todo iris; un campo negro sobre un rostro moreno, marcado por cicatrices y unas líneas de tinta azul oscuro, como tatuajes tribales que brotan hasta alcanzar sus pómulos hundidos. Las alas mecánicas forjadas en bronce que recubren sus alas carentes de plumas, que son todo cartílago y demasiado pequeñas para volar sin ayuda, son testigo de que su transformación, a pesar de lo que él diga, no fue del todo un éxito. Lo único que denota un último resquicio de humanidad es la falta de cola y el hecho de que su estatura y envergadura no han aumentado. Ha cambiado la ropa prestada de William por una túnica similar a la de Dantalion, con el mismo chaleco hecho de cintas, y unas botas de metal. En el pecho,

tras la tela púrpura, se adivina el trazo de lo que, deduzco, es el sigilo del olvido: un reloj de arena vacío que reposa en horizontal, como si el tiempo se hubiera detenido, como si los recuerdos se hubieran escapado de la carcasa de la memoria.

—Luiz... —responde mi madre, con el odio rezumando en cada una de sus palabras. Odio y algo más, algo que podría ser miedo o, quizás, pena—. ¿En qué te has convertido?

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —la ignora él.

—Somos brujas —responde mamá—, hacemos posible lo imposible. ¿Recuerdas?

Salazar no responde. En su lugar, desvía su mirada hacia Morgana.

—La hermana más pequeña... —gruñe.

Después, alza una mano, y a su alrededor y por todas partes aparecen miles de portales a través los cuáles se pueden percibir una ciudad de altos edificios y una luna roja.

Trago saliva cuando me doy cuenta de que tras ellos aguarda un ejército de demonios.

—Os daré una última oportunidad —nos advierte Salazar—. Dadme a la niña. Podéis acabar con esto, aquí y ahora.

Dantalion dijo que Salazar iría a por Morgana, pues así es como lo vio vencer.

También dijo que nuestra alianza era la clave para evitar que eso ocurriera. Aun así, que Salazar esté tan próximo a su destino, y que este dependa de la vida de mi hermana...

—Vete a la m... —comienzo, pero Morgana pone una mano sobre mí.

—No.

Da un paso hacia él. Intento agarrarla en un acto reflejo, pero de ella surge una luz cegadora que lo envuelve todo y me obliga a

apartarme y taparme los ojos entre gemidos.

—No le harás daño —responde, con su dulce voz convertida en un sonido gutural cuyo origen no comprendo—, no vencerás hoy. ¡Ahora!

—¡Duerme! —grita Circe, pero yo sigo con los ojos cerrados y no puedo ver.

Hay una explosión dorada que me ciega aún más, convirtiendo mi visión en un campo de puntos distorsionados.

Cuando la luz desaparece y el mundo recupera su nitidez, lo primero que veo es que el cuerpo dormido de mi hermana está flotando en el aire, envuelto por un campo de energía dorado que emite pulsaciones mágicas.

Lo segundo es que los portales han desaparecido.

Salazar, que también se había quedado temporalmente ciego, se da cuenta al mismo tiempo que nosotras. Con una mueca de incredulidad, vuelve a chasquear los dedos, pero una luz intensa surge del cuerpo de mi hermana y el portal recién abierto se vuelve a cerrar de inmediato.

—Teníamos razón —murmura mi madre. Su espada maldita tiembla en su mano—. Morgana puede manipular los portales de los demonios cuando está dormida.

Salazar emite un rugido gutural, y mis hermanas y yo nos agazapamos, listas para luchar, al mismo tiempo que un relámpago estalla en el cielo y las primeras gotas de lluvia empiezan a caer.

—Atravesar aquello que la protege... —farfulla el Rey de los Demonios entre dientes, mientras el brillo dorado de la barrera en la que se ha refugiado Morgana se refleja en el negro de sus ojos sin fondo.

Ahora sabe lo que tiene que hacer. Y nosotras también.

El Rey de los Demonios invoca a su espada maldita y abre las alas, dispuesto a cumplir con el destino que *El Interminable* guarda para él. El mismo que ninguna de nosotras está dispuesta a concederle.

La primera en atacar es mamá.

Antes de que el Rey de los Demonios despegue, le lanza una estocada diestra, directa a la garganta, que él no se esfuerza en detener. Con una rapidez inhumana, se inclina hacia un lado lo suficiente como para que el filo de la espada le pase rozando.

La lluvia cae despacio, dibujando hilos de plata, como un telar. Es una llovizna débil, no apagará mi llama. Invoco al fuego, enviando un muro ígneo desde mi posición hacia donde está Salazar. Impacta sobre él, haciéndole perder el equilibro.

Mis hermanas ya están allí. Circe emite una orden que lo deja paralizado y los ojos de Rhiannon se encienden, provocando que el cuello de Salazar se hinche. Mamá salta sobre él, dispuesta a cortar...

No va a ser tan sencillo.

Tres columnas púrpuras parten el cielo y caen sobre ella y mis hermanas, que apenas tienen tiempo de echarse al suelo.

Salazar se libera de la orden de Circe y sacude los brazos. A cada movimiento, un pilar cae sobre nosotras. Corro hacia él, pero las columnas me impiden avanzar. Caigo y tengo que gatear durante unos segundos en los que solo veo luz violeta, y solo escucho el retumbar de las columnas de energía estrellándose contra el suelo a escasos centímetros de mi cuerpo.

Consigo levantarme, mi respiración está tan agitada que apenas puedo dominarla y un sabor metálico se propaga por mi lengua y mi garganta. Cuando intento invocar otra bola de fuego uno de los pilares impacta sobre mí.

El golpe es seco. Duro. Como caer de espaldas sobre el cemento firme. El aire abandona mis pulmones, la realidad se vuelve blanca. Mi mejilla golpea el suelo embarrado y escucho un chasquido.

Intento levantarme, pero el dolor me arranca un gemido. No sé si es el mundo el que tiembla o son solo mis sesos revolviéndose dentro de mi cabeza.

—¡Levántate, Ember, viene a por mí!

Tumbada en el barro, giro mi cabeza hacia la voz. Ante mí está Morgana. Pero también está arriba, flotando, enviado olas de energía que bloquean los portales hacia el Infierno. Me tiende la mano para que me levante, y yo intento cogérsela, pero solo siento el aire y la atravieso como si de un fantasma se tratara.

Retiro la mano como si hubiera tocado un hierro candente.

—No sé qué está pasando... —se excusa ella.

¿Cómo puede estar en dos lugares al mismo tiempo? La cabeza me da vueltas y siento que voy a vomitar. Solo quiero tumbarme...

—¡Reacciona, Ember! —me grita.

Alzo mi mirada al cielo y lo veo: Salazar está intentando clavar su espada en la barrera que protege a Morgana. El filo de su hoja apenas logra arañar la superficie, pero la simple visión de la amenaza es suficiente como para que ignore el dolor y me ponga de rodillas.

De cada una de mis palmas surge un torrente de fuego. Estallo una contra la otra con todas mis fuerzas, enviando un misil ardiente hacia él que explota justo en su cabeza y lo envía de regreso a la tierra. Cae unos metros más adelante, encima de los escombros de la casa, provocando que una columna de cenizas y polvo salga despedida.

Me levanto del todo. Circe y Rhiannon también están tiradas sobre la tierra mojada, ambas son el epicentro de un cráter lunar

formado por el impacto de las columnas. El cuerpo astral de Morgana ya está intentando que ambas se pongan de pie.

Doy un paso, ligeramente mareada. Salazar lucha ahora contra mi madre en un baile de destellos dorados y plateados que mis ojos apenas alcanzan a seguir.

—¿Cómo? —Rhiannon intenta ponerse en pie sobre los cascotes en ruinas—, Morgana, ¿cómo...?

Morgana señala la batalla que se está desarrollando delante de nuestras narices.

—Luego —dice, y es suficiente para que reaccionemos de una vez.

—Circe, haz que pare —le indica Rhiannon.

—¡Detente! —El sigilo de la obediencia brilla en la palma de su mano mientras intenta dar la orden.

No ocurre nada.

—¡Detente! —De nuevo, nada pasa. Circe se mira las manos temblorosas—. Necesito recuperar energía... —se lamenta.

A duras penas me pongo de pie, ignorando el dolor que me producen las pequeñas astillas que tengo clavadas en diferentes partes de mi cuerpo. La lluvia me golpea la cara con cada ráfaga de aire. Un rayo atraviesa el cielo, iluminándolo todo. Cada vez que mamá y Salazar entrechocan sus espadas, el bosque y la casa se iluminan, y la luz y el fragor se confunden con los relámpagos y los truenos.

—Bien —dice Rhiannon, con chispas escarlatas saliendo de sus ojos—. Tenemos que acabar con esto ya. Morgana, ¿puedes abrir un portal hacia el Infierno?

—Sí —responde ella—. Puedo abrirlos y cerrarlos a voluntad.

—Entonces quédate aquí, a salvo, y déjanos el resto a nosotras.

Es todo lo que necesitamos. Apretando el puño, recojo la energía que fluye en la naturaleza y aprovecho que mi madre se hace a un lado para enviar una bola de fuego hacia Salazar. Rhiannon hace lo mismo y mamá, viendo que él se lleva una mano a la garganta, roja e hinchada de nuevo, consigue quitarle la espada y tirarla al suelo de una estocada.

Las tres corremos hacia él y empujamos, y Morgana abre un portal hacia el Infierno en algún punto indescifrable de la Ciudad Roja, y me alegro al comprobar, por el rabillo del ojo, que ahí no hay ningún ejército esperando.

Logramos que Salazar retroceda un paso. Pero después una onda de energía nos aparta de él y nos empuja, arrastrándonos hacia el que ayer era el jardín de nuestra casa.

—Patético —le oigo decir—. ¿Pretendéis superar en fuerza a un demonio?

Vuelve a invocar su espada, que desaparece del suelo con un brillo dorado y regresa a su dueño. Y él la alza con la punta señalando al orbe en el que flota mi hermana.

—Esto ha durado demasiado tiempo.

Tres pilares de energía impactan contra la verdadera Morgana, seguidos de un retumbar que provoca que mis gritos y los de las demás queden ahogados por la hecatombe.

Cuando la luz violácea se disipa, la esfera protectora que envuelve a Morgana comienza a parpadear, y su forma astral cae al suelo, de rodillas.

—¡Morgana! —grita Rhiannon, lanzándose hacia ella, y agarrando solo aire.

Salazar no pierde la oportunidad.

Los portales vuelven a aparecer y de aquellos que puedo ver, los que están en el cielo, surge un enjambre de figuras aladas que se

precipitan hacia la tierra.

—¡Morgana! —la llamo, retrocediendo hacia ella—. ¡¡Morgana, los portales!!

—¡Ya voy!

Arriba, el campo de energía que la rodeaba vuelve a brillar, y los portales se cierran de nuevo. Mi suspiro de alivio se corta a la mitad cuando desde el firmamento veo descender dos figuras enzarzadas en un combate a muerte. Una de cabello plateado y alas marrones y negras, y otra de alas negras y pelo oscuro. El corazón se me detiene mientras se precipitan contra el suelo.

Caen como un meteorito en lo que antes era la casa, y me sorprendo a mí misma corriendo hacia el cráter de escombros y paredes derruidas, ignorando a Salazar, llamando a Dantalion a gritos. Lo veo tirado sobre un trozo de pared amarilla, frente al cuerpo de Barbas. Tiendo la mano hacia él. Ríos de agua resbalan por su dorso y recorren todo mi cuerpo.

—Calma, fierecilla, estoy vivo.

Dantalion rechaza mi ayuda y se levanta con una rapidez asombrosa. Aprovecha que sigo con el brazo extendido para agarrarme y ponerme detrás de él mientras Barbas, ya de pie, se sacude la suciedad de la ropa. Sus túnicas están desgarradas; las armaduras de cuero y cintas, rotas, y sus rostros, llenos de magulladuras.

—Ah. Veo que la bruja que te convirtió en un traidor y de la que renegaste ha conseguido domarte —sisea Barbas mientras se ajusta una de las cintas que rodean su pecho.

Dantalion me obliga a retroceder un paso.

—Esto es entre tú y yo, Lord Barbas.

—Bael quiso matarte en cuanto supo tu destino, pero yo le convencí de que esperase, de que lo justo era celebrar un Juicio,

permitirte leer los últimos fragmentos del destino del mundo humano.

Me giro para comprobar qué está sucediendo a mis espaldas. Mis hermanas vuelven a luchar contra mi padre. Retrocedo un paso.

—Cuando escapaste me hice una promesa: que te llevaría de vuelta al Infierno, que te condenaría a morir por tu descaro. —Al decir esto, Barbas invoca de nuevo su espada—. Durante siglos, has huido de mí, te has escurrido entre mis manos como si fueras agua, pero esta vez, Dantalion... Esta vez vendrás conmigo.

No puedo ver el rostro de Dantalion, pero estoy segura de que no se ha inmutado.

—La misma cantinela de siempre —responde con sarcasmo— y, sin embargo, nunca has podido cumplir con tu palabra, Tercero de Bael.

Una media sonrisa se dibuja en los labios de Barbas, y los pelos se me ponen de punta.

—Tu poder siempre ha sido desmedido, demonio del Conocimiento. Bael te relegó a la última fila porque temía aquello que representabas. Siempre supe que cazarte no sería fácil, pero tus años en la Tierra te han vuelto blando. Ves a los humanos con simpatía, hasta el punto de entrometerte en nuestros planes. —Trago saliva y aprieto el brazo de Dantalion, pero él permanece como una estaca delante de mí—. Sabías cuál era tu destino y aun así has decidido ayudar a las brujas. ¿Piensas que saldrás de esta vivo? ¿Que en el Infierno te recibirán con gloria, después de lo bajo que has caído?

—Te equivocas... —comienza a responder Dantalion.

Pero entonces Barbas lanza un hilo invisible que se enreda en mi muñeca y empieza a tirar de mí. Dantalion me agarra de la cintura y juntos hacemos fuerza para oponer resistencia. Lanzo un aullido de

dolor, sintiendo que el brazo se me va a desencajar de su sitio. Escucho la voz de mi madre y la veo a escasos metros, corriendo hacia mí. Salazar se ha detenido, no sé muy bien por qué.

La espada de mi madre corta el hilo, y la tensión sostenida, unida a la fuerza de resistencia, nos tira a los tres hacia atrás.

Mamá aprovecha para abalanzarse contra Barbas, pero Salazar vuelve a cargar contra ella, quitándola de en medio.

—¡Deteneos! —grita Dante.

Esta vez la orden afecta a los dos demonios a la vez. Salazar y Barbas se convierten en estatuas inmóviles.

Dantalion aprieta el pomo de su espada maldita hasta que sus nudillos se vuelven blancos. Después, la dirige al cielo.

La tierra empieza a temblar.

—¡Poneos detrás de mí! —le grita Dantalion a mi madre y mis hermanas.

Una columna de luz púrpura cae encima de ambos demonios. Y después otra. Y otra.

Cada impacto es una explosión que silencia el mundo.

Cuando cae el cuarto pilar, Dantalion se detiene y nosotras corremos hacia el epicentro del impacto.

El cráter que ha dejado el ataque es tan profundo que, cuando nos asomamos, apenas distinguimos el fondo, a unos tres metros de profundidad.

Salazar y Barbas no están ahí.

—¿Sabes cuál es tu mayor miedo, Dantalion?

Un escalofrío me recorre la espalda y me doy la vuelta, justo a tiempo para observar que el demonio del Miedo tiene a Dante enredado en sus hilos plateados, susurrándole al oído.

Lo ha esquivado y se ha puesto detrás de él, aprovechando que nadie podía ver nada.

—Tu mayor miedo, demonio del Conocimiento, es ser libre. Pues sin las profecías de *El Interminable*, sin conocer el futuro, sin el conocimiento total... eres vulnerable.

El corazón se me detiene. Dantalion parpadea, y por unos segundos la ira se apodera de él, pero antes de que pueda hacer algo, antes de que pueda atacar, sus ojos pierden el iris, se vuelven totalmente blancos y se queda paralizado en posición de ataque, así como lo estuvimos Rhiannon y yo hace tan solo unos días.

—No —alcanzo a decir, alzando mi mano hacia él—. ¡No!

Toma la energía eterna de la Fuente, Ember Wytte.

Obedezco a la voz, y un torrente de llamas incandescentes me envuelve, apartando a Lord Barbas de Dantalion, alejando su espada del cuello de Dante. Mis pies se despegan del suelo embarrado. Por el rabillo del ojo distingo a Salazar totalmente cubierto de barro y cenizas, apoyado sobre uno de los muros de la casa que aún quedan en pie, recuperándose del ataque. Cuando se da cuenta de lo que sucede, se endereza de repente.

Ambos demonios vuelan hacia mí, pero yo soy la llama que arde en la oscuridad y no debo tener miedo.

Los aparto de nosotras lanzándoles dos ráfagas de llamas, de sol y poder y, por un momento, tengo su vida en mis manos.

—¡Ember! —grita mi madre—. ¡Detente!

¿Por qué, si estoy ganando? ¿Por qué, si puedo ser más poderosa que todos ellos?

—¡Ember, lo prometiste!

Lo prometí.

No les hagas caso. Es tu destino.

Esa voz...

Un recuerdo lejano me inunda con una oleada de calor.

Una bruja que lucha sola muere sola.

Corto mi conexión con la Fuente, y caigo al suelo desde una altura de medio metro. Mis rodillas se hunden en el lodo formado por la tierra, el agua y las cenizas.

Los bordes de mi pequeño campo de visión son tan oscuros que, por un momento, creo que me he quedado ciega. Alguien chilla dentro de mi mente, una voz que no me pertenece. Una voz de mujer que creo reconocer.

—¡Ember! —mi madre se arrodilla a mi lado. Destellos de oscuridad bailan a su alrededor—. Ember, ¿qué has hecho?

Miro al frente. No sé lo que he hecho, no sé si ha servido de algo.

Dantalion sigue paralizado por el miedo.

—Tenemos que despertarlo. —Apenas puedo hablar—. Sin él no podremos ganar.

La voz de Lord Barbas se alza por encima de la mía.

—Esta batalla debería haber acabado en el momento en el que pisamos la Tierra. —Está discutiendo con su Rey, en el cielo—. Te dije que las mataras. ¡Mira a dónde nos ha llevado la espera!

—He de matar a la más pequeña... —farfulla Salazar.

—Tu familia no parece estar poniéndotelo especialmente fácil.

Me incorporo con la ayuda de mis hermanas, a excepción de Morgana, que no puede tocarme. Salazar y Lord Barbas se encuentran suspendidos en el aire, a unos metros de nosotras. El Rey de los Demonios nos repasa con la mirada y recuerdo el momento en el que se detuvo, cuando vio cómo Barbas tiraba de mí hacia él.

Dudó. Salazar dudó.

Y esas dudas son las que le están haciendo perder la batalla. Parece que llegamos a la misma conclusión en el mismo y exacto momento. Salazar eleva su espada y apunta con ella a mi madre.

—Aún tengo una deuda con ella —dice—. Encárgate del resto.

Me agazapo, y mis hermanas hacen lo mismo.

—A tus órdenes —dice su general.

Lord Barbas parece a punto de cargar, pero el Rey de los Demonios lo agarra del brazo.

—Solo una cosa más —le pide, y el Tercero de Bael le lanza una mirada inquisitiva—. Hazlo lejos de aquí.

Por un instante, es como si el tiempo se detuviera. Lord Barbas ladea la cabeza.

—¿Cómo dices? —sisea.

Salazar le suelta el brazo.

—Un padre no debería presenciar la muerte de sus hijas —responde.

Algo atraviesa los ojos de Lord Barbas. Algo que bien podría parecer una emoción, si es que el demonio del Miedo es capaz de sentir alguna.

—Muy bien —acepta—. Pero espero que este sea tu último signo de debilidad, Rey de los Demonios. Tus actos te han conducido demasiado cerca de la vía del pecado...

—Circe... —dice mi madre entre dientes.

Circe levanta la mano para emitir una orden, pero Salazar es más rápido. Una columna púrpura estalla contra la esfera de Morgana, cegándonos por un instante.

Escucho un chasquido y, cuando abro los ojos, los hilos plateados de Lord Barbas se enredan en mis brazos... y en los de mis hermanas.

Lord Barbas hace un quiebro de muñeca, tirando de los hilos. No tengo tiempo de reaccionar; salimos despedidas hacia una ondulación en el aire que se ha materializado en medio del campo.

Cuando abro los ojos, ya no estoy en la colina.

Lord Barbas nos ha transportado a los jardines principales del Magnolia. El portal se cierra justo en el momento en el que él lo atraviesa. Circe, Rhiannon y yo retrocedemos, pero no tenemos a donde ir. Un ejército de demonios armados con espadas malditas y acompañados de engendros y demonios bestia nos rodea.

Como la otra vez. Exactamente igual que la otra vez.

No.

Esta vez es diferente.

Esta vez... estamos preparadas.

—Bien, hermanas Wytte —saluda el demonio del Miedo—. Es hora de que conozcáis el verdadero poder del Infierno.



Capítulo 68

La lluvia impacta en mi rostro, cada vez con más fuerza, y yo permito que ruede por mis mejillas como si se tratase de lágrimas. El agua se lleva el polvo y la suciedad que me picaba en los ojos y me aferro a esta sensación mientras observo el edificio en ruinas del Magnolia y el maquiavélico rostro de Lord Barbas. No veo a la Hermandad por ninguna parte. No sé si han quedado atrapados dentro del castillo, o si están todos muertos, o si han ido a luchar a otra parte de la ciudad después de que la primera horda de demonios atravesara los portales que Salazar consiguió conjurar.

Lo único que sé es que estamos solas, que mi madre y Morgana se encuentran en la otra punta del pueblo... y que, ante nosotras, se encuentra el demonio del Miedo.

Tenemos que regresar a la montaña. Pero, primero, debemos acabar con él.

—¡Atacad! —ordena Barbas.

Mis hermanas y yo nos miramos. Primero, con cierto temor.

Después, con la furia ardiendo en nuestros ojos.

Espalda contra espalda, nos agarramos de las manos, compartiendo nuestro poder. Cuando el primer círculo de demonios carga contra nosotras, Rhiannon recoge la energía que estamos canalizando hacia ella.

A nuestro alrededor, los cuerpos de nuestros enemigos explotan con un estallido de sangre y órganos, dejando tras de sí las carcasas de sus huesos eviscerados. La magia fluye hacia mí y la recibo con decisión; creo un remolino de fuego que viaja en espiral y se lleva por delante a varios soldados que arden y echan a correr en llamas, revolcándose por el césped mojado. Cuando consiguen extinguir mi fuego ya es demasiado tarde, lo único que queda de ellos son cenizas.

—¡Cuidado! —chilla Circe.

Por el rabillo del ojo veo la silueta de una figura alada que desciende desde el aire. Nos soltamos las manos y rodamos por el suelo, esquivando el ataque de Lord Barbas.

—¡Cae! —grita Circe.

Las alas del demonio se paralizan y Barbas se precipita, derrapando cuan largo es sobre la hierba, y estrellándose a trompicones como un canto sobre la superficie del agua.

—¡Clávate la espada! —le ordena Circe.

Lord Barbas dirige su espada hacia su abdomen con la mano derecha, y con la izquierda se agarra del puño... intentando rechazarse a sí mismo, casi como si aún pudiera tener el control de una parte de su cuerpo. Empieza a temblar por el esfuerzo, físico y mental.

Circe y yo no dudamos. Nos lanzamos sobre él, arrojándonos sobre la empuñadura de la espada, haciendo fuerza para que su filo atraviese al demonio, mientras Rhiannon nos protege del resto de su ejército haciendo volar cabezas, brazos y todo otro tipo de

extremidades. Los jardines del Magnolia ya se han convertido en un mar rojo, verde y azul que refleja en su sangre la pálida luz del sol.

Bien, si tenemos que regar los campos con la sangre de los demonios, que así sea.

—¡Muere de una vez! —grita Circe. Su rostro es una macabra mueca mezcla del esfuerzo... y la venganza. Hace tan solo un par de días, Barbas la pisó como un insecto.

Es hora de devolverle el favor.

Redoblamos nuestros esfuerzos, pero es como intentar mover una montaña. Con un alarido, Lord Barbas nos empuja y caemos hacia atrás, deshaciéndose la orden de Circe al perder la concentración.

—Felicidades —farfulla él con la respiración entrecortada—. Os habéis convertido en dignas enemigas, hermanas Wytte. Sabía que no debíamos daros tiempo a reaccionar. Bael jamás hubiera dudado en matar a su hijo... Quizás Luiz no sea merecedor del trono, después de todo.

La espada de Lord Barbas desaparece y el demonio crispa sus manos, de las que surgen esos dichosos hilos plateados que empiezo a odiar con todas mis fuerzas.

Esta vez no nos convertirá en sus marionetas.

Levanto una barrera de fuego sobre nosotras que repele su ataque y quema los hilos como si fueran telas de araña, conduciendo la combustión hacia los dedos extendidos del demonio, que suelta un alarido de dolor.

No tengo tiempo de celebrar la victoria. Un demonio de piel verde azulada me agarra del pelo y tira de él hacia abajo, dispuesto a clavarme su espada en la garganta. Respondo cogiéndole del antebrazo y abrasando su piel; mi viejo y confiable truco. Solo que, esta vez, apenas tengo que esperar; la combustión es instantánea. Tiro del brazo que me agarraba el cabello y este se desintegra en

cenizas que caen en bloque hacia el césped, mezclándose con la sangre roja, verde y azul de todo tipo de demonios, y con sus vísceras, pues Rhiannon sigue reventando todo aquello que se pone a su alcance.

Jadeo, y cuando tiro el brazo del demonio al que acabo de abrasar al suelo, el movimiento me cuesta tanto como levantar un saco lleno de arena. Hemos extraído tanta energía de nuestros alrededores que ya no queda apenas nada...

Y aún quedan... tantos demonios...

—Tenemos que centrarnos en Lord Barbas —dice Rhiannon, acercándose a nosotras. Está llena de sangre multicolor, como si alguien hubiera arrojado pintura sobre ella. Casi podría decirse que es hermoso.

Asentimos. Bien. Entonces...

Localizo al demonio del Miedo, apenas unos metros más adelante, y al igual que hice aquel día con la Hermandad, creo un círculo de fuego que nos rodea, a él y a nosotras, solo que esta vez no me hace falta dibujarlo sobre la hierba... Solo me basta con ordenar a las chispas que vayan prendiendo donde yo deseo.

El esfuerzo me arranca un quejido y varias gotas de sudor se concentran en mi frente. Por un segundo, el calor que nos envuelve calienta mis huesos calados y húmedos.

No es suficiente.

Elevo las llamas hasta formar una cúpula que nos encierre del todo. Varios demonios alados intentan atravesarla, pero al tocar mis llamas sus cuerpos se convierten en cenizas.

—Joder... —murmura Circe.

Caigo de rodillas, el sudor empapa mi frente y el calor me abrasa las mejillas.

—Daos... prisa —imploro con la voz entrecortada.

Destellos de luz danzan en mi visión. He tenido que extraer un poco de energía de mí misma y no consigo reprimir los espasmos y las náuseas que ahora me invaden. Pero tengo que aguantar la cúpula, alimentarla para que no se descomponga.

Solo un poco más... Tengo que... confiar en ellas...

Juntas somos más fuertes.

—¿Creéis que podéis derrotarme? —exclama Lord Barbas—. ¡Soy el Tercero de Bael!

—¡Y nosotras somos las últimas brujas de Endor! —replica Rhiannon.

Cierro los ojos, apretándolos con fuerza. No... puedo... aguantar...

No puedo ver lo que ocurre, pero sí oírlo. Y, de todas maneras, sé lo que mis hermanas deben hacer.

Primero, Circe. Una orden, clara y directa.

—¡No te muevas!

Y, después, Rhiannon.

Mi visión, negra, se ilumina de escarlata.

El sonido que sigue a la luz es como el de un globo de agua al estallar contra una superficie. Espero al grito, pero no llega.

Cuando abro los ojos y retiro la cúpula ígnea, Lord Barbas se está mirando el brazo con el que sostenía la espada. O lo que queda de él.

—Mierda —farfulla Rhiannon, retrocediendo—. Mierda, quería que fuera la cabeza...

Los ojos del demonio se clavan en nosotras y veo la muerte en su rostro.

—¡¡¡Ma ...!!! —su voz es como un trueno lejano, como el lamento de una bestia herida—. ¡¡¡MA... TAD... LAS!!

Los demonios que quedan no deben de ser más de un par de decenas.

Y, sin embargo, cuando se tiran sobre nosotras, aplastándonos en una masa de garras y dientes, siento que una marea de cuerpos nos ahoga con su peso. Abraso todo aquello que está en contacto con mi piel, pero los demonios se apilan, unos encima de otros, sepultándonos. Mi pecho se hunde.

No puedo respirar.

Lucho por salir de este mar de cuerpos, sin saber siquiera dónde están mis hermanas. Pataleo, araño y muerdo. Aire. Necesito aire. Unas garras se clavan en mi piel y me rompen la camiseta, desgarran mis tejidos... Ignoro el dolor y rezo por que no sean las uñas de un engendro.

No. Puedo. Respirar.

Necesito salir de aquí.

Sobre mi cabeza veo un punto de luz. Minúsculo, casi inexistente.

Allí.

Necesito... aire...

Necesito...

Sin saber cómo, logro sacar la cabeza por el hueco y tomo una bocanada de oxígeno, pero la marea de cuerpos vuelve a tragarme sin que yo pueda hacer nada para evitarlo más que abrasar, abrasar, abrasar...

Él siempre acudirá a tu llamada.

Ya no sé si alguien me está hablando o si soy yo que me he vuelto loca. Con el último aliento que me queda y toda la fuerza de mis pulmones grito su nombre.

Dantalion.

Y espero un milagro.



Capítulo 69

Dantalion

La celda en la que me han encerrado es una pocilga inmunda. No sé cuánto tiempo tendré que esperar aquí. No sé cuándo me juzgarán por mi traición.

Amor. Ese es mi pecado. Un pecado que no he cometido, y que, sin embargo, ha provocado que me traigan hasta aquí.

Los demonios no sabemos mucho sobre el amor, pero algo que sí tengo claro es que nunca debe ser forzado por el destino y, sin embargo, El Interminable *me ha unido al de una mortal en una especie de broma macabra que no logro comprender. Es como si mi propio poder me hubiera traicionado.*

No. No puede ocurrir.

La mataré antes de que pase. Esa será mi defensa ante Lord Barbas: no puede ocurrir si borro a toda su estirpe de la faz de la Tierra.

Pero la vi. Al final de todo, estaba ella.

Junto a mí.

No se puede luchar contra el destino. Todo aquello que El Interminable *profetiza siempre se acaba cumpliendo.*

¿Y si en vez de nadar contra la corriente...?

Se escucha un ruido. ¿Vienen a por mí? ¿Tan pronto?

En fin. Tampoco puedo decir que me haya agradado mi existencia.

—¿Dantalion?

Una figura se aproxima desde el pasillo.

—Dantalion, tienes que huir.

Su rostro aparece entre los barrotes. Una tez de ópalo puro y ojos iridiscentes. Mi corazón da un brinco.

Ha venido, a pesar de lo que eso significa.

—Pero, el Juicio... —protesto.

Ella me tapa la boca con la mano.

—Olvídate del Juicio. Lord Barbas quería que terminaras de leer El Interminable*, que tuvieras oportunidad de defenderte, pero Bael ya ha decidido... Siempre se ha sentido amenazado por tu poder, Dantalion. Esta es la excusa que estaba buscando: obligará a Barbas a sentenciarte a muerte. Dime cómo puedo ayudarte, dime qué debe suceder.*

Aprieto los barrotes con todas mis fuerzas.

Si tomo esta decisión, me pasaré siglos huyendo, escondiéndome como una rata y manipulándolo todo desde las sombras.

Tengo muchas posibilidades de morir. Casi todos los hilos conducen a la espada de Lord Barbas...

Y, sin embargo, huir es el único camino que me permitirá recuperar mi libro... y reclamar aquello que me pertenece por nacimiento.

Así que me decido, porque, de todas formas, iba a ocurrir.

—Debo ir a ese nuevo mundo —respondo—. Debo enfrentarme a mi destino.

—Pero allí te aguarda ella.

Sí. Y quizás no sea algo tan malo, después de todo.

—He visto el final. Ella no es lo que Bael piensa; está destinada a cambiar el Infierno para siempre... Y si consigo que haga lo que yo quiero... podría ser glorioso. El problema es que...

—¿Qué? Aprisa, Dantalion, los guardias no tardarán en darse cuenta de que algo anda mal...

—No sé por qué. No entiendo por qué. Y necesito El Interminable *para comprender su destino. ¿Lo has traído?*

Ella niega con la cabeza.

—Bael lo ha guardado, no sé dónde... Debes escapar ahora, es tu única oportunidad.

—Si me ayudas, él entenderá por qué. Te matarán.

—¿Acaso no hemos sobrevivido hasta ahora? —me pregunta—. ¿Acaso no te he protegido de él?

Asiento, hay lágrimas ardiendo detrás de mis ojos, lágrimas que consigo contener. Siempre hemos sido distintos al resto, ella y yo...

—Muy bien —acepto.

—Ve y cumple tu destino, pues.

A mi lado de la celda, ella abre un portal.

—Te conducirá a la Tierra —dice, y antes de que todo termine, me sujeta el brazo—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

No lo sé. No he podido ver con claridad. Pero hay algo... una mirada oscura...

—Ya has hecho suficiente —le digo—. Deja que resuelva esto solo.

Pero ella niega con la cabeza, y yo sé perfectamente que jamás podría hacerla cambiar de opinión.

—¿Volveremos a vernos? —me pregunta.

Yo aprieto su mano, por última vez.

—Volveremos a vernos, mamá.

Cruzo el portal... Y espero... Espero...

La espero a ella.

Pasan dos mil años. Y aunque no sé exactamente en qué momento empieza todo, vuelo hacia Faddenfield y comienzo una nueva vida allí. Y paso el tiempo buscando información sobre la muerte de Joann, a la que no pude proteger. Y engaño a la Hermandad para que creen la cura para Ember, aunque a cambio tenga que darles la clave para ponerse al nivel de las brujas. Y conozco a una chica tímida que me dice que se llama Priya, y como ya no puedo conocer su destino porque no tengo El Interminable*, me esfuerzo en conocerla a ella... Y resulta que nos llevamos bien, que se convierte en mi amiga. Y le digo a Anabel que me contrate como profesor de Historia, para matar el tiempo... y, aunque odie admitirlo, me gusta este trabajo.*

Pero aún necesito mi libro. Y necesito mi trono. Aunque ya no sepa por qué. Aunque, quizás, solo quizás, empiezo a ser feliz aquí.

He esperado... demasiado. Y debo obedecer... obedecer a El Interminable.

Esa tarde voy al bar. Aún no ha ocurrido nada, ni la he visto por el pueblo. A sus hermanas y a su madre sí. Pero a ella no. Y reconozco que eso me desespera más de lo que debería.

Noto algo extraño cuando me siento en la barra, pero no le presto atención. Estoy cansado. Cansado de esperar.

Pero alguien se levanta al final del local y se acerca a mí, y entonces lo siento: el impulso de darme la vuelta y abalanzarme sobre esa persona, el impulso de huir.

El Vínculo que me ha conducido hasta aquí sin que yo pudiera evitarlo.

No tardo en tenerla al lado y antes de que abra esa boca yo ya sé que estoy perdido, que ella es la bruja por la que traicionaré al mismísimo Infierno.

Pero ella no sabe quién soy, y la fuerza de ese pensamiento me deja sin palabras cuando me atrevo a mirarla y compruebo que está hecha para mí, que yo ya estaba perdido mucho antes de saberlo.

«Me llamo Ember».

* * *

La pesadilla se repite una y otra vez y, a pesar de que soy consciente de que estoy aquí, no consigo librarme de ella. Barbas tiene razón. Por primera vez en mi vida, tengo miedo.

Miedo de no cumplir el destino que me aguarda. Miedo, también, de que se cumpla.

«Dantalion».

En medio de la oscuridad, su voz llega desde la distancia.

«Dantalion».

Le prometí que acudiría en su ayuda. Se lo prometí dos veces, y una de ellas fallé.

«Dantalion».

¿Por qué le temo a mi destino? La bruja era para mí una condena, una maldición y, sin embargo... Quiero más. Quiero más de ella.

Más.

Aunque sea una mentira. Aunque por su culpa me considerasen un traidor y me condenasen a muerte.

¿De qué me avergonzaba? ¿De la posibilidad de amar a una criatura?

El amor nos hace sentir vivos.

Todo a mi alrededor se está desmoronando, ¿verdad? El castillo de naipes que con tanto cuidado construí ha quedado destruido. Quise controlar a Ember Wytte, y no pude.

No sé si podré llevarla conmigo al Infierno o no.

Lo único que sé es que no pienso dejar que muera.

«Dantalion».

Me necesita.

Está ocurriendo otra vez.

Si no puedo moldear nuestro destino, entonces me rendiré ante él.

Ha llegado el momento de improvisar.



Capítulo 70

La oscuridad me traga... Negro, sobre negro, sobre negro.

Y, después, rojo.

Lo veo todo rojo.

Cuando descubro que, de nuevo, puedo respirar, bebo del aire como si fuera agua pura de manantial. Me libero, reptando por el césped como una lombriz inmunda... Después me doy cuenta de qué es esa sustancia viscosa sobre la que estoy arrastrándome... Y la bilis me sube por la garganta.

Los demonios que antes nos aplastaban se han convertido en un charco de sangre y sesos. Me aparto como puedo, aún respirando a duras penas, agitándome para que las vísceras resbalen fuera de mí. Reprimo el vómito, sintiendo los restos de la cena de ayer en el borde de la garganta.

¿Y mis hermanas?

¿Dónde están?

Lanzo un suspiro de alivio al encontrarlas, vivas, a un escaso metro de mí.

—¿Estáis bien?

—Dios, ¿tiene que ser todo tan viscoso? ¡Qué asco! —se queja Circe sacudiéndose de encima trozos de baba y piel—. ¿Qué demonios ha pasado?

Rhiannon levanta una mano y señala con el índice a nuestras espaldas.

—Eso.

Me giro, y entonces lo veo.

Dantalion cae sobre Lord Barbas desde el cielo, espada al frente. Lord Barbas recibe el golpe con la mano que le queda... a duras penas.

Ha venido.

Ha despertado de la Pesadilla... ¿por mí?

—¡Vosotras!

Anabel, Hikari, Takedo, Sazza y varios miembros de la Hermandad surgen desde la entrada del Magnolia llevando a varios vecinos a cuestas. Están heridos.

Ahora que hemos acabado con el ejército de demonios y puedo fijarme en algo más que no sea mi propia supervivencia, descubro que el ala oeste del Magnolia ha quedado destrozada, sus muros de piedra derribados, dejando al descubierto las aulas y las oficinas, como si el edificio estuviera desnudo. La lluvia, que cae ahora con la fuerza de una tormenta, está apagando las pequeñas hogueras que se han formado, provocando que en ciertas partes del castillo se eleve una columna de humo.

—¿Estáis bien? —le pregunto a Anabel.

—Nosotros sí, pero los vecinos... —Algo en su mirada me dice que los tres ancianos que han conseguido sacar vivos son los únicos supervivientes—. Los demonios entraron en el edificio, acabaron con

los pocos que... —traga saliva—. El bombardeo, ¿cómo no hemos pensado en ello?

—Sabíamos que mi padre podía crear pilares de energía —responde Rhiannon—. Pero... Nunca se me ocurrió que se atreviera a matar a personas inocentes. Pensábamos que se centraría solo en nosotras...

—Joder... —maldice la maestra de los cazadores.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta Hikari, posando su mirada imperceptiblemente en Circe—. ¿No se suponía que defenderíais la montaña?

Intentamos explicarles la situación lo más brevemente posible mientras, en el cielo, Dantalion y el Tercero de Bael siguen luchando.

—Tenemos que regresar, mamá y Morgana están solas.

Señalo a lo alto de la montaña, donde una columna de humo indica la posición de nuestra mansión arruinada. Suspendida en el vacío, se distingue la esfera dorada de Morgana.

—Vosotros dos —les ordena Anabel a dos de sus cazadores—, llevad a los señores lejos de aquí.

—¿Podéis seguir luchando? —pregunta Hikari mientras dos de sus compañeros se alejan con los despojados. Sigue mirando a mi hermana, solo que, esta vez, no parece querer disimular—. Parecéis... agotadas.

—¡Dadles el...! —grita Dante desde el cielo.

Nos miramos, extrañadas.

—¿Qué? —chillo.

—¡El suero! —repite Dantalion, esquivando los hilos de araña de Lord Barbas—. ¡Tomaos el suero!

Anabel lo mira a él, después a nosotras.

—Hijo de puta —exclama.

La miro de reojo.

—¿Tú lo has entendido? —pregunto con incredulidad.

Ella aprieta los puños.

—El suero nos hace más fuertes —explica—. Me imagino que lo dice porque tiene el mismo efecto sobre vosotras. Lo tenía todo pensado, el muy...

Reprimo un bufido.

Por supuesto. Por supuesto que Dante ya había pensado en esto, al fin y al cabo, ha tenido siglos para valorar cada mínima posibilidad, cada mínima alternativa. Por supuesto, tenía que guardárselo hasta ahora.

Anabel mete la mano en su bolsillo.

—Tomad —dice, repartiendo varios viales entre los cazadores y nosotras. El único que le sobra se lo guarda de nuevo dentro de la chaqueta—. Se suponía que debía ser nuestra arma secreta... En fin.

Estudio el líquido verdoso. Si a ellos los ayuda a ser más fuertes y curar heridas, ¿qué efecto tendrá en nosotras?

—La última vez, Takedo se desmayó —observa mi hermana.

—Hemos estado mejorando la fórmula desde entonces —responde Takedo, destapando su frasco—. Ya no provoca un subidón de adrenalina tan extremo, pero no esperéis encontraros bien mañana. Eso si es que sobrevivimos hoy.

Por el rabillo del ojo observo cómo Sazza nos mira a unos y a otros, incrédula, y abre la boca un par de veces para decir algo... pero luego la cierra ante una mirada de Anabel.

Una parte de mí se relame ante la humillación que, seguro, deben de estar sintiendo.

Sin más preámbulos, los cazadores se beben sus viales. Mis hermanas y yo cruzamos un par de miradas cautelosas, pero yo me encojo de hombros, quitándole el tapón de plástico al mío.

—Salud —digo, vertiendo en mi boca el líquido del vial y tragándomelo como si fuera medicina.

Es como saborear electricidad estática. La saliva se me seca en la boca, la garganta se me cierra. Reprimo las ganas de devolver el suero y escupirlo.

Cuando pestañeo, el mundo se vuelve más claro. El cansancio que sentía queda relegado a un segundo plano, como si me hubiera tomado tres tazas de café puro. Es... similar a cuando extraigo energía de la Fuente. Una sensación adictiva.

Me pregunto hasta qué punto es bueno que la Hermandad haya creado esta sustancia, pero me guardo mis dudas para después. Por el momento, parece que ha funcionado: ahora puedo sostenerme en pie sin que los músculos me tiemblen y los párpados se me caigan.

—¿Os sentís mejor? —les pregunto a mis hermanas.

Rhiannon se seca la sangre húmeda de la cara con el dorso del jersey.

—La verdad es que sí.

—¿Listas? —pregunta Circe.

Rhiannon y yo asentimos, dándonos la vuelta para dirigirnos a los demonios que aún luchan en el aire... aunque, a juzgar por la manera errática de volar de Lord Barbas y la sangre que chorrea de su cuerpo, la pelea no durará mucho más.

—¡Bájalo de ahí! —le grita Rhiannon a Dante.

Haciendo un quiebro en el aire, Dantalion esquiva a Lord Barbas y se pone a su lado. Con la rapidez de un rayo, lo agarra por uno de sus cuernos... y, dando una vuelta sobre sí mismo, lo arroja hacia nosotras, como si no fuera más que una piedra en medio del camino.

Antes de caer, una de mis bolas de fuego lo empuja con mucha más fuerza contra la tierra. Circe lo obliga a quedar paralizado en la

posición en la que se estrella... Y Rhiannon levanta su mano, dispuesta a, esta vez sí, reventarle la cabeza.

—¡Esperad!

El grito de Dantalion nos coge por sorpresa; los ojos de Rhiannon pierden sus chispas.

El demonio del Conocimiento aterriza al lado de nuestro enemigo con la certeza de una flecha. De nuevo, lo agarra de uno de sus cuernos y lo atrae hacia sí. Le susurra algo al oído, y yo frunzo el ceño.

—¡No! —exclama Barbas cuando Dantalion se separa de él, con el rostro desencajado—. ¡Jamás!

Dantalion se ríe quedamente.

—Ah, ¿no?

Después, aprieta su mano hasta que se vuelve blanca, y tira... arrancando de cuajo el cuerno del demonio, llevándose un trozo de carne del cráneo consigo.

Reprimo una exclamación.

El rostro de Lord Barbas se pone lívido y la sangre le resbala por la frente, pero Dantalion no le da un segundo de tregua. Con determinación, agarra a Barbas por el cuello y lo sacude sin miramientos. Lord Barbas se retuerce, intentando zafarse.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Rhiannon entre asqueada y furiosa.

—Asegurando nuestro futuro —responde él, clavando su mirada en mí. Después, vuelve a dirigirse a Barbas—. Lo próximo que rompa serán tus alas. Dudo que aguantes mucho en la Ciudad Roja sin un brazo, pero ¿sin alas? —Barbas grita, pero no sé si de dolor, de rabia o de impotencia—. Llevas dos mil años intentando cazarme, no sabes lo que disfrutaría dejándote inválido, así que te lo preguntaré una última vez: ¿aceptas el pacto?

—¿El pacto? —Doy un paso hacia ellos, pero Dante extiende la mano, pidiéndome con un gesto que me detenga.

—Confía en mí por una vez —me pide.

Trago saliva, pero obedezco. Lord Barbas maldice a Dante en una lengua que no logro descifrar, pero que suena gutural y antigua.

—Está bien —dice, finalmente—. Está bien, acepto el pacto.

Dantalion lo suelta con brusquedad.

—Este pacto tiene cláusula de muerte —le dice—. Espero que lo recuerdes cuando sea tu turno de cumplir con tu palabra.

Lord Barbas asiente con la mandíbula apretada y su cara completamente roja.

—Y, ahora, vete —le ordena Dantalion.

—¿Cómo? —alcanzo a decir, pero Lord Barbas se sacude de encima a Dante y eleva el vuelo de un solo salto.

—¡No! —grita Circe.

Pero... ¿qué?

—¿Qué se supone que estás haciendo? —chillo—. ¿Por qué le has dejado escapar?

—Tranquila, fierecilla. —Levanta las manos en señal de paz y se acerca hacia mí, esbozando una sonrisa que no logra apaciguar mi furia—. Lo necesito vivo. No intervendrá más, por lo menos hasta que termine la batalla.

¿Que lo necesita vivo?

¿Que lo...?

Me tiro hacia él, puños por delante, pero Dante me agarra de las muñecas y lo único que consigo es golpearlo con la punta de los dedos en la cara, dejando un rastro de tierra y sangre.

—Basta, Ember, basta —me pide—. Sé lo que me hago, por la Diosa.

—Pues estaría bien que lo compartieras con el resto —le espeta Rhiannon.

—Dejemos las explicaciones para cuando todo esto haya acabado, ¿sí? Aún tenemos que llegar a la montaña y devolver a Salazar al Infierno... O matarlo, si es que conseguimos hacerlo.

Aprieto los puños, pero dejo de forcejear.

—Habríamos podido matar al Tercero de Bael si no hubiera sido por ti, pedazo de cabr...

Él me atrae hacia sí con un tirón, hasta que su rostro queda frente al mío.

—Esa boca, Ember Wytte.

Esboza una sonrisa burlona que consigue que el corazón me dé un vuelco y que mi mente viaje, por un segundo, a la noche de ayer. Sacudo los brazos para sacármelo de encima, algo avergonzada. Este no es el momento indicado para tonterías.

—¿Por qué lo has dejado escapar? —interrumpe Anabel, provocando que Dantalion ponga los ojos en blanco.

—Salazar está reuniendo a todo su ejército en la montaña —dice, ignorando la pregunta de la cazadora—, lo he visto cuando me dirigía hacia aquí. Úrsula y Morgana están solas, debemos darnos prisa.

El corazón se me detiene un instante.

—¿Mi madre y Morgana están bien?

—De momento, sí. Pero a juzgar por la posición del sol, ya deben de ser las once de la mañana. Si Salazar consigue atravesar la esfera de la niña a mediodía, vencerá.

Miro a mis hermanas, que tienen mi misma expresión de horror.

—Tardaremos media hora a pie, ¿puedes llevarnos volando? —pregunta Anabel.

Dantalion se cruza de brazos y sopesa la idea, pero finalmente niega con la cabeza.

—Solo de uno en uno, y no sería eficiente. ¿No tenéis el coche aquí?

Anabel señala al castillo en ruinas que tenemos detrás.

—Siniestro total —responde como si fuera obvio.

—Pues tendremos que correr —concluye Dantalion.

—¿Ese es el plan? —pregunto, y el silencio que se instala entre nosotros es confirmación suficiente.

Ni siquiera necesito decirles lo que voy a hacer. Sin esperar a nadie, mis hermanas y yo echamos a correr. La Hermandad y Dantalion no tardan en seguirnos.



Capítulo 71

Ha dejado de llover, aunque no sé si aguantará mucho tiempo. Dos cadáveres humanos yacen tendidos en la calle de los Cesteros. No me atrevo a mirarlos por miedo a reconocerlos, así que pasamos a su lado, corriendo, sin hacer ningún tipo de comentario. No sé si es por el suero, pero hemos logrado mantener un buen ritmo sin que ninguno de nosotros tenga que detenerse a descansar.

Así que supongo que sí, que es por el suero.

Un relámpago ilumina de blanco las sinuosas calles de la parte vieja; en el aire distingo figuras aladas que rondan Faddenfield como buitres carroñeros; engendros y demonios que se dirigen, como nosotras, hacia la montaña. La lluvia no logra enmascarar el olor a humo, a fuego, a destrucción. La pequeña parte de mí que sigue anclada en el día en el que se activó la mina se confunde por un momento. ¿Acaso esto no es otro país, otra ciudad? Se supone que estas cosas no ocurren en mi mundo.

Pero no; esto es Faddenfield, y Faddenfield se ha convertido en el mismísimo infierno.

—¿Podemos...? —pregunto, a gritos y con la respiración entrecortada—. ¿Podemos pasar por la iglesia?

Necesito saber si Priya está bien. Además, queda de camino.

—Tranquila —responde Dantalion—. Ya estaba yendo hacia allí.

Cruzamos los callejones que serpentean hacia la plaza, y antes de girar la esquina ya sé, por el humo y el olor, que lo que vamos a encontrarnos no será agradable.

Aun así, no puedo evitar soltar un grito.

El techo de la iglesia se ha hundido, y aunque los muros siguen de pie, el campanario parece haber sepultado toda la estructura. La campana, de hecho, está boca abajo, tirada sobre el costado del edificio de cualquier manera.

Pero no es eso lo que me ha hecho estremecerme hasta los huesos. En la plaza, por todos lados, hay decenas de cuerpos desperdigados, sin vida. Y, muchos de ellos, sin extremidades.

La mayoría pertenecen a engendros y demonios. Otros...

—Dante... Ember...

La voz proviene de mi derecha. Corremos hacia allí, y tras un enorme cascote que se ha desprendido del muro nos encontramos a...

Reprimo una exclamación cuando la veo.

Priya está sentada, apoyada con la espalda en la enorme piedra. Sus ropas, destrozadas; su cuerpo, bañado en sangre. Sus ojos han recuperado el rojo escarlata de los engendros y, cuando nos mira, sus colmillos asoman como dos témpanos de hielo, blancos y brillantes, por encima de su labio inferior.

—Dijisteis... que... estarían... a... salvo...

Reprimo un sollozo. «No lo sabíamos», quiero decir, pero las palabras quedan atravesadas en mi garganta. En su lugar, doy un

paso hacia ella, acompañada de Dante, que se arrodilla para quedar a su altura.

—Pequeña, ¿has matado tú a todos esos demonios?

Priya asiente lentamente, con la mirada perdida.

—¿Dónde...? —pregunto yo—. ¿Dónde están los vecinos?

—Los que sobrevivieron huyeron a la playa... No sé si lograron llegar. Contuve a los demonios todo lo que pude.

Dantalion le pone un mechón ensangrentado detrás de la oreja.

—Lo has hecho muy bien —le susurra—. Lo has hecho bien, Priya.

Priya enfoca su mirada en mí.

—Cuando los vecinos huyeron yo... Yo...

—¿Sí? —respondo con voz temblorosa.

—Pensé que era una pena... porque su sangre olía tan bien... —Trago saliva—. Y entonces maté a todos los demonios y estaba cansada... Así que bebí de la sangre de los cadáveres que habían quedado sepultados entre las piedras. Creo que es lo único que ha impedido que me volviera loca.

Reprimo las náuseas.

—No pasa nada —le aseguro, intentando sonar convencida—. Has hecho lo que debías.

Ella niega lentamente con la cabeza.

—Creo que hubiera preferido morir —murmura, y sus palabras se me clavan en el pecho como puñales, pero antes de que pueda abrir la boca pregunta—: ¿También lo oís?

—¿A qué te refieres? —Imitando a Dante, me agacho al lado de Priya. No sé muy bien qué hacer o decir, así que me limito a poner una mano sobre la de ella.

—Alguien nos está llamando. Quiere que vayamos a la montaña.

Intercambio una mirada de alarma con Dante.

—Es la orden de Salazar —deduzco.

Él traga saliva.

—No escuches esa voz, pequeña —dice—. Es tu parte demoníaca. Quédate con nosotros, y todo estará bien.

—¿Ocurre algo? —pregunta Takedo.

Cuando me giro, no me gusta lo que veo. Los cazadores tienen la espada desenvainada. Levanto una mano para que vean que todo va bien.

—Dadnos un segundo —les pido. Sé cuál es el protocolo de la Hermandad cuando las cosas salen de su control: eliminarlas.

—¿Puedes levantarte, Priya? ¿Puedes andar?

Priya se frota los ojos y agarra la mano que Dantalion le tiende.

—No estoy cansada, solo... —entonces, sus ojos se clavan en algún punto situado detrás de mi espalda—. Ella va a matarla...

Mi primer pensamiento es que Priya está perdiendo la cabeza, que por fin ha cedido ante la presión y la extraña realidad que se le vino encima en el momento en el que los engendros la mordieron.

Pero después Dantalion sigue la mirada de Priya y grita el nombre de mi hermana, y a mí se me para el corazón.

—¡CIRCE!

Me giro, pero es demasiado tarde. La espada de Sazza se cierne sobre mi hermana pequeña, directa a su cuello, y ya no tengo tiempo de reaccionar.

En la periferia de mi visión detecto un movimiento.

Hikari se interpone entre el arma y Circe, y la espada se le clava en el costado.

—¡¡Nooo!! —farfulla Sazza—, no. Yo no...

El cuerpo de Hikari cae en los brazos de mi hermana, que apenas ha tenido tiempo para darse la vuelta.

—¡KARI!

El grito de mi hermana pequeña parte el mundo en dos. Lo siguiente que sé es que estoy encima de Sazza, estrangulándola y a punto de derretirle la piel, cuando una mano me toca. Cuando alzo la vista, veo a Rhiannon, y algo en su mirada de bosque hace que me detenga. Tras ella, Takedo posa el filo de su espada en su hombro.

—No os mováis —nos advierte.

—¡Sálvala! —Circe sostiene el cuerpo de Hikari, cuyos ojos se están perdiendo en el abismo. La sangre que empapa su camiseta negra se vierte en la ropa de Circe como si fuera la suya—. ¡Haced algo! ¡Haced algo! ¡Sálvala! —repite Circe una y otra vez entre sollozos.

Está dando una orden, aunque no creo que sea necesario. Anabel, con el rostro inexpresivo fruto de la magia, se agacha junto a ellas y busca en su chaqueta, extrayendo un vial.

—¡No es mi culpa! —grita Sazza, arrastrándose lejos de nosotras por el suelo mojado mientras se lleva una mano al cuello rojo y me señala con un dedo acusador—. ¡Ember mató a Erik! ¡Debíamos matarlas, no aliarnos con ellas!

Dantalion avanza hacia ella y la agarra de la camiseta.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le grita mientras la sacude—. Estamos en guerra, ¿es que no piensas con la cabeza?

—¡No es mi culpa!

Dantalion empuja a Sazza al suelo e invoca su espada, poniéndole la punta en el cuello.

—Quédate ahí —le ordena—. No muevas ni un músculo si no quieres que te rebane el pescuezo.

Con una mano temblorosa, Anabel vierte el líquido del último vial que le quedaba en la boca de Hikari, y el corazón empieza a latirme

un poco más despacio. Circe se relaja y rompe la orden, provocando que Anabel reaccione y sacuda la cabeza.

—¡Kari! —grita, pero entonces ve el vial vacío y la forma en la que Circe está sujetando a su hija y comprende.

—¿Se está curando? —solloza Circe.

Anabel le levanta la camiseta a Hikari...

Una convulsión hace que la cazadora escupa sangre, y con ella el líquido verde que su madre acababa de darle.

Todo ocurre muy deprisa. Takedo deja caer la espada al suelo. Anabel chilla, rebusca en sus bolsillos otro vial, pero no lo encuentra.

—Necesito más suero. ¡Dadme el suero!

Pálido, Takedo niega lentamente con la cabeza.

—No... no me queda ningún frasco.

—¡Apartaos, joder! —grita Rhiannon, arrodillándose junto a Hikari. Sus manos emiten el brillo rojizo de su magia de sangre.

—¡Aléjate de mi hija, bruja! —Anabel le da un empujón, tirándola sobre el empedrado.

Rhiannon la fulmina con la mirada.

—¡Estoy intentando ayudar!

—Por Dios, Anabel —chillo, y mi grito es tan agudo que podría romper un cristal—, ¡Hikari va a morir!

Mis palabras parecen surtir efecto. Anabel frena en seco, permitiendo que mi hermana se incorpore y pose las manos sobre la herida de Hikari. La piel de la cazadora se ha puesto de un color tan azul que el simple hecho de mirarla hace que me maree.

Tras unos agónicos segundos la herida comienza a cerrarse, pero no del todo. Las manos de mi hermana tiemblan, y la luz que emiten se vuelve menos intensa.

—¿Qué pasa? —pregunta Takedo, arrodillándose junto a su esposa—, ¿por qué te detienes?

—La herida es muy profunda —explica Rhiannon—. Puedo cerrarla, pero Hikari se está desangrando. Si no le transfiero algo de sangre no servirá de nada... Y eso es algo que nunca he sabido hacer.

—Por favor —suplica Anabel—. Por favor, haz algo.

Rhiannon duda.

—Haré lo que sea, pero, por favor, salva a mi hija —insiste Anabel.

Circe reprime un espasmo. Gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas.

—Puedes manipular la sangre, Rhiannon —dice Dantalion desde su posición junto a Sazza—. No tengas miedo.

Mi hermana cierra y abre el puño, y después asiente.

—Alejaos todo lo que podáis —nos pide.

Pero nadie le hace caso. Por mí, que nos reviente la cabeza a todos, lo único que quiero es que haga algo.

Rhiannon comienza a mover los dedos. Del charco de sangre que se ha formado bajo el cuerpo de Hikari comienzan a elevarse lenguas color escarlata que Rhiannon reintroduce en la herida semiabierta. Cuando la tez de Hikari empieza a recuperar su tono normal, Rhiannon comienza a cerrar la herida con la otra mano.

Exhalo un poco de aire y, disimuladamente, me seco las lágrimas que se habían acumulado en los bordes de mi visión.

—Bien hecho —suspiro.

Los párpados de la cazadora se abren y una sonrisa se dibuja en el rostro de Circe, que no ha parado de abrazarla, de besarle la frente, de retirarle el pelo mojado detrás de las orejas. Hikari apoya su mano en el rostro de Circe.

—Deberías entrenar más —murmura—. No era tan difícil esquivar ese golpe.

Circe estalla en una carcajada que culmina en un sollozo.

—¿Cómo se te ocurre ponerte delante de mí? —exclama, moqueando.

—No me lo he pensado mu...

—Creía que me odiabas —la interrumpe Circe, aunque apenas se la puede entender entre el hipo y las lágrimas.

—Nunca podría odiarte —responde la cazadora mientras se sienta, y sus manos se entrelazan con las de Circe—, eres mi mejor amiga.

Circe niega con la cabeza.

—Soy mucho más que eso —dice, y después agarra su rostro con ambas manos y la besa.

A pesar de que sigo con el corazón en un puño, no puedo evitar sonreír. El momento no me hace olvidar a Sazza, pero cuando dirijo mi mirada hacia su posición lo único que veo es a una niña que se abraza a sí misma y llora desconsolada. A su lado, Dantalion vigila cada uno de sus movimientos. «No es culpa mía», repite Sazza una y otra vez.

—Sazza —la llama Dante. Su tono de voz es severo—, Hikari está viva.

Pero ella no reacciona.

Tampoco Anabel ni Takedo parecen hacerlo. Se han quedado arrodillados junto a su hija, blancos como el papel. Hikari ha estado a punto de morir por culpa del odio que han estado vertiendo en el corazón de Sazza, y solo las brujas a las que querían matar han podido salvarla.

—¿No estáis cansados de todo esto? —pregunto cuando Hikari y Circe se funden en un abrazo, ajenas a todos nosotros—. ¿Cuánta gente tiene que morir para que dejemos nuestras diferencias a un lado?

Los ojos oscuros de Anabel reaccionan al fin.

—Yo... yo no... —alcanza a decir.

—Mamá —la interrumpe Hikari.

Lentamente, Anabel dirige su mirada hacia su hija.

—Basta de luchar —le dice mientras Circe se abraza a su cintura como si el mundo dependiera de ella—. Estoy harta de luchar.

Anabel asiente.

—Perdóname —le pide y, entonces, nos mira a nosotras—. Gracias. De verdad.

Rhiannon se seca una gota de sudor de la frente.

—¿Creías que íbamos a dejar morir a alguien que queremos?

Por primera vez en mi vida veo cómo los ojos de Anabel se llenan de lágrimas. Después, en un gesto algo más propio de ella, frunce el ceño.

—¿Se puede saber cómo has hecho eso? —le pregunta a algún punto situado a nuestra espalda.

Pestañeo, siguiendo la dirección de su mirada... Para toparme con los ojos grises de mi hermana pequeña. De Morgana.

Rhiannon, Circe y yo reprimimos un grito.

—¿Lo de atravesar el muro? —pregunta ella con expresión inocente—. Bueno, podría decirse que no estoy exactamente aquí... —Entonces pasea su mirada por todos nosotros, desde Priya, que está de pie cerca del muro con la expresión perdida, hasta Dantalion y Sazza—. ¿Se puede saber qué hacéis todos aquí parados? ¡Llevo un buen rato buscándoos por todo el pueblo! ¡Mamá necesita vuestra ayuda!

Entonces chasquea los dedos, tal y como hemos visto hacer infinidad de veces a mi padre y a Lord Barbas, y un portal aparece justo a su lado. Morgana da un paso hacia él y asoma la mitad del cuerpo, como quien se inclina por una ventana abierta.

—Al parecer se me da mejor cerrar portales que abrirlos —se excusa, volviendo a asomar el torso por el portal—. Este lleva a la carretera de debajo de casa, pero algo es algo, ¿no?

Se me escapa una sonrisa pero el momento apenas dura un segundo. El pico de la montaña está ahora a tan solo unos metros...

—Será mejor que Sazza se quede aquí —sugiere Dantalion.

Nadie pone ninguna objeción. Sazza tendrá que afrontar las consecuencias de sus actos cuando llegue el momento.

—Priya —digo, llamándola para que se acerque a nosotros—. Ya has hecho mucho. Puedes quedarte aquí si es lo que quieres.

Pero ella niega con la cabeza.

—Cuando lucho me siento mejor —responde, y yo asiento.

Primero cruzan Anabel y Takedo. Después, Circe y Hikari, de la mano, y por último Rhiannon y Priya. Dantalion se acerca al portal y me tiende la mano.

—¿Me llevarás al Infierno cuando termine todo esto? —le pregunto.

Ahora que tiene el vial, no tengo nada con qué chantajearlo. No sé hasta qué punto afecta eso a nuestro pacto.

Él me besa el dorso de la mano cuando agarro la suya.

—No, Ember —responde—. Cuando llegue el momento, te dejaré ir, como prometí.

—¿Por qué?

—Porque mereces la libertad que yo nunca me he permitido.

Trago saliva.

—Perdóname... —murmuro—. Por encerrarte ayer.

—Fue digno de admirar —dice, esbozando una sonrisa—. No pongas esa cara, fierecilla. Jugaste bien tus cartas... Jugaste mejor que yo.

Asiento lentamente, y después me giro hacia el portal, aunque lo último que quiero hacer es atravesarlo; pero entonces él tira de mi mano, me agarra de las caderas y me besa.

No dura mucho, pero es suficiente para que el corazón se me acelere y los ojos me ardan.

—Humm... —murmura cuando se separa de mí, borrando con su dedo pulgar el recorrido de una de mis lágrimas—. ¿Sabes qué? Te diría que por uno de tus besos vale la pena morir... Pero nunca me he conformado con poco, y aún necesito explorar otras partes de ti para quedar satisfecho.

Esta vez el muy desgraciado consigue que el corazón se me pare.

—Dante... —murmuro con un nudo formándose en mi garganta. Me seco la cara como puedo, y después le agarro con fuerza de la mano—. Procura no morir, ¿vale? —digo, imitando las palabras que ya me ha dedicado más de una vez—. Y si en el último momento decides que el trono del Infierno no es tan importante... —Dantalion posa su mirada de eclipse sobre mí, y yo esbozo una sonrisa—. Quédate en la Tierra. Invítame a un café.

Él sonríe también; una sonrisa triste que no termina de iluminar sus ojos.

Después, da un paso hacia el portal, llevándome consigo.



Capítulo 72

Esta vez, Dante no pierde el tiempo. Agarrándome de la cintura, nos eleva por encima del resto, salvando los últimos metros de carretera para depositarnos en el pico de la montaña, en una arboleda que nos permite ver sin ser vistos.

Me lleva un rato adaptarme a todo lo que está sucediendo.

La esfera dorada en la que se encuentra protegida Morgana está rodeada por un ejército de demonios alados que intentan atravesarla con uñas y dientes, y parece que han logrado excavar un pequeño hueco. Me fijo en el cuerpo real de mi hermana, entrecerrando los ojos para protegerme de la luz, y por un momento veo a una mujer, en vez de a una niña.

Y entonces el cuerpo astral de Morgana se pone a mi lado y me saca de mis cavilaciones.

—¡Mamá no podrá aguantar mucho más! —dice, y después corre hacia la horda de demonios y se pierde entre ellos, atravesándolos como si fueran solo aire o un espejismo.

Debe de haber pasado una hora desde que Lord Barbas nos llevó al otro lado del pueblo, convencido de que nos podría matar. Busco a mamá con la mirada, pero no la encuentro. Ella y Salazar deben de estar detrás de toda esta hueste de demonios. Finalmente, un pilar púrpura que cae del cielo, al fondo, justo en el lugar donde antes estaba el jardín trasero de la casa, me alerta de su posición.

Lo que quiere decir...

—Tenemos que atravesarlos —le digo a Dantalion justo en el momento en el que la Hermandad, Priya y mis hermanas alcanzan el pico de la montaña, situándose junto a nosotros—. Tenemos que matarlos a todos.

—Por fin algo de acción —dice Hikari a mis espaldas.

Levanto una ceja.

—¿No te ha bastado la que has tenido?

—Debemos llegar hasta Salazar como sea —coincide Dantalion—. Vosotros intentad cubrirnos —prosigue, dirigiéndose a los cazadores y Priya—. Las brujas y yo tenemos asuntos pendientes con el Rey de los Demonios.

Hasta ahora, los demonios no nos habían visto, demasiado centrados en su tarea de intentar alcanzar a Morgana... Pero en cuanto salimos de entre los árboles y ponemos un pie en el llano de la colina, se giran hacia nosotros.

Y la batalla empieza.

Deben de ser cientos de demonios, porque cuando se ciernen sobre nosotros es como si una enorme nube tormentosa formada por alas y dientes se nos viniera encima, produciendo un zumbido semejante a una estampida. Anabel, Takedo y Hikari se adelantan para recibir a la primera fila, espadas al frente para atacar al demonio o engendro más cercano. Sus movimientos son rápidos, certeros, fruto del entrenamiento y de la adrenalina del suero.

Consiguen vencer a los primeros demonios sin mucho esfuerzo... Pero a cada demonio vencido, tres más lo sustituyen.

—¡Adelantaos! —nos ordena Anabel.

Priya salta por encima de nuestras cabezas. Sin ningún arma más allá de sus manos y dientes, golpea todo aquello que se encuentra a su paso, rompiendo, destrozando, aplastando, y dejando tras de sí un reguero de muerte que abre un pasillo para nosotros y me deja momentáneamente congelada.

Se ha convertido... en una máquina de matar.

—¡Por aquí! —grita, aunque ese momento de distracción le supone un mordisco de un engendro que se tira encima de ella. Priya lo agarra del pescuezo, retorciéndoselo como si se tratase de un pollo de corral y, cuando el engendro ya no se mueve, lo deja caer sin ningún tipo de miramiento. Después, retoma la carrera.

Dantalion, mis hermanas y yo la seguimos.

—¡Cubriremos la retaguardia! —nos grita Takedo, arrancando el filo de su arma del pecho de un demonio para clavarla en la cabeza de otro.

El pasillo que Priya ha abierto empieza a estrecharse cuando llegamos al centro de la turba. Allí, nos detenemos.

—Me ocuparé de contenerlos —nos dice ella, desapareciendo tras una columna de soldados que van cayendo a su paso.

A mi izquierda, varios demonios de piel gris y cuernos rectos me reciben con un ataque directo a mis brazos. Levanto una ola de fuego que arrasa el flanco derecho de la horda, levantando ampollas, alaridos y gritos de horror entre las filas de los demonios sin alas. A mi lado, Rhiannon se detiene un momento para concentrar energía... y expulsarla con fuerza para hacer desaparecer a todos nuestros enemigos en un radio de tres metros a la redonda. Por el rabillo del ojo veo cómo Circe, a nuestra derecha, arranca una

espada del cadáver sangriento de un demonio y pasa como una exhalación al lado de varios más, cortando y segando cada vida que se cruza en su camino.

Y después está Dantalion. Utilizando nuestros poderes combinados levanta un remolino de fuego y sangre que avanza frente a nosotras, triturando a todo demonio o engendro que no es lo suficientemente ágil para esquivarlo. A aquellos que sí logran apartarse de ese camino de destrucción, Dantalion les ordena saltar hacia su propia muerte, donde perecen entre gemidos.

Intento avanzar, pero un dolor agudo que nace de mi tobillo me lo impide. Cuando miro en esa dirección, encuentro las fauces de un demonio bestia ancladas en mi pierna. Descargo mi mano contra su cabeza, incinerándolo al instante, y cuando sacudo la pierna reprimo un gemido; me ha dejado marcados todos los dientes, y de varios desgarrones asoma una sustancia blanca y viscosa. A pesar de ello, sigo hacia delante, cojeando, lo más rápido que puedo. Me reúno con mis hermanas y Dantalion, y él me sujeta con un gesto limpio pasando una mano por mi cintura y mi brazo por sus hombros.

—¡Vamos! —grita.

Mientras seguimos, noto una picazón en la herida, y cuando miro a Dante observo que sus ojos reflejan un brillo escarlata. A cada paso, el dolor disminuye, aunque no del todo, supongo que por la posición y porque su mano está demasiado lejos de mi tobillo. Pero funciona, y de nuevo soy capaz de correr, así que eso hacemos: seguimos adelante; cada zancada acompañada de un trueno que resuena en la lejanía mientras la lluvia vuelve a caer sobre Faddenfield.

Esta vez, la tormenta se vuelve más violenta que nunca, el viento que sopla en mi rostro es tan fuerte y rápido como un latigazo. En el cielo, un vórtice de nubes negras de las que no han dejado de caer

esos malditos pilares púrpura revela la posición de Salazar, tan solo unos metros más adelante.

Y, por fin, los veo.

Mi madre y el Rey de los Demonios están enzarzados en una pelea a muerte. Cada vez que sus espadas entrechocan, resuenan como los truenos de la tempestad, desgarrando la tierra y llenando el aire con una vibración que hace temblar incluso a los árboles lejanos. Distingo a Morgana entre ambos, cerrando y abriendo portales junto a Salazar para desestabilizarlo, haciéndole aparecer en otro lugar cuando carga contra mi madre demasiado rápido o cuando logra esquivarla. Intentando, supongo, hacerle ganar tiempo, todo lo posible, a mamá.

Y, a pesar de todo, la cosa no pinta bien.

Imponente, Salazar parece refulgir en su túnica morada, mientras la lluvia hace brillar su rostro moreno y tatuado. Capto la sonrisa sibilina que esboza a raíz de un ataque que mi madre apenas es capaz de contener, y que solo consigue esquivar cuando Morgana la transporta a otro lugar con un portal.

Reaparece unos metros más cerca de nosotras, y me fijo en que mi madre lleva las marcas de una batalla que ha durado demasiado tiempo. Su cabello está empapado, aunque no sé si por la lluvia o el sudor, y pegado a su rostro, y sus ropas lucen rotas y chamuscadas, no sé si por la explosión de la casa o por el impacto de algún pilar. A pesar de todo, sus ojos arden con una determinación feroz, y estoy segura de que su poder le está permitiendo adelantarse a cualquier golpe del enemigo, viendo a través de la mirada de Salazar, pero... Sus movimientos son más torpes, más pesados que los de él, como si estuviera peleando contra un enemigo invisible además del Rey de los Demonios.

—¡Mamá! —grito, pero ella no se da la vuelta, demasiado concentrada en la pelea.

«Aguanta, joder».

Solo necesitamos llegar hasta ellos. Solo un poco más y podré terminar con todo esto, de una vez.

Un pensamiento fugaz pasa por mi mente. *¿Podrás matar a tu propio padre?*

Una fila de demonios me tapa la visión, y pierdo a mi madre de vista. Dantalion me aprieta contra él y alza su mano hacia el cielo.

—¡Tapaos los oídos! —grita.

A nuestro alrededor, pilares de luz comienzan a impactar contra el suelo, haciendo que todo tiemble y que yo casi hasta agradezca no sentir nada en el oído izquierdo, porque el derecho empieza a pitarme tan fuerte como el día de la explosión.

Cuando el estruendo termina nuestro lado del campo de batalla ha quedado casi desierto. Me separo de Dante, no sin antes advertir que sus ojos... Sus ojos naranjas se han vuelto rojos, como cada vez que algo le hace perder el control.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Él gruñe de forma violenta, y el corazón me da un brinco, pero después sacude la cabeza y sus iris recuperan su color ámbar; y por un momento pienso que me lo he imaginado todo.

Rhiannon y Circe gritan mi nombre y empiezo a correr. Distingo a mi madre luchando contra Salazar al fondo, su mirada se cruza con la mía, pero los últimos demonios que quedan en pie se lanzan en nuestra dirección y vuelvo a perderla.

Algo se instala en mi pecho, un sentimiento de angustia que me hace perder la paciencia. No sé cuánto más podrá aguantar mi madre... Necesito llegar hasta ella, necesito...

Envío tres bolas de fuego para alejar de mí a varios demonios que intentan agarrarme. Uno de ellos es más rápido que yo, consigue darme en el hombro, cortando hasta el esternón. La sangre mana, caliente, resbalando sobre mi cuerpo y mi camiseta destrozada, pero ya no le presto atención. Me tiro a las rodillas del demonio, haciéndole rodar por el suelo, y cuando atisbo un milímetro de piel descubierta presiono mis dedos sobre ella y quemo, quemo, quemo, a pesar de los gritos... Hasta que solo hay un cadáver debajo de mí.

El silencio cae en la cima de la colina, pues ya no queda ni un solo demonio vivo.

Y cuando despego mi mirada del cuerpo incinerado que estoy regando con mi sangre, veo cómo la espada del Rey de los Demonios, de un solo tajo, corta el cuello de mi madre, que se agarra la herida sangrienta con expresión confusa y cae al barro, de rodillas.

El oído me sigue pitando. El mundo deja de girar.

Antes de cerrar los ojos por última vez, mamá sonríe.

Todo se vuelve blanco para mí.

Mis tres hermanas gritan cuando el cuerpo de nuestra madre se desploma sobre el barro, boca abajo, sin vida.

Y yo me incendio como una estrella al borde del colapso, expandiéndome en un estallido que devora toda mi luz.



Capítulo 73

Como la otra vez, mis pies se separan del suelo... Solo que, ahora, permito que la energía de la Fuente me llene, elevándome cada vez más, hasta que me convierto en un cometa, hasta que el fuego que ha prendido en mi cuerpo me hace despegar para estrellarme contra él e inmolarme en el proceso.

Ya nada me importa.

Impacto contra Salazar en el aire, separándolo de la esfera en la que intenta volver a clavar la espada, justo en un pequeño hueco que sus demonios han conseguido quebrar y que ha dejado parte del pecho de Morgana al descubierto.

Diversos momentos de mi vida pasan por delante de mí, como destellos dorados.

Rhiannon llevándome al colegio cuando solo éramos unas niñas.

Circe abriendo los ojos por primera vez cuando la tenía en brazos, en el hospital.

Morgana pidiéndome que le haga una foto con su nuevo dibujo.

Incluso Will enseñándome a conducir cuando cumplí los dieciocho años.

Y en todos esos recuerdos, está mi madre. Observándonos con una sonrisa, a pesar de que siempre consigo sacarla de quicio; a pesar de que, en el fondo, nunca quise perdonarla por haberse encerrado en sí misma y, cuando los años pasaron, por despertar y volver a estar viva sin él.

En ninguno de ellos está él. En ninguno de ellos está mi padre.

Quería recuperarlo... Pero nunca me hizo falta.

Porque yo ya tenía una familia.

Y, ahora, se ha roto para siempre. Por mi culpa.

Dejo que el fuego arda y me consuma, dejo que el poder de la Fuente se lleve el último trozo de mi alma y que las llamas evaporen cada lágrima que cae por mis mejillas. No estoy dispuesta a sacrificarme por el mundo. Nunca lo estaré. Simplemente, no soy esa clase de personas.

Pero sí estoy dispuesta a sacrificarme por lo último que queda de mi familia.

Así que aprieto mis manos alrededor del cuello de mi padre, provocando que los dos ardamos y nos precipitemos contra el suelo.

—¡Morgana! —grito—. ¡Abre el portal!

El cuerpo astral de Morgana extiende la mano para crear una ondulación justo en el lugar en el que vamos a caer, detrás de ella. Nos precipitamos a través de la Morgana astral, atravesándola.

Pero, antes de que crucemos el portal como nadadores que se sumergen en el río, Salazar abre las alas, deteniendo la caída.

—Habéis sobrevivido —observa él—. Haces que me sienta orgulloso.

Un grito desgarra mi garganta, dejándome ronca.

Aumento la potencia de las llamas que prendieron sobre mi cuerpo, acercándole al portal. Quiero matar a mi padre, pero él no arde. Su piel se levanta, creándose ampollas, pero no es suficiente. A pesar de que conjuro todo el poder del Infierno, sintiendo en el proceso cómo se oscurece mi alma, cómo se pierde y me corroe por dentro, mi padre no muere, no arde, no se doblega ante mí.

—¡No sabes lo que estás haciendo! —grita, y me coge del pescuezo para apretar también—. ¡Estás condenando a la humanidad!

—Bien —rujo—. Que así sea.

Noto la presencia de alguien a mis espaldas. Dantalion se une a mí, tirando de los hilos de mi poder, y una vorágine de fuego nos envuelve. Sus alas baten sobre nosotros, y el impulso nos hace salir despedidos. Atravesamos los tres el portal.

Ya no veo a mis hermanas, ni la casa en ruinas, ni a nadie más. Ante mí aparecen una ciudad de altas torres y una luna roja que lo ilumina todo de sangre.

Estamos en una llanura desde la que se ve la ciudad infinita. Dantalion me aparta de Salazar y lo empuja, dejándolo caer al suelo, donde se retuerce de dolor; la carne de su cuello y su pecho es un amasijo de piel quemada. El demonio del Conocimiento señala al portal aún abierto por el que puedo entrever mi mundo y el cuerpo astral de mi hermana. Creo que está llorando. Grita mi nombre.

—¡Ahora, Ember! —grita Dante.

No, todavía no.

—¡Tengo que matarlo!

Pero Dantalion agarra mi cara entre sus manos y, a pesar de que ardo como una hoguera, mi fuego no le hace daño.

—Si el portal se cierra, quedarás atrapada aquí —dice con voz calmada.

Pestañeo, intentando contener las lágrimas, o la ira, o ambas cosas; pero la visión de sus ojos es como ver el atardecer y parte de mi mente me recuerda que aquí, en la Ciudad Roja, nunca brillará la luz del sol.

Y aunque siento que estoy perdiendo el control de mí misma y de mis actos, y que en segundos ya no quedará nada de lo que era, obedezco.

—Renuncio al pacto —mi voz llega acompañada de cien voces más, las voces de todas las brujas que han muerto y a las que había traicionado, y que hoy vuelven a estar aquí.

—¡No! —grita mi padre desde el suelo, del que no consigue levantarse.

Corro hacia el portal aún abierto en el que me espera mi hermana, su cuerpo astral, justo delante de la esfera de luz que aún la guarda.

—¡Corre, Ember! —me pide, extendiendo una mano hacia mí.

Pero freno en seco y me doy la vuelta. Por unos segundos, Dantalion y yo nos miramos, y quiero pedirle que venga conmigo, pero él, quizás adivinando mis pensamientos, niega con la cabeza.

—Sé libre, fierecilla —susurra—. Corre.

Así que eso hago. Corro en dirección a mi mundo, a lo conocido, a mi familia rota. A mis espaldas, escucho un grito, un golpe y el aleteo de unas alas mecánicas. Así que sigo corriendo, más rápido, con el corazón martilleándome en las sienes, en el pecho.

No me atrevo a girarme, porque sé que el Rey de los Demonios me está persiguiendo.

Morgana extiende su mano hacia mí, y yo alargo la mía. Nuestros dedos están a escasos centímetros..., solo un paso más...

Siento un golpe en la espalda. Un hormigueo agudo que me recorre desde la punta de los pies a la cabeza. Una lava ardiente que

abrasa el centro de mi cuerpo.

Cuando bajo los ojos, veo el filo ensangrentado de una hoja dorada sobresaliendo de mi torso.

Los gritos de Morgana me atraviesan los tímpanos, mezclados con los de Dantalion. Salazar retira su espada, y una bomba de calor me explota en el abdomen. Después me lanza contra el suelo para pasar sobre mí y atravesar el portal.

No soy capaz de hablar, no soy capaz de decirle a Morgana que cierre la última puerta, que no le deje cruzar; y sé que, mientras yo esté aquí, no lo hará, a pesar de que ya es tarde.

Con el último aliento que me queda, lanzo una chispa a través de ambas dimensiones, una chispa que adelanta a Salazar, cruza el portal, atraviesa el cuerpo astral de mi hermana y, finalmente, prende dentro de la esfera mágica dañada, justo en el cuello de su camiseta.

Morgana despierta, alarmada, para apagar las ascuas, y es lo último que veo antes de que ella descienda hacia el suelo y la última puerta del Infierno quede cerrada para siempre. Compruebo, desde las tinieblas, que mi padre no ha podido cruzar.

De alguna forma, consigo reír un poquito.

«Qué tonta eres, Morgana», pienso, «siempre picas».

Alguien me da la vuelta y lo veo a él y a una luna roja que lo engulle todo. Desde lo más alto del cielo ensangrentado, una mariposa desciende sobre mí.

—Estoy aquí, Ember.

La mariposa aterriza sobre mi nariz y abre las alas, amarillas.

El dolor desaparece. La oscuridad me traga. No veo ninguna luz al final del túnel. No veo nada. Absolutamente nada.

Quizás debería envolverme una sensación de paz, pero yo solo puedo pensar que no quería esto, que aún quería... vivir.

Aún quería vivir.



Capítulo 74

Morgana

—¡Morgana! —grita Ember, convertida en un ángel de fuego y luz—. ¡Abre el portal!

No reacciono, porque solo quiero correr hacia donde está mamá, despertarla, decirle que no puede tumbarse en el suelo, que tenemos que luchar y no dormir, pero algo tira de mí y yo obedezco, abriendo el portal.

No sé muy bien qué ocurre después, todo está confuso, mezclado.

Cuando miro a través del portal, veo a Ember al otro lado, en otro mundo.

Así que grito su nombre porque, aunque no sé qué está pasando, sí sé que eso está mal. Que si no hago nada, se quedará allí.

Ve con ella.

No.

Ve con ella. Regresa a nosotras. Has cumplido con tu propósito.

Ignoro la voz, la misma que me ha acompañado desde que empezó todo esto. Una voz antigua, de mujer.

Mi propia voz.

Y aunque algo tira de mí hacia el Infierno, alzo la mano y le ruego a Ember que corra, que escape... Pero cuando lo hace, su padre se levanta de golpe, empuja a Dantalion hacia un lado, y vuela hacia ella con la espada por delante...

Su destino está en el Infierno. No puede huir.

—¡No!

Su padre... Ese monstruo... la alcanza. Y por segunda vez hoy tengo que ver...

De nuevo, pierdo la conciencia de lo que está ocurriendo.

Ember me mira desde el suelo. El Rey de los Demonios corre hacia el portal.

Cruza. *Cruza y cierra el portal.*

Pero yo me resisto con todas mis fuerzas, porque ese no es mi lugar.

Y, entonces, Ember envía una chispa que me atraviesa, pero siento su quemazón en el pecho y, de repente, estoy siendo absorbida hacia mi cuerpo, el que me habían hecho abandonar. Cuando despierto, pierdo el control absoluto y caigo al suelo. El golpe duele.

El portal se cierra.

De rodillas, observo el lugar en el que estaba la ondulación. Levanto la mano para volver a abrirla, pero no ocurre nada.

Rhiannon y Circe gritan, arrodilladas junto a mi madre, que sigue sin levantarse, aunque ya no recuerdo por qué.

Un fuerte viento me azota el cabello y unos mechones verdes se cuelan en mi visión. Como convocado por el cielo, el aire asciende, formando un remolino. Las nubes se abren. Alguien grita en la

lejanía y el vórtice que se ha formado en el suelo se traga a varias figuras que no alcanzo a distinguir.

—¡Priya! —grita Rhiannon a mi izquierda.

Giro lentamente la cabeza y veo a la chica bajita de piel morena siendo arrastrada por el torbellino, en dirección al cielo.

¿Se los está tragando Dios?

Debajo de mis rodillas, la tierra tiembla. Claro. Ya lo entiendo. El Infierno reclama todo aquello que le pertenece, y ahora me toca a mí.

Quizás debería luchar contra ello, pero mis poderes no responden, y mientras me elevo con el resto de los demonios que aún quedaban vivos alguien me agarra de los tobillos y tira de mí. Cuando bajo la vista, veo a mis hermanas. Las tres nos elevamos... Hikari, Takedo y Anabel agarran a Circe y a Rhiannon. Ahora somos muchos y flotar se vuelve difícil.

La fuerza que tiraba de mí protesta.

Nos perteneces, doncella. No dejes que te aparten de nosotras.

Pero el vórtice está perdiendo fuerza.

Caemos al suelo, dispersos.

Me levanto despacito. Tengo que ir a despertar a mamá, que aún sigue ahí, tirada, con su cara contra el barro... Si sigue así, se va a asfixiar.

Alguien me agarra del brazo.

—No vayas, Morgana —dice la voz de Anabel. Es más suave que de costumbre, no sé por qué. Casi hasta amable, pero ella siempre está enfadada. A mi ratita no le gusta, siempre se esconde en mi mochila cuando pasa a nuestro lado.

Todo parece un sueño. Circe está llorando. Llora de una forma extraña, no como alguien a quien le duele algo o que está un poco triste, sino como si quisiera arrancarse la piel. Hikari la abraza por la

espalda, intentando contenerla, pero Circe se remueve como si quisiera salir de su propio cuerpo. Las hermanas mayores no deberían llorar así; no delante de sus hermanas pequeñas. Rhiannon se ha quedado sentada en el suelo, mirando al infinito, al mismo lugar por el que desapareció Ember. Mueve los labios, pero no dice nada.

Intento avanzar otra vez, pero Anabel no me deja.

Doy un tirón, otro. Ella me acerca hacia sí y me obliga a mirarla.

—Escúchame, cariño —dice—. Escúchame, quédate aquí.

¿Por qué? Si nuestra madre está ahí... Y, cuando se levante, tendré que explicarle que tenemos que ir a buscar a Ember al Infierno.

—Están muertas —está gritando Circe—. Están muertas.

Ladeo la cabeza.

—No digas tonterías —la regaño—. Ember está viva, y mamá...

Ah, ahí está. Por fin se levanta. Mira algo que hay en el suelo y, cuando avanza hacia nosotras, los primeros rayos de sol iluminan Faddenfield.

La tormenta se ha ido, llevándose la niebla con ella. El azul del cielo vuelve a brillar. Pronto llegará papá con el resto de las brujas que vinieron a ayudar.

Hemos ganado, pero los adultos parecen tristes. Quizás yo también debería estar triste.

Cuando mamá está lo suficientemente cerca de mí se pone un dedo en los labios y se agacha a mi lado, sonriendo, aunque no con alegría, sino con una de esas sonrisas que se fingen para aparentar que todo va bien. Su cuerpo brilla tanto como la luz del sol. No sé por qué, pero los ojos me arden y lágrimas cálidas me ruedan por las mejillas. Mamá me acaricia la cara, pero en vez de su tacto suave siento una suave brisa, como aire de verano.

Ladeo la cabeza. Ah. Ya lo entiendo.

—Aún sigues dormida, ¿verdad? —murmuro—. Ya no vas a despertarte nunca más.

Mis palabras hacen que todo el mundo me mire, como si me hubiera vuelto loca. Anabel, que no me ha soltado, me aprieta contra ella. Creo que también está llorando. Mi madre le dedica una mirada de ternura y después acerca su frente a la mía, aunque ya no nos podamos tocar.

—No temas, mi niña —me susurra, y su rostro se vuelve cada vez menos nítido mientras la muerte la reclama. Nunca he sabido a dónde van los espíritus que me hablan desde que tengo conciencia. Supongo que a un lugar más allá del sueño—. Tú eres la luz en la oscuridad.

»Buscad a Ember. Sin vosotras, está perdida.



Capítulo 75

Dantalion

—¡Apártate de mi hija!

Ignoro a Salazar mientras termino de cortar la piel de la palma de mi mano; un tajo limpio del que empieza a manar la sangre como gotas de rubí. Estoy temblando y no me atrevo a mirarla, ni a ella ni su rostro azulado.

Tiene que funcionar.

—¿Es lo que quieres? —respondo—. ¿Que la deje morir?

A pesar de la contrariedad de su rostro, Salazar no dice nada. Se queda de pie, se cruza de brazos.

—¿No vas a impedírmelo, entonces?

Veo cómo su garganta sube y baja. Aprieta uno de sus puños.

—Se interponía en mi camino... —murmura—. Nunca quise... ser yo el que... —frunce el ceño.

—¿Son lágrimas lo que veo en tus ojos?

—Hazlo —me pide—. Tan solo hazlo.

Después, me da la espalda.

Supongo que esta es la única diferencia entre Salazar y Bael. El último jamás hubiera permitido que alguien me devolviera la vida, no después de haber torcido sus planes. Tendría que haber estado más atento, pero me quedé congelado viéndola marchar, gritándome a mí mismo que corriera detrás de ella.

Tendría que haber sabido que él no se rendiría.

Reprimo mis ganas de reducir a Salazar a cenizas, porque sé que esa venganza ya no me pertenece a mí, sino a la mujer por la que estoy a punto de dar la mitad de todo lo que soy.

Es un acto de amor. Y yo ya la amaba antes de conocerla, desde el primer momento en el que leí nuestro destino. Quizás sea fruto de un hechizo, una mentira.

Ya no me importa. Ni siquiera me importa que ella aún no me quiera de ese modo. Y quizás ya nunca lo haga. Pero está bien: pude soportarlo durante dos mil años.

Puedo soportarlo el resto de la eternidad.

Vierto mi sangre en sus labios, ríos espesos de vida que se deslizan dentro de su boca y se mezclan con mis lágrimas.

Tiene que funcionar.

Nunca tendría que haberla dejado ir. Esto es lo que ocurre cuando intentas desafiar al destino. Solo había un final para ella, y no era posible cambiarlo. Y, aun así, quise darle esa libertad, porque algo dentro de mí pensaba que, si había alguien que podría desafiar al destino, sería Ember. Y porque me di cuenta al final de que, si me la llevaba al Infierno, si la obligaba a quedarse conmigo, jamás me perdonaría.

He sido débil. He dejado que mis sentimientos nublaran mi juicio y ella lo ha pagado con su vida. Por mi culpa.

Se acabó. Nunca más. Estaba destinada a ser mía.

Me odiará por lo que he hecho, por el ser en el que debo convertirla, por haberla atado a este mundo para siempre. Y, aun así, le doy lo más sagrado que tengo, entrelazo nuestros destinos para siempre; la obligo a vivir, aunque la esté condenando a una eternidad de sufrimiento.

Porque si ella muere... Si ella muere nada de lo que he hecho tendrá sentido.



Capítulo 76

La boca me sabe a metal. Metal de superficie salada. La sangre sabe a sal y hierro; se compone de hierro. Los glóbulos rojos se convierten en otras células, regeneran mi cuerpo, se convierten en... vida. Estoy viva, y soy demasiado consciente de ello. Todo lo que nunca supe ahora inunda mi mente; los rostros, los nombres y las vidas, y las mentes y el universo. Todo. Todo de una sola vez.

«Es un acto de amor».

Alguien me susurra al oído.

Reprime el poder, o te consumirá.

Siento un cosquilleo en la nariz y abro los ojos. Dos pequeñas alas amarillas, bañadas por una luz escarlata, se agitan delicadamente. La mariposa, que no pertenece a este mundo, alza el vuelo y se pierde en la inmensidad de la luna. Una luna roja. Después, un mechón de pelo oscuro, aunque no tan oscuro como el mío, cae sobre mí, y veo los ojos de demonio de Dantalion brillando como dos ascuas vivas. Y sé que tiene miedo. Miedo porque ha estado a punto de perderme; miedo por lo que está a punto de pasar.

Patético.

Me besa, y aunque se supone que debería sentir algo, no soy capaz de hacerlo.

No siento nada.

Absolutamente nada. Ni siquiera mi propio cuerpo.

Aun así me incorporo, fuera de mí.

Parte de mi conciencia sigue encerrada en algún lugar de mi mente, pero...

Ya no estoy aquí. Ya no soy yo, y todo está oscuro.

Sangre. Necesito derramar sangre. Necesito matar, devorar, terminar con todo lo que se interponga en mi camino.

Aparto a Dantalion de mí. Ahora es mío, pero lo que siento dentro del pecho no es dulce, ni cálido, ni bonito. Es venenoso, corrosivo. Lo reclamaré para mí, después.

Después de matar a mi padre.

¿Es esto lo que se siente cuando te corrompes? Es... liberador. No... no siento nada, absolutamente nada más que odio, y furia. Éxtasis, puro éxtasis. Y aunque esa pequeña parte de mí que era mi conciencia sigue ahí y está gritando y sufre...

Dios, me siento tan bien.

Cuando mi mirada se cruza con la de mi padre, que por alguna extraña razón parece alegrarse de que esté *viva*, veo un atisbo de comprensión en él, y después de terror.

Sabe que voy a matarlo, y esta vez nada podrá impedírmelo.

Pero Dantalion me agarra del brazo mientras cientos de portales se abren a nuestro alrededor, y grito de furia cuando diversos demonios surgen de ellos. Y uno de los demonios...

—Has fracasado —dice Lord Barbas, surgiendo de un portal justo detrás de mi padre y colocando una mano, su única mano, en su hombro.

Salazar traga saliva.

Me retuerzo, pero aún estoy débil, y aunque a Dantalion le cuesta contenerme, lo consigue.

—¡Suéltame! —grito—. ¡Voy a destrozarlo!

—Su castigo no es decisión tuya —responde Lord Barbas.

—¡Lo será, si no quieres que te arranque el otro brazo!

La voz que surge de mi garganta agarrotada es como la de mil voces demoníacas y ni siquiera yo la reconozco.

Un murmullo se eleva entre los demonios. «El traidor. El traidor. El traidor», murmuran unos. «El heredero», dicen otros.

—Olvídate de la Tierra —está diciendo mi padre—. Tenías razón, Barbas, no vale la pena. Hay muchos otros mundos por conquistar.

Su voz es determinada, pero sus ojos oscuros, negros como pozos, parecen ahora los de un animal moribundo que se siente acorralado.

—No tenías permitido fallar allí donde falló Bael —susurra Barbas —. Te dije que, si no lo lograbas, no merecerías el trono. Mi justicia debe ser escuchada, Salazar, no ignorada. Debes afrontar tu destino.

Los demonios a nuestro alrededor empiezan a agitarse. «¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!».

Las alas de mi padre se contraen.

—No podéis —farfulla—. Soy el demonio más poderoso del Infierno. Ocupé el lugar de la Primera de Bael; el trono es mío. ¿Quién os gobernará? —Y entonces nos mira, y me ve sonriendo, y sus ojos pasan de mí a Dantalion—. ¡Él es quien debe recibir un castigo, no yo! ¡La profecía se ha cumplido!, ¡la ha resucitado!

Es un cobarde. Cobarde. Cobarde. Cobarde. No lo digo en voz alta, y me sorprendo cuando, a mi alrededor, las voces de los demonios empiezan a susurrar lo mismo.

El destello de su espada cortando el cuello de mi madre se clava en mi mente.

Vuelvo a abalanzarme sobre él, y esta vez Dantalion no me detiene. Lord Barbas lo mira. Parecen decirse algo. El demonio del Miedo asiente.

Cuando me ve llegar, Salazar intenta defenderse, pero varios demonios lo agarran de los brazos, inmovilizándolo.

Primero lo golpeo en la cara, dejándole un rasguño en la mejilla cuando mis uñas le arañan la piel. Después otra vez, con el puño izquierdo. Sé que la fuerza con la que lo estoy golpeando ya no es humana.

De una patada en el abdomen, lo obligo a doblarse sobre sí mismo.

Y cuando se inclina le arranco, con todas mis fuerzas, una de sus alas amorfas, porque él no las merece. Su grito de dolor me baña con una oleada de sangre caliente y espesa, y le arranco la otra. El metal sinuoso y elegante que recubría las membranas de sus alas cae al suelo con un sonoro golpe, dejando un rastro escarlata.

En ese momento, Barbas alza la mano y unos demonios me agarran para detenerme, a pesar de que tan solo estaba empezando.

—La sangre llama a la sangre —me susurra alguien al oído—. Buen trabajo, bruja corrupta.

—Llevadlo al Limbo —dice Lord Barbas dándole una patada a Salazar, que se retuerce en el suelo de dolor—. Si su séquito sigue siendo fiel, llevadlos con él.

Mi padre me mira desde el suelo.

—No dejes que me lleven... —farfulla—. Soy lo único que te queda aquí...

—Tú no eres nada —le ladro.

Ya no.

Observo cómo lo arrastran por el suelo, cogiéndolo de los cuernos como si fuera un animal, y lo alejan de nosotros. Voy a preguntar qué es el Limbo, pero la información brota en mi cerebro como una semilla al germinar: el lugar donde llevan a los condenados, una dimensión donde no transcurre el tiempo, donde no hay nada. Absolutamente nada. Un destino peor que la muerte.

—En cuanto a ti. —Barbas señala a Dantalion—. ¿Es cierto lo que ha dicho Salazar? ¿Le has dado tu sangre a la bruja?

Dantalion se encoge de hombros, como si el tema no fuera con él. Yo suelto una carcajada que no sé de dónde sale.

Debo de haberme vuelto loca. Bien.

—Nunca me dejasteis terminar mi lectura —dice Dantalion por toda respuesta—. Dejadme recuperar mi libro, y entenderéis por qué la bruja tenía que vivir.

Los demonios que me sujetan aúllan y se separan de mí.

—¡No! —dice uno—. ¡Es un traidor! ¡Debe morir!

—Silencio —le grita Barbas—. Explícate, Dantalion.

Vaya, qué cooperativo. Me río aún más fuerte; ¿era esto parte de su pacto? Dantalion mira a su alrededor. Los demonios que lo acusaban retroceden un paso.

—La última vez que nos vimos —comienza— el Infierno era la dimensión más poderosa del Universo. Ahora... —Su mirada se clava en Lord Barbas—. Ahora habéis probado el sabor de la derrota. Por segunda vez.

Un murmullo contrariado se levanta entre la multitud.

Dantalion extiende las alas.

—Sin mi libro, habéis estado perdidos. —Su voz es determinada, potente. Ya no habla solo para Lord Barbas. Está hablando para que todo el Infierno le escuche—. Bael murió porque no sabía que iba

derecho hacia su final, y desde entonces el Infierno ha caído en la anarquía. Ninguno de vosotros es digno del trono, y lo sabéis, o no hubierais permitido que un humano lo ocupara. Necesitáis mi poder para recuperar la gloria del pasado, para seguir conquistando otros mundos y dejar de fallar en el intento, pero, sobre todo...

Esboza una sonrisa que parece sacada de un manual. Algo late dentro de mi pecho. Quizás mi corazón, si es que aún tengo uno.

—No podéis negarme mi derecho de nacimiento —prosigue él. Entonces clava su mirada en mí—. El trono le pertenece al hijo de Bael.

El hijo de Bael.

De nuevo, me río. Claro. ¿Cómo no lo vi? El hijo de Bael... y Lady Seerie. El heredero de ese maldito trono que tanto deseaba, aunque eso significase perderlo todo por recuperarlo.

—En cuanto a ella... —Esta vez camina hacia mí, me agarra de la cintura y yo deposito mis manos sobre su rostro, clavando mis uñas en él—. Su destino está ligado al mío.

»Permitidme recuperar *El Interminable*, y os mostraré por qué.

Lord Barbas carraspea.

—Estas muestras de afecto no ayudarán a tu causa, hijo de Bael.

—Las cosas están a punto de cambiar por aquí, Lord Barbas...

Dante me coge de la mano, llevándome a un lugar un poco más elevado que el resto de la planicie.

—¿Y bien? —pregunta, mirando a su alrededor—. ¿Qué pesará más para vosotros? ¿Mi crimen... o el poder que os ofrezco?

Un murmullo general de aprobación se extiende entre la multitud. Barbas eleva la voz por encima del resto.

—Te daremos la oportunidad de recuperar tu libro, Dantalion —anuncia—. Pero tendrás que leerlo frente a todos, en el salón del trono y...

—¿Señor? —le interrumpe un demonio.

Lord Barbas lo mira como si fuera un insecto.

—¿Qué quieres?

—Algunos de los soldados que fueron a la Tierra han regresado, como ocurrió la otra vez.

—¿Y?

—Y... había algo entre ellos.

Dantalion me suelta la mano.

La huelo antes de que los demonios abran un pasillo para ella. Un aroma que no pertenece a esta dimensión.

Priya.

La parte de mí que aún intenta recuperar la cordura se retuerce dentro de mi cerebro. Lord Barbas la agarra del brazo.

—¿Qué se supone que eres? —pregunta mientras la analiza de arriba abajo—. Tú... me perteneces.

Priya ni siquiera reacciona. Cuando me fijo en sus ojos detecto en ella la misma oscuridad que ahora anida en mí.

—Quítasela... —siseo, dirigiéndome a Dantalion—. Es nuestra.

Pero Lord Barbas la atrae más hacia sí.

—Yo soy el creador de los engendros. Se quedará conmigo.

Recuerdo lo que Priya dijo en la iglesia, tan solo unas horas atrás, aunque parece que fue hace un siglo: que quizás hubiera sido mejor morir.

—¿Priya? —pregunto—. ¿Sigues ahí?

Por toda respuesta, recibo un gruñido.

—Primero el libro —susurra Dantalion a mi oído—. Después ella.

Respondo también con un gruñido, pero no hay nada que pueda hacer.

—Un engendro consciente —está diciendo Lord Barbas—. Podría ser interesante...

Dantalion tira de mí.

—Vamos —dice, atravesando el pasillo que los demonios están haciendo para nosotros.

Lo sigo, dirigiéndole una última ojeada a Priya. Lord Barbas está acercando su mano a su rostro...

Ella lo recibe intentando darle un mordisco, una reacción que provoca que varios demonios la sujeten.

—¿Qué hará con ella? —le pregunto a Dante.

—Querrá estudiarla... Pero no podrá hacerlo; no sin mi permiso.

Me río por lo bajo.

—Por supuesto, Dantalion, hijo de Bael.

Dantalion no se ríe. Parece que solo le interesa terminar con todo esto.

Llegamos hasta un carruaje tirado por dos criaturas reptilianas con alas membranosas, una suerte de dragones amorfos. Nunca los he visto, ni siquiera en los cuadernos de mi abuela. La parte de mí que ahora está conectada a Dantalion me susurra su nombre al oído: *guivernos.*

—¿Qué hace esto aquí? —pregunto observando el carruaje; un armazón de hierro, con intrincadas filigranas, de techo cubierto y ventanas tapadas por sinuosas cortinas de un material denso y suave.

—Un obsequio de Lord Barbas —responde Dantalion, abriendo la puerta—, por permitir que siguiera vivo.

Levanto una ceja.

—¿Cuál fue vuestro pacto?

—¿No es obvio? —responde él, invitándome a entrar en el vehículo—. En el Infierno la Justicia no es ciega, Ember. Lord Barbas abogará por nosotros... Pero, si queremos convencer al resto de los demonios de que merecemos vivir, de que mi pecado es banal en

comparación con el destino que nos aguarda, tendremos que recuperar nuestro libro. —Dantalion termina de acomodarse en los mullidos asientos del carruaje, tirando de mí para que me siente a su lado.

—Muy bien —acepto, y entonces capto un movimiento disimulado que llama mi atención.

Cuando dirijo mi mirada hacia el hijo de Bael, este tiene algo familiar en la mano. Un frasco con un líquido violeta.

—Tíralo —le ordeno—. No lo quiero.

—Tú no —responde él, sin despegar los ojos del frasco—. Pero ella sí.

Aprieto los puños.

—Te he dicho que no lo quiero.

Dantalion se muerde el labio.

—Si hago esto podría estar condenándote a muerte —farfulla él—. Y todo sería tan sencillo si sigues así...

Un brillo escarlata ilumina sus ojos. El silencio se instala entre los dos.

—Siempre has querido esto —le digo—. Poder tener tu libro. Tu trono...

Dantalion gira su rostro hacia el mío.

—Y a ti.

Asiento.

—Tendría tu cuerpo... Pero no tu corazón.

Cuando sus ojos se clavan en los míos, comprendo que ya ha decidido.

Me abalanzo sobre él, dispuesta a arrebatarle la cura y destruirla, pero Dantalion es más rápido. El demonio me aprisiona las muñecas con una sola mano y tira de mí hasta ponerme a horcajadas sobre él, arrancándose el vial encadenado a su cuello de un tirón.

No.

No.

¡¡No!!

Si se lo permito, los recuerdos volverán, y esta vez no podré soportarlos. La mina, el pacto, Erik, mis hermanas, mamá...

Mamá...

—Por favor —me retuerzo—, por favor, no lo hagas...

—Lo siento, fierecilla —dice, quitando el tapón de corcho—. Te lo prometí.

Forcejeamos, pero incluso ahora su fuerza sigue siendo superior a la mía.

Mientras el líquido desciende por mi garganta, le prometo a Dantalion que me lo va a pagar muy caro...

Después, la claridad vuelve a brillar en mi mente.



Capítulo 77

Me abalanzo sobre la ventana. Necesito verlo, necesito...

Una ciudad. Infinita. Torres tan altas que acarician el cielo, entre las que se alza una fortaleza enmarcada por esa luna roja. Metal. Todo está hecho de metal y hay ríos de lava que se vierten desde el horizonte, cayendo en lo que parece la nada misma. Y, en el cielo, un cielo partido en ocho, como un espejo roto, se reflejan los otros anillos del Infierno, de los que no paran de entrar y salir lo que solo puedo definir como trenes flotantes. Portales. Los fragmentos del cielo son portales a otros anillos, otros reinos del Infierno.

La Ciudad Roja es solo uno de ellos.

La Ciudad Roja. Estoy atrapada aquí. Ya no puedo regresar, porque el pacto se ha deshecho; porque el Velo se ha restablecido. No solo yo. Priya tampoco.

—Oh, Dios mío —sollozo, y agarro a Dante de las cintas del cuello —. Tenemos que ir a por Priya. Tenemos que salir de aquí.

Él desvía la mirada.

—Prometiste que me devolverías a la Tierra —insisto.

—Ya no hay vuelta atrás, Ember.

Frunzo el ceño. ¿Cómo...?

—Pero, lo prometiste...

Dantalion se apoya en mi frente y suspira.

—No prometí nada. Me hiciste renunciar a la cláusula que tenía que ver con traerte al Infierno, ¿recuerdas? Con ella se fueron las promesas.

Me alejo de él.

—Pero tú querías..., tú dijiste que me devolverías a la Tierra. Haz lo que tengas que hacer conmigo y ayúdanos a regresar.

Dante niega con la cabeza.

—Eran promesas vacías, Ember. Te dije que hubiera hecho todo lo posible por buscar la manera de devolverte a la Tierra... Pero solo hay una, Ember. Y sabía perfectamente que la hubieras rechazado.

Algo parecido a un puñal se me clava en el pecho.

—¿Y cuál es la manera? —pregunto cautelosa.

—¿Cuál va a ser? —Ni siquiera me mira mientras habla—. Un nuevo pacto. Solo que, esta vez, el Velo no soportará un tercer resquebrajamiento. Esta vez, las puertas entre ambos mundos quedarán abiertas para siempre. Así que, dime..., ¿quieres regresar?

Me tiemblan las manos. No puede ser. Me ha engañado, me ha...

—Me mentiste.

Por fin, Dantalion se digna a mirarme. Sus ojos naranjas han perdido todo brillo.

—Sí. Y debí seguir haciéndolo. Tu destino siempre fue terminar aquí, conmigo.

Intento invocar una bola de fuego, pero él pone una mano sobre la mía.

—Aquí solo podrás extraer poder de la Fuente —me advierte—. La cura no podrá salvarte si te corrompes de nuevo.

Aparto la mano y le doy un bofetón. Él no lo evita, no gira la cara cuando recibe el impacto, rápido y frío como un latigazo.

—Te odio —le espeto.

—Ódiame si es lo que necesitas —dice, recostándose en los asientos—. Al menos, eso significa que sigues viva.

* * *

No sé cuántas horas llevamos descendiendo en espiral, pero cuando llegamos al fondo del profundo abismo por el que Dantalion nos ha conducido, situado justo debajo de la Fortaleza de la Ciudad Roja, él se detiene.

—Solo los demonios más poderosos pueden soportar la influencia del Núcleo —me explica tras horas de un silencio que se ha hecho cada vez más críptico. Un sudor perlado le resbala por la frente y tiene la mirada perdida.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Ahora parte de mi poder reside en ti —prosigue, ignorando mi pregunta—. Esperemos que sea suficiente.

—¿Qué se supone que es este lugar?

—El Núcleo del Infierno —responde él—. La Fuente de nuestro poder.

La Fuente. Creía... creía que era solo un concepto.

—Entonces, es real —murmuro—. La Fuente existe. ¿Por qué Bael guardó tu libro aquí?

—Porque es el único lugar del Infierno en el que ningún demonio se atrevería a entrar.

Dantalion sigue bajando las escaleras, sin detenerse a esperarme, y yo no puedo quitarme de encima la sensación de que le está ocurriendo algo y, aunque a pesar de todo quiero ayudarlo, lo único

que puedo controlar ahora mismo son mis propias ganas de hundirme en un abismo y jamás regresar.

Así que sigo bajando, en pos de Dantalion, a pesar de que todos los sentidos de mi cuerpo me dicen que debería huir, que lo que se encuentra al fondo de estas escaleras interminables es algo que yo no debería ver.

—Es aquí.

Las escaleras culminan en una sala vacía donde una puerta redonda de metal espera. Está tallada con esas filigranas metálicas que lo decoran todo, formando runas, relieves, dibujos abstractos, como si el frío hierro gris tuviera venas por las que circulase una sangre de plata. Escarlata y hierro, esos parecen ser los dos únicos colores del Infierno.

Dantalion posa una mano en el centro de la puerta, justo en un relieve circular que, al contacto, se ilumina como los ojos de Rhiannon antes de lanzar un hechizo.

La puerta se activa, rotando sobre su propio eje, y se abre ante nosotros.

Y, cuando lo hace, siento el impulso de huir en dirección contraria... Y también de correr directamente hacia el Núcleo como si fuera una llama y yo, una simple polilla.

Ante mí se halla una sala circular, compuesta por plataformas metálicas y más de una decena de columnas que sostienen un techo abovedado, en cuyo centro hay un hueco que se eleva hacia el infinito. De cada columna surge un pasillo circular, concéntrico, que rodea lo que solo puedo definir como una esfera colosal que gira sobre sí misma, flotando en el vacío, irradiando una energía tan densa que deforma el espacio a su alrededor, una energía pulsante que late al ritmo de un corazón humano.

La Fuente.

Sin palabras, observo la esfera mientras Dantalion pasa cerca de mí, ignorando la imponente estructura como si no significara nada, porque ahora que se encuentra apenas a unos pasos de aquello que lleva milenios ansiando, nada ni nadie podrá distraerlo. Lo sigo con la mirada. Cerca de una de las columnas, hay un atril sobre el que flota un libro abierto, un libro antiguo, grande y pesado, de cubiertas de cuero, y cuyas páginas amarillentas parecen escribirse solas.

—Por fin —dice el demonio del Conocimiento.

Dantalion camina hacia él, con el ansia reflejándose en cada uno de sus pasos. Pero yo no puedo dejar de mirar la esfera que gira sobre sí misma y que parece susurrar mi nombre, una y otra vez.

¿Dónde está?

¿Por qué no ha venido?

La necesitamos.

Esa voz...

Camino por las plataformas de metal, con cuidado de no pisar una runa o uno de los intrincados relieves del pasillo. Un tropiezo y caería al abismo que se extiende bajo nuestros pies, cuyo fin no alcanzo a ver. Ahora no importa.

Solo importa esa esfera.

La Fuente de poder del Infierno. Mi padre quería utilizarla para alimentar la energía de la Tierra. ¿Quería trasladarla al propio núcleo de nuestra Tierra, quizás?

¿Qué es, entonces, lo que alimenta a la propia Fuente?

Mientras me acerco, el eco de una melodía resuena en mi cabeza. Cada uno de mis pasos se convierte en una nota musical.

La doncella...

—Dantalion... —murmuro.

Ya ha recogido su libro. Ya lo está leyendo.

—No puede ser... —le oigo decir.

—Dantalion... —repito—. ¿Quién está encerrada dentro de la esfera?

Dantalion despega su mirada del libro.

—¿Cómo dices? —pregunta.

Hay una silueta, una figura de mujer, encerrada en el Núcleo, y su energía... es la que alimenta a la Fuente...

—Hay una mujer —repito.

Él se acerca a mí, con su libro flotando en su mano.

—Ember, ¿de qué estás hablando?

Entonces abre el libro ante mí.

—Dime qué ves —me pide, y yo despego la mirada de la esfera para detenerme en las páginas de *El Interminable*. Quizás... quizás me lo he imaginado.

—Céntrate en las páginas —me indica él—. Déjate llevar, pero no demasiado lejos. No creo que puedas ver el futuro sin confundirte.

No es como leer. No tiene nada que ver con leer. Más bien es ver.

Ver en la lejanía.

Y en esa visión, hay algo que no encaja del todo.

Señalo la página en la que las palabras parecen escritas con otra caligrafía, una mucho más antigua, casi incomprensible, marcada en letras plateadas.

—Esto no es de aquí —digo.

—Exacto —responde Dante, con su mirada repleta de dudas, quizás por primera vez desde que lo conocí—. Tócalas.

Y cuando toco las palabras, también las veo.

Y el demonio del Conocimiento y la heredera de Ahinoam hallarán que sus destinos están unidos y que el Vínculo que los une no puede romperse.

Me veo. Nos veo. La primera vez que nos conocimos y él comprendió que no podía hacer nada para luchar contra su destino.

La manera en la que huyó porque, aunque pensaba que estaba preparado, no se esperaba que fuera real. Tan real.

Veo cada palabra, cada rechazo. Cada intento de forzar la cuerda, tensándola hasta el límite, provocando que cada acción tuviera una reacción aún más violenta. Escapar hubiera sido como remar a contracorriente.

Irreal, artificial, antinatural. Una aberración.

—¿Quién ha escrito esto, Dante? —Creo que estoy llorando.

—Sigue leyendo —me dice él con la voz temblorosa—. Hasta el final.

Todo lo que ha sucedido hasta hoy pasa por delante de mis ojos, y tengo que revivirlo; el libro me obliga a revivirlo, y es como estar atrapada en mi propio cuerpo, como vivir sin realmente hacerlo. Sé que sigo aquí, pero los segundos no pasan, el tiempo se congela, y en mi mente todo ocurre con la precisión de un reloj.

La mariposa.

El pacto.

El Magnolia.

La negociación.

La iglesia.

El puerto.

Las cuevas.

La Jaula.

Nuestro beso.

La batalla.

Mamá.

Y cuando llego a este preciso momento, salgo de mi cuerpo para ver más allá y...

La heredera de Ahinoam portará la corona del Infierno junto al demonio del Conocimiento, y el Infierno conocerá la gloria de la

Muerte.

Me separo del libro antes de que mi conciencia se pierda aún más, cayendo de rodillas, temblando como una niña.

—No... —sollozo.

No puede ser.

—Mi destino es ser la Reina del Infierno.

Noto el cálido tacto de Dantalion sobre mi nuca. Lo que he visto..., apenas puedo discernirlo. Han sido destellos... de luz. Como vivir en primera persona la película de mi vida y, sin embargo, no logro recordarlo.

Lo único que tengo claro es...

—Alguien decidió mi destino.

Nuestro Vínculo es, efectivamente, un hechizo. Y un hechizo siempre debe ser creado por *alguien*. O *algo*.

La madre...

—Es una mentira... —dice él, de pie, cogiéndome la barbilla para que lo mire, pero yo no puedo desviar la vista del suelo—. Siempre lo supe, pero nunca quise creerlo del todo. Alguien ató nuestros destinos. Si no hubiera ocurrido, Bael seguiría en el trono, y tu mundo ya estaría muerto. Pero me condenó, tuve que huir, y eso provocó que él perdiera la batalla.

—Pero ¿quién? ¿Quién pudo manipular *El Interminable*?

Cuando por fin elevo mi mirada, él está mirando la esfera.

—Solo los dioses pueden intervenir en el destino.

Sigo su estela, la dirección de sus ojos, y allí está, tan clara como el rocío de la mañana.

Una mujer, dormida, abrazada a sí misma.

—Tu Diosa... —murmullo—. Aquella que siempre mencionas, ¿quién es?

—Tiene muchos nombres, Ember.

—Dímelos.

—La mayoría la conoce como la Diosa de la Muerte.

No.

—Otros la conocen como Morrigan.

Una voz resuena en mi cerebro. «Y muchos otros como Macha. O Bab».

La anciana...

Trago saliva. Él me ofrece la mano, que yo tomo suavemente, la desliza entre mis dedos y me ayuda a levantarme. Camina hacia ella, como hipnotizado.

—¿Dante? —le llamo, pero no responde. De nuevo, tiene la mirada perdida. De nuevo, su frente está perlada de sudor.

Llegamos a la altura de la esfera, y por fin puedo verla mejor. Sus cabellos largos y negros flotan alrededor de ella, como si estuviera debajo del agua. Tiene los ojos cerrados, pero, si los abriera, sé que serían verdes.

—No puede ser —farfulla Dantalion—. Es idéntica a...

Morgana.

Ella nos pertenece.

Los poderes de mi hermana, que no sabíamos de dónde venían, no eran de Morgana.

Pertenecían a la Muerte.

—Fue ella —mi voz es apenas un susurro—. Fue ella quien me ha estado hablando, quien creó nuestro Vínculo, quien escribió en *El Interminable* para alterar el destino.

Dantalion alza una mano hacia la Diosa, como si quisiera tocarla.

—¡No! —grito, intentando evitarlo.

Algo dentro de mí se altera y escucho la voz de mi abuela, aunque nunca se lo oí decir, aunque solo lo leí en uno de sus cuadernos, sin darle mucha importancia, una noche hace tan solo

unos días, cuando aún había esperanza. Pero de nuevo el conocimiento florece en mi mente como una planta, como si lo invocara de forma accidental.

¿Podría deducirse, quizás, que si las brujas pueden corromperse, olvidarse de sí mismas y convertirse en criaturas que solo buscan la destrucción... lo mismo pudo ocurrir, hace eones, con los demonios?

Los dedos de Dantalion rozan la esfera, que se agita como si fuera la superficie de un lago, creando ondas concéntricas. La mujer de la esfera, la Diosa de la Muerte, me mira y yo doy un respingo.

Expande mi reino de muerte, bruja.

—Por fin lo entiendo, Ember. —La voz de Dantalion me devuelve a la realidad. Me mira y me sorprenden sus ojos completamente rojos —. Por fin entiendo por qué estábamos destinados. Ella te eligió, te ha traído hasta aquí para que seas la nueva Reina del Infierno. Y, si lo que se escribió en *El Interminable* no era real, entonces...

Pasa su mano por la página del libro que no debería estar ahí. Las letras, la extraña caligrafía de un idioma antiguo que logro entender, quizás por el poder de Dantalion que late en mí, desaparecen.

Y, cuando lo hacen, algo se rompe dentro de mí y el dolor es como un pinchazo agudo, una garra fría apretándome el corazón.

Me llevo la mano al pecho, buscando a tientas aquello que he perdido.

—¿Por qué lo has borrado? —Mi voz suena más desesperada de lo que yo pretendía.

—No podrán juzgarme por un crimen que ya no existe.

Pestañeo, intentando alejar las lágrimas que arden detrás de mis ojos.

—¿Dante? —Alzo la mano, intentando tocar su rostro, pero él me agarra de la muñeca y la aparta.

—Somos libres, Ember. Ya no tenemos que fingir.

Entonces tira de mí, acercándome, posando su frente sobre la mía, haciéndome daño con la presión de su agarre.

—Serás mía —susurra en mi oído—. Pero la vergüenza de amarte... Ya no tendré que sufrirla.

Amor. Esto nunca fue amor, pero...

Aunque ya no siento ese Vínculo, aún siento *algo*.

Giro mi cara hacia la esfera. La mujer encerrada dentro de ella parece estar alejándose cada vez más.

—¿Qué le has hecho? —le pregunto a la Diosa, y ella sonríe. Las paredes de su cárcel se vuelven de un metal cada vez más opaco mientras desaparece.

Todos ellos son míos, bruja. Muy pronto, tú también lo serás.



Capítulo 78

Dantalion lee *El Interminable* frente a una audiencia de miles de demonios, tan extensa que mis ojos no alcanzan a comprender dónde empieza y dónde termina todo. Busco a Priya entre la multitud, pero no la veo por ninguna parte.

Cuando Dantalion termina su lectura, el Infierno estalla en un caos de gritos.

La Reina elegida por la Diosa de la Muerte. El único heredero de Bael.

Tal y como predijo Dantalion, están extasiados. «Incluso el peor pecado puede ser perdonado con la bendición de una Diosa, Ember», eso dijo mientras volábamos hacia aquí, cuando por fin abandonamos aquel lugar al que nunca tendríamos que haber ido y en el que el demonio al que estaba destinada dejó una parte de sí mismo.

La única parte que yo podría haber amado.

¿En dónde me deja eso ahora?

Estaba destinada a ser la Reina del Infierno, elegida por la mismísima Diosa de la Muerte. Ante mí se hallan dos caminos.

Puedo ser prisionera.

O puedo...

Lord Barbas se adelanta, acercándose a nosotros, y pronuncia las palabras que Dantalion lleva milenios esperando.

—Arrodillaos ante Dantalion, hijo de Bael, Rey de los Demonios, y ante Ember, hija de Salazar, Reina de los Demonios.

Una a una, las criaturas hincan la rodilla, en un mar multicolor que se expande como una ola. Dantalion aprieta mi mano. Me está sonriendo, pero yo no me atrevo a mirarlo porque sé que sus ojos, rojos, no reflejarán ninguna emoción.

Reina. Soy la Reina del Infierno. Y estoy viva.

Hasta ahora, lo único que me importaba era salvar a mi familia, a mis hermanas. Hubiera muerto por ello, y lo hice.

Pero he vuelto...

Y resulta que tengo a mi disposición un poder con el que jamás hubiera soñado.

Tiene que significar algo.

Dantalion tira de mí y yo regreso a la realidad.

—Es hora de que asumas tu destino.

Si me niego, me matarán aquí mismo. Si descubren que ya no estoy corrupta... me harán algo peor. Con el pulso firme, aprieto sus dedos y camino a su lado por el pasillo negro con relieves que brillan en escarlata y que conduce hacia su tan ansiado trono, a la razón de que ambos estemos aquí.

—¿Qué te parece? —me pregunta él.

Elevo la vista, reprimiendo una exclamación. El trono no es simplemente un asiento; es un monumento de proporciones titánicas. Tallado directamente en roca negra y obsidiana, parece

fundido en lava endurecida. Su único adorno son unas intrincadas filigranas que emiten suaves reflejos escarlatas y unos cristales arcaicos embutidos en la propia roca. A su alrededor, como enmarcando su poder, diversas esculturas lo rodean, representando todo tipo de criaturas y escenas macabras. La que más destaca es la de un gigantesco demonio que parece querer abrazar el trono y cuyas alas sobresalen a ambos lados del respaldo, como si la estructura pudiera echar a volar. Cada una de esas alas debe medir lo mismo que un edificio de cuatro plantas.

—Excesivo —respondo. Él deja escapar un poco de aire por la nariz.

Subimos las escaleras de piedra, una a una; mi corazón retumbando con cada nuevo paso. Trono. Mi trono. La mano de Dantalion me aprieta con fuerza y tengo que reprimir las ganas de... de...

¿Reducirlo a cenizas?

¿Obligarlo a huir conmigo?

Ya no lo sé.

—Tu vida depende de mi silencio —murmura él—. Un paso en falso y...

—¿Me traicionarás, como hizo mi padre con Lady Seerie?

—No —niega él—. Te quiero conmigo. No debí darte ese suero, pero sé que, tarde o temprano, hallarás tu límite, usarás la energía de la Fuente y te corromperás. Más te vale que sea pronto, amor mío. Puedo convertir tu vida en un verdadero infierno.

«Amor mío». Me pregunto si la poca humanidad que obtuvo cuando estaba en la Tierra aún sigue ahí, dentro de él. Si de alguna manera sabe que es la Fuente la que lo ha cambiado.

No. No la Fuente.

Su Diosa.

—¿Qué esperas de mí, Dante? —pregunto, y mi voz es apenas audible.

—Creía que ya lo sabías —responde él, sentándose en el trono—. ¿Acaso no recuerdas lo que hacemos los demonios?

El eco de un recuerdo invade mi mente. Una conversación que tuvimos, no hace mucho, cuando yo aún no sabía que mis decisiones me llevarían derecha al Infierno.

«¿Alguna vez os habéis parado a pensar cuáles son los motivos que nos llevan a conquistar otras dimensiones?».

Expande mi reino de muerte, bruja.

La Muerte me ha elegido porque cree que mi destino es ser una destructora de mundos junto al demonio del Conocimiento. Y, si Dantalion no me hubiera dado la cura, quizás sería justamente eso.

Cuando llegamos a la cima de la roca, Dantalion señala al trono.

—Siéntate —me invita—. Al fin y al cabo, es tan tuyo como mío.

Clavo mi mirada en la suya, hundiéndome en ese mar de sangre y lava endurecida. Hemos invertido los papeles, él se ha corrompido, y yo no tengo la cura.

Pero, si tengo este trono, si tengo el poder, quizás...

Quizás pueda salvarlo.

Quizás pueda hacer mucho más que eso. Al fin y al cabo, el destino no se ha cumplido del todo... Él me dio el suero, me dio una oportunidad de ser consciente de todo.

Quizás pueda... cambiar las cosas.

Salvar otros mundos.

Nunca he sido una heroína, pero ahora que sé lo que se siente al morir, ya no tengo miedo.

Así que acepto la invitación de Dantalion y me siento en ese trono descomunal, ocupando el espacio que me pertenece. Cuando lo

hago, todo el Infierno estalla en un clamor de vítores. Dantalion posa su mano sobre mi nuca y me aprieta el cuello.

—No está tan mal, ¿no?

Una marioneta y su titiritero. Clavo mis uñas en el reposabrazos de magma y rubí.

—No —respondo—. No está tan mal.

Esto no ha acabado. Ya no soy solo una bruja indefensa; soy Ember, la Reina del jodido Infierno, y parte del poder del Conocimiento reside en mí.

Así que utilizaré ese poder para destruir este mundo desde dentro. Por Pepo. Por Erik. Por mi madre.

Y por mí.

Más allá de las estrellas, en otro universo, en otra dimensión, mis hermanas están a salvo.

Y, al fin y al cabo, eso es lo único que importa.

Epílogo

Despierta entre gritos, llamándome.

A tientas, salgo de entre las sábanas, buscándolo.

Apenas alcanzo a girar el pomo, demasiado alto y pesado para mí, pero la puerta se abre y Dantalion aparece tras ella. Se lanza sobre mí, me agarra de los muslos y me sube a su pecho, que está empapado, y yo me enredo en él, susurrándole que no ocurre nada.

Es la quinta noche que viene a por mí, después de los gritos.

Me tumba encima del colchón hecho de un material que desconozco y yo apoyo el rostro en su pecho, enterrándome en el hueco que se forma justo en el medio. Este es el único momento del día en el que podemos fingir, porque sé que mañana Dantalion olvidará que ha soñado, al igual que ha olvidado que en el Núcleo vimos a su Diosa, y volverá a ser el Rey del Infierno.

—No es nada —murmuro.

Levanto la mirada, y un leve destello naranja se refleja en sus ojos, pero es solo un segundo. Después, vuelven a brillar en rojo y algo se rompe dentro de mí. No me ha contado con qué sueña, pero a veces lo escucho gritar, antes de que venga a por mí, al único lugar en el que es capaz de dormir. A veces es mi nombre. Otras, el de Priya. Y, otras, el de su madre.

Los demonios no pueden soñar, no pueden dormir, pero perder parte de su poder para resucitarme le ha provocado esto, y aún no

sé lo que significa. Lo único que sé es que sus pesadillas me recuerdan que él sigue ahí, dentro. Que puedo salvarlo.

Cierro los ojos y el latido de su corazón consigue calmarme hasta que los del mío propio se ralentizan y recuperan su ritmo normal. No hablamos. Ambos sabemos que es solo este momento, que mañana será otro día; que él volverá a tratarme como a su marioneta y yo a él como mi mayor enemigo.

Yo también tengo pesadillas. En ellas, sigo sin llegar a tiempo para salvarla y la sangre de mi madre baña la tierra una y otra vez. Esas son las peores.

Otras, las más antiguas, empiezan con una mariposa... Pero, esta vez, cuando la niña me mira la mina no explota, y ella me la tiende, depositando el trozo de plástico verde cargado de pólvora en mi mano.

—¿Qué harás ahora? —me pregunta.

En esos sueños, aprieto la mariposa hasta que se convierte en cenizas, y le hago una promesa a la niña que no pude salvar.

Siempre le digo lo mismo.

—Voy a hacer que la Muerte se arrepienta de haber jugado conmigo.

Agradecimientos

No es fácil expresar con palabras todo lo que me gustaría decir, pero allá va.

Ember, Rhiannon, Circe, Morgana y Dantalion surgieron como surgen todos mis mundos imaginarios: como un método para escapar de la realidad, un mecanismo de defensa que llevo utilizando desde niña y que sé que muchas personas comparten. También son una inspiración directa de unos cómics que me acompañaron en mi infancia, la revista *W.I.T.C.H*, así como varias series de finales de los 90 y principios de los 2000: *Embrujadas*, *Digimon* y *Buffy Cazavampiros*.

Así que mi primer agradecimiento va dedicado a todos aquellos adultos que dieron alas a mi imaginación cuando era una niña y que, gracias a sus historias, acompañaron mis tardes de merienda después del colegio.

Mi segundo agradecimiento es para mis padres. El sueño de ser escritora ha sido algo que he vivido de forma muy individual, pero no estaría aquí si mi madre no me hubiera comprado todos los libros que le pedía y si mi padre no hubiera «cedido» ante mi idea loca de estudiar periodismo y no «algo con más salidas», como él quería. Puede que el periodismo haya fallado, pero, eh, ¡estamos en una librería!

Mi tercer agradecimiento es para todas las personas que creyeron en mí y se alegraron cuando les dije que *No dejarás que la bruja viva* se iba a publicar: mi pareja, Adrián; mi tía Geles y mi abuela Leo; mis amigas, Laura (siempre), Alba, Ariana, Sara, Xudit, Yasia, Xela, Vera; mis amigos, Babu, Javi, Miguel; mi segunda familia, Mar, Juan y Cami. Mención especial a Sara W. y Nuria por leerse no solo los borradores de este libro, sino el primero que escribí y autopubliqué. Gracias por aguantar mis lloros y mis ganas de borrarlo todo y empezar el libro desde cero. Os debo cincuenta y cinco cervezas.

Y mi último agradecimiento es para todas aquellas personas que me siguen en redes (@aria_dna.arias) y me han apoyado desde el principio. Os tengo localizados a todos y me leo todos vuestros mensajes, aunque creáis que no. Sin saberlo, habéis ayudado a una chica con la cabeza llena de historias a hacer realidad sus sueños.

Por supuesto, no puedo terminar estas palabras sin darle las gracias de todo corazón a mi increíble equipo de editoras, no solo por creer en mí y mandarme ese correo que me pilló en medio de la calle y casi hizo que me desmayara, sino por el increíble trabajo que han llevado a cabo. Ahora es cuando pongo una errata en los agradecimientos y os hago trabajar el doble... Je, je.

Y a ti, lector o lectora... Si has llegado hasta aquí, el agradecimiento más grande es para ti. No tengo ni idea de qué me depara el futuro, pero si las ocurrencias de Ember, las quejas de Circe, las estrategias de Rhiannon o las tonterías de Morgana te han hecho sentir un poco menos solo o te han sacado alguna sonrisa... entonces, mi trabajo ya está hecho.



Magia infernal

Magia que proviene del Infierno.

Brujas

- Brujas elementales
- Tierra
- Agua
- Fuego
- Aire
- Brujas espirituales

Magia antigua (wiccana)

Magia ancestral que usaban las brujas antiguas antes de contactar con el Infierno.

- Sigilos
- Hechizos

- Adivinación
- Herbología

Demonios

- Lores del Infierno. Los setenta y dos demonios más poderosos de Bael. Control de los setenta y dos dominios del Infierno (Conocimiento, Miedo...)
- Demonios
- Menores
- Bestia
- Engendros
- Desconocidos

Fuentes de energía

Toda magia tiene un coste.

- La Fuente
- La bruja
- La naturaleza



No dejarás que la bruja viva
Ariadna Arias

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
Imagen de portada, Laura Racero, 2025
Ilustraciones de interior, Nuria Gómez, 2025

© Ariadna Arias, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2025

ISBN: 978-84-270-5384-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta